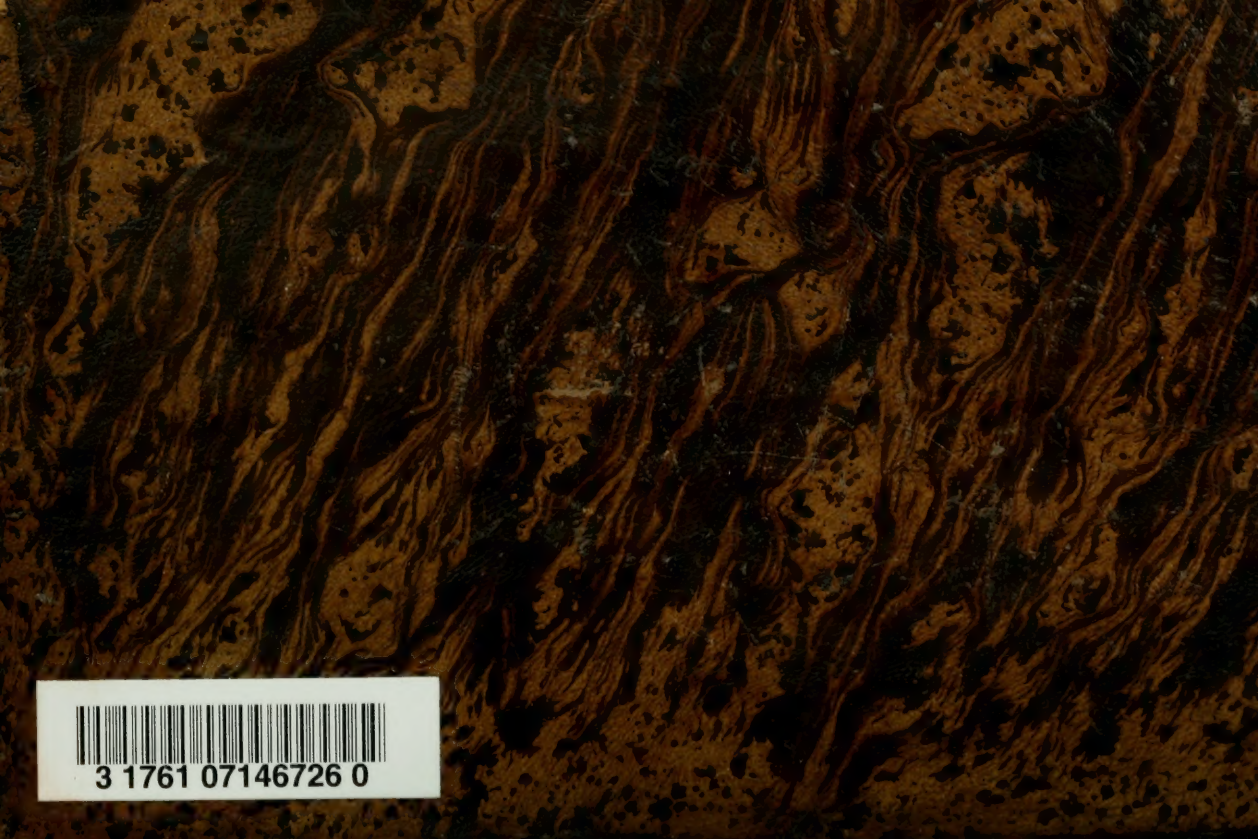

3 1761 07146726 0

PURCHASED FOR THE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

FROM THE

CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT

FOR

CATALAN LANGUAGE & LITERATURE 68

1627

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EN EL ANTIGUO PRINCIPADO.

Tomo II.

CATALUÑA.

HISTORIA
DE LA
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
EN EL ANTIGUO PRINCIPADO

POR
D. ADOLFO BLANCH
BAJO LA INSPECCION DE
D. JOAQUIN ROCA Y CORNET.

DEDICADA A S.A.R.

EL SERENISIMO Sr. D. ALFONSO PELAYO DE BORBON
PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR FRANCO CAMPAÑA. LIT. DE LA UNION.
J. Serra inc.y lit.
BARCELONA.
en Barcelona, 1861.

CATALUÑA.

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EN EL ANTIGUO PRINCIPADO;

POR

D. ADOLFO BLANCH,

bajo la inspeccion de

D. Joaquin Roca y Cornet.

TOMO II.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA POLITÉCNICA DE TOMÁS GORCHS,

calle del Cármen, junto á la Universidad.

1861.

LIBRARY
DEC 4 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DP
302
C67B5
t.2

FERNANDO VII.

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EN EL ANTIGUO PRINCIPADO.

LIBRO TERCERO.

1810.

CAPÍTULO I.

Estado general de la guerra al principiarse el año 1810.—Napoleon.—El Austria.—Manifiesto de la Central.—Muévese hácia Madrid el ejército español.—Dispersion en Ocaña.—Y en Alba de Tormes.—José en Madrid.—Juicio de los mismos franceses sobre este personage.—Las provincias españolas de América y Asia.—Ausilios que envian.—Comision ejecutiva.—Fíjase la apertura de las Cortes para 1.º de marzo.—Amenaza el francés las Andalucías.—Palabras del emperador.—Cataluña.—El valle de Aran.—Souham y Pino marchan sobre Vich con 10,000 hombres.—Chocan con la division de Porte.—Revuelve ésta ausiliada por la de O'Donell.—Victoria de los nuestros.—Nuevos choques.—Repléganse los imperiales para marchar directamente á Barcelona.—Augereau bloquea el castillo de Hostalrich.—Y va al socorro de la capital del principado.—Acciones en la línea del Llobregat.—Sale Duhesme al encuentro de Augereau.—Es derrotado en Santa Perpétua y en Mollet.—Llega Augereau á Barcelona.—Destituye á Duhesme.—Marcha éste á Francia con un convoy de prisioneros.—Parte tambien Augereau á Hostalrich.—Queda Rey en lugar de Duhesme.—Bateria *dels Molins de Vent* desbaratada por los migueletes.—Juramento del clero.—Lecombe Saint-Michel gobernador de la plaza.—Llegada de víveres.—O'Donell, capitan general interino de Cataluña.—Reforma el ejército.—Se acerca á Vich.—D. Francisco Palou.—D. Esteban Pagés.—Batalla de Vich.—Reencuentros.—Reconocimiento de Villamil y Pagés en las inmediaciones de Hostalrich.—Sitio de este castillo.—Vuelve Augereau á socorrer á Barcelona.—Retirada de los españoles á Tarragona.

El estado de la guerra no era el mas halagüeño para los españoles al principiarse el año 1810. Napoleon que tan precipitadamente hubo de trasladarse de Valladolid á su corte de Francia temeroso de la tempestad que en el Norte le amenazaba, dejando para mejor ocasion el anexionar á su imperio la península que

tan bella le habia parecido, habia logrado ya á los tres meses y despues de tres batallas, no todas favorables, la suspension de armas que como preludio de la paz el Austria se vió obligada á firmar en Zuaim. Cuanto habia la España esperanzado de la belicosa resolucion de este imperio, en cuyo favor cedió buen número de barras de plata que de Inglaterra venian y tres millones de pesos negociables por el inglés en nuestros puertos de América, trocóse en desaliento al ver la inutilidad de tan costosos sacrificios. El Austria desoyendo la voz de sus propios estados, que á una guerra nacional se hallaban dispuestos, tembló por su capital amenazada y se avino á firmar el vergonzoso tratado de 15 de octubre por el que suscribió, entre otras ominosas concesiones, al desmembramiento de una parte de su territorio y á «reconocer las mutaciones hechas ó que pudieran hacerse en España, en Portugal y en Italia.»

Justamente indignado el gobierno español, «¿Qué nos importa, dijo, que los monarcas del Norte, olvidados de lo que son y de lo que pueden, consientan en quedar siervos del nuevo Tamerlan, si á costa de largos siglos de infamia compran el sosiego de un momento? ¿Qué nos importa á nosotros que somos un pueblo grande y estamos resueltos á perecer ó á triunfar? ¿Por ventura cuando alzamos, veinte meses ha, el brazo contra la tiranía, les fuimos á pedir su consentimiento?..... Hallen pues cabida las maquinaciones de la intriga en gobiernos débiles ó en gabinetes estragados; ajústense en buen hora unas paces ilusorias para el que las dá, vergonzosas para el que las recibe..... El pueblo español se mantendrá solo en pié en medio de las ruinas del continente europeo.»

Así era en efecto. Mas consultando la Central su ardimiento que los consejos de la prudencia, alentada con las ventajas que acababan de obtener nuestras armas en Castilla la Vieja, nada deseó tanto como arrebatar cuanto antes á Madrid de las manos de José, quien despues de la ida de su hermano se sentaba otra vez en el usurpado trono. Moviéronse pues hácia Madrid nuestros ejércitos, pero el que mandaba Areizaga fué roto y completamente dispersado por el francés en Ocaña, donde perdimos de 4 á 5,000 hombres entre muertos y heridos, 13,000 prisio-

neros por lo menos y mas de 40 cañones, con infinidad de carros, víveres y municiones. Abierta quedó en su consecuencia la Andalucía, y hubiérala desde luego invadido José si el respeto á los ingleses situados cerca de Badajoz, aunque hasta entonces espectadores pasivos, las tropas de Estremadura que mandaba Alburquerque y las del duque del Parque que operaban en la provincia de Salamanca, no le retrajeran de lanzarse á las gargantas de Sierra-Morena. Los ingleses mandados por Wellington dejaron las orillas del Guadiana despues de la rota de Ocaña para guarecerse en el Norte del Tajo; Alburquerque retrocedió sin parar hasta Trujillo, y el del Parque despues de la accion de Medina de Campo, donde rechazó ó contuvo al menos á los franceses, hubo de hallar su perdicion en la batalla de Alba de Tormes, en la que dispersado su ejército por la numerosa caballería de Kellerman echó luego de menos unos 3,000 hombres.

Restablecido José en Madrid habia recibido felicitaciones de algunos pueblos sojuzgados y corporaciones y tomado disposiciones encaminadas á captarse la voluntad de los españoles; despachó á las provincias comisarios régios que debian predicar el órden y representar en todo la persona del monarca; trató de formar regimientos de españoles; creó una junta criminal que debia juzgar sin apelacion á los *revoltosos*, *sediciosos y esparcidores de malas nuevas;* nombró comisarios de Hacienda para arreglar este ramo en las provincias sometidas y evitar que se impusiesen contribuciones estraordinarias, y en una palabra, dió tan contrarias y eterogéneas disposiciones que sin partir de un plan fijo solo se dirigian á remover la antigua administracion sin reformarla en nada ni sustituirla por la que debia emanar de la constitucion de Bayona.

Hé aquí como pintaban á José los mismos que en sus ejércitos militaban: «José mandaba en gefe despues de la partida de Napoleon; creia que con la suavidad de su carácter podria en España atraer á su gobierno así como lo habian hecho en Nápoles, los pueblos á quienes sometia la fuerza de nuestras armas: y habia dejado que se adelantasen los ejércitos franceses en la península con solo el objeto de organizar nuevas provincias y de reinar sobre mayor estension de país: de este modo habia comprometido

la seguridad militar de los ejércitos de Galicia y de Portugal, de los cuales no tuvo ninguna noticia en cinco meses. Llenaba sus papeles públicos de decretos que jamás se ejecutaban y apenas se leian ; daba á una iglesia los vasos sagrados de otra robada hacia mucho tiempo por los franceses ó despojada por los españoles mismos. Prodigaba las decoraciones de su órden real á los cortesanos que no se atrevian á traerla fuera de los lugares ocupados por los franceses por miedo de ser asesinados por los paisanos españoles. Hacia numerosas promociones en sus ejércitos que no existian aun : daba empleos en espectativa de gobernadores , administradores y magistrados de las provincias mas remotas de sus reinos de uno y otro hemisferio , mientras que no se atrevia á dormir en sus casas de campo á algunas leguas de Madrid. Sus pretensiones á la santidad, su afectada munificencia y sus falsas liberalidades no sirvieron mas que para ridiculizarle, cuando despues de la partida de Napoleon se disipó el terror que lo exagera todo. Sabia que los españoles propalaban que era tuerto y en vano procuró destruir tales rumores presentándose á menudo en público y mirando á todos de frente : el pueblo no dejó de creer por esto que no tenia mas que un ojo. Hizo mas, á la invocacion de Jesus , Maria y José suprimia el último nombre para servirse de la perifrasis *y el padre de Ntro. Señor*. Por fin , nuestros generales no obedecian sino con trabajo á un hombre á quien no consideraban como francés desde que le reconocian por rey de España y procuraban contradecirle y descontentarle por todos los medios posibles para que les volviese á enviar á Alemania. Querian á todo trance abandonar una guerra irregular y que les hacia perder la ocasion de obtener grandes recompensas peleando á la vista de Napoleon.»

Difícilmente hubiera la Central levantado grandes ejércitos sin el desprendimiento de todos los españoles y sin el importantísimo de las provincias de América y Asia. El grito de independencia resonó en aquellas lejanas regiones como el grito de la madre en peligro , y ya que no con sus brazos , con 284 millones de reales ayudaron los españoles allí establecidos á la santa insurreccion. El gobierno de España agradeció la generosidad disponiendo conforme al espíritu asaz olvidado de la legislacion es-

EL GENERAL BLAKE

pañola de Indias, que no eran tales posesiones colonias ó factorías sino verdaderas provincias de España, cuya representacion en la misma se decretó fuese efectiva.

La Central sin embargo, minada por contrarios bandos y desconceptuada sobre todo despues del malogro de la campaña de Talavera, acordó formar de individuos de su seno una *Comision ejecutiva*, encargada del despacho de lo relativo á gobierno, reservándose los negocios que requiriesen plena deliberacion, y fijó, tras empeñada oposicion de algunos, la apertura de las Córtes estraordinarias para 1.º de marzo de 1810, convocándose al intento en 1.º de enero.

El horizonte se nublaba mas y mas en el cielo de España. El gobierno se disponia á retirarse á la isla de Leon donde debian las Córtes reunirse, en tanto que los invasores amenazaban correrse hácia la hermosa Andalucía. Napoleon, terminada felizmente para sus miras la campaña de Austria, acababa de anunciar al senado francés « que se presentaria á la otra parte de los Pirineos, y que el Leopardo aterrado huiria hácia el mar, procurando evitar su afrenta y su aniquilamiento.» Los españoles, despues de la dispersion de Ocaña, no habian podido juntar mas allá de 25,000 hombres con los que debian cubrir la estensa línea amenazada por los 55,000 franceses que á la invasion de las Andalucías tenia el emperador destinados. Las gargantas de Sierra-Morena, que parecian destinadas á renovar en la memoria de los hombres la defensa de las Termópilas, se hallaban desguarnecidas, abandonadas, libres.

Cataluña habia visto sucederse en breves dias tres capitanes generales interinos, Portago, García-Conde y Henestrosa. Esta inestabilidad en el mando basta para indicar cuanto pesaba en aquellas circunstancias el baston de gefe del ejército catalan. El congreso de Manresa se habia disuelto despues de dictar algunas providencias dirigidas á reanimar el espíritu belicoso de la provincia, y volvió á quedar para el despacho de los negocios ordinarios la junta Superior. Mientras tanto, despejado el paso de la frontera, se disponia Augereau á alejar de Vich á nuestro ejército que en esa ciudad se habia concentrado.

Antes habian atacado los franceses á los tercios encargados de

la defensa del valle de Aran, siendo rechazados en el puente del Rey hasta el puesto de la Torrasa, fortificado con tres cañones y donde se vieron obligados á encerrarse, ofendiéndoles los nuestros desde buenos y naturales parapetos, despues de haberles desalojado de las casas del Pla de Arrem y ocupádoles ganado lanar, ropa y hasta el rancho. Tal resistencia indujo al general Villamoud que mandaba las fuerzas enemigas, á dar un ataque general en 12 del propio enero, por los puntos de El Postillon, Bausen y puente de Rey. Triplicadas á las nuestras eran las fuerzas imperiales, y sin embargo despues de repetidos combates que duraron tres dias, tuvieron que desistir y declararse en vergonzosa retirada. Alentados los tercios vencedores con tan alto triunfo, volaron en persecucion de los que retiraban, hasta dentro de su territorio, matándoles mucha gente, quemándoles 7 granjas que les servian de cuarteles y cogiéndoles muchas cabezas de ganado y gran número de fusiles. Mandó á los catalanes en tales acciones el teniente coronel Ducros, bizarramente secundado por los oficiales Benosa, Firat, Adema, Sanglada y otros.

Al mismo tiempo los generales Souham y Pino marchaban sobre Vich con 10,000 hombres, pasando por el Grao de Olot y otros puntos. Su intento era avanzar hácia Moyá flanqueando el paso de Coll-Suspina. Retirados los nuestros de Vich, apenas se detuvieron en esta ciudad los enemigos, sino que adelantando en la direccion indicada, hubieron de encontrarse las tropas de Souham, en número de 6,000 hombres, con la division que al mando de Porta subia desde Centellas á incorporarse con la division de vanguardia que se hallaba á las órdenes de O'Donell. Atacóla el francés desde luego, valido de la superioridad numérica que le favorecia, y obligó á Porta á precipitar el paso. Mas la division de vanguardia que se hallaba en las alturas de Coll-Suspina, acudió con tanta oportunidad á detener á los franceses que envalentonados se disponian á picar á Porta la retaguardia, que dando lugar á éste de revolver sobre los mismos, ambas divisiones españolas cargaron vigorosamente á los imperiales, derrotáronles y pusiéronles en espantosa fuga, ocasionándoles muchos muertos y cogiéndoles 7 oficiales y mas de 100 soldados. El fogoso O'Donell, al frente de los suyos, peleó como simple granadero,

haciendo prisioneros por su mano tres oficiales franceses á quienes guardó despues las mayores atenciones.

Repitió el 13 el ataque el enemigo por la izquierda de Collsuspina. Como los españoles solo podian combatir en las alturas donde se sostuvieron todo el dia, avanzó la caballería francesa por la carretera hasta Moyá, lo cual obligó á O'Donell y Porta á replegarse al anochecer sobre Sellent y puente de Cabrianes. El 14 retrocedieron hácia Tona los imperiales, desocupando á Moyá, al objeto de juntarse con las restantes divisiones que habian dejado en Vich y Roda y encaminarse directamente al socorro de Barcelona. Los cuerpos O'Donell y Porta ocuparon el 15 á Calders y Moyá, pero reunidos marcharon luego en persecucion del enemigo, con miras de impedirle el paso de la capital.

En Manresa esperaban para unirse á las espresadas divisiones y á la del coronel Rovira que se hallaba en S. Bartolomé, 1000 infantes y algunos caballos del cuartel general. Este se habia trasladado el propio dia 15 de Tarrasa á Esparraguera. La ciudad y corregimiento de Manresa merecen siempre que de ellos tratemos una distincion particular. Los gastos que el mantenimiento de los numerosos somatenes que tenia apostados en diferentes puntos del Bruch, Coll de David, Vacarisas, Tarrasa, Caldes de Montbuy, Coll de posas, Moyá y Calders, obligaron á la junta corregimental á enviar al Llusanés y á Serdaña para hacer acopios de trigo que no tardaron en agotarse. Entonces propuso la propia junta que si contribuian, juntamente con el que ella representaba, otros seis corregimientos á proporcion, adelantaria Manresa 20,000 libras catalanas y hasta 15,000 sus pueblos corregimentales, cuya total suma de mas de 373,000 reales se hicieron efectivas sirviendo no solo para la manutencion de los somatenes sino para las tropas. Émulos unos de otros aquellos fidelísimos pueblos no dejaron sosegar al francés en todo el año de 9, ya en la Pobla de Claramunt, mandados por el célebre canónigo Muntañá y por el cura Mas, de Sallent, cuya villa mantuvo á sus espensas un hospital, ya en la villa de Moyá y su comarca regidos por el Dr. Plans y el capitan Pellicer, y ya en fin arrollando 300 imperiales que guarnecian el punto de Tarell de la Montaña; em-

presa debida á la intrepidez de los que mandaba el bravo capitan Ferrusola.

Despues de avivar Augereau el odio de los catalanes con la ejecucion inícua del cura de Arbucias D. Narciso Ubach D'Oria, de José Font y Narciso Camps, quienes sin otra causa que la de haber sido en malhora encontrados y detenidos, á pesar de no llevar arma alguna, por una partida de tropa francesa, fueron ahorcados en Gerona el 1.º de enero sin la menor forma de proceso y sin permitírseles recibir ningun auxilio espiritual; mandó adelantar su hueste hácia la capital del Principado. Al efecto, envió una vanguardia de 200 hombres, que al paso que hiciese un reconocimiento sobre Hostalrich, despachase un parlamentario para tratar de la rendicion de este castillo y acompañase á los puestos españoles al correo de gabinete que el emperador de Austria enviaba al gobierno de nuestra nacion con carta en que instaba por la cesacion de la guerra y consiguiente sumision á la voluntad del césar francés. El parlamentario fué admitido en el castillo, pero el correo conducido á S. Celoni, desde donde no queriendo dejar los pliegos segun se le previno, volvióse con ellos al cuartel general francés, atemorizado con las advertencias que se le hicieron de esponerse á perecer por el camino, víctima del entusiasmo de los pueblos, si intentaba pasar adelante hasta la residencia de la Central.

Los enemigos que el 11 se habian presentado en las alturas de Coll Furmí y de Massanas, y formaban como unos 2,500 infantes y 200 caballos, al mando del general Mazzuchelli, bloquearon desde luego el castillo. La guarnicion estaba animada de la mayor decision. Su entusiasmo se exhalaba á todos momentos con los gritos de, *viva la patria*, *viva la religion* y *viva el rey*. Somatenes de diferentes pueblos, especialmente el de Breda, mandado por Pagés y situado en los molinos de Gasarans, y el de Tordera que cubria las alturas de S. Cornelio, preparábanse á proteger la defensa de Hostalrich.

Está la villa situada en la antigua carretera de Francia al oriente del Tordera que la baña por el E. y distante seis leguas de Gerona y tres del Mediterráneo, sobre un escarpado de difícil acceso, bien fortificado por la naturaleza, y por el arte con un muro

atorreonado, abierto en muchas partes y apoyo en otras de las casas del vecindario. Domínalo al O. la altura sobre que está edificado el castillo, cuyo *Caballero*, capaz para 6 piezas de grueso calibre, se alza en forma de trapecio en el punto mas elevado del fuerte, y tiene en su interior bóvedas á prueba. Las dos puertas de la plaza miran á la villa la una, y la otra al campo, y tienen sus puentes estables y levadizos correspondientes. La torre llamada de los *Frailes* dominada por el castillo y á poca distancia del mismo, estaba fortificada con un cañon de á 8 y otro de á 4. Tan importante fortaleza debia ser tomada á toda costa por el francés si le interesaba conservar despejada su línea de comunicacion con el vecino imperio.

Mandaba en Hostalrich el pundonoroso D. Julian Estrada, quien tan luego como vió la disposicion del francés, se dirigió á sus tropas en estos términos: «Teneis al enemigo al frente, y fija en vuestro valor, en vuestra constancia, en vuestro patriotismo la atencion del principado, de la península, de la Europa entera. Gerona libra en vuestro valor su venganza y os enseña con su ejemplo el camino de la inmortalidad. Esta fortaleza es hija suya y debe imitar á su madre en la resistencia. Es preciso vencer ó morir, pues de todos es la patria, la libertad y la causa que defendemos.»

Saquearon los enemigos los alrededores de la plaza, procurando al propio tiempo tomar los puntos mas inmediatos á la misma y que pudiesen servirles de apostaderos. En ellos les ofendieron los del castillo y de la torre de los Frailes con acertados disparos de cañon y obús, batiendo los cazadores de Iberia á la avanzada que se habia posesionado de la casa nueva del Marqués. No olvidando su sistema de destruccion, incendiaron los imperiales tres casas inmediatas á Massanas, sin objeto ninguno estratégico, y solo por pura venganza. El 17 se presentó Souham sobre el camino de Arbucias con su division fuerte de 3,500 infantes y 200 caballos y dividida en tres columnas que tomaron posiciones separadas, dándose la mano con las tropas de Mazzuchelli por la parte de casa Sauri. Los somatenes de S. Cornelio, adelantando sus guerrillas hasta la orilla opuesta del rio, les ocasionaron graves pérdidas.

Guarecidos los imperiales de nuestros fuegos de artillería, por los muros y casas de la villa, se apoderaron de ella el 18, é intentaron sorprender la torre de los Frailes, cuyo logro estorbaron los incesantes disparos del castillo. Penetraron luego hasta la iglesia de la villa y formaron parapetos en las boca-calles á ella inmediatas, para dirigir sus fuegos contra la tropa que defendia el rastrillo y plaza de armas de la puerta del Socorro. Durante este tiempo pegaron fuego á tres casas de la poblacion, y hubieran hecho lo mismo con la iglesia, por medio de una camisa embreada que ya habian clavado en la puerta, á no acertar una bala de nuestros cañones á dar muerte á los mas atrevidos.

Quedaron el 21 sorprendidos los de la plaza de recibir de la torre de los Frailes hasta 4 disparos de cañon. Era comandante de este punto el capitan del 2.º de Gerona D. Francisco Oliver, buen español y valiente, de quien no se podia sospechar que hubiese entregado sin defensa la torre. Sin embargo de que se observaban algunos cadáveres al pié de los muros de este fuerte, no se habia oido durante la noche anterior señal alguna de combate por aquel lado. Celebrado consejo por los del castillo, se acordó batir la torre con la artillería gruesa, como al instante se efectuó, consiguiendo arruinar su plataforma y dejar algo mal paradas sus dos piezas. Un oficial parlamentario se encargó de aclarar á los nuestros tal misterio. Enviábale Augereau, quien no andaba lejos, con la siguiente intimacion: « Os intimo, señor comandante del fuerte de Hostalrich, que él y toda su guarnicion se entregue prisionera de guerra. Gozará de los honores de ella y será conducida á Francia prisionera la tropa. Os doy dos horas, señor, para reflexionar sobre mi partido. En caso de rehusarlo, vos y vuestra tropa sereis condenados á sufrir la pena capital, como rebeldes á vuestro rey legítimo, y entonces no espereis ser ya tratados como militares. Echad por un instante la vista sobre vuestra situacion, librada á la suerte mas cruel. Ya no podeis contar al presente con ninguna especie de socorro, puesto que los insurgentes están derrotados en todos sus puntos y totalmente aniquilados. Acordaos, señor, que mi palabra es sagrada. » Mas el gobernador de Hostalrich contestó con entereza, que la guarnicion del fuerte cuya defensa le estaba encomendada, no

habia vacilado un momento en la respuesta que debia dar. «Toda la guarnicion, añadió, ha jurado morir dentro de estos muros antes que abandonar la justa causa que defiende. Tal es la contestacion que tendrán cuantos pliegos contengan el carácter y amenazas del presente: así que, esta resolucion os evitará en adelante la pena de repetirlas.» Con términos parecidos habian contestado los gobernadores de Rosas y de Gerona, se diria el francés al recibir semejante repulsa, pero al fin doblegaron su altanería ante el poder de las armas imperiales: mas olvidaba, si con tal idea se engria, los miles de soldados franceses que al pié de esas gloriosas murallas habian las balas y las bayonetas de los españoles destrozado; olvidaba los rios de sangre que tales conquistas á la Francia costaban; olvidaba en fin, que hay victorias que no lo son sino por el logro del objeto disputado, mientras en todo lo demás poco es lo que de una completa derrota las distingue.

La torre de los Frailes hubo de quedar, por muerte de su comandante, ocurrida en el acto de arrojar una granada que se le reventó entre las manos, al mando del sargento primero de artillería, Merino. Seducido este mal español por los ofrecimientos del enemigo, le hizo dueño del punto confiado á su lealtad, aquella misma noche. Esta pérdida no era sin embargo de gran trascendencia para el castillo, al que en nada podia la torre ofender, mayormente arruinada como quedaba su plataforma. Los franceses retiraron los dos cañones que en ella habia y los colocaron en la plaza de los Bueyes, de la villa. Aquella misma noche estendieron la línea de sus fuegos por la parte de Breda, con ánimo de redondear el asedio. Lográronlo del todo el 22, cortando á los defensores de Hostalrich la comunicacion con el Vallés y la Marina y avanzando hasta la otra parte del Tordera algunas partidas de tropa que se dieron la mano por su derecha con el campamento de Coll-furmí y con el de las inmediaciones de Gasarans por su izquierda. Solo con gran esposicion tuvieron desde entonces los sitiados que salir fuera del glácis á proveerse de agua. El ganado, destinado solo para los enfermos, no podia pacer ya ni al pié de los muros del castillo.

La línea de circunvalacion era estensa, pero poco fuerte. Los

enemigos aparentaban sin embargo con sus contínuos simulacros que era considerable su número. Este lo disminuyó con efecto, para acudir con prontitud al socorro de Barcelona, el mariscal Augereau, quien habia pasado con la mayor parte de su ejército en direccion de S. Celoni, á fin de reunir en las inmediaciones de Cardedeu un convoy considerable. El 24 vadeando los sitiadores el Tordera tomaron las alturas de Casa-Negra con la idea de cargar por la parte opuesta del rio y caminos de S. Celoni y Arbucias. Los campamentos de Massanas y Coll-furmí quedaron con muy poca gente.

El 30, despues de haber nuestras guerrillas desalojado de sus puestos, tomándoles todos los útiles, á las avanzadas enemigas, se presentó delante del castillo otro parlamentario. Mazzuchelli enviaba á decir al de Estrada que su resistencia carecia de objeto; que el ejército español perseguido sobre el flanco estaba al otro lado del Llobregat, y tal vez encerrado ya en Tarragona y proponia igual capitulacion que la que á Gerona se habia concedido. Contestó el español, que aun aislado en medio de los enemigos de su patria, seguia en su resolucion de sostenerse á todo trance.

Los españoles no se hallaban, como aseguraba el francés, rechazados á la otra parte del Llobregat, sino que se preparaban para interceptar la introduccion del convoy en la capital. Tampoco podia decirse que por parte de Duhesme se hubiese logrado ventaja alguna en aquella parte. Diarios continuaban siendo los combates que sus fuerzas avanzadas se veian obligadas á sostener. Se hallaban éstas ocupando los puntos de S. Justo, Esplugas, Garrofer, Cornellá y S. Feliu cuando adelantándose de nuestras posiciones por el puente de Molins de Rey algunas compañías de somatenes al mando del valeroso Manso, sostenidas por guerrillas de infantería y caballería, del lado del camino real y S. Boy, y por otras compañías de somatenes por el del Papiol, tomaron á los enemigos todos los pueblos espresados, desembarazando la carretera de los caballos de frisa, árboles y otros obstáculos que en ella encontraron. Reforzados los imperiales al dia siguiente, atacaron á su vez á los españoles que ya habian recobrado sus anteriores posiciones de Serra Pelada y Puig-Castellá, por no ser

defendibles las conquistadas, y con dos cañones y un obús avanzaron hasta el puente, mientras destacadas de la fuerza principal ganaban algunas compañías las alturas de Molins de Rey, al intento de tomar á los somatenes las del Papiol. Ya habian traspuesto el puente los enemigos, cuando cargándoles los nuestros con decision, les obligaron á repasarlo y á desistir de su empresa, así como á los del flanco derecho. Otra vez hubo de salir victorioso el brigadier Bajines, comandante de la division del Llobregat. Los imperiales se vieron rechazados.

Mientras Augereau se disponia á seguir con sus 9,000 hombres y numeroso convoy hácia Barcelona, desde sus posiciones cerca de Santa Perpétua, donde le hemos dejado, Duhesme que contaba solo en la capital con una fuerza de 3,500 hombres escasamente, llegaba á Granollers, al encuentro del de Castiglione. Dejando allí buena parte de su hueste volvió á Mollet «para acercarse á Barcelona que el enemigo parecia amenazar» segun publicó despues en el *Diario*, habiendo sido destacado á Santa Perpétua contra sus órdenes, un batallon del 112 de línea.

Campoverde que vigilaba las operaciones de los enemigos, con encargo de atacarles cuando se presentase favorable coyuntura, aprobó el plan que fué á proponerle el labrador hacendado de Poliñá, Francisco Alsina, hombre práctico en el terreno y tan valiente como despejado. Desembocando pues por Tarrasa, cayó de improviso, el 21 de enero, sobre el batallon apostado en Santa Perpétua, con tanta fortuna, que de los 400 hombres de que se componia no pudieron escapar mas de dos: los demás quedaron muertos ó prisioneros. Manso que mandaba la vanguardia, á pesar de hallarse hambrientas y fatigadas sus gentes, se sostuvo á pié firme por espacio de dos horas sobre un suelo cubierto de nieve y por demás resbaladizo. Al atravesar un pantano para apoderarse de una buena posicion se quedó estancado en el fango, y ya iba á acabar con su vida un ginete francés, cuando uno de los nuestros se la libró disparando é hiriendo al acometedor.

La division del brigadier Porta acababa de llegar en el momento del triunfo, por la parte de Castelltersol. Reunidas ambas fuerzas, acordaron acto continuo sus comandantes atacar á los enemigos que se hallaban en Mollet y formarian como unos

1,200 hombres, entre ellos el 2.º escuadron de coraceros, y 2 piezas de artillería. Verificáronlo por la derecha Campoverde y Porta por la izquierda, consiguiendo no menos señalada victoria que la anterior, pues solo se salvaron 2 ó 300 enemigos. Entre los prisioneros se contaron el comandante general de la division enemiga, el coronel de coraceros Guery, con casi todo su escuadron. Los franceses confesaron 500 pérdidas. Los españoles las hicieron subir á 700. Cayeron tambien en nuestro poder los dos cañones, una bandera y considerables despojos. No falta quien asegura que los prisioneros cogidos en ambas acciones fueron paseados por en medio del ejército vencedor, precedidos de las dos piezas de artillería con inscripciones, y cubiertos de guirnaldas de laurel, sirviendo de ovacion á los nuestros. Si tal se hizo, no hay motivo, por fundado que sea, que baste á escusar al gefe que dispuso un acto tan impropio de todo pueblo ilustrado como repugnante es para el carácter del español. Augereau solo llegó á tiempo de salvar en Granollers á uno de los batallones de Duhesme, que allí quedaba defendiéndose, y entró en Barcelona el 24, dejando en el exterior la mayor parte de sus fuerzas. El convoy se componia de 400 fanegas y algunos carros de víveres. El gobernador general de Cataluña fué recibido por la guarnicion con todos los honores debidos al carácter de que venia revestido.

Socorrida Barcelona, cumplió Augereau desde luego el encargo que traia de destituir á Duhesme y enviarle á Francia con la division que debia escoltar á los prisioneros de guerra. Celebró el pueblo barcelonés semejante acto de justicia, mas no esperó por esto que el nuevo gefe imperial quebrantase con su humanidad y su buen trato la firme constancia en el odio que le animaba.

El 30 salió Duhesme de la capital al frente de la division que, junto con 220 soldados españoles, conducia á Francia prisioneros á los paisanos que por el mal estado de su salud no habian podido marchar con el convoy anterior. Eran éstos los dignos y esforzados patricios que prefirieron las penalidades de una larga y dura prision y de un destierro quizá interminable, á pronunciar el juramento de fidelidad al nuevo gobierno. Partieron pues á pié y medio enfermos todavía los oidores Mendieta, Vaca, Marchamalo,

Córdova y Beltran, los alcaldes del crímen Lasauca, Dueñas, Ortiz, Villanueva y Bustillo, los escribanos de cámara Ribas y Garimon y los regidores Juliol y Bransí.

Dos dias despues, esto es, en 1.º de febrero, fué Augereau á unirse al convoy, dejando encargado el mando de la plaza al general Rey que pasó á aposentarse en la antigua habitacion de Duhesme. La dificultad de proveer de víveres á la guarnicion de Barcelona, habia obligado al de Castiglione á sacar de esta ciudad á los prisioneros y retirar de sus alrededores las tropas que con él llegaron. Encaminóse á Hostalrich y dejando en las alturas de Masanet algunos batallones para reforzar el bloqueo, se restituyó á Gerona. Souham recibió órden de avanzar hácia Vich por los desfiladeros de la Garriga, único camino que permite el tránsito de carruages y artillería rodada.

A Rey se le dió por segundo en el mando de Barcelona al general Lacombe Saint-Michel, uno de los 395 diputados que votaron la muerte de Luis XVI, y el encargo de no dar reposo á las fuerzas del Llobregat; pero éstas á los pocos dias avanzando intrépidamente hasta la Cruz Cubierta, lograron clavar la batería que en el punto conocido por los Molins de Vent se habia construido. Otro encargo no menos espinoso dejó encomendado Augereau: el de tomar al clero el juramento de fidelidad que aun no se le habia exigido. Habíase ya tratado de tomarlo á los párrocos y comunidades, pero no de manera que no fuese fácil eludirlo, como lo eludieron las clases amenazadas con semejante coaccion. No pudieron sin embargo evitarla el Vicario general D. Francisco Sans y algunos individuos del cabildo catedral, quienes fueron sorprendidos en sus casas por la policía, á altas horas de la noche del 29 de enero, y llevados, en medio del copioso aguacero que caia, ante el comisario Casanova, el cual les condujo á presencia del gefe del estado mayor, en cuya casa y amenazados con la deportacion, se vieron obligados á jurar obediencia civil y política á la intrusa monarquía. En Zaragoza, en Gerona y otros puntos dominados se habia recibido en la misma forma semejante apariencia de juramento. Prestáronlo pues el 9 de febrero, no sin haber protestado antes de su improcedencia, porque ningun gobierno se lo habia jamás exigido y solo en lo civil y político te-

nian obligacion de obedecer, sin necesidad de jurarlo. El Vicario perpétuo de S. Justo, D. Gaspar Fuster, insistió en ello, diciendo á Casanova con energía : « Solo entendemos prestar una obediencia meramente política, pues de lo contrario aquí están nuestras cabezas para ser cortadas. » Tres párrocos y cinco ecónomos los únicos que habia en Barcelona firmaron el acta del juramento. El pueblo no miró por esto con ceño á sus pastores, antes vió que de no jurar iba á quedar sin ministros el culto divino, y que tal vez entonces sustituirian á los naturales los advenedizos. Mal grave sin duda, porque en perjuicio de la vida espiritual hubieran sido rechazados éstos del lecho del moribundo, abandonados en sus confesionarios y hasta privados en el acto de la misa del concurso de los fieles. Algunos, aunque por la violencia fuese nulo el juramento, preferian huir á proferirlo, fundados en el ejemplo de S. Anastasio que huyó creyendo obrar conforme al precepto del Evangelio que dice : « Cuando os persiguieren en esa ciudad, huid á la otra. » (1). Los que opinaban por quedarse se apoyaban en la respuesta dada por S. Agustin al obispo de Thiaba, Honorato, el cual le consultaba sobre el modo como debia arreglar su conducta en la irrupcion de los vándalos. « Si faltan los ministros, decíale el santo, ¡ qué perjuicios no se siguen á los mas débiles y necesitados ! ¡ que desconsuelo en los mas fervorosos ! ¡ qué lamentos en todos, y aun qué blasfemias de algunos contra la ausencia de los ministros ! De este modo el temor de los males temporales causa un gran cúmulo de males eternos. Mas si en estos conflictos los ministros están en su pueblo, le dirigen, le consuelan, le animan, le exhortan y le dan fuerzas con la comunion del cuerpo del Señor y demás sacramentos. Tanto importa que los ministros del Señor no atiendan á su comodidad sino á promover la gloria de Jesucristo y la salud de las almas. » Replicaban los primeros que entendió hablar el santo doctor del caso en que la persecucion es á todos estensiva ; puesto que espresa en el mismo pasage : « Si la persecucion es general será una borrasca como la de una na-

---

(1) Math. Cap. X. v. 23.

ve en alta mar en que el peligro es comun á marineros y pasageros. ¿Y quien se atreverá á decir que en este caso pueden el piloto y marineros abandonar la nave, aunque pudiesen escaparse nadando ó en la lancha? «Mas la persecucion del francés era, decian, particular contra la clase clerical, y por consiguiente debia ésta ponerse en cobro; por ello huyó el Señor de Egipto y S. Pablo se salvó por el muro. Por otra parte, añadian, la desavenencia entre este apóstol y S. Bernabé fué causa de que se separaran (1); pero ¿qué resultó de ahí? Contribuyó, segun S. Gerónimo, á la dilatacion del evangelio, porque cada uno de aquellos héroes tomó diverso rumbo y de consiguiente se propagó con mas rapidez el Evangelio.» Y asimilaron á estos los beneficios que resultaban al ejército y á toda la provincia de la emigracion de la parte disidente del clero, que no por esto se dedicó menos al servicio del culto, sino que dió ejemplo de caridad y abnegacion ausiliando á las tropas, consolando á los espatriados, descargando á los párrocos, de los puntos libres de la invasion, de las multiplicadas atenciones que la mayor reunion de gente les imponia, y ejerciendo á la vez en los hospitales los cargos de enfermeros y sacerdotes. De todas maneras, lo repetimos, no acriminó, como no debia acriminar el pueblo á los que abandonaran la ciudad, antes contribuyó en proporcionar disfraces á los fugitivos y aun les acompañó hasta ponerles en salvo. No faltaron algunos, especialmente los cuatro Carmelitas descalzos que habian quedado en el convento de S. José, que prefirieron el encierro de Monjuich á la prestacion del juramento, ni aun con la restriccion aceptada.

Mientras la ciudad volvia á salir de uno de los períodos de escasez, tan frecuentes durante todo el tiempo de la invasion, en los cuales llegó á pagarse el trigo á mas de 16 pesos la cuartera; mientras renacia la abundancia con la llegada de numerosas embarcaciones españolas, que se aprovecharon del permiso concedido por Rey, de importar víveres para el público consumo; en

---

(1) Facta est autem dissensio, ita ut discederet ad invicem.—*Hechos de los Apóstoles*, cap. 15.

tanto que las partidas á que se daba el nombre de *embrollas* ya no impedian en las inmediaciones de la capital la introduccion de víveres por la parte de tierra, á causa del refuerzo que la guarnicion enemiga habia recibido; O'Donell trataba en Manresa de llevar á cabo la organizacion del ejército que habia de oponer á las numerosas tropas de línea que podia presentar el francés. Jóven todavía el capitan general interino de Cataluña, tenia demasiado ganado el corazon de los naturales de este país para hallar estorbo alguno en lo que se propusiese. Sus grandes cualidades de mando, su misma intrepidez, brillantemente acreditada en las acciones que van referidas, le hacian acreedor á la entera confianza con que la junta y el país todo le honraba. Espresando los sentimientos de éste habia aquella solicitado de la Central la elevacion de O'Donell al grado de teniente general y á la propiedad del cargo que en el principado desempeñaba. Las representaciones que la misma junta elevó en 18 de febrero y en 21 de marzo, indican que la Regencia del reino se reservó formar maduro concepto de los méritos del candidato, quien al fin recibió ambos nombramientos en 10 de abril, y no el 21 de enero como sienta el ilustre Toreno.

O'Donell pues, en union de la junta dispuso una *quinta* general para reforzar el ejército ya demasiado debilitado, y tachando de insuficientes, por valerosos que fuesen, los esfuerzos de los indisciplinados somatenes para libertar el principado, procuró dar forma militar á todos los cuerpos de paisanos, uniéndolos ó asimilándolos á las tropas de línea, y admitiendo la creacion de otros. A fin de escitar á que se aumentase el número de los que voluntariamente acudian á aumentar las filas de los defensores de la patria, facilitó la Superior la expatriacion de los menos pudientes, mandando que á los que abandonasen los puntos ocupados se les diese alojamiento como á los militares. Dividido nuevamente el ejército, reconcentró O'Donell en Manresa casi toda la fuerza disponible. La 3.ª division al mando del brigadier Martinez quedó cubriendo la línea del Llobregat. Iban pues á continuarse las operaciones sobre Vich con 12,000 infantes y 1,200 caballos, con los cuales marchó aquel general hácia Moyá, distribuidos en tres columnas que fueron

reforzándose por el camino con gran número de somatenes.

Habia llegado Souham á Vich y manifestado desde luego al obispo de aquella diócesis la órden que tenia de exigirle el juramento de fidelidad que tanto parecia interesar á los imperiales. «Sin embargo, añadió el francés, como vuestro ascendiente en el pueblo es grande, contestaré al mariscal que debe para ello aguardarse ocasion mas oportuna, pues seria de temer alguna conmocion en el caso de que hubiera de emplearse la violencia.» Mas el prelado le respondió que podia escribir á su gefe lo que tuviese por conveniente, pero que no dejase de añadirle que el obispo de Vich no prestaria ni entonces ni nunca semejante juramento.

No se manifestaban menos decididos todos los habitantes de aquella parte del principado. En la superior del corregimiento de Gerona estaban los comandantes de somatenes, Fábregas y Oliveras, corriendo el país en diversas direcciones y acechando y oponiéndose diariamente á las tropas enemigas que se veian obligadas siempre á marchar abriéndose paso á viva fuerza. D. Estéban Pagés con las compañías de reserva del Vallés atacaba ora á los franceses de Vich, cuyas avanzadas se estendian hasta media hora mas allá de Tona y á los alrededores de Centellas, ora á los de Hostalrich que tocaban á S. Celoni y habian puesto dos piezas de artillería en una altura inmediata que llaman Puig de Bellver. La poblacion de Viladrau, pequeña en sí, pero grande por el valor de sus moradores, se habia opuesto de nuevo al paso de los franceses, que formando una division de 3,000 hombres pasaban desde aquella ciudad á reforzar en Hostalrich á las fuerzas sitiadoras. Sanos y enfermos dejaron enteramente desiertas sus casas, y mientras los desarmados y débiles corrian á refugiarse al monasterio de S. Segismundo, los que tenian alguna arma se quedaron para hacer rostro á la columna imperial. Con muchas pérdidas entró Perceval, que la mandaba, en el pueblo donde ni uno solo de sus vecinos le esperó. Mandados todos por el nunca bien ponderado D. Francisco Palou, y por el regidor D. Ramon Coma, encaramados en sus breñas, como en una inmensa é inespugnable fortaleza, desafiaban las iras del invasor, causando en él diario y considerable estrago. Viendo Perceval que en vano habia de tratar de perseguirles en las alturas, cubiertas entonces de espesísima

nieve, envió á decirles que podian restituirse á sus hogares donde les aseguraba respetar las personas y las propiedades. Mas contestáronle con resolucion los nuestros, que «para que toda la nacion francesa conociese el grande amor que aquel pueblo profesaba á su religion, á su rey y á su patria, estaba toda la gente contenta de quedar sepultada entre los hielos del Montseny antes que rendirse á la dominacion de las tropas francesas.» Irritado el enemigo con tal repulsa embistió por diferentes puntos el monasterio de San Segismundo, donde no halló sino á los enfermos. Los bravos y sanos montañeses se habian retirado á puntos mas escabrosos. Perceval renunció á desencastillarles de ellos y se restituyó á Viladrau.

Las poblaciones de S. Celoni, Breda, Arbucias y todas las que se encuentran en la carretera de Francia eran igualmente abandonadas de sus habitantes, que no parecian sino mas enconados contra el francés cuanto mas inmediato era su territorio á la frontera. Distinguióse el 20 de febrero la division volante de Olot á las órdenes de su comandante Alvarez Sotomayor, en el formidable ataque de Besalú; poblacion donde bien fortificados se defendieron los imperiales. A pesar de no ofrecer el pueblo mas que una sola entrada que enfilaban los fuegos del castillo viejo, penetraron los nuestros en el caserío, desafiando la lluvia de balas y piedras de los que pertrechados en el fuerte, en la iglesia y en el convento de Santa María se defendian, y ya con hachas, á falta de mixtos incendiarios, trataban los acometedores de abatir las puertas del fuerte y del reducto, cuando una bala arrebató al valiente capitan de granaderos D. Sebastian Ramirez, tras lo cual, y aumentándose la mortandad entre los mas animosos, hubo que ceder ante tan parapetados enemigos. Socorridos éstos, aquella noche recogieron los españoles 44 bueyes, 200 carneros y 41 cerdos, y emprendieron al dia siguiente la retirada con el mejor órden. Habiendo salido á picarles la retaguardia una columna imperial les halló en tan buena disposicion que sin disparar un tiro se volvió á sus reales. Los nuestros se detuvieron en S. Juan de las Fonts.

Pocos dias antes el general Verdier con una division de 2,000 infantes y 150 caballos habia rodeado con el mayor silencio la villa de Calella y sorprendido á todos sus moradores. No hizo,

por milagro, daño alguno ; solo se contentó con imponer una cantidad de víveres y se retiró al dia siguiente, camino de Pineda. Súpolo la junta de Arenys de Mar y determinó estorbarle el paso. Dió aviso á la corbeta española Sebastiana y á un bergantin inglés, cuyos buques dispararon contra los imperiales forzándoles á apresurar el paso mas de lo que les convenia, y despachó al comandante Pocalló, con su compañía de somatenes de la Junquera, el cual desde las alturas de Santa Susana ayudó á la retirada de los enemigos, ocasionando la muerte del caballo de Verdier, con cuyo motivo hubo de quedar contuso este general.

O'Donell á quien hemos dejado marchando sobre Vich, á fin de reconocer las posiciones del enemigo hizo el 11 de febrero adelantar por el camino que desde las alturas de Coll-Suspina se dirige por el lugar de la Malla hácia aquella ciudad, la division volante al mando del coronel Sarsfield, fuerte de 1,000 infantes y 60 caballos. Batió completamente en la Malla este destacamento un cuerpo de 450 hombres, apoderándose de 64 fusiles y gran número de mochilas, y siguió hasta un cuarto de hora de Vich, dispersando los puestos avanzados que por el llano encontró. Mas saliendo de la ciudad una fuerte columna de infantería y caballería, compuesta de unos 4,000 infantes y 500 caballos obligó á Sarsfield á retroceder, no sin que atropellara malamente á su retaguardia la caballería enemiga. Los imperiales solo se atrevieron á barbear las alturas que por aquella parte terminan el llano de Vich. Con 1,200 hombres y 50 caballos atacó Milans el 13 desde el pueblo de Major, pero reforzados los contrarios, y amenazando cortarle por la derecha una de las columnas en que se habian dividido, precipitó su retirada y la hubiera proseguido hasta Coll-Suspina á no haber llegado en aquel momento el general en gefe con tropa de refresco, con la que no solo contuvo el avance de los enemigos, sino que al grito de *Viva Fernando VII*, que repitieron con entusiasmo todos sus soldados, lanzóse al frente del ejército contra el de los franceses, quienes á pesar de su recientes ventajas, cedieron el campo á nuestras armas, acogiéndose precipitadamente á la ciudad. Los españoles se adelantaron hasta muy cerca de ella. A mas de 200 hombres, entre los que se contaba un coronel y muchos oficiales,

subió la pérdida de los invasores. La nuestra no llegó á un centenar. O'Donell volvió á sus posiciones. (1)

Las siete serian de la madrugada del 20 de febrero cuando poniéndose en movimiento divididos en tres columnas los españoles, desembocaron de nuevo en el llano de Vich. El primer cuerpo de la derecha, del que hacia parte toda la caballería, apareció por el lado de Tona. El segundo, que descendió de Coll-Suspina, pasó á formarse en órden de batalla á la izquierda del primero. El tercero debia penetrar por Salfora y ocupar las montañas que dominan el llano hácia el oeste. Los migueletes y somatenes al mando de Rovira cubrian las alturas.

Luego que Souham conoció los movimientos de los españoles reunió inmediatamente sobre la ciudad toda su division y la formó tambien en batalla, sosteniendo sus alas con caballería, infantería y tres cañones. En Gurp principiaron el ataque los somatenes de Robira, con tal viveza, que el batallon allí apostado tuvo que replegarse sobre la demás fuerza. Desde este momento la accion se hizo general en todo el frente de la línea enemiga. Trató O'Donell de envolver sucesivamente el flanco izquierdo contrario, estendiendo la caballería, que se apoderó de un cañon, de romper el centro y de doblar ambos costados; pero destacando el francés un regimiento de dragones, apoyado en su izquierda por la compañía escogida de dragones de Napoleon, rechazó á los nuestros, que tropezando en un lodazal, quedaron 30 ó 40 enfangados y prisioneros. En esta retirada, en la que recobraron los enemigos la pieza que acabábamos de tomarles, sufrió mucho nuestra caballería por el nutrido fuego de metralla y fusilería con que á mansalva se le acompañó en su derrota.

Exasperado el valeroso O'Donell, echó mano de sus fuerzas de reserva y atacó el centro de los enemigos con verdadera furia. Tres horas duró esta acometida en la que el valor de los unos parecia aumentar al de los contrarios. De repente, y por medio

---

(1) Confunde Toreno las acciones de los dias 11 y 13 con la decisiva batalla que tampoco tuvo lugar el 19 del propio mes, como afirma aquel autorizado historiador, sino el 20, segun se vá á consignar.

Batalla de Vich (20 de febrero de 1810)

de una atrevida maniobra, cargó el español con triplicadas fuerzas sobre ambos flancos enemigos; pero, como antes, se estrellaron sus esfuerzos contra la firmeza de los imperiales. El general Souham, herido en este momento de una bala de fusil sobre la sien izquierda, tuvo que retirarse dejando encomendado el mando al general de brigada Augereau, sobrino del mariscal de este nombre. Entonces fué cuando el general herido manifestó, mientras le curaban, al obispo en cuyo palacio se alojaba, que á pesar de la brillante resistencia que sus tropas hacian, quedaria al fin la victoria por los españoles: mas habiendo luego subido á la azotea de la misma casa y visto que los nuestros tenian descubierto uno de sus flancos, ya no dudó, como así lo manifestó tambien al obispo, que los españoles iban á ser derrotados. Souham, despues de curado, volvió á ponerse al frente de sus tropas. El último ataque que dispuso O'Donell abocando sobre la izquierda enemiga gran golpe de infantes con toda la caballería, fué lo que decidió la accion. Nuestros soldados fueron vigorosamente rechazados y batidos durante media hora hasta Tona y Moyá, donde tomaron la montaña que limitó la persecucion de los vencedores. Las pérdidas por una y otra parte fueron considerables. Mas de 1,000 hombres muertos, heridos ó prisioneros tuvieron los españoles, entre ellos 105 ginetes. Los franceses, que exagerando como siempre nuestras pérdidas, las hacen subir á cerca de 4,000 hombres, se dieron escasamente 400. Sin embargo, se cree con fundamento que solo sus muertos pasaron de este número. Los habitantes de Vich echaron á menos muchos gefes y oficiales; el hospital de la ciudad se mandó desocupar del todo para los heridos que en el del ejército no cabian; los soldados desmontados y los caballos sin ginete que entraron en Vich durante la accion y despues de ella, fueron en gran número, y no se dió permiso á nuestras tropas para enterrar á los muertos hasta despues de tres dias, durante los cuales ardieron constantemente en el campo de batalla tres grandes hogueras entre cuyas cenizas hallaron todavía los nuestros señales evidentes de los muchos soldados franceses que habian las llamas consumido.

Los españoles no hicieron pública la relacion de tan importante batalla, y es fácil esplicarse el motivo; pero en los imperiales

estraña el silencio que durante muchos dias guardaron sobre «uno de los hechos de armas de la guerra de Cataluña que hace mas honor á las tropas francesas, y aquel en que dichas tropas han manifestado mas sacrificio y valor», como se leia en el Diario de Barcelona del 22 de marzo.

Entre los nuestros se habló de traicion ó cuando menos de falta grave, cometida por uno de los que mandaron aquel dia memorable una parte de las tropas, y señalóse al que regia el tercer cuerpo ó columna que debiendo penetrar por el punto de Salfora y dominar la parte oeste del llano de Vich, no solo no hizo fuego, como aseguraron en su relacion los imperiales, sino que ni siquiera se dejó ver por allá. Otros avanzaron hasta afirmar, de oidas á un oficial francés, poco antes de empezarse la accion, que en el ejército enemigo corria la voz de que si no faltaba á su palabra el gefe español que la habia comprometido para contribuir con su defeccion al triunfo de las armas contrarias, era segura la victoria. Nada confirmó estas voces que el pueblo se complacia en esparcir, como si estimase á los de su nacion mas valientes que honrados, como si para vencer los invasores fuera necesario que concurriesen en su favor circunstancias que no está en la mano de los hombres contrastar ni obtener, y aun que la traicion pelease con ellos, si á ningun otro motivo podia apelarse. La imparcialidad del historiador, la dignidad del español debe rechazar tan infundadas, tan malignas, y sobre todo tan innecesarias escusas. Perdieron los nuestros la batalla de Vich, sino á causa de la inferioridad de sus fuerzas, ó de la falta de disciplina en la mayor parte de ellas, por la firmeza ó la buena direccion de las contrarias, ó porque en fin la suerte de las armas no ha de ser siempre favorable, como generalmente no lo era para los catalanes.

Entre tanto las tropas y partidas regladas del Vallés que al mando de sus comandantes Villamil y Pagés incomodaban á los sitiadores de Hostalrich, señalábanse de contínuo en los repetidos reencuentros que con las guerrillas y destacamentos franceses, buscados ó no, sostenian. Con objeto de hacer un reconocimiento general, habian salido de S. Estéban con 700 hombres el 20 del propio febrero, y encaminándose por Montnegre á la

Vírgen de la Sierra donde tenia el enemigo un pequeño campamento, del cual distaban otros tres como un cuarto de hora escasamente, componiendo en junto unos 800 hombres, atacáronlos á las tres de la tarde siguiente, divididos en tres columnas. La de la izquierda cayó sobre el campamento de la Vírgen. Sorprendidos, y acuchillados los enemigos apenas acertaron á apelar á la fuga. Nuestro centro é izquierda se arrojó al propio tiempo sobre los tres campamentos restantes, obligando á los que en ellos trataron de sostenerse á replegarse sobre la Casa blanca y Casa negra, de cuyos puntos fueron tambien en breve espulsados, á lo que grandemente contribuyeron los fuegos del castillo. La guarnicion del mismo, viendo que por el lado de Gaserans avanzaba una columna al socorro de los derrotados, hizo una salida con tan buen éxito que no solo la detuvo sino que la obligó á retroceder. El resultado de este notable triunfo fué el incendio de los campamentos espresados, despues de recoger los vencedores las provisiones, armas y equipages que en ellos hallaron, quedar socorrida la plaza con víveres y efectos que durante las tres horas que con la misma pudieron los nuestros comunicar entraron infinidad de paisanos, y ocasionar á los sitiadores buen número de bajas.

El dia 20 de febrero de 1810 parecia ser para la provincia de Gerona el del esterminio. En muchos puntos de la misma se peleó aquel dia con estraordinario encarnizamiento. Hasta en Hostalrich, saliendo de su apatía los sitiadores que en el espacio de cinco semanas habian solo colocado una batería de 4 morteros, arrojaron al castillo 160 bombas incendiarias de á 14. Esta batería estaba situada en la cortina de la muralla que mira á la parte norte, y de consiguiente libre de los fuegos de la plaza. Las fuerzas enemigas que se habian aumentado con parte de las del convoy que salió de Barcelona con Augereau y Duhesme hácia Francia, se componian en esta época de toda la division del general Pino. Algunas sin embargo pasaron á Vich, para robustecer las que allí mandaba Souham. La poblacion estaba ocupada por 600 infantes de un batallon ligero romano.

Despues del importante socorro, antes mencionado, que prestaron á los defensores de Hostalrich los comandantes Villamil y

Pagés, reanimóse el fuego de los cañones enemigos, de suerte que desde la tarde del 21 á la siguiente vomitaron 425 bombas. Los imperiales fueron reforzados el 23 con 2,000 hombres de la division de Souham, que siguieron luego hácia Gerona; estrecharon los que quedaban el cerco cuanto les fué posible y continuaron el bombardeo cual pudiera hacerse en el mas riguroso asedio. La corta distancia de la batería de morteros y la ventaja de enfilar á lo largo la defendida fortificacion, hacia sumamente comprometida la resistencia de nuestras valientes tropas. De 963 bombas que desde el 20 al 29 lanzaron contra el castillo los sitiadores, solo 4 ó 6 cayeron fuera de la estacada: proporcion terrible á que parecia no debian los nuestros poder contrastar. El enemigo llenaba además generalmente sus bombas con 7 libras y media de pólvora, 14 balas de fusil, varios pedazos de hierro y de ruedas dentadas, y una mecha incendiaria.

Desesperaba á Napoleon la lentitud de los progresos que hacian en Cataluña sus tropas. Tratando pues de dar á la guerra de esta provincia un poderoso impulso, mandó á Suchet que desentendiéndose del proyecto que tenia de poner sitio á Valencia entrase ejecutivamente por los confines de Aragon, procurando con esto dividir la atencion de nuestro ejército, el cual impelido desde la frontera de Francia por Augereau cuyas fuerzas acababan de aumentarse con 10 ó 12,000 hombres, debia quedar precisamente aniquilado y sin esperanza alguna de socorro. Suchet sin embargo estaba ya comprometido frente de Valencia cuando recibió la órden, y no le fué posible marchar sobre Aragon sino despues de haber tanteado la firmeza de aquellos habitantes. Entretanto el de Castiglione avanzaba hácia la capital del principado, habiendo dejado en Gerona y Hostalrich competente refuerzo de tropas y ordenado á las que quedaron en Vich que marchasen hácia el Llobregat en dos divisiones; la francesa, al mando del general Augereau—pues Souham habia pasado á Francia á restablecerse de su herida—debia dirigirse por Coll-Suspina á Manresa, mientras la italiana, regida por Severoli, acudia por S. Celoni y Granollers al punto de reunion de todas las fuerzas que era sobre el puente de Molins de Rey.

De poca monta fueron los contratiempos que hubieron de es-

perimentar en su tránsito ambas divisiones, por mas que desde algunos puntos elevados tratasen de ofenderlas los somatenes. La primera llegó á Manresa el 16 de marzo. La ciudad estaba completamente desierta. Sus habitantes, disminuidos y debilitados por la guerra, no pudiendo oponer la menor resistencia, se habian acogido á la montaña como á la mejor áncora de su salvacion. Saqueada la poblacion, continuaron los franceses su camino por el Bruch, Casa Massana y Esparraguera, encontrándolo todo igualmente desierto. Solo en el puente de Cabrianas les habian disparado los somatenes algunos tiros.

La junta Superior y el cuartel general se retiraron á Villafranca el mismo dia en que asomaron frente á Manresa los imperiales, quienes el 18 acampaban ya reunidos en los puntos de Pallejá, Molins de Rey y S. Vicens dels Horts, donde por tanto tiempo se habian los nuestros defendido.

Victorioso y reforzado el francés amenazaba ya invadir las provincias de Tarragona y de Lérida. Nuestras tropas deshechas y muy inferiores hubieran necesitado, para reponerse, mas tiempo del que la decidida marcha de los enemigos hácia el Llobregat les permitia. Temieron y con razon las poblaciones del Panadés ante la francesada que iba de un momento á otro á caer de nuevo sobre ellas, así es que cooperaron todos con ahinco en la fortificacion del collado de Ordal, donde junto á la cruz que en esta altura se halla empezaron á construir 4 baterías. Mas de 200 zapadores activaban esta operacion. Abandonóse sin embargo la obra por haber O'Donell resuelto acogerse á los muros de Tarragona, ó al menos así aparentó hacerlo creer á sus enemigos para que, mas confiados, dividiesen y desparramasen sus fuerzas, que el español con hábiles y resueltos golpes de mano se proponia atacar separadamente á medida que aquellos se fuesen internando. El refugio del comercio y de la riqueza de Cataluña, Villanueva, estaba asimismo azorado con los amagos inminentes de la invasion que adelantaba esta vez con mas formidable semblante. Los espatriados huian á Mallorca, á Cádiz y adonde mayor seguridad creian poder encontrar. Pero ¿qué punto en la superficie del globo podia contarse seguro mientras la mano del trastornador universal pesara sobre el redondo hemisferio?

CAPÍTULO II.

La Central se retira á la isla de Leon y se disuelve.—Nombramiento de la Regencia.—D. José de Espiga.—Anexion de Cataluña al imperio francés.—Su nuevo gobierno.—Avanzan los imperiales hácia Tarragona.—Llegan á Reus.—Feliz resultado de las primeras operaciones ejecutadas segun el plan de O'Donell.—Triunfo de Caro en Villafranca.—Y en Esparraguera.—Huye Schwartz de Manresa.—Es perseguido y derrotado por Rovira.—La junta Superior se traslada de Reus á Solsona.—Comision de Arxer á Cádiz.—Retíranse de Reus los franceses.—Y del Panadés.—Barcelona.—Marcha Augereau á Gerona.—Somaten del Tordera.—D. Francisco Alsina.—Continúa el sitio de Hostalrich.—Abandonan los nuestros el castillo la noche del 12 de mayo.—Islas Medas.—Ocupacion de las ciudades de Balaguer y Cervera.—Sitio de Lérida.—Batalla de Margalef.—Asalto horroroso y rendicion de la plaza.—Rigor injusto de O'Donell y de la junta Superior.—Macdonald sucede á Augereau.

José que habia invadido fácilmente las Andalucías al frente de sus 55,000 hombres, iba á entrar sin obstáculo en la abandonada Sevilla el 1.º de febrero, recibiendo los obsequios de los habitantes de aquella parte del reino, en tanto que con la anarquía en su seno y el desaliento en su ánimo, segun agena espresion, se trasladaba la Central á Cádiz, y de allí á la isla de Leon. Acosada mas por las comunes desgracias que por sus yerros, y perseguidos en el viaje algunos de sus vocales, comprendió la Suprema que su poder agonizaba, y á propuesta de Calvo Rozas acordó resignar el mando en una regencia compuesta de cinco personas que pasó inmediatamente á nombrar. Formó al mismo tiempo un reglamento por el cual debia regirse la nueva autoridad, y dió un decreto haciendo públicas sus últimas resoluciones, al paso que renovaba la próxima convocacion de las Córtes,

divididas en solas dos cámaras ó estamentos, *popular* el uno, y el otro de *dignidades*. Fueron pues elegidos definitivamente para formar el *Supremo Consejo de regencia*, el obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano, el consejero de Estado D. Francisco de Saavedra, el general de tierra D. Francisco Javier Castaños, el de marina D. Antonio Escaño y D. Miguel de Lardizabal y Uribe, á quien se dió posesion la noche del 31 de enero. Ya era tiempo porque al lado de la Central se habia alzado con verdadero prestigio la junta de Cádiz, compuesta de personas las mas cabales para imprimir acertado impulso á la nacion, y en cuyas manos no vaciló en ponerse la regencia, en el estado exhausto en que los centrales dejaban el público tesoro, encomendándole la superintendencia de las rentas del Estado.

La próxima reunion de las Córtes traia entonces afanadas á todas las juntas superiores de provincias. La de Cataluña se apresuró á elegir en Manresa el diputado que le correspondia. Reunida el 5 de febrero en el salon de juntas pasó, en union del general O'Donell, á oir en los Dominicos la misa del Espíritu Santo, despues de la cual trasladada otra vez á la sala de sus sesiones, nombró por mayoría de votos á D. José de Espiga, arcediano de Benasque, á D. Andrés Oller, oidor de la real Audiencia del principado y á D. Jaime Creus, canónigo doctoral de Urgel. La suerte decidió entre estos tres nombres, resultando D. José de Espiga elegido diputado á Córtes por la Superior de Cataluña.

Sin embargo de que nada habia de importar á los naturales de nuestra provincia que en nombre de José ó de Napoleon se les deprimiera, y aunque siempre entendieron hacer la guerra al emperador, sin el cual el intruso rey desapareceria del usurpado trono cual sombra efímera que la mas leve claridad desvanece; sin embargo de que no era ciertamente José, mal servido y aun contrariado, segun dijimos, por sus propios generales, quien mandaba en España y quien dirigia y animaba la guerra, sino el mismo que le habia dado la corona y sentado en el sólio español; con todo, el cambio que en el gobierno del principado iba á realizar Napoleon, haciendo depender inmediatamente de su voluntad los destinos de esta provincia, parecia deber apresurar la completa reduccion de la misma. La inmediacion á Francia y la

particular atencion del capitan del siglo, como se ha llamado despues al emperador, no podian menos de hacer vaticinar á los mas leales desastrosas consecuencias. Una lucha tan activa y tan porfiada no era sostenible, cuando destruidos casi los restos del ejército español, apresuradamente y sobre el mismo campo de batalla habia tenido que irse sustituyendo con paisanos poco acostumbrados á la disciplina militar, aunque á toda prueba animosos y fuertes.

En 9 de marzo se dirigió Augereau por primera en Gerona á los catalanes en lengua del pais: «¡Vuestra credulidad, les dijo, será víctima todavía del engaño! ¿No os ha abierto al fin los ojos la sangrienta batalla de Vich?» y recordando la triste situacion de los manresanos y las desgracias de Olot, osaba decir á la faz del país que á cuantos avivaban la guerra solo insaciable sed de oro les dirigia, y tomaba el nombre de padre, hacia gala de sus buenos sentimientos y de sus pacíficos esfuerzos, é invocaba el nombre de Dios en testimonio de que no eran otros sus deseos que los de hacer la felicidad de la patria, donde tanta sangre de héroes y de mártires se estaba derramando. Algunos dias despues se avergonzaba de confesar el invasor, en su proclama dada en Barcelona, que 14 años antes habia hecho en ella la guerra en favor de la nacion española. Vencedores de Atenas y Neopatria, llamaba á los catalanes, y *franceses de España*, cual si el recuerdo de nuestras glorias hubiese debido de inducirnos á aceptar como un beneficio el yugo ominoso que como don inapreciable venia á ofrecernos, cual si dándonos el nombre de *franceses* creyésemos honrarnos mas que con el de españoles del que nunca han renegado y sí contribuido á engrandecer los hijos de Cataluña. Pero ¡oh impudencia! el mismo que traidoramente habia invadido nuestro territorio y apoderádose de nuestras plazas fuertes mintiendo amistad, era el que echaba en cara á los ingleses el modo insidioso como se habian apoderado de Gibraltar en 1704, aprovechándose de los disturbios políticos y afectando proteccion y alianza.

Hé aquí por fin lo que venia á imponernos el nuevo gobernador de Cataluña en nombre de su emperador. Segun el decreto firmado por éste en 8 de febrero, nuestra provincia estaba á la

cabeza de las cuatro que con el nombre de gobiernos separaba de España, y el 7.º cuerpo de ejército debia tomar el nombre de *Ejército de Cataluña*. Augereau como gefe inmediato de este gobierno, reunia todos los poderes civiles y militares, políticos y administrativos. La provincia quedaba en estado de sitio. Dividióla el francés en cuatro corregimientos, á cada uno de los cuales dió tres sub-corregimientos que fraccionó en cantones y comunes. El lenguage oficial era el del país. Desde el 1.º de marzo no debia ya la Francia enviar al ejército de ocupacion de las provincias anexionadas mas remesas de dinero para la manutencion de las tropas, la cual vendria en adelante á cargo de aquellas.

« Ya veis, españoles, escribia la pluma del ilustre Capmany en la *Gaceta* de la Regencia, la alternativa en que os ha puesto Napoleon. ¡Vizcainos, Navarros, Aragoneses, Catalanes! ya os tiene marcados y apartados de la comunidad de nuestros hermanos, para que no seais mas españoles, nombre que ofende á su orgullo y vanidad. » « Saqueados quedan, añadia, los pueblos, las municipalidades, las iglesias, los monasterios, las casas de piedad y refugio. ¿Qué haremos ahora, dirá el tirano, de esos españoles pobres y soberbios todavía? Encarcelarlos por secciones en el imperio francés, y despues venderlos, si no bajan la cabeza, como se hizo en otro tiempo con los judios ». Si creyó Bonaparte dominar con mas facilidad á esas provincias separadas, haciéndolas depender directa ó indirectamente de su arbitrio, se engañaba. ¿Qué necesidad tenia de semejante separacion? ¿No imperaba en todo su voluntad en el intruso gobierno de España? ¿Estaban unas provincias mas conformadas que las otras con la nueva dominacion? Cuando tanto las confundian á todas unos mismos intereses, cuando tan hermanados peleaban todos los españoles, ¿habia de serles grato separarse de la causa comun, volverse unos á otros la espalda, desertando de unas banderas, sino muy afortunadas, gloriosas al menos cual nunca los vientos de otras épocas ondearon? Y para unirse ¿á quién? al que la Europa miraba como su azote, la España como su verdugo, las instituciones todas como su despótico conculcador. El nombre francés, con su aparato de triunfos y conquistas, con el aparente brillo de su universal poder era siempre el de

un pueblo que caminaba á la barbarie por medio de sus incesantes guerras: era el de un pueblo que se daba leyes muy sabias y muy buenas, pero que no sabia respetar las de las otras naciones; de un pueblo que debia recibirlo todo del esterior, como el de los romanos en los tiempos de sus grandes conquistas, como la misma España en tiempo de Cárlos V. Bien pronto como éstas hubiera la Francia desdeñado por viles á pesar del imprudente sistema continental, la industria y las artes, sólida fuente de la riqueza y del poder de toda nacion civilizada. La nuestra, á la que por bárbara intentaba aquella regenerar, con mas justicia calificaba de vándalos á esos virtuosos réformadores que empezando por arrebatarle su rey y sus fortalezas, concluian por apropiársela despues de esparcir en ella la sangre, la destruccion y el escándalo. La mas insignificante y mísera de las provincias españolas se creia pues orgullosa comparándose con esas gentes sin religion y sin freno, porque aun les quedaban fuerzas para contener á los que nadie habia vencido, y sentimientos, creencias y costumbres buenas y santas con que afrentar las de sus mismos regeneradores. En una palabra, para los españoles, llámense castellanos, catalanes ó vizcaínos, los franceses, tanto en su casa como fuera de ella, se diferenciaban bien poco de los que seguian al devastador Atila ó acaudillaba el prepotente Muza.

El 19 de marzo era el designado para la proclamacion en Barcelona del decreto imperial que disponia la separacion de Cataluña del gobierno de España, anexionándola, como ahora diriamos, á la Francia. En las plazas de Palacio, del Borne y de San Jaime amanecieron este dia levantados unos anchurosos catafalcos que sendas alfombras cubrian, desde los cuales debia darse el grito de *¡Cataluña por el emperador!* Era la una y media de la tarde cuando empezó á desfilar por las calles la ostentosa comitiva. Cuatro coraceros y un cabo abrian la carrera seguidos de 200 suizos con su música, venian detrás los regidores de la ciudad precedidos de sus maceros, y en seguida el general gobernador en pos del cual marchaban tres coches de ceremonia, cerrando la marcha algunas compañías del regimiento de Nassau con su música y un piquete de coraceros. Llegados á la plaza

de Palacio subieron todos los individuos de la municipalidad al tablado colocándose en sus cuatro esquinas los maceros. Leidos por el secretario el decreto del emperador y la proclama del mariscal Augereau, prorumpieron maceros y regidores en repetidos vivas, y agitaron en señal de júbilo sus sombreros al repetir en catalan: *¡Viva l'emperador Napoleon! ¡Viva l'mariscal Augereau!* El público permaneció mudo y mas desdeñoso que indiferente, sin que uno solo de los numerosos espectadores se descubriera. Vivamente hubiera ofendido á los franceses semejante conducta á no estar ya á ella acostumbrados. Admirado un soldado italiano, no pudo menos de esclamar: «Esta raza de perros aun cuando se les abrasase no dirian jamás: Viva Napoleon.» Repetido el acto en las demás plazas espresadas, en todas se observó en el pueblo el mismo silencio. Un solo *viva* se oyó salir de entre la apiñada muchedumbre al concluirse la lectura del decreto en la plaza del Borne, pero fué un *viva Fernando VII,* con que protestaba el leal pueblo catalan, contra aquel acto usurpador de los derechos de su príncipe y de la libre independencia de nuestra antigua y gloriosa monarquía.

Proclamada la union del principado al imperio francés, dedicóse Augereau á reformar los abusos que hubo de encontrar, y á atraerse—vana pretension—la simpatía de los catalanes. Prendió el 25, al comisario Casanova, nombrando para este empleo el 28, al abogado D. Rafael Casagemas, y por los de corregidor y *maire* á D. José Pujol y D. Antonio Trilla; mandó que así como el idioma catalan habia de ser el que se usase oficialmente en Cataluña, se publicara tambien en catalan el diario de la ciudad, el cual desde el 22 de marzo, apareció con el título de *Diari de Barcelona y del gobern de Catalunya;* y en general manifestó las mejores disposiciones para hacer menos odiosa á los naturales la nueva dominacion.

Sus tropas, que hemos dejado ocupando los puntos abandonados por nuestro ejército, reforzadas ya convenientemente se adelantaron el 20 hácia Villafranca en número de 12,000 hombres de todas armas, en tres divisiones. La primera, fuerte de 4,000 hombres con 8 piezas de artillería, se encaminó por la carretera nueva hácia Ordal. La segunda que constaria de unos

6,000 hombres, entre ellos 700 de caballería, se dirigió á Martorell y S. Sadurní. La tercera que la formaban sobre 2,000 hombres, tomó la direccion de Esparraguera.

La inminencia del peligro que á Villafranca amenazaba, obligó al gobernador, á la junta, al alcalde, al clero y á casi todo el pueblo á refugiarse en las poblaciones apartadas del camino real. Este desamparo dió márgen á que se introdujesen en la villa algunos perdidos que á pretesto de recoger la pólvora que en ella quedaba, todo lo revolvieron y pillaron, entregando al fuego cuantos papeles y libros hallaron en la casa municipal, á fin de que, decian, no se valiesen de ellos los franceses para realizar en su favor los pagos. El escaso número de vecinos no bastó para hacer frente á tanto destrozo, que hubiera sido mas general á no impedirlo dos religiosos de S. Francisco que supieron contener á los atropelladores con la energía de su palabra. Las horcas plantadas por los mismos españoles y que hasta entonces se habian conservado en pié para aterrorizar á los que proyectasen introducir víveres en la capital, fueron tambien quemadas por algunos somatenes el 19 de marzo.

La primera division, que se dirigió á Villafranca al mando del general de brigada Augereau, fué cometiendo por los pueblos del tránsito toda suerte de tropelías. En la iglesia de S. Pablo de Ordal destrozaron los soldados las mesas de los altares, arrancaron las gradas de los sagrarios, echaron por tierra las ropas y ornamentos, hicieron astillas el tabernáculo y rompieron las fuentes bautismales. Al cura párroco que huia con un cáliz y el copon á través de los campos le cogieron y robaron, no sin que antes hubiese, sumiéndolas, sustraido de la profanacion de sus perseguidores á las sagradas fórmulas. En general, no hubo casa que no fuese saqueada, iglesia sin escándalo, ni bodega que no inundase el vino derramado.

Esta division y la que se habia encaminado por S. Sadurní se reunieron al anochecer del propio dia 20, en Villafranca donde pernoctaron, continuando juntas el 21, camino del Vendrell, pero dejando apostados en aquella villa unos 900 hombres. El 27 sentó Augereau su cuartel general en Valls, desde donde practicó algunas incursiones hácia Brafim y Castellvell. Quejándosele va-

D ENRIQUE O'DONELL

rios paisanos del robo y de la brutalidad de sus soldados, solo acertó á contestar: « La tropa hace cuatro dias que no ha comido pan; yo no lo puedo impedir.» El 29 entraron en Reus los imperiales, infligiendo desde luego á esta poblacion con exorbitantes impuestos. Tal necesitaba el francés hacer para remediar su penuria; pues se habia internado sin atender antes á la indispensable provision de víveres, ó contando para subvenir á ella con las contribuciones de guerra y la rapiña. La casa de moneda que estaba funcionando nueve meses hacia, se habia levantado el 21, y encajonando máquinas, instrumentos y caudales trasladádose á Tarragona donde estaba el cuartel general español. Cerca de las murallas de la ciudad acampaba el grueso de nuestro ejército al que se habian unido 7,000 hombres de la division aragonesa del Algas ó sea de Tortosa.

Engañado efectivamente el francés por la retirada de las tropas españolas, abierta la via de Manresa, se apresuró correr tras los que no eran á su juicio sino impotentes restos de un ejército vencido y humillado. Confirmóse el errado concepto del enemigo al aparentar O'Donell que se esforzaba vanamente en reunir y volver á organizar su atemorizada hueste, deteniéndose primero en Manresa, luego en Villafranca y retirádose despues á Torredembarra y por fin á Tarragona.

Estendíanse los enemigos por las vecinas comarcas, juzgando acorralado en esta ciudad á todo el ejército catalan, cuando creyó O'Donell llegado el momento favorable para obrar. Envió pues al general Caro, asistido de 6,000 infantes, en direccion de Villafranca, para que apoderándose de este punto procurase coger prisioneros á los 900 franceses que lo guarnecian. No creian éstos que tanta tropa pudiese venir sobre ellos por aquella parte y salieron á hacer frente á los de Caro; pero viendo que realmente era grande la superioridad que les llevaban los españoles, pertrecháronse en la villa resueltos á defenderse. Acometidos vivamente se retiraron al cuartel donde al cabo de hora y media de empeñada resistencia se entregaron prisioneros. Eran solo 640; los demás habian perecido. Al entrar los españoles encontraron agonizando en las escaleras al nuevo corregidor de la villa, don Luis Freixes, nombrado por los franceses, quienes le dieron

muerte al querer como ellos refugiarse en el cuartel, creyéndole vendido á los enemigos. Eran las doce y media del 30 de marzo cuando avistó Caro á Villafranca y á las tres de la misma tarde ya enviaba por Villanueva á Tarragona los prisioneros.

Noticioso de esta pérdida el mariscal Augereau despachó sin perder momento á fin de reforzar la guarnicion de Manresa una columna de 1,200 hombres, previendo que sobre esta ciudad se dirigian luego los españoles. No se equivocaba el francés. Aunque levemente herido el general Caro salió la misma tarde de su triunfo hácia S. Sadurní, donde hizo noche, y pasando el dia siguiente por Monistrol fué á dormir al Bruch. Supo allí que se acercaba la division imperial, y abandonando por el momento el proyecto de atacar á Manresa, se adelantó al encuentro de aquella hasta la llanura que hay entre los pueblos de Esparraguera y Abrera. La superioridad del número estaba de nuestra parte; con todo, esperáronnos los franceses y se resistieron tan porfiadamente que apenas escaparon de morir ó caer prisioneros 400.

Desembarazadas de esta division nuestras tropas se replegaron inmediatamente al mando del general Campoverde, á quien se confió el ataque de Manresa con encargo de distraer al enemigo, y de darse la mano con Rovira para ausiliar á Hostalrich. Ocupaba desde el 21 esta ciudad la columna que al mando de Schwartz habia tomado desde el campamento del Llobregat el camino de Esparraguera. No se entretuvo el francés en su marcha porque tampoco le dieron que entretenerse los pueblos del tránsito, casi todos abandonados de sus habitantes. Pasó sin ser inquietado las famosas gargantas del Bruch, donde dos veces habia visto consumada la deshonra de sus armas, y al llegar á Manresa la encontró igualmente desierta. Llegó entonces á su colmo el enfurecimiento del general del imperio al verse dueño de una ciudad completamente abandonada: todos sus moradores coronaban las vecinas cumbres. Sin desalentarse la junta del corregimiento por el regreso de los enemigos se habia trasladado á la villa de Berga, partiendo tras ella á la montaña todos los vecinos. Bien pronto el toque de somaten se hizo oir en los pueblos comarcanos; gran golpe de gente acudió al llamamiento, y no se pasaron cuatro dias sin que un enjambre de mal armados paisanos bloquease á

los invasores en la misma ciudad tan fácilmente conquistada.

Temiendo Schwartz no poder sostenerse con buen éxito, ya por el gran número de gentes de que se veia circunvalado, ya por el de las tropas españolas que amenazaban atacarle, resolvió retirarse á Barcelona á favor de la oscuridad de la noche por los caminos de Santa Clara, S. Jaime, Barata, Marieta y otros. Pero el brigadier Milans que poco despues de la puesta del sol habia tomado posiciones en el pueblo de S. Fructuoso, por reunir la doble ventaja de estar cerca de Manresa y en medio del camino de esta ciudad á Vich, hubo de saber, cerca ya de la madrugada, que el enemigo habia desamparado la ciudad á las once, y despachó en su persecucion á Rovira con el batallon de espatriados y las dos compañías del Vallés. Despues de dos horas de acelerada marcha alcanzó este cuerpo destacado á los imperiales en el Hostalet, distante de S. Fructuoso cuatro horas. Defendióse Schwartz sin dejar de proseguir su marcha hasta las inmediaciones de Sabadell, en cuyo punto lanzando Rovira sus tropas á la bayoneta destrozó completamente á los contrarios, matándoles 500 hombres y una mujer de la familia del general, el cual tuvo el caballo muerto, y escapó con dos heridas, seguido solo de unos 300 hombres. Los restantes hasta 299, quedaron prisioneros. Entre ellos se hallaban dos mujeres y varios oficiales y cirujanos. Señaláronse por su valor entre los nuestros D. Estéban Llobera, á quien presentó Milans como acreedor á una gracia particular, Oms, Quintana, Paredes, Llanas, Moya, Jaumeandreu, Romero, Molo, Viñas, Gurguí y muchos mas.

La junta Superior se habia retirado entre tanto de Reus á Solsona, á fin de atender con la seguridad necesaria al gobierno del principado. Al intento ofició á D. Elías Arxer, que habia sido enviado cerca de la Regencia, para que procurase del gobierno del reino las remesas de dinero, armas y municiones que fuese posible allegar, autorizándole asimismo para hacer que no sufrieran retardo en el envio á Cataluña los caudales que hubiesen llegado de América para la misma provincia. Estableció partes y correos diarios para diferentes puntos, y dispuso que la junta de Puigcerdá procurase comunicarla, por la via de Oliana, cuantas noticias pudiese alcanzar de las posiciones y fuerzas del enemigo

por aquella parte, y cuantas le llegasen de Francia interesantes para nuestra provincia. Por fin, al propio tiempo que escribia á Cádiz instando para el pronto envio de socorros, pidió, como ya se ha indicado, la propiedad del mando de capitan general, en favor de O'Donell, á quien proponia por sus grandes servicios para el grado de teniente general.

Los últimos reveses que hubieron de esperimentar los franceses, y acabamos de referir, hicieron en gran manera crítica la situacion del duque de Castiglione, cuyas comunicaciones con la mayor parte de su ejército quedaron interrumpidas. Ya que el estado del bloqueo del puerto de Barcelona lo permitia, envió á Reus por mar un correo, ordenando á las tropas que se replegasen. Trataron pues de verificarlo á las calladas los 12,000 hombres que ocupaban esta villa, pero concertaron tan mal sus movimientos, segun acreditada relacion, que habiendo comenzado á salir de Reus á las once de la noche para burlar la vigilancia de los españoles, al amanecer del dia siguiente apenas se habian evadido de aquella villa. Notado este desórden desde el campo de Tarragona, salieron los nuestros de la plaza, y en union con los somatenes incomodaron constantemente la marcha del enemigo. A su llegada á Villafranca, intentó O'Donell molestarle mas de cerca por haber hecho allí el primer alto; pero fué rechazada su vanguardia hasta el pueblo de Arbós, donde tomaron posicion los españoles y se sostuvieron brillantemente.

Frustrado el plan de Augereau, de avanzar hasta los confines de Cataluña por la parte de Valencia y Aragon, y amenazado el castillo de Hostalrich, de cuya defensa nos ocuparemos luego, trató antes que todo de apoderarse de este importante puesto, despues de lo cual, completamente afianzada la via de Francia, volveria á internar con mayor seguridad su ejército hácia Tarragona.

Hubo de importarle primero recibir el juramento de fidelidad á Napoleon á las autoridades de Barcelona, así como antes se habia exigido que juraran á José. Tuvo lugar la solemne ceremonia despues de la primera hora de la tarde del dia 1.º de abril. A las doce y media salió de su palacio el mariscal acompañado del siguiente aparato: Precedidas de cuatro batidores

marchaban delante las músicas de los regimientos de la guarnicion con sus pifanos y tambores tocando sin cesar alternativamente, seguia una compañía de granaderos, venian luego el ramo de policía, el Ayuntamiento, el tribunal de la Audiencia entre dos filas de soldados del mismo regimiento que la compañía de vanguardia, los edecanes del gobernador general, el gobernador llevando á su izquierda el prefecto, los generales de division y de brigada, la plana mayor del mariscal, los demás gefes militares y la oficialidad que no estaba de servicio, todos entre filas de la guardia del mariscal, y cerraba la comitiva una escolta de caballería. Siguió el cortejo desde el Palacio por los Encantes, calles de Fustería, Ancha, Dormitorio de San Francisco, Rambla, Puertaferrisa, plaza de la Cocurulla, Boters, plaza Nueva, Santa Lucía y Catedral. El presidente del cabildo ofreció el agua bendita á Augereau asi que entró en el templo. El mariscal pasó en seguida á ocupar el estrado que estaba colocado en la parte del evangelio, sentóse el gobernador de la plaza en un sillon á su izquierda, y tomaron asiento por su órden los generales de division y de brigada, la plana mayor y los coroneles. El prefecto se sentó á la parte de la epístola y á continuacion seguian la Audiencia y el Ayuntamiento. La policía se colocó en los bancos bajo las gradas del presbiterio, y en el crucero tomaron asiento los presidentes y gefes de los tribunales y administraciones nuevamente nombrados; los oficiales y los demás empleados sentábanse detrás. Leido el evangelio subió al presbiterio el substituto de comisario general de policía y despues de hacer genuflexion al altar y reverencia al mariscal, fué á buscar al prefecto y lo condujo á Augereau, ante quien prestó el juramento, volviendo luego á su puesto. Colocado de pié á su lado y á la izquierda de la barandilla fué invitando el substituto de comisario á la Audiencia, Ayuntamiento, dignidades, canónigos, párrocos, superiores conventuales y demás personas convidadas, quienes juraron en manos del prefecto, y por fin, dirigiéndose al no muy numeroso concurso del pueblo, profirió en alta voz: *Oiu: oid*, y enseguida añadió: *¿Juren tots fidelidad y obediencia al gobern de Catalunya?* Ni una sola voz respondió. *Si, si ja juran tots*, dijo luego el afrancesado, que-

riendo interpretar este silencio por señal de asentimiento. Celebróse despues la misa que terminó con el *Domine Salvum fac imperatorem*, y finalizó la funcion con el *Te-Deum*, cantado por la capilla de música de la Catedral. La comitiva regresó á Palacio por la calle de la Inquisicion, bajada de Santa Clara, plaza del Rey, bajada de la Cárcel, plaza del Angel, calle de la Platería, plaza de Santa María, calle de la Espasería y plaza de Palacio.

Chocante era en verdad semejante ostentacion que solo paz y completa dominacion significa, en un ejército que vergonzosamente tenia que replegarse á la izquierda del Llobregat, castigado en Villafranca, en Esparraguera y en Manresa, para ocuparse formalmente en el sitio de la pequeña plaza de Hostalrich; de un ejército que aun dentro de la zona de su plena ocupacion se veia obligado á enviar un fuerte destacamento de tropa para prender al labrador hacendado del pueblo de Poliñá, Francisco Alsina, el cual auxiliado de tres jóvenes de corta edad habia en 25 de marzo dado muerte á pedradas, cerca de Moncada, al correo que conducia á Barcelona pliegos, planos y mapas enviados de Francia al gobernador general de Cataluña. Atacada la casa de Alsina, cual pudiera serlo una fortaleza, el 4 de abril, se defendió este heróico paisano con solo su fusil hasta que, alarmado el vecindario, acudió el baile de la poblacion con 20 hombres, logrando matar ó rendir á los dos oficiales y 49 soldados del destacamento, escepto uno solo que pudo llegar á la capital para dar cuenta del resultado de la comision. Aunque lleno de heridas, Alsina no cesó de batirse hasta el fin del combate. Tanto valor hubo de serle recompensado por la Superior de Cataluña con la exencion de todos los pagos extraordinarios y vecinales, además de un distintivo honorífico á que tan acreedor se habia hecho por esta y otras brillantes acciones.

El dia 12 de abril salió de Barcelona por el camino de Francia el mariscal Augereau acompañado de los generales Chabran y Rey, con 14 ó 15,000 infantes y 600 caballos. Además de la necesidad de abreviar la resistencia de Hostalrich tenia el mariscal dos motivos mas para trasladarse á la Frontera; el de poner á seguro las riquezas que en el tiempo que duraba su gobierno se

habia procurado y el de impedir que á los 8,000 españoles que sabia atravesaban hácia Gerona y Figueras les pudiese seguir favoreciendo de tal manera la suerte que se apoderasen de estas plazas como lo acababan de hacer con Villafranca y Manresa. El intendente se llevó en 14 grandes carros todo el dinero de la tesorería y el que sacó de las cajas de Casa de la Ciudad y demás oficinas de contribuciones, junto con un equipaje considerable. Augereau habia desmantelado el palacio donde se alojaba llevándose los adornos de algun valor y hasta la batería de cocina. Sus oficiales le imitaron en sus respectivos alojamientos, y quien embanastaba un reloj de su patron, quien echaba mano á las alhajas de la huéspeda, y quien en fin se metia en el bolsillo uno ó mas cubiertos de plata. No es estraño pues que se necesitase un ejército para escoltar á todas esas urracas. El grueso general Lacombe St. Michel se quedó dueño del campo, con solos 4,000 hombres de guarnicion y los españoles sobre el puente de Molins de Rey.

Durante estos acontecimientos inquietaba á los sitiadores de Hostalrich el intrépido somaten del Tordera, rechazando á sus guerrillas y avanzadas exteriores contra sus propias baterías, y arrebatándoles de sus pastos algunos caballos y bestias de carga. Las islas Medas se sostenian todavía á últimos de abril, á pesar de los ofrecimientos que á su gobernador D. Agustin Cailleux Scompremant tenia hechos el inspector general de Aduanas en Torroella de Montgrí, D. Antonio Perez. Cailleux habia contestado en los siguientes términos: « O. V. ignora la situacion de este castillo, ó el gobierno de Cataluña. Si lo primero, admiro le falte un mapa para verlo: si lo segundo, estraño su proposicion de V., supuesto que no solo este castillo, si que castillo y defensores están sometidos ya al gobernador general de Cataluña; y en la inteligencia de defenderlo hasta la última gota de sangre. Esta es mi contestacion que doy al oficio de V. y la amistosa respuesta que en él me pide, asegurándole mi palabra de honor de mantenerme hasta lo último de mi vida.» Admira ciertamente, ver á un español al servicio de Francia, inducir á un francés que pelea por la causa de los españoles, á que falte á su honor como él ha faltado á su honor y á su patria. Están las islas Medas situadas frente el pueblo del Estartit, al Sur de una de las

puntas del golfo de Rosas, y por asegurarles el cabotage de toda aquella costa y privar á los buques ingleses el refugio que allí tenian, importaba su posesion á los invasores. No tardaron sin embargo en lograrla por medio de una hábil sorpresa en la que se sospechó al gobernador Cailleux de flojedad ó connivencia.

La guarnicion de Hostalrich continuaba defendiéndose con heroismo. Para proveer á su socorro reunió la junta de Gerona, que se hallaba establecida en Arenys de Mar, un convoy considerable, de cuya introduccion en la plaza se encargaron los comandantes Villamil y Pagés. Combinada la operacion con el gobernador del castillo, y prevenidas las acémilas, se presentaron los nuestros en número de 1,000 infantes en el pueblo de Orsaviñá el 4 de marzo. No pudiendo atacar inmediatamente al enemigo, distante como unos tres cuartos de hora, por haberse retrasado la conduccion del convoy, acamparon en las inmediaciones de la casa de Camps. Pero á la madrugada del 5, se dirigieron resueltamente, divididos en cuatro columnas, contra los campamentos franceses. Reforzáronse los españoles con la guarnicion que salió del castillo, y los imperiales con las tropas que les llegaron de la parte de Grions y Gaserans. El fuego empezó por nuestra izquierda, la cual estuvo un momento en peligro de ser arrollada, teniendo que retirar sobre la casa de Segrer; mas acudiendo al auxilio el centro y derecha, cargaron con tal ímpetu que hubieron de retroceder á su vez los invasores y desbandarse por fin ante nuestras bayonetas, dejando abandonados sus campamentos. Solo vadeando el Tordera pudieron replegarse hácia la parte de Massana y Grions, fuera del alcance de los cañones de la plaza. Abierta la comunicacion con la misma, entraron todas las acémilas cargadas de víveres, y además mil panes que se habian hallado en los campamentos enemigos. Desde las casas de Hostalrich trataron los derrotados de estorbar con frecuente cañoneo el buen resultado de la operacion; mas sin perder los nuestros una sola acémila volviéronlas á sacar todas del castillo y retiráronse con los heridos que de la guarnicion del mismo se llevaron. Nuestra pérdida fué de 6 muertos y 10 heridos. El enemigo tuvo 47 muertos, muchísimos heridos y 7 prisioneros. Poco tiempo despues concedió O'Donell á las compañías de reserva del

Vallés el uso del distintivo militar y la exencion de la quinta, atendido el mérito estraordinario que en esta y tantas otras acciones de guerra tenian contraido.

Mas de 2,600 bombas de á 14 habia arrojado el sitiador desde el 20 de febrero al 10 de marzo, con lo cual, segun espresion del mismo Estrada, aparecia enteramente variado el aspecto del castillo, cuando volvió el francés á renovar el 23 su intimacion y sus ofrecimientos. Era entonces Verdier, gobernador de Gerona y Figueras, el que invitaba á capitular á los nuestros, desde su cuartel general de la villa de Blanes. Con la entereza de siempre rechazó el español acto contínuo las proposiciones del general conde del imperio, tras lo cual mandó esforzar éste los fuegos de las baterías de las *Forcas* y casa Segrer. Los sitiados hallaron medio de abastecerse durante la noche, del agua de la fuente situada fuera del glácis.

Con buen resultado hizo el 1.º de abril una vigorosa salida la guarnicion del castillo contra los trabajos del sitio que de dia en dia se iban multiplicando. Los soldados de Iberia y los voluntarios de Gerona rivalizaban en impavidez y valor: quien disparaba todavía cinco veces su arma despues de herido gravemente en un brazo; quien olvidando igualmente que tenia maltratadas ambas piernas se obstinaba en no retirarse del combate; quien á pesar del fuego y de las bayonetas enemigas llegaba solo, hasta el parapeto enemigo, y metiendo la boca del fusil por la tronera ó aspillera disparaba á los de dentro y se retiraba luego con la mayor seredad y fortuna; y quien en fin—porque seria interminable la enumeracion de tales actos de intrepidez—se atrevia, seguido de solos tres ó cuatro, á arruinar bajo los piés del enemigo los fundamentos del parapeto tras el que resguardaba éste su cuerpo. La oficialidad era el espejo en que el valor de tales héroes se reflejaba.

En los primeros dias de mayo, habiendo sido rechazado por las grandes fuerzas que tenian ya reunidas los sitiadores, el convoy que de nuevo trataba Villamil de introducir en la plaza, estrechóse el asedio hasta á tiro de pistola. El 11 volvió el mismo duque de Castiglione á intimar la rendicion al castillo. « Ya lo habeis defendido bastante, decia á su gobernador, para vuestra gloria y la de esa valerosa guarnicion.... Os doy dos horas para

determinar. Si en este término no me entregais el fuerte, sereis pasado á cuchillo con toda la guarnicion sin escepcion ninguna.» Reunió Estrada á los gefes de los cuerpos de la plaza, y de acuerdo con ellos dió por contestacion que no estaba ésta en términos de rendirse; pero al mismo tiempo, visto lo apretado del sitio, el ruinoso estado de la fortificacion, la imposibilidad de recibir socorro alguno, y la absoluta falta de víveres, y sobre todo de agua, resolvió abandonar el castillo, y pasó á señalar á los que debian quedarse para hacer entrega al enemigo de los enfermos y heridos que no se hallasen en disposicion de seguir á los que iban á abrirse paso á viva fuerza. Tocó la suerte al capitan Mellado, á los practicantes Muni, Castellar y Samozano, y al capellan P. Fr. Juan Vilademunt. Sanos y enfermos recibieron aquel dia la comunion.

El general O'Donell habia dispuesto, para el caso previsto de tener que apelar la guarnicion á la atrevida empresa de hacer su salida de noche, rompiendo por las filas enemigas, que algunos barcos se hallasen prontos á levar anclas en Arenys de Mar, y que una division de tropas y paisanos armados, al mando de Villamil, llamase la atencion de los imperiales por la parte de Orsaviñá y Montnegre, haciéndoles creer que por aquel lado se verificaria la evacuacion; al mismo tiempo que otra division á las órdenes del coronel Audriani se situase en las vertientes meridionales del Montseny, estendiendo hasta Breda sus avanzadas. Así practicado, emprendió su marcha la guarnicion á las diez de la noche del 12. El enemigo, prevenido por algunos desertores, habia reforzado sus puntos, pero se dejó burlar por las tropas españolas de refuerzo, y creyó buenamente lo que aparentaban sus movimientos; así es que puso toda su atencion en la derecha del Tordera. La claridad de la luna competia aquella noche con la brillante del dia. La guarnicion saltó la estacada por la parte del camino real de S. Celoni, bajó al glácis, y atravesó en masa y con la velocidad del rayo el camino real y toda la huerta que separa la plaza de las alturas de Massanas. Dos guerrillas de 50 hombres á las órdenes de los capitanes Vidal y Cuevas, del batallon Gerona, hacian la descubierta por derecha é izquierda, con órden de arrollar á las avanzadas enemigas sin disparar un tiro. Este encargo fué cumplido con toda bizarría, pues

fueron pasadas á cuchillo la primera avanzada de la derecha y ahuyentadas las demás. La columna cruzó con toda felicidad por la casa de Naulart, subió á S. Jacinto y prosiguió hácia S. Felio de Buxaleu, despues de haber arrollado un campamento y alarmado á otro en el que se tocó la generala y en seguida el paso de ataque para intimidar á los nuestros; pero sin enviar contra ellos mas que una descubierta que fué rechazada por los de la retaguardia.

Al llegar la columna á las inmediaciones de Buxaleu, fué atacado su centro por un destamento italiano. Los cuerpos de vanguardia y retaguardia se hallaban demasiado distantes para impedir que los enemigos cortasen el paso á los del centro, y aunque lo circunvalasen del todo. En él se hallaba D. Julian Estrada, quien en tal apurado trance mandó tocar ataque al tambor que llevaba al lado, y sin disparar un tiro se apoderó á la bayoneta de una altura que á la derecha tenia. Mas no les fué posible á los nuestros romper por en medio de tantos contrarios como fueron de una y otra parte estrechándolos hasta rendirlos á todos prisioneros. Llevados á la avanzada de la ermita de Santa Magdalena, y luego ante el general Mazzuchelli, fueron conducidos á Francia, no sin haber estado antes á punto de ser fusilados los oficiales. Los esfuerzos de la tropa hasta este momento eran superiores á sus fuerzas, debilitadas por una larga y vigurosa vigilia. Muchos soldados rendidos por la fatiga tuvieron que echarse fuera del camino para descansar y algunos para caer en manos de los enemigos. Tres compañías de la cabeza de la division erraron el camino tomando el de Arbucias, donde hubieron de topar con los imperiales. El resto de la division, aunque tambien se desvió, volvió no obstante luego á su ruta, llegando al amanecer del 13 á Juanet. Allí á falta del gobernador, tomó el mando el coronel mas antiguo, comandante de artillería, D. Miguel Lopez Baños, el cual seguido de solos 500 hombres se encaminó por S. Hilario á la ciudad de Vich. El total de las fuerzas que pudieron juntarse en este punto de los mil y tantos hombres que salieron de Hostalrich no pasaba de 800 infantes, con los que no tardó Baños en marchar hácia el cuartel general de Tarragona, donde fueron recibidos como hèroes. O'Donell quiso dis-

tinguir á los oficiales y á la tropa, convidando á algunos de ellos á su mesa, y premiando á todos con una medalla de oro con el lema: *Valor y fidelidad constante, Hostalrich 12 de mayo de 1810*, al rededor de un castillo. Los individuos del tercio de Gerona, sin embargo de hallarse este cuerpo destinado á refundirse en las legiones catalanas, fueron conservados formando batallon con el mismo nombre.

Luego que la guarnicion hubo evacuado el castillo, dispuso el capitan Mellado que los menos dolientes de los heridos reemplazasen á los centinelas del primero y segundo recinto, dando á tiempos la voz de *alerta*, para que el enemigo no creyese sin defensa la plaza; levantó los puentes para evitar una sorpresa, é hizo rondar á los empleados. Poco mas de las once serian cuando se oyó un vivo fuego de fusil por los flancos del rebellin de S. Francisco. Pasó Mellado al baluarte de Santa Tecla, y como estaban cerca los sitiadores, les gritó que suspendiesen el fuego, que el fuerte era ya suyo, pero que esperasen á la próxima mañana para ocuparlo. Contestáronle los acometientes que no querian esperar y que abriese las puertas, bien que si no las abria ya tenian escalas para entrar y pasar á cuchillo á los que dentro quedaban. Replicó Mellado que no abatiria los puentes hasta que se hubiese visto con el general francés. A esta respuesta contestaron los enemigos con terribles descargas acompañadas de espantosa gritería. Dirigióse inmediatamente el español al baluarte de Santa Bárbara, temiendo que por allí escalasen los imperiales el muro, y halló en efecto que ya tiraban á los pescantes del puente levadizo una escalera de cuerda con unos garfios de trozos de baqueta de fusil, que por olvido el ramo de fortificacion se habia dejado en el camino cubierto. En tal apuro salió Mellado por la puerta de la gola del rebellin, volviéndola á cerrar inmediatamente, dirigióse al camino cubierto de la Tenaza y subiendo á la estacada de frente la villa, hizo señal, á falta de tambor, con el cuerno marino que antes habia servido para dar avisos á los defensores de la torre de los Frailes, y llamó al comandante de la misma para que mandase detener á los asaltantes y acompañarle á presencia del general. Mas no bien le divisó en la estacada el enemigo que hacia fuego al flanco del rebellin, le asestó

una descarga que, errándole, obligó al español á bajar apresuradamente y sin esperar respuesta, hasta topar con la centinela imperial apostada delante de la iglesia, desde donde fué conducido á presencia del comandante á quien manifestó el deseo de que se suspendiera toda hostilidad hasta haber visto al general enemigo. Condescendió el comandante ; mandó despejar los alrededores del castillo é hizo escoltar á Mellado hasta la casa del general Palombini, que era el manso Serra , del pueblo de Grions.

Entre tanto los que pudieron verificarlo se asomaron á la cortina de la muralla que dá sobre la poterna. Ahuyentóles de allí la descarga que hicieron los enemigos y corrieron á refugiarse con los demás en el lugar que servia de hospital para los amputados. Los tiros , los golpes dados á las puertas exteriores , los gritos y las amenazas, hacian ver llegada á aquellos desgraciados su hora postrera. Armáronse no obstante de valor , disponiéndose á recibir por la patria la muerte que les esperaba , y aun arrojaron fuera las llaves para que entrase á su placer el enemigo. No entró sin embargo ; antes cesó el fuego y la gritería. Era que el comandante de la villa habia hecho despejar los alrededores del fuerte. Los de dentro creian muerto á Mellado. Este se presentó al dia siguiente acompañado del general y de los gefes de artillería é ingenieros imperiales seguidos de 600 soldados. Abrazó el general á los heridos, celebrando su valor y firmeza, y luego dispuso que fuesen trasportados á Gerona, con los restantes. La tropa enemiga se apresuró á despojarles de cuanta ropa y efectos les encontró. El capitan Mellado pudo á los pocos dias evadirse. El P. Vilademunt , dos practicantes y un enfermero fueron enviados á Francia, despues de habérseles dado palabra de honor de permitirles volver á su ejército.

Tras cuatro meses de asedio ocupó el enemigo el castillo de Hostalrich, con 24 piezas útiles y bastantes municiones de guerra. Las fortificaciones se hallaban como debia un punto tan reducido, al que se habian arrojado 6,000 bombas del peso y carga antes espresados. A pesar de estar sobre aviso el sitiador, y de lo despejado y claro de la noche, solo pudo oponerse á la marcha de la fugitiva guarnicion á algunas horas de distancia del castillo. «Gracias á Dios , escribia poco despues á un amigo un ofi-

cial Westfaliano, que se escaparon los españoles por el punto que cubrian los franceses, que si hubiese sido por donde nosotros estábamos lo hubieran achacado á poca vigilancia: pero amigo, los franceses se durmieron y la guarnicion española se ha llenado de gloria. Ellos lo pintarán á su propósito, mas esta es la verdad.» La villa habia sido desde su principio abandonada por sus habitantes, los cuales escepto un reducido número no regresaron á ella hasta la terminacion de la guerra, en cuya época de las 200 casas de que la poblacion se componia solo 4 quedaban ilesas. Tal fué el destrozo, que hubo quien al volver ni siquiera supo encontrar el sitio donde su hogar habia existido.

Malgrado la forzosa retirada de Augereau, habia dejado Suchet en Aragon un tercio de su fuerza á las órdenes de Laval y encaminádose con 20,000 hombres hácia la ciudad de Lérida, por cuya posesion le apremiaba el emperador. Antes de su espedicion á Valencia, habíase Suchet posesionado de Fraga y Monzon para asegurar por aquella parte el paso hácia Lérida de que son aquellos puntos las principales avenidas. En Fraga construyó alojamientos para la tropa y reforzó un puente de madera sobre el Cinca, á fin de facilitar el tránsito de la artillería, y en Monzon renovó y aumentó las obras del fuerte para que en ellas pudiera sentar uno de sus puntos de apoyo. La escasa division española molestó á Suchet, con cuyas tropas venia casi diariamente á las manos, mas sin que lograse evitar los adelantos del francés. Solo cuando éste revolvió sobre Valencia, pudo reducir á cenizas el puente de Fraga, estorbando al menos con semejante medida la rapidez de las operaciones de aquel ejército sobre Cataluña.

Dispuesto Suchet á emprender definitivamente el sitio de Lérida, dejó á Fraga por no poder pasar el rio y no estar lejos de allí el castillo de Maquinenza, y siguiendo el camino directo de Alcubierre, situó en Monzon sus almacenes y hospitales. En la ciudad de Balaguer se hallaba en aquel entonces Perena con poca fuerza, mas como en tal poblacion apenas queda de sus fuertes y antiguos muros un débil recuerdo, ció el español hácia Lérida tan luego como vió acercarse los enemigos, mandados por su general Habert, con resolucion de posesionarse de la comuni-

Huyendo del vandalismo francés cruzan por el valle del Segre, cerca de Oliana los habitantes de esta parte

cacion que ofrece el magnífico puente de piedra sobre el Segre. Las tropas de Habert entraron en Balaguer el 4 de abril.

Es Lérida ciudad antigua y famosa, asiento en remotas épocas de los gefes valerosos de ilergetas, celtíberos españoles que ni á cartagineses ni á romanos doblegaron la cerviz y que concluyeron, víctima Mandonio de traidora acechanza, y traspasado Indivil por cien dardos, en desigual pero sangrienta batalla. Junto á ella venció César con hábil ardid á los capitanes de su enemigo Pompeyo, Afranio y Petreyo; diéronla silla episcopal los godos, aprecio los árabes, flores de lis para su escudo de armas su conquistador Ludovico Pio, libertad y sangrientas barras Berenguer IV, timbres y monedas Jaime de Aragon el Católico, Universitarios estudios el justiciero Jaime II, y lustre sus discípulos D. Alonso de Borja, papa despues con el nombre de Calisto III, S. Vicente Ferrer, el obispo de Barcelona y virey de Cataluña D. Juan Sentis, y el cardenal Remolins. Distante de Aragon dos leguas y media, estiéndese esta ciudad en forma de anfiteatro sobre la vertiente de elevada colina, hasta descender al rio Segre por cuya márgen derecha se dilata, lamiendo sus aguas, de aquel lado, toda la estension de los muros. Sus defensas son de piedra generalmente. El castillo que corona la cumbre de la colina es de forma irregular, con cuatro bastiones irregulares tambien, pero construidos con mucho arte para defender completamente por todos lados la plaza y sus avenidas. Su vasta y fuerte fábrica contiene la Catedral, desde cuya elevada torre se pierde la vista en el apartado horizonte, confundiéndose en varios puntos la línea de la bóveda celeste con la superficie llana y monótona de la inmensa planicie. Hay en él además varios cuarteles, almacenes de pólvora y otros edificios accesorios, llamando particularmente la atencion el pozo conocido con el nombre de D'Aubigni, obra segun se cree, del tiempo de los romanos, formado en la peña viva y de profundidad tan estraordinaria que toca el nivel de las aguas del Segre, de las que giradas, como se opina, por medio de conductos subterráneos que desembocan en el pozo, se puede surtir el castillo. Otro fuerte se eleva á un cuarto de hora hácia el S. sobre un altozano dilatado que domina la carretera real de Aragon, y se apellida Gardeny. Las seis puertas que tiene la

ciudad son las de Boteros y S. Martin en la parte alta, las de la Magdalena, del Paseo de Fernando VII, las de S. Antonio y del puente sobre la carretera real de Aragon. En el llano de los Gramáticos, cerca la puerta de Boteros, tiene el famoso edificio subterráneo para depositar en cierto tiempo las aguas que deben abastecer las seis fuentes de la ciudad en todo el año. Divide en dos partes el Segre la poblacion, denominándose del Segre la de la izquierda y del Noguera la que hácia la izquierda cae. Ambos rios en mil partes sangrados, fertilizan hasta muy lejos las huertas de sus riberas, y todo el llano de Urgel se fecunda con sus aguas en infinidad de acequias y ramificaciones repartidas. Lérida habia sido tomada por los franceses en 1640, de quienes la recobraron tras grandes pérdidas los españoles cuatro años despues; el conde de Hancourt y el príncipe de Condé que quisieron volver á tomarla en 1646 y 47, tuvieron que desistir de su empresa. Sitiada mas tarde, quedó por el duque de Orleans en octubre de 1707. Pasados tres años, sirvió de refugio á Felipe V, despues del choque de Alguayra y Almenara. La poblacion que viene á ser de mas 15 á 20,000 almas, ascendia entonces á mas de 12,000, pero con el gran número de gentes del campo que en la ciudad se refugiaron á la aproximidad del invasor, se aumentó considerablemente. La guarnicion, inclusa la fuerza que mandaba Perena, no pasaba de 5,000 hombres, entre ellos muchos reclutas. D. Jaime García Conde era quien dentro mandaba como comandante general del canton del Segre y Cinca, y secundábale como gobernador de la plaza el general D. José Gonzalez.

Al presentarse el enemigo delante de Lérida no se habia concluido ninguna de las obras proyectadas para su defensa. Eran éstas un hornabeque con grandes fosos sobre el frente del fuerte de Gardeny que mira al llano del mismo nombre, un parapeto con varias troneras sobre el rio Segre, en el llano llamado la Carretera, un baluarte en la puerta de S. Antonio, y finalmente, un camino cubierto para servir de comunicacion desde el Gardeny á la ciudad. Todas estas obras se hallaban casi en embrion, y solo servian para dar á la plaza una apariencia de fortaleza, que en realidad no tenia. La principal defensa de Lérida consistia en el castillo y en el fuerte de Gardeny. Contribuian á

ella los reductos del Pilar, de S. Fernando y algunos débiles baluartes.

La multitud de forasteros que en la plaza se habian refugiado comprometia la resistencia, pero en vano se les mandó ausentarse: ya no era tiempo. La premura del mismo, el respeto á la propiedad y quizá alguna menos firmeza de la que en tan afligidos casos deben tener las autoridades inutilizaron la órden que se dió para despejar las cercanías de la plaza de las casas de campo, molinos y arbolados que perjudicaban á su defensa, como se habia hecho en Gerona, y que tantas ventajas ofrecieron luego al enemigo. Unidas estas circunstancias á lo escaso de la guarnicion—que apenas tenia dos ó tres hombres por cada pieza de artillería—á la poca instruccion de los artilleros, y aun de sus oficiales, improvisados en el mismo Lérida, y á falta, en fin, de hospitales, medicinas, camas y demás elementos indispensables en tales casos, eran bastantes para desalentar al corazon mas animoso (1).

Tal era la situacion de la plaza de Lérida cuando el 12 de abril se acercaron á ella los franceses. El 14 quedó enteramente circuida, no sin que el mismo dia tuviese ocasion de escaparse en coche el obispo de la diócesis. Como punto mas débil establecieron desde luego los sitiadores sus principales baterías contra el Cármen, dirigiendo otras contra los fuertes, con viva oposicion de los nuestros que á palmos les fueron disputando el terreno. Al fin logró el enemigo apoderarse de todas las casas y bosques de los alrededores y situó frente del Cármen, puerta de la Concepcion, reducto de Gardeny y otros puntos de cierta importancia al otro lado del Segre, fuertes destacamentos destinados á recorrer todo el frente, cortar el paso por el puente y destacar algunas avanzadas. En una salida que hizo el brigadier Beguer logró algunas efímeras ventajas, pero tuvo que retirarse ante el mayor número, despues de haberse sostenido todo un dia á cuerpo descubierto. Otra salida que hizo la guarnicion el 17, hubo tambien de ser rechazada con bastante pérdida. En general, las

(1) Guerra de la Independencia. Narracion histórica de los acontecimientos de aquella época.

varias tentativas que hasta el 22 hicieron los sitiados, ya para desmontar algunos bosques, en los que hallaba el invasor naturales parapetos, ya con objeto de hacer provision de forrage, costó, segun se refiere, á los españoles, dos hombres heridos ó muertos por cada rama que lograron cortar, y aun los pocos que pudieron introducir en la plaza, fueron disputadas por los que pretendian ser dueños del arbolado.

Entre tanto O'Donell, á quien Garcia Conde no habia cesado de encarecer cuanto importaba que volase á sacarle de su apurada situacion, particularmente despues que el ejército sitiador se habia disminuido, para acudir á otros puntos, en una buena parte del mismo, reunió sobre 6,000 hombres y 600 caballos, que en Tarragona le quedaban, y avanzó el 22 hácia Lérida, tomando por los desfiladeros de Montblanch. Dividida su fuerza en tres columnas, se apareció el 23 en el llano de Margalef, y prosiguió en direccion de la ciudad, por el camino real la columna del centro y bastante rezagadas las de los flancos. Ageno estaba de sospechar tal intento el mariscal Suchet, el cual temiéndose solo de Campoverde, habia adelantado el 21 sobre Tárrega. El espionage no podia estar á sus órdenes tratándose de tal guerra y de hombres como los catalanes. Sabiendo en Tárrega el francés que casi seguro de su triunfo avanzaba á Lérida el español, retrocedió con presteza y cuando menos O'Donell se lo esperaba, acometióle vivamente dispersando el general Harispe la primera columna, en tanto que desembocando Musnier por Alcoletge, ponia el terror en la columna que por la derecha del camino marchaba. Terrible hubo de ser el destrozo de los nuestros; la caballería española fué desbandada y acuchillados los infantes por los coraceros imperiales. Batallones enteros quedaron cercados y rendidos sobre el campo de batalla. En vano se esforzó O'Donell en reunir á los suyos para retirarse al menos con buen órden; no pudo evitarlo hasta Juneda, donde el enemigo terminó su persecucion, habiendo hecho 5,000 prisioneros, esto es, casi toda la fuerza española. Entre éstos se hallaban cerca de 300 oficiales, 8 coroneles y el general Dupuy. Tres estandartes, una bandera y 3 cañones quedaron igualmente en poder del vencedor.

Viendo tan cerca los sitiados el auxilio que les llegaba, reanimaron su esfuerzo verificando una salida. «El cañon de Lérida hacia un vivísimo fuego, dice una de las mejores relaciones que tenemos á la vista; todas las campanas de la ciudad tocaban á rebato; la bandera española tremolaba en todos los fuertes cual si la ondeasen las auras precursoras del triunfo. Ardian todos en deseos de combatir; el entusiasmo tocaba á su colmo, y ya un batallon de la guarnicion llegaba á la cabeza del puente, cuando vigorosamente rechazado por el enemigo, tuvo que replegarse á la plaza con considerable pérdida, viéndose su guarnicion obligada á permanecer pasiva espectadora de la total derrota del ejército que habia tratado de socorrerla. Orgullosos los enemigos con estas ventajas, asaltaron en la misma noche 23 los reductos del Pilar y de S. Fernando, consiguiendo tomar el primero y siendo rechazados del segundo con una intrepidez sin ejemplo por el subteniente D. Juan Puig, dejando muchos muertos y heridos, además del crecido número que retiraron durante la noche. Estos reductos que los enemigos atacaron con 400 hombres, no tenian mas que 30 de guarnicion: los fosos eran sumamente pequeños y sus parapetos solo medían de 3 á 4 piés de altura, parecidos á una tapia de cerca, mas bien que á cosa de fortificacion. El 24 por la mañana envió Suchet un parlamentario, el cual intimó la rendicion á la plaza, anunciando de parte de su general que ya no les quedaba á los sitiados esperanza alguna de socorro, habiendo sido enteramente derrotado el ejército español, en prueba de lo cual se ofreció á llevar en su compañía dos oficiales y un individuo de la junta para que recorriesen el campo de Margalef y el cuartel general, y pudieran contar por sí mismos los muertos, heridos y prisioneros. El general Garcia Conde, que para recibir al parlamentario habia reunido á la junta y el gobernador, contestó del modo siguiente: « Lérida 24 de abril de 1810.—Sr. General: esta plaza jamás ha contado para su defensa con socorro alguno de fuera.—Tengo el honor de saludar á V. E. con la mas alta consideracion. — Firmado.— Jaime García Conde. » ¡Lacónica y sublime respuesta! Su sencillez y hasta su urbanidad encantan y anonadan á la vez, no pudiendo menos de reconocerse en ella el tono á que sirven de

tipo aquellos grandes y felices rasgos que tanto ha encomiado Longino. Algunos escritores han dicho que la defensa de García Conde no correspondió á la energía y dignidad de su contestacion. Esto nos sorprende y admira aun mas que la misma respuesta. Nosotros apelamos á los hechos que deponen en contra de este aserto, y estamos bien seguros de que en ellos encontrará la posteridad una prueba la mas terminante de la precipitacion de este juicio.»

Persuadido Suchet de que la derrota del ejército de O'Donell habia de dar por resultado la rendicion de la plaza, y haciendo poco caso de la valerosa resolucion de sus defensores, mandó activar los trabajos del sitio. La noche del 29 al 30, quedó abierta la trinchera y primera paralela, á 140 toesas de la ciudad; operacion atrevida en cuya direccion se distinguió el coronel de ingenieros Mr. Haxo. El 7 de mayo rompieron el fuego los franceses con 5 baterías, dirigidas las dos contra la ciudad y contra el castillo las restantes. Mas habiéndolas cubierto las lluvias y derribado los espaldones, tuvieron que ser de nuevo construidas, en lo que se pasaron algunos dias.

Mientras los enemigos trabajaban una segunda paralela, á 60 toesas, y fosos parapetados hasta cerca el pié de las murallas, desde donde su batería disparaba de dia y de noche, contra las troneras, obligando á cesar el fuego de nuestras baterías bajas, los sitiados construyeron una batería en la plazuela del Cármen, punto por donde se temia que entrase los franceses, colocaron un cañon violento en la calle de la Magdalena, habilitando para los fuegos de fusilería las casas de la derecha. Estaba la defensa de este punto encomendada á una gran guardia de paisanos, que se habian armado formando dos divisiones de 6 compañías cada una. Para atender al sustento de la tropa y paisanos bajáronse del castillo hasta una veintena de molinos de harina, que en él habia, y que empezaron á funcionar despues de recompuestos, movidos por dos hombres cada uno. Los sitiadores dispararon al principio sus cañones con alguna lentitud, pero el dia 10 fué terrible el fuego que por una y otra parte se hizo. El del castillo hubo de ser tan acertado que logró descomponer á los contrarios unas 14 piezas.

Serian las ocho de la mañana del 12, cuando descubriendo los franceses hasta 7 baterías, empezaron con treinta y dos piezas el ataque formal que tras breves dias habia de acabar con la bizarra defensa de los leridenses. Volóse en el castillo un repuesto de granadas, y empezaron á ser practicables las dos brechas del Cármen y la de la Magdalena, permitiendo el paso á algunos desertores y obligando á retirar de las calles la artillería. Cerrada la noche, atacaron las brigadas imperiales de Vergés y Bujet los dos reductos del llano de Gardeny y las obras esteriores á tenaza ú hornabeques que cubrian la mitad del propio llano, y que reuniendo la defensa forzaban al sitiador á estenderse considerablemente. Eran tales obras construidas de mampostería en una escarpada impracticable, defendidas por un foso, una estacada y artillería, y protegidos por todos los fuegos del Gardeny. El foso del medio tenia 12 toesas de largo, sobre unos 15 piés de profundidad, cortado á pico, circuido de una pared de 12 piés de altura, y estaban sus ramales apoyados por dos trincheras. Vergés empezó con un batallon el ataque del reducto de la derecha, donde sentó sus escalas y derribó la puerta, mientras otro batallon se apoderaba del reducto de la izquierda. Los defensores de estos puntos se retiraron con más de 100 hombres muertos ó heridos. Bujet por su parte subia en dos columnas al gran reducto, penetraba en la muralla y arrollaba á los nuestros hasta las estacadas del Gardeny. Antes del amanecer se hallaban ya los atacantes posesionados y cubiertos. Quisieron los sitiados recobrar los puestos perdidos durante la noche, pero en vano lo intentaron.

El cañoneo fué vivo y destructor durante toda la mañana del 13. A las cuatro de la tarde la brecha principal, en el baluarte agudo del frente de la Magdalena, era ya anchísima; las de las contraguardia y del lado del baluarte eran practibles con auxilio de las escalas. Dispuso pues Suchet, que algunas compañías escogidas, con cierto número de zapadores y provistas de gaviones y escalas, penetrasen, pasado el baluarte, unas por la calle principal que conduce por una paralela al rio, y las demás hácia la punta de la Magdalena, al mismo tiempo que algunos tiradores se dirigirian á abrirla ó derribarla por fuera, para dar paso á las tropas que fuesen necesarias. Cuatro bombas disparadas á un

tiempo señalaron á las siete el momento de llevar á ejecucion estas disposiciones. Cesó el fuego de las baterías sitiadoras y en el mismo instante pasaron los carabineros y volteadores el parapeto de la trinchera, saltaron al rio y se arrojaron sobre la doble brecha. Los atacados aturdidos con la impetuosidad y las ventajas del enemigo comenzaron á esparcir el clamor de que se hallaban ya dentro los franceses. Entonces pusiéronse varios individuos de la junta á la cabeza de los mas animosos de los paisanos, y corrieron á secundar al valiente regimiento de la division de Perena, que al mando de su teniente coronel disputaba con heróico denuedo á los enemigos el paso del puente. Tanto esfuerzo hubo de ser inútil porque los diezmados acometientes pudieron rehacerse con el ausilio de una division de 6,000 hombres que penetró por la brecha, se apoderó de la calle Mayor, arrolló no con poco trabajo á la tropa y paisanos que alli á pié firme les esperaban mandados por el teniente coronel Pedrosa, llegó á la plaza, entró por la puerta del puente y atacó por la espalda á la bizarra tropa. Envuelta ésta entre dos fuegos, cargó á la bayoneta para abrirse paso, no logrando sino perecer casi toda. ¡Honor á tan esclarecidos héroes!

Noche de horror y desolacion fué para Lérida la que precedió al 14 de mayo. «Era aquello un cuadro espantoso, añade la antes citada relacion. El terror se difundia por toda la ciudad; los que no podian huir eran asesinados inhumanamente por los enemigos; ancianos, mugeres y niños, eclesiásticos y seglares, todos los habitantes, en fin, huyendo el furor del francés corrian hácia el castillo, cuyos fosos se llenaron en breve de 6 á 7,000 personas. El enemigo entretanto, entregábase al saqueo y á cuantos escesos pueden imaginarse: la noche aumentaba los horrores de aquella terrible jornada; los soldados dispersos por el pueblo, intentaban penetrar en el castillo, mas á cada paso que daban, oian el *quien vive*, de los enemigos. Entonces aunque batidos y sin esperanza, respondian con firmeza: *España hasta la muerte*, y hacian fuego; otros morian peleando unidos. Solo del batallon de Huesca se encontraron muertos en las calles al dia siguiente, mas de 400 hombres, con 10 oficiales y su comandante D. Rafael Arcas. Pero si era espantoso el es-

Defensa de Lerida á entrada de los franceses en esta ciudad en 13 de mayo de 1810.—Los defensores del puente cogidos entre dos fuegos prefieren morir antes que rendirse.

tado de la ciudad durante aquella terrible noche, no causaba menos horror el del castillo y sus contornos. El general y los demás gefes no se replegaron á él hasta el último estremo, y así no se levantaron los puentes levadizos hasta muy tarde. Esta operacion causó bastantes desgracias, cayendo muchos sobre las picas y lanzas de los paisanos que estaban en los fosos esponiendo sus vidas y comprometiendo la suerte del castillo. El sol del dia 14 ofreció á los ojos de los leridenses uno de aquellos aterradores espectáculos que solo se ven rara vez. El horroroso incendio que devoraba á la ciudad por sus cuatro ángulos; los esfuerzos del vecindario para ganar el castillo; la intimacion de Suchet amenazando no dar cuartel á la ciudad sino se rendia éste; las imprecaciones de los que veian desaparecer sus hogares despues de saqueados, y los ayes y lamentos de los que fallecian sin socorro alguno; las calles rebosando en cadáveres; el contínuo fuego de los enemigos; la lluvia de bombas que caia sobre la multitud hacinada en los fosos; la desercion últimamente, que empezó á notarse en nuestras fatigadas tropas..... todo era estraordinario y espantoso, todo hacia reconocer al desgraciado García Conde, cuán difícil y desesperada era en aquellos momentos su comprometida situacion. El enemigo en tanto, recurria á un sin fin de maquinaciones para sorprender el castillo, haciendo que muchos de sus soldados fingiesen querer entregarse ó aparentando romper sus armas, en ademan de pasarse, y disponiendo que un pastor, con 400 cabezas de ganado vacuno, subiera hácia el glácis acompañado de uno de los oficiales hechos prisioneros en la ciudad, á fin de poder, en el acto de recibirlo, abrirse paso por entre las columnas nuestras que se ocultaban en las calles y casas inmediatas, y caer repentinamente sobre los fosos y forzar por último la poterna. El previsor general español conoció, sin embargo, el amaño y dió órden para que no se levantasen los rastrillos, frustrando de este modo los ardides que puso en juego Suchet. El batallon de Murcia que guarnecia el fuerte de Gardeny, habia sido reforzado con 100 hombres de Fernando VII y un pequeño destacamento de suizos: la restante tropa habia sido muerta ó hecha prisionera durante el asalto de la ciudad. El fuego del enemigo continuaba con la mis-

ma actividad, y á las víctimas de sus estragos añadíanse las de la sed que abrasaba á soldados y paisanos, habiendo ejemplares de caer muertos de ella los niños en los brazos de sus madres. Esta afliccion horrible exacerbaba el valor por una parte, al tiempo que la naturaleza por otra le escaseaba sus fuerzas. Entregado á la desesperacion, el denodado García Conde, y no oyendo mas que lamentos, quiso probar si el dictámen de los demás le abria alguna salida en el terrible apuro en que se veia. Convocó pues á los gefes militares y conferenció con ellos y con los dos únicos individuos que allí se hallaban de los 30 que componian la junta corregimental, los cuales respondieron como héroes, si bien no se atrevieron á obligar á ser héroe tambien al paisanage que se hallaba en la fortaleza. No resolviéndose nada en el consejo de guerra, intimó Suchet nuevamente la rendicion, amenazando continuar el incendio y el bombardeo, y acabar con el vecindario; pero no recibió contestacion. Prosiguió entonces arrojando bombas, y dirigidas éstas al corto espacio que ocupaban los muchos grupos de paisanos fugitivos de la ciudad, aumentaban la mortandad, confusion y desórden. A la vista de las mujeres, niños, ancianos y demás gentes nadando tristemente en su sangre, ó llenas de asombro y pavor con la proximidad de su fin, flaqueaba contra su voluntad el valor de los mas esforzados. El mismo general vacilaba en medio de tanto conflicto, pues si su decision y heroismo le arrastraban á morir con honra, disparando el último cañonazo, recordábale su deber, como gefe, que la patria y la humanidad le pedirian un dia cuenta de tantas preciosas vidas como á su temeridad sacrificaba á despecho de la prudencia y aun del mismo valor, prenda que como todas las demás tiene señalados sus límites. Esta reflexion y solamente ella, le obligó á reunir otra vez el consejo de guerra, en el cual se acordó capitular, comisionando para ello al brigadier D. José Beguer. Suchet, que como general de Napoleon, estaba harto enseñado á no enternecerse á vista de espectáculos como aquél, tenia sin embargo como hombre sentimientos que le hacian honor, y cediendo á ellos entonces, puso fin á la efusion de sangre y concedió á la guarnicion los honores de la guerra. El fuerte de Gardeny se entregó despues, desfilando por la brecha su guarni-

cion y la del castillo, las cuales rindieron las armas, quedando prisioneras de guerra. (1)

---

(1) *Capitulacion del castillo de Lérida.*—Art. I.—La guarnicion de Lérida saldrá hoy, 14 de mayo, por la brecha á las cuatro y media de la tarde por el frente de la Magdalena, desfilará por delante de las tropas francesas con los honores de la guerra, entregará sus armas y quedará prisionera de guerra.—Concedido. La puerta principal del castillo se entregará inmediatamente á los granaderos del regimiento número 117.

Art. II. Los oficiales conservarán sus armas, caballos y equipajes y se les tratará segun sus grados.—Concedido.

Art. III. El gobernador de esta plaza, que se halla enfermo, permanecerá en ella hasta su curacion y en su compañía sus tres ayudantes.—Concedido.

Art. IV. Las mujeres de los oficiales podrán seguir á sus maridos en el destino que se les señale.—Concedido.

Art. V. Todos los oficiales que prometan bajo su palabra de honor, no tomar las armas contra la Francia, podrán quedarse en España en calidad de prisioneros, bajo la vigilancia del gefe francés que mande las armas.—Concedido; pero se reserva el señor general en gefe la facultad de dar las licencias correspondientes á los oficiales que afiancen su palabra, atendido que muchos oficiales prisioneros faltaron á la palabra de honor que habian dado.

Art. VI. Si hubiese algunos oficiales, sargentos, cabos ó soldados que hubiesen sido hechos prisioneros en otras acciones, se les indulta plenamente.—Concedido.

Art. VII. La religion católica, sus ministros y las propiedades de los vecinos serán respetadas.—Concedido.

Art. VIII. Indulto á los paisanos que han tomado las armas, inclusos los de las compañías de reserva.—Concedido.

Art. IX. Se dará pasaporte á los empleados de Hacienda, médicos, cirujanos, boticarios, capellanes y otros ministros de la iglesia castrense para que se dirijan á sus pueblos: tambien se dará pasaporte á todos los vecinos de Lérida y á los forasteros que se encuentren en dicha ciudad, y lo soliciten.—Concedido.

Art. X. Los individuos que componen actualmente la junta corregimental de la provincia ó que lo han sido anteriormente, no serán molestados en lo mas mínimo ni les servirá de obstáculo para nada en sus haciendas ni empleos.—Concedido.

Art. XI. Un oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra francés entrarán inmediatamente en el castillo para formar inventarios y tomar posesion de los almacenes.—Concedido. El gefe de escuadron Rafo, gefe mayor de artillería, el gefe mayor de ingenieros Henry y el comisario de guerra Bounefor, pasarán inmediatamente al castillo.

Capitulacion propuesta por el brigadier D. José Beguer, segundo comandante general de este canton y D. Pedro Fleix, abogado de los reales Consejos, vecino de Lérida, apoderados de los señores mariscales de campo

La pérdida de los españoles hubo de ser considerable. Apoderóse el francés de 105 cañones, un millon de cartuchos, cien mil libras de pólvora, 10,000 fusiles, 8,000 prisioneros, 10 banderas, una fábrica de salitre, un molino de pólvora y muchos almacenes. Perecieron de la guarnicion sobre 1,200 hombres. Los franceses confiesan haber esperimentado 700 bajas; pero atendidos los trabajos del sitio, empezados tan cerca de la plaza y las frecuentes y enérgicas salidas que los españoles hicieron, junto con los 6,000 cañonazos que los mismos dispararon en el mes que duró el asedio y la desesperada resistencia que en Santa Magdalena, en la calle Mayor y en el puente se les opuso, debieron tener mas gente fuera de combate. Durante sus trabajos de aproche, en los que empleó el enemigo 15 dias, cavó 3,200 toesas en las trincheras y disparó 3,000 bombas y granadas desde las siete baterías que descubrió.

El general en gefe español, que se habia retirado primero á Valls y luego á Tarragona, despues de la derrota de Margalef, supo con tanto disgusto la rendicion de la plaza de Lérida, que no pudiendo dominar, en su carácter impetuoso, la indignacion que esperimentaba, se apresuró á calificar, inmerecidamente sin duda, y de una manera harto depresiva para el pundonor militar, la conducta de sus compañeros de armas. «Catalanes:—dijo en su proclama del 22 de mayo—la *infame* y *cobarde entrega* de la plaza de Lérida no debe hacer desmayar vuestro valor.» Pocos dias antes habia escrito á la junta superior que continuaba en Solsona: «La *cobardia* y *la mas inaudita perfidia* ha entregado al enemigo la importante plaza de Lérida, y sus *infames* defensores, manchando con tan horrible maldad la reputacion del va-

---

D. Jaime García Conde y D. José Gonzalez, gobernador de la plaza y castillo. Fué aceptada por el general de brigada Valur, comandante de la artillería del tercer cuerpo del ejército imperial en España.—Lérida 14 de mayo de 1810.—José Beguer.—Sancir Nogues, ayudante-comandante—Pedro Fleix. —Aprouvé par le general en chef du 3.me corps de l'Armee imperial d'Aragon. Visto. Suchet.—Es copia de la capitulacion original que he devuelto al señor mariscal de campo D. Jaime García Conde, de que certifico como comisario de guerra habilitado de los reales ejércitos, con destino en esta plaza. —Santiago de Bustamante.

leroso ejército de Cataluña, se han hecho acreedores á la execracion pública y al desprecio de los mismos enemigos. La última órden mia que recibió el general comandante de Lérida, le prevenia que jamás le serviria de disculpa el haber tomado los enemigos la ciudad, para no defender sus castillos hasta el último estremo.» La junta superior aceptó la calificacion del capitan general, cuando dijo á la faz del país, cuán sensibles y fatales habian sido las desgracias que acababa de sufrir aquella ciudad y la *cobardía* é *inaudita perfidia* con que sus fuertes *inaccesibles al enemigo fueron entregados*. Al propio tiempo que á la superior, se habia O'Donell dirigido al ejército en los siguientes términos: «El general en gefe (1) prohibe á todos los gefes de los cuerpos de este ejército, el recibir en ellos á ningun oficial ó sargento de los que componian la infame guarnicion de la plaza de Lérida; pues no quiere que la compañía de tan indignos españoles, contamine el honroso modo de pensar de los individuos de este ejército. Y en nombre de S. M. y hasta que las circunstancias permitan se verifique el ejemplar castigo de cuantos han intervenido en la abominable capitulacion de los castillos de Lérida, los declara *traidores á la patria* y como tal *infames*; y manda que cuantos bienes ó alhajas se hallen en este principado, de los gefes ó individuos de la junta corregimental de Lérida que tuvieron parte en dicha capitulacion, sean confiscados inmediatamente y se proceda á su venta, aplicando su producto á los gastos de la guerra. Tan inaudita perfidia y cobardía no debe desanimar en modo alguno á los valientes oficiales y soldados de este ejército: nada hay perdido cuando queda valor, brazos y hierro. El ejemplar castigo de los cobardes servirá de satisfaccion á los valientes, y éstos conocerán que es preciso redoblar sus esfuerzos para salvar la patria y borrar con nuevas victorias el feo borron de la entrega de Lérida.»

La rigurosa y descompasada censura de O'Donell y de la junta superior de Cataluña sobre la conducta del general García Conde,

---

(1) Ya hemos indicado que en 10 de mayo le llegó la propiedad de este mando, con la graduacion de teniente general.

merece en verdad el nombre de injusta. El paisanage, tan encomiado por el general en gefe español fué á causa de su exorbitante número de individuos, que fijó en su parte Suchet al de 40,000, lo que tanto como los enemigos hubo de contrariar á los defensores de Lérida. En vano, á la aproximacion de los imperiales, trató García Conde de alejar al consternado gentío; los gritos, las súplicas, la obstinada resistencia y la imposibilidad de traspasar el cordon enemigo, todo se conjuró para hacer que no se llevase á efecto la órden. García Conde recorria de contínuo las forticaciones con esposicion imprudente, dando severas y acertadas órdenes y animando á la pelea; pero mas trabajo habia de tener recorriendo las calles de la poblacion, con algunos individuos de la junta corregimental, al objeto de que los vecinos y forasteros que no hacian armas se encerrasen silenciosos en sus habitaciones, dejando espedita la defensa, y no desalentasen con sus clamores á los que por la ciudad y por la patria derramaban su sangre. Mas á la formal acometida de los sitiadores, á la primera ventaja que alcanzaron, no creyéndose nadie seguro en su morada, salieron todos desatentados, y vociferando desesperadamente pusieron pavor en la mayor parte de los puntos atacados, donde muchos soldados visoños y paisanos armados tiraron sobrecogidos de terror sus armas. El comandante general, el gobernador, la junta y los principales gefes no desampararon la ciudad hasta los últimos momentos y corrieron á encerrarse en el castillo para prolongar al menos en aquel punto la resistencia. Allí se precipitó tambien la multitud aterrorizada; allí se habian refugiado ya los primeros que arrojaron espantados sus fusiles. La mitad de la guarnicion acababa de perecer denodadamente en los reductos, en las brechas, en las calles y en el puente. Dentro del castillo hubo de ser mayor la confusion; los soldados eran pocos y desalentados por el numeroso paisanage que allí se recogia, y por el que en la estacada esterior estendia suplicante sus manos, y con llanto y gritos desesperados clamaba que se entregase el castillo, á fin de que suspendiese el francés sus mortíferos disparos y no llevase á efecto su intimacion de entregar la ciudad al saqueo y al incendio, y de pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Póngase en tal situacion el militar mas hábil y valeroso, encerrado en una fortaleza que

permite defensa, pero que está llena de mucha gente y de pocos soldados, aterrorizada y vociferante aquella, y desalentados éstos y en el estado mas completo de insubordinacion, y por fin, hácia la parte de fuera un pueblo numeroso, pidiendo clemencia, no á sus contrarios, sino á sus mismos defensores, destrozado por los proyectiles de un enemigo fuerte y vencedor hasta entonces y que amenaza destruirlo todo y pasarlo á sangre y fuego, y dígase como es posible organizar defensa alguna, ni resistir al clamor de tantas víctimas, ni cargar sobre sí la responsabilidad de tanta sangre y de la destruccion de una ciudad populosa. Guzman el Bueno sacrificó á su hijo que era su amor, su esperanza y su vida, por su patria y por su rey, pero García Conde tenia que sacrificar cuarenta mil padres, hijos, esposas y hermanos, que si bien no estaban ligados á él con los vínculos de la sangre, lo estaban entre sí y no se sentian inspirados por la noble abnegacion que animó á los Saguntinos. Guzman no mereció, con dejar apuñalar á su hijo con su propio acero, el nombre de bárbaro, sino el dictado de bueno, pues que Tarifa no se defendia para guardar al jóven D. Pedro; pero García se hubiera cubierto de oprobio juntamente con su enemigo, entregando una ciudad para retener un castillo, perdiendo lo protegido para guardar al protector, abandonando las personas y las propiedades para conservar los muros y los cañones que solo se hallaban allí para defenderlas. Las dos terceras partes del ejército imperial de Aragon estaban sobre Lérida, pero esto no hubiera obstado á García Conde, como buen militar que era, para sostenerse en el castillo, á contar con soldados resueltos y no desmoralizados, y con mas abnegacion y menos lágrimas por parte del considerable número de familias que iban á perecer víctimas del furor francés.

Garcia Conde, como otros tantos generales y gefes de aquel tiempo, fué en el país calificado de traidor, al igual de la junta de Lérida, y procesados una y otro por el tribunal de Tarragona; mas al regresar á España, concluida la guerra, pidió y obtuvo justicia de los tribunales de Fernando VII. La evidencia de los hechos le indemniza sin embargo por sí sola ante el juicio de la posteridad.

Por el mismo tiempo en que tenian lugar los últimos aconteci-

mientos que acabamos de referir, era llamado á Francia el duque de Castiglione, y nombrado en su lugar para el gobierno de Cataluña el mariscal Macdonald, duque de Tarento. Hombre Augereau de carácter, valor, firmeza y actividad, querido del soldado y afortunado en sus operaciones, como por su conducta en 1796 mereció ser calificado por Napoleon, entraba ya en 1810, en aquel período de embriagamiento de honores y riquezas con que oscureció su gloria el vencedor de Castiglione, terminando por la mas ingrata de las defecciones. La parte que en la guerra de Cataluña le cupo demostró al emperador que si el estruendo del cañon despierta á los valientes, el oro y las dignidades los enerva generalmente. Tal habia sucedido ya con Augereau en la época de nuestro relato. Ni por su valor, ni por su actividad y menos por su humanidad y prudencia, se habia distinguido en el gobierno del principado. Como general distó mucho de estar á la altura de la reputacion que habia alcanzado. No parecia sino que solo á la vista de Bonaparte era donde podian brillar con alguna luz esos guerreros satélites cuyo esplendor se ofuscaba á medida que se iban separando de su órbita natural.

CAPÍTULO III.

Ejército de Suchet en Cataluña.—Movimientos sobre Balaguer, Cervera y Tortosa.—Ejército español.—Sus posiciones.—Plan de O'Donell.—Congreso catalan.—Tropas del Llobregat.—Avanza Macdonald hácia Barcelona.—Intentan cortarle los españoles.—No lo logran.—Entra el mariscal en Barcelona.—Vuelve á salir hácia la frontera.—Su alocucion en Gerona.—Regresa á la capital con un nuevo convoy.—Fuerte oposicion de los españoles.—Mathieu releva á Lacombe.—Desercion considerable.—Amagos de sublevacion militar.—Parte Macdonald hácia Tarragona el 14 de octubre.—Llega á Reus.—Intenta hacer un reconocimiento sobre Tarragona.—Es rechazado.—Retrocede á Reus.—Porfiada resistencia de los españoles.—Avanza hácia Lerida.—Proclamas apócrifas de O Donell.—Entrevista de Suchet y Macdonald.—Accion junto á Cervera.—Movimiento atrevido de O Donell.—Sorpresa gloriosa de La Bisbal.—Recobran los españoles á S. Feliu de Guixols, Palamós y otros puntos.—Pasa Campoverde la frontera y exige contribuciones en territorio francés.—Los Almogávares y Espatriados en el Ampurdan.—Manso en el Llobregat.—El baron de Eroles en Viladecans.—El teniente Sauri.—Mas acciones y reencuentros.

Rendida la plaza de Lérida, ya no pensó Suchet mas que en penetrar ejecutivamente en el país hasta darse la mano con el ejército imperial de Cataluña. Al efecto, pasando por Balaguer entró en la ciudad de Cervera, á la que impuso 124,000 reales y además 300 cuarteras de trigo, 800 pares de botas ó 18,800 reales por ellas. Resistiéronse los habitantes á tan escesiva exaccion, pero el francés llevóse á Balaguer once de los principales vecinos, por cuyo rescate hubo que satisfacerle la suma de mas de 55,000 reales por persona. Ni con tales desgracias se abatieron los ánimos indomables de aquellos valerosos paisanos. Aunque estaban cerradas las aulas y dispersos los estudiantes que hubieron podido engrosar las filas de los defensores de la patria independencia, con todo, no tardaron en ponerse

en pié de guerra algunas compañías que trasladándose á Tárrega acometieron al enemigo con la frecuencia que permitian las circunstancias, sorprendiendo á menudo sus puestos avanzados. Dirigian á estos patriotas Ramon Vilalta y José Alsisen, los cuales sorprendidos á su vez en una emboscada, fueron conducidos á la altura de la ermita de S. Aloy y allí bárbaramente crucificados y mutilados.

Mas el emperador á quien tenia en gran cuidado la guerra de Cataluña, dispuso que se dejara al cargo del nuevo gobernador del principado el adelantarse hácia la frontera de Aragon y Valencia, y que entre tanto se apoderase Suchet de las plazas de Mequinenza y Tortosa, á fin de que la comunicacion entre ambos ejércitos se hiciese mas libre y espedita. Marchó pues Suchet sobre la primera de las mencionadas plazas, que no tardó en caer, aunque tras heróica resistencia, y tomó sus disposiciones para emprender prontamente el sitio de Tortosa. Para verificarlo con el debido acierto habia que salvar los inconvenientes que el Ebro ofrece interrumpiendo á cada paso con cejas ó bajos la comunicacion que mas y mas con la sequia se dificultan, y las contrariedades que lo montañoso del país ofrece, especialmente desde Caspe ó Mequinenza hácia Favara, Batea, Gandesa y Mora, y desde este punto á Pinell, las Armas, Cherta y Tortosa. Improbos eran en verdad los trabajos del ejército sitiador. Los soldados se veian obligados á abandonar sus fusiles para empuñar los picos y azadones á fin de abrir camino por donde transitaran los efectos del sitio, al igual de lo que durante la guerra de sucesion tuvo que practicar el duque de Orleans, y de cuyos trabajos se conservaban aun algunos vestigios.

Dejó Suchet el mando de Aragon al cargo del general Musnier, estableció depósitos considerables, además de los de Mequinenza, en Alcañiz y Caspe, y al objeto de protejer los correos, convoyes y comunicaciones de toda clase, dispuso que no obstante las guarniciones de las plazas ocupadas por aquella parte, se formase una línea de puntos fortificados sobre los caminos que desde el centro á la circunferencia abrazasen en todas direcciones el territorio comprendido hácia la derecha del Ebro, los pueblos de Alagon, Mallen, Tudela, Borja, Tarazona, Epila, Al-

munia, Maria, Villa de Muel, Cariñena, Fuentes, Ceila, Samper y Alcañiz, y hácia la izquierda los de Pina, Bujaraloz, Candasnos, Fraga, Zuera, Ayerve, Auzánigo, Campfranch, con algunos del partido de las Cinco Villas.

Por nuestra parte, O'Donell que adoleciendo de las heridas que habia recibido en los campos de Gerona, habia encargado el mando al general D. Juan Manuel de Villena, volvió á tomarlo tan luego como supo que Macdonald se disponia á obrar activamente. A pesar de las recientes pérdidas, contaba el ejército español de Cataluña cerca de 22,000 plazas, que á las órdenes de un general de las cualidades de O'Donell, y secundado por las fuerzas que todavía podian sacarse del país, daba algunas esperanzas de resistencia. Mas perdidas las principales plazas, amenazado de ambos costados por dos poderosos ejércitos ¡cuán limitados no habian de ser los esfuerzos del ejército catalan! Tras poco tiempo lo dividió y colocó de nuevo O'Donell en la siguiente forma: La primera division ocupaba la derecha del Llobregat y se apoyaba en la montaña de Montserrat; su objeto era observar á Barcelona. La segunda division tenia el encargo de observar desde Falset á las tropas del ejército francés destacado de Aragon y que se encaminaba á Tortosa. Y la tercera, en parte cubria en Esterri las avenidas del valle de Aran, mientras una reserva, partida en dos mitades, se situaba en Coll de Alba, cerca de Tortosa y en Arbeca y Borjas blancas, á fin de contener las escursiones de la guarnicion de Lérida por las feroces llanuras del Urgel, y de proteger las cosechas. Aunque en corto número, un cuerpo de húsares y tropas ligeras estaban en Olot observando las comarcas de Besalú y Bañolas. Algunos guerrilleros corrian la demás tierra, teniendo en contínuo sobresalto á las guarniciones y puestos avanzados é interceptando siempre que podian las comunicaciones y convoyes del enemigo.

O'Donell habia desde mucho tiempo comprendido que en la situacion en que se hallaba la guerra del principado debian evitarse las batallas campales, y si alguna vez su espíritu batallador le obligó á combatir contra estos principios fué porque á ello además le impelieron las circunstancias que no siempre pueden evitarse en la guerra y que el jóven y activo general no sabia del

todo rehuir. Pero ahora hubo de hacerle el peligro mas precavido, sino queria en pocas jornadas ver del todo roto y aniquilado su ejército, y perdida en su consecuencia toda esperanza de resistencia en Cataluña. Así pues, su conato se dirigió á sorprender por medio de columnas volantes los destacamentos del enemigo, impedir ó molestar el tránsito de sus convoyes y de esta suerte debilitar, y si posible fuera, aniquilar paulatinamente sus fuerzas.

Los auxilios que entretanto habia recibido del exterior nuestra provincia se reducian á algunas sumas de dinero, entre ellas 6 millones que envió la Regencia, procedentes de los que de América trajo el navío Paula, y algunos donativos entre los que merecen consignarse el de la casa de Vidal, Sirven y Cañellas de la Habana (1) en cantidad de 16,240 reales, á mas del producto de 35 cajas de azúcar, que remitieron para el socorro de Gerona. Las redenciones del servicio de las armas produjeron desde últimos de marzo á últimos de mayo 71,790 reales. Poco significaban estas sumas y las de los impuestos, que se recaudaban en menores puntos cada dia, en comparacion de los cuantiosos gastos que exigia la guerra. Los pueblos libres no eran muchos ni importantes, y aun en ellos faltaban los brazos productores, faltaba, escepto en muy pocos, el comercio, y los progresos del enemigo obligaban á todos á disponerse para la invasion. Tarragona, el cuartel general, sostenida por mar por los cruceros ingleses, Reus, Villanueva, así como Mataró, no obstante sus recientes desgracias, eran las únicas poblaciones en que la miseria no se conocia, y hasta puede decirse que nadaban en la abundancia, por la gran aglomeracion de los capitales é industrias que en ellas se habian refugiado. Segun eran el lujo, los bailes y las contínuas diversiones á que sus moradores se entregaban, no parecia sino que el resto de la provincia se hallaba disfrutando de una paz octaviana y que el trono español no era injusta y escandalosamente ocupado por un débil y advenedizo usurpador, hechura del poderoso césar francés.

---

(1) Los tres servian en los cuerpos de voluntarios que allí se habian armado para la defensa de la isla.

Habia por otra parte formado O'Donell una línea territorial y marítima de circunvalacion para privar á los invasores del socorro que recibian de los pequeños y hambrientos negociantes de víveres, para quienes no bastaron las mas severas penas: la necesidad era mas poderosa, porque tras ella venia el hambre y la muerte. Alcanzó tambien del comandante inglés Cotton, gefe de la escuadra bloqueadora del Mediterráneo, que no dejase de impedir la entrada de buques en el puerto de Barcelona y que además socorriese á nuestro ejército con las armas y municiones que el gobierno de su nacion á este efecto le enviase.

Importaba reunir en Tarragona una representacion mas general é inmediata de todos los corregimientos de la provincia. Invitados estos el 4 de julio para nombrar sus diputados cerca la junta superior, para que con ella formasen el congreso provincial, junto con el que habia de atenderse á las necesidades del principado y de su ejército, ya pudo celebrarse la primera sesion el 17 del propio mes. Eran los objetos mas apremiantes de que debia ocuparse, el aumento de la fuerza militar, la mayor equidad y exactitud en el reparto y en la efectividad de las contribuciones, la supresion de muchos sueldos supérfluos, la concentracion de las autoridades subalternas, y la revision de las cuentas de los que hasta el dia manejaron caudales públicos. En tanto que aquella reunion se verificaba, decretó O'Donell para impedir que se distragesen armas del ejército y alentar al propio tiempo á los que las recogian ó tomaban del enemigo, que seria castigado como ladron el que no justificase la adquisicion legítima del fusil que se hallase en su poder, pero que se confirmaba la propiedad del mismo al que la tuviese justamente adquirida; mas ella obligaba al poseedor á presentarse con su arma al servicio de la patria cuando fuese llamado.

A poco de reunido el congreso provincial empezaron á tocarse los resultados que de semejante representacion debia esperarse. Un alistamiento fué decretado bajo las bases de que solo habia de servir el soldado dos años, en cuyo tiempo disfrutaria cada seis meses de una licencia de 15 dias. No obstante, aunque animosos los jóvenes catalanes, todavía no podian acostumbrarse á la sujecion de la tropa reglada, á pesar de que tan voluntaria y

sobre todo tan bizarramente se distinguian como somatenes ó en partidas sueltas. El congreso se vió pues obligado á nombrar comisiones militares para reprimir con penas severas la desercion y aun á apremiar á algunos distritos para que no difiriesen el apronto de sus respectivos cupos. Sin embargo, en Badalona, en Sarriá, en los pueblos mas inmediatos á los puntos ocupados por los invasores, ó bajo el dominio y á la vista de los mismos, se verificaban los sorteos. Trató el francés de hacer ineficaz este aumento de la fuerza española, atrayendo á los descontentos bajo la proteccion de los cañones de sus plazas, patrocinando á los desertores; mas en cambio tambien el español ofreció completa amnistía á cuantos desertores ó secuaces de los franceses se restituyesen á las patrias banderas. Movió algun descontento la redencion del servicio de las armas por dinero, pero el congreso procuró desvanecer tan inconsiderado rumor haciendo presente que el dinero del rico servia para el mejor equipo y para la paga y manutencion del soldado, y que el robusto brazo del proletario avezado á la fatiga, era preferible para empuñar las armas al del hijo de las comodidades y al acostumbrado á mas sedentaria vida.

Recaudáronse con mayor regularizacion los impuestos, á pesar de lo exhausto que el país estaba; aplicáronse á los hospitales las rentas que hasta entonces habia la curia romana percibido y ahora tomaban los obispos por las dispensas y otras gracias ó exenciones y el ejército adquirió en disciplina é instruccion lo que faltaba para igualar á lo que en valor y constancia tenia en mil acciones suficientemente acreditado. Nada descuidaba O'Donell en su energía, en su pericia y en sus buenas disposiciones, entre las que sobresalia su grande amor al pais y á la integridad de todos sus derechos. Alma del congreso, era el ejecutor diligente de todas las resoluciones que en él se adoptaban: la confianza y prestigio de que disfrutaba no eran sino sobradamente justos.

La division española del Llobregat mandada por Iranzo, á cuyas órdenes, entre otros ilustres capitanes, se hallaba el jóven cuanto glorioso teniente coronel D. José Manso, atenta á los menores movimientos de la guarnicion de Barcelona, procuraba

EL GENERAL IRANZO.

Copia de un cuadro de familia hecho en 1879.

atraerla con nuevos engaños, todos los dias que no salia alguna parte de la misma á sus espediciones acostumbradas. Durante uno de estos combates llegó intrépidamente hasta el foso el capitan Moreda, seguido de unos pocos y arrebató todo el ganado consistente en 90 carneros que pacia entre la puerta Nueva y la del Angel, obligando á guiarlo á los mismos que lo guardaban. Las cosechas y las contribuciones eran disputadas con cruento empeño entre la guarnicion y las fuerzas bloqueadoras. En algunos de los pueblos, que como Sarriá formaban el campo frecuente de tales batallas, solian dejar las autoridades locales en medio de la plaza pública el producto de la contribucion, para que no se les pudiese culpar de haberse apresurado á entregarlo á amigos ó enemigos: los primeros que acudian ó los que eran mas fuertes se llevaban el dinero ó el grano como en premio de su victoria. Es inútil añadir que no estando lejos los españoles, contadas serian las veces que lo obtendrian los imperiales.

Entre tanto el mariscal Macdonald, reunido el convoy, salia de Gerona el 11 de junio con direccion á Barcelona. Al tener de ello noticia el comandante general de la línea del Llobregat destacó á su encuentro una fuerte division. Mas burlando el francés el afan de los nuestros, que solo pudieron ofenderle un tanto en Trentapas y S. Celoni, llegó el 13 á la capital con sus 8,000 hombres, 300 cabezas de ganado y 50 carros. Poco se detuvo dentro de nuestras murallas el duque de Tarento, pues al dia siguiente emprendió la vuelta de Gerona. Algo mas de un mes necesitó para juntar nuevamente un centenar de bueyes y 150 carros de víveres, con los que, y una division formidable, volvió á dirigirse á la ciudad de los condes el 18 de julio. Esta vez fué el baron de Eroles el encargado de disputarle el paso. Se hallaba el convoy en las inmediaciones de Granollers cuando con fuerza respetable y gran decision le embistieron los nuestros. Trabóse reñidísimo combate, cuyo resultado fué el triunfo de nuestras armas, habiendo quedado en el campo mas de 1,500 franceses muertos y heridos; pero durante la accion siguió el convoy á la deshilada con alguna escolta, sin que los españoles se apercibiesen, y mientras estos celebraban su victoria batiendo en retirada á los últimos enemigos, los víveres y el ganado llegaron sin

menoscabo á la plaza que trataban los imperiales de avituallar.

Como tal vez iba á tardar en volver á serlo, así que partiese Macdonald hácia Tarragona y Lérida, quiso éste dejarla antes bien provista, á cuyo efecto se dispuso para repetir la operacion. Removió durante su corta permanencia algunos empleados, sustituyéndolos por individuos de su nacion, sin perdonar al comisario general de policía, á quien dió por sucesor á Blondel, y relevó á Lacombe, encargando el gobierno que éste obtenia, al general Maurice Mathieu. El 22 salió otra vez hácia el Ampurdan, con un convoy de mas de 500 carros, multitud de heridos y algunos españoles prisioneros, entre los que se contaba el antiguo gobernador de la ciudadela, Santilly.

Dispuesto el nuevo gobernador general de Cataluña á hacer olvidar el mando despótico de sus antecesores, reunió en Gerona una junta provisional, compuesta de las personas mas pudientes para que fuesen, segun les dijo, testigos de todo cuanto pensaba poner en obra para restablecer la tranquilidad y la felicidad de aquella provincia. Lamentóse de que las tres cuartas partes de la misma no se aprovecharan del plazo que para su sumision al gobierno francés acababa de conceder sin limitacion alguna, sino que todavía permanecian « bajo el yugo y la influencia dañosa de los anarquistas que en tal situacion trataban de mantenerla para despojar al pueblo de su fortuna y quitar á la agricultura todos sus brazos, igualmente que á la industria y al comercio. » La formacion de una guardia nacional fija, el nombramiento de un intendente de Hacienda, la limitacion de la entrada de manufacturas francesas, antes prohibida, hasta que las fábricas del principado se restableciesen, la propiedad de los géneros coloniales asegurada, la devolucion de los bienes secuestrados á los partidarios ausentes, auxilios necesarios al clero, reparacion de las iglesias arruinadas, gastos para el mayor decoro del culto, libre circulacion, autorizacion de las compañías de Perrots para perseguir á los bandidos, armamento de las costas marítimas para protejer al comercio de cabotage, la reciente venida de víveres de Francia en alivio de la provincia; todo esto y mucho mas empezaban á ser hechos, en concepto del francés, de grande trascendencia para hacer la felicidad del principado bajo el gobierno de Napoleon. Lo demás

CATALUÑA

EL CORONEL Dº D FRANCISCO ROVIRA

CATALUÑA

D JUAN CLAROS.

CATALUÑA

D. NARCISO GAY.

Comandante del batallon de Almogavares.

Lit. Unión Rª S. Jose 14 P. Campaña Editor

Bandera del batallon de Almogávares

Infanteria y caballeria del batallon de Almogávares

que en beneficio de la provincia de Gerona pudiese disponerse, dejábalo el mariscal á la iniciativa de la comision que del seno de la espresada junta se nombrase, en la seguridad de que el gobernador general habia de favorecer y adoptar cuanto se dirigiese á la perfecta pacificacion de Cataluña, cuyo logro tendria él en mas aprecio que la mayor victoria que por las armas pueda obtenerse. ¡Cuán distante habia de estar de su pensamiento una esperanza semejante, al ver, como no le habia faltado ocasion para ello, cuán arraigado estaba en el país el odio á toda dominacion estranjera, y á la francesa en particular!

Y en el mismo Ampurdan ¿no se aumentaban diariamente las filas de Clarós, Rovira, Llobera y Gay, el antiguo secretario de la junta de Figueras, comandante ahora del cuerpo de su creacion, apellidado de *Almogávares*, y de otros partidarios como Barris, Pons y un sinnúmero no menos valerosos y de grande prestigio en el país? Era de ver como respondian estos al llamamiento del francés, á sus promesas de perdon y de felicidad, atacando hoy á Besalú, rechazando mañana con mas de un centenar de pérdidas, un destacamento imperial que habia salido de esta villa, y arrojándoles al fin de la misma y de todas las inmediatas posiciones con terrible destrozo; sorprendiendo en el mismo julio y pasando á cuchillo la avanzada francesa en la villa de la Junquera, despues de haber rebasado sus baterías y saqueado la casa del comandante, y arrollando al dia siguiente la gran guardia de Navata, con muerte y aprisionamiento de buen número de soldados. El coronel Decreft con algunos húsares de S. Narciso, varias compañías de espatriados y unos pocos somatenes acababa de lanzar á los enemigos posesionados de Montagut y la Beguda, y sin permitirse descanso habia pasado á acometer á los que se hallaban fortificados en Bañolas, sosteniendo con impavidez cinco horas de fuego. Gay entre tanto acudia con sus Almogávares desde S. Lorenzo de la Muga, y obligaba á replegarse al castillo de Figueras á los puestos y guerrillas que en Llers y otros parajes le opusieron resistencia. Si estas y otras mil, aunque parciales, victoriosas acciones, acontecian en solo el Ampurdan y bajo la plena superioridad del enemigo ¿qué podia esperar ya el invasor? ¿qué el país se cansase? Primero se hubiera cansado la nacion francesa de

producir ejércitos, que Cataluña, que la España entera de ahogarlos entre sus fornidos brazos. ¿Qué era ya sino de aquellos apuestos y arrogantes vélites, de aquellos batallones formidables, terror de la Europa? ¿Qué se habian hecho las numerosas divisiones que entraron con Duhesme, Reille, Maurian, Saint-Cyr, Augereau, y los refuerzos que convoyando víveres atravesaban á menudo la frontera para no volver á pisarla? De tantos miles de hombres apenas quedaban antes de la venida de Macdonald 4,000 dentro de Barcelona y sus fuertes, y no llegaban á 10,000 los que guarnecian las plazas de Hostalrich, Gerona, Figueras y Rosas, y los que ocupaban algunos pueblos de la marina, junto con alguna reserva.

Por otra parte, la desercion era tan grande en las tropas imperiales, especialmente en los cuerpos italianos bávaros y alemanes, que con frecuencia se veian pasarse á los españoles guardias y avanzadas enteras con todo el armamento y equipaje. De Figueras, de Gerona, Hostalrich y sobre todo de Barcelona y sus fuertes saltaban todas las noches á los fosos cuadrillas de 12 y de 20 soldados, cebados por los ofrecimientos de los españoles que no se cansaban de repartir proclamas cuadrilingües. En solo los meses de junio y julio desertaron del ejército francés de Cataluña 3,669 soldados. El general Doyle, nuevo gefe de la escuadra inglesa, tuvo que girar contra su gobierno una letra de 30,000 reales para vestir y alimentar á los desertores que habian entrado al servicio de España y de Inglaterra. Una sublevacion habia estado á punto de estallar en Barcelona á causa de la facilidad con que imponian los consejos de guerra la última pena á los desertores italianos y bávaros. El descontento en estos cuerpos era grande y dimanaba especialmente de la falta de pagas y escasez y mala calidad de los alimentos. No era pues estraño que con frecuencia se echasen algunos italianos á robar de noche por las calles.

Macdonald partió de Gerona con el tercero y último convoy el 11 de agosto, llegando sin entorpecimiento particular á Barcelona, gracias á los 14,000 hombres que conducia. Mas de 400 bueyes, con multitnd de ganado lanar entró esta vez en la capital del principado.

Sin descansar apenas el activo mariscal, tan luego como estu-

vieron sus tropas, en número de 12,000 hombres y considerable tren, reunidas en la orilla izquierda del Llobregat, salió para marchar á su frente hácia Tarragona. Era la tarde del 14 de agosto, víspera del cumpleaños de Napoleon. Los franceses forcejeaban en vano desde el dia anterior por romper la línea de los españoles. Estos eran en aquel punto en fuerza insignificante por hallarse entonces muy repartido nuestro ejército. Por fin un cambio de posicion de la division de Ibarrola dejó descubierto el punto de Vallirana á donde se arrojó con empeño el enemigo. A no acudir allí Manso con el batallon de voluntarios de Castilla y sus valientes somatenes hubiera penetrado aquél sin obstáculo, mas ahora si adelantó y obligó por último á cejar á los nuestros, no fué sin dejar cubierto el camino de franceses y caballos muertos. Los españoles se retiraron sin desconcertarse, tomando el batallon de Castilla por la derecha hácia la Marina, y siguiendo por la izquierda Manso con los somatenes. Estos se sostuvieron todavía por algun tiempo en la Cruz de Ordal, de donde desalojados al fin, contramarcharon tomando la vuelta á los enemigos y hostigándoles por la espalda.

Llenos los imperiales de la mayor confianza avanzaron hácia Villafranca, pero una partida de caballería española ausiliada por los paisanos atacó cerca de la Granada su retaguardia, á la que acuchilló terriblemente sembrando el suelo de cadáveres y cogiéndole de 70 á 80 prisioneros. Las gentes de Manso engrosadas al paso por numerosos somatenes que por do quier acudian, siguieron picando al enemigo la retaguardia hasta Villafranca. El 16 salia Macdonald de esta poblacion y la línea del Llobregat volvia á ser restablecida por algunos cuerpos del ejército y migueletes.

Creyó el de Tarento, como sus predecesores en el mando, que sus tropas podrian sacar del mismo país su manutencion, y empezó imponiendo exorbitantes contribuciones en dinero ó en especie, imposible de ser satisfechas por unos pueblos llenos todavía del mayor entusiasmo por su patria, y reducidos además á la miseria, consecuencia inmediata de una guerra que tantos y tan costosos sacrificios exigia. Villafranca solo le habia aprontado cien cuarteras de cebada. Sin embargo, se llevó en rehenes á las cinco

personas mas visibles de la poblacion y se enderezó por el Arbós y Sanforas hácia la Bisbal, donde hizo noche. El mal estado de la carretera que va al Coll de Santa Cristina, desbaratada por los españoles, le obligó á detener su marcha mas de lo que pensaba, en cuyo tiempo estendiéndose sus soldados en busca de forrages y víveres por la Bisbal, Bañeras, S. Cugat y Sas Garrigas causaron indecible estrago con su desapoderado libertinage. Igual azote sufrieron cuantos pueblos se encuentran hasta la villa de Valls á donde llegó el francés el 17, encaminándose á Reus el siguiente dia. Esta poblacion, poco antes tan tranquila, abundante y festiva, se vió llena en un momento de tropas enemigas y amenazada con el mas desenfrenado saqueo sino satisfacia puntualmente la contribucion diaria de 6,000 duros. Los pueblos inmediatos eran entre tanto furiosamente devastados.

El general O'Donell, de cuya espedicion á Tortosa nos ocuparemos al tratar del sitio de esta plaza importante, habia salido de Tarragona inmediatamente que tuvo noticia de la espedicion de Macdonald, y encaminádose á Villafranca donde encontrando á las tropas de Ibarrola, que iban en retirada, mandó que siguiesen por la derecha á retaguardia del enemigo, y al marqués de Campoverde, que se hallaba en Falset, que dejase este punto y pasase á cubrir la plaza de Tarragona, cuya guarnicion era escasa. Despues de haber destacado á Sarsfield con una pequeña division, para apoyar á las tropas de Ibarrola en el seguimiento del enemigo, se restituyó el general en gefe español el 18, á la amenazada plaza. A la proximidad de los imperiales mandó ocupar las alturas del Olivo y de la Canonja, desde donde estuvo de contínuo incomodándoles, aparentando mas fuerzas de las que realmente tenia.

Intentando el 21 hacer Macdonald un reconocimiento sobre Tarragona, atacó con 2,500 hombres el destacamento español situado en la Canonja. Replegóse este tras corta resistencia sobre su espalda, y haciendo alto se sostuvo con la mayor firmeza mientras los enemigos colocaban un cañon de á 8 junto la casa de la Serafina, enfilando el camino real. O'Donell que habia en esto salido de Tarragona reforzó con dos batallones el espresado destacamento, mandando avanzar al mismo tiempo algunas guer-

rillas de tiradores, y dos obuses por el camino real. Nuestra artillería desmontó al breve rato el cañon de los enemigos, los cuales molestados á derecha é izquierda por las citadas guerrillas variaron dos ó tres veces de posicion. La inquietud de los imperiales acabó de animar á los nuestros, que cargando intrépidamente de todos lados, les forzaron á abandonar con viveza el campo. La caballería les fué largo espacio picando la retaguardia, secundada por los fuegos de la fragata inglesa Voluntek que ya durante la accion habíales obligado á abandonar una altura desde donde trataban de envolver nuestra izquierda. Sus pérdidas pasaron de 200 hombres entre muertos y heridos. La nuestra fué de 40 á 50 hombres. Tres faluchos españoles y la fragata inglesa Cambrian, precisaron en este mismo dia á retirarse del puerto de Salou á otra division enemiga que en él se habia presentado.

Hábil y activo por demás el español, procuró disponer sus tropas de manera que Macdonald se viese sitiado casi por hambre en sus mismas posiciones. Mandó pues á Ibarrola, que con Sarsfield habia seguido el alcance hasta Reus á los imperiales, acampar con su division junto á la venta de la Serafina, sobre el camino real de Tortosa, á media legua de Tarragona. Sarsfield debia mantenerse en Valls, dañando cuanto pudiese por aquel lado á los enemigos y Georget, á quien se habia llamado de su posicion del Urgel, debia situarse ahora en el Coll de Riva. Solo quedaba libre al enemigo para proveerse de víveres la parte del Ebro ó de Aragon, y aun estas avenidas se hallaban cortadas por numerosas partidas de migueletes y somatenes.

No convenia al francés la situacion en que se hallaba. Instábale además la necesidad de ponerse en relacion con Suchet sobre el modo de terminar prontamente el sitio de Tortosa, y decidir si se atacaria despues con preferencia á Tarragona para facilitar luego el sitio de Valencia. A fin de salir pues de la especie de bloqueo con que le tenia O'Donell encerrado, hizo en la noche del 24 un falso movimiento hácia el Coll de Balaguer, mas contramarchando rápidamente el 25 por Villaronga sobre Alcover abandonó casi en opuesta direccion á Reus. No fué con todo sin haber antes pedido á sus vecinos la exagerada contribucion de 136,000 duros, del 25 por ciento de todos los géneros y efec-

tos ingleses exitentes en la villa, y del 10 por ciento de los coloniales. Negáronse á todo los habitantes; trató él de imponerles con la fuerza; pero urgiéndole la salida, partió llevándose á los 30 individuos de mas responsabilidad, para cohonestar en algun modo sus amenazas, si bien los dejó libres á las pocas horas de marcha.

Conocido el intento de los enemigos, dejó Sarsfield el Coll de Lilla con 200 hombres, para ocupar las alturas de Picamoxons, entre cuyo pueblo y el puente de Goy aquellos se establecieron, y trató de oponerse á su paso por el Coll de la Riva, de concierto con Georget que estaba posesionado de este punto. Los imperiales esperimentaron ya allí alguna pérdida, bien que obligaron á los nuestros á cederles el paso; mas al querer penetrar por el desfiladero de la Riva tuvieron que desandar el terreno, vigorosamente rechazados, y perseguidos por los tiradores de Ultonia, suizos y caballería hasta mas allá del puente de Goy. Entonces destacó el francés tres grandes columnas con intencion de envolver á los nuestros. La de la derecha se descolgó por la cordillera que hay entre el Coll de Lilla y el de las Molas, amenazando coger el flanco ó mas bien la espalda de los españoles; la otra tomó por la izquierda, siguiendo el cauce del Francolí, y la restante atacó de frente por el camino real. El choque fué vivo y sostenido. Ocupados los puntos laterales y bien defendida la cortadura que habian podido practicar en el camino nuestras tropas, hubiéranse aun sostenido algunas horas mas, á no avisar con tiempo el comandante de la cordillera de Prades que el enemigo estaba en movimiento en el Priorato, llegando ya con caballería y tres piezas á la venta de la Mancha. Aumentado con esto el peligro de ser arrollado y envuelto, se retiró Georget por el camino real á Santa Coloma de Queralt, protegiéndose con un destacamento que colocó en una altura á la derecha del rio. Sarsfield entre tanto atacó á los franceses por flanco y retaguardia, desde Picamoxons y Coll de las Molas, batiendo á 3,000 hombres y persiguiéndolos hasta Montblanch, despues de haber resistido tres acometidas. Varios destacamentos, á las órdenes de los ayudantes de O'Donell, O-Ronan y Llauder, atacaron por la izquierda á los enemigos y desalojaron su retaguardia de Mont-

blanch, impidiendo que se llevara víveres de esta villa. La guarnicion de Lérida envió una columna al objeto de secundar las operaciones del ejército de Macdonald; mas la contuvieron y rechazaron en la altura de Porrera los somatenes de Alforja al mando del P. Francisco Piquer, causándole numerosas bajas.

De todos lados hubo de encontrar Macdonald la mas vigorosa resistencia hasta que pudo salvar la cordillera de montañas que divide la provincia de Tarragona de la Lérida, bajo cuyas murallas logró acampar el 29. Sarsfield en Picamoxons, Georget en la Riva, Ena é Ibarrola en la derecha del Francolí, Velasco, O-Ronan y Llauder por flanco y retaguardia, y de otra parte Piquer con los somatenes de Alforja, Ochando con los de Palma, y otros varios no menos decididos y esforzados contribuyeron si no á derrotar al ejército imperial, al menos á dificultar su marcha y á disminuir su número de mas de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. En los 15 dias que transcurrieron desde el 14 de agosto en que salió de Barcelona, hasta el 28 en que se acercó á Lérida, habia perdido Macdonald mas de 3,000 hombres de las tropas que llevaba. Solo en el hospital de Reus dejó 700 enfermos y heridos, y 200 en el de Valls.

En número de 1',000 infantes y 40 caballos atacaron las fuerzas destacadas de Suchet al brigadier baron de la Barre, establecido en Falset, posesionándose de las alturas inmediatas, pero fueron batidas en todos sus puntos y perseguidas mas de hora y media quedando de ellas en el campo un centenar de muertos y muchos prisioneros. El dia antes los somatenes de Palma, capitaneados por el doctor Ochando, habian dado alto ejemplo de valor y abnegacion persiguiendo al mismo enemigo que acababa de invadir dicho pueblo, hácia la Bisbal y Granadella, rechazándole durante ocho horas de empeñada lucha de todas las alturas, causándole muchos heridos y cogiéndole algunos prisioneros, con un caballo, armas y efectos. «A nadie recomiendo, dijo en su parte oficial el Dr. Ochando, pues ninguno lo pretende; y corre de mi cuenta el curar á los enfermos y asistirles hasta cobrar salud para batirse nuevamente. Solo deseo que sea todo grato á V. E. y útil á la patria.»

Este poderoso y constante esfuerzo del país, es elemento

grandísimo en toda guerra, por cuanto precisa al enemigo á mantener un ejército diez veces mayor que su contrario, le obliga á marchar y contramarchar, á dividirse y diseminarse sin poder jamás coger ni apreciar la fuerza del enemigo, porque es poca y mucha á la vez; porque está en todas partes y en ninguna: su misma invisibilidad, algunas felices sorpresas y la falta de espionage en que está el enemigo aumentan el sobresalto de éste, le infunden pavor cuando menos debiera tenerlo, y cuando cree obrar con ventaja se estrella contra una emboscada imprevista ó se ve de repente acometido por la espalda por los mismos que acorralados tenia casi poco antes á su frente. Así la guerra de España, y principalmente la de Cataluña, á causa de lo quebrado del terreno, ofrecia al ejército imperial largos dias de ímproba fatiga y de dolorosos combates.

Como si indisponiéndose el país con el general que mandaba sus huestes hubiese de haber entibiado el ardor que al esterminio del invasor le llevaba, mandó imprimir Suchet en Zaragoza algunas proclamas á nombre de O'Donell. «Valerosos catalanes; decia la que apareció fechada en Tarragona á 4 de agosto; No se derramará mas vuestra preciosa sangre; habeis hecho bastante para defender vuestro honor y vuestra patria..... La paz os sigue á vuestros hogares..... Las noticias positivas que recibo en este momento del Supremo Consejo de España é Indias, no me dejan duda alguna de haberse firmado la paz..... Volved pues á vuestros hogares, volved, valerosos quintos de 1809 y 1810, volved valientes milicianos, honrados somatenes y paisanos armados, volved, bendiciendo los nombres de los Xavier Castaños, Pedro, Obispo de Orense, Francisco Saavedra, Antonio Escaño y Joseph Lardizabal y Ursile (sic), que dan la paz al mundo.....» Otra fechada al parecer del dia 10 en Tortosa, invitaba á los habitantes de este corregimiento para que prendiesen al partidario Rambla, á quien «en ningun tiempo y de ningun modo, decia, he podido autorizar para los escesos que comete..... comprometiendo nuestra causa, mi nombre y vuestro honor..... os lo declaro para que lo prendais, y habiéndolo hecho lo entregueis á la justicia..... ó negándole aun los precisos alimentos, el hambre haga justicia á sí mismo y á los incau-

tos jóvenes que le acompañan. » Imprimiéronse ambas mediante intimacion que en secreto se hizo á los operarios de la imprenta real el 17 de agosto, habiendo llevado el mismo Suchet desde Mora los originales, á donde se remitieron en número de 450 ejemplares la primera, y de 200 la segunda. Uno de los que tomaron parte en la impresion salió á los dos dias de la ciudad para comunicar el hecho á la junta superior de aquel reino, la cual lo puso, con el traslado de las apócrifas proclamas, en conocimiento de O'Donell que las mandó publicar el 28 con su historia y consiguiente correctivo, para que no fuese el país engañado.

Bien hubiera podido ayudar el ejército español de Valencia á su hermano el de Cataluña, ya que se distraian de aquel reino y del de Aragon las tres cuartas partes de la fuerza enemiga para secundar á Macdonald en la reduccion del principado. Pero mandaba D. José Caro á los valencianos, general indolente y pusilánime, bueno tan solo para satisfacer sus personales resentimientos en sus mismos compatricios. Perdióse Lérida, perdióse Mequinenza y aun ocuparon á Morella los imperiales sin que fuese todo esto de mas importancia para él que las repetidas instancias que O'Donell le hacia para que dirigiese algun movimiento sobre Tortosa. Por fin, despues de haber enviado á Ordonojú con 4,000 hombres, al encuentro de los imperiales que estaban en Villabona, salió Caro el 16 de agosto con 10,000 soldados y otros tantos paisanos. La cobardía del general español debia ponerse en esta ocasion por última vez de manifiesto. Suchet marchó hácia él resueltamente; entonces sin pensar en acogerse á buenas posiciones, replegóse Caro á Alcalá de Gisbert y no parando en Castellon de la Plana ni en Murviedro, se entró en Valencia, para esconder su vergüenza en unos hábitos de fraile con los que disfrazado huyó á Mallorca, abandonando el mando que tomó D. Luis de Bassecourt.

Se hallaba pues Suchet persiguiendo á las tropas de Caro, cuando supo la llegada de Macdonald á Lérida. Urgiendo la entrevista voló aquel general á esta ciudad. En ella convinieron ambos gefes en que por entonces se concretarian sus operaciones al sitio de Tortosa, que activaria Suchet, mientras el de Tarento continuaria en Lérida y su territorio, á fin de asegurar

las subsistencias, escasas siempre, de uno y otro ejército. En consecuencia, abandonando el conde del Imperio al duque todos los víveres que pudiese sacar del llano de Urgel, á que no en vano se ha dado el nombre de granero de Cataluña, volvió á salir hácia las posiciones de su ejército, resuelto á llevar prontamente á cabo la empresa.

Macdonald destacó fuertes columnas por derecha é izquierda, para cubrir sus flancos primero, y para que reforzadas luego, fuesen avanzando por Balaguer la primera hasta Talarn, y la segunda por la márgen izquierda del Ebro, á fin de protejer los trasportes y pertrechos que para el sitio de Tortosa bajasen. Aquella fuerza no tardó en encontrarse con el partidario don Francisco Montardit, el cual hallándose el 23 de agosto en Camarasa, de vuelta del lugar de la junta corregimental, supo que se hallaban cerca de Ager los enemigos, batiéndose con la gente de su mando. Por mas prisa que se dió en llegar, y á pesar de haber concitado á somaten á los pueblos y caserío vecinos, encontró á los suyos que venian en retirada. Los imperiales en número de 500 infantes y 60 caballos acababan de entrar en Ager y se entregaban al saqueo y al destrozo mas terrible. El 24 salieron de la poblacion los enemigos cargados con 300 bagages llenos de botin. Los nuestros no eran mas de un centenar de hombres armados, pero se desataron en su persecucion hasta el llano donde el temor de la caballería les contuvo. Sin embargo, les habian ya muerto ó herido 150 hombres, entre ellos seis ginetes. Al llegar á Castelló de Farfañá se oyó decir á los franceses que los brigantes de Montardit no eran hombres sino demonios y que no perdian un tiro. La columna que se dirigió al Ebro fué menos afortunada, pues topándose en Bovera, á mediados de setiembre, con un cuerpo que allí habia destacado desde Falset el brigadier baron de la Barre, al mando del teniente coronel D. Mariano Villa, perdió entre muchos muertos y heridos 200 prisioneros, con un coronel, 4 capitanes, 8 subalternos y un cirujano mayor.

Tratando Macdonald de reconcentrar sus fuerzas sobre Cervera, movióse el dia 5 de setiembre en esta direccion. Se hallaba de observacion en dicha ciudad el reducido cuerpo del bizarro briga-

dier Georget. A la noticia de la aproximacion del enemigo, reunió este gefe su fuerza y salió al encuentro de la vanguardia imperial hasta el punto de la Curullada, donde se situó con tanto acierto que los 200 dragones de que la misma se componia, fueron completamente acuchillados y destruidos por nuestra caballería de Santiago, que se cubrió de gloria aquel dia, haciendo 88 prisioneros, entre ellos un comandante y dos oficiales. El resto de la vanguardia quedó en el campo, muertos muchos de sus soldados y heridos la mayor parte. No tardaron los enemigos en subvenir á esta derrota avanzando todo el grueso del ejército. Entonces se vió Georget obligado á retirarse con su escasa hueste en direccion de Santa Coloma de Queralt, á donde llegó sin embargo con pérdida insignificante y en el mas perfecto órden.

Sobrescitado por la destruccion de su caballería de vanguardia y por la resistencia, aunque corta, que el paisanage de Cervera le opuso, entró Macdonald en la ciudad, ansioso de esa venganza que se llama en la guerra represalias. El saqueo duró 26 dias, en los cuales nada enfrenó á la codiciosa y libertina soldadesca. El ejército sentó sus reales en las inmediaciones, quedando en la poblacion establecido el cuartel general. En Lérida habia dejado el mariscal de gobernador al feroz Henriot, cuyo nombre recuerdan aun con espanto los que presenciaron aquellos acontecimientos.

No se ocultó al general O'Donell el objeto que en su movimiento sobre Cervera llevaba el invasor. Conoció desde luego la ventaja de situarse en un punto céntrico de observacion desde donde al paso que cubria las operaciones del ejército de Suchet y las riberas del Ebro, amenazaba por retaguardia la línea del Llobregat, ocupando al propio tiempo grande estension de territorio para proveerse de subsistencias, y resolvió, constante en su sistema de esquivar grandes batallas, obrar rápida y enérgicamente, de modo que en el punto que menos lo esperase viese el enemigo desbaratadas sus fuerzas. Nada para ello tan á propósito como los puestos que habia éste dejado á su retaguardia, y que por la distancia en que de nuestras posiciones se hallaban, consideraba del todo asegurados. Al efecto, y no consintiendo la menor demora entre

la concepcion y la ejecucion de su plan, embarcó O'Donell en Tarragona algunas piezas de artillería, pertrechos y un corto destacamento de tropas que hizo convoyar por la fragata Cambrian y 4 faluchos á cuyo paso por Barcelona se les reunió la fragata española Diana.

Llamada á Villafranca la division de Campoverde, se puso á su frente O'Donell, el dia 6 de setiembre, y se encaminó á Esparraguera, dejando á Wimpfen en Tarragona. En el pueblo de la Beguda alta, sobre la antigua via carretera de Barcelona á Aragon, prescribió las posiciones que debian ser ocupadas, mandó practicar en el camino algunas cortaduras y atrincheramientos para defender su paso y dió las necesarias instrucciones para el caso que el enemigo tratase de penetrar por aquel punto, siguiendo á Esparraguera con la caballería y voluntarios de Aragon. El 8 practicó un reconocimiento en el Bruch y Casamasana, señaló al baron de Eroles su posicion en aquel punto, y los parajes donde debia practicar algunas cortaduras, y continuó su marcha, no sin llamar á Caldas de Montbuy la division de Georget que se hallaba en Santa Coloma, y sobre las alturas de derecha é izquierda de Martorell á la division del general Obispo que permanecia en Montblanch. En la misma noche del 8, mandó á Campoverde que se pusiese en marcha, á la madrugada, hácia S. Cugat del Vallés, enviando un batallon de refuerzo á Georget, y se uniese al grueso del ejército. Con refuerzo de caballería llegó el 10 á Mataró, y al siguiente á Pineda, donde separó dos batallones y 60 caballos que á las órdenes del coronel Fleires se encaminaron por la costa, tomando aquella noche posesion en la ermita de S. Grau, y él siguió con la restante division por el pueblo de Tordera. Ambas fuerzas salieron de Pineda la madrugada del 12. Para contener á las guarniciones de Hostalrich y Gerona despachó desde Tordera á los tenientes coroneles Seró y Llauder con fuerza de infantería y caballería que simularon un reconocimiento sobre dichas plazas. O'Donell siguió entre tanto con las restantes tropas á Vidreras, donde se le reunieron un cañon y un obús que habia hecho desembarcar en Calella, y por la noche las partidas destacadas á Hostalrich y Gerona, las cuales habian hecho 20 prisioneros.

Resuelto á arrojarse, la mañana del 14, sobre la division de Schwartz que se hallaba en la Bisbal, dispuso que saliendo Fleires de su posicion de S. Grau avanzase por la marina á atacar los puntos de S. Felío de Guixols y Palamós, y mandó á Campoverde que emprendiendo la marcha hácia Llagostera, se situase en la Vall de Aro, á fin de servir de cuerpo de reserva y cortar toda comunicacion á los enemigos, caso de que se retirasen de sus posiciones. O'Donell con el regimiento de caballería de Numancia, y los infantes que sacó voluntarios de varios cuerpos, se trasladó en cuatro horas, por Casá de la Selva á la Bisbal, que dista ocho de Vidreras. No tan precipitadamente pero con acelerado paso siguióle á corta distancia el regimiento de Iberia.

Frente ya de la Bisbal, en menos de diez minutos tuvo nuestra caballería tomadas todas las avenidas y aprisionadas las patrullas de coraceros imperiales que en los alrededores hallaron. La infantería, á pesar de su corto número, entró resueltamente en la poblacion. Schwartz se habia encerrado con todas sus tropas, en una casa fuerte ó castillo antiguo que hay en el mismo caserío; mas los nuestros se apoderaron de los edificios inmediatos y del campanario, rompiendo un vivo fuego contra los del fuerte. Estos no se abatieron sin embargo, rechazando toda propuesta de capitulacion, con esperanza de ser socorridos. Presentáronse en efecto unos 100 infantes y 32 coraceros que acababan de llegar de Torroella de Montgrí, pero el brigadier Sanjuan que mandaba nuestra caballería los cargó con tanto denuedo, que abandonando los coraceros á la infantería, huyeron hácia Gerona, quedando los de á pié prisioneros sin disparar un tiro, y en nuestro poder el convoy de ganado y víveres que conducian. Obstinándose todavía en no querer rendirse los del fuerte, iba el mismo O'Donell á pegar fuego en las puertas cuando fue herido en la pierna derecha. Repetida á poco la intimacion y noticioso el francés de que acababa de llegar el regimiento de Iberia y de que nuevas fuerzas avanzaban por la marina, capituló por fin, entregándose prisionera toda la guarnicion compuesta de unos 700 hombres. El resultado total de la pérdida del enemigo fué de un general de brigada, 2 coroneles, 56 oficiales y 1,183 soldados prisioneros; á mas 17 piezas de artillería, gran número de fusiles, fornituras, sables, municio-

nes, ganado, trigo, é infinidad de otros objetos. Sus muertos y heridos pasaron de 200.

Fleires, dividida su fuerza en tres columnas, de 250 infantes y 20 caballos la primera, al mando del coronel Gamiz, destinada á atacar á S. Felio, de 300 infantes y 20 caballos la segunda, para sorprender á Palamós á las órdenes del coronel Aldea y los 150 hombres restantes para formar la reserva al mando del capitan Boubire, emprendió la marcha á la madrugada del 14 por San Baudilio del Valle de Aro, donde la columna de Aldea tomó el camino de Palamós, la reserva se colocó sobre las alturas del camino de Zeroles, y la tercera columna, siguiendo el valle, se presentó sobre S. Felio por el camino de La Bisbal, sin haber sido sentida del enemigo. Los imperiales habian desmontado y embarcado la noche anterior los cañones del fortin de la izquierda del puerto y el de S. Telmo. Hasta á tiro de pistola se habian aproximado los nuestros de la primera centinela francesa, á quien la misma proximidad hizo creer que eran tropas enemigas las españolas. Fleires mandó tomar posicion á 40 hombres en la altura del molino, que está sobre el camino de Gerona, á fin de que sirviese de punto de retirada. Una guerrilla de 30 hombres se dirigió á una casa aspillerada de la altura de Patxot, situada en medio de la huerta á la salida de la poblacion. Otra guerrilla de 20 hombres fué por la izquierda á entrar por el camino de Palamós, y con el resto de la infantería, que mandaba Gamiz, un trompeta y dos húsares entró Fleires á la villa en direccion de la playa, mandando tocar á degüello. El centinela avanzado habia reconocido su error, y alarmada la guardia hizo fuego y se retiró. La guarnicion corrió á posesionarse de Patxot y principió un fuego vivísimo en todas las calles que desembocan en el camino real de Gerona. La tropa de Gamiz sufrió este fuego sin disparar un tiro y siguió rápidamente hasta la playa, donde hizo alto formándose en columna al pié de la rampa del fortin de la izquierda del puerto que tomó en seguida con el mayor denuedo. Antes de mandar atacarlos á la bayoneta intimóles Fleires la rendicion, ofreciéndoles á nombre de O'Donell ser tratados con toda la humanidad y respeto que por su valor merecian, á lo que depusieron las armas así los del fortin como los de la villa y altura de Patxot. Solo unos pocos tra-

taron de hacer resistencia en una casa, pero el arrojo de nuestros soldados no les dió tiempo para la defensa. Cuatro barcas cargadas con un cañon de á 24 y con balas y pertrechos de artillería, que se habian alejado de la playa, volvieron á ella y se entregaron. Los enemigos tuvieron unos 40 hombres fuera de combate y quedaron 314 prisioneros con dos cañones de á 24, uno de hierro de á 4 y muchas balas y pólvora. Por nuestra parte pereció el valiente cabo de húsares Baños, atravesado de cinco balas, y fueron heridos 4 soldados de América.

La columna de Aldea, á fin de atacar por la altura del molino que domina á Palamós, puesto que se hallaban fortificados y con fuerzas superiores los enemigos, rodeó para no ser visto, por el pueblo de Calonje; pero antes de llegar á este punto hubo de encontrarse con una avanzada que dispersó, cogiéndole 9 prisioneros y causándole dos muertos. Inmediatamente siguió hácia Palamós y tomó la posicion del molino, enviando guerrillas por el centro y flanco de la poblacion. Estas fueron derrotadas por los imperiales que salieron en gran número. Pero reuniendo Aldea dos compañías, bajó de la altura, formóse en batalla en el llano, y sin disparar un tiro atacó á la bayoneta, obligando á los contrarios á encerrarse en el castillo, desde donde comenzaron un vivo fuego de cañon y fusilería que duró ocho horas. En tal estado, y antes que conociendo los enemigos que iban faltándoles á los españoles las municiones, se aventurasen á salir, lanzó Aldea sus tropas al asalto. Verificóse éste con tanto denuedo y prontitud, yendo su coronel al frente, que no dando tiempo á los imperiales de disparar mas de una vez sus cañones, fueron hechos todos prisioneros. Entre tanto una partida de 30 hombres, al mando de Verdugo, atacó por la derecha la batería del puerto, que constaba de un obús real y un cañon de á 16, cuyas piezas clavó el soldado Fauset. Las fragatas Cambrian y Diana secundaron el ataque con los fuegos de sus botes y faluchos. Los franceses tuvieron mas de 60 muertos ó heridos y 262 prisioneros, entre ellos 7 oficiales, perdiendo además 3 cañones y un obús. Los muertos y heridos no pasaron por nuestra parte de 40. Al dia siguiente, intimada la rendicion al castillo de Calonje, se entregó con los 67 soldados y 2 oficiales de su guarnicion.

Veamos como se condujeron en esta empresa las fuerzas marítimas. Situadas el dia 9 frente de Bagur y reconocida la posicion de los enemigos en la costa, conoció Doyle que no ofrecia gran dificultad el apoderarse por medio de un golpe de mano de la batería baja de la poblacion y del campamento que la sostenia. A este efecto desembarcó á la madrugada del 10, en la cala de Sarriera, con 130 ingleses y españoles, sin la menor oposicion, por que los enemigos, que habiendo bajado para rechazar el desembarco se retiraron luego precipitadamente, yendo á encerrarse en el castillo. Para observar este destacamento y oponerse á cualquier otro que pudiese enviar el general Schwartz en auxilio del fuerte, que está cerca de la Bisbal unas tres horas, dejó Doyle los dos tercios de su gente y se adelantó hasta Tona, en cuyo punto le aguardaban los imperiales en número de 53 hombres con 5 cañones, formados sobre una altura que domina completamente el angosto camino por donde el inglés se adelantaba con sus 39 hombres de ambas naciones. Tras una precipitada descarga cargaron á la bayoneta los anglo-españoles, dando repetidos vivas y desalojaron de la altura á los enemigos haciéndoles 42 prisioneros y tomándoles las 5 piezas. Despues de esta accion hizo volar Doyle todas las baterías, torres, casas fuertes y castillos de la costa, de modo que no les quedó á los enemigos un solo punto de apoyo en toda la playa hasta Rosas, y ausilió los ataques antes referidos.

Embarcados los prisioneros con la artilleria, y los heridos, entre los cuales se contaba el general O'Donell, que como á simple granadero se habia aquellos dias batido, llegó la escuadra el 21, al puerto de Tarragona. Ya la junta superior habia enviado allá dos de sus vocales para atender á la interina sustitucion del general en gefe y á la asistencia y restablecimiento del mismo. Este fué trasladado en una camilla rica y pulidamente ataviada, á las habitaciones del palacio arzobispal. «Fué un objeto verdaderamente interesantísimo, dice una relacion contemporánea, ver al general en gefe, medio incorporado en dicha camilla, que era llevada en hombros de los soldados ingleses, con rostro sereno y afable, saludar al inmenso gentío que concurrió á tan interesante escena. A su alrededor iban algunos

oficiales ingleses con el capitan de la fragata los gefes de la plaza y varios individuos de la junta superior del principado. Parece no podia patentizarse mas vivamente el interés que se tomaba Cataluña entera y los ingleses en la curacion y pronto restablecimiento de nuestro general.» En efecto ¡ qué triunfo mas digno para O'Donell que ese testimonio silencioso, pero elocuente, de los profundos sentimientos de gratitud y de interés que Cataluña entera le tributaba al recibirle en el puerto de Tarragona! Tras él dejaba cinco puestos importantes tomados á los enemigos, con cerca de 2,000 hombres de pérdida y gran número de piezas de artillería, fusiles y pertrechos. Su herida aumentaba el valor de tan preclara victoria, pues una vez mas sellaba con su sangre su grande amor al país, demostrando de nuevo que era tan hábil y activo general como soldado valiente. No tardó en ser justamente recompensado por el gobierno de la nacion con el título de conde de la Bisbal. Su mismo contrario, el conde Suchet, movido de admiracion por tan brillante conducta, le envió un parlamento ofreciéndole su cirujano: obsequio que rehusó el español espresando en los términos mas caballerosos el profundo reconocimiento que tal atencion le inspiraba. Las tropas inglesas fueron premiadas con una medalla de distincion que al efecto mandó acuñar O'Donell con este lema: « La España reconocida á la intrepidez británica » en el anverso, y el de « Alianza eterna » en el reverso.

Gran contratiempo fué para el principado la grave herida de su general, puesto que esta malhadada circunstancia cortó el vuelo á los atrevidos proyectos que abrigaba de desalojar de todo el Ampurdan á los invasores y revolver enseguida contra los demás puntos que dejaba el ejército de Macdonald á retaguardia. Retirábase de la Bisbal, al mando de Campoverde, la division que tan gloriosos laureles se habia ceñido en aquella parte de Cataluña, regresando por S. Hilario, Vich y Manresa á la línea del Llobregat, cuando los enemigos llamaron la atencion de nuestras fuerzas hácia Puigcerdá. Punto era esta villa, por donde se introducian á Francia nuestros géneros coloniales. Supiéronlo los invasores, y al objeto de sorprender los grandes depósitos que allí tal vez existiesen, pasó con 1,800 hombres el

general Gareau, acompañado además de 20 guardas, á ocupar aquella poblacion.

Campoverde se hallaba en Capellades cuando recibió órden de marchar contra el enemigo que ya se habia fortificado en Puigcerdá. Partió el español con tanta presteza, que á los cuatro dias se habia ya puesto frente de su contrario: era el 28 de setiembre. Disponíase á atacarle á la madrugada siguiente, pero avisado por las guerrillas de que habia dejado la poblacion, á favor de la oscuridad de la noche, y dirigídose á Montluis, despachó en su persecucion á la caballería con órden de entretenerlo hasta la llegada de la infantería. Alcanzáronle en Llivia nuestros caballos, y le fueron siguiendo hasta Sallagosa, donde volviendo rostro los imperiales acometieron á los húsares de Granada, que aunque en número solo de 24, se formaron en batalla recibiendo á los contrarios con vivo fuego de tercerola. Mandó en esto Campoverde apresurar el paso á los infantes y particularmente á la vanguardia que regia el brigadier Velasco, á fin de que pudiesen, antes no lo hiciesen los enemigos que se hallaban mas inmediatos, tomar la subida de la Percha. Llegó Velasco á la bajada de Er al tiempo que los franceses formados en batalla defendian aquel previo y dificultoso paso, mas una bizarra carga de los batallones de Tarragona y América les forzó á retirarse á los campos de Sallagosa, perseguidos por nuestros húsares é infantería de vanguardia y por los demás cuerpos que acababan de llegar.

Entre tanto el batallon de Palma que cubria la izquierda fué adelantándose por Llivia, batiendo la retaguardia del enemigo, y éste apurado por el avance de nuestra tropa fué adelantándose hasta colocarse á la subida de la Percha, donde tenia su artillería y en la que se hizo firme, habiendo sido reforzado con 500 hombres que salieron de Montluis. Lo elevado de esta posicion y los accidentes de que la misma estaba llena le daban conocida superioridad sobre los españoles. La izquierda de estos siguió su avance envolviendo la derecha contraria, al mismo tiempo que atacaban por nuestra derecha, subiendo al llano de la Percha, los húsares de Granada, seguidos de tres batallones mandados por Velasco, y por el centro envestia con

el resto de las fuerzas Campoverde. El combate fué cobrando indecible ardor; la fusilería obraba por ambas partes con la viveza del rayo; los cuerpos émulos entre sí, avanzaban al enemigo, y éste ofendido por todas partes y atacado á la bayoneta, tuvo al fin que ceder y abandonar la artillería de que se apoderó el 2.º batallon de Almería. La dispersion desde este momento fué completa en el enemigo, el cual por dos veces hizo sin embargo ademan de rendirse, y cuando tuvo cerca nuestros soldados les recibió con fuertes descargas. Perseguido hasta encerrarse en las murallas de Montluis, dejó el campo cubierto de cadáveres que pasaron de 500, no habiéndose hecho mas de 68 prisioneros porque no se les dió cuartel despues del engaño referido. Antes de repasar los nuestros la frontera se estendieron por algunos pueblos, en los que exigieron fuertes contribuciones y aun saquearon los paisanos que seguian á la division.

Mientras Campoverde se entregaba en territorio francés á justas represalias, los partidarios Clarós, Rovira, Llobera, Gay y otros ponian en sobresalto á las guarniciones de Bañolas y Figueras, atacaban y tomaban convoyes y campamentos en la Cruz de Fallinás, en Mediñá, en Siñano, en Orriols, sorprendian dos destacamentos en Castaroja y se entraban por la frontera adentro hasta S. Lorenzo de Serdás, distinguiéndose á porfía los valerosos cuerpos de Almogávares y Espatriados. Tales proezas daban siempre por resultado, pavor en el francés, distraccion de sus fuerzas, pérdida de hombres y principalmente de víveres, y mantenian en el país la confianza y el entusiasmo.

Lo que en el Ampurdan y sobre la raya de Francia alcanzaban los indicados guerrilleros, no era mas digno y ventajoso de lo que en el llano y cercanías de Barcelona obtenian otros gefes de nombradía. Manso, el baron de Eroles y otros varios acechaban como el lobo la presa los destacamentos que salian de la capital para hacer en ellos sangrienta y considerable estorcion al invasor. El comandante Deveaux habia salido á la madrugada del 19 de agosto con una escogida division compuesta de infantería escogida, 120 coraceros y dos piezas de artillería, tomando la direccion del Prat, Gavá y Viladecans, para proteger la entrada de

un convoy. Al saberlo el baron de Eroles que se hallaba en Molins de Rey, reunió prontamente una division de apenas 1,000 infantes y como 150 caballos tomó por el camino de S. Vicente dels Horts y S. Boy, á fin de alcanzar á la columna enemiga á la otra parte del Llobregat. Avistadas cerca de Viladecans ambas fuerzas, empezó el fuego por guerrillas de infantería y caballería con verdadero encarnizamiento, pues el gefe de nuestros ginetes, don Bernardino Martin, fué hecho prisionero despues de recibir innumerables heridas, y el teniente D. Ramon Saurí recibió una terrible descarga de los granaderos italianos por haberse adelantado demasiado á los suyos. Aunque le vieron á éste solo los emboscados enemigos, convencidos de que no se adelantaba con intencion de pasarse sino de reconocer el terreno, le dispararon á boca dejarro. Saurí quedó abandonado y exánime en el campo, con mas de 70 heridas en el cuerpo, pero los que le seguian se salvaron de la celada que se les habia preparado. Recogido aquél y curado despues de la accion, vivió todavía. El combate terminó sin ventaja manifiesta por una y otra parte, separando la noche á los contendientes. Con todo, el convoy llegó sin obstáculo á Barcelona.

Manso por su parte era el terror de la guarnicion de esta capital. Innumerables son los hechos de armas con que se distinguió particularmente en esta época, y que por su mérito estraordinario merecen referirse. Gefe de la vanguardia de la division del general Obispo sobre el Llobregat, su ánimo emprendedor y atrevido, le hacia sacar de su posicion ventajas que á otro alguno hubieran parecido imposibles á fuer de descabelladas. No lo eran sin embargo para Manso, cuyas grandes cualidades militares emparejaban con el ferviente entusiasmo é incansable y portentoso valor que en gran manera le hacia descollar. Sus proezas dignas de los Cides, de los Pulgares y de los Corteses, eran cantadas en catalana rima por todos los hijos de este agradecido país. Emboscado nuestro héroe el 18 de setiembre con 120 tiradores de los corregimientos de Barcelona, Mataró y Villafranca y 30 coraceros al mando del capitan Gomez, en el molino de la Berneda, á media hora de la ciudad, esperó que saliera el enemigo á la acostumbrada descubierta de la mañana. Salió en efecto el

destacamento imperial, en número bastante respetable de infantes y caballos; acometióle con decision Manso, quien en esta ocasion hubo de combatir, ayudado de cinco de sus ginetes, con 9 coraceros franceses y un sargento; y mientras los cinco españoles rendian á otros tantos de sus contrarios, Manso, se disparaba en persecucion de los cinco restantes, logrando arrojar uno al suelo, y mal herir á tres que dejó á retaguardia, salvándose tan solo el sargento, el cual se defendió como un bravo, sin dejarse tomar jamás el costado izquierdo, pero acosado y herido en muchas partes de su cuerpo por el caudillo catalan hasta las mismas puertas de Barcelona.

Franceses y españoles presenciaron este acto de heroismo con ira los unos, con entusiasmo los otros, pero todos con admiracion estraordinaria. El destrozado enemigo dejó muertos en el campo 3 coraceros, 9 infantes y 2 caballos, y en poder de los españoles un teniente, 48 soldados y 6 caballos, con mas de 50 armas. Dos dias antes habia ya sorprendido y hecho prisionero en Horta un destacamento de 50 hombres. El 26 inmediato atacó en S. Andrés y en medio de un copioso aguacero, á una columna de 500 franceses que acababa de salir de la capital, ocasionándola algunos muertos y haciendo prisioneros 45 infantes y 15 coraceros. A la mañana del 7 del siguiente octubre, en combinacion con las demás fuerzas españolas, atacó Manso por retaguardia, cerca de Sarriá, á una division enemiga que se dirigia á S. Justo y Esplugas, y la persiguió en su derrota hasta los almacenes de pólvora situados en la falda de Monjuich. Salió á poco una columna de 1,500 infantes y alguna caballería, al mando de un general, pero no tardó en retirarse ante nuestras esforzadas tropas, con pérdida de muchos muertos y heridos, 45 prisioneros y 20 desertores. El 25 sorprendió á las dos guardias entrante y saliente de la Cruz Cubierta, fuerte cada una de 50 hombres, los cuales quedaron escepto dos, todos prisioneros. Cumplia este dia un mes de la apertura de las Córtes; la division del Llobregat no les habia prestado aun el debido juramento de obediencia y fidelidad, y el general Obispo quiso que se verificase este acto con grande aparato y solemnidad, pero acompañado de una escena sangrienta, cual si menos con san-

gre española que francesa debiesen sellar nuestros soldados su juramento. Prestáronlo pues, formada toda la division en batalla frente la montaña de Monjuich, bajo los fuegos de cañon de la plaza y castillo; pero antes de retirarse fueron sacrificados algunos prisioneros de guerra á la vista de la guarnicion de Barcelona, que asombrada por tan solemne espectáculo no se atrevió á salir de sus murallas. La division española volvió luego á ocupar con el mayor órden sus posiciones, sin que ni aun en su retirada fuesen los enemigos á incomodarla.

Manso siguió despues en su sistema de sorpresas con que tanto mermaba las fuerzas imperiales. El 15 de noviembre, con 800 hombres hizo retroceder á una division de 2,000 enemigos apoyados por 3 piezas de artillería. Dos dias despues volvió á coger prisioneras las dos guardias de la Cruz Cubierta, sin otra fuerza que 40 coraceros y dragones de Numancia, un cañon y un obús. El 24 batió y dispersó en Viladecans á una fuerza de 1,500 infantes, 80 caballos y dos piezas, ocasionándole crecida pérdida, con solos 300 infantes y 40 caballos. Antes de terminarse el año, en 12 de diciembre, sorprendió en el Júncar, cerca del cementerio de Climent, otra descubierta á la que mató ó hizo prisioneros 60 granaderos. Pasan de 600 hombres los que perdió el francés en semejantes combates.

En vano Mathieu escogitaba medios como apoderarse del jóven teniente coronel, en vano trató de seducirle con magníficas promesas; Manso respondia á todo con nuevas hazañas, y el francés, perdida la esperanza de atraerlo, puso á precio su cabeza y no dió cuartel á cuantos prisioneros pertenecian á la division del héroe catalan. Mas adelante veremos cómo supo éste refrenar la ira del gobernador de Barcelona, y qué respeto tuvieron, andando el tiempo, los invasores, por todo lo que á Manso mas ó menos directamente interesaba.

La division del Llobregat llenaba pues perfectamente su objeto. Los enemigos no podian salir fuera de las murallas condales que no fuesen vivamente incomodados; los convoyes se disputaban entre españoles y franceses con verdadero encarnizamiento, y cuando no habia destacamentos que sorprender, ni convoyes que interceptar, se cortaba el agua de la acequia que alimentaba

los molinos de la capital, ó se arrebataba por milésima vez el ganado que al pié de sus muros pacía, ó por fin se sorprendia y hacian prisioneras á las centinelas de las mismas puertas de la ciudad. Tanto valor acompañado de tanta osadía ¿podia no haber llenado de admiracion y respeto á las tropas invasoras?

CAPÍTULO IV.

Penosa situacion del principado.—Vuela Campoverde al encuentro de Macdonald.—Batalla de Cardona.—Retírase el francés abochornado á Solsona.—Quema la catedral de esta ciudad.—Avanza á Manresa.—La incendia.—Muerte de Ubach y Nadal.—Sigue por Moyá y Tona á Hostalrich y Gerona.—Proteje la entrada y conduccion de un convoy.—Entra con él á Barcelona el 25 de noviembre.—Sale el 25 con 14,000 hombres hácia Villafranca.—Sarsfield se le opone cerca de la torre dels Monjos.—Avanza Macdonald hácia el Ebro.—Nuevas posiciones del ejército de Cataluña.—Reúnese el 13 de diciembre en Mora con Suchet.—Nueva invasion de Mataró.—Victorias de Eroles y Clarós en el Ampurdan.—Sitio de Tortosa hasta su rendicion en 2 de enero de 1811.—Consecuencias.

GRANDE era el estado de penosa ansiedad en que estaba el principado desde que tan inmediatas y tan en comunicacion se hallaban los ejércitos invasores de Suchet y Macdonald. Las armas francesas habian recorrido y tenian en sobresalto las cuatro quintas partes de nuestro territorio, y aquella confianza y desahogo que hasta promediar agosto disfrutaron las poblaciones marítimas donde el comercio se habia refugiado, y cuyo bienestar dejeneró al estremo de escandalizar con el lujo, la inmodestia de los trajes en las mujeres, la relajacion de las costumbres, con aquellas pecaminosas diversiones de que se condolia en febrero el arzobispo de Tarragona, tornáronse, segun dijimos, en espanto y desconsuelo y miseria antes de finir el año. Amenazada Tortosa por dos ejércitos poderosos, no debia tardar en caer. Tras su rendicion era inminente el sitio de Tarragona, y con él la completa ocupacion del principado.

A pesar de las últimas victorias, el ejército español no se re-

forzaba lo bastante para resistir tan contínua serie de combates, los socorros tenian siempre que pedirse con instancia á la regencia, y ésta era poco lo que podia distribuir para satisfacer á las necesidades de todas las provincias. En vano el congreso reunido en Tarragona arbitraba recursos ; en vano la introduccion y salida de los géneros coloniales y algunos otros efectos fueron recargadas con el derecho de un 5 por ciento, á escepcion de varios artículos, por cada uno de los cuales se satisfacia un derecho especial. La exaccion, por otra parte, de un décimo, primero, y hasta de una mitad, mas adelante, del peso de las alhajas de oro y plata, tanto de particulares como de iglesias y corporaciones, pecho que la junta Central habia tambien adoptado para todo el reino, no hizo mas que disminuir notablemente el valor de los metales preciosos, y fomentar su extraccion del reino. Hé aquí como. Las contribuciones que el invasor exigia de las poblaciones que se hallaban bajo su dominacion eran admitidas en barras y alhajas de oro y plata por todo su valor real. Así al contribuyente no le era difícil escoger entre darlas por su valor al francés, ó guardarlas para hacer pago con ellas al gobierno español que solo las estimaba por la mitad de su peso. No era pues de admirar que muchos adquiriesen tejos, barras, ó piezas labradas, al precio corriente para entregarlas al gobierno intruso, con cuya operacion aligerábase el peso de la contribucion y se ahorraba una buena parte de caudal. Una proporcion tan ventajosa no habia de ser desaprovechada por comerciantes y toda clase de especuladores, amigos ó enemigos, que se dieron á estraer del reino los metales preciosos en colosales proporciones y con grandísimo beneficio particular. Mas precavida la regencia revocó en 15 de marzo de 1810, el decreto de la Central de 6 de diciembre del año anterior, y los demás relativos á contribuciones en alhajas de oro y plata, declarando á los particulares que las entregaron, acreedores del estado por las sumas á que su valor ascendiera.

Terminada la empresa de Campoverde, dentro del territorio francés, regresó aquel caudillo por Puigcerdá, Urgel, Organyá y Oliana á situarse con su division entre Ribelles y Sanahuja, de observacion sobre la izquierda del ejército de Macdonald, á quien hemos

dejado en su cuartel general de Cervera. Interpuesto de esta suerte el español entre las fuerzas invasoras, resguardaba el levante del principado. El enemigo no se atrevia á alejar de su centro algunos destacamentos mas allá del rádio de tres ó cuatro leguas, en el cual ejercian todo género de devastacion. Así permanecieron algunas semanas ambas fuerzas, observándose mútuamente, hasta que urgiendo al francés, ya entrado octubre, acudir á la frontera para apoyar á las tropas que venian de Francia con nuevo convoy para Barcelona, emprendió la ofensiva á fin de ahuyentar de su flanco á los españoles. Movióse Macdonald con 10,000 infantes y 800 caballos, número triplicado de las de Campoverde, con decidida intencion de envolverle, y enviando una division á Pons y otra por Guisona sobre Tona, avanzó él por el centro hácia Sanahuja. Los españoles ciaron ordenadamente, seguidos siempre del enemigo, y sin perder un solo hombre se retiraron á Cardona. Entre tanto los imperiales entraron en Solsona el 19 de octubre. Creyendo los habitantes que en su afan por batir á los españoles no se detendria el francés en la ciudad, habian solo puesto en salvo las personas, pero el enemigo se entregó á su llegada al mas horroroso saqueo, seguido de las acostumbradas violaciones, muertes y otros estragos. La misma noche continuaron 3,000 de aquellos vándalos camino de Cardona.

Eran las nueve de la mañana del 21 cuando la avanzada de Campoverde divisó una columna enemiga que amenazaba dirigirse á la plaza. Al momento dispuso el español que algunos batallones y caballos, mandados por el brigadier Velasco se adelantasen á recibir las guerrillas contrarias. Otra avanzada avisaba al mismo tiempo que por el camino del Milagro se adelataba apresuradamente, en crecido número, otro cuerpo de imperiales cuyas guerrillas se hallaban cerca. Sin perder tiempo montó á caballo Campoverde y marchó seguido de infantería y caballería por el camino de Calaf, que es el que se une al del Milagro. Ya en la altura de la Piedad pudo ver como á todo correr avanzaban los contrarios, despreciando los fuegos de nuestras avanzadas, al paso que por las alturas de derecha é izquierda de S. Quintin se descolgaban dos columnas con direccion á la plaza. Dos de nuestros batallones al mando del coronel Bega y el capitan Claramunt, bastaron

Lit. Union Rª S. José 14.

F. Campana, editor

Batalla de Cardona (21 de octubre de 1810.)

para contener á los que por el camino venian, y aun les obligaron á retroceder. Al mismo tiempo viendo que una de las columnas de la derecha, que bajaba por S. Quintin, intentaba envolver nuestra izquierda, fueron á oponérsele dos compañías de Bega que la contuvieron; pero como iban apareciendo nuevas fuerzas por lo alto de la montaña, provenientes de la division del camino de Solsona, que acababa de ser rechazada, reforzóse Campoverde con parte de las fuerzas por aquel lado vencedoras, las cuales cargaron al enemigo que ya se dirigia á las Salinas, obligándole á retroceder y tomar una altura donde se parapetó en una casa. Aquel punto fué por una y otra parte vigorosamente disputado: reforzáronlo los enemigos, pero aumentaron á su vez los acometedores sus fuerzas, hasta que por fin á una carga que dió el sargento mayor de Iberia D. José de Arenas, se retiró el invasor acogiéndose á la altura donde tenia su reserva. A poco volvieron los imperiales á acometer por nuestra derecha. Defendióla el teniente coronel Roten con tanta bizarría, ayudado de los granaderos de Almería y una partida de tiradores, que habiéndose replegado los franceses á un parapeto echólos de allí á la bayoneta, pasando á cuchillo á cuantos en él insistieron en mantenerse. Mas cargándole á poco dos batallones que estaban emboscados cerca, acogióse Roten á otro parapeto que á su derecha tenia, donde se sostuvo, y ausiliado con una partida de la reserva los rechazó tambien completamente. El combate se habia renovado en toda la línea, pero Campoverde se hallaba cubierto en sus alas, centro y reserva por las tropas que fueron acudiendo del camino de Solsona, y obligó otra vez á los franceses á replegarse en el monte, á hora y media de distancia, donde tenian la reserva. En este punto vino la noche y los españoles se retiraron á la plaza, permaneciendo solo en posicion dos batallones. El francès, dejando hogueras encendidas, huyó la misma noche hácia el Milagro y Solsona. El somaten general que se habia levantado á las órdenes del cura de Sellent, D. Ramon Mas, contribuyó poderosamente á la gloria de la jornada. Los paisanos desarmados, de todos sexos y edades, desafiando las balas, ausiliaban á nuestros soldados con pan, vino, aguardiente y agua, y trasladaban á la ciudad los heridos. Entre estos fuéronlo malamente

los oficiales Haag y Barranco, y la vivandera de Iberia, Fabiana Palomera. Nuestra pérdida fué en general mucho menor que la del enemigo.

Mohino á fuer de aborchornado, hubo de retirarse Macdonald á Solsona, en cuya ciudad se ensañó, permitiendo á sus tropas toda licencia y mandando incendiar, la noche del 24, la hermosa y recien construida catedral, de la que se desplomó una tercera parte de la bóveda principal, hácia la parte del presbiterio. El altar mayor, algunos otros altares, las magníficas sillas del coro, y la bella capilla de Nuestra Señora del Claustro, todo quedó reducido á pavesa.

Volvió Macdonald á su antiguo cuartel de Cervera, que dejó de nuevo el 30 del propio octubre, para regresar el 15 inmediato y salir por fin hácia Manresa, no sin haber antes saqueado furiosamente los arrabales y arrancado y cortado millares de cepas y olivos, menos para procurarse lumbre que para dejar mas hondo y triste recuerdo de su destructora huella. El 5 llegó á Manresa. La ciudad estaba como otras veces completamente desierta. El francés, á quien interesaba apresurar su marcha hácia la frontera, á donde se dirigia, no quiso sin embargo pasar por allí sin sembrar la muerte y la desolacion. Habia sorprendido en una casa de campo inmediata, al Dr. Ubach de Berga y al jóven Nadal de Manresa, escribiendo un parte á la junta corregimental. Estas fueron sus víctimas. Mandó colgarles en los balcones de la Casa consistorial y partió pegando fuego á la poblacion por sus cuatro costados. No hubiera hecho tanto una horda de salvages. Por mas prisa que se dieron los desgraciados manresanos en acudir á estinguir el incendio, ya éste habia devorado treinta casas. El dolor y la ira y la desesperacion hubo de conmover atrozmente aquellos leales y generosos corazones, ante el sangriento espectáculo que en la plaza pública, en los balcones del Cabildo municipal sus ojos contemplaron. ¡Cuántas maldiciones no se levantaron contra el invasor en aquel momento supremo! ¡Cuán profundamente no se arraigó el odio que inspiraba! ¡Qué de votos, qué de juramentos horribles no arrancó la desesperacion á aquellos esforzados pechos!

Entre tanto el nuevo Atila seguia con su desenfrenada hueste

por S. Fructuoso de Bages, Caldas y Moyá, encontrando en todas partes igual soledad. La villa de Moyá que ya habia sido saqueda en abril y junio del año anterior y en 13 de febrero y 17 de marzo del que historiamos, fué por cuarta vez invadida y rabiosamente atropellada el 6 de noviembre, al paso de Macdonald, rayo abrasador, azote cruel que nada parecia respetar. Al llegar á Tona, dejaron los imperiales á Vich á la izquierda, para seguir hácia Hostalrich y Gerona. Ya les esperaba en esta plaza un convoy considerable, especialmente en manufacturas francesas, que escoltado por 5 ó 6,000 hombres habia llegado pocos dias antes. Reunida esta fuerza á la de Macdonald formaba un conjunto de 15 á 16,000 hombres, que sin otro obstáculo, á no ser las cortaduras que durante su ausencia habian abierto los españoles en los caminos, entraron el 25 por la puerta del Socorro en la Ciudadela de Barcelona. La guarnicion de esta capital fué relevada solo en cuanto á los cuerpos de italianos, suizos y alemanes, los cuales partieron el mismo dia para Francia, con acompañamiento de paisanos franceses, ya bastante enriquecidos ó desengañados, algunas modistas y varias mujercillas del país, sacadas de la miseria por oficiales ó empleados del ejército invasor. Con ellos fueron enviados á las cárceles francesas el ex-comisario general de policía, Ramon Casanova, el de cuartel, Sagarra, con dos alguaciles, complicados todos en la célebre causa sobre asesinato de Canton, y otros procesados.

Realizado el objeto que de proveer á Barcelona se habia propuesto Macdonald dejó guarnecida esta plaza con 6,000 franceses, puso á las órdenes del general Baraguay d'Hilliers en Gerona y Figueras otros 14,000, de los cuales quedaba una buena parte disponible para guerrear por el campo y mantener la comunicacion con Francia, y él con los 14 ó 15,000 hombres restantes salió el 27 por la puerta de Santa Madrona hácia el Llobregat, á fin de acercarse de nuevo á Suchet y apresurar la rendicion de Tortosa.

Sin la menor oposicion llegó Macdonald á Villafranca el 28, pero al proseguir á la mañana siguiente su camino, la division del general Obispo, que obedeciendo las órdenes de O'Donell y esperándolas nuevas, habia dejado sus puestos de Cervelló y

puente de Molins de Rey para trasladarse sobre la carretera de Villafranca á Tarragona, le opuso la resistencia necesaria para que pudiesen ponerse en salvo los cuantiosos víveres que conducia, despues de lo cual empezó á retirar con el mismo órden que hiciera en una parada, sobre la villa de Arbós, dejando al coronel D. Pedro Sarsfield con dos batallones de Ultonia, un escuadron de coraceros, el de Alcántara y diferentes partidas de los demás cuerpos de caballería, para sostener su retirada, á medio tiro de distancia del pueblecillo de los Monjos, inmediato á Villafranca.

Los movimientos del enemigo anunciaron desde luego que su vanguardia, compuesta de 3,000 infantes y 400 caballos, se preparaba para atacar á nuestras tropas en la direccion del camino real. En consecuencia se dispuso Sarsfield á recibirle, situando en batalla el primero de Ultonia, apoyada su izquierda sobre el camino, y el segundo batallon á cien varas á retaguardia, formado en masa como cuerpo de reserva. Alcántara formó en línea sobre el costado derecho y los coraceros se emboscaron sobre el flanco izquierdo, un tanto á retaguardia de la línea. Impuso á los contrarios esta operacion, y aun les obligó á suspender su marcha hasta reforzarse con otra division. Entonces atacaron á los nuestros con triple fuerza, los cuales, y como ya estaba el grueso de la division á respetable distancia, fueron retirándose ordenadamente sin dejar el camino real, sostenidos los flancos por los cazadores de Ultonia, y la retaguardia por los húsares de Granada. El enemigo adelantó varias partidas para atacar á estos últimos, entre ellos dos escuadrones de cazadores, uno contra los de Ultonia y otro contra nuestros caballos; lo cual visto por los coraceros españoles, revolvieron contra los imperiales y les cargaron con tal decision que el escuadron enemigo dejó de serlo en el corto término de 5 minutos. Mas de 50 cazadores franceses quedaron muertos en el campo, y los restantes en número de 100 fueron perseguidos y acuchillados hasta tiro de fusil de los Monjos. El segundo escuadron huyó disperso por entre los inmediatos bosques. Los franceses replegaron sus fugitivos y volvieron á Villafranca sin atreverse á adelantar su caballería en lo restante de la jornada, á pesar de que pasaban de 500 sus ginetes. Durante la accion se hallaba Sarsfield observando solo en medio del camino real,

cuando se vió de repente envuelto por la caballería enemiga, y por mas que espoleó al caballo no pudo lograr sacarle de aquel punto, atraido tal vez por el olor de alguna yegua que entre los caballos contrarios habria. En tal situacion se hallaba que hubiera indudablemente perecido á no lanzarse á salvarle con tanta velocidad como arrojo el comandante de coraceros españoles Jalon, quien derribó á uno de los que acosaban á Sarsfield, y acudiendo luego algunos mas de los nuestros ahuyentaron á los acometedores. Reunido el cuerpo de retaguardia al grueso de las fuerzas de Obispo en el Arbós, continuó el español su retirada hácia el Vendrell y Altafulla, llevándose el botin y caballos que Sarsfield habia tomado á los enemigos.

Se hallaba á la sazon el ejército catalan distribuido del modo siguiente: Campoverde con sus 8,000 hombres habia pasado junto á la orilla izquierda del Ebro, para obrar contra las fuerzas enemigas de aquel punto, en union con dos batallones y 700 caballos que mandaba Iranzo. Este se hallaba situado en Valls y en las gargantas que á sus llanos conducen, para oponerse al mismo tiempo á que bajase Macdonald al campo de Tarragona, y en el caso de que Campoverde se dirigiese á nuestras posiciones de Falset y se viese aquél obligado á abandonar las suyas, debia pasar á situarse en la llanura de Urgel. La tercera division, que era la que estaba al mando de Obispo, regresó al Llobregat, pero teniendo siempre su punto de retirada en Montserrat y Cardona, debia trasladarse de un lugar á otro siempre que la proporcion de batir al enemigo, de interceptar sus comunicaciones ó de dañarle desde el Ampurdan á Barcelona se ofreciese.

Macdonald siguió en tanto hácia Prades, Cornudella, Masos de Mora y Ginestá, protejido por Suchet, quien adelantó sobre Falset algunas columnas que juntas formaban 4,000 hombres, con las cuales pasó á tomar seguras posiciones en el terreno que desde Ginestá por el Coll de Alba hasta el Ebro se comprende, y apoyóse en la orilla izquierda de este rio. El 13 de octubre reunióse de nuevo en Mora con Suchet. Débiles las fuerzas de Campoverde, no pudieron arriesgarse contra un enemigo tan poderoso, así es que no hicieron mas que marchar sobre Riudacós, destacando fuertes avanzadas que ocupasen el Coll de Irlas y el de

Alforja, mientras las de Iranzo entraban en Montblanch el mismo dia que los franceses lo habian abandonado.

Hácia el levante de Cataluña, el 29 de noviembre, parte de la guarnicion de Barcelona habia entrado de sorpresa en Mataró, en número de 1,500 hombres, bien que sin entregarse al desenfrenado saqueo de otras veces; su objeto no era otro que el de recoger víveres y dinero, de que nunca parecian saciados los ávidos invasores. Cercada la ciudad completamente, prendieron á las autoridades, y á los particulares mas acaudalados, sin olvidar al brigadier gobernador D. Juan de Sotomayor; todos los que en calidad de rehenes fueron llevados á la Ciudadela de Barcelona hasta que aquella poblacion completase la suma de 100,000 duros de contribucion que se le habia impuesto, y en parte satisfizo. La soldadesca regresó con las mochilas repletas de medias de seda, de algodon, pieles curtidas y otros géneros de valor robados á las fábricas y almacenes mataronenses. La Aduana, almacenes reales y algunas casas de particulares fueron igualmente saqueadas.

En Gerona era considerable la mortandad que ciertas enfermedades ocasionaban á la guarnicion francesa, de suerte que desde el 1.º de setiembre hasta el 22 del mismo fallecieron en los hospitales militares de aquella plaza cerca de 1,000 soldados enemigos. La desercion á que el pánico que estos males producian daba lugar, era temible para la salubridad del ejército español, si bien no parecia epidémica la enfermedad, por cuanto los habitantes de Gerona permanecian agenos á las dolencias de los invasores. Con todo, envió la Superior cerca de la plaza á uno de sus vocales, D. Francisco Sanpons, para que junto con el general Wimpfen celasen la fuga de los franceses y condujesen á los desertores á puntos aislados donde por algun tiempo estuviesen de observacion.

Habia, despues de la marcha de Campoverde, quedado Eroles con el mando en gefe del norte de Cataluña, bajo el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdan, no dándose vagar en ofender al enemigo siempre que se le deparaba favorable coyuntura. El 18 de octubre fué completa la victoria que sobre el francés alcanzó. Encaramado el baron en la

ventajosa posicion de Darnius, estorbaba poderosamente el tránsito de los convoyes y refuerzos que de Francia contínuamente se enviaban; por cuyo motivo resolvió el invasor desalojarlo de aquel puesto en ocasion de la venida de otro convoy. Intentólo el dia espresado, reuniendo todas sus fuerzas movibles de aquella parte del principado, aumentadas con mas de 1,000 paisanos roselloneses. Aunque débil ante tan gran número de enemigos, no se desalentó Eroles, antes apelando á sus acostumbrados recursos fingió hábilmente retirarse con su hueste á Llerona; pero contramarchando luego, se dejó caer de improviso sobre el camino real, apoderándose por completo del convoy, y matando á los enemigos 5 oficiales y 250 soldados, sin hacer mas que 75 prisioneros. Entre los españoles solo recibieron daño un soldado y el mismo baron, que se retiró de la lid con un bayonetazo, aunque con el inmarcesible lauro del mas brillante triunfo.

Ansioso por vengar tal afrenta reunió el general Collier cuatro batallones y un centenar de caballos, y pasó con ellos á acamparse en Lladó el dia 20, resuelto á atacar las posiciones de Tortellá á que el baron se habia replegado. Pero mas activo, aun que fatigado y doliente, el español, determinó anticiparse atacando al enemigo en su mismo campamento. El pueblo de Lladó, distante 3 horas de Figueras, está situado entre varias colinas de poca elevacion, muy pobladas de encinas y olivos, empezando hácia la parte inferior del caserío la vasta llanura que se denomina del Ampurdan. A su norte tiene una cordillera de bastante ásperas montañas que se dilatan á la derecha hácia Estela y S. Llorens de la Muga, y á su frente están las de S. Martin Saserra tocando con las de Nuestra Señora del Mon y Llerona, montes que en elevacion compiten con los mismos Pirineos. Algo mas arriba de la parroquia de S. Martin Saserra, se divide la cordillera en dos ramales inferiores, que se prolongan hasta el pueblo de Lladó, el de la izquierda con el nombre de Coll de Sachs, y con el de Serra del Bach el de la derecha, hallándose divididos por un profundo barranco.

Tal fué el punto á donde los nuestros se dirigieron. Descubriólos el enemigo en las alturas, así que empezó á clarear el dia y comenzó á aparejarse para recibirlos. Mas como no pudo ocul-

tar Eroles el escaso número de fuerzas que conducia, se alentó el francés y se apresuró á tomar la ofensiva. Por otra parte tenia aun aquél en Bañolas á las compañías de Fábregas, el batallon de Almogávares se habia estraviado aquella noche en la oscuridad y lo agrio del camino, de suerte que no pudo contarse con él en todo el dia, y á los cazadores del Ampurdan y caballería de S. Narciso habia sido forzoso dejarlos en el punto de casa Noguer, por no ser practicable á esta arma los senderos que habian debido seguirse para trepar á la posicion espresada. Así pues, las fuerzas españolas se reducian á 600 hombres escasamente, que componian el primer batallon de la seccion ligera y de Espatriados del Ampurdan.

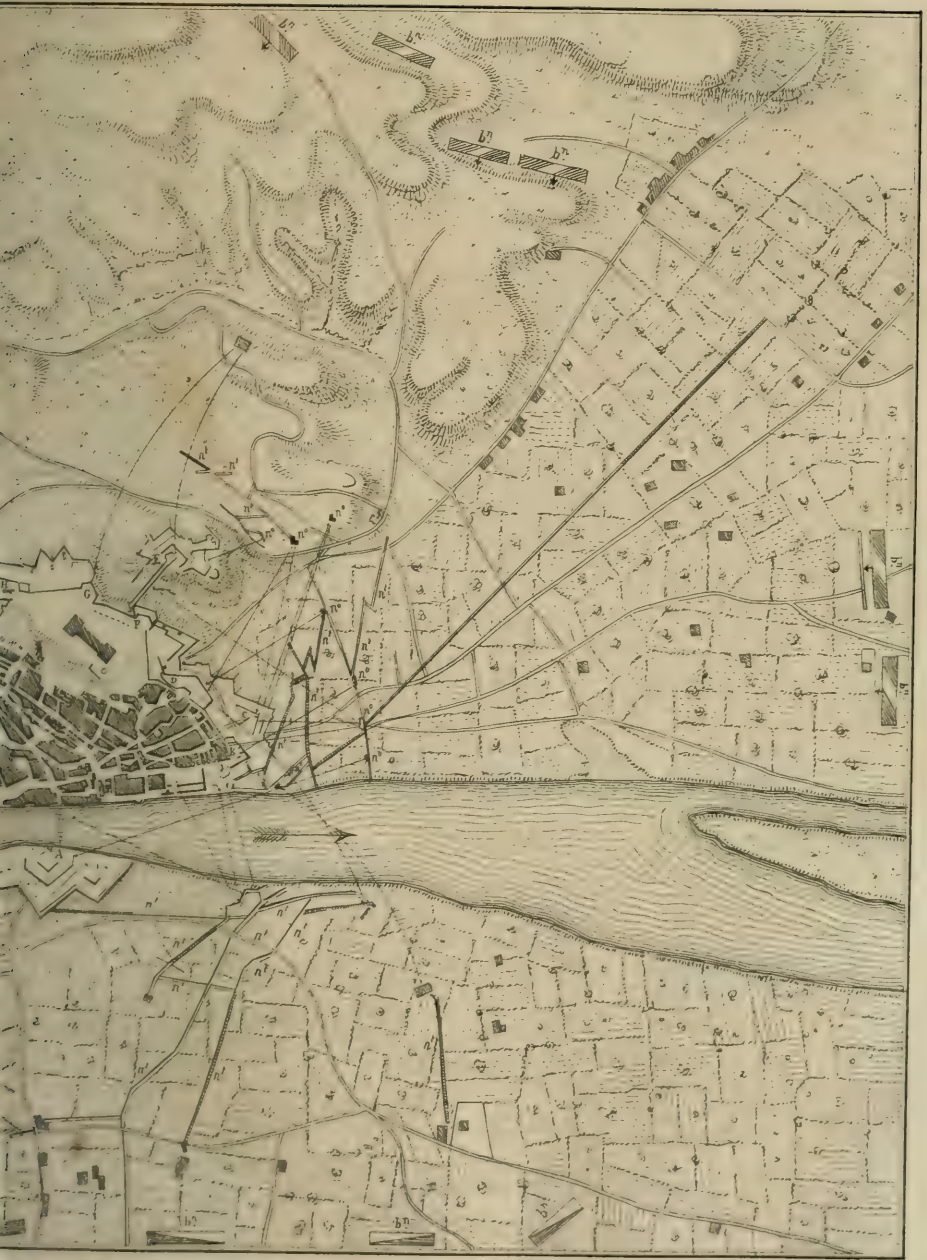
Eroles, sin embargo, principió el ataque enviando al capitan Casas con los tiradores, y las primeras compañías de la seccion y de los Espatriados por la cuesta del Coll de Sachs, á donde parecia el enemigo encaminar la mayor parte de sus fuerzas, mientras el sargento mayor de Espatriados D. Estéban Llobera, con tres compañías de su batallon avanzaba por el Coll del Bach, al objeto de flanquear á los contrarios. Principiado el combate tuvo Casas que cejar ante la superioridad del francés, despues de haberle resistido enérgicamente, pero reforzado luego con una compañía de Espatriados, en la nueva posicion á que se replegó, se sostuvo en ella contra todas las tentativas del enemigo. Tres veces formado éste en columna sólida y adelantando con arma á discrecion trató de desalojarlo, y otras tantas las descargas á tiro de pistola, abriendo grandes claros en el cuerpo enemigo, desvanecieron sus intentos. Viendo Collier la ineficacia de sus esfuerzos en aquel punto, y vivamente ofendido en su flanco por las guerrillas de Llobera, dirigió contra éste el ataque. No necesitaban tanto los nuestros para alentarse con semejante ventaja. Destacadas algunas partidas de la reserva, que en la cima donde se reunen los dos cerros de Sachs y Bach tenia Eroles resguardada por los bosques que la coronan, y á las órdenes del sargento mayor Córdova y del coronel Clarós, precipitáronse enardecidos los catalanes sobre la fuerza invasora, que viéndose por todos puntos acometida con el mayor entusiasmo y á la bayoneta, empezó á desanimarse, llenóse luego de confusion y volvió al fin las

PLANO DEL SITIO D

Lithinson Rª S. José. 14.

A. Cabeza del puente. B. Baluarte de S. Pedro C. Baluarte de S. Juan. D. Semi-baluarte del Temple. E. Fuerte de Orleans F. Sto Cric

TOSA EN 1810.



I. Victoria I. Bonete J. Cuarteles. K. Castillo. L. Tenaza. n.º Baterias francesas n.ª Paralelas b.ª Batallones franceses

CATALUÑA.

Lit. Union Rª. J. José, 14 F. Campana Edito.

Comparecen ante sus vencedores con altivo continente algunos de los valerosos somatenes que cayeron heridos y prisioneros en el valle del Fluvia cerca de Castellfullit

espaldas apelando desordenadamente á la fuga. Los franceses acababan de pasar por las armas á un paisano, y los nuestros habian presenciado tan cruel espectáculo. Furiosos pues hubieron éstos de lanzarse contra sus enemigos, sin darles cuartel y haciendo en ellos sangrienta carnicería. Los subtenientes D. Salvador Llobera, Casals y Basols se batieron largamente á sablazos con los imperiales, y el tambor García, niño de 12 años, despues de haber hecho volver al combate á pedradas á dos soldados fugitivos, con una caja que quitó al enemigo sustituyó la suya que las balas acababan de destrozar. Bien hubieran los vencedores perseguido hasta el llano á los imperiales, á permitírselo Eroles, quien se lo impidió por temor á la caballería contraria, que no habia entrado en accion, y porque estaban además sin calzado nuestras gentes, cansadas de las últimas marchas y sin dormir cuatro noches consecutivas. Los enemigos no pararon hasta los muros de S. Fernando, dejando el camino cubierto de cadáveres, heridos y multitud de efectos de guerra. Nuestra pérdida solo consistió en 2 muertos y 7 heridos.

Retirado despues á Olot, supo Eroles que los franceses de Gerona trataban de sorprenderle en sus posiciones, por lo cual se apresuró á trasladarse á la falda de la subida del Grau en los primeros de diciembre. Hasta el 8 permanecieron en Olot los enemigos sin haber hecho mas que escaramucearse con los españoles, tras lo que marcharon hácia sus antiguas posiciones de Besalú. Noticiosos nuestros soldados de esta súbita retirada del francés, por un movimiento espontáneo, y á pesar de que en aquel instante iba á repartirse el rancho, dejáronlo todo para correr en pos de los imperiales que ya se hallaban á cinco cuartos de legua de distancia. Alcanzarles, acometerles y derrotarles junto á Castellfollit fué obra de un solo momento. Todo lo largo de aquellos caminos escabrosos les siguió Eroles, y al desembocar en el llano de Polige, donde el grueso de la division enemiga, sostenida por caballería y artillería se desplegaba formada en batalla, embistióla sin pararse en considerar que carecia de cañones, y que solo traia 20 húsares de S. Narciso. Aun esta vez hubo de ser el enemigo lanzado de su posicion y perseguido tenazmente hasta que se abrigó en los muros de Besalú. Pasan

de 800 hombres los que muertos ó heridos perdió el francés. Los prisioneros solo ascendieron á 10, porque preocupados los invasores de que á nadie daba cuartel la division del de Eroles, prefirieron descalabrarse por aquellas peñas ó caer muertos de fatiga á entregarse á discrecion del afortunado y valiente español.

Mas hora es ya de que separando la vista de esta parte del principado, donde tanto ilustraba su nombre el héroe de Talarn, nos traslademos á las riberas del Ebro para ocuparnos del sitio y rendicion de la antiquísima ciudad de Dertosa. Cabeza en remotos tiempos de la region Ilercavonia, municipio y colonia en la época romana, célebre por su industria, por su comercio, por lo apacible de su clima, por la feracidad de su suelo y por el natural despejo y valor de sus habitantes; ciudad fidelísima, para ejemplo de nobles y esforzadas matronas citada, y en todo de propios y estraños siempre bien querida, es la histórica Tortosa, digna de la importancia que su nombre por tantos conceptos ilustre reclama. Conserva aun su primitiva planta, hácia los confines occidentales de Cataluña, á cuatro leguas del mojon que en los montes de Morella reune y limita el principado con los antiguos reinos de Aragon y Valencia, sobre la márgen izquierda del Ebro, en el declive de un monte asaz elevado y partido por un barranco, á tres leguas escasas del Mediterráneo. Puéblanla de 11 á 12,000 habitantes.

Aunque completamente cercada de murallas, son éstas tan irregulares por adaptarse á los altibajos que el terreno presenta, que mientras una parte de ellas se eleva en la extremidad de los montes de Alba, á 200 piés, sobre contrafuertes de granito, la parte inmediata al rio se estiende sobre una superficie de tierra vegetal. Las cuatro puertas que tiene se denominan del *Temple, Rastre, Remolins* y del *Puente*. Completan su fortificacion algunas obras avanzadas y el castillo que dentro del recinto se comprende. En la parte baja y hácia el sudeste están los baluartes de S. Pedro y S. Juan, unidos por una cortina sin terraplenar, y su media luna se halla sumida y enfilada por las vecinas alturas á 150 toesas de distancia. Elévase luego el circuito sobre asiento de roca, robustecido por tres baluartes mas,

frente al primero de los cuales, por ser donde en la guerra de sucesion abrió la brecha el duque de Orleans, se construyó posteriormente el fuerte avanzado que lleva el nombre de aquel príncipe francés. Doblado el último de los dichos baluartes húndese el antiguo muro en una rambla ó barranco profundo por donde se corre hasta cerca del castillo, edificado sobre escarpada cima, y que sirve de ciudadela á la plaza. El espacio de 100 toesas que aun queda entre este fuerte y el rio, ciérralo un frente de muralla, terminada de este lado por otro baluarte, y que en la parte superior se enlaza con el recinto moderno, junto á la puerta mas inmediata de otra obra avanzada. Desde el segundo de los tres baluartes primeramente espresados parte la muralla moderna, terraplenada á trechos, que encierra las anteriores fortificaciones, terminando cerca del rio en su union con el estremo del antiguo recinto. La principal de las tres obras esteriores que defienden los aproches de todo este frente, situada en un altozano que domina el campo, se apellida la Tenaza.

El Ebro, navegable en este punto por embarcaciones de bastante porte, se pasa por un puente de madera, pero sólido y sostenido sobre nueve barcazas, que enfila el camino real de Valencia, y cuya cabeza defiende buena y propia fortificacion. Son 6 los arrabales que tiene la ciudad; los de la Cruz, Casota, Jesus y Roquetas, en la ribera derecha, y los de Capuchinos y la Llet en la izquierda. La vega que entre el rio y la cordillera de montañas que á poniente se divisa, es deliciosa á fuer de feraz, y poblada de casas de campo. Saliendo por la puerta del Rastre hácia el camino del Perelló se encuentra á media hora la altura donde está la ermita de Mitá 'n Cami, y media hora mas adelante, en la misma direccion, la que se denomina del Coll de Alba. No hay mas que una fuente en la ciudad, que casi no bebe otra agua que la del rio. La guarnicion escedia poco de 7,000 hombres, y era gobernador de la plaza el brigadier Velasco, secundado por el coronel de Soria D. Isidoro Uriarte.

De suma importancia podia ser para los invasores la adquisicion de la plaza de Tortosa, pues lográndola quedaba interceptada por tierra la comunicacion de los catalanes con el mediodia de España, se aseguraban aquellos de un nuevo paso sobre

el Ebro, y se adelantaba en consecuencia la reduccion de las dos provincias limítrofes. Mas tambien, como hemos observado, habia para ello que vencer largas y penosas dificultades; debia cubrirse el sitio sobre entrambas riberas contra los ejércitos catalan y valenciano, que podian juntos oponer una fuerza de 25 á 30,000 hombres, y habia por fin que practicar un camino desde Caspe por parajes montañosos y sobremanera ásperos. Dueño Suchet del fuerte de Mequinenza, que por hallarse situado á la embocadura del Segre domina la navegacion del Ebro, destinólo para depósito de municiones y efectos para el sitio. En él reunió 50 bocas de fuego, provista cada una para 7 tiros, pero luego que habilitada la navegacion y contruido el camino pudo avanzar el francés por ambas orillas del Ebro hasta frente la cabeza del puente de Tortosa, hizo trasportarlo todo al depósito que estableció en Cherta, que fortificó convenientemente y donde mandó construir 8,000 gaviones, 50,000 sacos de tierra y gran número de faginas, llegando á reunir, además, sobre 10,000 útiles de guerra. El ejército enemigo avanzó dividido en dos partes, de las cuales la que solo contaba 3,500 infantes y 500 caballos tomó posicion en los Mases de Mora, Rasquera, Tivenys y Tivisa, comunicándose únicamente por la barca de Mora con la derecha, y la que se componia de 8,000 infantes y 11,000 caballos se estendió hasta Ulldecona y Vinaroz á fin de proveerse fácilmente de víveres.

Suchet estableció su cuartel general en Mora á últimos de junio, mientras el general Laval encargado de formalizar el sitio, avanzaba con su caballería por las orillas del Ebro hasta cerca de la plaza, obligando á encerrarse en ella á las guerrillas que se le opusieran en sus inmediaciones y cogiendo algunos prisioneros. Despues siguió completando la embestidura de la misma á lo largo de la ribera derecha, prolongó hasta Amposta esta línea, posesionóse del camino real de Barcelona á Valencia, y apoyando en Cherta su izquierda, avanzó algunos destacamentos con objeto de parar cualquier golpe de mano que contra él intentasen las fuerzas valencianas.

El plan que el sitiador llevaba era el mas á propósito para conseguir prontamente su objeto. Haciéndose cargo de lo traba-

joso y lento que habia sido en 1708 el sitio que el mismo príncipe de Orleans dirigió, trató de variar el frente de ataque, pues lo duro del suelo hubiera en aquella parte retardado la construccion de las trincheras y baterías; sobre que no está además dicho frente tan descubierto como el medio baluarte de la parte inferior de la ciudad, que se apoya en el rio. En efecto, tiene esta parte de la fortificacion un vuelo fácil de circundar de fuegos por todas partes; su prolongada rama á lo largo de la orilla está mal flanqueada; su situacion es muy sumida; se halla enfilado por las alturas fronterizas al frente de Orleans; el terreno de sus alrededores ofrece para la apertura de trincheras un suelo fácil de remover, y se puede, en fin, llegar al recinto sin necesidad de tomar ninguna obra avanzada. Hé aquí las ventajas que decidieron al francés á preferir este punto al que en el sitio precedente se habia elegido. El fuerte de Orleans, cuya accion sobre el llano debia temerse, tiene sin embargo poco vuelo para que pudiese perjudicar eficazmente á los trabajos del proyectado ataque; bastaba proteger los flancos del ataque principal por dos falsos ataques, uno sobre la meseta de la loma que hay frente el fuerte de Orleans, y otro sobre la márgen derecha del Ebro, delante de la cabeza del puente, al objeto de encerrar dentro de sus obras á los sitiados. Con todo, algun tiempo hubo de tardar el enemigo en poder poner por obra su discreto plan.

Fué el 4 de julio cuando apareció la division de Laval por sobre la derecha del Ebro, dando vista á la ciudad, y ocupando en seguida los arrabales de Jesus y las Roquetas, estableció en éste, y en las casas de campo mas inmediatas á la poblacion, su mayor fuerza, prolongando su derecha hasta Amposta, y destacando algunos cuerpos de observacion sobre Cenia. Desde luego se arrojaron con valor los tortosines contra el enemigo, al que en todo el dia permitieron un momento de descanso. El empeño de estos habitantes parecia aumentarse con el peligro. Sus guerrillas estaban contínuamente en lucha. El dia 6, despues de haber la artillería de la plaza hecho retirar de junto á la iglesia de las Roquetas, dos cañones que allí habian colocado los imperiales, atrajéronlos aquellos al alcance de nuestra artillería, que rompiendo en animado y certero fuego, causó en ellos indecible es-

trago. El 8, á las diez de la noche, atacaron los enemigos la cabeza del puente, pero fueron rechazados con bastante pérdida por el gobernador Velasco, el cual se sintió mas aliviado en su quebrantada salud despues del combate. Con verdadero furor repitieron el ataque á la media noche del siguiente. Tremendo fué el fuego que por una y otra parte se hizo por espacio de una hora, concluyendo por replegarse á sus posiciones los escarmentados acometedores; mas cargaron de nuevo y en mayor número á las tres de la madrugada con creciente osadía y singular empuje, pero por tercera vez hubieron de retirarse corridos y descalabrados. Las heróicas tortosinas, dignas descendientes de aquellas esforzadas matronas, que en tiempo del IV Ramon Berenguer supieron merecer, por la bizarra defensa de sus natales muros, la señalada distincion con que no pudo menos de premiarlas el santo conde soberano de Barcelona (1), se espusieron aquella noche grandemente, trasladándose en medio de lo mas reñido del

---

(1) Al regresar triunfante de su espedicion á Lérida y Fraga en 1149 el conde de Barcelona D. Ramon Berenguer IV, apellidado el Santo, entró en Tortosa, á cuya ciudad concedió grandes escenciones y privilegios, en justo premio de la estraordinaria defensa con que aquel año se habian distinguido sus moradores, especialmente las mujeres. Refiere la historia que ansiosos los moros de Valencia por recobrar la ciudad, de donde les habia dicho conde arrojado el año anterior, despues de haberla ocupado por espacio de 432 años, volvieron á sitiarla con singular empeño y fuerzas considerables. El conde no podia socorrerla en quel entonces por hallarse comprometido su ejército en la citada espedicion; así pues los tortosines se veian reducidos á sus propios y efímeros recursos. La pérdida de la ciudad era inminente. En tan apurado trance juntáronse á consejo los hombres, y no tardaron en resolver, que dando antes muerte á sus mujeres é hijos y poniendo fuego en propiedades para librarlas del desenfreno del enemigo, saldrian al campo á morir al menos derramando sangre agarena. Traslucióse entre las mujeres la acordada resolucion y al punto se presentaron á sus maridos pidiéndoles armas y comprometiéndose á guardar la ciudad mientras ellos en el esterior batirian al enemigo. Aceptaron los hombres, y armando á sus heróicas compañeras salieron al campo y derrotaron completamente á los enemigos, contribuyendo á ello con gran destrozo las mujeres desde las murallas. Este triunfo valió á las tortosinas la honra de formar una órden ó cuerpo militar religioso con el nombre de *Pasatiempo* y el distintivo de un escapulario, sobre el cual habia una hacha de armas de color carmesí. Además, se concedió á la novia la precedencia en el casamiento; se las eximió del pago de todo derecho por sus tocas y aderezos, y para el caso de sobrevivencia al marido se las concedió la propiedad de todas sus joyas y vestidos.

combate á auxiliar á los que en la estacada y baterías peleaban (1). Todos los habitantes de Tortosa, considerándose soldados de la patria, empuñaron sin distincion las armas, y ya el dia 10 de julio se presentaron divididos en compañías, á fin de partir mejor con la tropa el comun peligro.

Los franceses empezaron el 11 á tomar medidas y á levantar planos para atrincherarse contra los fuegos de la cabeza del puente y batir este punto, y por medio de otra línea transversal disparar contra la ciudad. Al dia siguiente, una salida que hicieron los de la plaza fué sorprendida por los generales Laval y Klopicki y completamente derrotada. El 13 abrieron los franceses una zanja desde el huerto de Giner hasta cerca del rio. Dos dias mas tarde fué relevado por D. Miguel de Lili é Idiaquez, conde de Alacha, el gobernador Velasco, cuya enfermedad se habia agravado y el cual partió el mismo dia para Tarragona. El enemigo intentó en vano pegar fuego al puente y estableció barcas con gúmena en Tibenys y puntos mas á propósito para comunicarse sus tropas de ambas orillas.

El ejército valenciano se habia movido al socorro de Tortosa, y sus avanzadas tocaban al Mas Barberans cuando Suchet se trasladó á Cherta el 18, con ánimo de inutilizar toda tentativa de auxilio. Pocos dias antes una parte de las fuerzas españolas acantonadas en Falset habian atacado los puestos avanzados que tenian los imperiales en Tivisa, y el 15 toda la division á las órdenes del baron de la Barre logró rechazar con ventaja una vigorosa acometida que los mismos le dirigieron. Suchet estaba pues comprometido frente una plaza que vigorosamente se defendia, y entre dos ejércitos que mas y mas amenazaban estrecharle sobre ambas márgenes del Ebro. Algunos guerrilleros como Rambla y Buzons contribuian á hacer mas molesta su situacion. Las tropas de Laval acumulaban entre tanto madera en la zanja del huerto de Giner, repetian tambien en vano su intento de pegar fuego al puente, á fin de que los que guarnecian su cabeza no pudiesen ser socorridos,

(1) Dos de ellas que en esta ocasion quedaron malamente heridas, fueron despues recompensadas con una medalla de honor y una pension anual de 100 libras catalanas.

y finalmente atacaban por cuarta vez este punto la noche del 21, recibiendo igual repulsa que las anteriores.

Deseoso por otra parte O'Donell de penetrar en la combatida plaza, al objeto de inspeccionar sus fortificaciones y atender á la mejor defensa de este punto importante, se puso el 29 á la cabeza de la division de Falset y avanzó hácia Tivisa, donde se hallaba el general Habert situado, con intento de romper por aquel lado la línea enemiga. No pudo por entonces conseguirlo, aunque batió al francés y le persiguió hasta orillas del Ebro, pues sobreviniendo Suchet con 2,000 hombres, tuvieron que replegarse los nuestros. Los contrarios sin embargo perdieron dos gefes y 200 soldados.

No habian transcurrido dos dias que ya el infatigable O'Donell se hallaba dentro de la plaza, recorria las fortificaciones y daba órdenes para asegurar la resistencia, mientras acababan de llegar para el refuerzo de la guarnicion y para la realizacion de los atrevidos proyectos que bullian en la cabeza del general en gefe, los regimientos de infantería de América y Antequera, con una partida de caballería de Santiago. El dia 3 de agosto, despues que hubo O'Donell arengado á los habitantes, agradeciendo su abnegacion y sus esfuerzos, y alentando á ellos y á la tropa á estrechar mas y mas los lazos de amistad fraternal que les unia, envió á la cabeza del puente varias partidas de infantería, con algunos caballos, para que practicasen la descubierta á la señal de un cañonazo que les daria el castillo. Esta fuerza que constaba de 800 infantes y 60 ginetes, á las órdenes del brigadier Uriarte, debia dividirse en tres columnas, mandada la de la izquierda por el teniente coronel O'Ronan, la del centro por Fábregas, de igual graduacion, y la de la derecha por el coronel Torrijos, el mismo que en época posterior habia de terminar tan desastrosamente.

El intento que con esta salida llevaba el español era reconocer y desbaratar los espaldones y otras obras al alcance de fusil de la cabeza del puente, que podian ocultar la construccion de baterías contra ella ó contra las del Temple y plaza de Armas, ó tras las que se habia principiado acaso algun ramal dirigido á volar aquella fortificacion. O'Donell quedó en el castillo para señalar el momento de la partida y observar las fuerzas que

presentarian los enemigos. El conde de Alacha, á pesar de hallarse indispuesto, quiso asistir tambien á la cabeza del puente.

No bien se dió desde el castillo de S. Juan la señal prevenida, cuando con la celeridad del rayo se lanzaron nuestros soldados sobre las obras del enemigo, divididos en guerrillas para aparentar mayor número y sin disparar un tiro, haciendo solo uso de la bayoneta. Con el mayor denuedo asaltaron las zanjas y parapetos que á los sitiadores cubrian, desalojándolos de todos ellos, en lo que no tuvo escasa parte el certero fuego con que la plaza secundó el movimiento. Los 50 zapadores que adelantaban con la columna de la izquierda consiguieron deshacer tres parapetos, en uno de los cuales habia empezado á construirse una batería. Ayudáronles en la operacion algunos paisanos armados y tropa, que en dos lanchas, traspasando el Ebro, tomaron tierra hácia la derecha contraria en el momento de nuestra victoria. El paisanage, sin distincion de sexos, edades ni condiciones se esmeró en prodigar á nuestros soldados toda clase de auxilio. Los franceses esperimentaron una baja tan considerable que no fué menor de 700 muertos y heridos, con algunos prisioneros. Soldado hubo que llegó á matar hasta cinco enemigos al arma blanca. Nuestras pérdidas pasaron de 100 muertos y heridos, entre estos el gobernador conde de Alacha. Al enemigo se le ocuparon 300 fusiles, con multitud de mochilas, capotes, cajas de guerra, veneras y una bandera tomada por un soldado de marina. Mucho sin duda se habria logrado si otro que el débil Caro, el cual no acertó á secundar la operacion, hubiese estado al frente del ejército valenciano.

Los sitiadores no tardaron en reforzarse y acudieron á reparar su afrenta, pero ya O'Donell, que continuaba en el castillo, habia dado á los suyos la señal de replegarse y mandado avivar el fuego de nuestras baterías contra las nuevas fuerzas imperiales que se acercaban internándose en la huerta, de donde tuvieron que retirarse precipitadamente. El coronel Torrijos, llevado del ardor impetuoso que le distinguia, fué de los pocos que cayeron prisioneros en lo mas rudo del combate. O'Donell volvió á salir en seguida hácia Tarragona.

Mientras García Navarro y el baron de la Barre conseguian

notables ventajas sobre los franceses en Tivisa y en Flix, logrando el primero llamar á aquel punto gran parte de las fuerzas contrarias, y sorprender el segundo un cuerpo de 300 enemigos, destinado á protejer la navegacion del Ebro, y de los cuales no escaparon mas de 30, tomándoles además mucho botin y echando á pique todas las barcas que para el servicio imperial estaban allí reunidas; el contrabandista Rambla, convertido en guerrillero, interceptaba un convoy de harina y 13 pliegos de correspondencia, segun los cuales proyectaba Suchet incendiar durante la noche del 13 al 14, por medio de un brulote que en Cherta se preparaba, el puente de barcas, sobre el que tanto parecian tener puesto el ojo los sitiadores. Mas avisada la ciudad, frustó para en adelante los intentos del francés, construyendo una cadena firme de maderas, aseguradas con garfios de hierro, y que descansando en ambas orillas quedó colocada y sostenida por las baterías que miran al rio. Celebrada la fiesta de Napoleon, Suchet, como en otro lugar dejamos consignado, se separó del sitio con buena parte de su ejército, para ir al encuentro de Caro, que sin aguardarle, despues de haber comprometido el honor de sus armas, se retiró cobardemente.

Macdonald llegaba en tanto á Lérida con sumo trabajo, y esperaba que fuese á juntársele Suchet, de vuelta de su espedicion contra Caro, para ponerse acordes sobre el mútuo auxilio que ambos ejércitos debian prestarse. Con estos movimientos del enemigo quedaron en todo el resto de agosto interrumpidos los trabajos del sitio, y sumamente limitada la fuerza imperial á él destinada. Sin atreverse á salir de sus parapetos los soldados franceses se entretenian en tirotearse con las centinelas avanzadas y con las de los fuertes, desde los cuales de vez en cuando se disparaban algunos cañonazos contra los grupos de enemigos, ó contra las columnas que á tiro se veian cruzar en una ú otra direccion. Incomodóles bastante en el esterior la guerrilla del capitan Buzons, quien el 18 presentó al gobernador Alacha una bandera que sus gentes acababan de tomar al regimiento francés número 116. En la accion del 3 de agosto habia muerto el general París, y el general Laval habia tenido que ser trasladado á Mora gravemente herido, de cuyas resul-

tas murió tambien pocos dias despues. De Mora habian sido destacados, primero Habert y luego Klopicki con 7 batallones y 400 caballos para contener el ejército español de Aragon, mandado por Villacampa.

Alguna mas actividad demostraron los franceses al principiar setiembre. Sus trabajos se reducian hasta entonces á varias zanjas, edificios aspillerados y á los espaldones del huerto de Giner y Casa de Misericordia, para los que destecharon algunas casas del arrabal de las Roquetas, á fin de aprovecharse de su madera, prolongándolos como unas veinte varas. Las baterías de la cabeza del puente, del castillo, de la plaza de Armas, Temple, y S. Jaime, continuaron asentando á ellos y á las zanjas y casas fuertes de Costans, Rebull, Francesch, Torre del Conde y otras, sus certeros disparos.

Aumentando de dia en dia el caudal del Ebro, la navegacion, y por consiguiente el transporte de los materiales de guerra, iban siendo por momentos mas practicables. Envió pues Suchet el dia 6, desde Mequinenza á Cherta, 17 barcos cargados de artillería y escoltados por tropa que los seguia por las márgenes. Lo rápido de la corriente hizo que aquellos se adelantaran á la escolta. Observada esta circunstancia por el teniente coronel Villa, que destacado de la division de Falset se hallaba emboscado entre Fallo y Rivaroja, acometió á los imperiales al propio tiempo que detenia y tomaba varias barcas, haciendo mas de 200 prisioneros, entre ellos un coronel y 13 oficiales. Repetida la misma operacion algunos dias mas tarde, dió por resultado el apresamiento de otras barcas, y de unos 70 hombres de la guarnicion de Mequinenza. Igual fortuna alcanzó el coronel Sotomayor, el cual embistió á la bayoneta con fuerzas muy inferiores un campamento que los imperiales tenian establecido en García, y despues de arrojarles de él apoderándose de cantidad de fusiles, mochilas y 300 cabezas de ganado, redujo todo lo restante á cenizas.

Tanto para castigar á la division de Falset, como para facilitar la aproximacion del 7.º cuerpo que estaba en camino, envió contra ella Suchet al general Habert, el cual atacando al baron de la Barre en sus posiciones le hizo 300 prisioneros, entre ellos

el general García Navarro, que no tardó en recobrar su libertad.

Alarmóse la ciudad con la llegada de materiales enemigos por el rio, y prudentemente dispuso su gobernador que se preparasen á evacuarla cuantas personas fuesen inútiles para la defensa. Muy confiado se dirigió Alacha á los tornosines en esta ocasion. «Piensan, decia en su bando del 7, refiriéndose á los enemigos, piensan equivocadamente encontrar en Cataluña otra Lérida..... Con cuarenta y tantas piezas de grueso calibre, con una lluvia de bombas y balas trata de aterrar el francés á este heróico vecindario, pues se promete que los lloros y gemidos de los niños, viejos y algunas mujeres podrian hacer titubear la constancia de vuestro gobernador, que á su guarnicion vuelve á jurar que Tortosa no se entregará sin haber superado su defensa (si cabe) á las inmortales de Zaragoza y Gerona..... Suchet quiere perecer con todos sus secuaces atacando esta plaza, dejándonos sin duda el trabajo de tener que enterrar sus cadáveres, pues ni para esta operacion le quedará gente.» Lástima que tan buenas disposiciones degenerasen hasta tal punto, mas tarde.

A Laval sustituyó el general Arispe, que pasó á reforzar el sitio, colocando una fuerte columna en las Roquetas, y adelantó considerablemente las obras, abriendo nuevas zanjas y prolongando las anteriores. Su principal objeto era por entonces la cabeza del puente, pretendiendo encerrar del todo en la ciudad á los sitiados. Estos seguian no perdiendo momento de ofender desde sus baterías á los enemigos, y aun saliendo, á media noche del 13, por la puerta de Remolinos, 11 artilleros, mandados por un sargento de marina, montaron un obús junto á la orilla del rio, resguardado por un fuerte espaldon, y dirigido contra la zanja de la derecha del huerto de Giner, á donde el dia siguiente arrojó algunas granadas. Los franceses guarecieron durante la noche con otro espaldon la estremidad de la espresada zanja.

El 24 trasladábase á Ulldecona un escuadron con algunas piezas de artillería, procedentes de Cherta, cuando visto por los de la plaza dispararon desde sus murallas con tanto acierto sobre él algunas bombas, que le obligaron á separarse del camino y á abandonar tres cañones y algunos carros que en una laguna se

habian quedado atascados; sin embargo, ya cerca la noche volvieron á recobrarlos, continuando su camino, pero habiendo dejado el campo cubierto de cadáveres.

De la guerrilla de Rambla que tenia su cuartel general en Beceyte disparándose desde allí hácia donde mas favorable coyuntura de ofender al francés se le presentaba, habíase destacado el 23 una partida de 200 hombres, que á las órdenes de D. Bernardo Borrás debia dirigirse á interceptar un convoy considerable. Diez horas anduvo en solo la noche, hasta llegar á la altura cuya cima atraviesa el camino de Batea á Gandesa y por donde á la madrugada debia pasar el convoy. Dividió Borrás su gente en dos partes, una de las cuales debia dejar pasar emboscada al enemigo, á fin de envolverle luego. No tardó éste en presentarse. Acometido de improviso, desbandóse hácia Batea, dejando en manos de los nuestros 400 acémilas y siendo perseguido de cerca, hasta que se acogió á una grande avanzada. La fuerza imperial tuvo 34 muertos ó heridos y 7 prisioneros. El convoy fué conducido á salvo con toda felicidad, por el capitan Pallarés, tomando las fronterizas montañas, hácia Horta y Beceyte, mientras Borrás sostenia con algunas compañías la retirada hasta Lledó, pues las guarniciones francesas de Batea y Gandesa habian ya salido en su persecucion. Cuatro dias mas tarde ocasionó al enemigo, el mismo Borrás, en otra empresa no menos arriesgada, cerca de 40 bajas, entre las que se contaban 4 oficiales.

Noticioso Rambla, al promediar octubre, que los imperiales en número de 500 infantes y 40 caballos se dirigian á Beceyte en cuatro divisiones con el fin de envolverle, se apresuró á salirles al encuentro, situándose en la altura de Coll den Querol, desde donde les recibió con nutrido fuego. Mas habiendo sido flanqueado por la parte de Arnés, desamparó aquella cumbre para apoyarse en la de Santa Bárbara, donde se hizo fuerte. El enemigo que habia ocupado á Coll den Querol al abandonarlo Rambla, hizo bajar sus 40 caballos á las inmediaciones del puente de aquella villa; pero inmediatamente les rechazó Borrás con 30 hombres que tenia apostados en las huertas, obligándoles á recobrar la altura. Ya anochecido, resolvió el denodado guerrillero sorprender á los contrarios en su campamento, y haciendo avanzar por la derecha

á Borrás, encaminóse él por la izquierda. Acercóse aquél hasta unos diez pasos de la primera centinela avanzada á quien dió muerte con su tercerola, y en seguida mandó hacer á los suyos una descarga cerrada sobre las hogueras. Refugiáronse los franceses despavoridos á la cumbre de la sierra, donde apenas acertaron á formar el cuadro. Pero en el mismo instante cae Rambla sobre su derecha y acaba de sembrar en ellos la confusion y el estrago. El enemigo huyó desbandado dejando en el campo 60 hombres y algunos caballos.

La caida de las hojas descubrió en octubre á los defensores de Tortosa el considerable campamento que los imperiales tenian establecido entre la arboleda del huerto de Montagut, hácia donde asestaron al punto sus cañones. El número de los enemigos se aumentaba á la par que iban siendo mas frecuentes las remesas de materiales de sitio. El avance á las Roquetas de algunas piezas de grueso calibre y varios morteros, lejos de intimidar á la guarnicion, la dispuso para activar con mayor entusiasmo la defensa. Cada uno de los cuerpos de la plaza cubrió el punto que le estaba señalado, y todas las compañías de granaderos quedaron de reten formando una columna para acudir adonde mas lo exigiese la necesidad. Dispuso tambien el gobernador que al primer cañonazo, bomba ó granada que dirigiese contra la plaza el enemigo, tuviesen todos los habitantes abiertas las puertas de sus casas, así de dia como de noche, y en ellas luz y tinas ú otras vasijas con agua para poder acudirse fácilmente á la estincion de cualquier incendio que pudiese ocurrir, estrayendo todo material combustible y tomando cada uno los medios posibles de precaucion para evitar las ruinas que en tales casos son consiguientes.

Los sitiadores aumentaron las zanjas á orillas del rio, colocaron un cañon frente el molino de Soldevila, y otro frente la Masia del Obispo, donde estaban nuestras avanzadas; empezaron á trabajar dentro el canal de la torre en tablazon, frente el fuerte de la villa de Amposta, en el que tenia la plaza un destacamento; abrieron dos troneras en direccion á la misma fuerza española; reforzaron con obra de ladrillo y terraplenes sus trabajos de la capilla de la Vírgen del Cármen, del huerto de Bellet

y horno de Sacanella, y cortaron la alameda de la derecha del rio frente la barca.

Siendo interesante la correspondencia de la plaza con el cuartel general, propuso al gobernador el capitan de fragata D. Francisco Berenguer, comandante del batallon de marina del departamento de Cartagena, la formacion de dos telégrafos con su plan de señales, que inmediatamente colocados fueron de no poca utilidad. Como por otra parte el contínuo cruzar de tropas, carruages y artillería hácia el camino real de Valencia, llamase la atencion de los sitiados, resolvió Alacha impedirlo ó dificultarlo. Envió pues el 15 al capitan de artillería Lardizabal y al subteniente de Orihuela Roch, para que verificando un prolijo reconocimiento en el punto céntrico donde se reunen los caminos de Ulldecona y Amposta, dispusiesen la colocacion de una batería ó semireducto. Reconocido el terreno se dió principio á la obra el 16, por varios zapadores é individuos de la seccion catalana, en paraje oculto de los enemigos por un espeso cañaveral. Perfeccionóse al siguiente dia, concluyendo el ramal de la izquierda, y el 18 con la construccion del de la derecha ó paralela, formando diente de sierra. Terminadas las zanjas para la tropa, salió Lardizabal con todo silencio de la plaza, conduciendo un cañon de á 4 y un obús de á 7, que quedaron colocados en la batería y sostenidos por una compañía de granaderos de la seccion catalana, mandada por el capitan Ferrer y el subteniente Centellas. Esta artillería funcionó tan acertadamente el 19, dirigida por el mismo Lardizabal sobre una columna enemiga de 500 hombres, que subia por el camino de Ulldecona, que le obligó á variar de direccion, dispersándose luego hácia la montaña. Púsose por nombre á la batería, *Lili*, por ser éste el apellido del gobernador de la plaza.

Descubiertos sus fuegos trataron los sitiadores de contrarestarlos, y ya habian principiado sus trabajos cuando el gefe de nuestra batería les sorprendió con bien calculado engaño. El teniente de la seccion catalana D. Francisco Basols, que con 55 hombres se le habia unido, fingió retirarse á la desbandada hácia la plaza, como huyendo ante el fuego del enemigo. Grande gritería levantaron los franceses al contemplar la aparente derrota de los nuestros,

y adelantándose hácia la misma orilla derecha del rio, llamábanles cobardes y amenazaban pasar el rio á nado para tomar la batería. Cuando conocieron los artilleros españoles que estaban mas cerca y descubiertos los contrarios, rompieron contra ellos un vivo y mortífero cañoneo, que bien pronto barrió de toda aquella márgen á la caterva de vociferantes.

Causaba á las centinelas avanzadas frecuentes desgracias un oficial francés, buen tirador, que aspillerado en una casita blanca se entretenia en disparar con fusil sobre cuantos se le ponian á tiro; tomó á pechos el comandante de artillería D. Francisco Arnau el castigar al divertido cazador, y alcanzado el permiso, cogió un fusil, y acercándose resueltamente á la orilla retó al francés á que dejando el parapeto se presentase como él á cara descubierta. No se atrevió á salir el oficial y continuó en su ocupacion predilecta, asestando entonces su arma contra el español. No la disparó sin embargo dos veces. Mejor tirador Arnau y mas valiente, de la primera bala que le envió, á traves de la aspillera, le dejó cadáver. Por lo menos desde aquel momento cesó el fuego en la casita blanca.

Actos de valor como éste los repetian cada dia, así los oficiales como la tropa de la guarnicion. El sargento segundo de marina D. Juan Lopez que se hallaba apostado en el molino de Soldevila, á la izquierdá del Ebro, vió transitar por la orilla opuesta un carro cargado de paja, escoltado solo por un soldado de á caballo y dos paisanos. Al punto saltó Lopez á una barquilla acompañado de dos soldados y cinco marineros, y no tardó en ganar la orilla opuesta, despues de haber disparado contra el ginete francés y puéstole en fuga. Hasta aquí de escaso mérito hubiera sido la accion; pero túvolo, y mucho luego, cuando acometidos los 8 españoles por una guerrilla que avanzaron los enemigos, no solo se sostuvieron por algun tiempo, sino que arrastrando al rio carro y caballerías recobraron todos la barca y retiráronse con los dos paisanos prisioneros. Al dia siguiente el mismo sargento repasó el rio para apoderarse de un mulo. Este y el carro que los marineros pudieron poner en salvo fueron remitidos por Lopez al gobernador de la plaza.

La batería Lili, la primera que se construyó fuera del re-

Lit Union Rª S José, 14

F. Campaña Editor.

El egército de Macdonald atraviesa en retirada el Tordera en las inmediaciones de San Celoni, acosado por las tropas de Milans del Bosch en los últimos dias de noviembre de 1810

cinto de Tortosa, produjo en los enemigos tanto destrozo, que bien pronto formaron contra ella hasta tres baterías, una luego que descubrieron nuestros fuegos, otra en la altura detrás de la casa Masía de Ramon Cid, y la tercera en un altozano inmediato. Nuestros artilleros y zapadores obraron con tanta actividad en cubrirse de los fuegos enemigos, como acertados y enérgicos en contestarlos. Aumentóse el 21 de noviembre la batería con dos piezas mas. Desde entonces sus disparos fueron mas frecuentes y terribles.

De la parte de Valencia el nuevo capitan general D. Luis Bassecourt, sucesor del tímido Caro, acudió con 2,000 infantes y 800 caballos, en tres columnas, hácia Ulldecona, á cuya vista llegó la avanzada el 25 de noviembre. La demasiada lentitud en la marcha de una de las columnas espresadas, ó la falta de conocimiento en el gefe principal, de las dificultades que el terreno ofrecia, hicieron que no pudiéndose presentar el ejército valenciano con toda su fuerza, y acometido por otra parte incontinenti por el francés, tuviese que retirarse á Peñíscola, sin haber logrado otro objeto que perder en el choque algunos hombres. Igual resultado daba al propio tiempo la tentativa que hicieron los ingleses, tratando de desembarcar en la torre de la Rápita con 20 lanchas cañoneras, al objeto de llamar la atencion por aquel lado del ejército francés, que enviando allá fuerzas respetables inutilizó los esfuerzos de los marinos auxiliares.

Traspuesto ya noviembre, y como quiera que el ejército de Macdonald se hallaba cerca para apoyar á los sitiadores y mantener á distancia á las fuerzas españolas de Cataluña, prontos los materiales del sitio, refrenado el aragonés y batido el valenciano, trató Suchet de formalizar el sitio de Tortosa y reducir cuanto antes á los bizarros defensores de esta plaza al estremo de capitular. La plaza que hasta entonces no habia sido sino semibloqueada, debia quedar completa y estrechamente ceñida. Macdonald que se habia ya reunido á Suchet el 13 de diciembre tomó posicion dos dias despues en Mora y el Perelló para cubrir el sitio contra el ejército catalan. El mismo dia pasó Suchet á la orilla izquierda del Ebro, por Cherta, con 12 batallones para completar el cordon, y avanzó hasta á tiro de cañon de la plaza, no

sin tenaz resistencia de los cuerpos avanzados que fueron disputándole una á una todas las alturas. Desde el alto Ebro hasta la parte baja de la ciudad dejó, fuera de tiro de las mismas, colocadas las tropas de circunvalacion.

Entonces, y en el mismo dia, pusiéronse los imperiales á menor distancia de la plaza, acabando de rechazar hácia su recinto á las guardias esteriores. El regimiento 117, que ocupaba la derecha, favorecido por los accidentes del terreno, logró acampar, abrigado de los fuegos de la plaza, hasta á 200 toesas de distancia de la Tenaza, impidiendo con ello á los sitiados hacer salida alguna hácia el alto Ebro. Dos batallones mas ocupaban el centro, y otros tantos formaban la izquierda. La cabeza del puente quedó flanqueada por cinco batallones, situados á 600 toesas de distancia y cubiertos de los tiros de este fuerte con zanjas y espaldones. Estrechados completamente los españoles, pudo ya el francés echar sobre el alto y bajo Ebro algunos puentes volantes de comunicacion, defendidos por cabezas de puente. Determinando apoderarse principalmente del baluarte de S. Pedro, fuéle preciso, y aun le sirvió de falso ataque, enseñorearse antes de las alturas que están delante del fuerte de Orleans y enfilan el terreno bajo. Logrólo fácilmente; mas no hubiera sido así á aprobar Alacha el pensamiento de Uriarte, el cual habia empezado ya á trazar un reducto en aquella cima: mandó el gobernador suspender tan útiles trabajos, aconsejado sin duda de los emisarios que tenia Suchet dentro de Tortosa.

Durante la noche del 19 al 20, mas de 500 zapadores enemigos se ocuparon en abrir una trinchera contra el fuerte Orleans, aprovechándose del furioso temporal que reinaba y que impidió á los nuestros apercibirse de los trabajos del sitiador. Este pues luchando con lo roqueño del suelo, trabajó á la zapa volante á 80 toesas del fuerte sobre una longitud de 180, hasta la misma orilla del rio. Tan lentamente hubo de proceder aquella noche, que apenas bastaron para cubrir su obra multitud de sacos de tierra, que los mismos oficiales ayudaron á llenar y colocar, pero que al dia siguiente arrebataron las balas de los de plaza, junto con los gaviones. Empeñóse el francés

en mantenerse en la trinchera, mas fué con pérdida de muchos soldados y del capitan de ingenieros Séa, uno de los mas distinguidos del ejército enemigo. El gefe de los ingenieros era el general Rogniat, y mandaba la artillería el general Valée. El mariscal Macdonald reforzó á este tiempo á Suchet con una division que el conde mandó situar en el camino de Amposta.

Preparado el enemigo para continuar durante la noche los empezados trabajos, como á unas 120 toesas del baluarte de S. Pedro, la oscuridad de la noche, el viento huracanado que reinaba y la poca prevision de los españoles en no iluminar el campo con fuegos de artificio y en no avanzar fuera del camino cubierto algunos escuchas, le facilitó el aproximarse sin temor de ser descubierto hasta unas 85 toesas. Prolongaron despues los imperiales su paralela desde el rio hasta el pié de las alturas, frente del Orleans, en una longitud de 200 toesas. Al mismo tiempo, por un cuerpo de 1,600 zapadores, empezaron á abrirse dos comunicaciones, hácia la derecha la una, de 160 toesas en lo largo, yendo á desembocar en la torrentera de Capuchinos, cuyo punto está á cubierto de la plaza, y sobre la izquierda la otra, estendiéndose por el llano en línea recta como unas 400 toesas.

En la márgen derecha abrieron 400 zapadores el falso ataque contra la cabeza del puente, con una comunicacion á su espalda, á distancia de unas 100 toesas. A la segunda noche estaban ya casi enteramente cubiertos los trabajos del enemigo. Maravilláronse los sitiados al despuntar el dia 21 de los progresos considerables que los imperiales habian hecho, y lanzaron contra sus obras una lluvia de bombas, granadas, balas y metralla que en gran parte las desbarataron. Mas viendo que todavía se mantenian en ellos los enemigos, hicieron, contra el ataque principal, una salida que ventajosamente repelieron los fuegos de la paralela de Orleans, y los de flanco de la orilla derecha.

Siguió el francés prolongando su paralela por la derecha hasta un corte del terreno que aprovechó para la comunicacion; reparó el destroce causado por la artillería de la plaza, y profundizó y dilató el resto de su obra. La paralela del centro, frente

el baluarte de S. Pedro, quedó terminada la noche del 21 al 22, y prolongada la gran comunicacion del llano hasta la longitud de 700 toesas, siempre en línea recta. Así mismo, y para abrazar mejor la fortificacion de la cabeza del puente, estendió por la derecha de la misma, aquella tercera paralela, dilatando y perfeccionando igualmente sus comunicaciones. Los fuegos de obús que con gran viveza y acierto dirigió la plaza á estas obras, correspondian á la prodigiosa actividad que en ellas llevaban los ingenieros enemigos, muchos de los cuales perecian entre el polvo y las ruinas de su trabajo de toda la noche. En vano colocó el sitiador buenos tiradores para que disparasen contra nuestros artilleros: nunca faltaban tras de los que morian hombres bastante valientes para ocupar aquellos peligrosos puntos.

Tampoco escaseaba á los contrarios el valor y la constancia para aproximar sus líneas hasta á 30 y 40 toesas de nuestras obras avanzadas. Mas tambien los sitiados alumbrándose por fin con fuegos artificiales, obligáronles á desamparar por cuatro veces sus trabajos con sendos metrallazos, numerosas bombas y frecuentes descargas de fusilería desde el camino cubierto. Intentaron la noche del 23 al 24 hacer una salida general, y á un mismo tiempo acometieron en todas direcciones al enemigo, dispersando á los trabajadores, especialmente á los de la trinchera de Orleans, que en toda la noche volvieron á acercarse á ella. Los fuegos y las denodadas salidas de los españoles dieron á conocer á los sitiadores algunos defectos de que sus trabajos adolecian, así es que apoyaron con un reducto la izquierda de la tercera paralela, frente la cabeza del puente, y rectificaron la del centro contra el baluarte de S. Pedro, presentándola algo mas oblícuamente á la plaza hácia su estremo derecho, á fin de evitar que la cogiesen de revés los fuegos del fuerte Orleans. El 25 la guarnicion estendiéndose en batalla, hizo durante las primeras horas de la mañana, contínuas descargas contra los grupos de trabajadores enemigos, que de dia en dia se hallaban mas cubiertos.

Durante la noche, y á poco mas de las once, un terrible cañoneo, acompañado de nutridas descargas de fusilería, precedió á otra salida que tenian los españoles dispuesta contra la sengunda

paralela, ó del centro. Guardaba este punto el 44 de línea, cuyo regimiento prevenido y animoso rechazó á nuestros soldados que á la bayoneta se le habian rápidamente echado encima, cayendo algunos muertos, heridos ó prisioneros dentro de la misma trinchera. Alentados de nuevo los españoles, á la una de la misma noche cayeron con igual vigor sobre el mismo punto, pero de nuevo se vieron obligados á replegarse á la ciudad con bastantes pérdidas, en las que no le fué en zaga el francés. Este sin embargo avanzó en medio del estruendo sus trabajos de zapa hasta 12 toesas de nuestras empalizadas. Su artillería contaba ya plantadas nueve baterías y empezada la décima contra el fuerte de Orleans, pero no rompió el fuego hasta dos dias mas tarde.

El sitiador proseguia sus trabajos de zapa contra la plaza de Armas del baluarte de S. Pedro, cuando lanzando desde ella los nuestros una lluvia de granadas de mano, salieron de improviso de las empalizadas del camino cubierto, y cayendo sobre aquellas obras, ahuyentaron de ellas á los trabajadores. Queriendo los zapadores oponer alguna resistencia, echaron mano tambien á las granadas y bayonetas, pero casi todos fueron muertos ó heridos. Sobrevino á esto gran golpe de enemigos, y en el ímpetu de su acometida empujaron á los españoles, que como leones les resistieron; mientras tanto concluian á toda prisa la comunicacion hasta la misma empalizada, terminando por apoderarse de ella y de la plaza de Armas. Muchos soldados y oficiales de ingenieros perecieron en aquella sangrienta noche.

La artillería de la plaza disparaba cerca de 2,000 cañonazos diarios, con los cuales en gran parte destruia los trabajos que el francés habia hecho durante la noche, y le mataba ó heria un centenar de soldados. Sin embargo á la séptima noche de trinchera habian ya coronado los imperiales todo el camino cubierto al rededor de la plaza, antes de disparar un solo tiro de cañon: ejemplo que raramente se ofrece en la historia de los sitios. Mas tiempo era ya de que empezasen á jugar sus piezas, puesto que los españoles no les dejaban adelantar de dia un solo palmo, haciéndoles perder mucha gente.

Con objeto de lanzar á los enemigos de sus paralelas, desbaratar sus trabajos, y llegando hasta las baterías, clavar sus piezas,

ejecutaron los de la plaza otra salida general el dia 28. Anunciáronla como las anteriores, disparando algunas horas antes todos sus cañones; fuego mortífero que causó grande estrago en los soldados y oficiales sitiadores. Eran las cuatro de la tarde cuando saliendo los sitiados en gran número, unos por la puerta del Rastre, á fin de caer sobre la derecha del francés, y por la del Temple los otros, para dirigirse rectamente á la segunda paralela, embistieron con furibundo denuedo á los imperiales, protegido el movimiento por los fuegos de la plaza y del fuerte de Orleans. Intentaban los de la izquierda flanquear la primera paralela, pero despues de alguna ventaja, hubo de repelerles hasta el camino cubierto el mismo general Habert al frente de dos regimientos. No sucedió así en el llano, donde los nuestros rechazaron completamente al sitiador hasta la segunda paralela, desalojándole de la plaza de Armas y camino cubierto, é incendiando sus gaviones y destruyendo por aquella parte sus obras. Iban á proseguir hasta las baterías, cuando acudiendo gran refuerzo de enemigos se retiraron los españoles, pero conservándose hasta la la noche en la plaza de Armas.

Esta fué la última y mas gloriosa de las salidas que hizo la guarnicion. Desde este momento pareció todo en Tortosa muy mudado. Molestado Alacha por las heridas que habia recibido, y aquejándole grave dolor de gota, resignó en su segundo el gobierno de la ciudad; bien que reservándose arbitraria intervencion en cuanto Uriarte dispusiese. Con dos gefes superiores no podia menos de sufrir menoscabo la defensa de la plaza, ó por retardo en la aprobacion de las órdenes, ó por contrariedad de pareceres ó revocacion de las providencias dadas, particularmente en unos momentos en que sobremanera importaba la rapidez en dar y en ejecutar las órdenes convenientes. Trascendió luego á la tropa y á los paisanos la indecision de los que debian dirigirles, é introduciéndose en unos y otros la desconfianza, decayeron los ánimos, debilitóse aquel valor que parecia inestinguible, y la confusion y el desórden se generalizaron al romper el enemigo el fuego de sus baterías. No contribuyeron poco los emisarios del francés á agravar semejante estado de cosas.

Con las primeras bombas que arrojaron, se puede decir que

tomaron posesion los invasores de la ciudad de Tortosa. Una batería de 4 cañones de á 24, y otra de 4 morteros de á 10 pulgadas, rompieron el fuego al amanecer del 29 de diciembre contra los puntos avanzados del fuerte de Orleans que barrian el llano. Luego hasta siete baterías expugnaron de frente los baluartes de S. Pedro, S. Juan y cortina del Temple, flanqueando algunas de sus piezas la garganta de la cabeza del puente. Contra este punto dirigia sus tiros una batería de 8 morteros para batir toda la masa de obras del frente de ataque, mientras una de tres cañones de á 24 y 2 obúses de á 4 pulgadas, y otra de 6 piezas de á 12 y 2 morteros coadyuvaba el ataque principal enfilando por el flanco al baluarte de S. Pedro, y combatiendo el puente de barcas, en cuanto no está resguardado por la fortificacion de su cabeza, así como el castillo y fuerte de la Tenaza. Con 12 baterías, pues, compuestas de 55 bocas de fuego, redujo bien pronto á silencio el sitiador la artillería de S. Pedro, y la del Temple no conservó mas que una pieza de flanco. El fuerte de Orleans resistió sin embargo con estraordinaria entereza, desbaratando algunos cañones al enemigo. Aunque deshechas cinco barcas de las que sostenian el puente, mantúvose á flote la tablazon, permitiendo comunicar, bien que no sin alguna dificultad, con los defensores de su cabeza: mas al dia siguiente quedaron desbaratadas las tablas é interrumpida del todo la comunicacion. La plaza pudo causar todavía grave daño al enemigo con el fuego de sus obúses y pedreros.

Avanzaron los imperiales la noche del 30, hasta la contraescarpa de la cortina de S. Pedro, desde donde parapetados con gaviones intentaron los zapadores facilitar la bajada al foso para minar el muro; pero les arrojaron de allí las dos piezas colocadas sobre el cuerpo saliente de la cortina que flanquea el foso, y la multitud de granadas de mano y faginas embreadas ardiendo, que al propio tiempo lanzaron sobre ellos los sitiados, causándoles gran mortandad é incendiándoles los gaviones. Otra batería estableció aquella noche el enemigo en la orilla derecha, desde donde arrojó sobre el caserío proyectiles huecos que causaron poco daño. Los de la cabeza del puente, aprovechándose de la oscuridad, pasaron el rio á nado ó como pudieron, habiendo an-

tes pegado fuego á cuanto era combustible y clavado los cañones. Poco despues las dos piezas de la cortina del S. Pedro quedaban desmontadas. Entonces avanzaron los zapadores por el foso hasta el pié del baluarte, cubiertos con gaviones y sacos de tierra, y comenzaron á trabajar la mina, bien que con pérdida de bastantes hombres.

Principiada tenia el enemigo otra batería de brecha de 4 piezas contra el ataque principal la mañana del 31, adelantados considerablemente sus trabajos los mineros, y sumamente ensanchada la brecha. Ya en el frente atacado no se disparaban otras armas que los fusiles, con algunas granadas de mano. El asalto era tan esperado de los franceses como pavoroso se presentaba para los españoles. El temor á la esplosion de la mina les tenia á éstos en zozobra ó alejados del baluarte, y las murallas de aquella parte, que con el estruendo de los anteriores disparos se habian resquebrajado en varios puntos, amenazaban sepultar en sus ruinas á los que al reventar la mina las coronasen.

Por otra parte, clavado el enfermo y aturdido Alacha en el castillo, ó nada acertaba á disponer, ó si lo hacia era para entorpecer las providencias de Uriarte, el cual afanado por acudir á todo, y animado del mejor deseo, apenas podia, entre las contraórdenes con que el mal aconsejado gobernador le entrababa, el desaliento y la insubordinacion que cundia y los progresos del enemigo, tomar medida alguna eficaz. Militares habia sin duda en la plaza de habilidad y energía, pero en tan apurado trance nada bastaba á conjurar el peligro. Consultólos sin embargo el segundo gobernador, y opinó la generalidad que pedida y alcanzada una tregua de 20 dias, si en este término no era socorrida la plaza, debia rendirse. Aunque algunos no dejaron de impugnar fuertemente semejante resolucion, prevaleció el voto de la mayoría, y enarboló el castillo bandera blanca á las diez de la mañana del dia 1.º de enero de 1811. Partió luego al campo francés el coronel de ingenieros Veyan. Suchet no pudo menos de desechar con enojo una proposicion tan inadmisible, y mandó continuar el fuego de sus baterías de brecha. Esta se hallaba ya en buena disposicion para el asalto. Dos brechas se abrieron aun aquel dia en poco mas de siete horas.

Iba el enemigo á lanzar sus tropas al asalto á la madrugada del 2, desentendiéndose de las tres banderas blancas que enarbolaron en sus fuertes los sitiados, indignado por las proposiciones que se le habian hecho el dia anterior, cuando tal vez desdeñándose de coronar tan fácilmente su triunfo, despachó á la plaza al oficial superior Saint-Cyr, con facultades estrictas para admitir una inmediata capitulacion. Avistado el parlamentario con Uriarte, halló á éste insistente en lo que se tenia propuesto, y encarándose luego con Alacha observó la misma firmeza, añadiendo todavía el conde, «que el deseo de que no se vertiera mas sangre del vecindario le habia inclinado á á la tregua, pero ya que esta no se concedia, era su ánimo defenderse hasta el último estremo.» Consecuente hubiera sido consigo mismo el gobernador de Tortosa á mantenerse en tan digna resolucion, pero como le observase Saint-Cyr, que los trabajos del sitio estaban terminados, que dentro de un momento estallaria la mina, y nada bastaria á oponerse á la entrada de los imperiales por las tres brechas practicables, amilanóse Lili, y ya pareció otro hombre. Habló, con admiracion de cuantos le rodeaban, de entrar en tratos y de que se diese por libre á la guarnicion; pero el parlamentario francés rehusó entablar negociacion alguna sobre esta base. La guarnicion se hallaba sobreexitada por la repentina mudanza de su gobernador, y desde entonces los paniaguados del francés esforzáronse en sus ocultos manejos para entregar prontamente la plaza. Uriarte habia formado la resolucion de que capitulase la ciudad, pero conservando la guarnicion los principales fuertes. Estraño propósito que sin embargo se encaminaba á separar á los malcontentos de los que opinaban por sostenerse hasta el último trance. Mas Alacha manifestó sériamente á su segundo que estaba decidido á capitular así por los fuertes como por la plaza.

Nada ignoraba Suchet de cuanto dentro de los muros de Tortosa acontecia, así es que temiéndoselo todo de la parte mas animosa de la guarnicion española, exigió, antes de entrar en trato alguno, que se le entregase en prenda el fuerte llamado Bonete. Adelantóse á sus deseos el débil Alacha, enviando á decirle, «que relajados los vínculos de la disciplina, le era

imposible concluir estipulacion alguna sino le socorria con buen refuerzo de tropa. ¡Indigna humillacion! Corrió el mismo Suchet, acompañado solo de algunos oficiales y una compañía de granaderos, á reunirse con Alacha en el castillo. Harto confirmaba tan atrevido paso en el francés, las inteligencias con que entre los de la plaza contaba. Con todo, aun dentro de ella el mariscal, ó al menos dentro de uno de los fuertes, los valerosos soldados españoles amenazaban renovar la resistencia, y la hubieron á no dudar renovado, si Suchet, para evitarlo, no se hubiese dado prisa en abreviar la llegada de sus tropas.

Mandada escribir y firmada sobre una cureña la capitulacion, desfiló la guarnicion con los honores correspondientes, entregando las armas y quedando prisionera de guerra. Su número llegaba todavía á 4,000 hombres. Los enemigos ocuparon todos los puntos fortificados, encontrando en ellos hasta 77 bocas de fuego, que habian disparado durante el sitio 20,000 tiros. Los franceses solo habian puesto en batería 60 piezas que hicieron 12,000 disparos. En 13 noches de trabajo abrieron 3,200 toesas de trinchera. Su pérdida igualó, sino fué superior, á la de los españoles, por lo menos en cuanto á oficiales de alta graduacion y sobresaliente mérito.

El vencedor hace en sus memorias grande elogio de la defensa de Tortosa, sin duda pensando así aumentar la gloria de su triunfo; mas hubiera de haber suprimido el diario del sitio, del cual resulta, segun ya hemos hecho notar, que la plaza dejó coronar el camino cubierto por los enemigos, antes de que éstos pusiesen en juego sus cañones. «Una guarnicion de 8,000 hombres, dijeron despues los mismos franceses, que tal triunfo consiente en unos enemigos que ni siquiera le han hecho el honor de saludarla con su artillería, está por esto solo para siempre infamada, y su gobernador merece ser tratado como un cobarde é ignorante y traidor á su rey y á su patria.»

Como tal fué condenado el conde de Alacha, á quien algunos escusaron con su ancianidad y sus achaques, así como con las sugestiones insidiosas de sus consejeros, vendidos al oro francés. Mas el pueblo catalan hubo de juzgarle con la severidad que pedian su entusiasmo y el peligro en que la patria se hallaba,

y un consejo de guerra condenó al vencido á ser ejecutado en estátua, ya que su persona se hallaba en poder del enemigo é internada á Francia. Absolviéronle despues los tribunales de Fernando VII, al igual que á García Conde, aunque con menos motivo. El que en la propia ciudad natal del defensor de Lérida, habia tan pública y acremente baldonado la conducta de este militar y de las tropas que bajo su mando pelearon, hubo de dar allí mismo ejemplo de insigne pusilanimidad, infiriendo en su reputacion una mancha que la posteridad no podrá nunca disimular.

Nada hacia falta á Tortosa cuando la sitiaron ejecutivamente las fuerzas de Suchet, apoyadas por las de Macdonald, al cual habia de batir completamente el ejército de O'Donell si hubiese intentado por la parte de Tarragona hacer levantar el sitio. Artillería, municiones, víveres, 7 ú 8,000 hombres de tropa y algunos miles de paisanos armados, numerosas fortalezas que señorean la llanura y gran parte de las montañas vecinas, todos sus medios de defensa eran mas importantes que los de otras plazas que sufrieron mayor expugnacion de los invasores. Bien es verdad que al ver frente de Tortosa dos grandes ejércitos enemigos, debieran de haberse puesto de acuerdo los tres generales que mandaban á los españoles en Cataluña, Valencia y Aragon, para caer en un mismo dia sobre los franceses, con fuerzas tal vez superiores. Mas esto no disculpa en modo alguno al gobernador de Tortosa, y si algun acuerdo hubo entre nuestros generales, ya hemos visto que solo produjo acciones parciales y desgraciadas. Con efecto, Suchet despues de hacer retirar hasta á Valencia al general Caro, puso en derrota á las tropas que de nuevo avanzó su sucesor Bassecourt, en tanto que Klopicki arrollaba á Villacampa en las montañas de Aragon, y Macdonald mantenia á raya á los catalanes desde el Perelló. Todas las avenidas de la parte de la provincia de Lérida estaban además guardadas por fuertes columnas enemigas, y la Barre era rechazado sobre sus posiciones.

Por otro lado, O'Donell adolecia cruelmente de sus heridas, y esta circunstancia le arrebataba gran parte de aquella prodigiosa actividad que tanto le habia distinguido. Con viles mañas trataron

los invasores, y otros que no lo eran, de destruir el prestigio de que tan justamente disfrutaba, y aun se valieron de un libelo en catalan, que fué impreso y publicado por disposicion del mismo general, tanto para manifestar el desprecio que tal escrito le merecia, como para remitir al juicio de los buenos españoles la justicia ó injusticia de los cargos que en él le iban dirigidos. Noble conducta que estuvieron bien lejos de imitar los enemigos de nuestras libertades (1).

La esperanza de que Tortosa no habia de rendirse en 19 dias de asedio, permitia al general español disponer del tiempo necesario para reunir hombres, dinero y víveres en la proporcion que era indispensable para la realizacion de la empresa que proyectaba. Apremió á los pueblos, en 18 de diciembre, para que presentasen con premura los cupos que les habian sido señalados; para que sin disculpas ni retardos pagasen las contribuciones, imponiéndolas extraordinarias á las personas mas acomodadas: mandó recoger la plata de las iglesias que no fuese absolutamente precisa para el culto divino; á los cabildos, comunidades y gente acaudalada que presentasen los granos, ganados y caballos que poseian, y en general que cada uno tomase una parte directa en la salvacion de Tortosa, que lo era de toda la provincia.

Cuando tan costosos esfuerzos estaba haciendo el principado empeoró en su salud O'Donell, alma, como hemos dicho, y esperanza de los catalanes. Embarcóse para Mallorca el 28 de diciembre, entregando interinamente el mando, como mas antiguo

---

(1) Echábanse en cara al capitan general de Cataluña atropellos y destierros arbitrarios, la pérdida de la batalla de Vich, la de la accion de Margalef, y la de las plazas de Lérida y Mequinenza; culpábasele por conservar tropas en el Ampurdan dejando sin socorro á Tortosa, y de otras pérdidas y supuestos desbarros. Imputaciones que harto podia constar á los catalanes cuán poco merecidas eran. Pero no se hablaba en el sedicioso papel, ni siquiera para atenuar su mérito relevante, de la sorpresa de Villafranca por Caro, de las victorias de Esparraguera y Granollers, privando á Schwartz que estaba en Manresa de ser poderosamente socorrido, y batiéndole por último, despues de haberle obligado á abandonar vergonzosamente esa ciudad. Nada decia, en fin, de la gloriosa sorpresa de La Bisbal, Palamós y S. Felio de Guixols, y de tantas otras victorias con que ilustró O'Donell su nombre en el principado.

en graduacion, al general D. Miguel Iranzo. Faltó pues aquella confianza que el ejército y el pais tenian depositada en el glorioso vencedor de la Bisbal, y que en vano hubiera otro pretendido de pronto merecer, para volar en tiempo oportuno y con el necesario refuerzo al socorro de Tortosa.

Suchet era sin duda el mejor general que tuvo jamás en España Napoleon. Segun decia este grande hombre, con dos gefes de sus cualidades, que hubiese tenido en la península, acaso habria sido un hecho la conquista de esta nacion. El sitiador de Tortosa era hombre que reunia á un espíritu recto conciliador y administrativo, un esquisito tacto militar y un denuedo estraordinario que le habia hecho obtener increibles ventajas. «Lo que escribe, decia de él Napoleon, vale mas que lo que dice, y lo que hace mas de lo que escribe; lo contrario de muchos otros. Lástima, añadia, que no puedan los soberanos improvisar hombres semejantes.» Pero esta vez su fortuna ó la casualidad hizo que sin poner á prueba tan relevantes circunstancias, alcanzase un triunfo tan fácil para él, como doloroso para Cataluña. Si alguna gloria puede caber á los invasores por la ocupacion de Tortosa, pertenece esclusivamente á los cuerpos de ingenieros.

Sea como fuere, los catalanes iban á llorar con lágrimas de sangre la pérdida de una ciudad de tanta importancia, porque tras la posesion de Tortosa debia caer el francés, mas envalentonado que nunca, sobre la segunda capital del principado, contra la que envano se habian dirigido Chabran, Saint-Cyr, Augereau y Macdonald, por mas de una vez y con notable desprestigio de sus armas invencibles. Pero ahora no era un ejército, sino dos los que aunando sus esfuerzos amagaban dar al principado el golpe decisivo. Y nuestra provincia no se presentaba unida sin embargo como debiera para resistir al cúmulo de males que le estaba reservado todavía esperimentar. La guerra empezaba á hacerse, por parte de los imperiales, con armas á las que no siempre era fácil resistir. Los papeles incendiarios que cual brillantes chispazos menudeaban, traian al pueblo conturbado, hacíanle desconfiar, junto con lo que á ello contribuian los disfrazados emisarios y la ambicion de algunos miserables españoles,

hacíanle, decimos, desconfiar de sus mejores gefes, de los hombres que mas por el bien general se habian sacrificado, persiguiéndoles con todo el rencor que al atribulado corazon, cual baba venenosa, destilaban los mercenarios agentes del invasor en España, y desde Francia toda la turba de espatriados que ni del enemigo eran bien quistos, ni merecieron por su infidencia, de los buenos españoles, mas que desprecio y olvido.

LIBRO CUARTO.

1811.

CAPÍTULO I.

Situacion de España.—La regencia.—Convocacion de Córtes.—Diputados catalanes.—Cataluña.—Toman los franceses el castillo de S. Felipe en el Coll de Balaguer.—Conmocion popular en Reus.—El P. Coris.—Campoverde aclamado por capitan general del principado, toma el mando interinamente.—Desconcepto de O'Donell.—Batalla del Plá.—D. Cárlos O'Donell.—Nuevos disturbios en Tarragona.—Campoverde toma el mando en propiedad.—Remueve á la junta superior.—Ataca Manso á los franceses.—Conspiracion.—Desgraciada tentativa contra Monjuich.—El comisario de guerra Alsina.—Ejércitos españoles de Aragon y Valencia.—Suchet en Cataluña.—Avístase de nuevo con Macdonald en Lérida.—Incendia otra vez á Manresa el duque de Tarento.—Represalias de Sarsfield y Eroles.—Las que adopta Campoverde.—Inteligencia sobre el castillo de Figueras.—Sorpresa y rendicion de esta plaza.—Nuevas victorias del baron de Eroles.—Socorre tarde y escasamente Campoverde á Figueras.—Ardid de los franceses.—Prepárase Suchet para sitiar á Tarragona.

Duraba ya la guerra cerca de tres años. La nacion española que despues de ultrajada hasta el estremo, por los vicios del gobierno de Godoy, se habia dispuesto á paladear las dulzuras que el del jóven Fernando le anunciaba, debió levantarse iracunda al arrebatársele con su rey, su libertad y sus mas bellas esperanzas. Así la fiera inyectados en sangre los ojos é hincando en el duro suelo las afiladas garras, revuélvese furiosa contra el osado que apelando al ardid le arrebató el tierno objeto de su amor y de sus cuidados. Todas las clases confundidas, animadas todas por un

solo sentimiento, no pensaron en otra cosa al principio sino en comunicar á su brazo y á sus armas el fuego que violentamente su corazon inflamaba. Ni contaron el número de los que habian de combatir, ni las armas, municiones y recursos con que podian contar, ni las fortalezas cuya guarda y conservacion importaba; todo pareció á nuestros padres inferior, muy inferior á la grandeza, á la justicia del soberano odio que á combatir les impelia.

Pasado el primer momento, empezada á derramar la sangre de los combatientes, alcanzados los primeros triunfos, los que por la santa independencia patria peleaban, algo habia de concederse á la reflexion: pensóse en establecer las bases de una razonada defensa. Cada grupo de paisanos armados eligió su capitan, decimos mal, el mas valiente, el que á todos habia precedido en las victorias, y en las retiradas habia siempre sido su fusil el último de tronar contra el enemigo, éste permaneció en su lugar á la cabeza de los que por su ejemplo se dirigian. En cada pueblo los mas animosos se habian puesto delante de las autoridades, demasiado prudentes ó timoratas, y se habian constituido en junta de armamento y defensa para proveer á las necesidades de la guerra, cuya señal acababan de dar desde Madrid los héroes del 2 de mayo. Cada poblacion era una nacion aparte que declaraba la guerra al coloso del siglo, que tremolaba orgullosa su bandera sobre el punto mas elevado, que levantaba, ó mejor, proveia de armas á un ejército corto, sí, pero tan corto como denodado, y reunido por espontáneo movimiento, y le enviaba, confiando en Dios y en la santidad de la causa, á derrotar á las huéstes que el mundo creia incontrastables. Estos pequeños ejércitos juntáronse á poco, formáronse en cuerpos permanentes de somatenes y tercios de migueletes, porque el peligro era largo, los enemigos muchos y fuertes, y la resolucion del emperador irrevocable. Unificáronse pues los esfuerzos, y las juntas que por sí propias se habian creado y cuya diversidad de accion hubiera sido fatal para la feliz prosecucion de la guerra, se inclinaron ante las juntas corregimentales, á las que encomendaron los pueblos el gobierno de tales demarcaciones.

Mientras tanto, las tropas españolas, que á Dinamarca, á Por-

tugal, á Italia y á otros puntos habia logrado separar dolosamente de la península el ávido conquistador, acudian al llamamiento patrio, así como gran parte de las que en Mallorca y otras islas y posesiones no eran tan indispensables; reanudábanse las paces con el gobierno de Jorge III de Inglaterra, y preparábase todo para dar á la guerra grandes y dignas proporciones. Estas pedian que la España fuese gobernada por provincias y no por corregimientos; el ejército que iba á operar en cada una de aquellas demarcaciones debia tener un gefe, y no era posible á éste ponerse á la vez en relacion con tanta diversidad de gobiernos. Las juntas entonces, ya que habian sido de creacion popular, estendieron sus poderes eligiendo de su seno los individuos que habian de pasar á formar parte de la junta central de la provincia; lo mismo que hicieron luego éstas al diputar á los que constituyeron la junta suprema central del reino, la cual mudó á las provinciales el nombre de central que ella adoptaba, por el de superiores de provincia.

Pero aunque hija la suprema del pueblo, sus miras no eran tan populares como la nacion deseaba y pedia la situacion. Hombres, la mayor parte de los que la componian, demasiado afectos á las antiguas prácticas gubernamentales, no se atrevieron á dar el paso que la época adelantada venia desde algun tiempo indicando, y temerosos de sancionar con sus actos ideas ó tendencias revolucionarias, anduvieron en esta parte timoratamente cautelosos, y afectando contemporizar con la situacion no fueron sino su pesada rémora. Algunos, sin embargo, contaba en su seno la junta—y no eran por cierto poco ilustres en saber, alcurnia y riquezas—, que menos preocupados y mas prudentes que sus compañeros, propusieron que salvo la religion católica y la corona en las sienes de Fernando VII, no debia dejarse institucion ni ramo sin reforma, por estar todos viciados. Los que tal demandaban llamábanse Calvo Rozas, Conde de Altamira, Valdés y Bazan, Jovellanos, Garay y Camposagrado. Mas dominaba en la junta el elemento absolutista, y solo mediante un grande esfuerzo de parte de algunas de las espresadas personas, y atendido á que por su boca hablaba el pueblo español, se la pudo traer á buen terreno. La central prometió que reuniria la nacion en

córtes; pero se reservó interiormente hacer cuanto le fuese posible para impedir que llegaran éstas á celebrarse. Juramento ó palabra solemne seria semejante reserva, cuando, desconceptuada y fugitiva la junta, antes consintió en disolverse que en llevar á cabo un adelanto de tanta importancia para el país.

Tampoco parecia muy dispuesto el consejo de regencia, sucesor de la junta en el gobierno del reino, á consentir que se juntase en córtes la nacion. El temor tan solo, le obligó, bien que con visibles repulgos, á activar las elecciones, no espresando claramente si se habrian de reunir en una ó en dos cámaras los representantes del país. Consultado el consejo de estado, opinó por la cámara única. Mas el modo como debia procederse en las elecciones pecaba por esceso de latitud, viniendo casi á parecerse al sufragio universal, pues eran electores y elegibles todos los mayores de 25 años con casa abierta, debiendo ser los últimos naturales de la provincia que los votase. Por cada 50 mil almas debia nombrarse un diputado, sin contar los que las ciudades de voto en corte tenian facultad de elegir. Los poderes eran con la cláusula de sin escepcion ni limitacion alguna. Las Américas solo fueron representadas por un diputado por cada provincia, y aun nombrado por los ayuntamientos de las respectivas capitales.

Alentaba á la regencia la esperanza de que los elegidos serian en general hombres amamantados en el antiguo régimen y enemigos del nuevo órden de cosas, que veia en muchos vehementemente apetecer; pero los pueblos, sobrado avisados, prescindiendo de gerarquías y de nombres gastados, buscaron el talento, el saber, la despreocupacion y la energía, donde creyeron que existian, no solo á fin de que de una vez para siempre contribuyesen á destruir los tradicionales abusos, sino para que diesen á la España, en sustitucion de la antigua y viciada existencia, otra mas conforme con las necesidades de la época. Con marcada repugnancia del consejo de regencia reuniéronse por último las córtes en la isla de Leon, el 24 de setiembre de 1810. Mas de dos años habia costado á la nacion el logro de tan suspirado objeto, que desde el principio de la insurreccion venia indicado en las juntas de armamento y defensa. Pero mientras el pueblo se congratulaba por la apertura de las córtes, la regencia de España buscaba medios

como hacerlas caer prontamente en descrédito. Creia el consejo que harto pié le darian las alocadas discusiones de unos representantes apasionados y sin práctica alguna parlamentaria; mas hubo de desengañarse luego, porque á todos admiró tanta cordura, tanta elocuencia, tanto saber y tan razonadas discusiones, y eso que la regencia no quiso celebrar antes una reunion preparatoria para acordar el modo de constituirse el congreso. Fué elegido presidente nuestro paisano y distinguido jurisconsulto D. Ramon Lázaro de Dou. Inició sabiamente la discusion el *Crisóstomo de nuestro siglo*, como se ha llamado al venerable eclesiástico D. Diego Muñoz Torrero, diputado por Estremadura, y contribuyeron á sentar las bases de nuestro edificio constitucional, los distinguidos Lujan, Oliveros y Mejía, descollando entre multitud de otros oradores el grande Argüelles, apellidado despues el divino. Bien hubiera la noche misma de la apertura de las córtes dispersado á la fuerza la regencia á cuantos las componian, pero como espresó un individuo del mismo consejo supremo, el señor Lardizabal, en un manifiesto que publicó en Alicante el propio año 11, «vió claramente que en aquella noche no podia contar ni con el pueblo ni con las armas, que á no haber sido así, todo habria pasado de otra manera.»

Trató pues de demostrar la regencia que contemporizaba con las córtes, pero en realidad probó de ganarlas á su partido ó hacerlas depender esclusivamente de su voluntad, y empezó á conferir empleos á varios diputados, principiando por los americanos. Irritado por esta conducta otro de nuestros ilustres comprovincianos, D. Antonio de Capmany, sostuvo con energía, que ningun represante de la nacion pudiese obtener para sí ni para otra persona, empleo, pension y gracia, merced ni condecoracion, declarándose nulo el empleo ó gracia que se hubiese recibido desde el dia de la apertura. La proposicion de Capmany fué la salvacion de la Asamblea.

En una de las primeras sesiones, la del 30 de setiembre, se presentó á la puerta el duque de Orleans solicitando hablar al congreso desde la barandilla. Ya desde el año 8 se habia ofrecido, á las vivas instancias de este príncipe, conferirle el mando de uno de nuestros ejércitos. Instalada la regencia, juzgó ésta desacerta-

damente, que el duque habia de tener partido en el Rosellon y demás departamentos meridionales, y cayó en la debilidad de ofrecerle, esta vez espontáneamente, el empleo que tenia solicitado, confiriéndole el mando del ejército de Cataluña. Aceptado por el de Orleans, acudió sin tardanza á Tarragona, donde llegó tan en mal hora, que despues de haberse enterado de la caida de Hostalrich, de la derrota de Margalef, de la rendicion de Lérida y de que Macdonald, habiendo logrado socorrer á Barcelona, avanzaba con poderoso ejército al encuentro de Suchet; informado de la oposicion con que recibirian los catalanes á un estrangero por gefe, y de que O'Donell á pesar de tantas contrariedades continuaba en buen predicamento, volvió á hacerse á la vela para Cádiz. Desde allí entabló contestaciones con la regencia, la cual no podia cumplirle ya la palabra, con motivo de oponerse terminantemente el embajador inglés Wellesley á que se empleara al duque. Instaláronse á esto las córtes, quienes manifestaron desde luego á la regencia su desaprobacion en el asunto, de lo que informado el de Orleans se trasladó á Leon con la pretension de que hemos hablado. Negáronsela los representantes del país, insistió el duque en ser recibido á la barra, pero hallando firme en su negativa al parlamento, se restituyó á Cádiz sin despedirse de la regencia, la cual de órden de las córtes escribió al gobernador de aquella plaza que apresurase la ida del príncipe francés. Este se embarcó al fin para Palermo el 5 de octubre.

Concurrió con la instalacion de las córtes la noticia del levantamiento de nuestras colonias de América. Hecho de trascendental importancia que puso á prueba la madurez de la representacion nacional. Grandemente ocupóle tambien el importante proyecto de ley de imprenta, á la que se concedió juiciosa libertad, arrancando del Santo Oficio la previa censura que en los escritos sobre materias religiosas le era esclusiva, y confiriéndola á los ordinarios eclesiásticos.

Como era natural que sucediese entre personas de distintas condiciones, inclinaciones y edades, la asamblea se dividió bien pronto en dos partidos, avanzado el uno y mas amigo de modernizar la situacion, y resabiado el otro por la caduca forma de gobernar y enemigo de reformas. El primero se denominó *liberal;* el otro fué

llamado *servil*. Al frente de aquél figuraban Argüelles, Herreros, Calatrava, Golfin, Porcel, Antillon y el Conde de Toreno, y entre los eclesiásticos Muñoz, Oliveros, Nicasio Gallego; Espiga, Villanueva, Terreros y muchos mas. En el partido desafecto á las reformas, sobresalian algunos diputados catalanes como D. Francisco Borrull, D. Jaime Creus y D. Felipe Aner, bien que éste votaba alguna vez con los liberales. Los americanos que generalmente votaban con los del último bando, salvo cuando se trataba Ultramar, venian á formar un tercer partido esclusivamente americano.

Continuando la regencia en su plan de desacreditar á las córtes, encargó secretamente que se prendiese y tratase con rigor á todos los que hablasen mal de ellas. Indignóse el congreso al saberlo, y votó en desagravio una proposicion espresando, que al objeto de poderse juzgar libremente de sus actos acababa de dar á la imprenta completa libertad. Despues de un tiro como el que la regencia acababa de inferir á la representacion nacional, era preciso que aquella fuese removida, y se trató de ello sin levantar mano, admitiendo la dimision que al abrirse las córtes habia la misma presentado. Reducidos á tres los individuos de que la segunda regencia debia componerse, quedaron elegidos y juraron en 28 de octubre D. Joaquin Blake, antiguo capitan general del principado, D. Gabriel Ciscar, distinguido marino y D. Pedro Agar, en representacion de América, y en ausencia y sustitucion de los dos primeros D. José María Puig del Consejo Real y el marqués del Palacio.

La pasada regencia no fué vituperable en su administracion, y en la parte diplomática se mantuvo en buena y digna armonía con el gabinete británico. Debióse á ella la correspondencia secreta para tener noticia de lo que en los campamentos y corte de José acontecia; la empresa, aunque frustada, del baron de Kolli para libertar á Fernando; el aumento del ejército y la creacion del estado mayor general, propuesta por Blake, de quien se puede decir que volvió á crear bajo sólido pié el ejército español; la acertada distribucion de nuestra escasa marina, y otras disposiciones y reformas utilísimas. La segunda regencia parecia inclinarse al partido liberal.

No se habia concluido todavía el año, cuando tuvieron ocasion las córtes de manifestar hasta que punto los comunes intereses unificaban á los individuos de todos partidos. Divulgábase la noticia de las vivas instancias hechas por Fernando á Napoleon, á fin de que le permitiese emparentar con su familia, dándole en matrimonio una princesa. Con la voz indignada y general de la nacion, levantóse en la asamblea la de dos diputados catalanes, Capmany y Borrull, para proponer, el primero: «Que ningun rey de España pudiese contraer matrimonio con persona alguna de cualquiera clase, prosapia y condicion que fuere, sin previa noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española, representada legítimamente en las córtes», y el segundo, en términos mas generales: «Que se declarasen nulos y de ningun valor ni efecto cualesquiera actos ó convenios que ejecutasen los reyes de España estando en poder de los enemigos, y pudiesen causar algun perjuicio al reino.» Sino en la letra en el espíritu al menos fueron unánimemente aprobadas ambas proposiciones. Los representantes de Cataluña tuvieron pues la gloria de la iniciativa en punto tan delicado de suyo.

La situacion de la guerra no era, de otro lado, nada favorable para los españoles. No habia parte de nuestra afligida nacion que los invasores no poluaran con su aliento devastador; las principales plazas se hallaban en poder del enemigo; el mismo gobierno veíase amenazado, sitiado hasta en su último asilo, y por fin, nuestras colonias de donde tantos auxilios recibia en su dolorosa necesidad la madre patria, acababan de romper en malhadada ocasion los lazos que á ella las unian. Mas el pueblo de Pelayo se basta á sí propio en los mas duros conflictos. La conciencia de su valor y de la razon que en sangriento litigio traia, no consintieron que por un solo instante se amilanase el corazon de sus esforzados hijos. Doscientos mil españoles empuñaban todavía las armas al principiarse el año 11. Mucho pues podia aun esperarse. Es verdad que las fuerzas invasoras pasaban de 350,000 hombres; que así como las nuestras tenian la desventaja de estar muy diseminadas por todo el ámbito de la península, las imperiales apoyándose en las mejores fortalezas y divididas en tres grandes cuerpos, situado el primero en Portugal, frente á los ingleses, en las An-

dalucías y Estremadura el segundo, y el último en Cataluña y lindes de Aragon y Valencia, tenian á la vez la ventaja de la superioridad en el número, la de los fuertes que ocupaban y la de la unidad y relacion en todos sus movimientos. El ejército español se hallaba dividido en seis cuerpos, de los que formaban divisiones volantes las partidas de los mas afamados guerrilleros. El primer cuerpo era el de Cataluña, que tambien se llamaba de la derecha; el 2.º compuesto de las tropas de Aragon y Valencia, estaba á las órdenes de Bassecourt; el 3.º se formaba de las tropas de Murcia, á las órdenes de Freire; el 4.º lo mandaba La Peña y se componia de las tropas acantonadas en la isla de Leon, campo de Gibraltar y condado de Niebla; el 5.º mandado por el marqués de la Romana, comprendia las tropas del ejército de la izquierda que maniobraban en Estremadura, empleadas en parte en la defensa de las líneas de Torres-Vedras; y finalmente, el 6.º á las órdenes de Mahy, se formaba de las tropas que se hallaban en Asturias y Galicia.

En Cataluña la caida de Tortosa habia, como dijimos, sobresaltado los ánimos de todos. Despues de este suceso, pudo no solo el francés interrumpir la comunicacion por tierra, sino que se enseñoreó de la navegacion del Ebro, se apoderó de todos los buques que hacian el comercio de cabotage por las costas de Cataluña y Valencia, armó algunos de ellos en el Fangar y la Rápita, y fué apoderándose de los puertos y desembarcaderos, ya en el rio, ya á ambos lados de su desembocadura. Aumentó además su fuerza y sus medios con la artillería tomada á Tortosa, y con las municiones de guerra y boca que en la misma ciudad halló en grandes proporciones.

Resuelto Suchet á sacar las mayores ventajas del último y fácil triunfo que acababa de obtener, envió al general Habert á apoderarse del fuerte de S. Felipe, en el Coll de Balaguer, paso angosto y escarpado, sobre el camino de Tarragona, que desde el siglo anterior domina aquel castillo, fabricado para ahuyentar de foragidos y de piratas berberiscos aquellos riscos y las ensenadas inmediatas. Aunque no de las mas sólidas, bastaban sus fortificaciones, con la circunstancia de hallarse faltos de agua aquellos contornos, para detener, al menos por algun tiempo, á la fuer-

za que contra él se dirigia. No pasaba de 150 hombres su guarnicion, á las órdenes del gobernador Serra, anciano y débil de carácter. Pusiéronse á la vista del fuerte los enemigos el 8 de enero. A su aproximacion, aturdido Serra, y confiando en que se le enviaria socorro, respondió á la intimacion de Habert, pidiendo cuatro dias de término para resolver. Desechó el francés tan impertinente demanda, y rodeando completamente el castillo se dispuso á embestirlo. Poco le bastó para acabar de introducir la confusion en los españoles, los cuales á los primeros embates abandonaron las obras esteriores. Mientras lo efectuaban volóse en el fuerte un almacen de pólvora, cuyo fatal accidente obligó á los nuestros á desampararlo con mas prontitud, yendo á refugiarse en un reducto que hácia la parte de Tarragona se encuentra. Los imperiales escalaron sin oposicion las murallas, se posesionaron de aquel punto, y acometiendo en seguida á los que en el reducto parecia iban á defenderse les rindieron por capitulacion, haciendo prisionero al gobernador con 13 oficiales y un centenar de soldados. El socorro que desde Tarragona enviaron los españoles tuvo que retroceder á la vista de la bandera francesa que ya en el Coll de Balaguer ondeaba.

Fácil debió parecer á Suchet la reduccion de Cataluña, segun se le presentaban llanos los primeros triunfos, así es que considerando de mas urgencia los asuntos de Aragon, dejó á Musnier en observacion de las comarcas de Tortosa, Morella y Alcañiz, y á Palombini sobre el Ebro hácia Mora, y fortificado el puerto de la Rápita se encaminó á Zaragoza con el resto de sus fuerzas, á fin de reprimir las correrías de los partidarios que por aquella parte iban tomando de dia en dia mayores creces.

Las recientes pérdidas traian agitados á los catalanes, quienes por todas partes veian cernerse la traicion ó la infidencia, y en su dolor no vacilaban en mostrarse tan furibundos en proferir los mas terribles dicterios contra los vencidos compatricios, como impulsados por la mayor confianza en favor del nuevo gefe que se hallaba á su frente.

D. Enrique O'Donell se habia retirado del ejército de Cataluña cuando Tortosa estaba próximo á sucumbir, y ni sus laureles, ni lo grave de sus gloriosas heridas bastó á escusarle en

aquellos dias de general angustia. Antes de retirarse habíale dado la regencia un segundo en su hermano D. Cárlos, que rechazado, como luego veremos por los sediciosos y los ilusos, fué destinado á mandar el ejército de Valencia. Iranzo hubiera sin duda, como hábil militar que era, dado á la guerra atinada direccion, pero algo mas que el país se oponia á que mandase á los catalanes este digno general ni otro alguno de los que le seguian por antigüedad. Mas jóven que todos el marqués de Campoverde, se entronizó sin embargo en el mando de la manera que vamos á referir.

Apenas se hubo embarcado O'Donell para Mallorca cuando empezó á susurrarse que el herido de la Bisbal, despues de arrastrar al principado á una pérdida inminente, se llevaba de 40 á 60,000 doblones de á 8, fruto de sus estorsiones; que con la sola exoneracion de 900 quintos á 500 duros, se habia embolsado 450,000 duros y ¡cosa increible! que el mismo que tantas veces habia espuesto su vida en los campos catalanes, tenia concertado con el francés entregarle el dia 11 de enero la plaza de Tarragona. Quien se encargaba de propalar con mas empeño semejantes voces, era un cierto presbítero del oratorio de S. Felipe Neri, conocido por P. Coris, hombre que ya en el tiempo del marqués del Palacio, habia tratado á deshora de la noche en Villafranca, donde se hallaba reunida la superior, de que esta mandase tocar de improviso la generala, y á despecho del general en gefe llevase las tropas al asalto de Barcelona. Empleado despues en el servicio de hospitales, no solo afectó mezclarse mas de lo que debia en planes militares, sino que hubo de ser procesado criminalmente por fomentador de motines. Este personage, pues, era el que deshaciéndose en elogios de Campoverde, y presentando al marqués como el único de quien debia la patria esperar su salvacion, comenzó á alborotar el pueblo de Reus el 6 de enero. Compareció en la plaza del Mercadal, á caballo y con una bandera en la mano, que al compás de sus desaforadas voces agitaba gritando ¡Viva el rey Fernando! ¡Viva Campoverde! ¡Mueran los traidores! Juntáronsele algunos descamisados y multitud de curiosos que habian acudido al mercado le siguieron hácia Tarragona, á donde se encaminó la turba, llevando á su

frente la bandera de Coris un zapatero de viejo.—« Marchemos, gritaban los alborotadores, marchemós á aniquilar á la Junta y á los viles sectarios de O'Donell. »

A la noticia de que se acercaban los amotinados, reunióse el congreso provincial, juntó Iranzo á consejo de guerra á los generales, y por fin envióse á Campoverde al encuentro de aquellos. Presentarse á su vista el objeto principal de sus aclamaciones y prorumpir en espantosa gritería fué todo uno. Acallóla el general enviado, prometiendo tomar interinamente sobre sus hombros el mando del ejército. Como débiles obraron á la vez en esta ocasion las autoridades constituidas. La espresion de unos cuantos alboratadores de Reus y sus cercanías no era la del principado, ni siquiera la de un corregimiento; pero el país estaba tan consternado con los triunfos del francés, tan críticas eran las circunstancias, que se necesitaba para hacer frente á tantos contratiempos de otra mano mas robusta que la que en aquellos dias regia los destinos de Cataluña. Por tales motivos, y por un mal entendido esceso de delicadeza renunció Iranzo el mando; renunciáronlo despues de él los que por órden de antigüedad debian sucederle, amilanóse la junta, disolvióse el congreso y quedó el principado sin gobierno en los instantes de mayor peligro. Bien es verdad que Campoverde habia recibido el mando por aclamacion de una plebe desenfrenada que el sedicioso P. Coris dirigia, y aun se cree que el mismo victoreado general no fué estraño á este movimiento, pero ¿era Campoverde el brazo que habia de salvar á Cataluña? ¿era posible la salvacion? ¿hizo al menos el marqués por justificar en adelante lo acertado de su encumbramiento? Los sucesos que vamos á referir manifestarán sobradamente que no fué ésta en verdad la época mas gloriosa de la vida militar del general Campoverde.

El mariscal Macdonald que acababa de reincorporar á su ejército la division de Frere cedida á Suchet, noticioso de los alborotos y desgobierno de Tarragona, llegaba el 11 á Reus con ánimo de aprovechar la coyuntura que sus espias le presentarian sin duda, como la mas favorable para apoderarse con poco esfuerzo de la ciudad, cabeza entonces del principado. Pero aunque las armas que al enemigo se facilitaban con las perturbaciones no so-

segadas todavía, eran de suma ventaja para él, con todo, constarle debia que ante la inminencia del peligro los defensores de la ciudad hubieran aunado sus esfuerzos, y cualquier gefe habria sido á propósito para formar un plan de defensa, y ser en todo puntualmente obedecido. El ejército y los buenos patricios habrian sofocado fácilmente la voz del puñado de sediciosos, arrastrándolos á todos á la defensa de las murallas. No era además Tarragona, objeto de tan ásiduos cuidados, ciudad desprovista y mal guarnecida para ceder al primer golpe de mano que contra ella quisiera intentarse.

Hubo pues de retirarse el francés camino de Lérida, para desde allí revolver, ya abastecido de lo necesario, á intentar formalmente el sitio. Las fuerzas que habian avanzado hasta frente de Tarragona no pasaban de 6,000 hombres, los cuales practicado el reconocimiento y temerosos de una sorpresa por parte de la guarnicion de la plaza y de las tropas y paisanage que andaban por el esterior, emprendieron otra vez la marcha la mañana del 15 hácia Valls y el Plá.

En este punto se hallaba situado D. Pedro Sarsfield con una division de 3,000 hombres. Al presentarse la vanguardia enemiga fuerte de 5,000 hombres con mas de 400 caballos, y mandada por los generales Palombini y Eugeni, formó el español en dos líneas, en batalla la primera con intérvalos de batallon y en tres masas la de retaguardia cubriendo los claros de la primera. La caballería constituia como una segunda línea de reserva. Nuestra derecha cedió al principio á la vigorosa acometida de los imperiales. Disponíanse ya prevalecidos de esta ventaja á envolver por aquel lado á los españoles, cuando lanzando contra ellos Sarsfield los regimientos de infantería y caballería de la reserva, logró poner á poco en derrota á toda la division enemiga, acompañándola hasta la vista de Valls, con muerte de mas de 500 hombres. Al dia siguiente se presentó á la villa de Vallmoll el general en gefe español con 8,000 hombres y 4 cañones que habia sacado de Tarragona, con intento de coger entre dos fuegos al enemigo que se mantenia en Valls. Pero salió éste á presentarle batalla con la mayor parte de sus tropas, mientras con las restantes entretenia á Sarsfield. A fin de aparentar á Campo-

verde grandes fuerzas, sacó por ambos lados, prolongándola estraordinariamente, la tercera fila de su línea de batalla, á lo que engañado el español, creyó que iba á ser envuelto por ambos flancos con gran superioridad, y á las diez de la propia mañana se retiró precipitadamente á Tarragona. Sarsfield entre tanto habia hecho las tres descargas generales convenidas para principiar el ataque, pero no contestándole el marqués, dedujo que aun no se hallaba éste en disposicion, y aguardó en vano á que se le contestase.

Los enemigos desaparecieron aquella noche validos del siguiente ardid. Amenazando de muerte al baile de Cambrils le obligaron á trasladar á Campoverde un supuesto parte del comandante del Coll de las Molas, noticiando que el ejército de Aragon bajaba en número de 13,000 hombres por el Coll de la Alforja, y á comunicarle, de su cuenta, que la propia noche habian de llegar á la villa de Cambrils sobre unos 12,000 franceses procedentes de Tortosa, segun acababa de saber por la avanzada de 300 de ellos que se hallaba ya en dicha villa disponiendo los alojamientos y aun preparando la cena para Suchet. Con semejante estratagema intimidados los españoles, pudo Macdonald continuar su camino sin el menor contratiempo. Los apuros en que se hallaba eran de consideracion, pues no solo carecia de municiones, sino de víveres y forrages.

La junta superior previendo que á no tardar debia verse asaz comprometida la suerte de la ciudad, habíase desvelado por asegurar su defensa, escitando al general en gefe, al comandante de las fuerzas navales del Mediterráneo, á las córtes, al consejo de regencia, y principalmente á sus comisionados de Cádiz, para que no dejase de ausiliarse al principado como convenia. Por otro lado tenia hechos grandes acopios á fin de que en mucho tiempo pudiesen faltar víveres en Tarragona, estimulando á los habitantes de la misma á prevenirse para oponer en su dia la mas firme resistencia y compartir con la tropa los trabajos del sitio que ya no debia hacerse esperar mucho tiempo.

Semanas llevaba de cautividad Tortosa, y todavía se ignoraba en Cádiz su funesta pérdida. Los comisionados catalanes seguian instando cerca del gobierno por el pronto socorro de aquella

plaza. Uno de ellos, Oliver, acababa de abrir una suscripcion, autorizado por la regencia, cuando llegó allá la fatal noticia. Pasó en seguida á la isla de Leon el comisionado para interceder cerca de las córtes, mientras quedaba Archer al lado del supremo consejo. Comunicóse al congreso catalan, en 22 de enero, el estado en que se hallaban los asuntos, mas por estos dias se habia disuelto ya el congreso, y aunque la junta superior continuaba en pié reasumiendo las atribuciones de aquél y renovó á dichos comisionados sus poderes, nada pudo por entonces recabarse del gobierno español ni del inglés, á pesar de que en Cádiz se hallaban inmensos caudales venidos de América y pertenecientes á los catalanes, que tenia en dicho puerto detenidos la junta superior gaditana.

La de Cataluña en vista de la ineficacia con que sus comisionados se esforzaban por obtener alguna ausilio, apeló á medios estraordinarios para subvenir á la suma escasez de dinero que en el principado habia. Decretó pues, reproduciendo la disposicion de O'Donell, que todas las iglesias catedrales, parroquiales y otras entregasen, mediante recibo, toda la plata y el oro que poseian, conservando solo los vasos sagrados. Prohibió además á toda clase de personas el uso de alhajas y adornos de plata y oro, consintiéndolo únicamente á los militares en cuanto á los distintivos de su graduacion.

En la junta habia muchos, y no eran los menos, que repugnaban acatar cómo autoridad legítima á Campoverde, el cual ni siquiera en el concepto de interino se apresuró á impetrar la autorizacion ó el beneplácito del gobierno. Constaba al general esta disposicion de la mayoría de la superior, y meditaba disolverla, cuando ella presentó en masa la dimision. Sorprendido el marqués aparentó no admitirla, pero como aquella habia acudido al mismo tiempo, pidiéndole que en cumplimiento del decreto de 17 de junio último, eligiese los sugetos que en adelante debian componerla, nombró al efecto 9 individuos. Apenas la recien instaurada junta empezó en el ejercicio de sus funciones, que ya otra, compuesta de 6 vocales se levantó á su lado para atender á las necesidades de la provincia. La superior que ninguna noticia tenia de la nueva autoridad, pidió esplicaciones al general, quien

manifestó que no solo habia autorizado la creacion de la segunda junta, sino que en aquella fecha llamaba á Tarragona otro congreso provincial. Protestó la superior, pero aplazó para cuando estuviesen reunidos los representantes del país, el esponer ante ellos los inconvenientes que resultarian de tal multiplicidad de autoridades.

Mientras tanto embarcó Campoverde al general Schwartz y hasta 162 oficiales franceses, que se hallaban prisioneros de guerra en Tarragona; proclamó que no admitiria parlamentario alguno; trató de dar nueva organizacion al ejército, de vestirlo y pagarlo como era debido; devolvió al pueblo las armas, cuyo uso habia restrinjido O'Donell; espulsó de la ciudad á los estrangeros, á los vagos y á la gente sospechosa, y llamó á su lado, para que de asesores ó consejeros le sirvieran, á sus amigos los oidores Mendieta y Fernandez de Córdova que se hallaban en Mallorca.

No pasaron muchos dias sin que apareciesen, no ya una sola, sino varias juntas clandestinas, compuestas de gente bulliciosa y desatinada á la par. Volvió á quejarse la superior, viendo que Campoverde no resolvia sofocar en sus comienzos tan anárquicos destellos que aquí y allá rápidamente aparecian. El mar turbulento de las pasiones bramaba con sorda tempestad, amenazando de muerte, mas que el francés, la independencia de los catalanes. El congreso provincial estaba convocado para el 24 de febrero. Todavía faltaban algunos dias. La regencia al conferir el mando del ejército de Cataluña á D. Cárlos O'Donell creyó poner coto á tales demasías; mas ya el principado odiaba este ilustre apellido, merced á las falsedades que sobre la conducta del último general en gefe habian esparcido los desventurados amigos del marqués, muchos de los cuales no dejaban de ser engañosamente seducidos.

Debian pues los revoltosos oponerse á la voluntad de la regencia, toda vez que ésta no confirmaba en el mando al general que habian elegido. Para llevar á cabo esta idea estaba dispuesto que el domingo inmediato al dia 10 de febrero, compareciese gran golpe de gente á Tarragona, atronando las calles con vivas á Campoverde. Sabedora de ello la Audiencia reunióse la noche del 8, en acuerdo estraordinario, al que invitó á las demás au-

toridades, y especialmente al canónigo Avellá, como juez que era del Breve, por hallarse mezclado en el alboroto algunos eclesiásticos. Acordado que pasara una comision á instruir al general de cuanto ocurria, y á manifestarle lo mucho que importaba al público sosiego alejar prontamente de la ciudad á los sediciosos, cuya lista se le acompañaba, presentáronse á Campoverde acto contínuo los enviados, y espuesto el objeto que les traia, contestóles el marqués que sin levantar mano mandaria estender las órdenes para la separacion de los sugetos designados. Mas apenas idos los comisionados, negóse aquél á firmar los oficios que segun su órden habia estendido y le presentaba el magistrado D. Miguel de Prats y Villalba, y sin otro motivo envió á prender á media noche del 12 al 13, por una partida de granaderos, al canónigo Avellá, al regente Olea y Carrasco, al auditor de guerra y asesor general del principado D. Ramon María Sala, con algunos otros de los que habian aconsejado la represion del movimiento revolucionario. El partido de los que poco antes censuraban á O'Donell por haber confinado á varios á Mallorca, debia sobrepujarle enviando con la mayor injusticia á algunos de los nombrados á los buques Diana, Paloma y Cambrian, para ser transportados á Cartagena, á Ceuta y otros puntos. Repúsoles con todo en sus destinos la regencia, en 18 del próximo noviembre.

Vino por fin el domingo 17 de febrero. Los descamisados invadieron las calles de Tarragona, movidos por los agitadores corifeos. No impidió esto que Campoverde dejase su alojamiento para ir á misa á la iglesia de los Agustinos, contra su costumbre de oirla en el mismo palacio. La salida de la iglesia fué la señal de su aclamacion. Desataron sus fauces los amotinados, y prorumpieron en vivas á Campoverde, gritando que se adjudicase éste la propiedad del mando que interinamente desempeñaba. Hízolo así el general, aun cuando tal vez hubiera obrado mejor con atenerse á su interinidad y dispersar aquel puñado de necesitados y agentes de la anarquía, á alguno de los cuales hubo de escapársele que por un real de vellon que le habian dado no queria gritar mas.

Desde este momento quedó instituida la tribuna pública en el

palacio arzobispal primero, y despues en la iglesia de religiosas de la Enseñanza, á donde se impusieron, tanto el general como la junta, obligacion de asistir para escuchar y aprovecharse de los mil desbarros que una turba de energúmenos, entre los cuales se contaba el P. Coris, les entretenia con enojosos consejos, desatinados proyectos y diatrivas insufribles. El mismo Campoverde, que sin duda arrastrado por las circunstancias la autorizó, tuvo que enfrenarla luego; mas como solo era creacion de unos pocos aturdidos, se vió bien pronto, sin esfuerzo estraño, abandonada, despreciada, morir del propio modo que habia nacido; como debia sofocarse una idea que no era espresion sino de un mezquino interés particular. Es inútil decir si dejarian de entregarse aquellos dias á las llamas los procesos acusadores de ciertos gefes de la pandilla revolucionaria.

En el poco tiempo que llevaba de existencia la nueva junta habia estrechado los vínculos de amistad con los reinos de Aragon, Valencia y Murcia, pero se disponia para dimitir tan luego como estuviese reunido el congreso. La publicidad con que debia celebrar, á pesar suyo, sus sesiones era tan mal entendida, tan inconveniente además en aquella época, que difícilmente, con semejante traba, podia gobernar con acierto. Verificóse la deseada reunion de los representantes de 10 corregimientos, faltando solo los de Tortosa, Barcelona y Figueras, el dia 2 de marzo. Inauguró las sesiones Campoverde, poniendo en boca de los defensores de la plaza las siguientes palabras: «Los muros de Tarragona solo restan á mi amada patria: estos brazos los defienden. Por ellos ha de pasar el enemigo, si osado y temerario pretende esclavizarla». Y por su parte renovó el juramento de sacrificar su vida en defensa de la religion y de la patria. En seguida presentó la superior su dimision. Mas tampoco tardó en disolverse este nuevo congreso, dejando encomendado el gobierno económico de Cataluña á otra junta superior.

Frente de Barcelona, entre tanto, Manso y Eroles eran azote del francés. El primero habíase opuesto á una columna imperial, que no pudiendo pasar de S. Andrés de Palomar, se vió obligada á formar el cuadro y á retirarse en esta disposicion á Barcelona, con pérdida de buen número de soldados. Algunos dias

despues, en 20 de enero, interceptó el regreso á la misma ciudad de unos 150 imperiales, por la parte de Santa Coloma, obligándoles tambien á formar el cuadro, en cuya disposicion trataron de retirarse hácia Badalona, pero los dispersó completamente la caballería española hasta unas zanjas que le impidieron seguir el alcance, mas desde donde nuestra infantería les fué acosando hasta que se acogieron al fuerte Pio. Al mismo tiempo Eroles acudia á Mataró y á los pueblos de la costa animándolos á resistirse al pago de las contribuciones que el francés les exigia, y con la mayor actividad y destreza enfrenaba dentro de los cautivos muros á la guarnicion de Barcelona, ignorante generalmente de las operaciones de Macdonald.

En el Ampurdan el comandante de las partidas patrióticas D. Estéban Llobera, peleaba junto á Bañolas, en 17 de febrero, con una partida de Parrots que servia de guerrilla á los franceses y una columna de 700 enemigos con que éstos la ausiliaron, y que no bastó á derrotar á los nuestros. El coronel Iglesias arrojaba el 20, de Pratdip, á una division enemiga, despues de haberla tomado en tres horas de combate hasta veinte veces sus posiciones. El 28 el general Courten salió de Reus con 4,000 infantes y 230 caballos, para tomar á los imperiales sus posiciones del Perelló. Avanzó la division española por el Pla del Burgá, mientras el brigadier Martinez, al que se unió el dia 3 de marzo Campoverde, marchó á atacar el castillo del Coll de Balaguer para impedir á su guarnicion que enviase socorro á los del Perelló y Platé. Esta fuerza se mantuvo hostilizando el fuerte hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora ya debia haberse decidido la accion por parte del general Courten.

Halló éste prevenidos á los enemigos en la venta del Platé, pero obligóles á replegarse sobre los que avanzaron á socorrerles desde el Perelló. Verificada su reunion cerca de este punto, obstinóse el francés en sostener el ataque apoyándose detrás del pueblo, de donde no tardaron en desalojarle á la bayoneta los españoles. Procuró sin embargo rehacerse y se retiró con algun órden hasta la Ampolla, en cuyo punto fué reforzado por la guarnicion de Tortosa. Logrado el objeto que los españoles se proponian, retiráronse á su vez sin ser molestados por sus con-

trarios, quienes habian esperimentando la pérdida de mas de 200 muertos y unos 500 heridos. La nuestra no pasó de un centenar.

Campoverde se habia propuesto señalar la época de su mando en el principado con un triunfo de que largo tiempo se conservase memoria, mas hubo de ser poco feliz para obtenerlo; sus empresas parecian llevar el sello de la desgracia. Los conspiradores de Barcelona, dignos compañeros en fortuna de este general, no habian reposado desde las últimas y desgraciadas tentativas que llevamos relatadas; así, en los años anteriores, variando de planes á medida que fracasaban, ora sobornando á dos sargentos que pegarian fuego al almacen de pólvora de la Ciudadela, ora teniendo adelantada la entrega de otro fuerte, ó de una parte principal de las fortificaciones, procuraron presentar á los generales españoles la coyuntura mas propicia para introducir sus tropas en la ciudad. Durante el mando de O'Donell habia éste general diferido, sino desechado, la ejecucion de uno de tantos proyectos; no ciertamente á causa de lo descacabellado de los mismos, como algunos han dado en suponer, por aquello de que siempre se juzga segun son los resultados, sino porque O'Donell esperaba, obrando conforme al plan que se habia trazado, brillar en Cataluña con otra gloria que de hábil general le acreditase, como lo logró sin duda.

Al advenimiento del marqués repitieron los barceloneses sus acostumbradas ofertas, manifestaron el estado de sus trabajos, y pusiéronse con ellos á las órdenes del nuevo general en gefe. Este envió cerca de la ciudad á algunas personas de su confianza que con todo sigilo se inteligenciasen con los conspiradores de dentro, y cuando se le avisó que ya todo estaba arreglado para apoderarse del castillo de Monjuich, á cuyo gobernador se habian ofrecido por la entrega 7 millones de reales en letras giradas sobre la casa de Montagut, partió de Tarragona el 18 aparentando dirigirse contra Macdonald, á quien supuso el intento de socorrer á Barcelona.

Reunidas en Igualada las divisiones de Courten y Sarsfield, recibieron órden de marchar por S. Sadurní á Molins de Rey, á donde llegaron al anochecer del 19. Despues de unos momentos

de descanso, adelantó hácia el Hospitalet una division, cuya vanguardia mandaba el valeroso Manso. Ya éste á últimos de enero, de concierto con los moradores de la ciudad, é inteligenciado con dos oficiales del castillo se habia procurado unas llaves, y habia llegado la noche convenida hasta la lengua de sierpe, cuando alguna equivocacion en las señas fué causa de que se descubriese y desbaratase el intento. Mas ahora, afírmase con fundamento, que el mismo Bernat de las Casas, deseoso al parecer de reconciliarse con sus compatricios, terciaba en el asunto, y que con este fin se negaba á acceder al matrimonio que intentaba contraer el citado gobernador con una hija suya hasta tanto que consintiese en la entrega de aquella fortaleza, y ofrecia además en rehenes á su hijo primogénito.

La empresa debia ser llevada á cabo del modo siguiente: Con motivo del cumpleaños del intruso rey, los oficiales franceses Sunié y Potard, secundados por algunos sargentos, á todos los cuales se habia prometido dinero y grados en el ejército español, tendrian cuidado de embriagar á los soldados de vigilancia, y á la media noche, el mismo gobernador y los oficiales inteligenciados, abririan las dos puertas que dan al foso esterior y la de la poterna del Socorro. Entonces metiéndose súbitamente en el castillo los 1,200 hombres escogidos que fuera debian estar prontos, mandados por el teniente coronel D. Antonio Rotten, sorprenderian á la guarnicion, apoderándose de ella y del castillo. En el ínterin otra columna debia situarse en disposicion conveniente para rechazar cualquiera salida que los de la plaza intentasen.

Temiendo el marqués esponer á todo el cuerpo de Rotten, caso de sobrevenir algun fatal incidente que impidiese la ejecucion del proyecto, ordenó á este gefe que solo avanzase unos 200 hombres, manteniendo de reserva los mil restantes. Aseguróse además de la persona del comisario de guerra D. Miguel Alsina, uno de los que estaban al frente de la conspiracion y que se habia entendido con las Casas, para castigarle con la muerte si la empresa resultaba por mala fé suya desvanecida. Campoverde y el baron de Eroles se adelantaron con otra division por el camino real, y el general San Juan con tres regimientos

de caballería se quedó á la otra parte de Coll Blanch. Courten se situó en el almacen de pólvora de la montaña de Monjuich, para sorprender la puerta de Santa Madrona, tan luego como quedase por nuestro el castillo.

Dispuesto así todo, adelantáronse los 200, logrando sin contratiempo coronar á poco mas de las doce de la noche la cresta del camino cubierto, desde donde bajaron al foso con el mayor silencio, hallando en una de las plazas de armas una tienda de campaña desocupada. Mas el francés que estaba minuciosamente enterado del plan, por los mismos que se fingian vendidos á los españoles, tenia un fuerte destacamento dentro del foso, los cañones cargados de metralla y preparados los fuegos de iluminacion para mejor dirigir su puntería. De suerte que cuando llegados los nuestros al pié de las murallas buscaban la puerta de la poterna que los doblemente traidores debian tener espedita, iluminóse de repente el campo, oyóse el grito alarmante de *¿ quién vive?* y á un tiempo fueron acometidos los del foso por la fuerza enemiga que en él les aguardaba, y por los que inmediatamente aparecieron en los muros, cuyos cañones vomitaron muerte y esterminio sobre las divisiones españolas tan de improviso descubiertas. Es indecible la confusion que en aquellos instantes debió de reinar. Impacientes los de las baterías, á la par que ametrallaban á los mas distantes, arrojaban á los del foso toda clase de proyectiles, sin atender á que en él andaban revueltos españoles y franceses; y creyendo enemiga una division suya situada en la falda de la montaña para cortar en su retirada á los nuestros, la destrozó casi por completo, matándole ó hiriéndole mas de 400 hombres. A tal error y á la precipitacion con que obraron los imperiales se debió que no escediera nuestra pérdida de un centenar y medio de hombres. Dentro del foso quedaron los mas de los muertos, heridos y prisioneros.

El gobernador de Barcelona habia hecho salir preventivamente á las diez de la noche por la puerta Nueva una columna de 2,000 hombres que aparentando tomar el camino de Mataró torció luego á la izquierda, y esperó el momento de acometer á los españoles en su retirada hácia el Llobregat. Llegada esta ocasion embistieron en la carretera real á los que venian fugitivos

de la montaña de Monjuich, muchos de los cuales se salvaron atravesando un barranco, pero no pudiendo hacer lo mismo los gefes que iban montados, entre los cuales estaba Manso, dirigiéronse con los franceses por la carretera y siguieron confundidos con ellos en medio de la oscuridad y del desórden. Manso cayó de á caballo desgraciándose el rostro, pues perdió la dentadura, y permaneció sin sentido y magullado en el camino hasta que fueron sus soldados á recogerle. La noticia de su grave herida que desde luego se esparció, puso en consternacion al país mas que si se hubiese perdido la mitad del ejército. Hiciéronse rogativas para su restablecimiento, señalándose entre todos el abad del monasterio de Ripoll, quien concedió 40 dias de indulgencia á los que asistiesen al solemne oficio que en accion de gracias celebró al recobrar aquel héroe la salud (1).

Pasados los primeros momentos de confusion rehiciéronse los españoles y se mantuvieron fuertes en sus posiciones del Llobregat, sin que bastasen á desalojarles de ellas en todo el dia 20 las tropas imperiales; antes bien, la vanguardia del baron de Eroles las obligó á retirarse á la plaza, hasta cuyas inmediaciones les fué acosando. Campoverde mandó en seguida replegarse todas las divisiones á sus antiguos puntos, y él con la fuerza traida de Tarragona volvió á los pocos dias á esta ciudad. El brigadier Milans, que llegado á Olot de comandante general de aquel canton el 4 de marzo, habia batido una division enemiga de 4,000 hombres, en los dos dias siguientes, contribuyó sin pensarlo acaso á á hacer menos dolorosa la pérdida de Campoverde, pues sabiendo que de Gerona acababa de salir, á las órdenes del general Dumoulin, una division de 4,000 hombres tambien, con intento, y

---

(1) Pocos dias antes de la funesta tentativa contra Monjuich, habian tratado de envenenar á Manso los franceses, por medio de un tal Cosme, y casi habrian logrado acabar con la vida del ilustre caudillo, á no acudir éste con tiempo al contraveneno. Cuando se hallaba convaleciente en la villa de Esparraguera, confesó á un amigo suyo, que otras veces habia temido ser víctima de igual acechanza, añadiendo: «Estos franceses han hecho todas las tentativas posibles para acabar conmigo, pero la Vírgen de Montserrat me ha librado siempre de todas». Cosme recibió el castigo que merecia, pues fué fusilado en Martorell el 13 de marzo.

esto era lo que sin duda ignoraba, de caer por la parte de S. Pedro Mártir sobre la espalda de los españoles, corrió á su alcance, derrotándola completamente junto á la villa de Arenys de Mar.

Tan á fondo conocia Mathieu el plan de los conspiradores, que aun el eco de los cañones de Monjuich retumbaba, cuando ya se habia apoderado la policía de los individuos que estaban designados para alcaldes de barrio. El dia siguiente prendieron los franceses al comisario Alsina, en Badalona, junto con otras personas comprometidas, entre las cuales habia algunas mujeres, y el 9 de abril, despues de juzgada la causa por una comision militar, que se reunió en la casa Lonja, fué pasado aquél por las armas en la esplanada, encerrada su sobrina D.ª Joaquina Lafont, en el convento de los Angeles, y los demás acusados en parte fueron condenados á encierro, y á deportacion ó absueltos los restantes.

Hé aquí como terminó una empresa, que si fué descabellada como la calificaron algunos, fuélo al menos tanto como la que dió por resultado la toma del castillo de Figueras, de la cual vamos á ocuparnos. Culpóse á Campoverde de la mala distribucion de sus fuerzas, pues á no ser por el coronel Villa que varió la colocacion de los cuerpos mas inmediatos al castillo, habrian sido de mayor importancia nuestras pérdidas. Hubo tambien, se dijo, falta de sigilo, pues cuatro dias antes del 19 de marzo se apostaba públicamente en Tarragona á si entrarian ó no en Monjuich las tropas de Campoverde. Mas la empresa no habria dejado con todo de malograrse. La culpa, si la hubo, fué de los que creyeron buenamente en el arrepentimiento de Bernat de las Casas.

Mientras tenian lugar los sucesos que van referidos, meditaba Napoleon como podia aprovecharse mejor de las relevantes dotes que demostraba Suchet, para el afianzamiento de lo que en el principado acababa éste de conquistarle. Mandóle pues, que de Aragon, donde habia obligado á retirarse á los partidarios de aquella parte del reino, volviese á Cataluña para encargarse del sitio de Tarragona, así como del mando de la porcion meridional del principado, agregándole además la fuerza activa del cuerpo de ejército que mandaba Macdonald, quien no pudo menos

de sentirse humillado, viendo á un general de division, como era solo Suchet, sobreponerse á un mariscal del imperio. La esperanza de alcanzar este rango debia estimular al general del ejército de Aragon.

Acatando las disposiciones de su amo, pasó á avistarse en Lérida con Macdonald, á quien debia de quedar encomendada la conservacion de Barcelona y de la parte septentrional de Cataluña y la reduccion de las plazas y fuertes de la Seo de Urgel, Berga, Montserrat y Cardona. Las tropas de que pudo desde entonces Suchet disponer para las proyectadas operaciones en el principado ascendian á 17,000 hombres, de las que segregó el 28 de marzo, mas de una mitad para asegurar, á las órdenes de Arispe, el regreso del duque á Barcelona; pero que cumplido este objeto debian volver á reunirse al ejército del futuro mariscal.

Subdividida la fuerza en varias columnas, partió Macdonald de las inmediaciones de Lérida hácia Calaf, yendo á acampar ya reunidas, junto á Manresa la noche del 30 al 31. Sarsfield temió al principio ser atacado en su posicion de Igualada, mas como viera que el enemigo se desviaba, se trasladó con su division á ocupar el punto de Casa Massana, donde encontró al baron de Eroles dispuesto á acometer al invasor. Furioso éste por encontrar nuevamente abandonada la ciudad, cuyos habitantes, armados esta vez como todos los del principado, en virtud del permiso concedido por Campoverde, se habian unido á las tropas españolas y á los somatenes que la alarmadora campana habia juntado en un momento, renovó las anteriores hazañas del incendio de la ciudad, con mayor ensañamiento, contemplando su obra el Neron francés desde la altura de la Culla.

Como unas 800 casas fueron presa de las devoradoras llamas y reducidas á pavesa, entre ellas el hospicio de las huérfanas, varios templos, dos fábricas de hilados de algodon é innumerables talleres de galonería, velería y otros artefactos. No respetó el bárbaro ni aun los hospitales, de cuyos asilos sagrados siempre, arrancó á los enfermos, y arrastrando condujo al campamento á la mayor parte de aquellos infelices. Si algunos pocos se salvaron debióse á la intercesion del médico D. José Soler, digno de gratitud eterna, el cual con sentidas y enérgicas frases

recordó al general Salme, comandante de una de las brigadas de Arispe, el convenio, respetado hasta entónces por los catalanes, que Saint-Cyr y Reding habian celebrado sobre hospitales, en los campos de Tarragona. El mismo Suchet confiesa en sus memorias que tuvo lugar, en mas de una ocasion, de convencerse de la fidelidad con que los españoles cumplian con lo pactado.

Sarsfield y Eroles cayeron aquella noche misma sobre la retaguardia de los imperiales, que protegia la marcha del ejército hácia Barcelona. Dispersada á los primeros embates, generalizóse la accion, oponiendo toda la fuerza una obstinada defensa, mas no la suficiente para contener á nuestra vanguardia, regida por O'Sullivan, y que pasó á reforzar con una seccion catalana el mismo Eroles. Desalojado el enemigo de todas sus posiciones, siguió batiéndose en retirada, dejando el campo cubierto de cadáveres, entre los cuales se hallaban gefes y oficiales de consideracion.

El espectáculo, que segun el mismo Sarsfield, presentaban la ciudad y alrededores de Manresa durante el tiempo que combatian nuestras tropas, secundadas por el paisanage, era el mas horroroso que pueda concebirse. Por un lado se veia á los leales manresanos pidiendo al cielo venganza por los ultrajes recibidos, y por otro aquella desgraciada ciudad envuelta en un mar de fuego, y formando horas hacia una sola y espantosa hoguera. Esta circunstancia, atroz por su naturaleza, exasperó en tales términos á nuestros soldados, que de un considerable número de prisioneros que hicieron, solo uno pudo evitar la muerte: todos los demás fueron degollados en el mismo instante en que se apresaron.

El desenfreno de los invasores con los paisanos y soldados que pudieron coger habia sido el mas cruel, especialmente con algunas mujeres, á una de las cuales despues de llenarle la boca de cartuchos les pegaron fuego. Por su parte el paisanage arrojó á las llamas cuatro franceses que pudo aprehender. Tristes represalias á que la inícua conducta de Macdonald daba sobrado motivo. Nuestras pérdidas no llegaron á 100 hombres, entre ellos 7 oficiales. Mas de 1,000 soldados muertos ó heridos tuvieron los imperiales antes de ganar las murallas de Barcelona,

desde donde regresó Arispe á Lérida con la brava satisfaccion de haber destruido una ciudad mas.

Subió de punto con tan irritante suceso la exasperacion de los catalanes. El llanto, el luto, la desolacion de la desventurada Manresa les electrizaron, si tanto les faltaba para conservar el ardor de los vencedores del Bruch. Las manos del rico y del pobre se abrieron para depositar el óbolo de la compasion, de la caridad, del amor, en la mano de la viuda, del huérfano, de la madre y del anciano desamparados y empobrecidos. Campoverde indignado, y ¿cómo no?, espidió la siguiente circular, á cuya lectura debia de haberse sonrojado el vandálico enemigo: « La conducta de los soldados franceses se halla muy en contradiccion con el trato que han recibido y reciben de los nuestros..... y la del mariscal Macdonald no se ajusta en nada con las circunstancias de su carácter de mariscal, de duque, ni de general que ha hecho la guerra á naciones cultas, que conoce el derecho de gentes, el derecho de la humanidad. No ha limitado su atrocidad este general á reducir á cenizas una ciudad inerme y que ninguna resistencia le ha opuesto, sino que pasando de bárbaro á perjuro, no ha respetado el asilo de nuestros militares enfermos, transgrediendo la inviolabilidad del contrato formado desde el principio de la guerra..... Doy órden á las divisiones y partidas de gente armada, mandándoles que no dèn cuartel á ningun individuo de cualquier clase que sea del ejército francés, que aprehendan dentro ó á la inmediacion de un pueblo que haya sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos, y adoptaré y estableceré por sistema á mi ejército el justo derecho de represalias en toda su estension. » No fué esta resolucion un vano alarde; las obras pasaron á confirmar tales promesas, acaso con sobra de rigor, pero tambien de justicia.

Un fausto suceso vino por estos dias á llenar de asombro á franceses y aliados: la sorpresa y ocupacion de la plaza de S. Fernando de Figueras, por un puñado de catalanes de la division del Ampurdan. Parece que á principios del año anterior habia entrado al servicio del guarda-almacen de víveres del castillo, Bouchier, un hombre de Castellon de Ampurias llamado Juan Marqués, el cual formó desde luego el propósito de facilitar á

sus compatricios armados el acceso en la plaza. Comunicó el intento á su mujer Teresa Pou, y ésta con sus hermanos Pedro y Ginés, y un estudiante de apellido Floreta, pusiéronse en connivencia con el capitan Casas y con el coronel Rovira. Introdújose la Teresa con pretesto de ver á su marido, y provistos de sebo sacaron entre los dos el molde de las llaves de la poterna, cuya guardia tenia el gobernador Guillot asaz descuidada, fiado en lo inespugnable de la fortaleza y en lo poco que por entonces debia temer de los españoles. Fabricáronse las llaves en Castellon; volvió para probarlas la solícita Teresa, y hallando que una de ellas no ajustaba bien, regresó á Castellon para corregir este defecto.

Así dispuestos los medios de entrada, comunicóse el plan á Campoverde, quien lo aprobó, ordenando además á D. Juan Antonio Martinez, que se hallaba reclutando y organizando gente en el canton de Olot, se encargase, de acuerdo con Rovira, de llevar la ejecucion adelante. Al mismo tiempo dispuso que el baron de Eroles pasase tambien al Ampurdan á fin de apoyar la tentativa.

El 6 de abril, segun relacion acreditada, sábado de Ramos, salieron Martinez y Rovira del pueblo del Esquirol, cerca de Olot, con 500 hombres, y pasaron á Ridaura. Aquí se les incorporaron otros 500, y llegaron el 7 todos á Oix, fingiendo que iban á penetrar en Francia. Prosiguieron el 8 su camino, y por Sárdenas se enderezaron á Llerona, en donde permanecieron hasta el mediodia del 9. Lo próximos que estaban á la frontera hizo creer á los franceses que iban á invadirla. Los nuestros partieron diluviando, y torciendo la ruta fueron á Vilaritg, pueblo distante tres leguas de Figueras, y situado en una altura, término entre el Ampurdan y el país montañoso. Ocultos en un barranco aguardaron la noche, y entonces habló Rovira á los suyos, noticiándoles el objeto de su marcha. A la una de la madrugada del 10 se distribuyeron las fuerzas en el órden siguiente: el capitan Casas con un subalterno y 60 hombres debia sorprender la primera guardia de la puerta principal; otras dos partidas de igual número estaban destinadas á recorrer las murallas y sorprender las centinelas y cuerpos de guardia que tuviesen á su cuidado el servicio de los cañones montados; el capitan Drezayre debia in-

vadir el cuartel de infantería, en tanto que el teniente coronel Llobera, gefe de la columna, seguido de 50 individuos de su batallon de espatriados sorprenderia al gobernador, y el capitan Bonal con 300 almogávares y espatriados caeria sobre el cuartel de artillería. La plaza estaba guarnecida por 1,500 hombres y por 700 la villa de Figueras.

Alentados los nuestros con algunas cargas de vino que se les repartieron, prosiguió toda la fuerza hasta Palau-Surroca, á una hora escasa del castillo. Dividióse en aquel punto, conforme á las órdenes que tenia recibidas, y á eso de las dos y media partió el primero Casas, siguiéndole los otros destacamentos; subió por la esplanada frente el hornabeque de S. Zenon, y metiéndose por el camino cubierto descendió al foso. Reinaba entre los catalanes el mayor silencio; los soldados llevaban cubiertos los fusiles para que no relumbrasen si por acaso aparecia alguna luz, y caminaban casi arrastrándose. Abrió la puerta de la poterna Marqués, ayudado por tres de nuestros migueletes, que desde mucho tiempo se hallaban escondidos en la plaza, y al punto embocándose por ella los de Casas penetraron en los almacenes subterráneos, de donde pasaron á desarmar la guardia de la puerta principal. Los demás trozos que siguieron al anterior desparramáronse por la muralla, apoderándose de los espresados puntos. Drezayre y Bonal ocuparon con poco obstáculo, los cuarteles de infantería y artillería, y Llobera cogió al gobernador en su mismo aposento, despues de haber rendido una compañía que con las armas en la mano y su comandante á la cabeza salia de su cuartel, y tomado un cañon que el enemigo queria conducir á la muralla. En menos de una hora quedó por los nuestros todo el castillo y prisionera su guarnicion. Martinez y Rovira, que se habian mantenido de respeto en los arcos ó acueducto del esterior, penetraron luego de asegurado el triunfo, para reforzar con sus tropas la defensa de la plaza, que indudablemente no tardaria en ser atacada por el ejército de Macdonald. A pesar de que el número de todos los que inmediatamente entraron ascendia á 2,600 hombres, pasáronse órdenes á todos los pueblos del Ampurdan para que aumentasen la guarnicion del castillo con la gente que en ellos hubiese disponible, llegan-

do pronto á 4,000 hombres los defensores de S. Fernando.

Despavoridos hubieron de despertar el dia 10 los imperiales que guarnecian la villa de Figueras, al ver tremolar en los muros de la plaza la bandera española y al oir el estruendo de los cañones con que celebraban la victoria los catalanes. No acertando sin embargo á imaginar lo que realmente era, enviaron un ordenanza, el cual respondiendo al *¿ quién vive?* que se le dió, con la voz de *Francia*, fué muerto de un balazo. Enviaron despues un trompeta; pero como se le hiciera entender que si no se retiraba se le recibiria como al primer enviado, movió furioso su tropa el comandante de la villa, y desatentadamente quiso practicar un reconocimiento. Los certeros disparos de los del castillo le obligaron á desistir sin embargo.

Al acudir el baron de Eroles á secundar la empresa, que con éxito tan feliz hubo de ser coronada, se posesionó de los fuertes que ocupaban los franceses en Olot y Castellfollit, hizo 548 prisioneros, se encaminó por Lladó hácia Figueras, y arrojando el 16, de la sierra de Puigventós, sobre Llers, á un regimiento enemigo, entró aquella tarde en la plaza, despues de una brillante acccion en que así como en la anterior, contribuyó al frente de la vanguardia de Martinez el denodado Llobera, quien en otra ocasion habia penetrado en Figueras con algunos de los suyos llegando hasta la plaza Mayor, y empezado á derribar la puerta de un depósito de armas que se proponia arrebatar á aquella guarnicion.

Celebróse en todo Cataluña y aun en todo España la toma de Figueras, como merecia un acontecimiento de tanta imporancia (1). Parecia que aquel triunfo significaba algo mas que la

---

(1) En uno de los papeles que se imprimieron con este motivo, se leian los siguientes versos en idioma del país :

Quant vos dignian que Rovira
may ha sigut militar :
que no sab de guerrejar :
que es un capellá de fira :
que al atacar no te mira :
que sas líneas son groseras :
que no ha portat xarreteras :
que ten principis de san,
y altres burlas que de ell fan :
responéulos : ¿y Figueras ?

El pueblo cantaba además :

reconquista de una de nuestras principales fortalezas. Los confiados españoles creyeron ver en tan notable ventaja el principio de una venturosa era. Verdad es que hácia el otro estremo del principado no permitia el estado de la guerra formar halagüeñas esperanzas; pero no era tambien menos cierto que la atencion del enemigo se distraia considerablemente, disminuyendo el peligro en los puntos amenazados. El ejército español podia aun fácilmente trasladarse de una á otra parte de la provincia; Rosas estaba mal aprovisionada; Gerona y Hostalrich molestados por un enjambre de osados y activos somatenes; Barcelona poco menos que bloqueada; el soldado francés, siempre en sobresalto terrible, siempre en porfiada lucha, y escaso de alimento, desertaba do quiera que hallaba ocasion propicia, y mas desde que con sus atrevidos golpes de mano y su justa venganza no le daba el español ni tregua ni reposo, ni aun cuartel si caia prisionero. La imaginacion del pueblo, como el genio de la guerra que azotando la fulmínea espada marcha delante del vencedor, ya daba por recobrados, despues de la sorpresa de Figueras, todas las plazas que habian pasado al poder del enemigo.

Mucho en efecto se podia lograr, á regir el ejército catalan un gefe capaz de utilizarse de aquellos momentos de verdadera consternacion para los invasores (1). Baraguay d'Hilliers que seguia mandando en Gerona, replegó la mayor parte de las tropas que tenia en Bañolas, Palamós y otros puntos acantonadas, y aun las que á las órdenes del general Quesnel se disponian á formar el sitio de la Seo de Urgel. Por fin, hasta llegó á solicitar—tanto era el

---

Figueras ha parit Hostalrich la comare
Rosas será l' compare y á Barcelona l' convit.

(1) No tuvo Campoverde en la empresa de la reconquista del S. Fernando mas parte que la de haber dado órden el 9 de abril al baron de Eroles, el cual se hallaba en Martorell, para impedir que los enemigos de Olot y Castellfollit arrollasen á la division española del Ampurdan. Si el marqués no se hubiese hecho un mérito de haber calculado el tiempo que podia Eroles gastar para unirse con aquellas tropas, no nos veríamos en el caso de hacer observar que debiendo llevarse á cabo el proyecto á la madrugada del 10, érale al baron imposible andar en 24 horas mas de 28 leguas como son las que dista Olot de Martorell, si habia de coadyuvar á él.

conflicto en que se hallaba—el ausilio de la guardia nacional de la frontera francesa, que rehusó pisar el temible suelo español.

No estaba menos consternada la guarnicion de Barcelona. Desgraciado del que llegaba á demostrar su alegría por la reconquista de Figueras, ó se atrevia á pronunciar siquiera este nombre. No faltó quien se vió encarcelado por habérsele oido saludar por la calle á un conocido apellidado Figueras. El duque de Tarento, cuya estrella al igual que la de sus antecesores se eclipsaba ciertamente al pelear contra los catalanes, se alarmó de tal suerte que hubo de apresurarse á escribir á Suchet, en 16 de abril, manifestándole cuán imperiosa y prontamente exigia el servicio de Napoleon los mas eficaces socorros en la parte del principado encomendada á su mando; «pues de otro modo, añadia, está perdida la Cataluña superior», y pidió que le enviase todas las tropas pertenecientes poco antes al 7.º cuerpo de ejército, y recientemente agregadas al de Aragon.

Importaba á la conservacion de la señalada presea, contra la que movia el francés, desalado por recobrarla, gran parte de sus fuerzas, enviar desde el cuartel general una division respetable, destinada á apoyar en el esterior la resistencia del castillo, y aprovisionarlo de lo necesario. Tambien en este punto anduvo, por moroso, desacertado el general en gefe español. Aunque la noticia de la rendicion de Figueras se sabia ya el 12 en Tarragona, no emprendió su marcha para el Ampurdan hasta el 18 ó el 20 inmediatos. Procediendo con mas diligencia, la reconcentracion de las tropas imperiales se hubiera acaso verificado con menos facilidad, el levantamiento de los pueblos se habria hecho con otro impulso y ordenadamente, y por fin, distraidas de seguro las tropas de Suchet, hubiera éste dejado para mejor ocasion el sitio de Tarragona.

Hasta el 27 no llegó á Vich el general Campoverde, seguido de 5,000 infantes y 800 caballos. Las fuerzas que bloqueaban ya el castillo de S. Fernando constaban de 9,000 infantes y 600 caballos. Eran pues ambos ejércitos combatientes iguales casi en el número, teniendo en cuenta los 4,000 hombres de tropa y somatenes que guarnecian la plaza. Mas en la disciplina el ejército imperial debia llevarnos conocida ventaja; bien que si trataba de

mantenerse en su línea de circunvalacion, para impedir que por uno y otro lado desembocasen, logrando entrar en el castillo, las tropas destinadas á este objeto, su inferioridad habia de ser entonces manifiesta, puesto que además del vasto espacio que ocupaba, está el terreno por la parte de oeste muy montañoso y resquebrajado. Sarsfield mandaba una columna de las fuerzas de socorro, y Rovira que con 2,500 hombres habia preventivamente salido de la plaza, se disponia á secundar el movimiento, llamando la atencion del enemigo por el lado de Lladó y Llers. Dentro quedaban Martinez y el baron de Eroles, con el resto de las tropas y paisanos armados, para ayudar tambien por su parte á la operacion.

Avanzó Campoverde á la madrugada del 3 de mayo, atacando decididamente por el camino real. Sarsfield, que regia la vanguardia, rodeó desde luego la villa, situada al pié de la altura donde se asienta el castillo, poniendo en fuga á los cuerpos de caballería destacados que intentaron oponérsele. A fin de darse la mano con Sarsfield y asegurar la entrada del socorro, sacó Martinez algunas compañías á las órdenes del coronel de Alcántara, Pierrard, emigrado francés, el cual ya cerca del caserio admitió la suspension de armas que, á fin de tratar de la capitulacion, le propusieron los enemigos. Cayó Pierrard en el lazo, y suspendiendo su marcha puso en conocimiento del general en gefe la proposicion que se le acababa de hacer.

No tomándola en mala parte Campoverde, mandó suspender el ataque, y autorizó al comandante de la salida para arreglar el convenio. Mas durante el armisticio, con el que no se proponia otro objeto el enemigo, una vez conocido el punto por donde se le acometia, que el de reforzarse, como lo verificó, con 6 cañones y algunos centenares de infantes, lejos de concluir con los nuestros el menor trato, ordenó los medios de defensa que le llegaron, prevalido de la buena fé de los españoles.

Inesperadamente rompieron segunda vez el fuego los imperiales, con lo que se desengañaron los nuestros, aunque ya demasiado tarde, pues aun cuando Sarsfield y Pierrard embistieron, cada uno por su lado, á los de la villa, hubieron de ser vigorosamente repelidos. Con todo, mientras el primero penetraba en

las calles de la poblacion, que tuvo luego que abandonar por haberle flanqueado por la derecha un cuerpo de 4,000 franceses, en un olivar emboscados, pudo Campoverde meter en el castillo, cerca de 1,500 hombres escogidos y escaso número de artículos. La derrota fué completa por parte de los españoles. Los dragones enemigos pusieron en dispersion y acuchillaron terriblemente dos de nuestros mejores batallones. Perdió Campoverde en aquella desgraciada ocasion mas de 1,100 soldados, entre muertos, heridos y prisioneros. El ejército vencedor tuvo no obstante 700 hombres fuera de combate.

Al propio tiempo que esta accion tenia lugar, algunos buques de la escuadra anglo-española recorrieron toda aquella costa, apresando y destruyendo cuantos barcos de procedencia francesa topaban, y arruinando diferentes baterías que en la marina habian vuelto los enemigos á forticar. Intentaron tambien las mismas fuerzas navales caer de sorpresa sobre Rosas, cuyo punto se lisongeaban de tomar fácilmente; pero salióles fallida una tentativa cuyo buen resultado no hubiera podido menos de haber indemnizado á los catalanes del descalabro que acababa de esperimentar Campoverde, el cual es fama que esclamó al verse perdido: «¡Vírgen Santísima! ¡Sálvese quien pueda!» Este general escribió sin embargo á la regencia manifestándole que la accion habia sido gloriosa y que el castillo se hallaba completamente socorrido.

Hé aquí como dueños casi los españoles del campo de batalla, vieron trocada su fortuna en la mas funesta desgracia. Tal vez no pueda culparse al marqués por haber dado oidos á la voz de capitulacion, cuando tan segura tenia la victoria; mas á buen seguro que en su lugar no le hubieran los franceses concedido las tres horas que duró la suspension de armas, y menos hubieran en todo este tiempo dejado de poner partidas de observacion, al objeto de avisar si el enemigo intentaba algun movimiento para sorprender la generosidad del vencedor. No solo el español incurrió en estas faltas, mas aun permitió que se desordenara en el entretanto la infantería, que se apeara la caballería y que en todo se hiciera lo mismo que si ya nada tuviera que temerse.

A pesar de las vivas instancias de Macdonald, habíase atenido

Suchet á las órdenes apremiantes de su emperador y dejado al mariscal que se arreglase como pudiese en el territorio de su incumbencia. Para emprender el sitio de Tarragona con el debido acierto era preciso á aquel general guardar convenientemente las principales avenidas de Aragon. Su ejército, aunque fuerte en todo de mas de 50,000 hombres, no le permitia obrar con gran desahogo, atendidos los numerosos puntos que tenia que conservar, los temibles esfuerzos que hacian los aragoneses para recobrarlos y la importancia de la defensa que era de temer le opondria la plaza de Tarragona, objeto preferente de las atenciones de los catalanes.

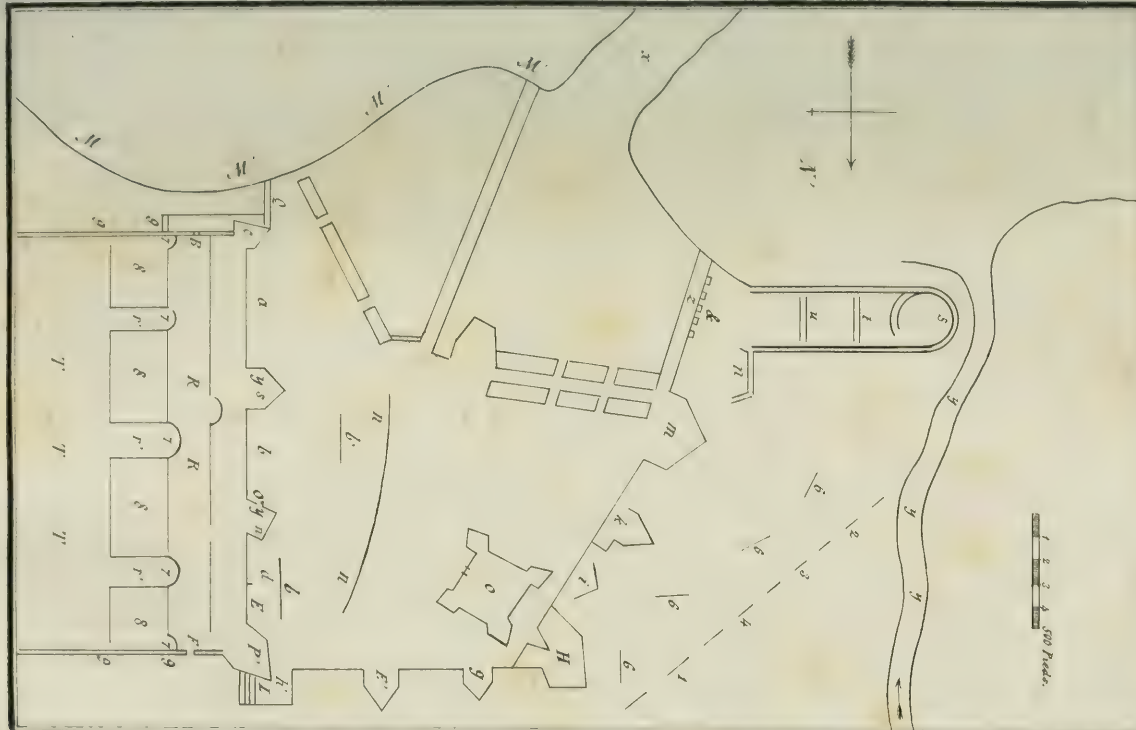
Situó pues, 4,000 hombres sobre la izquierda del Ebro; hácia la parte de Francia 15,000; 4,000 entre Zaragoza, Borja, Tarazona y Calatayud; sobre 2,000 en Daroca y parte del señorío de Molina; y las demás hasta 20,000 hombres, repartidos entre Teruel, Morella y Alcañiz, Batea, Caspe y Mequinenza; éstos para favorecer los transportes del Ebro, y por último, en los confines de Navarra, para contener las correrías del partidario Espoz y Mina. Asegurada de esta suerte su espalda, partió el 2 de mayo con la mitad de su ejército, hácia Reus, donde estableció sus almacenes de víveres y municiones en grande abundancia.

Dejemos para otro capítulo la relacion de los graves acontecimientos que van á sucederse en el antiguo principado.

CAPÍTULO II.

Tarragona.—Situacion topográfica y militar de esta plaza.—Es su gobernador D. Juan Caro.—La sitia el ejército invasor.—Entra en ella Campoverde.—Pérdida de los parapetos del fuerte del Olivo.—Arrojo de algunos oficiales españoles.—Los somatenes.—La calesera de la Rambla.—Sarsfield.—Muerte de un general enemigo.—Heroismo del gobernador Gomez.—Toma del Olivo por los sitiadores.—Valor de la guarnicion.—Llegan tropas de Valencia.—Parte Campoverde.—D. Juan Senen de Contreras sustituye á Caro en el gobierno de la plaza.—Déjanla la junta superior y los principales pudientes.—Sale tambien la division valenciana.—Animosa disposicion del vecindario.—Discordancia en los gefes —Pérdida del arrabal.—Aporta una division inglesa.—No llega á desembarcar.—Asalto de la plaza.—Heroismo de sus defensores.—Atrocidades de los franceses.—Notable conducta de Contreras.—Resuelve el de Campoverde abandonar á Cataluña.—No lo realiza.—Vuélvese la division valenciana.—Lacy capitan general del principado.

Ciudad venerable es Tarragona por su grandioso pasado. Sobre el duro jaspe en que su planta se asienta, establecieron allá en remotísima edad los cultos orientales un pueblo nuevo con los elementos de una antigua civilizacion. En esos tiempos casi arcáicos inmensísima, aseguraba en premio al vencedor que su poder abatiera, hasta 600,000 habitantes que reducir á la esclavitud, y un comercio, una idustria y unas artes por demás florecientes. Cabeza despues de la España citerior, no supieron los Escipiones hallar otro suelo mas digno para guardar sus ilustres cenizas que el de su predilecta Tarraco, ni otro mas grande el espléndido y vanidoso Lucinio Sura, donde satisfacer el loco afan de eternizar la fama de sus riquezas y la vanidad de su nombre con un monumento cual nunca al héroe, al virtuoso ó al sabio levantado se hubiese. Fué esta ciudad el último y mas fir-



PLANO DEL ÚLTIMO SITIO DE TARRAGONA.

F. [illegible] Editor

yyy Rio Francolí
s Puente de [illegible]
t u [illegible]
n Luneta del [illegible]
& Batería de S. [illegible]
z [illegible]
m [illegible]
k [illegible]
M.M.M.M. [illegible]

i Luneta del Rey
H Baluarte de Orleans que los Franceses llamaron de los enemigos
g Baluarte de S.to Domingo
c Puente Real
F'' Baluarte de S.ta [illegible]
n' Baluarte del Rosario
L Cortadura del Rosario
P' Baluarte de S. Pablo
bb Baterías de brecha de los fran.s
x Punta del Muelle

nn Última paralela de los enemigos
E Brecha por donde entraron los franceses en la plaza al 5.º asalto
d Cortina del frente de S. Juan
yn Baluarte de S. Juan
o' Puerta de S. Juan
b Cortina del frente de Jesús
ys Baluarte de Jesús
a Cortina del frente de Cervantes
ç Baluarte de Cervantes.
N'' Puerto

1,2,3,4 [illegible]
rrr [illegible] bocas calles de la Ciudad.
rrr Calles
8888 Casas [illegible]
6,6,6,6 Baterías enemigas.
[illegible]
TTT [illegible]
RR [illegible]

me baluarte de los romanos, que sobre las obras amaseas y griegas echaron los cimientos de esos portentosos palacios, de esos teatros y presidios, de esos circos y capitólios de que apenas permitió vagar por la haz de la tierra una leve sombra el belicoso ardor del godo Eurico, al destruir en la península ibérica hasta el último vestigio del señorío ominoso de Roma. Ciudad cien veces arrasada y otras tantas casi sobre el mismo asiento del polvo reconstruida, ve á su alrededor adunadas la feracidad de la cuenca de su campo que el suelo de Italia envidiara, la belleza de sus huertas que riega el Francolí, cual puede el Zurguen sus cantadas vegas, la amenidad de su siempre verde cordillera, sus pampanosas vides y las ventajas del clásico mar que baña sus arenas.

Dominando el Mediterráneo, estiéndese en anfiteatro, describiendo un paralelógramo bastante regular, sobre un collado de acantilada vertiente hácia el norte, y de suave declive en la parte occidental, á la izquierda del Francolí, que desagua á 2,250 varas, junto al fuerte de este nombre, y se cruza por un puente de seis ojos muy angosto. Nótanse entre las colinas mas inmediatas la del fuerte del Olivo, hácia el camino de Valls, á 1,200 varas; la de Nuestra Señora de Loreto, al nordeste; las alturas de los Ermitaños casi en la misma direccion, y otras varias que hunden su raiz en las salobres olas por cima del camino de Barcelona, y pueden considerarse como derivadas todas de las montañas de Prades, partiendo las cuencas por que discurren el Francolí y el Gayá.

Divídese la poblacion en alta y baja, ó mas bien en ciudad y puerto, separadas antes ambas partes por el lienzo meridional de la muralla. Circuia aquella enteramente un sólido y bien trazado muro romano, destruido por su lado oeste durante la guerra de sucesion, y reemplazado luego por un terraplen ancho de 8 á 10 piés, con cuatro baluartes denominados, á contar desde el mar, de Cervantes, Jesus, S. Juan y S. Pablo. Al objeto de cubrir la parte baja de la ciudad habíase construido tambien durante la guerra de sucesion, una línea de fortificaciones desde el último de los baluartes espresados hasta junto el fuerte del Francolí, unida por varias obras, tales como los baluartes del Rosario, Sta. Catalina, Sto. Domingo, Orleans, del Rey y S. Cárlos; una

cortadura de 80 toesas desde el último hasta el mar, y una batería llamada de S. José, delante de la cual, á distancia de unas 30 toesas estaba la luneta del Príncipe, á 80 toesas del fuerte Francolí. Habia además, interiormente, en el arrabal á espaldas del baluarte de Orleans, frente á la campiña, el llamado fuerte Real, cuadrado con cuatro baluartes. Prescindiremos de otras obras que no habiendo sido atacadas, seria por demás mencionar; pero no podemos prescindir de dar una idea del ya indicado fuerte del Olivo. Su hechura era la de un hornabeque irregular, defendido á su frente por fosos y camino cubierto bien que no acabado; contenia un reducto con un caballero en el centro y dos puertas ó rastrillos por el lado de la gola, la cual menguada en sus defensas, estaba protegida por el escarpado natural de la montaña y por los fuegos de la plaza.

Así como las fortificaciones de la parte de tierra podian ofrecer al sitiador casi incontrastable obstáculo, distaban mucho de presentárselo las destinadas á proteger el puerto ó parte baja, y el escarpado que sube el baluarte de Cervantes. Este era el punto débil contra el que no debia vacilar en dirigirse desde luego el enemigo, mayormente cuando ni en las alturas que lo requieren, ni en otros puntos muy convenientes, habia fuertes aislados y debidamente construidos para asegurar la comunicacion con el mar. Muchos millones se habian invertido sin embargo, en las obras de fortificacion. Las murallas estaban artilladas con 300 bocas de fuego; mas para servir tantas piezas y defender tan dilatado recinto solo habia dentro de la ciudad una guarnicion que escasamente llegaba á 7,000 hombres; la mitad del número que se necesitaba. Formaban parte de esta fuerza sobre 2,520 milicianos que ya O'Donell habia armado en gran parte, y que Campoverde completó distribuyéndolos en dos batallones de á diez compañías, inclusas dos de artillería. Sus oficiales no percibian paga alguna; renunciaron muchos sargentos, cabos y soldados el pan y etapa, y casi todos se costearon el uniforme, pudiendo decirse que solo de armamento tuvo el gobierno que proveerles. La poblacion no escedia de 11,000 habitantes. Era gobernador D. Juan Caro, gefe de los ingenieros D. Cárlos Cabrer y mandaba la artillería D. Cayetano Saqueti.

La junta superior acababa de decretar el reemplazo de 9,000 hombres, y al mismo tiempo que hacia acopio de granos que enviar á la guarnicion de Figueras, despachaba á Cádiz al canónigo Roset y al coronel Pou, en demanda á lo menos de 11,000 hombres de refuerzo, y por fin, al saber que el enemigo habia llegado á Reus, instó para que se apostasen en la rada y puerto de Tarragona los buques de las escuadras del Mediterráneo, y á los generales de Valencia y Aragon para que combinasen y apresurasen sus operaciones contra el enemigo, á fin de distraerle del sitio que parecia venir decidido á intentar formalmente. Tantas diligencias solo produjeron un corto y mal aprovechado socorro.

Suchet se ocupaba todavía en fortificar á Reus para que sus almacenes no pudiesen sufrir fácilmente las consecuencias de un atrevido y feliz golpe de mano. Al propio tiempo, y acaso menos por inhumanidad que para hacer mas embarazosa la situacion en la plaza de Tarragona, envió á ella cuantos heridos y enfermos se albergaban en los hospitales de aquella poblacion, así como en los de Vilaseca, sin permitirles estraer ropas ni afecto alguno; solo consintió que les acompañaran algunos facultativos. Al presentarse ante los muros tarraconenses, dolientes, quejumbrosos y desarropados, creyeron los nuestros que aquel desordenado tropel que misteriosamente avanzaba, formábanlo soldados enemigos, destacados al intento para reconocer el estado de la guarnicion y de las fortificaciones españolas; por lo cual, sin pararse en mas consideraciones hicieron sobre los infelices algunas descargas. Reconocido, aunque tarde, el error, apresuráronse los de la plaza á entrarles en ella con las mayores muestras de dolor, de caridad y de afecto. Socorrióseles con todo lo necesario, mas como su número y su atenciones podian estorbar á la defensa, se les embarcó para Sitjes, Mataró y otros puntos menos comprometidos.

Los enemigos se decidieron por fin á embestir la plaza el 4 de mayo. Arispe y Rogniat cruzaron el Francolí y tomaron posiciones en la Canonja, Constantí y meson de la Serafina. Luego dividiéndose la fuerza en dos columnas, se enderezó la una por el camino de Valls, al Olivo, cuyos parapetos avanzados intentó

en vano tomar. A medio tiro de fusil se defendieron los nuestros, de tal modo protejidos por la artillería del fuerte, que obligaron á los imperiales á retroceder con pérdida de 200 hombres. Tan severa repulsa les hizo variar de direccion. Tomáronla siguiendo á la columna de Palombini hácia Loreto y batería del Ermitaño, puntos preventivamente desocupados, como embarazosos, por la guarnicion, y de los cuales pudieron con facilidad posesionarse, no empero sin mediar un vivo tiroteo con nuestras guerrillas. La ocupacion de tales puestos les allanó la tarea de hacer un reconocimiento que verificaron sobre el frente de la plaza que á ellos mira, permaneciendo acampados en las alturas inmediatas, y estendiendo su línea por las espresadas posiciones de Constantí y la Canonja. Además, colocó Arispe algunas tropas de respeto sobre el camino de Barcelona, inmediato á la costa, en tanto que del lado opuesto y á la derecha de aquél se situó el general Frére con su division, completando la embestidura la division del general Habert, que se estendió frontero al puente del Francolí, hasta la inmediacion de la plaza.

El dia 5 cortaron los enemigos el famoso acueducto que surtia de agua á las fuentes de la ciudad, una de las obras mas notables del poder romano en Tarragona, conocido con el nombre de Pont de las Ferreras, y que desde el puente de la Armentera conducia las aguas del Gayá por Vilarodona y Vallmoll, en una travesía de 6 leguas. Pudiera este percance haberlo sido de consideracion para los tarraconenses, á no contar con un pozo de suma profundidad, y de agua aunque bastante mala, de gran recurso para tales casos. No tardaron además en abrir los bastantes para satisfacer á la imperiosa necesidad de la sed. El enemigo fué sin duda el mas perjudicado por su propia medida. Lo que él habia hecho contra los de la plaza, hicieron á su vez contra él los incansables somatenes, practicando varias cortaduras en los puntos superiores del acueducto, é interceptándole así el agua que tan necesaria le era, como que hubo de enviar á recomponer los últimos cortes y mantener allí fuerzas suficientes para guardar las obras de conduccion. Los de la guarnicion de la plaza incomodaron á los franceses con el fuego de sus guerrillas y de los cañones apuntados contra el Loreto y el Ermitaño. La

escuadra inglesa mandada por el comodoro Codrigton que montaba el Blake, de 74 cañones, y constaba de tres navíos y dos fragatas, empezó á ofenderles tambien sobre el camino de Reus, aproximando á la playa algunas lanchas cañoneras.

No en vano se habia precavido Suchet asegurando el almacenamiento principal de sus víveres y efectos de guerra con atrincheramientos, y la fortificacion de varios conventos y otros grandes edificios de Reus, pues ya el dia 6 fueron atacados sus puestos de Montblanch, muy importantes además para la comunicacion entre Tarragona y Lérida. Un cuerpo de 2,000 migueletes se habia formado en la sin ventura Manresa. Hombres lo componian sin hogar generalmente, porque el incendio acababa de reducirlo á cenizas; sin padre, sin esposa y sin hijos muchos de ellos porque la iniquidad del invasor se los habia arrebatado. ¿Cómo no habian, sin familia y sin esperanza, de lanzarse cual leones al combate, interminable sin duda, desgraciado acaso, pero que les ofrecia en que hincar el acero de la ira, de la venganza, de la muerte, que en sus febriles manos oprimian? Negras eran todas las prendas de su vestuario, como eran negras las paredes que de sus derruidas casas quedaban, y negra la pena que su corazon adoloria. Sus primeras tentativas para prender fuego al convento de la Vírgen de la Sierra, á pesar de haber para ello empleado la estratagema de abroquelarse con tablas acolchadas, á manera del *testudo* de los antiguos, á fin de arrimarse con seguridad á las puertas, no produjeron otro resultado que el de obligar á los franceses á guarnecer fuertemente aquel punto.

Desde el primer reconocimiento hubieron de apreciar los sitiadores de Tarragona, la ventaja que les ofrecia el ataque por la parte baja de la ciudad, y así, no difirieron empezar los primeros trabajos destinados á barrer de la costa los buques ingleses. Consiguiente á esto, principiaron el 8 un gran reducto á orillas del mar, mas allá del Francoli, como á tres cuartos de hora de la plaza, y la construccion de parapetos contra el fuerte del Olivo. Aunque el primer dia les incomodaron en sus trabajos las lanchas cañoneras, favorecióles en los siguientes un viento fuerte de levante que apartándolas de la costa imposibilitó la hostilidad de las mismas.

Campoverde y Sarsfield que habian entre tanto llegado á Mataró con 7,000 hombres y cantidad de bagajes, separáronse el dia 8, en que el primero se embarcó con 4,000 infantes y los efectos de guerra en 50 buques de transporte, escoltados por el navio Blake, una fragata y un bergantin, aportando á Tarragona el 10, despues de haber dejado en Sitjes la mitad de la fuerza. Sarsfield con 2,000 infantes y 1,000 caballos emprendió por tierra la vuelta de sus antiguas posiciones.

La llegada del general en gefe español no tardó en hacerse sentir en el campo enemigo, pues las salidas fueron mas vigorosas, y mas destructora la accion de la artillería británica. La de la plaza no habia cesado de secundar los esfuerzos de los cuerpos destacados de la guarnicion, ni de oponerse á cualquier adelanto de los imperiales. Trataron éstos de tomar decididamente el 14 el fuerte del Olivo, cuya posesion tanto les convenia para asegurar el ataque del recinto principal. Moviéronse al efecto de Constantí como unos 2,000 hombres, los cuales embistieron al amanecer por todas partes los parapetos avanzados. En ellos les resistió brillantemente D. Tadeo Aldea, hasta verse constreñido por el número á refugiarse en el fuerte, desde donde respondió su gobernador con el cañon á la propuesta que de rendirse fué osado de hacerle el enemigo, posesionado ya de los parapetos. Quiso luego recobrarlos Aldea y avanzó otra vez en tres columnas, mas no pudo ya desalojar á los contrarios que en ellos se habian acomodado, y eso que por nuestra parte se hicieron esfuerzos nada comunes, pues oficiales hubo que llegaron á clavar sus banderas, bien que á costa de la vida, dentro de las mismas obras, estendidas á no tardar por su derecha.

Sobre unos 1,500 infantes con 100 caballos y 2 cañones sacó Campoverde al propio dia, al mando de Sanjuan, á fin de practicar nuevo reconocimiento á orillas del mar, protegido por los fuegos de los buques de guerra. La oposicion fué en los contrarios terrible. Con todo, observaron los nuestros que el reducto de la derecha del Francolí era cuadrado, con gruesos parapetos en la parte del mar y frente de la plaza, teniendo su salida por el frente que mira el camino de Reus, á beneficio de un ramal dirigido á una de las casas inmediatas. Los de la plaza hicieron al

dia siguiente otra salida sin grande efecto. El sitiador adelantó por la noche sus trabajos en el reducto, cuyos parapetos puso en disposicion de cubrirle de los fuegos de la parte de mar, y abrió 400 varas de trinchera á tiro de cañon de la plaza, sobre la márgen izquierda del rio, en la cual se apoyaba su costado izquierdo, estando el derecho dirigido hácia Francolí. A pesar de lo que la guarnicion les molestó en estas obras, lograron quedar el 17 del todo cubiertos los imperiales.

Con intento de desbaratar los aproches del enemigo, dispuso Campoverde hacer otra salida en la mañana del 18. Formada la columna á las tres, fuera de la puerta del Rosario, prolongando la línea hasta la altura del Olivo, partióse en tres trozos, el de la derecha á las órdenes del teniente coronel Casterec, el de la izquierda á las del coronel Canterac, sostenido por la caballería que regia De-Creff, y el del centro mandado por el sargento mayor Gomez. Un obús y un cañon volante, y un cuerpo de 250 zapadores debian seguir, á las órdenes del teniente coronel Zara, á la fuerza del centro para destruir la trinchera. La operacion estaba encomendada al mismo general Sanjuan. Rompió el dia y con él su fuego la division española, marchando impávida contra la trinchera enemiga, sobre de la que trató de hacer el francés obstinada resistencia. Embistiéronle á la bayoneta los nuestros, y no solo desalojaron á cuantos enemigos se lo opusieron, sino que sobreviniendo los zapadores, destruyéronles gran parte de la trinchera, impidiendo hacerlo con toda ella su dilatada estension, el estar formada por una acequia natural y la prontitud y robustez del socorro que hubieron de recibir los derrotados. Replegáronse con órden los españoles, acometidos á su vez, perdiendo antes de su regreso, sobre 200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Indudablemente fueron mucho mayores las bajas que sufrieron los imperiales. Portóse con señalado valor en esta accion una mujer del pueblo, conocida por la calesera ó la mesonera de la Rambla, de apodo *Rossa* ó rubia, á causa del color de su cabello, natural de Barcelona, la cual ceñida la canana y usando de su fusil como pudiera hacerlo el mas robusto y diestro soldado, avanzó con las guerrillas, logrando dar muerte á un oficial y herir á varios otros enemigos. Fué por su grande

esfuerzo y laudable entusiasmo, premiada con la charretera de subteniente.

Bien conocia Campoverde que la guarnicion de Tarragona era escasa por la suma estension del recinto que estaba encomendado á su guarda, que en las salidas habia de perderse mucha gente y que apretando mas cada dia el asedio los imperiales, era preciso allegar tropas para reforzar las de la ciudad y para que de acuerdo con ellas, engrosando las columnas amigas del esterior retardasen los progresos del sitio. La superior no habia dejado de manifestar así á Caro como á Campoverde estas y otras urgentes necesidades; observaciones por lo regular desatendidas al principio, pero que debieron luego apreciarse en su justo valor. Tanto por los diarios desaires que de los gefes militares recibia, como porque las providencias dadas dentro de la bloqueada plaza no podian ser ejecutivas, ni sus órdenes recibidas en los corregimientos con la brevedad que convenia, determinó salir, dejando en ella una comision compuesta de tres de sus individuos y un secretario, á quienes delegó ya juntos, ya á cada uno de ellos en falta de los demás, todas sus facultades sin otra limitacion que la local con respecto al recinto de la ciudad y su puerto, y solo durante el estado de bloqueo ó sitio. Obró en todo con acuerdo del general en gefe, verificando su salida por mar el mismo 18 de mayo en la fragata Mercedes, hácia Villanueva y Geltrú, de donde se trasladó á Montserrat. Situada ya en punto libre, pudo mas fácilmente activar el cobro de las contribuciones, promover el reemplazo del ejército y enviar á Tarragona víveres y dinero.

Ciertamente fueron laudabilísimos los esfuerzos de la superior, pues—aunque sea precipitar la relacion—no se cansó de recurrir, hasta la impertinencia al gobierno de la nacion, reiterando sus apremiantes instancias, y á los ayuntamientos, justicias, párrocos y personas acaudaladas, estimulándoles á socorrer con cuanto les fuese dable la urgente y trascendental necesidad de Tarragona. Mandó fabricar en Mataró 20,000 granadas de mano, de vidrio negro, para suplir á las de hierro que escaseaban en la plaza. No pudiendo multiplicarse para acudir á todas partes nombró comisionados cerca de las juntas corregimentales, á fin de activar los tres medios mas importantes de defensa, como eran

el armamento general, el reemplazo y el cobro de las contribuciones y empréstitos. Debióse á su diligencia la comision del afamado coronel Rovira. Embarcóse este héroe para Valencia, tocando antes en Tarragona para asistir al consejo que con Eroles y otros gefes quiso tener Campoverde, partiendo antes de terminar mayo, juntamente con el inglés Doyle. El viage, ó mejor, ovacion continuada, del sexagenario Rovira produjo bien pronto el refuerzo de los 7,000 hombres enviados por el ya capitan general de Valencia D. Cárlos O'Donell y la llegada de 800 tiradores de Murcia que en menos de tres horas vistió y armó en Montserrat la superior del principado.

Entre tanto los 6,660 hombres á que al acercarse Suchet á Tarragona ascendia la guarnicion de esta plaza, aumentados con la tropa que de la division del Ampurdan habia traido Campoverde, los paisanos armados, los marineros llamados por la junta de todos los pueblos de la costa que servian la artillería, y con los 200 artilleros que habian venido de Valencia, daban un total de 11,000 hombres. Campoverde juzgaba este número como la tercera parte del que debia componer la guarnicion, si bien contando con los refuerzos solicitados se habia limitado á pedir el reemplazo de 6,000 hombres que luego redujo á 4,000.

La division de Sarsfield, fuerte por su numerosa caballería, cumplia con el encargo que tenia de no dar respiro en cuanto le fuese posible á los cuerpos avanzados de los franceses, ocupando importantes avenidas con el fin de distraer del cerco á los que lo formaban. Atacó el 21 á Alcover, y aun que no logró desalojar de este punto á los franceses que la guarnecian, llenó el resultado su intento, pues tuvo que enviar allí Suchet algunos miles de soldados para alejarle, como lo hicieron, costándoles si bien bastante pérdida. Renovóse el hecho en el punto de Montblanch, en cuya defensa hubo de verse el general Année que allí mandaba en los mayores apuros. Socorriólo por entonces Suchet, pero hizo abandonar despues de aquel momento un punto tan frecuentemente combatido.

Fijóse ya con resolucion en la toma del Olivo. La fusilería no habia cesado de ofender á la guarnicion de este fuerte. Mas tambien la voz de sus cañones se habia hecho oir contestando con

terrible estrago en los grupos de enemigos. Estos abrieron, la noche del 21, en el reducto, un nuevo ramal con direccion al flanco derecho del punto combatido. Descubiertos sin embargo por nuestros escuchas y advertidos los del fuerte, iluminóse el campo con fuegos de artificio y batió la artillería los empezados trabajos. La obstinacion de los contrarios en proseguirlos ocasionóles pérdidas considerables aquella noche. Entre nuestros heridos fuélo en el brazo un niño de pecho.

La noche del 23 abrieron los franceses una trinchera paralela al frente de la marina, con comunicacion por el ramal que desde el reducto habian hecho, la cual por la parte del mar se estendia hasta la costa, terminando en un grueso parapeto ó espaldon que les cubria de los fuegos directos de los buques: por la otra parte se dirigia al puente á fin de unirse con la trinchera de la derecha del rio. Del lado del Olivo dirigieron dos ramales desde los parapetos hácia el costado derecho de dicho fuerte, protegidos por la fusilería, mas gravemente contrariados por nuestra artillería y por las guerrillas que les acometian por ambos flancos.

Durante la siguiente noche estendieron la línea de sus trabajos por su izquierda hasta el camino de Reus, terminándola á la entrada del mismo, así como se ha pasado el rio. En la parte del Olivo continuaron adelantando los ramales, siempre en la misma direccion y con las mismas dificultades.

La línea que habian abierto hasta el camino de Reus no fué prolongáda, pero formóse desde este punto una nueva trinchera, siguiendo la orilla derecha del rio hácia Francolí. A sus espaldas construyeron dos baterías en forma de martillo, unas tras otras, distantes entre sí como unas 300 varas. Respecto al Olivo perfeccionaron los franceses sus ramales y los continuaron con una trinchera paralela al flanco derecho del fuerte. Este y la parte de la fortificacion de la plaza que allí mira les hostilizaron particularmente durante el dia, sin que cesaran con la noche la hostilidad y los trabajos: tanto les importaba activar la rendicion. Con la mayor inhumanidad esponia así Suchet á sus mas valerosas tropas. Al amanecer nuestras guerrillas, dirigidas por el teniente Vilanova desalojaron á los enemigos de la casa situada en unas viñas y que constantemente

habian ocupado, causándoles la pérdida de 80 muertos y doble número de heridos. A las seis de la tarde trataron los imperiales de incomodar con su fusilería á los que trabajaban en el camino cubierto del Olivo, pero una partida de los ofendidos pasó á unirse con las avanzadas del camino que vá á Loreto y les atacó con el mayor denuedo, desalojándoles de los parapetos. Reforzado el francés obligó á los nuestros á desampararlos y recogerse al fuerte; mas á esto habian ya llegado las avanzadas y guerrillas de la parte de levante que les volvieron á arrojar de los parapetos y aun de las casas inmediatas, tomándoles á la bayoneta una de las zanjas, donde cogieron al enemigo armas, instrumentos, mochilas y hasta dinero. Luego, como no debian los vencedores guardar aquel punto, se retiraron lentamente para atraer á los contrarios á tiro de cañon del fuerte. Logrado, rompió éste un terrible fuego de metralla que les destrozó y puso en precipitada fuga. Nuestras guerrillas les fueron acosando hasta sus mismos campamentos. Pasaron de 200 hombres los que perdió en esta funcion el sitiador.

Mientras esto sucedia frente de Tarragona el coronel Villamil tomaba posicion cerca de Vilellas, á donde sabia que iban á acudir los imperiales con objeto de hacer una requisicion. Sabedor de que no andaban distantes, destacó el 26 al capitan Bonet con 400 infantes y 6 caballos, á fin de interceptarles por la izquierda el camino de Mora, en tanto que aquel gefe se dirigia á atacarlos de frente con un batallon de zaragozanos, parte de los tiradores y 40 caballos. Apenas habia principiado el combate cuando ya empezó á vacilar el enemigo, y al fin trató de emprender hácia Flix su retirada. Mas le hicieron desistir de su intento las guerrillas que mandaban los tenientes Fort, Par y Miralles. Desesperado el francés de sostenerse en el campo, encerróse con la mayor parte de sus fuerzas en la ermita de la Consolacion de Gratallops. A pesar de lo ventajoso de esta posicion y de haberse parapetado al rededor de la ermita fué atacado á la bayoneta y obligado á encerrarse enteramente en el edificio. El fuego continuó todavía hasta las nueve de la noche. El campo estaba lleno de cadáveres franceses. Las tropas españolas estaban rendidas de cansancio. Sus municiones además no eran muy abundantes, á pe-

sar de haber cogido al enemigo cuatro cargas de cartuchos, y debian reservarlas para ocasion mas provechosa. Acamparon pues los nuestros á menos de tiro de pistola de la ermita.

Conociendo Villamil ser escusada toda disposicion de ataque mediante lo fuerte del santuario y la imposibilidad de asaltarle, pues los de dentro habian tapiado las ventanas, especialmente las de una larga galería que presentaba el edificio por su costado izquierdo, asegurado las puertas y aspillerado las paredes, envió á su ayudante Mata con dos ordenanzas y un trompeta para intimarles la rendicion, mas le obligaron á retirarse, gritando que antes querian morir que pasar por el bochorno de rendirse. Mandó entonces el español aplicar á la puerta una camisa embreada; pero hubieron de pagar con la vida los tres soldados que lo intentaron; á cuya vista fué convertido el sitio en bloqueo riguroso, dejándose al tiempo y al hambre lo que no era posible realizar con la fuerza. A poco de tomada esta nueva resolucion vieron los nuestros venir sobre ellos tres columnas enemigas que en junto formaban 700 infantes y 60 caballos, ante cuya fuerza se retiraron situándose en el Calvario de Torroja, dejando sin embargo en su anterior posicion fuertes guardias que contuvieron mas de un cuarto de hora el enemigo. Este perdió entre muertos, heridos y prisioneros, hasta 340 hombres. A poco mas de una tercera parte ascendió la nuestra. Al dia siguiente, Manso que restablecido se hallaba en Montblanch, consiguió inutilizar completamente la grande obra que habian hecho los enemigos en el convento de Santa Clara.

Los trabajos del sitio iban tomando de por dia mayor incremento. Bien es verdad que no escaseando Suchet la sangre francesa y atento solo al logro del mariscalato, que para él lo significaba la toma de Tarragona, perdia diariamente sobre 200 hombres. Despues de haber principiado la construccion de una batería de dos caras, á medio tiro de fusil de Francolí, y otra en los primeros parapetos contra la derecha del Olivo, rompieron los franceses, entre ocho y nueve de la noche del 27, un vivo fuego desde todos los parapetos que rodeaban este fuerte, y á poco rato salieron de ellos avanzando hasta el mismo glácis, de donde les aventó en breve nuestra artillería y fusilería, dejando el cam-

po cubierto de cadáveres, entre los cuales estaba el del general Salme. Semejante ataque solo habia tenido por objeto encubrir el movimiento de la artillería enemiga que en aquella hora debia pasar por retaguardia de los sitiadores, y colocarse, como se realizó á las once de la propia noche, repartidas las piezas en tres diferentes puntos ó baterías formadas con pipas, la primera de frente contra el flanco derecho del Olivo, y las dos restantes en disposicion colateral cruzando los fuegos con aquella, una de las cuales compuesta de dos cañones y tres obúses se hallaba situada en unas viñas sobre el barranco que va al cementerio. El estrago no fué de consideracion en el fuerte. La plaza y las guerrillas apoyaron con energía su resistencia. A la mañana siguiente descubrieron los enemigos la trinchera que frente á la plaza habian abierto, formando martillo con el puente. Para su comunicacion con la del otro lado del rio echaron sobre él un puente de madera inmediato al de piedra.

En el Olivo se hallaba, desde el primer dia de la aparicion del francés, de guarnicion constante el regimiento de Iberia. Las numerosas bajas que habia desde entonces esperimentado, el cansancio de las tropas ocupadas en tan activo servicio, la débil é imperfecta construccion del fuerte, cuya defensa le estaba en su mayor parte encomendada, pues los muros se desgajaban en algunas partes, y en otras la falta de parapeto dejaba á la tropa completamente á descubierto, todo hacia que se pensase en relevar al valeroso regimiento á instancias tal vez del mismo. Cometióse en la plaza la imprudencia de publicar el 29, que iba á cambiarse la guarnicion de aquel punto á las nueve de la noche por el regimiento de Almería.

En todo aquel dia sitiados y sitiadores se hicieron en dicho fuerte el mas horrible fuego. Aniquilaba verdaderamente á los contrarios la metralla de los españoles, hasta que desmontadas algunas de nuestras piezas disminuyóse la mortandad. Los enemigos habian aportillado el muro por el ángulo de la derecha del fuerte y destruido los parapetos y baterías del caballero y ángulo muerto, obras todas de poca valia; pero aun no se arriesgaban á lanzarse al asalto.

« Desencabalgadas por último el 29 todas las piezas, segun

refiere el conde de Toreno, y arruinadas nuestras baterías, determinaron los sitiadores apoderarse del fuerte, amagando al mismo tiempo los demás puntos. La plaza y las obras exteriores respondieron con tremendo cañoneo al del campo contrario, apareciendo el asiento en que descansa á manera de anfiteatro, como inflamado por las bombas y granadas con las balas y los frascos de fuego. Tampoco la escuadra se mantuvo ociosa, y arrojando cohetes y mortíferas luminarias, añadió horrores y grandeza al nocturnal estrepitoso combate. Precedido el enemigo de tiradores acorrió por la noche al asalto distribuido en dos columnas; una destinada á la brecha, otra á rodear el fuerte y á entrarle por la gola. Tuvo en un principio la primera mala ventura. No estaba todavía la brecha muy practicable, y resultando cortas las escalas que se aplicaron, necesario fué para alcanzar á lo alto que trepasen los soldados enemigos por encima de los hombros de su camarada, que atrevidamente y de voluntad se ofreció á tan peligroso servicio. Burláronse los españoles de la invencion, y repeliendo á unos, matando á otros y rompiendo las escalas, escarmentaron tamaña osadía. En aquel apuro favorecieron al francés dos incidentes. Fué uno haber descubierto de antemano el italiano Vaccani, ingeniero y autor diligente de estas campañas, que con los caños del acueducto que antes surtian de agua al fuerte y conservaron malamente los españoles, era fácil encaramarse y penetrar dentro. Ejecutáronlo así los enemigos y se estendieron lo largo de la muralla antes que los nuestros pudiesen caer en ello».

El otro incidente ó fué mas casual ó no lo fué tanto. El relevo de Iberia se habia, como hemos dicho, publicado en la órden del dia anterior. Sea que lo supiera el francés por algun desertor de la guarnicion, ó por algunas de las inteligencias que dentro sin duda tenia, como consta por el hecho de haberse interceptado algunos pliegos, y por el de dispararse desde algunas casas significativos cohetes, lo cierto es que al bajar los franceses en columna por la derecha del fuerte, aparecieron en la altura los de Almería que acudian al relevo, y siguiendo á los primeros que aparentaban ser su vanguardia, llegaron á poca distancia unos de otros hasta las puertas del Olivo. La oscuridad de la noche ó

cuando no, la identidad ó similitud de uniformes que habia entre aquella tropa y la francesa, impidió que ésta fuese reconocida. Detenido sin embargo el enemigo al grito de ¿quién vive? respondió en perfecto acento español: *Almería, que viene á relevar á Iberia*, rindiendo puntual y exactamente el santo, seña, y contraseña. Apenas se le hubo franqueado la entrada que todo se convirtió en ira, fuego, confusion y matanza. En el mismo instante habian llegado las tropas de Almería, y mezcladas con las enemigas y peleándose con ellas se introdujeron en el fuerte. Dentro se hallaban además de Iberia, los regimientos de Gerona, América y Zaragoza, con buen número de artilleros y zapadores; todos se defendieron con el mayor teson y encarnizamiento. Mas bien pronto reforzados los imperiales, la resistencia se hizo imposible. Algunos tantearon el último esfuerzo sosteniéndose tenazmente en la parte izquierda del fuerte y en el caballero; pero en vano lo intentaron: su valor podia conducirles á una muerte gloriosa, mas no á la victoria. Tomados todos los puntos, quedaron en poder del enemigo 2,000 prisioneros, 20 piezas de artillería, gran cantidad de municiones. Nuestros muertos ó heridos pasaron de 1,000. Los franceses perdieron 500 hombres, entre ellos muchos oficiales. Arispe estuvo en riesgo de ser aplastado por una bomba que cayó á sus piés al introducirse con nuevo refuerzo en el Olivo. Rindióse el bizarro gobernador español D. José María Gomez, solo cuando su pecho atravesado de diez heridas impidió sostener mas á su brazo la espada. Es fama que tras su fácil, pero sangriento triunfo, escribió iracundo el francés en las murallas, con la sangre tibia aun de los denodados españoles, las siguientes palabras: *Vengada queda la muerte del general Salme.* Quedábalo en verdad, mas ¡á qué precio!

El silencio sucesor de la ruda pelea que acabamos de bosquejar, y la llegada de los pocos oficiales y soldados españoles que se salvaron descolgándose por el muro, dió á conocer á los de la plaza la sensible pérdida que debia apresurar los progresos de los sitiadores. Tan increible pareció este suceso á los valientes tarraconenses, que arrebatadamente maltrataron y aprisionaron al primero que les trajo la noticia. Poco tardaron en confirmarla los demás fugitivos, y al punto rompió en fuego espantoso la

artillería, consiguiendo en pocas horas arruinar casi completamente, ó por lo menos desalojar del Olivo á los vencedores. A la siguiente mañana avanzaron las guerrillas españolas, á las órdenes del coronel O'Ronan, hasta el fuerte, sin esperimentar grave oposicion, y con poco esfuerzo consiguieron ocupar sus ruinas: señalóse con todo al sargento Lopez en subir él primero á la muralla. Esta circunstancia hizo creer á los de la plaza que se habia recobrado aquel punto. Lo que en realidad habia sucedido era que hallándolo el francés de difícil reparacion lo abandonó, pues harto habia conseguido con desalojar de allí á los españoles, y la plaza con su destructor cañoneo acababa de ahorrarle además el trabajo de inhabilitarlo, para que recobrado pudiese volver á ofenderle. Solo habia dejado para guardar aquellas ruinas una pequeña fuerza. Desde la muerte de Salme fué dado por los enemigos el nombre de este general al fuerte del Olivo.

Este punto, cuya importancia para la defensa de Tarragona demostró el francés en su porfiado empeño por poseerlo, no se hubiera perdido tal vez como lo fué, á mediar mayor prevision por parte del general en gefe, quien por hallarse mandando en Tarragona, debe ser el único responsable. Por lo menos debe quedar á Campoverde el remordimiento de haber publicado la órden del dia 29, y haber tambien autorizado contra lo espresamente prohibido por real decreto de 19 de junio de 1810, la junta de vigilancia, cuyos individuos, por mas que fuese contra ordenanza, sabian el santo, seña y contraseña, rondaban las murallas, reconocian las baterías y hacian cuanto les parecia conveniente. La superior tenia por su parte encarecido al marqués la importancia de guardar las mayores precauciones para que no pudieran descubrirse las señales que deben contribuir á una buena defensa.

Alguna responsabilidad cabe tambien al valeroso Gomez, segun los mismos militares. Achácanle éstos que fuese sorprendida por la gola un fuerte que no tenia brecha alguna practicable, mas que el desmoronamiento de los merlones, ni podia hacerse por la calidad de la muralla; que conservaba todavía todos los fuegos de flanco y aun algunos de frente, y que tenia una guarnicion tan valiente como infatigable. Como los franceses no habian

dado lugar para que se cerrase el acueducto, custodiábanlo constantemente dos compañías de granaderos; mas por desgracia el gobernador habia debilitado el dia anterior la fuerza de este punto importante, trasladándola á otro que creia de mas necesidad y riesgo. Con este motivo los franceses vencieron bien pronto semejante obstáculo, y en el momento de mas confusion vióse ya dentro del fuerte á los granaderos enemigos, reunidos con los que por la parte del rastrillo habian dolosamente penetrado.

Aunque al pronto abatió á los defensores de Tarragona la ocupacion del Olivo, no tanto por la importancia del punto, sino por achacarse su pérdida á la traicion, cuya voz no habia cesado un momento de tener á los buenos ciudadanos en alarma contínua, con todo, como si la mayor inminencia del peligro avivara su valor, alentáronse á pelear hasta á despecho del oculto enemigo que contra ellos, en ausilio del francés, sordamente trabajaba. Acudian los patricios á fabricar cartuchos, y á llevar vino, así los hombres como las mujeres, á las tropas que salian de guerrilla; todos recorrian los hospitales prodigando consuelos y socorros á los que por la patria derramaban su sangre. Las señoras, especialmente, se reunieron en caritativa sociedad para distribuirse el cuidado de los enfermos, visitando mañana y tarde los hospitales una comision de esas benéficas damas, ángeles del amor y de la cáridad, no en vano llamadas.

Poco antes de la pérdida del Olivo habian llegado de Valencia los refuerzos que enviaba D. Cárlos O'Donell en el navío inglés *Invencible*, y los que en la fragata *Prueba* vinieron de Cádiz, consistentes en 5,000 hombres aguerridos. Al frente de ellos estaban el general D. Juan Senen Contreras y el coronel Eguaguirre, el cual no obstante de que por haberse hallado en los dos sitios de Zaragoza, podia segun real órden que así lo autorizaba, escusarse de asistir al de Tarragona; sin embargo deseando estimular con su ejemplo á varios oficiales del tercer batallon de cazadores de Valencia y del primer regimiento de línea de Saboya que en igual caso que él se hallaban, no vaciló en acudir al puesto de honor que se le habia señalado.

El 30 juntó Campoverde á los generales, comandantes de artillería é ingenieros, diputados de la superior y otras calificadas

personas, para que se discutiese entre ellas lo que mas convenia resolver en lance tan apurado. Entre las varias opiniones que allí se espusieron, fué la de Contreras que el único medio de salvar la plaza era hacer levantar el sitio, pues no podia resistirlo Tarragona á causa de los muchos defectos de sus fortificaciones, débiles, sin concluir las mas de ellas, sin consistencia, sin fosos, ni por consiguiente caminos cubiertos, y sin puertas para poder comunicarse y hacer fuertes salidas contra el enemigo, á fin de arrojarle de sus obras y recobrar las que hubiese tomado. Oido el parecer de todos, decidióse á salir de la ciudad Campoverde, como lo verificó el dia siguiente 31 de mayo. Antes sin embargo, encargó la defensa de la plaza á Contreras, como general mas antiguo que era, y á pesar de las escusas que alegó de ser recien llegado, y de no conocer por consiguiente como debiera á los gefes, tropas, autoridades civiles, la disposicion de los habitantes, ni la situacion topográfica del lugar que pisaba, ni los recursos que el país ofrecia. Nada bastó á eximirle de la pesada carga que sobre sus hombros se echó. Caro fué enviado en busca de mas ausilios á Valencia, sin que se considerara ofendido por su relevo; antes por el contrario se cree que al relevarle el marqués de tan espinoso mando, no pensó contrariarle en lo mas mínimo. Háse calificado de injusto, pero debiera tambien tacharse de altamente desacertado mudar sin motivo plausible á un comandante general en lo mas comprometido de un sitio, para cargar sobre el nuevo gefe la responsabilidad de los actos del anterior.

Campoverde pasó á situar sus reales en Igualada, á donde llegó el 3 de junio. Al partir habia prometido á los tarraconenses que debiendo, segun lo acordado por el consejo, atacarse por fuera al enemigo para obligarle á abandonar el sitio, no marchaba para huir el peligro, sino al objeto de organizar las tropas que eran necesarias; pero que *volveria volando* al ausilio de Tarragona, ó dentro de seis ú ocho dias, segun ofreció á Contreras. Embarcóse con toda la plana mayor y como 6,000 hombres de buena tropa. Al mismo tiempo fué trasladada á Mallorca la fábrica de moneda. Muchos habitantes se alejaron tambien.

¡En cual situacion quedaba la defensa de la plaza! Campo-

verde se alejaba con bastantes fuerzas para el éxito de la defensa, que sin ellas dentro, quedaba por demás espuesta, pero con pocas para batir en el esterior á un enemigo formidable y bien pertrechado. Contreras disgustado por su nombramiento, sin esperanzas de salvar la plaza, y falto, como nuevo que era, de las instrucciones necesarias. Su segundo, el gobernador, coronel del 2.º de Saboya D. José Gonzalez, hermano de Campoverde, interesado en contrariar á su gefe inmediato, é ignorante del verdadero estado de la guarnicion. En la misma ignorancia quedaba el estado mayor de la plaza, compuesto de los coroneles Folgueras y Bassecourt con unos pocos oficiales. Tal precipitacion habia llevado el marqués al embarcarse que lo dejó todo sin concierto. No solo se ignoraba la fuerza y el estado de los cuerpos, sino aun el número y nombre de ellos. Esto hizo que el espresado Folgueras renunciase á pertenecer al estado mayor, é instase para que se le volviese al ramo de ingenieros á que pertenecia, y como puesto en el que con mayor provecho podian utilizarse sus servicios por el conocimiento que tenia de la fortificacion de la plaza. De la misma habian tambien salido y continuaban saliendo á pretesto de comisiones, muchos gefes y oficiales, dejando mandados los cuerpos por subalternos y por sargentos muchas compañías.

El mando de los puntos y fuertes de la parte de la marina quedó encomendado al brigadier Sarsfield, pero con cierta independencia del comandante general del canton. Las desavenencias que entre uno y otro gefe ocurrieron eran fáciles de prever, debiéndose á la prudencia de Contreras el que no produjesen funestas resultas, y que á pesar de ellas se hiciese sin entorpecimiento y con actividad el servicio de los espresados puestos. No faltaba sino que en un recinto tan corto como el de Tarragona se pusieran dos autoridades independientes hasta en los caudales, pues Sarsfield tenia de 5 á 6,000 duros del Estado á su disposicion, sin que para su distribucion pudiese intervenir ni el ministro de la real Hacienda, ni las oficinas de cuenta y razon de la plaza (1). El baron de Eroles habia dejado Figueras

(1) *Sucesos verdaderos del sitio y plaza de Tarragona*, por Eguaguirre.

para ponerse al frente de la division de Montblanch que antes Sarsfield mandaba.

Aunque sin fé en la salvacion de la plaza, atendió Contreras á su defensa para prolongarla al menos en lo posible, á fin de dar tiempo al tiempo, ó lugar para que adoptase el gobierno las mas convenientes medidas. Determinóse pues á vender caras al enemigo las ventajas que lograse, ó á ilustrar por su rendicion con un nuevo timbre la gloria de la nacion española.

Salido que hubo de la ciudad el general en gefe, regló Contreras el servicio de las tropas; estableció una policía militar; formó los habitantes en compañias; ocupó hasta á las mujeres en hacer cartuchos, hilas y otros objetos precisos. En general no tuvo que vencer, segun el mismo, sino dirigir el celo de los vecinos, que segun sus fuerzas, sexo y edad hacian todos cuanto podian para el mejor servicio. Además de los almacenes del rey que estaban exhaustos, formó otros de los objetos útiles abandonados por las personas acomodadas, al dejar la ciudad con sus familias y lo mas precioso que pudieron llevarse. Como estaban sin pagar las tropas, cuatro ó cinco meses hacia, y tan solo en la caja de la intendencia habia 6,000 duros, vióse precisado á imponer una contribucion de 60,000 pesos que recogió y le remitió el corregidor de Villanueva. Esta suma quedó en la plaza en poder del ministro de Hacienda Pombo para el suministro de la guarnicion, salvos 24 ó 26,000 duros que envió para mayor seguridad á uno de los buques de guerra.

Cuando supo Suchet que se trataba por parte de los españoles de hacer levantar el sitio, mandó redoblar la actividad que ya se llevaba en las obras. Descartado del Olivo se dispuso á abrazar el frente del recinto que cubria el arrabal, y se terminaba por el fuerte del Francolí y baluarte de S. Cárlos hácia aquel lado, y por el baluarte de Orleans, que llamaron los francceses de los Canónigos, hácia el lado de tierra. En la noche del 1.º al 2 de junio comenzó el ataque contra este último punto. Estableció la primera paralela á 130 toesas de dicha obra, en una longitud de 400 toesas, apoyándola á la derecha del Francolí. Con esto obró perfectamente el francés, puesto que no tenia la plaza otro lado mas débil. Tanto confiaba en su fuerza que ni siquiera trató de

hacer amago alguno para dividir la defensa y encubrir el ataque principal. Los españoles pudieron así dirigir libremente el fuego de todos sus morteros y obúses, contra el único punto de la expugnacion enemiga. Además, las lanchas cañoneras y el fuerte Francolí lograron ofenderle de tal suerte con esta reunion de fuegos directos para impedirle sus trabajos, y verticales para inutilizarle gente, que fué considerable la que hubo de perder hasta cubrirse del todo.

«Animo, resolucion de morir, antes que dejar entrar á los enemigos, decia Contreras á los oficiales y soldados de la guarnicion. Confianza en vuestro general y gefe que os dirigen, y la defensa de Tarragona eclipsará, si así lo haceis, á las mas célebres que por su obstinacion merecieron formar época en la historia.» «Habitantes de todas clases, añadia; mujeres ilustres y varoniles, no dudeis que haciendo las tropas su deber, como espero, los franceses serán al fin rechazados; así pues desechad temores que pueden y procuran infundiros las almas pusilánimes, y el que no tenga valor para sufrir y despreciar los peligros desde luego puede marcharse, pues vale mas que se ausenten que no que con su contínuo sobresalto intimiden á los valientes.»

Queriendo Sarsfield reconocer personalmente los trabajos del enemigo, é incomodarle en ellos, salió á las once de la noche del 2 con los granaderos y cazadores de Saboya y Almería, atacó á la bayoneta las trincheras, entró en ellas, las reconoció á su sabor, y llenado el objeto que se habia propuesto regresó á su línea. Los imperiales seguian perfeccionando sus obras, adelantándolas sobre su derecha con direccion al Francolí, y cubriéndose de los fuegos de enfilacion de este fuerte. La artillería y fusilería españolas hacian estragos en los trabajadores enemigos, y tropas que les protegian. En vano empleó Suchet la fuerza para enviar á trabajar en aquellos peligrosos puntos á los paisanos catalanes: preferian ser arcabuceados antes que contribuir al avasallamiento de su patria.

Observaron los de la plaza la noche del 3, que con gran ruido trabajaban los sitiadores á la inmediacion del Olivo. Los de la parte del Francolí se corrieron sobre el parapeto que tenian in-

mediato á este punto, activando sus trabajos para unirlos á él. Al punto sendas descargas de todas armas sembraron de tal modo la muerte entre sus filas, que al dia siguiente estaban las inmediaciones del parapeto cubiertas de sangre, cadáveres y fusiles. Por la izquierda sufrió no menos el enemigo. En ambos costados de la casa del conducto principal del agua, en el Olivo, amaneció un parapeto construido al objeto de contener las guerrillas de la guarnicion que diariamente llegaban hasta aquel punto. Las descubiertas de la division de Courten, que la tarde del 4 salieron hácia la parte de Barcelona, empeñaron con los sitiadores un vivo y sostenido fuego sobre el camino real.

Sensible es decirlo, pero es la verdad que estaban con las tropas de Suchet algunos, tal vez muchos, españoles combatiendo contra sus hermanos, contra su nacionalidad. La miseria sin duda era el único móvil que les arrastraba á seguir las enemigas banderas. Mas no pretendamos atenuar con ella la gravedad de su delito. La miseria los hubiera llevado á servir en las filas del ejército español antes que en las del estrangero; pero sus crímenes que las leyes de todo país castigan, su desalmada conciencia, su sed desmesurada de rapiña, su perversidad, en una palabra, llevaba á esos espúreos, escoria de toda nacion, á hacer armas contra la suya. A ellos se dirigieron sin embargo los represantes de la superior, en Tarragona, convidándoles con el perdon, y aun ofreciéndoles dinero, y lo que es mas, un puesto al lado de los fieles y heróicos defensores de la independencia española. Esceso de bondad que contrasta singularmente con el odio irreconciliable que el pueblo esperimentaba, contra todo el que parecia abandonar ó traicionaba la causa augusta de la libertad y de la religion, personificada en Fernando.

A medida que el enemigo aproximaba sus trabajos, era mayor su mortandad, porque la guarnicion avivaba el fuego de sus cañones con mejor puntería. En el Olivo tuvieron los imperiales que suspender las obras del parapeto sobre los arcos del agua á la entrada de este fuerte. El 6 sacaron de sus baterías del frente Orleans un ramal que prolongaron en direccion del mismo. Llegada la noche emprendieron con toda obstinacion y grande algazara el ataque del fuerte. No se aterraron por esto sus defen-

sores, sino que al toque de generala reforzó Sarsfield todos los puntos de la línea, mientras él con su estado mayor y las tropas necesarias acudia al lugar del ataque. El enemigo fué rechazado con terrible pérdida. Sin embargo aquella noche acercaron los sitiadores la segunda paralela hasta 30 toesas del fuerte Francolí.

Al amanecer del 7, empezaron á batir en brecha este punto, con 7 piezas de á 24, colocadas en cinco baterías. La disposicion de todas las que contra los fuertes y plaza se dirigian, era la siguiente: Olivo; parapetos á retaguardia del mismo; falda de su montaña; espacio entre ella y la de Loreto; barranco á la derecha del primer punto; reducto del puente del Francolí, y derecha é izquierda del camino de Reus. El fuego duró todo el dia con la mayor actividad contra el Francolí, la línea, caserío del puerto y la ciudad. La metralla del fuerte y las bombas y granadas de la plaza no consiguieron, á pesar del destrozo que causaron en el enemigo, apagar sus fuegos de bala rasa y hueca. Los españoles se mantuvieron firmes en su puesto en medio del mas horroroso cañoneo, hasta que viendo el general del canton el mal estado del fuerte, previno á Sarsfield que obrase segun las circunstancias, y éste hizo igual prevencion al coronel Roten que mandaba en el punto combatido. Vista por este gefe, á las diez de la mañana, la imposibilidad de prolongar la resistencia, por estar casi todas las piezas desmontadas, destruido el revestimiento de tan débil obra, arruinados los merlones de las baterías y ser grande la pérdida de hombres, determinó aguardar á retirarse á las siete de la tarde, como lo verificó despues de haber salvado parte de la artillería, destruido la restante, y retirado y conducido á la línea las municiones y demás efectos, arrostrando la granizada de balas que los enemigos le dirigieron. Al mismo tiempo hacian prodigios de valor por el lado de Torredembarra las guerrillas de la division Courten, á las órdenes del bizarro teniente D. Juan Abella, señalándose en saltar el primero un parapeto enemigo, el distinguido de su cuerpo D. Vicente Arroyada.

Sin mediar pues asalto, ocuparon los sitiadores el fuerte de Francolí, como á las nueve de la noche, á la media hora de ser volado por los españoles. Al propio instante atacó una co-

lumna con estrepitosa gritería el rastrillo de la izquierda de la luneta del Príncipe, donde su comandante el teniente coronel Subirachs, tenia colocada una compañía, que mandaba el capitan Gonzalez Trigueros; por lo cual fué aquella recibida con entereza. Una buena partida de enemigos se introducia ya por el foso, teniendo la osadía de subir por la cortina y merlones del fuerte hasta dar con las bayonetas españolas que les contuvieron. Siguió la porfia de los acometedores hasta media noche en que fueron definitivamente escarmentados.

«Los franceses, dice un testigo ocular, con el objeto de librarse de los contínuos y acertados fuegos del fuerte y baluartes de Francolí, Orleans, Luneta, del Rey, del Príncipe y cortina Real, que colocados en escalones en una línea recta, daban frente al sitiador, y defendian el puerto, pudieron introducir desde su primera paralela varios ramales de caminos cubiertos poniéndose en el intermedio de algunos fuertes; de manera que solo las granadas de mano podian ofenderles. Conocian que posesionados de estos puntos lo demás era accesible, y que la grande obra que les restaba consistia solo en tomarlos á costa de cualquier sacrificio. Su atrevimiento les costó bien caro muchas veces. Dejaron en varias ocasiones estos ramales cubiertos de cadáveres, llenándose los soldados de terror pánico, tal que se les vió muchas veces huir escandalosamente, sin que las voces de los jefes y oficiales les contuviesen. En estos ataques y en el discurso del sitio, el regimiento número 7, que Suchet apellidaba el *Bravo*, llegó á perder 8 comandantes de batallon; sin embargo, sus trabajos se adelantaban con tanta prontitud que muchas de las baterías no distaban de los fuertes indicados 40 toesas, y su empeño era tal, que no habia en lo humano resistencia á su violento impulso. Son un buen testimonio de esta asercion Francolí y Orleans que no se podia defender sino á costa de contínuas víctimas; en efecto, muchos oficiales y soldados españoles sellaron con su sangre su decidido amor á la patria. Aquí fué donde, habiéndose pasado á relevar la tropa que guarnecia uno de estos puestos, los soldados entrantes hallaron tendidos cadáveres á todos los que debian ser relevados. En fin, por lo mismo tuvo que abandonarse y dejarlo al arbitrio de los franceses.

Tal era el fuego de cañon que los sitiadores hacian sobre estos baluartes y tal el heroismo de los soldados españoles que los guarnecian. Nunca se habrá visto mas serenidad en medio de un riesgo tan eminente, ni jamás se habrá combatido en plaza alguna teniendo tan inmediato el fuego de cañon, tan á cuerpo descubierto y resistiendo tan contínuos asaltos. Estos se verificaban todos los momentos y en todos eran constantemente rechazados, bien que esperimentando bastante pérdida de nuestra parte; así es que en el discurso de 20 dias pasaron á los hospitales de Villanueva, de Sitges é Islas Baleares 3,418 heridos.»

Aunque medio anticipada esta relacion, da á comprender cuanta era la actividad del enemigo y la porfía de los defensores, como repetidamente tendremos ocasion de observar. Adelantaron los franceses por el centro la segunda paralela, arrimándose á 35 toesas del ángulo saliente del camino cubierto del baluarte de Orleans. El cansancio en los trabajadores enemigos habia sido extraordinario. Así hubo de juzgarlo Contreras cuando envió tan á tiempo la noche del 12, unos 300 granaderos mandados por el capitan Villamil, que cayendo con el mayor silencio é improvisadamente sobre la primera y segunda zanja de los enemigos á quienes el sueño y la mucha fatiga acababa de rendir, los pasaron todos á cuchillo. Sarsfield con otros 300 verificó al mismo tiempo por su lado una salida sobre los trabajos del sitiador, llevándolo todo á sangre y fuego. Soldados y paisanos, hombres y mujeres se distinguieron notablemente aquella sangrienta noche.

Establecidos los imperiales en el fuerte de Francolí, colocaron en él una batería de 6 piezas de á 24 con el objeto, de echar del fondeadero las embarcaciones de junto el muelle; mas previsto por Contreras el intento, las hizo salir con tiempo y fondear en la bahía fuera del alcance de los cañones enemigos. El dia 15 se habian aproximado ya tanto las zanjas, que á algunas de ellas arrojaban los nuestros bombas con solo 8 onzas de pólvora. Concluidas el 16 las baterías, rompió al amanecer el sitiador un fuego horroroso de municiones huecas, bala-rasa, palanqueta, metralla y fusilería, con direccion á los fuertes de la

línea y prolongacion del puerto, en el que se incendiaron varias casas y campamentos. Los fuertes del Príncipe, Real, Orleans y Rey, padecieron infinito en sus merlones y muralla, quedando brechas abiertas, pequeñas ó grandes, en todos ellos.

Inmediatamente despues de haber anochecido, dispusiéronse los españoles á hacer los posibles reparos. Ocupados se hallaban en esta tarea, cuando atacaron súbitamente los franceses por los tres puntos accesibles la luneta del Príncipe. De las dos columnas en que venia el acometedor dividido, una atacó por la izquierda, donde el foso se prolongaba hasta el mar, y por el frente la otra. La retenes del camino cubierto y parapeto del mismo, se replegaron in continenti sobre la plaza con alguna pérdida. El ataque brusco y arrojado de los granaderos enemigos, su proximidad al fuerte, y su fácil entrada, solo permitió á los defensores hacer uso de algunas granadas de mano, y de la bayoneta. El gefe de la línea puso desde luego la reserva sobre las armas, cubrió todos los puestos y pasó á la batería de S. Cárlos con un batallon del segundo de Saboya, mandado por su sargento mayor D. Manuel Llauder. El enemigo que se hallaba al pié del fuerte envuelto con nuestras tropas, se apoderó de S. José y cortó las cuerdas del puente levadizo. El regimiento de Almería reforzó el punto de S. José é izquierda del puente: los fuegos de ambos cuerpos y la metralla de S. Cárlos hicieron replegar al enemigo, el cual repitió por tres veces y con mayores fuerzas sus ataques; pero con todo fué rechazado, muriendo allí el francés Javersac que mandaba el primer cuerpo de ataque, como tambien otros muchos gefes y oficiales.

Algunos soldados de Saboya salieron á esto voluntarios y levantaron y aseguraron el puente, quedando los enemigos en la estacada de la derecha del Príncipe, donde permanecieron. Los fosos y campamento inmediato á S. José y S. Cárlos estaban cubiertos de cadáveres. De los 16 granaderos de Toledo que formaban la guardia de la luneta del Príncipe, solo uno, Valentin Dalmases, quedaba el siguiente dia; los demás cubrian gloriosamente con sus inanimados cuerpos el puesto de honor que el deber patrio les habia señalado.

Mas ¿qué era en tanta mortandad y tan crecientes apuros, del

prometido socorro de Campoverde? Muchos y crueles dias habian ya transcurrido desde su ida de Tarragona. La campana que con sus dobles ó sencillos golpes anunciaba cuando era bomba ó granada el proyectil arrojado por el enemigo, habia señalado ya en solo un dia mas de 1,560 disparos de mortero ú obús. La tropa y los paisanos murmuraban del general en gefe. Voces de traicion se proferian nuevamente con motivo de haber hallado abierto los franceses el rastrillo por donde se acababan de apoderar de la luneta del Príncipe. Contribuia á aumentar el desaliento la junta superior comunicando á Contreras y á sus comisionados de la plaza, que confidencialmente se le habia revelado que Tarragona debia ser entregada á traicion el dia de S. Juan á mas tardar. Por otra parte, si bien el enemigo, segun confesion propia, llevaba entre muertos y heridos 1 general, 2 coroneles, 15 gefes de batallon, 19 oficiales de ingenieros, 13 de artillería, 140 de las demás armas, y 2,500 soldados, si bien le faltaba apoderarse aun del arrabal para empezar luego el acometimiento contra la ciudad; con todo, por demás cerrado tenia el frente de ataque con la posesion de la luneta del Príncipe y en progresivo adelanto todos los puntos de ataque. En vano la division de Eroles se afanaba en sorprender pequeños destacamentos para divertir á los sitiadores. Manso y Torrijos que en ella militaban señalábanse inútilmente con los mayores actos de valor y arrojo de que las antiguas hazañas caballerescas nos puedan ofrecer ejemplo. No eran ni podian tener mas significacion que la de algunos hechos, notables sí, pero tambien muy particulares. Campoverde no se movia de Igualada alegando la suma cortedad de sus fuerzas para intentar accion alguna formal contra el ejército de Suchet. Apremiábanle la superior, el general Contreras, los comisionados de la junta, el grito en fin, del popular ardimiento, para que atacase decididamente antes que se perdiese la ciudad. Su posicion era en verdad embarazosa. Contribuyó á aumentar ese embarazo la llegada á Tarragona del refuerzo de 4,500 hombres que de Valencia venia. Solo 400 de estos soldados, y aun desarmados, quedaron en la expugnada plaza; los demás desembarcaron en Villanueva de Sitges, de donde pasaron á juntarse el 16 á Campo-

verde en Igualada. Contando ya el marqués con tal auxilio 9,456 infantes y 1,183 caballos, determinóse por último á acudir el socorro de Tarragona.

Ya era hora, aunque todavía pasaron algunos dias, demasiados para la salvacion de esta plaza. A Contreras, que no habia cesado de instar porque fuese ausiliada la defensa con un ataque por nuestras fuerzas del esterior, se le contestó por el general en gefe, que si no se veia con ánimo de continuar en su propósito, saliese al punto de la ciudad, dimitiendo el mando en otro gefe de su confianza. Antes de la llegada de la última division valenciana, el ataque de nuestras fuerzas combinadas no ofrecia las mejores condiciones de buen éxito, pero ¿debia, permaneciendo Campoverde en la inaccion, dejar que se apoderase Suchet de Tarragona impunemente, tras de cuya desgracia no le quedaba al ejército de Cataluña otra eventualidad que la de ser batido en el campo, dentro de una poblacion cualquiera, ó destrozado huyendo ante un enemigo fuerte y victorioso? Atacar era tal vez caminar á la ruina; pero no hacer esfuerzo alguno, era esperarla impasible y deshonrosamente con las armas en la mano, pero sin haber combatido. El enemigo ocupado en los trabajos del sitio, y ofendido por frente y espalda no habia de ser tan temible, como despues de posesionado de la plaza.

Contreras habia propuesto que se diese un ataque simultáneo y la junta recomendó el plan al general en gefe, no para que lo adoptase, sino para que tenido consejo de guerra, siguiese el que por mas conveniente se tuviera. ¡Cuanto hubo pues de ser el disgusto de todos al contestar el 13 Campoverde, que su plan era el acordonar á las tropas del sitiador, ocupando los puntos que dominan á Reus, esto es, Alforja y Coll de jeu hasta Monroig, y destacando fuerzas imponentes sobre el camino real que va del Coll de Balaguer á Tarragona; mientras que amenazarian el flanco izquierdo enemigo las tropas que se situaban en el Coll de Cabra, Lilla y Santa Cristina, compuestas de tiradores y somatenes! « Nuestro conato, decia aquel general, será el privarles las subsistencias por todas direcciones, y forzarles ó á levantar el sitio ó á atacarnos en nuestra fuerte posicion ». Con sobra pues de razon se le criticó por querer matar de hambre á los franceses,

pidiéndole que al menos los matase militarmente con la bayoneta, pues si á los franceses les hubiese dado la gana de comer, supuesto que tenian de qué, no se hubieran muerto jamás (1).

El 18 habia abierto ya el enemigo la tercera paralela, llevando dos ramales de trinchera sobre el ángulo saliente del camino cubierto y sobre el de la media luna; coronó la cresta del glácis y practicó la bajada al foso del baluarte de Orleans, perfeccionando las demás obras. Contra este ataque se previno Contreras, construyendo detrás de los puntos donde se proponia el enemigo practicar las brechas, los convenientes atrincheramientos, y tambien hizo contraminar aquel baluarte dejando cargados los hornillos.

Al amanecer del 21 descubrió el sitiador por su derecha, sobre la luneta del Príncipe, una batería de 4 cañones que rompió el fuego contra el fuerte de S. Cárlos, siguiendo el resto de las baterías enemigas desmontando el poco resguardo que á nuestras tropas quedaba en los parapetos de Orleans, luneta del Rey y S. José. Tan vivo fué su cañoneo que á las diez tenia abierta una brecha continuada en toda nuestra línea, habiéndonos desencabalgado las piezas que quedaban en estado de servir. El enemigo siguió arrojando de seis en seis las bombas contra el puerto y la plaza, sin cesar de batir con municion sólida indistintamente.

Habia hasta entonces defendido con intrepidez é inteligencia Sarsfield la línea del arrabal, pero habiendo pedido á él ó á Roten el general en gefe para confiarle el mando de una division, prefirió Contreras enviarle el primero, segun asegura Toreno echando en cara al comandante general la imprudencia de deshacerse en tan críticos momentos de un gefe que tan buenas disposiciones habia encontrado. La guarnicion sin embargo se creyó abandonada viendo embarcarse precipitadamente á Sarsfield con sus edecanes hácia el cuartel general. Pero ni Contreras fué imprudente ni Sarsfield desertor ó cobarde; aunque este último no hubo de ser tan apremiantemente llamado, que no le sirviese de honroso descargo el haberse quedado á combatir aquel dia. Cam-

(1) Dos palabritas al marqués de Campoverde, folleto anónimo.

poverde pudo pedir que se le enviase á Roten ó Sarsfield, pero es lo cierto que éste se ausentó de Tarragona la tarde del 21, entregando el mando á su segundo el coronel D. José Carles, sin conocimiento de Contreras, y segun comunicó éste á la junta superior en su parte del mismo dia, «dejándolo todo comprometido.»

Previéndose el asalto fueron reforzados los puntos, hasta donde alcanzaron las tropas de la guarnicion, no habiendo quedado mas reserva que el regimiento de Santa Fé, fuerte en todo de 300 plazas. El brigadier Velasco no ocupó sino mas tarde en la marina el puesto que Sarsfield acababa de dejar. Al anochecer avanzó el enemigo bruscamente con grande algazara, cargando en cinco columnas y á un mismo tiempo por S. José, S. Cárlos, luneta del Rey y Orleans, hasta forzar las brechas. Sus tropas eran todas de refresco, y las nuestras fatigadas, sin poder tomar alimento. Esto hizo que fuesen los españoles retirando hácia la cortadura, en donde indudablemente hubieran contenido á los acometientes, ó disputádoles cuando menos el terreno con verdadero encarnizamiento; mas dirigiéndose entonces los franceses al fuerte Real, y desplegando sobre la retaguardia de los españoles, fué á éstos preciso replegarse sobre la plaza haciendo fuego. Estaban aun en dicho fuerte cargados los dos hornillos que quedaron, con la precipitacion de los nuestros, sin encender. Aunque eran poco practicables las brechas, apoderáronse los enemigos por escalada de todos los puntos hasta el fuerte Real, penetrando en ellos mezclados con nuestros soldados de lo que resultó un degüello espantoso.

Inmediatamente que el comandante general de la plaza, quien se hallaba sobre el segundo recinto y puerta de S. Juan, con algunas tropas de reserva, vió venir sobre él confundidos franceses y españoles, conoció que al igual de lo que habia sucedido la noche del 16, en la cual se introdujo el enemigo envuelto con nuestros soldados por la puerta de S. José hasta la batería de este nombre, por estar el puente sin levantar, intentaba ahora sacar con parecido intento mayor ventaja, hizo cerrar la puerta que los franceses creian descuidada, sin cuya pretension indudablemente se hubieran los imperiales introducido en la plaza; gritó al primer regimiento de Saboya, que se formase en batalla

al pié del muro, como lo verificó con presteza separándose de los franceses. Luego que estuvo Saboya bajo la proteccion de los fuegos de la plaza, comenzó ésta un terrible fuego de fusilería y metralla que obligó á los enemigos á retirarse con pérdida horrorosa de muertos y heridos. Un capitan de ellos tuvo la temeridad de llegar hasta la misma puerta con su compañía de granaderos, quienes la empujaron con las culatas de los fusiles; pero empezando por el capitan y el tambor, quedaron muertos casi todos á dos pasos de distancia.

Aunque con denodada oposicion enseñoreóse el sitiador del arrabal y del muelle, ensangrentándose en el paisanage, y vengándose en fin, en cuanto pudo destruir, de las pérdidas que habia esperimentado. Velasco, enviado por Contreras para que se pusiese al frente de las tropas que defendian aquel punto, no llegó sino para presenciar como lo entraban al asalto los imperiales. Saltando por encima de las cortaduras de Cervantes y del Rosario se acogieron á la plaza los fugitivos. El enemigo estableció en seguida en el muelle una batería de un cañon y un obús al efecto de incomodar el nuevo embarcadero del Milagro, por donde se comunicaban con el mar los sitiados, despues que no pudieron por el muelle. Tambien con la ocupacion del arrabal perdieron éstos la fuente que abundantemente proveia á la guarnicion y al vecindario; mas no esperimentaron por eso absoluta falta de agua. Nuestras pérdidas escedieron aquella noche de 500 hombres. La mortandad del ejército imperial fué considerablemente mayor. Contribuyeron á ella los tres navíos y dos fragatas inglesas, y especialmente la aumentaron despues de las últimas horas de la noche, disparando contra los trabajadores y tropas que los sostenian, así como contra los que en el arrabal saqueaban las casas abandonadas.

Creyó el francés que solo le faltaba ya alargar la mano para apoderarse de Tarragona, y por demás engreido con su triunfo, hizo señales para ver si tenia el español intencion de rendirse; pero con altanero silencio fué su invitacion contestada. La impaciencia de Suchet era estremada en efecto. Distintas veces habia paseado por Reus una larguísima bandera encarnada con este mote: *Viva el emperador*, con intencion de enarbolarla aquel dia en

el baluarte mas alto de la ciudad. Le engañaba su afan. Los españoles no se doblegan á los primeros contratiempos. Mas ¡ ay de los defensores de Tarragona! porque debiendo al fin caer esta plaza y acrecentándose con su resistencia la ira del sitiador, iba el estrago á acompañar á la victoria. Furioso con el silencio de los nuestros, mandó Suchet abrir la misma noche del 21, la primera paralela contra el principal recinto delante del fuerte Real, apoyando su izquierda en el baluarte de Santo Domingo, y prolongando hasta el mar la derecha. Pocas en verdad y flojas eran las obras que le faltaba expugnar, pero fuertes y decididos los pechos que le aguardaban en ellas.

La guarnicion no podia hacer las frecuentes y enérgicas salidas que son en tales casos la principal defensa de una plaza, por carecer de obras esteriores donde recogerse en su retirada la tropa, por la falta de un órden regular de fortificaciones y la escasez de puntos de salida, todos los cuales eran batidos de frente por el cañon enemigo, de manera que antes de dejar los españoles los muros habrian ya sido crudamente ametrallados. Solo pudieron mantenerse fuera algunas partidas de tiradores que salian de noche en número solo de 50 ó 60 por las cortaduras del Rosario á la derecha, y de Cervantes á la izquierda.

El enemigo adelantó en los dias siguientes sus trabajos, á pesar de la viva oposicion de nuestra artillería y fusilería, y á fin de preparar el ataque contra el casco de la ciudad, abrió su segunda paralela á 60 toesas y plantó nuevas baterías de brecha. Los moradores de Tarragona acostumbrados á sortear las granadas y bombas, cuyo disparo les avisaba la campana, apenas recibian daño en sus personas, amparándose de los portales y otros resguardos, y tomando á veces como diversion el peligro. No sucedia así con las tropas que guarnecian las murallas. El daño era en ellas mas frecuente é inevitable.

Nuestros soldados, aunque pocos en número y diezmados por la inmediacion de los fuegos enemigos, no se desalentaban sinembargo. Su fatiga tocaba ya por otra parte al último estremo de la resistencia. La esperanza del socorro se desvanecia y contribuia al desaliento de algunos pocos que se sustrajeron cobardemente aquellos dias á su deber, ya embarcándose con pretesto

de acompañar heridos á los buques, ya escondiéndose en un rincon de alguna casa á prueba de bomba sin duda.

La inmediacion de los enemigos, á cuyo avance solo podia oponerse un murallon desmoronado por su mucha antigüedad y por anteriores guerras, la falta de ingenieros para dirigir los trabajos de construccion y reparacion, la de zapadores y minadores, la pérdida considerable de individuos y oficiales del arma de artillería, la escasez de maderamen, la necesidad de brazos para las obras de indispensable urgencia, habian obligado á Contreras á escribir á la superior y al general en gefe apremiando repetidamente el ofrecido ausilio, sin el cual, añadia, la plaza iba sin remision á sucumbir. Pero las avanzadas de las tropas de Campoverde que los sitiados descubrian sobre las alturas vecinas, no pasaban de Altafulla y Torredembarra, sin incomodar formalmente al sitiador. El comandante general tenia pensado en último recurso, si no era socorrido, abrirse paso á la bayoneta por entre las filas enemigas, mas la seguridad positiva que se le daba del próximo ataque de los nuestros por la espalda del francés, y el deseo de sostenerse hasta el postrer momento en la ciudad combatida, le contuvo.

Por fin, púsose en movimiento Campoverde el 23, desde Montblanch, donde habia algunos dias antes trasladado sus reales, hácia Villarodona. Miranda, al frente de la division valenciana que habia salido de Tarragona con Campoverde, y 1,000 infantes de la de Eroles, con 700 caballos, partió con objeto de embestir los campamentos franceses de Hostalnou y Palleresos, mientras el general en gefe pasaba á situarse sobre el Catllar, hácia la izquierda, á fin de sostener el ataque, favoreciéndolo además con un amago cuya ejecucion estaba encomendada á Torrijos. El general Suchet, sin separarlas mucho del sitio, reunió en espera de los españoles sus principales fuerzas, creyendo ser atacado por la parte de Villalonga. « Escusada era tanta prevencion, dice Toreno. Miranda no desempeñó su encargo so pretesto de que no conocia el terreno y alegando dudas y temores que no le ocurrieron la víspera, y para las que no habia nueva razon. Un escarmiento ejecutivo y severo hubiera servido en este caso de leccion provechosa, y estorbado la repeticion de actos

tan indignos del nombre español. Lavó hasta cierto punto la mancha D. Juan Caro, de vuelta de Valencia, sorprendiendo y acuchillando en Torredembarra á unos 200 franceses. Mas se perdió la ocasion de aliviar á Tarragona, y Campoverde, aunque mal de su grado, tiró la vuelta del Vendrell.»

Antes, sin embargo, esto es el 24, creyóse en la plaza que Campoverde atacaria aquel dia de frente á los sitiadores, segun estaba convenido con el cuartel general, del cual por telégrafo debia hacérseles seña que indicase el momento de dar principio á la operacion. Sobre 4,000 hombres de la fuerza sitiada salieron á las cuatro de la tarde, y apoyándose en el glácis estendieron su línea de batalla sobre el camino real de Barcelona, inmediato á la casa del Portazgo, punto descuidado hasta entonces por los enemigos. Hallábase esta tropa escogida entre las mejores de la guarnicion, distribuida en dos secciones de á 2,000 hombres cada una, mandada la primera por el coronel Eguaguirre y por el coronel Roten la segunda, ambas á las inmediatas órdenes del general Courten.

En esta disposicion se hallaban aguardando con impaciencia la señal del telégrafo. Pero la señal no se hacia, y los franceses atentos á las bélicas disposiciones de los nuestros, destacaron varias partidas que aceleradamente pasaron de la parte de la marina al ángulo final de la izquierda, centro de las fuerzas superiores que miraba al ejército esterior del principado.

Esta operacion que al parecer debia trastornar el plan de ataque, por nuestra parte no produjo otros efectos que el de la exasperacion de las tropas. Los gefes, oficiales y soldados sabian con evidencia que los franceses no tenian por aquel lado fuerzas capaces de contener el ímpetu furioso con que iban á acometerlos, mientras no abandonasen todos los puntos de la dilatada línea de circunvalacion y contravalacion. Era de suponer que el ataque de la division de la plaza seria capaz de arrollar cuanto se lo opusiese (1). No se trataba de atacar una batería ó tomar un parapeto y volver á la plaza, sino de derrotar al ejér-

(1) *Sucesos verdaderos.*

cito sitiador ó á la mayor parte de sus fuerzas, tras lo cual no le quedaba mas recurso que levantar el sitio; empresa ciertamente dificultosa. Despues de esperar en vano el convenido aviso, regresaron ya anochecido á Tarragona las fuerzas de Courten, coléricos, furibundos, desesperados, soldados y oficiales. Semejantes decepciones en momentos tan supremos debilitan mas á la tropa que la contrariedad de las armas.

A todo esto el vocal de la superior cerca del cuartel general en el Vendrell, D. Valentin Segura, que á pesar de las seguridades que verbalmente le habian dado el marqués, vió que nada se habia hecho el 23 ni el 24, y que trascurria el 25 sin que se demostrase mayor actividad, pidió que se formase dentro de cuatro horas un consejo de guerra en el cual se le admitiera, á fin de adoptar la resolucion mas conforme á las circunstancias, y resolver si se estaba en el caso prevenido por S. M. las córtes, esto es, que siempre que se tratare de la rendicion de una plaza, se diese el mando al gefe que viniera inmediatamente despues del que no se viese con ánimo de defenderla, recorriendo grado por grado todos los oficiales del ejército: por parecer que el marqués abandonaba á Tarragona con retirarse al Vendrell.

Convocado el consejo para las nueve de la noche, manifestó Campoverde estar resuelto á todo trance á la defensa de Tarragona, por cuyo motivo no se estaba en el caso de lo que las córtes mandaban; pero que si algun gefe habia que se considerase capaz de obrar mejor de lo que él hacia, estaba pronto á entregarle el mando. Abierta la discusion sobre el punto principal, resolvióse por fin despues de la media noche, que supuesto que el recinto de Tarragona no tenia brecha abierta, que la guarnicion era escogida y estaba bien dispuesta, bastaba encargar al comandante general del canton, que hiciese la guerra por las calles á imitacion de Gerona y Zaragoza, y que á todo apuro se diese una accion, incomodándose entre tanto al enemigo con toda suerte de hostilidades. Contra lo cual justamente protestó la superior, haciendo estrechísimamente responsables á cuantos gefes firmaron la resolucion adoptada, de la pérdida de Tarragona. «¿Pues qué, añadia la solícita junta, cuando el encargado de la defensa de la plaza espone el riesgo que ame-

naza, y dice que Tarragona va en breve á mudar de amo si por defuera no se le ausilia ¿qué mas se ha de esperar? Cuando dice que todo, ya víveres, ya municiones, va al instante á faltar en la plaza ¿á cuándo aguarda el ejército de operaciones á maniobrar? Y cuando por último hace ver que la parte que debe ser atacada, está sin fuegos y sin otros requisitos ¿ha de esperar por ventura este mismo ejército á ir al ausilio de Tarragona cuando ya no queda remedio?»

Se ha querido presentar á la junta del principado y al mismo general Contreras como exagerándolo todo, quejándose con sobrado rigor de la inaccion de Campoverde, y abultando nuestras fuerzas al paso que en su imaginacion disminuian las de los franceses. Háse además imputado á Contreras que en vez de obrar consumia á veces el tiempo propalando indiscretamente que la plaza tendria que rendirse si no era en breve socorrida. Apuntado queda sobre este particular nuestra opinion, en la que no podemos menos de afirmarnos mas y mas. Largo ó corto el ejército de Campoverde ¿qué hacia? Absolutamente nada. ¿Quién fué pues mas desatentado? Contreras y la junta clamando contínuamente al general en gefe y solo al general en gefe, y no con indiscreta propalacion, como se ha supuesto, ó Campoverde prometiendo solemnemente á la guarnicion y habitantes de Tarragona que *volveria volando* á libertar á la amenazada plaza? ¿Qué mas propalacion indiscreta, pues, que la del mismo general en gefe? Indíquese cómo podia Contreras acallar á la tropa y moradores de la ciudad justamente irritados contra el marqués, porque siendo mayor el número de sus tropas despues de la formal promesa espresada no se acordaba de cumplir su palabra. Ya hemos visto tambien qué motivos impedian á la guarnicion de Tarragona hacer fuertes salidas.

Campoverde culpó en su manifiesto á Miranda por no haber atacado el 24, mas no se disculpa á sí propio por haber dejado en los siguientes dias de reparar aquella falta sustituyendo á aquél otro general. Y si los que parece que se han atenido solo para formular su juicio al citado papel de Campoverde, hubiesen tenido ocasion de ver otros documentos auténticos y parado mientes en otras circunstancias, habrian visto que podian Contreras y

la junta disminuir imaginariamente nuestras fuerzas y exagerar las contrarias para alentar al general en gefe á entrar en combate; pero quien sin escusa plausible, indubitablemente ponderó la cortedad de las suyas, aumentando considerablemente las enemigas, fué el mismo Campoverde, comprobándolo con estados sin carácter de autenticidad, como pudieran demostrarlo los que para sacar raciones se presentaban en la misma época, y con una carta confidencial escrita en Vich doce dias despues de la pérdida de Tarragona; pero dejando de continuar, á mas de los somatenes, las compañías de tiradores, que componiéndose de 200 hombres por cada corregimiento, no dejaban de formar un cuerpo de 2,800 valerosos soldados.

En vez de tantear la salvacion de Tarragona, meditaba el mal aconsejado marqués, segun confesion del mismo, sacar la guarnicion de aquella plaza, unirla al resto del ejército y reparar la pérdida de la segunda capital del principado con la problemática conquista de Rosas. No acertaba á defender lo que poseia, y soñaba conquistas.

No menos imprudente é inmotivado fué el escribir el marqués á algunos gefes de la plaza, y especialmente al brigadier Velasco, quien por haber estado entre los defensores de Zaragoza habia pedido el mismo dia de la toma del puerto su pasaporte para salir de la ciudad, previniéndoles que «en el caso que el comandante general del canton tratase de rendir ó abandonar á Tarragona, lo que haria abominable el nombre de tan dignos gefes, á quienes con tiempo advertia su situacion para escitarles al entusiasmo, depositaba en ellos las facultades necesarias para llevar á efecto las medidas que éste les inspirase.» Encargábales que en caso de dimitir Contreras el mando y de denegarse á admitirlo Velasco, reuniéranse en junta para conferirlo al que juzgasen mas capaz de desempeñarlo. «Igualmente encargo, añadia, que celen y vigilen con la mayor prudencia si hay debilidad ó torcida intencion en el gobierno superior de la plaza, y en tal caso hagan el mismo nombramiento, arresten á cuantos juzguen sospechosos y tomen cuantas medidas y providencias crean necesarias para la seguridad de esta plaza». A Velasco le habia escrito encareciéndole que no desairase su amistad dejando de to-

mar el mando si lo dejase Contreras, segun la invitacion que para ello le tenia hecha, persuadido de que mas debian atribuirse los apuros en que se hallaba Tarragona á la debilidad de este general que al verdadero estado de la plaza. La carta concluia con esta terminante seguridad: «Pasado mañana me verá V. S. en sus inmediaciones».—Montblanch, 22 de junio. De la junta militar esceptuaba, contra lo prevenido por ordenanza á los mariscales de campo D. Juan Courten, que mandaba la division exterior, y D. Francisco Cárlos Cabrer, comandante general de ingenieros, al brigadier D. Pablo Mesina, gefe de la division del centro, y á los coroneles Saqueti, que desempeñaba la comandancia general de artillería, y Eguaguirre que entonces mandaba el cuerpo de cazadores de Valencia, Almería, Almansa y el batallon de Saboya. De los seis gefes á quienes se dirigia Campoverde, los tres se habian ausentado. Tales eran los sugetos á quienes intentaba confiar la salvacion de Tarragona. Así Campoverde embarazaba la defensa, dividiendo en partidos á los gefes, y previniéndoles unos contra otros, dando sobrado pié á sus contínuos motivos de desconfianza.

Dió la casualidad que sin mirar, como tenia por costumbre Contreras, á quien iban dirigidas las tales cartas, las leyó. Al punto mandó llamar á los generales que mandaban divisiones ó secciones, al comandante general de ingenieros, al de artillería y á los principales gefes, á quienes puso de manifiesto lo que escribia á algunos el general en gefe; hízoles presente la morosidad del marqués en socorrer la plaza, el estado precario en que la misma se hallaba, á pesar de creer muy otra cosa Campoverde, la considerable disminucion de tropas, tal que en dos dias de asalto ya se contaba entre muertos y heridos mayor número del que componia toda la guarnicion de la inmortal Gerona, y concluyó diciendo: «que siempre que entre los presentes al consejo hubiese alguno que en tal estado defendiese la plaza mas de un dia, y que demostrase poderlo hacer sin concurso de la fuerza esterior, dejaba el mando en el acto y haria el servicio como simple granadero».

Todos los vocales del consejo declararon, á puerta cerrada, salido que hubo el comandante general, que era imposible pro-

longar la defensa de la ciudad sin ausilio esterior; que eran atropelladas é indecorosas al general Contreras las cartas dirigidas por el marqués á algunos gefes de la guarnicion, y que Contreras debia continuar en el mando. Ni uno dejó de suscribir á semejante resolucion, pidiendo todos testimonio con insercion de las citadas cartas, para elevar sus quejas al gobierno supremo acerca del desprecio que habian recibido del general en gefe en el preciso momento en que mas recomendables eran sus servicios en presencia del enemigo.

Como si todavía no se hubiese allanado bastante el camino á las fuerzas sitiadoras, otros sucesos vinieron á agravar el mal estado de la plaza. Procedentes de Cádiz llegaron el 26 delante de Tarragona sobre 1,200 ingleses á las órdenes del coronel Skerret, el cual tomando tierra aquella noche pasó á ofrecer su ausilio al comandante general. Contestóle éste atentamente que si desembarcaba su gente y la entraba en Tarragona seria recibido con alegría general y tratado como merecia, y que eligiese el puesto que prefiriese defender; pero que de ningun modo queria mandarle ni aconsejarle cosa alguna. Al dia siguiente pasó Skerret con los comandantes de artillería é ingenieros de su division á reconocer el frente atacado, despues de lo cual y conociendo sin duda cuan escasa gloria les aguardaba en punto tan apurado, volviéronse todos á sus navíos, sin dar á la plaza el menor socorro, antes ocasionando con su estéril llegada y su retraimiento gran desaliento en la guarnicion, que abandonada de todo ausilio esterior se veia.

El propio 27 entró el baron de Eroles, acompañado del oficial de estado mayor D. Mariano Villa, comisionados por Campoverde para reconocer el estado de las fortificaciones, y habiéndolas visitado detenidamente, é informados de cuanto les convenia, regresaron al cuartel general, donde manifestaron el abatimiento en que se hallaba la guarnicion, y que aun cuando el estado y la posicion de la plaza ofrecian buena defensa, imitando á Zaragoza y Gerona, creian que segun la decadencia de espíritu que reinaba, no se prolongaria como se habia esperado; y que aunque lograsen los enemigos abrir brecha en el frente atacado, y el asalto no fuese contenido en el primer recinto, la

línea de la Rambla era capaz de sostener un ataque impetuoso. Consultó Campoverde con los aliados, y de acuerdo con los mismos, atendida la relacion que Eroles y Villa acaban de hacer, resolvió abandonar la plaza, sacar la guarnicion, unirla al ejército y marchar con rapidez á destruir el bloqueo de Figueras (1).

Algo habian sin embargo de modificarse estos planes. Eroles habia ofrecido antes de su salida de Tarragona, como se publicó, que el 29 se daria el ataque tan esperado, á cuyo fin volveria el baron para mandar los 4,000 hombres de la guarnicion, destinados á embestir por el frente á los imperiales, en tanto que el ejército de operaciones lo verificaria por ambos flancos y retaguardia. Mas no habia aun finido el 27, que entró en la plaza el coronel O'Ronan con órden de Campoverde para sacar 3,000 hombres. No pudiendo el gefe de la ciudad eludir tan espreso mandato, consintió á pesar de los aprietos en que se hallaba, en desprenderse del regimiento de Almería, compuesto de 900 plazas, sin el cual debian quedar asaz descubiertos los puntos que ya en 10 de junio manifestaba el marqués á la junta del principado que no podia tan escasa guarnicion cubrir militarmente. Pero O'Ronan, por una chocante inconsecuencia, se hizo á la vela sin volver á parecer en busca de la tropa, que dispuesta le aguardó toda la noche junto al fuerte de la Reina.

Durante este tiempo habian los franceses concluido su segunda paralela á 60 toesas del segundo recinto y armado sus baterías. Al amanecer del 28, despues de enviar un parlamentario, que fué rechazado por conservarse todavía alguna esperanza de socorro que procuraba Contreras alimentar en la guarnicion, comenzaron aquellos á batir en brecha el cuerpo de la plaza, principalmente la cortina del frente de S. Juan, junto al ángulo entrante donde se une con el fuerte de S. Pablo, á 30 toesas de distancia, con 14 piezas de á 24 en cada batería. Nuestro fuego fué tan vivo y acertado, y tan descubierto estaba el enemigo, que á las dos horas pudo publicarse para alentar á los defensores, que los contrarios tenian ya desmontadas 7 de sus piezas. A las

---

(1) Esposicion de Campoverde á la Regencia.

diez incendió una bomba enemiga el repuesto de pólvora de Cervantes, inutilizando completamente tan desgraciado incidente la defensa de aquel angostísimo punto, donde perecieron muchos de nuestros valientes soldados. A las dos de la tarde nuestros fuegos se habian debilitado estraordinariamente, aunque el ánimo de las tropas permanecia inalterable en medio del estrago. La brecha empezaba á ser practicable á las primeras horas de la tarde, pues aunque solo se habia desmoronado el merlon y poco mas de la cortina batida, podian ya entrar 8 hombres de frente por la abertura, facilitando el acceso la falta de foso y los mismos escombros. Sabiendo el francés la llegada de la division inglesa, y que no andaba lejos el ejército español de operaciones, apresuró la acometida y lanzó sus tropas á la brecha sin esperar á que estuviera del todo practicable.

Contreras, que al principio habia tratado de resistir á todo trance, trató ya á las primeras horas de los progresos del enemigo, de poner en salvo la guarnicion, aunque para ello fuera necesario hacer un supremo esfuerzo. La operacion era en verdad arriesgada, y exigia mucho tino y firmeza. Ya los sitiadores tenian tomados todos los pasos, y sobre el camino real de Barcelona, en los puntos del Ermitaño, Loreto, Olivo y mamelones inmediatos á dicho camino habian apostado destacamentos considerables y firmes en sus posiciones. El embarque estaba del todo interceptado por las baterías del puerto que impedian la aproximacion de los buques, pudiendo solo de noche arrimarse á la playa alguna que otra lancha para el transporte de heridos. No era posible pues verificar la salida sino por el espacio que media entre Constantí y el Olivo, inclinándose hácia el pié de este fuerte para tomar prontamente la direccion de las montañas del Vendrell.

Los enemigos no podian presentar por este lado un frente de 6,000 hombres, por tener repartidas sus fuerzas, unas observando á Campoverde, otras, ciertamente las mas respetables, en la marina, destinadas para el asalto y ausiliarle, y las demás de observacion en diferentes puntos, distantes de la plaza sobre el camino de Reus, en el Coll de Balaguer y otros varios. Examinóse detenidamente este paso, con presencia de un cróquis topográfico que se formó, se previeron las dificultades que podia ofre-

cer la retirada por aquel punto, y se dispuso verificar la salida á la primera hora de la noche del mismo infausto dia 28 de junio, hora en que se calculó que habrian los imperiales aportillado ya el muro batido, y se arrojarian al asalto á fin de ocultar su fuerza real y su verdadero objeto; en cuyo instante principiaria la guarnicion á desfilar por entre Constantí y el Olivo, de suerte que por mucha prisa que los enemigos se diesen no podrian presentar un frente capaz de detener á los españoles.

La guarnicion debia salir en tres secciones. La de vanguardia fuerte de 1,500 soldados, mandada por el coronel Roten; la segunda ó del centro, de 2,000 hombres á las órdenes del general Courten, y la tercera regida por el coronel Eguaguirre, compuesta de 2,900 infantes, entre ellos 400 granaderos, que despues de haber esperado en la plaza á los franceses, debian retirarse en escalones, en tanto que 1,000 cazadores de la misma porcion esparcidos sobre el flanco izquierdo harian fuego contra los enemigos de la primera paralela, y los 1,500 restantes seguirian en columna cerrada á las precedentes secciones. No habia que temer por esta parte el fuego de cañon del Olivo, ni el de la batería, situada en el puente del camino de Reus, aquél por la distancia y ésta por haber sido construida para ofensa de la plaza y tener cerrada toda su circunferencia, á escepcion del boquete que miraba al rio, lo cual le imposibilitaba por consiguiente de ofender á los nuestros en el corto trecho que podia descubrirles, sobre todo en medio de la oscuridad y confusion que en aquellos momentos reinarian. El estado mayor, los equipages y los utensilios de guerra debian marchar entre la seccion del centro y la de retaguardia.

La salida debia verificarse por la poterna de la línea del Rosario que estaba á cubierto de la zanja dirigida al fuerte de Reding, inmediato al acueducto del Olivo. Los oficiales de artillería iban provistos ya de martillos y clavos para inutilizar los cañones que se dejaban en la plaza; pero ignoraban la hora y aun el dia de la partida. A las doce se ofició al general inglés Doyle que estaba á bordo de uno de los buques de su nacion para que dispusiese la aproximacion de algunas lanchas de transporte para el embarque de los heridos. Contreras tenia escrita una carta

para Suchet, suplicándole usase de humanidad con los militares y paisanos que á su entrada hallase en la plaza. A fin de no carecer de provisiones se dieron instrucciones reservadas al ministro de la real Hacienda.

El comandante general habia puesto en la órden del dia, para estimular á la guarnicion desanimada con la falta de socorro, que el baron de Eroles iba á llegar de un momento á otro con refuerzos considerables, y que en el ínterin era preciso defenderse con obstinacion y heroismo.

El coronel Eguaguirre que mandaba desde el dia 25 en la segunda línea que venia á formar el punto de la Rambla, habia, con objeto de ganar tiempo y contener un golpe de mano, temible siempre en tan audaz enemigo, sobre todo en el instante de la concertada salida, hecho construir zanjas sobre piedra viva en todas las bocacalles que van á la pescadería y á otros puntos de la ciudad; formó parapetos con pipas y arena, mandó tapiar todas las casas, dándolas comunicacion con toda la direccion de la Rambla y abriendo en ellas aspilleras tras las que se colocaron dos batallones de Almería. Hizo derribar la escalera de la torre de Santo Domingo y las de todas las casas de la línea de este convento al objeto de aumentar á los franceses las dificultades, privándoles de que pudiesen de pronto fortificarse á su llegada. Mandó habilitar sobre la puerta de Barcelona un cañon de barbeta para barrer á metrallazos de la línea á los imperiales, y para evitar que se corriesen por la parte de muralla, cerró una puertecilla que sobre la misma habia contigua al convento de S. Francisco; bien que luego la mandó abrir el coronel Canaleta á pretesto de que pertenecia aquel punto al distrito de su mando.

Aunque todo estaba dispuesto para la retirada que debia tener lugar á las ocho y media, debia por la premura del tiempo y por exigirlo así la misma operacion, defenderse la brecha con el mayor empeño. Con tal motivo arengó Contreras, á las cuatro y media, á los granaderos provinciales de Castilla la Nueva, que en número de 250 estaban en la Rambla, y alentándolos con enérgica voz los condujo á la brecha entusiasmados y exhalando frenéticos vivas. Siguiéronle tambien los del regimiento de Almería, fuerte, como se ha dicho, de 900 plazas.

El enemigo tenia envuelta la plaza en un círculo de fuego, con mas de 50 baterías, entre ellas la que estaba situada sobre el convento de Capuchinos, y cuyas 8 piezas destinadas á batir en brecha el muro de su frente, ensanchábanlo por momentos con sus incesantes disparos, azotando continuamente los escombros que las ruinas formaban, é impidiendo que hicieran los nuestros reparo alguno. No obstante, con buen número de colchones que de milagro lograron los sitiados proporcionarse, formaron como pudieron espaldones á derecha é izquierda de la brecha. Mandaba en ella el bizarro brigadier D. Pablo Mesina. Era la muralla un antiguo y ruinoso torreon, sin foso, contraescarpa ni camino cubierto, de suerte que los escombros que en las fortificaciones regulares sirven al objeto que se propone el sitiador para cegar el foso y formar la rampa, en esta ocasion casi le aprovechaban para guarecerse á modo de parapeto. Ya hemos dicho que los fuegos de flanco habian sido apagados á los españoles despues de las primeras horas de combate.

Tres veces, á pesar de todo, intentan los franceses, conducidos por los generales Habert, Ficatier y Montmarie, subir á la brecha, pero otras tantas les arroja nuestra metralla á gran distancia. El campo está materialmente cubierto de muertos y heridos. Los enemigos vacilan, rehusan volver á tentar otra acometida, pero acude en su ayuda la reserva, medio ébria por el vino y el aguardiente con pólvora con que han procurado enardecerla sus gefes; los mismos ayudantes de Suchet marchan á su frente; un batallon de oficiales se lanza el primero al lugar del peligro, para dar ejemplo de valor á los soldados á quienes intimida la enérgica resistencia de los españoles, y la lucha se recrudece mas y mas. Las primeras filas de los acometientes perecen por entero antes de poner el pié en la rampa; los batallones se rompen y desbaratan; caen heridos muchos gefes; y sin embargo no cesa el oleaje de enemigos, ni basta á contener tanta multitud de asaltantes el redoblado cañoneo con que son recibidos. Al fin, trepando sobre montones de cadáveres de los compañeros que les han precedido, coronan la brecha, la obstruyen, la ganan, la pasan, invaden la cortina y baluarte de S. Pablo, y con la celeridad del rayo se estienden y corren por lo largo del adarve, cie-

gos de corage y ansiosos de venganza, á caer por todos lados sobre cuantos puntos estén en el interior del recinto dispuestos á continuar la defensa.

¡Aciaga tarde! ¡noche de sangre y de horrores! Poco mas de las seis serian cuando envueltos con los franceses y batiéndose á la bayoneta con ellos, cejaban fatigados por la calle de S. Juan hácia la Rambla los restos de los bravos granaderos provinciales de Castilla la Nueva y algunas compañías de Almería, disputando á palmos el terreno, precisamente mientras Contreras exhortaba al primer regimiento de Saboya y á otros varios cuerpos. Con la mayor indiscrecion acababa de participarse en alta voz que los imperiales habian ganado la brecha. Los soldados principiaban á titubear sin bastar á infundirles nuevo aliento la presencia y animosa disposicion del general y demás gefes y oficiales de la plaza, que espada en mano les escitaban á seguirles para contener al enemigo. Cerca resonaba el confuso rumor de la matanza. Desoyendo la voz de sus gefes, lejos de acorrer á sus hermanos que heróicamente venian batiéndose en retirada, se dieron á huir hácia la marina la mayor parte de las tropas. Sostuviéronse con todo, por algunas horas en las casas aspilleradas y en los parapetos de las bocacalles, los dos bizarros batallones de Almansa, que en ellas se hallaban preventivamente apostados, conteniendo el avance del francés, pero hiriendo á un mismo tiempo á éste y á los nuestros, engrosados ya con varias compañías de diferentes cuerpos; por cuyo motivo hubo de mandarse suspender el fuego de fusilería, disparando solo los que estaban en la calle.

Mandó entre tanto Eguaguirre á su ayudante Ramos que pasase á la línea de S. Magin y el Rosario, á fin de conducir á la Rambla el 3.º de cazadores de Valencia; mas ya Courten habia cerrado la puerta de S. Magin, lanzando su division contra la columna italiana y cazadores del 24, que por el Loreto, el Ermitaño y la casa del Portazgo, del camino real de Barcelona, bajaban á atacarle.

En la segunda línea se habria prolongado la resistencia, si tan denodados defensores no se hubieran visto de pronto acosados fuertemente por la espalda, á causa de haber los enemigos ha-

llado abierta y desamparada la puertecilla subyacente á la puerta de Reus en la muralla de S. Francisco, que dijimos habia mandado franquear de nuevo el coronel Canaleta. Pasando pues desde allí los acometientes á la plazuela de S. Francisco, fusilaban por retaguardia á los soldados españoles que se sostenian en los parapetos de las bocacalles de la Rambla.

La afluencia de tropas enemigas sobre este punto era estraordinaria. Por fin, cerca de 1,500 granaderos, embriagados, vociferantes, al frente de los cuales marchaban con el mayor peligro generales y gefes de alta graduacion que mas y mas les enardecian con su ejemplo y sus gritos de *¡Viva el gran Napoleon! ¡Viva el general Suchet!*, entraron en la Rambla sostenidos por cuatro batallones de línea. El combate que allí se trabó fué el mas ensangrentado de la jornada. Ya no se disparaban los fusiles, sino que se heria con la bayoneta ó con el sable. El suelo se puso bien pronto fangoso con tanta sangre humana derramada, cuyos tibios vapores se remontaban para enardecer todavía los ánimos de los combatientes y alentarles á la venganza. Barreras llegaban á formar á los vivos los cadáveres de los que sucumbian. ¡Espantosa refriega, que las sombras de la noche iban cubriendo con estraño matiz! ¿Era el ángel del esterminio que estendia sus hoscas alas para cobijar su obra y contemplarla mejor y en ella recrearse, ó mas bien que el cielo ofendido, desconsolado, se cubria con el manto mas negro de sus noches para no presenciar el estrago horrendo que en aquel punto se operaba?

Disminuido considerablemente el número de los nuestros, y atacados con vigor por frente y espalda; prisionera la division esterior que en este tiempo habia tratado de abrirse paso en columna cerrada por en medio de las crecidas fuerzas sitiadoras, hácia la parte de Altafulla (1), retiráronse los que pudieron veri-

---

(1) El comandante de la derecha que mandaba la línea y fuertes esteriores de aquella parte con unos 3,000 hombres que tenia á sus órdenes, y la multitud de gente que huyendo del teatro del horror se unió á su division intentó abrirse paso por el camino de Barcelona. Los franceses previendo sin duda este caso, porque pocos dias antes por el mismo habia salido una partida de caballería, á cosa de media hora de distancia habian hecho una cortadura y empalizada que guardaban 2,000 hombres con tres piezas de menor

CATALUÑA

Lit. Union R.t S. Jose 14.

F. Campana Editor

Entrada de los franceses en Tarragona

Lit. Union Rª S. José. 14 F. Campaná, Editor

Entrada de los franceses en Tarragona y precipitada huida de los habitantes de esta ciudad

ficarlo á las escaleras de la Catedral: refugio supremo, postrer baluarte donde habian de espirar las últimas víctimas de la independencia de Tarragona. Allí les siguieron los enemigos, dueños ya desde este momento de la plaza, y árbitros para obrar segun mejor les conviniese. Allí pereció defendiéndose valerosamente el gobernador de la plaza D. José Gonzalez, juntamente con otros esforzados campeones. El comandante general Contreras acababa de ser herido de un bayonetazo en el vientre, mientras pasaba á la puerta de S. Magin con objeto de reunir la gente que pudiese y cargar con ella al enemigo, salvarla durante la noche ó emprender la salida rompiendo por medio de los contrarios. Luego corrió la voz de que habia sido muerto, con lo que acabó de hacerse general el desórden.

¿Y qué diremos de los paisanos, á los que no daba absolutamente cuartel el enemigo? Muchos, es verdad, pudieron salvarse por mar en los primeros momentos; pero luego que los franceses montaron la brecha, y cual torrente impetuoso se precipitaron por diferentes puntos dentro de la ciudad, ya no hubo medio de sustraerse á la ferocidad del vencedor. En vano algunos para escapar á la matanza se introducian entre las filas de los soldados prisioneros: eran arrancados de allí é inhumanamente fusilados al instante. Varios oficiales á quienes habian algunas partidas despojado de su uniforme é insignias, sucumbian tambien del mismo modo, por parecerles paisanos á otras mas crueles.

Suchet, el feroz Suchet, á quien sus mismos compatricios, y hasta sus compañeros de armas, no pueden perdonar el haberse

---

calibre. Al llegar nuestra division recibió una descarga de metralla; y vista la dificultad de penetrar se hizo la señal de rendicion, pidiendo que á nadie se matase. Accedió el comandante francés, mas no lo cumplió: el ser paisano era delito de muerte para aquellos infernales mónstruos. Empiezan luego con el mas cruel encarnizamiento á degollar cuantos se conocian tales. Todos hubieron tenido igual infeliz suerte á no haberse unos vestido la ropa de los soldados muertos; éstos escapado ocultándose por las viñas y montes vecinos, donde aun eran fieramente perseguidos; otros en fin, echándose al mar, en cuyo acto se ahogaron muchos, salvándose solo los que nuestros fieles amigos los ingleses con sus botes y lanchas pudieron recoger.— *Tarragona sacrificada, etc.*

ensangrentado en su victoria, habia concedido á sus tropas tres dias de saqueo, de incendio y de desenfreno. ¡Salvagismo atroz! Los admiradores del valor caian desapiadadamente sobre los heróicos defensores de Tarragona, y los aniquilaban cual si de cobardes insolentes se hubiese tratado. Los que recorrian las naciones con el arma al hombro y la artillería bien pertrechada para esparcir por ellas la luz de la civilizacion y el bienestar de la libertad, desvaneciendo rancias preocupaciones, destruyendo abusos sanguinarios y prometiendo la felicidad de todos bajo el dominio de un solo César; los que hijos de la revolucion habian levantado muy alto la bandera de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, y depositádola luego en las manos del grande hombre que habia, aunque en otra forma de gobierno, de llevar á cabo el cumplimiento de aquellas tres grandes aspiraciones; los que tachaban de bárbaros á los que siguiendo á Hernan Cortés y á Pizarro conquistaron para la España un mundo hasta entonces desconocido, y á los que sufrian con resignacion aquel sangriento tribunal, cuyo oficio se atrevieron á llamar santo sus desdichados individuos; los conquistadores, los héroes, los invencibles se presentaban ni mas ni menos que como hordas de salvajes, aunque bien regimentadas, y en desprecio de la civilizacion y de la bienandanza que venian pregonando, herian, mataban, robaban, incendiaban y deshonraban sin conmiseracion, inventando los mas crueles suplicios, y haciendo escarnio de lo mas repetado, santo y augusto. Y si el historiador insiste, tal vez hasta el cansancio, en la calificacion de tan sangrientos como bochornosos atentados, es porque de cansancio ó mejor de hastío es el sentimiento que debe producir la relacion de tan larga série de vandálicos actos, para que con los colores mas propios quede pintada la cruda guerra que venimos descubriendo.

Sanos y enfermos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, seglares y religiosos, todos fueron perseguidos y muertos á la luz del incendio que empezaba á suceder á la del sol. Nocturnal monstruosa, en la que en medio de los báquicos gritos del desenfrenado vencedor, se oia el ¡ay! del agonizante, y el lamento desgarrador de la vírgen y de la matrona brutalmente violadas junto al cuerpo exánime del padre, del amante ó del marido. Aquí un

barbudo gastador paseaba en triunfo á la punta de su bayoneta un niño que en vano habia intentado resguardar en su seno la madre infortunada; allí otro ostentaba la cabeza de un valiente español que hasta la última gota de su sangre acababa de derramar generoso por la libertad de la patria. Cada casa era un cuadro espantoso de desesperacion, de furor y de agonía. Nada bastaba á mover á los pechos franceses, mas que la roca endurecidos, mas que el de la hiena innobles y fieros. La sangre encharcaba las calles, á donde á grandes chorros afluia por puertas y ventanas la que dentro de las casas se vertia. Sobre el cuerpo del moribundo se asesinaba desapiadadamente al sacerdote ausiliador. La monja en su apartado retiro, era arrancada de los piés del crucificado, para ser conducida al lugar del oprobio, de la iniquidad y de la muerte.

La virtud, el odio al enemigo de la patria, produjo en las mujeres actos asombrosos de abnegacion, de verdadero heroismo. Mas de una se dió la muerte con las propias armas de su liviano raptor, ó se arrojó á un algibe ó á otro profundo lugar donde la muerte la recibiera en sus brazos, honrada al menos ó pura. Como bestias de carga eran tratados muchos prisioneros, sobre cuyas espaldas hacíanles transportar los irruptores el fruto de sus rapiñas, y aun algunos sus propias personas. A un infeliz religioso franciscano, el P. Dordal, le pasearon entre filas por la Rambla, maltratándole cruelmente á golpes é hiriéndole con las bayonetas: despues de haber hecho de él escarnio afrentoso, mandáronle encender una hoguera y precipitarse en ella; lo cual ejecutó el buen religioso encomendando antes su alma al Criador, y acaso pidiendo tambien como Jesucristo perdon para sus inícuos verdugos.

En la Catedral, en cuyos alrededores perecieron mas de 600 personas, se habian refugiado infinitos paisanos. El clero estaba haciendo entre tanto rogativas. Reservóse tan luego como el estruendo del combate retumbó junto á las puertas del templo. El pueblo allí acogido alzó sus manos suplicante á los ministros del altar para que le amparasen contra el enemigo que conmovia las puertas. Algunos valerosos canónigos probaron de ir á interceder cerca del general vencedor ó de otro general de division;

pero no pudieron traspasar los umbrales del templo por impedírselo la atropellada soldadesca imperial que por ellas penetraba. El primer objeto que rodó por el suelo con escándalo de los fieles fueron las sagradas formas, cuya custodia con los cupones se llevaron los soldados civilizadores, saqueando en seguida á las consternadas gentes. Toda la plata de la iglesia y los ornamentos del culto fueron arrebatados con mano impía; los sagrados óleos derramados, robada la reliquia de Santa Tecla, despedazadas las santas imágenes, y la iglesia metropolitana se vió manchada, desolada y reducida en sus dias de cautiverio á pedir prestado un cáliz á una de las vecinas iglesias, la de Reus, y á servirse de un miserable cacharro para incensar al Redentor del mundo, de un puchero para llevar el agua bendita y de una rama verde para hacer los asperges en lugar del hisopo. A tal punto son á veces conducidos los hombres, que ni en lo profano, ni en lo sagrado hallan freno que baste á moderar sus apetitos desordenados. Clases, sexo, edades, vínculos de familia, hospitales, lugares venerables ó santos, nada contuvo á los soldados de Suchet en el asalto de Tarragona.

No habian trascurrido del todo los tres dias de licencia cuando cesó el estrago. Cansados de matar, agoviados con el peso del cuantioso botin, ó no hallando ya contra quien dirigirse, contuviéronse por sí propios los soldados franceses. La ciudad estaba convertida en vasto y desolado cementerio. Lo avanzado de la calurosa estacion cuyo influjo contribuia á corromper mas prontamente tanta multitud de cadáveres, obligó á los enemigos á abandonar su conquista, dejándola solo encomendada á las precisas guardias. Mas de 5,600 víctimas españolas, cubiertas de sangre, atestaban las calles. La mayor parte eran paisanos. Los militares apenas llegaban á 2,500. Las mujeres y niños pasaban de 300. El resto de la guarnicion, que con los enfermos de los hospitales llegaria á 6,400 hombres, quedó casi toda prisionera con Contreras, Courten, Cabrer, Mesina y otros gefes. Además, posesionáronse los imperiales de 300 piezas de artillería é infinidad de artículos de primera necesidad. Cerca de 500 casas quedaron del todo arruinadas, escediendo de este número las que sufrieron considerable destrozo. El daño general, sin contar el dinero ni las

alhajas robadas, pasó de 80 millones de reales. Los enemigos confiesan haber perdido durante los 56 dias de sitio hasta 4,000 hombres; pero otros hacen subir la cuenta á 7,000, número no estraordinario por cierto, atendido lo vigoroso de la resistencia, las nueve brechas que tuvieron que abrir y las cinco veces que hubieron de repetir el asalto.

De todo cuanto llevamos relatado y de cuanto se ha escrito sobre la defensa de Tarragona por nacionales y estrangeros se deduce que esta plaza carecia de regulares fortificaciones, y que por la estension de las mismas necesitaba no solo una guarnicion superior á la que tenia para cubrir á la vez todos los puntos y hacer frecuentes y enérgicas salidas, sino refuerzos esteriores, junto con los cuales pudieran cuando menos retardarse los trabajos del enemigo. La ventaja del puerto que tanto para introducir ausilios pudiera haberle aprovechado, no sirvió en esta ocasion mas que de grandísimo inconveniente, pues facilitó la desercion de muchos que con mil pretestos abandonaron la plaza, con los demás perjudiciales sucesos que van espresados. Si Contreras no cesó en sus apuros de quejarse á la junta y á Campoverde, harto motivo tenia para ello, y de su parte estaban la guarnicion, el pueblo y la superior, porque con ellos mas que con el comandante general se habia comprometido el marqués á volar al socorro de la combatida ciudad.

Injusta inculpacion es la de haber querido el primero malquistar al pueblo contra los demás gefes, cuando por el contrario, el que á pesar de todas las reclamaciones y de todas las instancias permanecia sin cumplir su ofrecimiento de atacar al enemigo cuanto antes, el mismo general en gefe, trató en lo mas crítico de la situacion de indisponer á Contreras con sus inferiores, de dividirlos cuando menos, haciéndole pasar por sospechoso; á él, á quien se culpa de haber llevado la defensa mas allá de lo que las leyes del arte y de la humanidad permiten, en una provincia donde en poco tiempo se vieron condenados como traidores á la patria los defensores de Lérida y Tortosa, por haber prolongado menos de lo que podian la resistencia de estas plazas.

Si se culpa á Contreras por su obstinada resistencia ¿qué se

diria entonces de los defensores de Zaragoza y Gerona, que con mas motivo no quisieron rendirse hasta que del todo se agotaron sus fuerzas, sus recursos y sus esperanzas? El arte dirá que su obstinacion fué contra regla; pero el mundo entero admirará su heroismo á la par de los que entre los escombros de Sagunto y Numancia prefirieron sepultarse antes que ver esclava su patria. ¿No mandó el gran táctico Bonaparte, algunos meses despues de la toma de Tarragona, por decreto de 24 de diciembre, que ninguno de los gefes defensores de plazas sitiadas, se atreviese á capitular ni á tener comunicacion con el enemigo; y en 1.º de mayo del siguiente año 1812, que ni aun en campo raso capitulasen jamás sus generales? En la obra de Carnot, escrita bajo la inspiracion del mismo emperador y publicada en 1811, sobre la defensa de las plazas fuertes, se sienta además, que si una plaza fuese tomada por asalto despues de una vigorosa y bien entendida resistencia «el culpable no seria el que la sostuvo con peligro de su vida, sino el que abusó de la victoria. El primero cumplió heróicamente su deber, el segundo deshonra su triunfo. Y que no nos vengan á decir que el pillage es un derecho de la guerra: este derecho no existió jamás sino entre los bárbaros: los generales mas recomendables se han esforzado en reprimirle en todos tiempos y con frecuencia lo han logrado, como hizo el mariscal de Sajonia en la toma de Praga, que ocupó por escalada: dió tan buenas órdenes que los soldados no cometieron esceso alguno en la ciudad.» Lejos de imitar Suchet al mariscal de Sajonia, es fama que llevaba siempre delante, en las acometidas, á los batallones de italianos, gente la mas depravada del ejército, que le aclamaba por su padre, porque les concedia permiso *per fare tutte le male cose*, segun en su idioma espresaban. Ya hemos visto cuan consecuente fué en esta ocasion, concediendo tres dias de horrores, en los que solo se dió cuartel á los militares.

Contreras no es pues responsable de la caida de Tarragona, ni de los desmanes del ejército francés el dia del asalto: los asesinatos de aquellos tan funestos dias, las violaciones, los robos, las impiedades y profanaciones que las tropas de Suchet cometieron, deben irremisiblemente pesar sobre el general vencedor, manchando los laureles de que se quiere haber coronado.

Este general habia con efecto llevado el sitio con el mejor acierto, bien que sacrificando terriblemente sus tropas; pero disminuye su mérito si se atiende á que no pudo verse muy inquietado por las salidas de la guarnicion; que no lo fué absolutamente por el ejército de operaciones; que por sus fortificaciones imperfectas no era la plaza sino de un órden muy secundario; y aun con tantas ventajas, á las que debe agregarse la de llevar un ejército numeroso, bien pertrechado y alimentado, tardó 56 dias en tomar á Tarragona, cuando se necesitan todo lo mas 40, segun los tácticos, para conquistar la fortaleza mas inespugnable.

La culpa de la caida de la segunda principal del principado es en gran parte de Campoverde, que no reparó como debia las fortificaciones, pues medios tuvo, motivos y tiempo desde enero á mayo; que mudó de gobernador á mitad del sitio; que privó á la plaza de los refuerzos que para socorrerla se enviaron; que la sangró además en hombres y municiones para engrosar y proveer á su ejército de operaciones, que nada operaba, ni siquiera lo que el mismo marqués habia pública y solemnemente prometido, desoyendo la voz del comandante de la plaza, de la superior, del pueblo, de sus propios soldados y de su honor en fin, que le pedian atacase al francés. La traicion tomó buena parte en este importante suceso; mas no seremos nosotros los que en tan delicado punto demos voto decisivo. El pueblo ha conservado confusamente este concepto que nadie por otro lado cree destituido de fundamento: pero se yerra en los culpables que han permanecido ignorados (1).

---

(1) Los esfuerzos del enemigo por corromper y dividir á los españoles eran manifiestos. Además de lo que en otro lugar dejamos consignado, Rovira tuvo que protestar públicamente en Olot, el 27 de abril, contra un papel impreso, que unos supuestos patricios hacian circular escitando á los pueblos á la desconfianza de sus autoridades, y á sustituirlas tumultuariamente con otras. El primer comandante general de Tarragona y su canton amenazó con su rigor, á la noticia de la aproximacion de los franceses, á los espías, infidentes, objeto de la murmuracion del pueblo, y el 3 del propio mayo, por la comision militar reunida aquella tarde en el presidio del Milagro, de la espresada ciudad, fué condenado José Massó y Plana, vecino de Constantí, por delito de infidencia, á la pena de horca. Al dia siguiente por edicto del acuerdo estraordinario celebrado en la tarde anterior se mandó salir de la ciudad den-

La defensa de Tarragona fué no obstante gloriosa para nuestras armas, y basta para afianzar la reputacion de esforzado militar que Contreras merece. Cabe á los defensores de Tarragona la gloria de no haber capitulado como tantas otras ciudades, aunque mas apretadas, hicieron. Tarragona se obstinó en su defensa á pesar de no ser socorrida, de ser considerable el número de los sitiadores, no molestados por retaguardia, y de tener destruidos murallas y baluartes. La resistencia en los últimos momentos fué desesperada, y si algunos cuerpos se amilanaron apelando á la fuga, y otros fueron acometidos por la espalda cuando menos lo esperaban, cúlpese á los que dieron á ello motivo introduciendo la desconfianza en gefes y soldados, descuidando los puntos que debian guardar, y comprometiendo en fin de varios modos la causa de la nacion española.

Fueron tan dignos de la gratitud del soldado, como acreedores á la de la patria, los beneméritos profesores del cuerpo de cirujía médica militar del ejército, los consultores D. Pablo Oller y D. Braulio Lopez, y los primeros ayudantes D. José Capdevi-

---

tro de 24 horas á las personas sospechosas, y vigilar con el mayor rigor que no se abrigasen en ella los que «con capa de buenos patricios pueden mezclarse con la gente de bien, siendo agentes directos del enemigo»; prevenciones que en otras plazas sitiadas no se habian tenido. El parte que el gobernador de Peñíscola envió por aquellos dias al de Tarragona estaba concebido en estos términos: «A la una de este dia me dice verbalmente el gefe del estado mayor de la segunda division del segundo ejército que se halla en Benicarló, que anoche supo por un oficial de circunstancias que pasó del ejército enemigo al nuestro, que hoy ó mañana debia Suchet tomar á Tarragona con la ayuda de una intriga que en ella habia, y que conviniendo esta noticia con la marcha de las tropas enemigas hácia dicha plaza, es de sospechar sea cierta la intencion de Suchet y la conspiracion mencionada». A lo que añadia Caro: «Esta noticia unida á otros antecedentes, y el disparo de dos cohetes que en el dia de anteayer se advirtieron, me confirma en el justo recelo de que se abrigan en esta plaza algunos malvados que tratan secretamente nuestra ruina, de acuerdo con los enemigos». El parte confidencial que la junta superior recibió, la multitud de descuidos, coincidencias é imprudentes publicidades que hemos observado durante la relacion del sitio, todo hace creer que no en vano entró por mucho la infidencia en la pérdida de Tarragona. Sin embargo, es tambien indudable que quienes menos que nadie merecen esta inculpacion son Contreras y los demás gefes que tan brillantemente se distinguieron.

la, D. Mariano Marin y D. Pedro Vieta. Los esfuerzos que hicieron, la actividad y constancia que desplegaron curando á mas de 3,300 heridos, pondéranlo en lo justo cuantos tuvieron ocasion de presenciarlo. Y es tanto mas digna de alabanza la noble conducta de tales facultativos, cuanto ellos fueron los únicos que no desampararon como otros compañeros, la plaza en la que quedaban por otra parte los hospitales en el mayor estado de abandono, exhaustos de toda clase de ropas, vendajes, torniquetes y demás necesario para una guarnicion de 11,000 hombres.

Al dia siguiente del asalto mandó Suchet trasportar á su cuartel general de Constantí, donde estaban los demás prisioneros españoles, al comandante general Contreras, sin consideracion á la herida que habia recibido, y en presencia de los gefes y oficiales de una y otra nacion, echóle en cara el haber sido causa de los horrores cometidos por las tropas francesas, atribuyéndolos á lo porfiado de la resistencia; que las leyes de la guerra que habia con ello transgredido le mandaban castigarle hasta con la pena de muerte, por no haber pedido capitulacion luego que estuvo abierta la brecha, en cuyo caso debia haber enarbolado bandera blanca, pues de no hacerlo le daba derecho á llevarlo todo á sangre y fuego. Contestó con entereza Contreras que no hay ley alguna que prohiba que se defienda la guarnicion y procure rechazar los asaltos.—« Yo, añadió, me resistí porque tenia fuerzas suficientes para rechazar á las vuestras, como habria logrado si se hubiesen obedecido mis órdenes. Demás de que debiendo esperar que al dia siguiente Campoverde y los ingleses me reforzarian, habria pasado por cobarde capitulando solo por tener abierta una brecha ».

Hízose cargo Suchet, ó al menos así lo manifestó acaso con objeto de halagar y atraer al servicio imperial á Contreras, de que con ser rechazado su ejército delante de Tarragona, otra hubiera sido la suerte del principado; que contra la costumbre de lanzar las tropas al asalto hasta despues de anochecido, para aumentar ó introducir el temor en los defensores, y de aprovecharse al propio tiempo de las ventajas de la oscuridad, habia anticipado el asalto, temeroso de la fuerza ausiliadora, y que á haber sido la plaza atacada en regla y con estraordinaria fuerza y prodigioso

esfuerzo se debe la abreviacion del sitio, el mas mortífero que se conocia. Agasajó el francés á tan valiente general, hízole toda clase de ofrecimientos para que abandonase «una causa, muy justa ciertamente, pero que obligaba á los españoles á sostener una guerra tan absurda como contraria á los intereses generales de la nacion». Mas viendo por fin, que nada podia recabar del prisionero, envióle con los demás á Francia, de donde fué conducido al castillo de Bouillon en los Paises Bajos. Apenas permaneció un año en su prision, pues entrado en ella el 22 de octubre, logró evadirse la noche del 1.º al 2 del propio mes del siguiente año 1812.

No se contentó Suchet con citar á Tarragona á todos los ayuntamientos de los pueblos circunvecinos, para que presenciasen el cuadro de desolacion que la ciudad ofrecia, y amontonasen en cuatro puntos diferentes tantos cadáveres insepultos y ya medio corrompidos, conminándoles al mismo tiempo á proveer los hospitales militares de camas, gergones, mantas, sábanas y paja; sino que quiso celebrar su victoria haciéndose conducir bajo palio, el 5 de julio en Reus, por ocho clérigos, obligándoles á cantar un *Te-Deum*, y dar juntamente con la tropa, tres vivas á Napoleon. El emperador agradecido á su general, no difirió concederle el mariscalato, nombrando además de division á los generales de brigada Habert, Rogniat, Valée y Palombini, haciendo á esta clase diez promociones, y confiriendo multitud de otros empleos, títulos, condecoraciones y rentas.

Por los mismos dias la junta superior á quien una fuerte salida de la guarnicion de Barcelona habia obligado á separarse del monasterio de Montserrat, se habia restituido á Solsona, desde donde volvia á animar á los catalanes. «No está perdida la patria, les decia. Resucitemos aquel valor de tres años atrás en que con menos aparato y mas piedad rompimos por vez primera las invencibles huestes enemigas. Resolucion pues. Comencemos la guerra de nuevo y venceremos». «Animo, catalanes, decia tambien desde Mataró en nombre de la Gran Bretaña el general Doyle. Inglaterra no os abandonará; antes por el contrario redoblará sus esfuerzos, porque vosotros mismos teneis que redoblar los vuestros».

Difundida la noticia de la pérdida de Tarragona, noticia cuyos primeros participantes hubieron de ser en algunos puntos maltratados, como lo fueron los que, antes que otros, dieron cuenta cuando menos se esperaba en aquella plaza, de la pérdida del Olivo ; generalizóse el sobresalto en el pueblo, y desmayó la tropa hasta el punto de abandonar en grandes proporciones unas banderas tan desprestigiadas por la incapacidad ó por la indolencia del general en gefe. Esta desercion no traia precisamente su orígen de la pérdida mencionada. Reveses de gran consideracion tenian sufridos Cataluña y su ejército, sin que á tal punto el abatimiento cundiese en los ánimos de todos. El desaliento provenia de la desconfianza, y los mas valientes se acobardan cuando no la tienen en su gefe, sobre todo cuando sobraban á nuestros militares motivos para sospechar que entre las exíguas cualidades de los unos y las influencias de los otros, lejos de ser conducidos á la victoria ó á un honroso combate, corrian peligro de ser llevados al matadero, donde ni aun peleando pudiesen morir al menos con gloria. La desercion pues, empezó en Tarragona, para continuar en grande escala despues de la pérdida de esta ciudad. Los catalanes no abandonaban sus filas porque preferian la guerra de somatenes á la de tropa reglada, como sienta Toreno, ni sus gefes les merecian por ser forasteros mayor desconfianza; no, dígase mas bien que la fama, injusta ó no, de pusilánime, de negado y de desafecto que alcanzaba Campoverde, y que las recientes desgracias acrecentaban, dispersó nuestro ejército. Por otra parte los valencianos estaban impacientes por regresar á su provincia, para emplear en su defensa un valor de que tan mal aprecio se habia hecho en la nuestra, no poniéndolo á prueba en los dias de mayor peligro.

Los que huyeron siguiendo á Campoverde no pararon hasta Cervera. Hasta entonces aun el ejército no se habia considerablemente desmembrado. Fuera de sí y apesarado el marqués, no tanto por sus infortunios como por su falta de serenidad y energía, cualidades que en alto grado debe poseer un general en gefe, congregó á consejo de guerra, el 1.º de julio, á los generales Miranda, comandante de la division valenciana; Caro, de la caballería; Sanjuan, gefe interino del estado mayor, y á los bri-

gadieres Carrasquedo, de artillería, Velasco, Santa Cruz y Sarsfield. Cuatro votaron que saliese de Cataluña la division valenciana, acompañada por toda ó la mayor parte de la caballería, y que las demás tropas que no fuesen del país prosiguiesen su retirada hácia Aragon. Fundáronse tales dictámenes en la gran desercion, que se exageraba sin duda; en la falta de municiones, quejándose Carrasquedo de que solo se hubiesen enviado de Tarragona 300 mil cartuchos, de la crecida cantidad que á instancia del mismo gefe de la artillería se habia pedido á la ya harto debilitada plaza á mediados de junio, pero sin dar razon de cómo se habian en quince dias consumido: otro alegaba la falta de víveres, en un país tan propicio, tan entusiasta por la causa general y tan dispuesto á continuar sacrificándose por ella, y otro pretestaba la poca armonía que entre la tropa y el paisanage decia reinar, en unos momentos en que tanta censura merecian del país algunos de sus principales gefes.

Con tanta concision como firmeza manifestó Santa Cruz, que ya que en consejo tenido anteriormente se habia acordado el regreso de la division valenciana, que partiese en buen hora, ausiliada con parte de la caballería; pero que las tropas correspondientes al primer ejército permaneciesen en el principado. Notable fué tambien el espresado por D. Pedro Sarsfield: «Ninguna de las circunstancias ocurridas desde la pérdida de la plaza de Tarragona, dijo este valeroso militar, son de valor suficiente para impedir al ejército continuar la guerra en esta provincia, sino con las mismas ventajas que hasta ahora, á lo menos con gran perjuicio del enemigo. En este concepto soy de dictámen—como lo seria aun cuando las circunstancias fuesen contrarias—que las tropas que restan se trasladen á la parte de Cataluña que mas convenga, y sigan hostilizando al enemigo, esperando en el ínterin la resolucion de las córtes generales. No opino, añadió, sea conveniente que la division valenciana regrese á su provincia, á menos que la junta del principado carezca de los medios de surtirla de víveres, municiones y demás artículos que necesite». Campoverde votó tambien por sostenerse en la provincia con la fuerza que quedaba hasta recibir ausilios del gobierno ó saber su determinacion, con objeto de

cubrir las plazas, caso que quisieran los enemigos hacer sobre ellas algun movimiento, contener el desórden que empezaba en los pueblos á manifestarse y hostilizar al enemigo en cuanto las actuales fuerzas lo permitieran. Sin embargo, por cuatro votos contra tres, puesto que Miranda se escusó de emitir su opinion por no pertenecer mas que como ausiliar al ejército de Cataluña, de cuyos asuntos se trataba tan solo, se acordó abandonar el principado á su suerte. El mismo dia participó Campoverde á la superior la resolucion adoptada y su salida de Cataluña, para cuyo mando dejaba al baron de Eroles ó al que juzgase la junta mas á propósito para desempeñarlo. ¡Así se dejaba sin amparo á una esforzada provincia que aun tenia enarbolada la bandera española en las plazas de Figueras, de Berga, de Cardona y de la Seo de Urgel!

Indignóse la junta superior con lo acordado por el consejo de guerra, y en agrias, pero justas quejas, echó en cara á cuantos votaron porque se alejase del principado un ejército, por cuyo armamento, por cuya subsistencia, por cuyo brillante estado tanto el país habia hecho. «Aléjese desde luego en hora buena, decia la junta, la plana mayor, los generales y hasta V. E. mismo, pues no ha de oponerse á ello la provincia, que admitirá interinamente en el mando al baron de Eroles; pero no puede consentir ni consentirá que la abandone el ejército». Al propio tiempo clamó la superior al gobierno de la nacion, á fin de que no difiriese socorrer con tropas y recursos al país, en el que un solo hombre que quedase útil haria armas contra los victoriosos dominadores.

Bien hubiera querido Miranda restituirse sin demora con su division á Valencia, temiendo que se le envolviese en la retirada general del ejército, y con tal motivo se viese mas y mas alejado de la provincia á que sus soldados pertenecian; sobre todo encargándole aquel capitan general que no dejase de reunírsele cuanto antes. Mas la suerte de las armas disponia de otra manera las cosas. Suchet se habia estendido ya considerablemente á lo largo de la costa hasta Barcelona, dejando muy poca tropa en Tarragona, pero repartidas entre Reus, Montblanch y otros puntos gran número de divisiones, ya con la mira de impedir el embar-

que de los valencianos, ya con la de completar el aniquilamiento de las fuerzas, que á Campoverde quedaban.

La noche del 9 al 10, habia Suchet destacado, camino de la capital del principado, dos divisiones con algunas piezas de artillería volante y abundantes provisiones de boca y guerra. Siguió él tambien la misma direccion, con una brigada y la caballería. Trataron los ingleses de incomodarle desde sus buques en el camino, mas no de tal suerte que impidiesen al mariscal apoderarse en Villanueva de Sitjes de algunas embarcaciones, bastantes heridos y partidas sueltas. El 11 habia pasado de Villafranca la division de vanguardia, sin ser molestada hasta que cerca de Molins de Rey se le opuso el denodado Manso, destacando de las tropas que habia logrado reunir, una guerrilla de caballería de Santiago y algunos veteranos de diferentes cuerpos del ejército. Despues de un vivo y porfiado fuego, en el que perdieron los enemigos unos 50 hombres, entre ellos 6 prisioneros, y además algunas acémilas cargadas de trigo, sobrevino refuerzo á los franceses, acudiendo el mismo Suchet, á lo que tuvieron los nuestros que cejar, dejando en poder del francés 12 prisioneros, los cuales presentados inmediatamente al mariscal que se hallaba en aquel momento sobre el puente, fueron sin compasion condenados á muerte ignominiosa.

« En tal apuro, decia en su parte el propio Manso, quisieron aquellos infelices arrodillarse á los piés del general, haciéndole presente que eran soldados, y pidiendo que se les tuviese la consideracion debida. Enfurecido aquel Neron, mandó quitarles de su vista y que se efectuase lo mandado. A la verdad se estremecen los humanos corazones al contemplar conducta tan pérfida. Unos 30 indefensos colonos y mujeres de los pueblos de S. Vicente, Molins de Rey y Pallejá, que con la mayor pacificacion estaban cultivando sus campos y otros trillando, tuvieron igual suerte. Violaron al propio tiempo á cuantas doncellas pudieron coger, saciando de esta manera su brutal apetito». Al dia siguiente, entrado Suchet en Barcelona, trató de desfigurar su crueldad, suponiendo que con *embrollas* y no con soldados habia sido ejercida. Cuatro soldados españoles habia entre los que fueron ahorcados en medio de la carretera, y uno de ellos, ar-

tillero de 25 años de servicio, ostentaba todas las prendas de su honroso uniforme. Pero Manso tenia en su poder los 6 prisioneros que con riesgo de su vida habia cogido, y en sangrienta represalia, justificada por el anterior atropello de todos los derechos, mandólos ahorcar en unas moreras cerca de Barcelona, prendida á la espalda la hoja de servicios de cada uno, con estas palabras á su pié: *Este es el pago que dá la Francia á sus soldados.* Correspondió Suchet al escrito que Manso al mismo tiempo publicó, declarando cuán autorizado por el mismo enemigo se hallaba para ejercer aquellas represalias, mandando fijarlo en las esquinas de la ciudad, y declarando á él y á los suyos guerra á muerte.

Tanto por parecer que se disponian á internarse los restos del ejército de la derecha, con los que por necesidad estaban los de la division valenciana, como por haber O'Ronan con alguna fuerza llegado el 17 hasta Reus, en donde obligó á los 300 soldados que allí quedaron á encastillarse en sus cuarteles y á ampararse por fin el 19 de los muros de Tarragona, emprendió Suchet la vuelta de esta ciudad, quedando convenido con el gobernador de la de Barcelona sobre el plan de operaciones que se proponia seguir. Llegado á aquella plaza, púsola con su campo bajo el gobierno del general Musnier, y envió al general Arispe á afianzar la posesion de Tortosa y de las riberas del Ebro, mientras él se disponia á dar cima á las nuevas empresas.

Entre tanto Campoverde, que resuelto á evacuar una provincia en la que su nombre estaba desprestigiado, se encaminaba á Agramunt para huir de las últimas ramificaciones de los Pirineos, se vió obligado á desistir de su propósito; ya sea porque le moviesen las justas reconvenciones de la junta superior, ya porque á ello le forzase el desamparo de sus tropas, que á bandadas dejaban al fugitivo general, para correr á engrosar las divisiones ó cuerpos aislados que como al principio de la guerra á la voz de la defensa patria volvian á organizarse bajo el mando de los mas acreditados partidarios. Ocurrió á esto la retirada de Suchet á Tarragona, con cuya proporcion quedaba libre y despejada la costa.

A ella se dirigió apresuradamente Campoverde, aprovechando

tan feliz coyuntura, y cuando le creia ya el francés enriscado en las montañas de Aragon, llegó felizmente á Arenys de Mar, en donde se embarcó sin tropiezo la division valenciana, á escepcion de unos 500 hombres que ya se habian internado en Aragon, uniéndose á Mina y á otros partidarios. Tarde supo Suchet el movimiento de los españoles. Corrió á Barcelona; hizo salir á Mathieu con fuerte division para oponerse á la retirada de los valencianos; pero cuando llegó el gobernador al punto de su embarque, ya se hallaban ellos en alta mar navegando hácia Valencia, y Campoverde llevaba andado gran trecho por el camino de Vich. Recogióse pues el enemigo á sus reales, mientras el marqués, llegado á aquella ciudad, entregaba el mando al general D. Luis Lacy, á quien se lo habia encargado en Cádiz la regencia, el 9 de julio. Esta medida bastaba para que con nuevos bríos renovase Cataluña una guerra que tanto enaltecia á sus hijos y á los que con ellos peleaban.

CAPÍTULO III.

Las córtes.—Decreto de 1.º de enero de 1811.—Disposiciones sobre guerra y hacienda.—Se trasladan aquellas á Cádiz.—Presupuestos.—Estado mayor del ejército.—Fundacion de la órden militar de S. Fernando.—Reglamento para las juntas de provincia.—Ramo judicial.—Señoríos.—Primeros trabajos de la comision de Constitucion.—Comision de Zea Bermudez á Rusia.—Viaje de José á París.—Se aviene Napoleon á concederle un millon de francos mensual.—Intenta el intruso rey componerse con los españoles.—Cataluña.—Disposiciones de Lacy.—Trabajosa marcha del brigadier Gasea.—Resuélvese atacar Suchet á Montserrat.—Destruye las fortificaciones de Tarragona.—Eroles en Montserrat.—Descripcion de este monasterio.—Lo atacan y toman los imperiales.—Acciones de los somatenes.—Sitio y rendicion de Figueras.—Actividad de Lacy.—Division de los catalanes.—Recobran los españoles las islas Medas.—Ataque de Igualada.—Abandonan los franceses á Montserrat y otros puntos.—Toma de Cervera.—Crueldades de Perez Camino.—Rindese la guarnicion enemiga de Bellpuig.—Entran en Francia los españoles.—Regresa allá Magdonald.—El general Decaen le sucede en el mando.—Convoy para Barcelona.

«Las córtes generales y estraordinarias, en conformidad de su decreto de 24 de setiembre del año próximo pasado, en que declararon nulas y de ningun valor las renuncias hechas en Bayona por el legítimo rey de España y de las Indias, el Sr. D. Fernando VII, no solo por falta de libertad, sino tambien por carecer de la esencialísima é indispensable circunstancia del *consentimiento* de la nacion, declaran que no reconocerán, y antes bien, tendrán y tienen por nulo y de ningun valor ni efecto todo acto, tratado, convenio ó transaccion de cualquier clase y naturaleza que hayan sido ó fueren otorgados por el rey, mientras permanezca en el estado de opresion y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el país enemigo, ó

ya dentro de España, siempre que en éste se halle su real persona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de su corona; pues jamás la considerará libre la nacion, ni le prestará obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del congreso nacional que ahora existe ó en adelante existiere, ó del gobierno formado por las córtes. Declaran asimismo que toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion como un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes. Y declaran por último las córtes, que la generosa nacion á quien representan, no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oidos á proposicion de acomodamiento ó concierto de cualquier naturaleza que fuere, como no preceda la total evacuacion de España y Portugal por las tropas que tan inicuamente los han invadido; pues las córtes están resueltas, con la nacion entera, á pelear incesantemente hasta dejar asegurada la religion santa de sus mayores, la libertad de su amado monarca y la absoluta independencia é integridad de la monarquía». Este decreto de 1.º de enero de 1811, fué el resultado de la discusion ilustrada que en el seno de la representacion nacional tuvieron la gloria de iniciar nuestros comprovincianos Capmany y Borrull. Con esta discusion y este decreto se encumbró aquella asamblea, como sienta acertadamente un escritor ilustre, á la par del senado romano en sus mejores tiempos.

Desencadenada la revolucion de América, la nacion española se veia de pronto privada de los recursos inmensos que sus colonias le proporcionaban, así es que para contener en aquella parte el curso de los pronunciamientos que iban sucediéndose con harta intrepidez, aflojaron un tanto las córtes los lazos de dependencia, á fin de estrechar los de hermandad y armonía. Escenciones, prerogativas, todo habia sido inútil. Los americanos llegaron á ser en todo equiparados á los españoles, y sin embargo, nada podia satisfacerles como no fuese su anhelada emancipacion. De muy atrás venia indicado este afan, y sino evitarse, podia al menos contemporizarse de suerte que anticipándose el gobierno á dar libertad á unas colonias demasiado estendidas y ricas para tan decrépita monarquía como la española,

mayormente próxima á ser sujetada á otro poder, se hubiera en ellas tenido un ausiliar poderoso en lugar de un nuevo enemigo.

No dejaron tampoco los diputados de ocuparse especialmente de guerra y hacienda, á pesar de las muchas atenciones que las rodeaban. En 15 de noviembre de 1810 autorizaron á la regencia, á cuyo cargo estaba lo concerniente á guerra, decretando el armamento de los 80,000 hombres, con los cuales fueron los ejércitos reforzados. Formaron igualmente una ley al objeto de impulsar la fabricacion de fusiles, y adoptaron las providencias mas convenientes para cuanto atañia á armamento y municiones. En hacienda, mientras trabajaban las comisiones para adquirir los datos y conocimientos indispensables, mandó el congreso, con el fin de cortar todo abuso, que los caudales de la nacion se reuniesen en una sola tesorería.

Habian tratado las córtes en los primeros dias de su instalacion de trasladarse á Cádiz, por considerar este punto como el mas á propósito y digno de la residencia del gobierno; pero hubo de impedirlo por entonces la epidemia que afligió aquel otoño á la ciudad gaditana, y hasta el 20 del inmediato febrero no pudieron cerrar en la isla sus sesiones para volver á abrirlas en Cádiz el 24 del mismo, bajo la espaciosa nave de la bella iglesia de S. Felipe Neri.

A los dos dias leyó el secretario del despacho de hacienda D. José Canga Argüelles, el primer presupuesto de gastos y entradas. «El importe de la deuda, decia en él el ministro, asciende á 7,194.266,839 reales de vellon, y los réditos vencidos á 219.691,473 de igual moneda». Los empeños contraidos desde el principio de la insurreccion, consistentes generalmente en suministros aprontados en especie, no entraban en este cómputo. El gasto anual, sin los réditos de la deuda, lo valuaba Argüelles en 1,200.000,000 de reales, y en solo 255.000,000 los productos. «Tal es, añadia, la estension de los desembolsos y de las rentas con que contamos para satisfacerlas, calculadas aproximadamente, por no ser dado hacerlo con exactitud por la falta á veces de comunicacion entre las provincias y el gobierno, por las ocurrencias militares de ellas.....» «Si la santa insurreccion de España hubiera encontrado desahogados á los pueblos, rico el

tesoro, consolidado el crédito y franqueados todos los caminos de la pública felicidad, nuestros ahogos serian menores, mas abundantes los recursos y los reveses hubieran respetado nuestras armas; pero una administracion desconcertada de veinte años, una série de guerras desastrosas, un sistema opresor de hacienda, y sobre todo la mala fé en los contratos de ésta, y el desarreglo de todos los ramos, solo dejaron en pos de sí la miseria y la desolacion; y los albores de la independencia y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los apuros.... » «A pesar de todo hemos levantado ejércitos; y combatiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aun el honor del nombre español, y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un pueblo decidido que aumenta su terror al compás de las desgracias.» Muchas sesiones se invirtieron luego en buscar medios como cubrir el presupuesto, concluyéndose por adoptar varias contribuciones é impuestos para ir llenando las atenciones que el mantenimiento de las hostilidades exigia. Desde el 1.º de marzo se trató del estado mayor del ejército, creado por la primera regencia, que fué aprobado y se instituyó la órden militar de S. Fernando, cuyo reglamento fué observado hasta 1814. Espidióse el 18, un nuevo decreto reorganizador de las juntas provinciales, que rigió hasta el establecimiento de la Constitucion de la monarquía. En el ramo judicial se abolió, á proposicion del propio Argüelles, en 22 de abril, la cuestion del tormento y los llamados apremios; bárbaro invento del famoso superintendente de policía Cantero, introducida veinte años antes y renovada al regreso de Fernando, con escándalo de la humanidad. Abolióronse igualmente, llevando D. Antonio Lloret la iniciativa, y apoyándole y reforzándole con su patriótica elocuencia Alonso y Lopez, García Herreros, el mismo Toreno, poseedor que se dijo de varios señoríos jurisdiccionales, y otros diputados, esos restos del feudalismo, con sus horcas y argollas, los dictados de vasallo y vasallage, y las prestaciones así reales como personales del propio orígen, destruyéndose además los privilegios llamados esclusivos, privativos y prohibitivos.

Todas estas disposiciones merecieron de la nacion los mayores aplausos, siendo grande la popularidad que ellas y las demás

que de su seno salieron iban ganando á las españolas córtes. Los primeros trabajos de la comision de Constitucion, esperados con verdadero afan, y de que en otro lugar nos ocuparemos, fueron presentados con general satisfaccion el 18 de agosto. Por fin, con el mayor sigilo, é interviniendo solo la regencia, como mas propio del poder ejecutivo, se envió á S. Petersburgo á D. Francisco Zea Bermudez para agenciar con aquella corte la declaracion de guerra que el propio estado no tardó en declarar, pidiendo antes á España que se mantuviese firme solo por espacio de un año. Dignamente contestó la regencia que no un año sino mucho mas, y en tanto que existiese se habia de defender como hasta entonces, por ser ésta invariable resolucion de todos los españoles. Con tan halagüeña esperanza se fortificó en los ánimos de todos el deseo de combatir sin tregua ni descanso.

Entre tanto, Napoleon, cuya sucesion directa estaba con el nacimiento de su hijo asegurada, habia cambiado de modo de pensar respecto de los estados que tenia repartidos á sus hermanos. Entre ellos José, cada dia mas despreciado de sus generales, vegetaba en Madrid, no menos desairado de la corte de las Tullerías, no menos falto de prestigio y de recursos. Con motivo de asistir al bautizo del rey de Roma, partió de España á últimos de abril. Su intento era recabar que le relevase su hermano de tan enojoso puesto, ó que le ausiliase por lo menos con caudales. Al regresar á Madrid el 15 de julio, solo llevaba la promesa que le hiciera Napoleon, de socorrerle con la miserable suma de un millon de francos mensual. Ya que no pudo José componerse á satisfaccion con su hermano, tanteó á sus enemigos, ofreciendo á las córtes y á la regencia entregarse en sus brazos, mediante que se le reconociese por rey de España. Tantas veces como hubo de intentarlo el intruso monarca halló en el consejo la misma dignidad, la misma firmeza en la repulsa. La regencia—y esto le honra muchísimo—no hizo jamás público un paso tan humillante por parte del usurpador del trono de los Alfonsos.

La junta superior del principado, que en los momentos de mayor conflicto se habia trasladado de Montserrat á Solsona, no creyéndose segura en esta ciudad se retiró á Berga á últimos de julio. El nuevo capitan general D. Luis Lacy se le habia reuni-

do para apresurar la renovacion de la misma, conforme al último reglamento dado por las córtes, y viendo á Suchet dispuesto á marchar sobre Vich. Dejó en esta ciudad al baron de Eroles encargado de reunir en ella á los desertores. Para alcanzarlo amenazó el baron con pena de muerte á cuantos no se hubiesen presentado 3 dias despues del 29 de julio á las justicias de los pueblos. Providenció asimismo que el pueblo donde pasados 8 dias se encontrase un desertor pagaria 600 duros; que seria saqueada la casa donde éste hubiese morado, y destinado su dueño al servicio de obras públicas, y uno de los miembros del ayuntamiento, el que decidiera la suerte, condenado á servir en otro ejército como soldado ó bien en una plaza sitiada. Los particulares debian ausiliar á las justicias; los jóvenes de 18 á 40 años no viajarian sin un pasaporte, hábil solo para 15 dias, y el padre de familia era responsable con su persona y bienes de la espátriacion del hijo para sustraerse al servicio militar. Villamil en el Urgel, y Clarós y otros en el Ampurdan cooperaban á la reunion de los dispersos. Manso y Milans hacian lo propio no lejos de Barcelona.

Lacy, de acuerdo con la superior, llamó á las armas á todos los catalanes sin escepcion, desde 18 á 40 años, ofreciendo premios y fulminando penas severísimas. « El sacerdote, el religioso, el padre de familia, habia dicho en 15 de julio la superior, todos tienen agravios que vengar y mucho que perder, y á todos convoca la patria. El eco de la campana resuene en todas partes; y en donde haya enemigos que combatir haya catalanes que pelear ». Mientras se reorganizaba el ejército, los demás á quienes el alistamiento no comprendia, debian apostarse cerca de las poblaciones en avanzadas de 5 hombres para observar los movimientos del enemigo, y dar aviso para que se tocase en ellas á somaten, luego que se pusiese en marcha, para salirle al encuentro con armas. El pueblo que á este servicio se negase debia ser saqueado y tratado en todo como si fuese enemigo. El cura que poniéndose al frente de sus feligreses hostilizase con mas valor al francés, debia ser distinguido y recompensado segun sus merecimientos. Las juntas corregimentales debian nombrar un comandante de somatenes para cada departamento ó distrito.

La perentoriedad del tiempo no permitia proceder con mas

premura á un mejor arreglo, pues el enemigo caminaba libremente por todas partes y era preciso contenerle. Sobrado rigorosos parecerán los mandatos de la junta; pero las circunstancias los exigian. Y no fué un vano alarde de rigor, pues en algunos se hicieron efectivas las penas conminadas, y en general se cumplió como el gobierno del principado tenia dispuesto. Bien es verdad que el país obedecia á la voz del sentimiento patrio, de que la junta de Berga era fiel espresion. Todavía antes de finir julio mandó la misma que, bajo pena de muerte, ningun ayuntamiento ó autoridad dejase de abandonar su pueblo, con todos los habitantes, especialmente jóvenes y pudientes, á la aproximacion del enemigo; que presididos, 20 de cada 100 vecinos, por un individuo del cabildo municipal, debian aprehender en sus casas ó en el campo á los desertores que dentro el nuevo plazo de 3 dias no se hubiesen presentado, para conducirlos ante los tribunales de guerra, ó fusilarles inmediatamente si opusiesen resistencia. Por fin, se estimuló con una onza de oro de gratificacion al que delatara á un desertor.

Ignoramos por qué motivo hubieron de ser á Lacy carga inútil y pesada, como sienta Toreno, un gran número de oficiales y soldados de infantería y montados, con 500 caballos, para despedirlos, en momentos de tanto afan por allegar tropas, permitiéndoles ir á plantar bandera de ventura, ó á unirse á otros ejércitos. Sin embargo, es lo cierto que toda esa tropa, embarazosa para la defensa de la apremiada Cataluña, se distinguió conducida por el brigadier D. Gervasio Gasca, con la marcha mas admirable. «Partieron todos, segun el mismo historiador, el 25 de julio, faldearon los Pirineos, vadearon rios, y aunque perseguidos por las guarniciones francesas, llegaron felizmente á Suesia el 5 de de agosto. Allí les causó Klopicky alguna dispersion, pero juntándose de nuevo en Eybar, en Navarra, dióles Mina guias, y cruzaron el Ebro el 12 de agosto. Gasca prosiguiendo su marcha se incorporó al ejército de Valencia sin que le fuese posible al enemigo el estorbarlo. Los mas de los soldados y oficiales acompañaron á aquel gefe hasta su destino, escepto unos cuantos que perecieron en el viaje y las peleas, y otros que tomaron sabor á la vida de los partidarios: de hambre y fatiga murieron bastantes

caballos. Rodeo fué éste y marcha de 186 leguas; prodigiosa, imposible de realizarse en otra clase de guerra». Por lo menos su constancia es tanto mas de admirar cuanto no era poco desairada la manera como acababan de ser despedidos de Cataluña, y á la que dignamente supieron contestar con su noble y valerosa conducta.

Suchet entre tanto, en alas de la fortuna que parecia favorecerle empeñadamente, se habia hecho reforzar por las tropas salidas de Barcelona, y aunque no le atañia, por corresponder á Macdonald, segun la division que el emperador habia hecho del mando de ambos gefes en el territorio catalan, se enderezó no obstante, de órden del mismo Napoleon, á apoderarse del famoso monasterio de Montserrat, al pié de cuya montaña llegó el 24 de julio. Aquel punto estaba custodiado por el baron de Eroles, con apenas 3,000 hombres, somatenes casi todos. El nuevo mariscal dejaba á su espalda á Tarragona, asolada, derruida en sus fortificaciones esteriores, á escepcion del recinto de la ciudad y el fuerte Real, por mandato del gobierno imperial, y guarnecida con 2,000 hombres á las órdenes del general Bartoletti. Tomado Montserrat, debia pasar á sujetar definitivamente las principales ciudades del norte de Cataluña, y dirigirse luego á formalizar el sitio de Valencia.

Famoso es Montserrat en todo el orbe cristiano, no tanto por la estraña configuracion de sus peladas y enhiestas cimas, y la grandiosidad de su suntuoso monasterio, como por la imágen portentosa de la Santísima Vírgen que en él de muy antiguo se adora. Mansion fué en otro tiempo de monjas, de anacoretas y monges, sujetos á la regla de S. Benito, y visitada siempre de propios y estraños con singular veneracion y recogimiento. El alma parece en efecto que se purifica acercándose mas al Creador, á medida que en aquel monte consagrado por la religion se va subiendo. Mil ramblas, mil torrenteras y profundas y escarpadas simas por todas partes la cortan; su aspecto es de lejos bien conocido, visible casi siempre, mas diverso por la caprichosidad de la multitud de peñoles ó picachos roqueños que lo coronan (1).

---

(1) Celebra nuestra prodigiosa montaña en su *Para todos* el insigne poeta

Situada esta montaña en el corazon de Cataluña, á seis leguas de Barcelona, toda la domina del norte al sur, del oriente al ocaso, pareciendo á sus piés la mayor parte de los montes, leves ondulaciones del terreno. Los moros tuvieron allí su atalaya, de la que se posesionaron á su vez los reconquistadores para prevenir las algaradas de los lanzados sarracenos, y en épocas posteriores sirvió siempre por su elevacion y naturales defensas de atalaya y refugio. Su base es de cuatro leguas, y tiene de altura mas de dos, ó sean 3,993 piés sobre el nivel del mar. Tres caminos conducen al monasterio, que se levanta en estrecho espacio, hácia mas de una mitad del monte, al borde de un profundo derrumbadero, por cuya abertura se ve discurrir mansamente el rio Llobregat. Las avenidas de estos caminos habian sido en la actual guerra fortificadas por los españoles. La del que cae al cierzo y vá á parar culebrando entre tajos y precipios á Casa Massana, y era entonces la mas importante, estaba defendida con dos baterías con cortaduras en la roca. En la entrada del monasterio, cuyas paredes se hallaban igualmente dispuestas para la defensa, se habia establecido un atrincheramiento. En el sendero que por la parte de mediodia conduce á Collbató estaba situada otra batería. Los demás puntos defendibles habian sido igualmente atendidos.

Sobre la importancia estratégica de este puesto, era de guardar

---

castellano, Dr., D. Juan Perez de Montalban con los siguientes versos:

Yace á la vecindad de Barcelona
Montserrate, gigante organizado
de riscos, cuya tosca pesadumbre
con los primeros cielos se eslabona;
porque tan alto está, tan levantado
que desde los estremos de su cumbre,
por temor ó costumbre,
á la ciudad del frio
parece que el rocío
antes quiere chupar que caiga al suelo,
y despues escalando el cuarto cielo,
porque el primer lugar halló muy frio,
empina la garganta macilenta
y á la region del fuego se calienta.

por la portentosa riqueza que en tantísimas ofrendas habia la piedad acumulado á los piés de la Madre del Salvador. A 80 llegaba el número de las lámparas que dia y noche ante la venerada imágen ardian, todas de preciosos metales fabricadas. Allí los Calixtos, los Bonifacios, los Julios, Inocencios, Sixtos, Adrianos y Benedictos, los emperadores de Austria, los reyes de Aragon y de Francia, de Portugal y de Castilla, la principal nobleza de todos los reinos de europa, los mas ilustres campeones de todas épocas, las damas de mayor prosapia y hermosura, ya á pié, ya descalzos, en piadosa peregrinacion, habian ido amontonando en el augusto monasterio los mas preciados dones, las joyas mas estimadas de su tiempo. Deslumbraba ciertamente tanta riqueza. Solo un vestido del niño Jesus, regalado por la duquesa de Cardona, D.ª Teresa de Moncada, ostentataba sobre precioso recamado 1,242 brillantes y diamantes, y la principal corona del tesoro de la Vírgen, contenia en las 12 estrellas en que remataba 1,124 diamantes, con infinidadad de perlas, esmeraldas zafiros y rubíes. Otras muchas joyas habia adornadas por centenares de diamantes y brillantes. Algunas se logró salvar trasportándolas con tiempo á Mallorca. La imágen sagrada, como en todas las épocas de peligro ha sucedido, habia sido tambien cuidadosamente escondida en seguro lugar. El francés, ávido pues de unos tesoros cuyo valor no se ha podido jamás calcular, avanzaba impaciente sobre la anhelada presa.

Eroles se habia abastecido para 8 dias, de cuantos artículos hacian falta para la defensa, en cuyo buen éxito estaba acaso por demás confiado. Dieron los franceses la señal de la acometida al romper el alba del 25 de julio. El mismo Suchet mandaba la operacion; que no era del caso fiar tanto tesoro á agenas manos. Varios generales le acompañaban. Uno de ellos, Abbé, ó *abad* en español, avanzó el primero por el camino principal, dispuesto á lanzar de su silla al legítimo abad mitrado y jurisdiccional del monasterio. Maurice Mathieu, el gobernador de Barcelona, apoyaba la retaguardia por el mismo punto, pues tampoco habia querido faltar á la conquista de aquella sagrada y rica morada. Otros gefes de menor graduacion, seguidos de algunas compañías, emprendieron la subida por los demás caminos, y varias

Toma de Montserrat (25 de julio de 1811)

partidas de tiradores concurrieron al ataque y lo secundaron trepando por los quebrados de la montaña.

El ataque se empeñó por el frente con intrepidez por ambas partes. La metralla acompañada de una lluvia de rocas y galgas que disparaban los nuestros sobre las cabezas de los franceses, los destrozaba horrorosamente, impidiéndoles adelantar un paso. En vano gritaban los gefes *¡en avant!*, en vano castigaban con el sable á los soldados, que rechazados á las primeras acometidas, apenas osaban ya desafiar el mortífero fuego de los españoles. Acudió Suchet á animarlos con su voz y su ejemplo, y consiguió hacerles tantear otra acometida; pero al mismo tiempo y con nueva furia los barrieron nuestros cañones y las rocas que montaña abajo hacian rodar los briosos catalanes. No parecia sino que con el estruendo de los disparos, por cien ecos repetidos, se desplomaban las encaramadas y amenazantes peñas que cual enhiestas torres de gótico castillo erizan las crestas del Montserrat. Los imperiales ceden, se desaniman, y acaso, acaso, volvieran decididamente las espaldas, sin la cooperacion de las tropas ligeras, las cuales logrando empinarse á las cumbres, se aparecieron por sobre del monasterio y acribillaron á balazos por retaguardia á los artilleros españoles, que sin embargo, hasta que casi todos hubieron perecido, siguieron cargando y disparando sus cañones.

Solo entonces pudieron avanzar los soldados de Abbé. El ataque fué ya desde este momento contra los que dentro del recinto se defendian. A él concurrieron las demás divisiones que iban desembocando por distintos puntos. Los somatenes se batian desesperadamente. El fuego, la sangre, los gritos de corage ó de dolor cercaban aquella mansion de paz y de recogimiento, con inusitada é irreverente mezcolanza. Ganada por fin una puerta trasera del edificio, consiguieron meterse dentro los tiradores, que habian llevado á los demás la delantera. Aquí tomó el combate otro aspecto. Mas robustos los catalanes y sin las fornituras en que iba embarazado el francés, lucharon largo espacio al arma blanca, con marcada superioridad, y aun hubieron logrado ahuyentar á los acometedores, á no acudir con prontitud á reforzarles el general Abbé, con buen número de los suyos.

No era posible prolongar mas la resistencia. Los catalanes evacuaron el convento, y guiados fielmente por buenos prácticos del terreno, lograron escapar de las manos del vencedor, yendo con ellos el baron de Eroles, el cual pasó como hemos dicho, á la ciudad de Vich, á fin de reunir allí á los dispersos y desertores del ejército de Cataluña. Los franceses se cebaron cruelmente en tres monges y alguno que otro ermitaño, que no quisieron abandonar su retiro. La casual llegada de Suchet salvó la vida á dos de los religiosos que aun quedaban con vida. Debióse pues la pérdida de Montserrat á la suma confianza que los catalanes tenian en lo inespugnable del sitio y en el favor y proteccion de la Santísima patrona de la montaña, que les impidió guardar convenientemente todos los puntos accesibles. No era para ello necesario mucha gente, si se atiende á lo escarpado de todas las vertientes, por las cuales bastaba hacer rodar las rocas desgajadas de las ruinas. Ya se ha visto que la victoria la obtuvieron los tiradores ganando las cumbres sin oposicion, subiendo por torrentes en los que debian de haber sido con leve esfuerzo aplastados. Los nuestros perdieron entre muchos muertos, 17 prisioneros, pero los imperiales trasladaron 260 de sus heridos á Cervera, á donde llegó Suchet el 27 con 3,000 infantes y 450 caballos. Aquella misma tarde salió hácia Lérida con objeto de reunir allí un convoy considerable, dejando en aquella ciudad de 5 á 600 hombres.

En Montserrat quedó de guarnicion Palombini, con su brigada y alguna artillería. El general Frere pasó á situarse en Igualada. Los somatenes no desmayaron con todo. Reunidos al rededor de los puntos que los franceses acababan de ocupar, procuraban ofenderles sin descanso. El 27 destacóse de aquel monasterio una fuerza de 300 hombres hácia Monistrol, Castellvell y Vilar, pero los catalanes les embistieron con tanto denuedo, que le fué preciso replegarse á su primera posicion. A la madrugada del 5 de agosto, con una partida de 400 somatenes atacó en dos mitades el comandante del corregimiento, D. Ramon Mas, los atrincheramientos enemigos de Montserrat, por la parte de Oliver y Santa Cecilia, arrollando cuantos piquetes y cuerpos de guardia se le opusieron, y permaneciendo dueño del campo por espacio de

tres cuartos de hora. El 9 lograron por fin los enemigos ocupar en número de 400 hombres el pueblo de Monistrol, situado sobre el rio Llobregat en el arranque de la montaña, con el objeto de inutilizar los molinos que en él habia, pero sobreviniendo gran golpe de somatenes, capitaneados por D. Ramon Mas y D. Mauricio Fábregas, fueron casi instantáneamente desalojados de los parapetos que tenian á la derecha del rio, de los campamentos situados hácia la parte superior del pueblo y de la calle de Birerta, que habian fortificado, y perseguidos buen trecho, camino del monasterio. El enemigo esperimentó fuertes pérdidas; pero hubieran sido mucho mayores á haber llegado á tiempo el cuerpo de 200 hombres que por la izquierda del rio y por el puente debia atacar. Los nuestros perdieron al bizarro capitan D. Mauricio Fábregas, digno en verdad de mejor suerte. El comandante de somatenes D. Adrian Ochando mandó el 13 sorprender á los franceses en su campamento de la *Roca foradada*. Encargado de la operacion el teniente Miralles, cerró contra el enemigo durante la noche, ocasionándole en una hora de fuego gran número de muertos y heridos.

Tan indomable constancia por parte de los catalanes indujo á Suchet á dilatar su permanencia en el principado hasta que hubiesen recobrado el castillo de Figueras las tropas sitiadoras, á las que no podia desamparar en tan críticos momentos. Con efecto, Macdonald, á vueltas de cierta sublevacion ocurrida en el Languedoc, habia sido llamado á aquel punto; las enfermedades habian disminuido de 4,000 hombres la fuerza sitiadora; Milans allegaba en Mataró á los desertores, de los que tenia formados ya algunos batallones; Clarós campeaba con los somatenes y tropa que logró reunir, amagando á las divisiones enemigas, ya en las villas de Torá y Calaf, ya en las inmediaciones de Tarragona y de Cervera (1); Manso recorria el país, disponiéndose á orga-

(1) En Torá, donde lograron entrar el 9 los enemigos, pasearon por toda la villa á una anciana enteramente desnuda y con un casco en la cabeza, llenándola de afrentosos ultrages. Al teniente D. Francisco Franch, que cayó prisionero, le cortaron los puños despues de degollado. No bastaba á aquellos miserables el robo, la destruccion y la impiedad; érales menester además hacer gala de una ferocidad sin ejemplo.

nizar su batallon de cazadores de Cataluña, para el que habia sido nombrado comandante, y en el entre tanto rendia y aprisionaba el valeroso capitan Par, con solo su compañía, todo un batallon de piamonteses. Por fin, mientras el teniente coronel Pometa perseguia hasta el puerto del Valle de Aran á una columna de 500 imperiales, ocasionándoles un centenar de bajas, Sarsfield y el mismo general Lacy desde su cuartel general de Puigcerdá ponian en fuga en el Coll de Ribet á una division de 900 infantes con 72 caballos y 2 piezas de artillería, y les tomaban los ranchos y las provisiones de pan, vino y aguardiente que tenian reunidas. Metióse enseguida Lacy por la Cerdaña francesa, exigió contribuciones, y aunque llenó al pronto de terror á las gentes del país enemigo, volvieron á sus casas los que las habian abandonado á la aproximacion del español temerosas de las represalias. Rovira volvia entre tanto de su comision á Valencia y á Cádiz, embarcado en la goleta corsaria *Patriota catalana*, llevando gran cantidad de plata labrada, mas de 9,000 duros, producto de la suscricion abierta por el duque del infantado para el socorro de Cataluña, y muchas drogas y plantas medicinales, y el 16 ya ahuyentaba á la bayoneta en Tarradas á un cuerpo de 800 infantes y algunos caballos enemigos.

El bloqueo de la plaza de S. Fernando era tan riguroso, y los esfuerzos de los partidarios tan impotente contra un ejército numeroso y bien posesionado, que los briosos defensores se veian reducidos á la mayor estrechez. Todas las provisiones fueron consumidas, agotado el recurso de los caballos y de los animales inmundos, y sin embargo nadie hablaba en el castillo de rendicion. Desde la noche del 9 al 10 de abril, en que fué tomado, hasta á mediados de agosto, habian verificado los defensores seis ó siete salidas, sin otro resultado que el destruir en la del 24 de mayo, buena parte de los reductos enemigos. Viéndose por último el gobernador D. Juan Antonio Martinez, reducido á la última estremidad, tentó el 16 de agosto una salida general, con el objeto de salvar al menos la guarnicion, ya que en el estado de desorganizacion en que el ejército español del principado se hallaba no podia prometerse los eficaces ausilios que tan necesarios le eran. Salió pues toda la fuerza para abrirse paso con la punta de

las bayonetas. Vana fué la última tentativa de nuestros medio exánimes soldados. El enemigo siempre vigilante y en todas partes robusto, rechazó con brio la acometida de los nuestros, acosándolos hasta que volvieron á encerrarse en la plaza. En ella les esperaba el hambre, la muerte, bajo otro aspecto no menos terrible y amenazador. Todavía les sostuvo su aliento tres dias, al cabo de los cuales, esto es, el 19, tuvo que rendirse Martinez. Allí cayó prisionero este bravo general, con Llobera y algun otro partidario no menos distinguido, y la flor de nuestros bizarros oficiales y soldados, hasta el número de 2,000 hombres, sin contar los heridos y enfermos. Por desgracia se hallaban entre los primeros Floreta, Marqués y el procurador Jonyne, confidentes en la sorpresa, los cuales juzgados por una comision militar fueron condenados á muerte el 13 de setiembre, y ahorcados en un patíbulo que se levantó en uno de los rebellines del propio castillo. Genís y Pedro Pons, condenados tambien á la misma pena, habian por fortuna suya salido cuando lo verificó el baron de Eroles, y eran ambos capitanes de caballería: recompensa debida á su servicio. En cuanto al alcaide Amon Francisco Blonquier, su criada Mariana Floreta, hermana del Juan y Teresa y Magdalena Pons, hermanos de los Genís y Pedro, fueron todos absueltos; pero quedando por su conducta sospechosa, bajo la vigilancia de la alta policía, despues de haber presenciado la ejecucion de aquellos desgraciados patricios.

Cuanto habia producido de admiracion y júbilo la reconquista de Figueras por los españoles, parecia deber con la recaida tornarse en confusion y abatimiento. Nada menos que esto. Antes Cataluña semejaba ciertamente, en sus numerosas y rudas contrariedades, que cobraba mas alientos cuanto mayores sus infortunios eran. «Podíase esterminar tal gente, dicen de los catalanes nuestros escritores, no conquistarla». «Trabajaba en Cataluña D. Luis Lacy, añade Toreno, y entretenia á los franceses de aquel principado, ya que no pudiese activa y directamente coadyuvar al alivio de Valencia. Severo y equitativo, ayudado de la junta provincial, levantó el espíritu de los catalanes, quienes á fuer de hombres industriosos, vieron tambien en las reformas de las córtes, y sobre todo en el decreto de señoríos, nueva au-

rora de prosperidad. Reforzó Lacy á Cardona, fortificó ciertos puntos que se daban la mano y formaban cadena hasta el fuerte de la Seo de Urgel; no descuidó á Solsona y atrincheró la fragosa y elevada montaña de Busa, á cierta distancia de Berga, en donde ejercitaba los reclutas. ¡Y todo eso rodeado de enemigos y vecino á la frontera de Francia! Pero ¿qué no podia hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como la catalana? Dueños los invasores de casi todas las fortalezas, no les era dado, menos aun aquí que en otras partes, extender su dominacion mas allá del recinto de las fortificaciones, y aun dentro de ellas, segun la espresion de un testigo de vista imparcial (1), «no bastaba ni mucha tropa atrincherada para mantener siquiera en órden á los habitantes.» Mas de una vez hemos tenido ocasion de hablar de semejante tenacidad, á la verdad heróica, y en rigor no hay en ello repeticion. Porque creciendo las dificultades la resistencia, y ésta con aquellas, tomaba la lucha semblantes diversos y colores mas vivos, desplegándose la ojeriza y despechado encono de los catalanes, al compás del hostigamiento y feroz conducta de los enemigos».

Posesionado como estaba de los principales puntos de la marina, y conociendo Lacy de cuanta utilidad podia serle la ocupacion de un punto fuerte sobre la costa para comunicarse con la escuadra aliada y proveer á las necesidades del ejército que iba organizando, fijóse desde luego en Palamós, antes de la rendicion de Figueras; mas á la caida de esta plaza pensó en recobrar las islas Medas, de cuya pérdida nos hemos ya ocupado. Son, las dos mayores, de regular estension y de resguardado surgidero al sudeste. Guarnecíalas, bien que con mucho descuido, alguna tropa francesa. En ellas vió Lacy lo que apetecia: punto de seguridad para depósitos y de buena comunicacion con las fuerzas de mar. Al instante encargó su reconquista al coronel inglés lord Green, secundado por el baron de Eroles y 150 otros denodados catalanes que recibió en su bordo la fragata británica *Indomable*, el 27 de agosto.

---

(1) Storia della campagne é degli assedii degli Italiani in Ispagna, da Camilo Vacani. Vol. 3, part 3, 2.

El 29 desembarcaron Green y Eroles en la mayor de las islas, tomando inmediatamente precauciones para que el castillo que en ella habia no pudiese ser socorrido. Sentó Green una batería de 2 cañones de á 8, uno de á 24, y 2 obúses, y envió á pedir 50 hombres á Milans, y víveres, leña, alpargatas y demás necesario á la comision de la junta superior. Lacy al recibir la noticia de este suceso no solo prometió hacer lo posible para conservar la nueva posesion, cuya importancia le encomiaba el inglés, sino que como para señalar el primer paso dado en el recobro de Cataluña, dispuso que en adelante se llamasen *islas de la Restauracion*. Los franceses del continente amenazaron colocar baterías contra el lugar del desembarque, que si bien se hallaba al abrigo del fuego de cañon, no empero al de mortero y obús.

El enemigo compareció en efecto la mañana del 1.º de setiembre en el pueblo del Estartít sobre la costa, en número de 500 infantes, con 7 piezas de artillería, y sin tomar descanso abrió sus fuegos contra los españoles, quienes sin hacerle caso continuaron el fuego de brecha que contra el castillo habian emprendido, logrando á las pocas horas posesionarse de él. Al objeto de impedir las tentativas del enemigo y acelerar la rendicion del fuerte, habia pasado el teniente coronel Sala con 35 soldados á aquella isla, y al momento le interceptó el agua de la cisterna, rompiendo desde el mismo pié del castillo un vivo fuego de fusilería. Los franceses perdieron toda la guarnicion, que quedó prisionera, un punto importantísimo y 4 piezas de grueso calibre, con sus municiones correspondientes, y víveres para su guarnicion por tres meses. Los enemigos del Estartit se dispusieron á sepultar á los vencedores de las Medas, bajo el diluvio de las balas y bombas que desde la montaña llamada Cap de la Barra, comenzaron á arrojarles.

Pensábase ya en habilitar tales islas para depósito é instruccion de 7 ú 8,000 quintos, para colegio de cadetes, academias de cabos, sargentos y tambores, escuelas de artillería, fundicion y maestranza, fábrica de fusiles, balas, pólvora, salitres, laboratorio de cartuchos y mixtos, tesorería, fábrica de moneda, almacenes de víveres y utensilios, hospitales, talleres de vestuario y aun de fabricacion de paños, lienzos, sombreros

y otros artículos, puerto, lazareto, en fin, una verdadera oficina de donde habia de salir cuanto fuese necesario á la guerra del principado. No eran las Medas, ni la posicion de los franceses lo permitia, para tan estraordinarios fines; ni parecia prudente que se fiase todo eso á unos peñascos áridos, á tiro de fusil del continente y tan fácilmente perdidos como recobrados. Lacy y la junta abrieron con todo una suscripcion para atender á la habilitacion de las Medas.

Las fuerzas aliadas subieron el mismo dia 1.º con gran trabajo, dos cañones de á 24 á la cumbre de la isla grande, mientras los zapadores se esmeraban en abrir troneras en la batería natural que aquel punto ofrecia. Al dia siguiente manifestaron los oficiales de la marina inglesa la dificultad de adelantar las obras, tanto por la escabrosidad del terreno, como por la fatiga de la gente que no habia descansado en cuatro dias; añadieron el riesgo en que se hallaban de perder algunos soldados y la imposibilidad de reemplazarlos por no haber venido todavía, ni ser probable que llegasen en todo el dia siguiente, las tropas españolas pedidas por medio del baron de Eroles. Propusieron en consecuencia que fuese volado el castillo, toda vez que no podia conservarse ya por haberlo en gran parte destrozado nuestra artillería, por ser de difícil conservacion por entonces, sin ausilio de la isla grande, cuya fortificacion era indispensable para poder recomponerse el fuerte y ponerlo en estado de rechazar los fuegos enemigos.

Tales consideraciones, el ver reducida la fuerza de su mando á 146 hombres, y la fundada resolucion de los oficiales ingleses, obligaron á Green y á Eroles á consentir en la destruccion del fuerte ó castillo y en el abandono de aquellas islas. Verificóse el embarque de todos los efectos la noche del 2 al 3, en medio de los disparos de obús del enemigo, y á las seis de la mañana se prendió fuego al castillo, quedando totalmente inutilizado.

Mas no era D. Luis Lacy hombre de abandonar tan fácilmente una empresa, cuyas grandes consecuencias tenia bien calculadas, y aun es de creer que en la evacuacion de un castillo ruinoso y de unas peñascosas islas, no desesperanzaron Green y Eroles de caer de nuevo sobre aquel punto, cuando hubiesen los franceses

de la costa continental desmontado sus baterías y alejado una buena parte de sus fuerzas. Así al menos debe deducirse de las últimas frases en que terminaba el inglés el parte que dirigió al general español. Trasladóse éste á Arenys de Mar el dia 10, determinado á ir á reconocer por sí propio con alguna fuerza aquellas islas, y en el caso de observar que podian ofrecer las ventajas que habia creido, posesionarse de nuevo de ellas para plantear desde luego el proyectado establecimiento.

Partió pues, el 11 á mediodia, con 200 hombres, embarcado en la fragata británica *Undaemted*, comandante Thomas, y con algunos transportes con trabajadores, útiles y víveres. Al amanecer del 12 fondeó en las inmediaciones de las Medas. Dividiendo entonces las fuerzas de que disponia, envió una parte á que desembarcara en el punto del continente mas inmediato, y con la mayor celeridad se dirigiese á sorprender al enemigo, destruyese sus obras, sus embarcaciones, y exigiese del pueblo del Estartit cuantos ausilios pudiese proporcionar. Mientras tanto él con el resto desembarcó en la isla grande. La operacion se verificó felizmente, pues los enemigos se habian retirado ya de la costa, y en las islas no habia tropa alguna.

Convencido Lacy sobre el terreno, de la utilidad del establecimiento proyectado, mandó poner desde luego manos á la obra, y dejando las órdenes é instrucciones convenientes al teniente coronel de zapadores D. José Massanés, á quien nombró gobernador y director de las obras, volvió á embarcarse al anochecer en la misma fragata para la rada de Arenys, á donde llegó la tarde del siguiente dia 13. El español confiaba poder en breve transformar las Medas en una plaza inespugnable y punto de apoyo para continuar con ventaja la guerra de Cataluña.

Las obras de fortificacion se llevaron á cabo con prodigiosa actividad. Todo cuanto podia favorecer la defensa de aquellas islas, en las que se halló buena y abundante agua potable, fué aprovechado por el hábil y diligente Massanés. Acudieron de nuevo á la costa los enemigos, disponiéndose á volver á comenzar las hostilidades contra un punto que ni siquiera se habia dignado recuperar al alejarse de él los españoles. Mas hizo sobre ellos la corta guarnicion de las Medas, un vigoroso desembarco el dia 19,

con el que lograron destruir los primeros trabajos del enemigo, haciéndole algunos prisioneros.

El 6 de agosto amanecieron los enemigos entre las casas del pueblo del Estartit con dos piezas de artillería de campaña, y rompieron un fuego tan determinado contra el navío Blake, anclado no lejos, que parecia iban á entrarle hasta con caballería. El gobernador de las Medas les contestó con algunos cañones de la batería de reciente construccion, á la que habia puesto el nombre de Lacy; pero relevaron el navío y una corbeta de tal trabajo á los de las islas, pues aproximándose cuanto pudieron á la costa barrieron de ella prontamente á los imperiales. Lacy, al saber la honra que de su apellido se habia hecho, agradeciendo tal distincion, la rehusó noblemente para que sustituyese á su nombre el del ilustre D. Francisco Montardit, á quien ya conocemos, comandante del batallon de Balaguer, y azote de los franceses en aquellas comarcas. Justo es que refiramos aquí su gloriosa muerte.

Sin medir las fuerzas invasoras que podian ausiliar oportunamente á las que guarnecian á Balaguer, y consultando solo su denodado aliento, dispuso Montardit atacar aquella ciudad al rayar el alba del 12 de setiembre. Para ello dividió su batallon en tres partes que atacaron á un tiempo las tres puertas llamadas de Lérida, de Gel y de Gerp. Habíase ya abierto y generalizado el fuego en los puntos atacados, que los enemigos sostuvieron con teson por mas de media hora, cuando entró en Balaguer un refuerzo de 60 caballos por la parte del puente. A esta noticia mandó emprender Montardit la retirada, que se verificó ordenadamente hasta mas arriba de Gerp, no obstante el número considerable de contrarios que salió á picarle. Montardit, el primero siempre en acometer, era el último en la retirada. Los caballos enemigos, cuyo número escedia de 100, lograron herir al gefe español, en cuyo instante le hicieron prisionero, sin que bastase á impedirlo un último esfuerzo de los vencidos. Al anochecer del siguiente dia 13, fué inhumanamente sacrificado. Pasáronle los franceses por las armas, á pesar de estar autorizado por la superior y por el capitan general, para hacer la guerra en calidad de comandante de batallon, cuyos despachos llevaba con-

sigo. Creyendo los imperiales dispersado el batallon y desalentadas las gentes todas de los pueblos inmediatos con la muerte del temible partidario, reunieron sus tropas de Urgel y marcharon sobre la villa de Ager. Pero ya el batallon se habia reunido á las órdenes del capitan Rúbies en la *Serra de la Creu*, y no les dejó avanzar un paso sin que antes lo regasen con su propia sangre. La junta nombró para suceder á D. Francisco, á su hermano D. Juan, capitan mas antiguo del batallon y no menos valeroso que el caudillo cuyo lugar ocupaba. Además, quejóse de nuevo el general español al mariscal Macdonald, del injusto y denigrante proceder de las tropas francesas con los gefes y oficiales catalanes prisioneros, todos autorizados con los despachos correspondientes á su grado; sobre que el gobierno supremo de la nacion tenia repetidas veces declarados soldados de la patria á todos los ciudadanos.

Entrado el mes de noviembre rompieron los enemigos de frente las Medas terrible fuego de mortero, obús y cañon desde un parapeto á 1,700 varas de nuestras baterías y desde la derecha del Cabo de la Barra. Los españoles contestaron con la mayor firmeza. Mandaba la batería de la izquierda ó de poniente el subteniente graduado de la misma arma D. Juan Armengual, cuya señora D.ª María, dama de esforzado y generoso pecho, solia, despues de apuntados por su marido, aplicar á los cañones la encendida mecha, animando con su varonil conducta á las tropas que la rodeaban. Durante el combate no se apartó jamás tan heróica matrona del campo del honor, dando fuego á todas las piezas que disparó la batería del mando de su marido, á pesar de los numerosos proyectiles que sobre aquel punto arrojaban no menos diestros los imperiales. Distinguiéronse tambien por su valor los artilleros Francisco Mas y Juan Martí.

Parapetados los de las islas en la peña viva, apenas causaban daño en sus obras los fuegos enemigos, quienes ocuparon á últimos de noviembre el indefenso pueblo de Bagur, cebándose en el paisanage que sorprendieron. Massanés entre tanto, concluia el reducto que debia flanquear el punto de la Guixera, y habilitaba un nuevo desembarcadero en la isla del castillo, hácia la parte de mediodia, inutilizando el que miraba al pueblo del Estardit,

que batian de lleno los enemigos. Nuestros oficiales les provocaban á pelear cada dia, azotando á la punta de una elevada asta las banderas española é inglesa. La guarnicion toda estaba por demás entusiasmada y ansiosa de combatir. «¡Qué escelentes ruedas de cureñas, decia en su parte del 11 el valeroso gobernador de las Medas, haremos del fierro que los franceses nos envian! Lástima de los trozos que se pierden en el mar: pero todo hace muelle, y así no tendremos que echar tanta piedra». En cuatro dias habian arrojado los imperiales 573 bombas, 165 granadas y 90 balas rasas que ocasionaron un muerto, 10 heridos y 9 contusos. Se vé pues, cuanta razon tenia Massanés en decir que solo para *hacer muelle* ó *ruedas de cureña* servian los proyectiles que les disparaba el francés. Militar y mercantilmente sacóse de las Medas todo el provecho de que eran susceptibles, habilitado como fué aquel punto por la junta superior en 4 de octubre, así como las plazas de Arenys y Mataró en la costa de levante, y la de Sitges en la de poniente.

Mientras tanto, de regreso Macdonald al departamento de su mando, volvia á ocuparse de los progresos de la guerra en esta parte de la península, y Suchet, recobrado el castillo de S. Fernando, se trasladaba á Zaragoza á fin de apresurar los preparativos necesarios para marchar sobre Valencia, cuya conquista tanto de la corte imperial se le tenia recomendada. En Barcelona la guarnicion se limitaba á tener forticados los puntos de Moncada, Molins de Rey y S. Pedro Mártir, con objeto de guardar el llano de la antigua ciudad de los condes. Mas cada dia atacaban los puntos avanzados nuestros somatenes, y en especial las tropas de Manso. Una sola compañía que á las órdenes del capitan Par habia aquel gefe destacado para sorprender durante la noche del 10 de setiembre el pueblo de Pallejá, avanzó sobre este punto con el mayor silencio, sorprendió Par á la primera centinela, que creia amigos á los nuestros, y sin intimidarse por el disparo con que alarmó la poblacion la segunda, colocada en el portal del antiguo meson de Pallejá, y á cuyo soldado atravesó de una estocada, acabó de meterse en el caserío, seguido de los suyos. Pero la guarnicion habia corrido á las armas y empezaba á defenderse tenazmente. Sin embargo, rindióla Par aquella noche

haciéndole 99 prisioneros, con otro centenar de caballos, que vinieron bien para reforzar nuestros menguados escuadrones. El bizarro Par quedó por nuestra parte herido, con algunos mas de los 40 que solamente llevaba.

Ya hemos indicado que para guardar tambien la línea de Barcelona á Zaragoza, tenia el ejército imperial de Cataluña escalonadas algunas divisiones en los puntos principales que desde aquella ciudad á la de Lérida se encuentran. Formó Lacy el proyecto de desbaratar á los enemigos esa línea de comunicacion, á la sombra de la cual pasaban de un punto á otro, gentes, armas, municiones y víveres. Encargó pues al segundo comandante general é inspector baron de Eroles, que incorporando á su division el bizarro batallon de cazadores de Cataluña, que regia Manso, atacase primero el fuerte de las alturas de Moncada que domina la carretera real, por la que se esperaba de Francia un convoy.

Ocupadas el 21 de setiembre las alturas de la izquierda por los rigimientos de Ausona, Leales Manresanos y Cervera, colocados los húsares en la carretera real, y los cazadores de Cataluña en las eminencias de la derecha mano, emprendieron el ataque los tres regimientos, llegando con la mayor bizarría hasta los fosos enemigos, de donde un considerable refuerzo que habia salido de Barcelona les obligó á retirar. Verificáronlo ordenadamente, sostenidos por la reserva de infantería y caballería que ocupaba la llanura. Los capitanes Par y Miguel de la segunda y cuarta compañías del batallon de Manso, habian sido los primeros en coronar la altura atacada, quedando heridos ambos en la empresa. Mas la primera compañía de cazadores que salió para sostener al enemigo, dirigióse á él con denuedo sin disparar mas de una vez los fusiles, y luego, hecho por uno de nuestros cañones un disparo de metralla, cerró á la bayoneta contra los imperiales, yendo á su frente el bravo capitan Estalella. Imitáronle en seguida los demás cuerpos, émulos de tanto valor, y á aquel arrojo se debió la recuperacion del punto atacado. Sin embargo, rehechos despues los franceses, volvieron á posesionarse de él, cediendo los españoles no á su esfuerzo sino á su número considerable. Mas de una hora sostuvo Manso hábilmente la retirada.

Los imperiales perdieron aquel dia mas de 500 hombres entre muertos y heridos.

No habia indicios de que por uno ú otro camino avanzase el decantado convoy. Cansado Lacy de esperarlo por la parte de Caldes de Montbuy, determinó hacer una rápida conversion hácia Igualada, disponiendo que á hora fija concurriesen de la plaza de Cardona 400 hombres, con dos piezas de artillería, destinadas á batir el convento de Capuchinos, fortificado y defendido por los contrarios con dos obúses, dos cañones, 700 infantes y algunos caballos que suponia se habian de refugiar en él. A las tres de la tarde del 2 de octubre rompió Lacy la marcha con los incompletos regimientos de infantería de Ausona y Leales Manresanos, el de caballería de húsares de Cataluña y 120 coraceros. Despues de hacer noche en la casa de la Barata, llegó á Manresa, donde se detuvo hasta el anochecer, esperando en vano la llegada de la artillería que debia enviarle su comandante general el coronel D. Miguel Lopez Baños, gobernador de Cardona. Trató entonces Lacy de dar á la accion un carácter de sorpresa, enviando delante la caballería con pocos infantes; pero las señales de inteligencia que observó entre los enemigos de Igualada y los de Montserrat, le hicieron comprender la dificultad de la empresa.

Manso se habia dirigido por Villafranca y Piera á las alturas de Castellolí, descubriendo la carretera de Montserrat á Igualada. Eroles se habia situado en Odena, desde donde se escopeteó con unos 250 franceses, que desfilaron de Igualada con direccion á Montserrat. Violo Manso y trató de coger entre dos fuegos á esta pequeña columna. Esperóla, repartidas á entrambos lados de la carretera algunas compañías, y formado sobre el mismo camino el resto del batallon; mas alarmados los imperiales por el fuego anticipado de algunos somatenes, receláronse la sorpresa y torcieron á un lado, abandonando el camino que seguian. Lanzóse Manso á su alcance, y aun cuando no pudo cogerles las vueltas, consiguió dispersarlos, matando á muchos, y tomándoles un carro con dos mulos, y el caballo del comandante de la fuerza. A tiempo llegó una guerrilla de caballería de la division de Eroles, que aumentó la matanza é hizo 10 prisioneros. El resto

se salvó atravesando el rio Noya, aligerados los soldados de sus mochilas. Manso con su batallon desfiló á la mañana siguiente hácia Villafranca, de donde se enderezó al cabo de otro dia á Capellades, amaneciendo el 5, frente de Igualada, sobre la altura llamada *Pi puig gros*, de la que aventó á una avanzada enemiga.

A este tiempo la vanguardia de Lacy pasó á cuchillo á las grandes guardias de los invasores, y entró el campamento y la poblacion por verdadera sorpresa. El general Latour que mandaba allí, apenas pudo salvarse medio vestido, dejando en manos de nuestros húsares toda su familia, su sombrero, su espada y su equipaje. Los que no pudieron escapar se refugiaron al convento de Capuchinos, desde donde empezaron á ofender á los españoles con la artillería. No les habia llegado á éstos aun, por falta de avantrenes y otros artículos necesarios para vencer los obstáculos que ofrecia el camino, por lo que esperó Lacy todavía, mandando en el ínterin acampar á cubierto de los fuegos de los imperiales, sosteniendo sin embargo á las guerrillas y cazadores, que á las órdenes del ya coronel D. José Casas, se hallaban en la poblacion recogiendo á los franceses que se habian librado del furor de nuestros soldados, sus fusiles, sus caballos y los equipajes de los oficiales.

Intentaron algunas columnas francesas, llegadas de Barcelona y otros puntos, arrojar á los españoles de sus posiciones. Manso se sostuvo todo el dia contra fuerzas superiores. Eroles, con dos escuadrones de húsares de Cataluña, á las órdenes del coronel Decreft, y el primer batallon de Ausona, mandado por el teniente coronel D. Gerónimo de la Concha, salió al encuentro de la que contra él se dirigia, logrando dispersarla al breve rato, haciéndole muchos prisioneros. Otra mas fuerte salió de Igualada al socorro de la disuelta; pero Lacy mandó sorprenderla por el coronel Jalon, con sus coraceros, que la hicieron volver á su convento. Llegada la noche, retrocedió Lacy á Coll de Gusem, y al dia siguiente á Manresa, para dar que comer á su fatigada tropa.

Consentido sin duda el enemigo de que la retirada de los españoles indicaba que desistian de la ofensiva, se aventuró á pasar el 7 á Igualada el convoy que de muchos dias estaba detenido en Cervera. Mas dividió Lacy sus fuerzas, enviando á situarse

para detenerlo oportunamente, á Eroles, mientras él se disponia á cortarle el paso á su retroceso. Nada dejó el baron por hacer al general en gefe. Embistió, arrolló y desbarató, llenando al fin de pavor á los imperiales, y ocupándoles en su retirada cuanto convoyaban, consistente en 150 mulos cargados de harina, 700 cabezas de ganado y otros objetos. Una columna que salió á protejer el convoy quedó tambien derrotada, con muerte de su comandante y otros muchos oficiales y soldados, y pérdida de 200 heridos y prisioneros. Brillantemente se distinguieron en esta jornada el coronel Casas, el capitan Herranz, y el subteniente de Leales Manresanos D. Antonio Rodés, quien llegó á batirse cuerpo á cuerpo con otro oficial enemigo, al cual atravesó con la espada.

A la media noche del 9 al 10, abandonaron los imperiales á Igualada, replegándose sobre Cervera. Siguióles Eroles hasta los llamados Hostalets de Cervera, á donde fué Manso á reunírsele al amanecer del 11. Tras corto descanso, y llevando la vanguardia los cazadores de Cataluña, marchó toda la division por el camino real contra el edificio de la Universidad, convertida por el enemigo en formidable fortaleza. La ciudad estaba desamparada y fiada solo su suerte en la defensa del edificio espresado. Una columna imperial de 500 infantes, 30 dragones y un cañon de á 4 pudo salir de Cervera, á la misma hora en que los españoles se aproximaron á esta ciudad, emprendiendo la marcha hácia Lérida; no empero sin que mandase perseguirla Eroles al coronel Decreft, con su regimiento de húsares, 40 coraceros, y 150 infantes á las órdenes de Casas.

Bloquearon estrechamente los españoles á los de la Universidad, frente de cuya puerta principal colocaron una pieza. El número de los enemigos no pasaba de 330 soldados con 13 oficiales; pero se hallaban provistos de todo lo necesario para sostener los rigores de un sitio duradero. El batallon de cazadores de Cataluña fué el destinado á formar el bloqueo, á abrir comunicaciones á cubierto de los fuegos, y á trasladar el cañon á 22 varas de la puerta del punto amenazado. Reforzábanlo á éste seis torreones que defendian las entradas flanqueando el frente; los balcones y ventanas estaban tapiados y aspillerados, y perfec-

CATALUÑA.

Lit. Union [illegible] F. Campaña Editor

El Baron de Eroles entra en Cervera rindiendo y haciendo prisioneras en 24 horas á las tropas francesas que se habian fortificado en el edificio de la Universidad. – 11 de [illegible] de 1811.

CATALUÑA

EL BARON DE EROLES

cionaba la defensa un foso de ancho 7 piés, por 9 de profundidad.

Parapetados los nuestros en una de las casas, hácia donde las tropas de Manso debian solo llamar la atencion principal del enemigo, dispusiéronse los verdaderos ataques por el convento de S. Francisco y casa de la Imprenta, como los puntos mas débiles. Intimada la rendicion y contestada con proposiciones inadmisibles, rompióse el fuego, quedando á los primeros tiros de los franceses, desalojados de su parapeto los soldados de Manso. Sin embargo, mandó Eroles recomponer el espaldon caido, y al mismo tiempo que abria troneras en el huerto de S. Francisco y en la iglesia de S. Miguel, que enfilaban los dos torreones de la puerta principal, hacia arrastrar de una parte á otra, fuera de la vista del enemigo, el único cañon que le quedaba, para que con el ruido de tanto trasiego creyesen los sitiados mayor nuestra fuerza de artillería. Produjo este ardid el esperado efecto, pues al anochecer se rindieron los defensores de aquel ilustre santuario de las ciencias, que habian las armas convertido en firme baluarte. Encontraron allí los españoles gran provision de municiones y víveres, y muchos caballos.

Casas y Decreft, que habian partido en seguimiento de la columna que salió de Cervera, lograron al fin darla alcance: mas recibióles en masa el enemigo, sin que el esfuerzo de la caballería bastase á romper sus compactas filas. En Tárrega reforzó á los contrarios el destacamento que allí tenian acantonado. Tambien envió Eroles á los nuestros el resto de los coraceros y Leales Manresanos, con órden á aquellos gefes de retirarse si se dilataba mucho la persecucion.

Iba con la fugitiva columna el feroz corregidor de Cervera, nombrado por los franceses, D. Isidoro Perez Camino, á quien lograron hacer los nuestros prisionero. Este hombre malvado habia inventado una jaula en donde metia, sacando solo la cabeza por un agujero, á los que no pagaban puntualmente las contribuciones ó no se prestaban á sus caprichosas exigencias. Así enjaulados los infelices que en sus manos caian, eran espuestos en la plaza pública, para que el que quisiera les escupiese, repelase, hiriese, ó de otro modo injuriase afrentosamente, y aun á veces les pringaba el rostro con miel para que hasta las moscas

les atormentasen. Nunca la pena del Talion hubo de parecer tan justa como la que se aplicó á esa fiera en figura de hombre. Mandó Eroles meterle en su propio invento, en el que debia perecer víctima del furor popular, mas fué ahorcado en la villa de Berga por sentencia judicial. Escarmiento terrible y saludable á la vez para corazones depravados, si los hay parecidos al de aquel mónstruo humano. Su esposa D.ª María fué indemnizada por Napoleon con una pension anual de 3,200 reales.

Los rudos golpes que acababan de recibir los franceses, rompiendo los nuestros la indicada línea de union de Barcelona y Lérida por Martorell, Montserrat, Igualada, Cervera y Bellpuig, les obligó á reconcentrar sus fuerzas, que abandonadas quedaban en algunos de estos puntos ó cerca de ellos. Así es que la noche antes de posesionarse Eroles de Cervera, desampararon precipitadamente el monasterio de Montserrat y punto de Casa Massana las tropas que los guarnecian, dejando tras de sí, como siempre, la indeleble señal de su paso, esto es, la devastacion, la impiedad y el incendio.

Decreft y Casas habian seguido hasta Bellpuig á la columna salida de Cervera. Allí encerrada con la demás guarnicion en la antigua casa de los duques de Sesa, opuso la mayor resistencia. Bloqueáronla los catalanes, esperando que se les enviaria refuerzo de tropas y cañones para formalizar el asedio. No tardó Eroles en acudir con buena parte de su division y una pieza de á 12, que fué colocada en batería al amanecer del 14. Dióse enseguida un recio asalto; mas los enemigos estaban bien pertrechados dentro de su casa-castillo, y rechazaron la acometida. Los ingenieros españoles establecieron entonces una mina que no produjo el menor efecto. Al mismo tiempo, Manso que con la tropa de su mando formaba parte de la division, construia otra mina, desde el cuartel en que se hallaba apostado, con solo el ausilio de uno de los suyos. Consistia su invento en una galería de dos varas de altura, y al final, sobre el propio techo, dos hornillos para la pólvora. Faltaba un tercer hornillo cuando Manso dió conocimiento de su trabajo al general baron de Eroles, quien dispuso que sin esperar la colocacion de dicho hornillo, se diese fuego á la mina. Reventó ésta con escaso ruido, pero fueron tales los

efectos de la esplosion, que el edificio quedó completamente desmantelado, levantándose por entero la pared de uno de los frentes mas sólidos de la casa. Votó casualmente al aire un depósito de pesos duros, cuyo incidente no dejó de regocijar á los soldados sitiadores.

Eroles temia con razon la llegada de las tropas de Lérida y Balaguer, que al mando del general Latour se habian puesto en movimiento; por lo cual no quiso diferir el asalto. Los imperiales, á pesar del destrozo de sus parapetos, se obstinaban en la resistencia; pero montadas las principales brechas, izaron bandera blanca, entregándose todos prisioneros. Quedaron en nuestro poder 168 soldados, con 6 oficiales del regimiento número 14 francés. Los demás hasta 300, habian perecido entre las ruinas. Al participar el general en gefe á la junta superior esta nueva y señalada victoria, manifestó con justicia que donde estuviese D. José Manso no hacian falta los ingenieros. Estos convinieron por su parte en que el teniente coronel, comandante de los cazadores de Cataluña, habia conseguido un verdadero adelanto en el arte de construir minas. Nuestra pérdida fué de 19 muertos y 41 heridos, con ellos 8 oficiales. Los capitanes Baza, Cuevas, Clariana y Estalella rayaron muy alto en denodado esfuerzo.

Respiraron en tanto los catalanes con la consecucion de las importantes ventajas que se acaban de referir. Nada compensaba todavía las recientes pérdidas; pero atendido la postracion en que el principado quedaba á la salida de Campoverde, era un verdadero prodigio lo que en tan corto tiempo se habia alcanzado. Libres las poblaciones del centro de Cataluña, restablecidas las comunicaciones, facilitóse de nuevo el tráfico interior, y con él reanimáronse los trabajos productivos y abaratáronse las subsistencias. El ejército pudo dar mayor estension á sus operaciones, y el país proveerle mas fácilmente de toda clase de ausilios.

No trató sin embargo Lacy de abusar de la buena disposicion de una provincia que á los inmensos sacrificios que llevaba hechos debia añadir la tempestad de desgracias que en último resultado habia cosechado tan solo. Aprovechando oportunamente el prestigio que siempre dan las últimas victorias, mandó á Eroles revolver hácia el norte, y que engrosado con parte de la guarnicion de la Seo de

Urgel, sirviéndole de comandante de la vanguardia, su gobernador Villamil, invadiese de nuevo la Cerdaña francesa, imponiendo fuertes contribuciones y sacando de aquel país cuantos víveres le fuese posible.

Movióse el 17, el baron, tomando el camino de Solsona y Urgel, y torciendo el 21, vía de Puigcerdá, despues de habérsele unido 400 voluntarios de Palma y 3 cañones. En Puigcerdá tenian los enemigos de guarnicion mas de 2,000 infantes y 250 caballos. Los nuestros acamparon el 23 frente de Bellver, pueblo distante como unas dos horas de aquella villa. Destacaron hácia ella al amanecer del dia siguiente algunas guerrillas de cazadores, tras de las que siguió toda la division, generalizándose el fuego tan pronto como avistaron el caserío. Mas los enemigos solo se batieron para sostener su precipitada fuga, ganando enseguida la frontera: tal era, en efecto, el prestigio que las últimas victorias habian dado á los españoles.

Partió Manso con sus cazadores y caballería en persecucion de los temerosos imperiales, los cuales sin detenerse en el pueblo de Llivia, se dividieron, continuando por la izquierda una parte de la columna hácia Montluis, escoltando 2,000 cabezas de ganado menor y 12 bueyes, que despues de hora y media de combate abandonó á sus perseguidores con algunos prisioneros. Fatigados y embarazados con el botin caminaban los nuestros, cuando á rienda suelta se echó sobre ellos una partida de 50 caballos imperiales. Apresuráronse los cazadores á formar el sólido, en cuya disposicion siguieron retirando por espacio de media hora en direccion de Garp, sin que las denodadas acometidas del enemigo bastasen á desordenarles. Dos guerrillas les apoyaban por ambos flancos. Diezmados los ginetes contrarios, desistieron al anochecer, emprendiendo la vuelta de Montluis. Manso regresó la noche misma al campamento de su division, en las inmediaciones de Puigcerdá.

Al alba del 24, volvieron los imperiales con nuevas fuerzas sobre esta villa. Esperóles el baron, apoyado en las tapias de la misma, detrás de un barranco, y desplegadas en batalla sus tropas. El enemigo desembocando por las Guinguetas atacó en columna el centro de la línea española, y en el momento de llegar

á ella, atravesando Manso con su batallon el interpuesto barranco, cayó sobre el flanco contrario, atacándolo á la bayoneta. Desconcertáronse los franceses con tan brava acometida y se declararon en retirada. Siguióles Manso el alcance mas de dos horas hasta el pueblo de Sallagosa, cerca del cual, y como tratasen de rehacerse, volvieron á dispersarles los nuestros. Los imperiales perdieron 400 hombres. Los españoles tuvieron 80 muertos y 30 heridos.

Conseguidas estas ventajas, adelantó Eroles su campo, desde el cual impuso á aquellos pueblos fuertes contribuciones, recogió cuanto pudo, y exigió lo necesario para que sus tropas fuesen mantenidas por el mismo país. Al mismo objeto destacó el 29 al comandante de la vanguardia, Villamil, con el regimiento de Leales Manresanos, tres compañías del batallon de cazadores de Cataluña, medio batallon de tiradores catalanes y 50 coraceros. Partió esta fuerza por el valle de Querol á la villa de Ax.

Serian las dos de la tarde del citado dia, cuando dió vista Villamil á la villa de Morens, ocupada por un batallon de Liege, otro de la Alta Garona, 30 dragones y 10 gendarmes enemigos. El punto era, con una mediana defensa, casi inexpugnable. No se arredró con todo el español, y dispuesto á abrirse paso por allí, envió por delante tres compañías de cazadores de Cataluña que rompieron el fuego, avanzando con la mayor intrepidez. El enemigo situado al principio fuera del pueblo, resistió por algun rato; mas como tras él se arrojase á la bayoneta toda la division del ejército catalan, se amparó de un cerro, del que fué arrojado, así como de la poblacion y de una eminencia á su espalda, puntos en los que trató de rehacerse hasta declararse definitivamente en dispersion, como sucedió al cerrar la noche. Entrados los nuestros en Marens, saquearon é incendiaron el pueblo, y á la media noche prosiguieron hácia la villa de Ax, á donde llegaron á la madrugada del siguiente dia 30.

Como no esperimentaron en este punto oposicion alguna, fueron respetados los habitantes, bien que se les obligó como á los demás de las poblaciones ocupadas, á satisfacer los impuestos en dinero y especie, ordenados por el general en gefe. Recogidos

éstos desplegáronse nuevamente á Puigcerdá nuestras divisiones, desde donde regresaron tranquilamente al cuartel general de Vich, pasando por Ripoll. Aquí recibió la oficialidad una paga y la tropa un peso duro por plaza, en compensacion de las fatigas de la reciente campaña.

El centro de todos estos movimientos era, segun Toreno, don Luis Lacy, quien cautivó con su conducta la voluntad de los catalanes, pues al paso que procuraba en lo posible introducir la disciplina y buenas reglas de la milicia, lisonjeábalos prefiriendo en general por gefes, á naturales acreditados del país, y fomentando el somaten y los cuerpos francos á que son tan aficionados. Y al rededor de la fuerza principal que regia Lacy ó su segundo Eroles, y cerca de las plazas fuertes y por todos lados se descubrian los infatigables gefes de que en varias ocasiones hemos hecho mencion, y otros que por primera vez se manifestaban ó sucedian á los que acababan gloriosamente su carrera en defensa de la patria. Seríanos imposible meter en nuestro cuadro la relacion de tan innumerables y largas lides. Mirando los franceses con mucho desvío tan mortífera é interminable lucha, gustosamente la abandonaban y salian de la tierra. Macdonal, duque de Tarento, regresó á Francia partiendo de Figueras el 28 de Octubre. Era el tercer mariscal que habia ido á Cataluña sin dejarla apaciguada. Tuvo por sucesor el general Decaen.»

«Apenas podia moverse del lado de Gerona el ejército francés del principado, continúa el mismo historiador, teniendo que poner su principal atencion en mantener libres las comunicaciones con la frontera. No mas le era permitido menearse á la division de Frére, perteneciente al cuerpo de Suchet, la cual, conforme hemos visto, ocupaba la Cataluña baja, dándole bastante en que entender todo lo que por allí ocurria y en parte hemos relatado. De suerte, que la situacion de la provincia, en cuanto á la tranquilidad que apetecian los franceses, era lo mismo que al principio de la guerra, y una misma la necesidad de mantener dentro de aquel territorio, fuerzas considerables que guarneciesen ciertos puntos y escoltasen cuidadosamente los convoyes.»

Uno muy considerable preparaba desde mediados de noviem-

EL GENERAL LACY

bre en el Ampurdan el general Decaen, para introducirlo en Barcelona. Tuvo noticia Lacy de que estaba ya pronto á partir á fines del citado mes, y dió órden al brigadier Rovira de que con la tropa de su mando estuviese constantemente en acecho y molestase el tránsito del convoy, cuanto le fuese posible. La division del baron de Eroles debia apostarse en las alturas inmediatas á S. Celoni sobre su izquierda. A la derecha de esta posicion, se situó la fuerza del brigadier Milans. Sarsfield con su division compuesta de un destacamento de walones, alguna tropa de los regimientos de Baza, suizos de Wimpfen, y Fernando VII, se dirigió á Trentapasas, con objeto de observar y hostilizar á las tropas de la guarnicion de Barcelona que indudablemente saldrian á ausiliar á las que viniesen del Ampurdan, destacándose al mismo intento á la Garriga el coronel Casas con el batallon de tiradores de Cataluña.

Partió Decaen de Gerona el 2 de diciembre. Consistian sus fuerzas en 14,000 infantes, 700 caballos y 8 piezas de artillería. De Barcelona salieron al mismo tiempo á recibirle unos 4,000 hombres. Como las tropas de que podia Lacy disponer no llegaban á una mitad de las contrarias, hubo de limitarse á meras hostigaciones, posesionándose de los puntos mas sostenibles ó ventajosos del tránsito.

El enemigo hizo desde un principio constante uso de su artillería, arma de que carecian los españoles; pero á la que desafiaron bravamente, á pesar de hallarse los soldados con escasa instruccion todavía. Sin embargo, despues de tres años de guerra asoladora, no habia ya quien no se hubiese batido con el enemigo mas de una vez, así es que no habia bisoños en nuestra provincia, no habia quintos.

Atravesaba el batallon de Manso á la deshilada del caminó para tomar posesion junto á un bosque, cuando chocó con una columna imperial de como 2,000 infantes. Sostuvo la retirada el capitan Estalella con su compañía, mientras la de Par hacia esfuerzos por mantenerse en su punto, y el resto del batallon se amparaba de una posicion á la izquierda del bosque. Tres cuartos de hora resistieron ya reunidas las compañías de Par y Estalella, hasta que reforzado el enemigo y amagando desalojar de

su nueva posicion á toda la fuerza de Manso, cargóle éste anticipadamente, obligándole á replegarse con muchas pérdidas á la columna que venia escoltando el convoy.

La division de Sarsfield halló á su paso para la ermita de Villalba, situada sobre el lugar de Trentapasas, á los enemigos que habian salido de Barcelona, fuertes como se ha dicho de 4,000 infantes, con 100 caballos y 2 piezas de artillería. Sin embargo, de esta enorme superioridad, pues la columna de Sarsfield no pasaba de 800 hombres, tomó la posicion á que se dirigia, sin que formalmente fuese incomodado. Ocupada la posicion, atacaron los franceses, en número de 800 granaderos, á nuestras guerrillas que apenas venian á componer 200 hombres. El enemigo se vió obligado á ampararse de una casa inmediata á donde le asediaron los españoles, despreciando el fuego de la artillería.

Mas sobreviniendo mayor fuerza, tuvieron que replegarse nuestros ligeros sobre el cuerpo principal de la ermita y cerro contiguo, en donde resistió Sarsfield todos los embates del invasor, hasta que formada en cuatro columnas toda la division imperial con denodado arrojo se lanzó á envolverle. Retiróse con órden el español á mejor posicion, distante un tiro de fusil de la primera. Corrieron allá los enemigos, pero en tres horas de inútiles y sangrientos esfuerzos no alcanzaron hacer perder á los nuestros un palmo mas de terreno.

Ya que no pudieron impedir los españoles que llegase por S. Celoni el convoy á su destino, y recelando con fundamento que Decaen emprenderia luego por Vich la retirada, trataron de cerrarle el paso hácia aquella parte. Mandó pues Lacy que ocupase Eroles el punto de S. Felio de Codinas con las principales avenidas que conducen á Vich, mientras él se posesionaba, junto con Sarsfield, de las alturas de la Garriga.

No tardó en presentarse con efecto el enemigo. Aparecióse en la mañana del 5, fuerte de 5,000 infantes, 400 caballos y 4 piezas de artillería, delante de la posicion que ocupaba parte de los batallones de tiradores y cazadores con algunos húsares de Cataluña, inmediata al pueblo de la Garriga. Mandaba allí el esforzado coronel Casas. Rechazados vigorosamente de este lado todos los ataques, declaróse en retirada el francés, tras el que se de-

sató Casas con casi toda su fuerza siguiéndole el alcance hasta Granollers, y obligándole á abandonar un carro capuchino, por haber sido muertos algunos artilleros y las mulas que de él tiraban.

No experimentaron menor repulsa los imperiales en el ataque de la otra parte del rio á la izquierda de la Garriga, donde Manso con el resto de su batallon logró rechazarles con pérdidas considerables, á pesar de la lluvia de granadas y balas rasas que continuamente le dirigia la artillería enemiga. Puestos al fin en dispersion, lanzóse en su seguimiento el capitan Estalella.

Batidos completamente los enemigos, y penetrados sin duda de la pujanza indomable de los españoles, siguieron su retirada por S. Celoni; pero fueron tambien por este lado ofendidos. Lacy, mandó seguir observando su movimiento, no fuese que aparentando cambiar de ruta, tratasen de retrogradar rápidamente y enderezarse al fin á la ciudad de Vich, como se habian propuesto. Mas siguió el francés invariable en la marcha que llevaba en direccion de Gerona. Sus pérdidas fueron infinitamente mayores que las nuestras, y si mas que en la introduccion del decantado convoy, poco importante en verdad, consistió la espedicion de Decaen en un paseo militar, para enterarse, como nuevo que era el general en el mando de las tropas francesas de Cataluña, de las posiciones y fuerzas del ejército catalan, triste recuerdo llevaba de su viaje inspeccionador.

Lacy trasladó á Vich su cuartel general.

Mientras tenian lugar los acontecimientos que acabamos de referir, otras ventajas alcanzaban sobre los enemigos las columnas de Muro, comandante del batallon de Tarragona situado en Tremp, de O-Rian que operaba en el Panadés, de Milans en las inmediaciones de Barcelona, y muchas mas que recorrian de un lado á otro la montañosa estension del territorio catalan. Muro se introducia por el Valle de Aran en el vecino reino de Aragon, hasta Venasque y Barbastro, en donde lograba derrotar á las fuerzas imperiales que se le opusieron, cogiéndoles algunos prisioneros, mas de 12,000 fanegas de trigo, centeno y cebada, con 20,000 reales en buenas monedas, y retirándose luego á Talarn. O-Rian embestia á los de Sitges y Villanueva, les dispersa-

ba, y quemaba algunos de sus buques corsarios á la vista de Tarragona. Milans por último, cayendo de sorpresa sobre Mataró á donde acababa de penetrar del mismo modo una division salida de Barcelona, se cubria de gloria rechazándole de aquel punto y persiguiéndola en su retirada á la capital del principado.

Antes de concluir el año, y atento Lacy no solo á las urgencias de la guerra en el país cuyo mando le estaba confiado, sino á ponerse en relacion con Aragon y Valencia, formaba de acuerdo con el congreso provincial, reunido nuevamente á fin de tratar de tales asuntos, un plan para dar unidad y simplificar la ejecucion de los proyectos meditados. En consecuencia, redujo á un solo cuerpo de reserva, los dos decretados en 30 de julio y 8 de agosto. Cada corregimiento formó una division de 500 hombres poco mas ó menos, de 100 hombres cada compañía. Los empleos de capitan, teniente y subteniente, los concedió la junta superior atendiendo á los méritos y servicios de las personas vecinas del mismo corregimiento. Los gobernadores corregidores militares eran los primeros gefes de esas divisiones, y sus segundos comandantes, los sargentos mayores. Todos los habitantes de 18 á 45 años, siendo como eran, declarados soldados de la patria, debian llevar la escarapela nacional, para que fuesen respetados por el enemigo, caso de caer prisioneros, pudiendo vestir el uniforme fijado para cada corregimiento, con las cifras del mismo. Aleccionábanse estos cuerpos en las poblaciones que designó la junta, todos los dias festivos. Las fuerzas de reserva debian trasladarse á operar donde lo considerase necesario el capitan general (1).

---

(1) He aquí el uniforme segun se disponia en el art. 14 del reglamento orgánico.

La chaqueta ó casaquilla para todas las divisiones de reserva será de paño pardo, con la sola diferencia que llevarán las de

Tarragona. . . vuelta y collarin de paño blanco con boton blanco.
Villafranca. . . vuelta y collarin azul celeste con boton dorado.
Barcelona.. . . vuelta y collarin encarnado con boton dorado.
Mataró. . . . . vuelta y collarin amarillo con boton dorado.
Manresa. . . . vuelta y collarin morado con boton blanco.
Vich. . . . . vuelta amarilla, collarin encarnado con boton blanco.

CATALUÑA.

D. FRANCISCO MILANS DEL BOSCH

A fin de que el armamento en masa de la provincia, ó sea de la reserva, guardase la posible relacion en su dependencia y servicio, con la que en otras partes se habia establecido, y al paso que una parte de su fuerza, la mas útil y libre de obligaciones, estuviese siempre dispuesta á auxiliar donde conviniese á las tropas del ejército, queda el resto como de prevencion para los casos de absoluta necesidad en que debiese echarse mano de toda la fuerza, dispuso Lacy en 13 de noviembre, la formacion de las compañías llamadas de *Alternacion*, equiparadas á las de preferencia de las tropas regulares, y agrupadas en batallones y columnas, para cuya comandancia general quedó nombrado el coronel Villamil. Solo cinco clases de exencion se admitieron: impedimento físico visible; ordenados in sacris y religiosos profesos; autoridades; sus empleados mas precisos, y los médicos, cirujanos, boticarios y maestros de primeras letras con ejercicio y dotacion.

Así volvia á organizarse de nuevo un ejército tantas veces desbaratado, así levantaban otra vez los constantes catalanes la frente inclinada, pero no abatida por la desgracia, cual suele robusta encina inclinarse al paso del huracan, para erguirse luego como antes enhiesta y firme: tan cierto es que podia el invasor vencer á los catalanes, pero no dominarles ó exterminarles antes que pudiera decir que les habia logrado avasallar. «Pudo ser, segun espresaba Lacy en una de sus proclamas, pudo ser algun tanto fundado el abatimiento de espíritu, y menos reprehensible la relajacion de la disciplina militar, y la desercion de sus banderas en que muchos incurrieron por la pérdida de Tarragona.

Gerona. . . . . vuelta encarnada, collarin verde con boton dorado.
Figueras. . . . vuelta verde, collarin encarnado con boton dorado.
Puigcerdá. . . . vuelta blanca, collarin amarillo con boton dorado.
Valle de Arán.. vuelta encarnada, collarin blanco con boton blanco.
Talarn. . . . . vuelta encarnada, collarin morado con boton dorado.
Cervera. . . . . vuelta y collarin verde con boton dorado
Lérida. . . . . vuelta amarilla, collarin azul celeste y boton blanco.
Tortosa. . . . . vuelta azul celeste, collarin encarnado y boton blanco.
La chaqueta ó casaquilla será de paño pardo con vuelta y collarin encarnado, debiendo ponerse las letras iniciales y finales del respectivo corregimiento en el collarin.

Eran pocos los que se prometian despues de tan desgraciado suceso mejorar de condicion; pero la providencia que vela por nuestra causa, ha dado á conocer en los últimos acontecimientos gloriosos con que nos ha favorecido, que no es debido desmayar en la angustia, y que queda aun mucho que esperar de nuestros esfuerzos si concurren la constancia, el sometimiento á la voz de la autoridad, y un absoluto desprendimiento de todo interés que no sea el de hacer causa comun entre nosotros. » Y en efecto, recobrados los catalanes, si es que pueda decirse que un solo momento llegaron á perder su natural entereza, volvian á dar pruebas de ser aquellos de quienes decia la regencia de España, que dotados de valor por la naturaleza, nacidos en un suelo que convidaba á la guerra y tan altivos como los montes que sobre su territorio se elevan, son incapaces de doblar jamás el cuello á la esclavitud.

LIBRO QUINTO.

1812.

CAPÍTULO I.

Sucesos generales.—Ejércitos franceses de la península.—Tentativa del primer ejército español sobre Tarragona.—Glorioso ataque de Vilaseca.—Combate en S. Feliu de Codinas.—Accion de Altafulla.—Heroismo de dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña.—Vuelven los españoles mandados por Sarsfield á penetrar en Francia.—Milans y Rovira.—Eroles en Tolba.—Accion de Roda.—Manso, Gay, Fabregas y otros.—Llauder en las Medas.—Napoleon divide la provincia de Cataluña en cuatro departamentos.—Confiere el mando supremo de ella al mariscal Suchet.—Encono de los catalanes por estas medidas.—Movimientos en Barcelona y Lérida.—Otros sucesos.

No solo en Cataluña sino en todo el resto de España iba reanimándose la guerra con pujantes bríos por parte de los ejércitos aliados. Cuando mas parecia la nacion estar próxima á ser avasallada por las dominadoras armas imperiales; cuando ninguna esperanza quedaba ya al libre y denodado esfuerzo de sus hijos, que veian las plazas, no ocupadas todavía por los invasores, caer unas tras otras en sus devastadoras manos; cuando mas negro en fin el porvenir se presentaba; cambió de pronto la suerte, y como del ave mitológica se cuenta, pareció en efecto renacer de sus propias cenizas la confianza que acababa de fenecer. O valiéndonos de agena espresion: así como la naturaleza, cuando de tiempo en tiempo quiere hacer un estraordinario alarde de su

omnipotencia, se apodera del hombre y superando la fuerza de su robusto temperamento y burlando los esfuerzos de la ciencia y la virtud de los mas eficaces medicamentos, le conducen con mas ó menos rapidez hasta los bordes del sepulcro; y entonces cuando el arte ya le abandona y los llorosos ojos de la que se cree viuda y del que se considera huérfano, se vuelven tristemente á mirar la tumba en donde dentro de pocos momentos van á quedar sepultadas sus esperanzas y su ternura, ella conmovida cual tierna madre á la vista de un cuadro tan desconsolador, sin mas auxilio que el de su propio poder, arranca al moribundo del pesado letargo de la muerte y le infunde vigor y bríos para una nueva vida: del mismo modo el ángel tutelar de España, al considerarla á principios de 1812, anonadada en sus infortunios, perdidas sus plazas, abandonada de sus antiguas colonias, y conmovidos ya todos los cimientos de su independencia, pareció compadecerse de ella y quiso reanimarla, y elevándose magestuoso sobre su horizonte, le mostró su faz mas risueña, infundiéndola nuevos bríos y precipitando venturosamente la lisonjera crísis de sus males. ¡Digno premio que el valor y la constancia españoles reclamaban! Es verdad que todavía tendremos desprecios que sentir, desaciertos que deplorar; pero en medio de ellos el signo de la victoria que veremos siempre fijo sobre nosotros, alentará constantemente la halagüeña esperanza de ver el fin de nuestros infortunios. ¡Así hubiese tambien el cielo confundido la mano que los hizo renacer!

Continuaban las córtes en sus trabajos, pero contrariadas por las ideas y pretensiones de algunos diputados reaccionarios, que enemigos sempiternos de todo progreso, y no considerando el estado crítico que la nacion atravesaba, en el cual se necesitaba encauzar la corriente general que se habia iniciado, opusiéronse violentamente á la marcha que se seguia, por medio de folletos, discursos y proposiciones que tendian á poner en pugna unas clases con otras de la sociedad, y principalmente á colocar al frente de una nueva regencia una persona real, la infanta Doña María Carlota, hermana mayor de Fernando VII y esposa del príncipe regente de Portugal, residente entonces en el Brasil.

La comun opinion era ya favorable á la de mutacion de la re-

gencia, deprestigiada, como suele siempre acontecer en épocas revueltas y apuradas; pero mas se hacia necesario este cambio por dejarla incompleta Blake con su ausencia contínua y con quedar al fin prisionero de guerra en la toma de la ciudad de Valencia, en 9 de enero de 1812.

Habia entrado pues con mal pié este año. Los partidos todos se aprestaron á la lucha para llevar al poder sus candidatos, de los que fueron al cabo elegidos el teniente general, duque del Infantado; el consejero del supremo en Indias, D. Joaquin Mosquesa y Figueroa; el teniente general de la armada, D. Juan María Villavicencia; D. Ignacio Rodriguez de Rivas, del consejo de S. M., y el teniente general D. Enrique O'Donell, conde de la Bisbal, entre los cuales debia turnar la presidencia cada seis meses, en el órden en que fueron elegidos, que era el que va indicado. La eleccion habia quedado por los antireformadores, á los cuales se habia unido el partido de los americanos. Infantado no pudo jurar como los otros el 22, por hallarse de embajador extraordinario en Lóndres. Los regentes cesantes, incluso Blake, fueron nombrados por las córtes, individuos del Consejo de Estado que iba á formarse, atendido su patriotismo y la rectitud de sus intenciones. Los actos diplomáticos mas importantes de la pasada regencia habian sido, el de la mediacion de la Inglaterra para la pacificacion de América y el de la alianza con Rusia: ambos pendientes todavía, pero en muy buen estado, y próximo el último á terminarse. La marina, aunque pertenecian á ella dos de los regentes, no habia adelantado nada, y los ejércitos se habian tambien, con corta diferencia, mantenido en el ser y estado de antes, pues si se crearon algunos, los descalabros sufridos en otros dejaban poco aumento en el número de los combatientes; pero en cambio recibieron bastante incremento los partidos, mejorándose mucho en organizacion, lo mismo que la de las juntas provinciales, cuyas corporaciones se habian aumentado, formándose hasta en los territorios ocupados por el enemigo. Aunque la entrada de caudales en las provincias continuaba siendo incierta y varia, se aumentó bastante con las providencias de las córtes, entre otras las del 25 de enero de 1811, por las que ordenaron para la manutencion de los ejér-

citos y formacion de almacenes de víveres, además de los frutos que pertenecian al erario por escusado, noveno y diversos ramos, se aplicase la parte de diezmos aunque en calidad de reintegro, que no fuese necesario para la subsistencia de los diversos partícipes, habiéndose despues prevenido que las respectivas juntas de provincia, fuesen las encargadas de determinar la cuota de dicha subsistencia.

Instalada la nueva Regencia y nombrados los que debian componer el consejo de Estado, solo faltaba la promulgacion del código fundamental. Duraron las ilustradas discusiones del proyecto desde el 25 de agosto de 1811, hasta el 23 de enero siguiente. Los contrarios de la Constitucion, movieron largas y empeñadas discusiones sobre cada uno de sus artículos, procurando al menos ganar tiempo, sin advertir que entre tanto el pueblo aprendia doctrinas en las que antes no habia tenido ocasion de instruirse, y así le daban armas contra los enemigos de sus derechos. Por fin, defectuosa y todo como no podia menos de ser, fué aprobada la Constitucion con grande alegría de los españoles. Suscrita por 184 diputados, fué jurada el 19 de marzo, y publicada con las formalidades de estilo. Acuñáronse monedas en celebracion de este suceso, y con alegres demostraciones, patentizó la nacion su regocijo.

No dándose aun por vencidos, los enemigos de las reformas, siguieron publicando folletos satíricos, y por fin, desembozadamente propusieron en 22 de abril, el restablecimiento de la Inquisicion. Habia en 1808 quedado como en suspenso este tribunal. La junta suprema habia intentado instaurarlo de nuevo; pero no se verificó hasta que al restablecer la primera regencia todos los consejos, repuso tambien la Inquisicion. Los ministros de este tribunal, conociendo lo intempestivo del restablecimiento, se mantuvieron en una inaccion tan forzosa como prudente. Varias veces se habia puesto sobre el tapete del congreso la misma cuestion bajo diferente aspecto; pero nunca con el carácter imponente que ahora. Con todo, paróse el golpe con el decreto de 25 de marzo último, que decia: «Quedan suprimidos los tribunales conocidos con el nombre de *Consejos,*» y el *consejo supremo de la Inquisicion*, debia ir comprendido con los demás.

Derrotados otra vez los antireformistas; mas sin desconcertarse, pidieron la disolucion de las córtes, y que conforme á la ley constitucional, se procediese á la convocacion de las ordinarias; pero resolvióse, que á fin de no dejar á la nacion sin representacion efectiva, no se disolverian las actuales córtes, hasta la reunion de las ordinarias en 1.º de octubre de 1813.

Napoleon en tanto se disponia á emprender la guerra de Rusia, poniendo en el Niemen 600,000 combatientes, con la esperanza de que una batalla ganada á orillas de este caudaloso rio, habia de bastar para hacerle árbitro del imperio enemigo. Engañábase sin embargo; pues como dice un moderno historiador, la guerra de España que tan admirable leccion estaba dando al mundo, habia enseñado á Alejandro el camino de la victoria, y decidídole á no aventurar en una sola accion, la suerte y el honor de la Rusia.

En España, con efecto, el sistema de guerra que la necesidad habia hecho adoptar, tenia producidas, y seguia produciendo increibles bajas en los ejércitos invasores. No en vano en los claustros de la catedral de Gerona, habia escrito el francés estas palabras: *¡ Espagne! ¡ Espagne! paradis des généraux; tombe des soldats!* Con mas de 500,000 hombres habia reforzado Bonaparte en 1811 las tropas de la península, pero ya no se componian sus divisiones de soldados aguerridos, sino de conscriptos arrastrados á la fuerza y apresuradamente aleccionados. Los veteranos que aun existian, eran llamados para formar parte de las legiones que debian partir para Rusia. Aun quedaban 240,000 hombres que esterminar. Eran los últimos restos de la juventud francesa; otra ventaja para los españoles. Mas la España habia tambien perdido muchos de sus valerosos hijos. Los que no habian derramado toda su sangre en los campos de batalla, estaban prisioneros en Francia, ó eran arrastrados á pelear en el Norte, por el hombre á quien tenian jurado guerra á muerte. Nuestros guerreros eran pues tambien los últimos retoños de aquellos esforzados patricios, que levantaron los primeros, el glorioso pendon de la independencia patria.

Mientras apretaba Suchet el cerco de Valencia, el general Lacy, que continuaba trabajando en Cataluña con la nunca des-

mentida habilidad que antes espresamos, habíase puesto de acuerdo con los ingleses y particularmente con algunos habitantes de Tarragona, para sorprender esta ciudad á últimos del año anterior. Pero hubo el baron de Bourgois, gobernador entonces de esa plaza, de descubrir á los que dentro conspiraban para facilitar la entrada de los españoles, y sin oirles en defensa, sin forma alguna de juicio, ni aun darles tiempo para recibir los auxilios espirituales, mandó ahorcar á los presos don Juan Alasá, labrador del Campo, D. Tomás Melendras, natural de Capellades y D. Francisco Llimona, de la Barceloneta.

Volvió Lacy á acercarse, á principios de enero, á Tarragona, con Eroles y Sarsfield, apremiando el sitio de Valencia, al objeto de llamar la atencion de Suchet hácia Cataluña. Eroles llegó con su division á Reus, en donde no tardó en reunir considerable número de escalas para el asalto de aquella plaza, caso que pudiera intentarse. Las demás tropas formaban el bloqueo juntamente con dos navíos ingleses que arrojaron al caserío algunas bombas. La escasez de víveres que la guarnicion esperimentaba, hacia esperar un buen resultado. El 12 del propio enero, y tanto para coger por la espalda á algunos refuerzos que de la alta Cataluña, era probable que se dirigiesen sobre el ejército bloqueador, como para sorprender en su paso hácia Barcelona, el convoy que iba á penetrar por la Junquera escoltado por 5,000 hombres; embarcóse Lacy en el puerto de Salou, en un navío inglés, yendo á tomar tierra en Mataró, de donde retardando el paso del enemigo por aquel lado y amenazando Suchet por el Ebro, voló al Panadés. Presentóse el convoy el 19, y aunque la division de Milans y las fragatas inglesas le ofendieron en su tránsito por Mataró, pudo entrar el 21 en Barcelona: el mismo dia en que se habia recibido en esta ciudad la noticia de la rendicion de Valencia, con estrepitoso cañoneo celebrada.

Dueño Suchet de esta provincia, con la posesion de su capital, trató ya de socorrer formalmente á Tarragona, que tanta sangre le habia costado. Al efecto dió las convenientes órdenes al general Musnier, que mandaba en las riberas del Ebro, hácia su embocadero. Segun ellas, movióse de Tortosa su comandante el

general Laffosse, en observacion de las fuerzas españolas, avanzando hasta mas acá del Coll de Balaguer. El número de los enemigos era solo de 1,000 infantes y 50 caballos. Creidos de que al saberse en Cataluña la rendicion de Valencia, retiraria el primer ejército hasta el interior de la provincia, prosiguieron confiados hácia Vilaseca, en donde acamparon el 19 de enero, metiéndose Laffosse con los caballos en Tarragona.

Aprovechó Lacy la coyuntura que le ofrecia el enemigo. Eroles con la mayor parte de su division se dirigió á atacar por el frente á los de Vilaseca, mientras Manso con su batallon les cortaba la retirada por la parte de Cambrils. El ataque fué vivo y sangriento. Nuestros infantes cargaron con denuedo á la bayoneta, y los húsares de Cataluña, rivalizaron con ellos en bizarría, conteniendo á los franceses que trataron de avanzar á Tarragona. Mas de 800 pérdidas esperimentó el enemigo, entre ellas la del comandante Dubarry. De los demás, muy pocos dejaron de caer prisioneros. Tarde salió Laffosse de Tarragona para socorrer á los suyos, pues llegó en el momento preciso de la derrota, logrando él á duras penas salvarse, con pérdida de algunos de su escolta. Distinguiéronse entre los nuestros, el comandante Casasola y los capitanes Par y Oliveras.

Conducidos á Reus los prisioneros, quedó allá la division de Eroles, situando en Collblanch la vanguardia, cuyas guerrillas llegaban hasta tiro de cañon de la plaza de Tarragona, y arrostraban á veces el fuego de metralla y bala-rasa, que desde el baluarte de S. Francisco los enemigos les hacian. Lacy en tanto, partió con Sarsfield á Vich, á donde se dirigia por Olot el general Decaen con una division fuerte de 5,000 infantes, 253 caballos, y 4 cañones de montaña. Llegado el español á Caldes, intentó despachar á Sarsfield hasta el Grao de Olot, para impedir que bajase por él Decaen al llano de Vich. Mas al acercase á Tona, supo que los franceses acababan de entrar ya en aquella ciudad. Era el 26 de enero. Tomó Lacy posicion en Collsuspina, donde pasó la noche, y al amanecer del 27, viendo que el enemigo no se movia, dispuso que pasasen á Moyá la mayor parte de las fuerzas, dejando en observacion una pequeña vanguardia á las órdenes de Sarsfield. Al anochecer, el enemigo

habia avanzado hasta Tona con direccion á Centellas. Aseguróse Lacy de que no llevaba el francés intencion de atacarle de noche, sino que seguia realmente el camino indicado, hácia S. Felio de Codinas, y se puso en marcha á las doce, desde Moyá, para salirle al encuentro.

Noticioso Decaen de los movimientos de los españoles, se ananticipó á emprender la ofensiva, dejando en Torras, posicion á retaguardia y por la izquierda de Lacy, una parte de su hueste, y enviando otra por la derecha. Los nuestros habian llegado sobre S. Felio entre tres y cuatro de la madrugada del 28. En este momento, rompió la vanguardia regida por Sarsfield, un brusco y empeñado fuego contra los imperiales de la entrada del pueblo. Mandó entonces Lacy, vigilar y contener á los de su espalda por dos batallones. Sarsfield á esto, cargando á la bayoneta al frente de los suyos, fué arrojado del caballo y hecho prisionero. Ya iban á presentarlo á su general los aprehensores, cuando un valeroso walon se arrojó sobre ellos, mató al primer soldado que le vino á las manos, y gritando: *Mi general, ya está V. libre*, ayudó juntamente con otros tres compañeros, que se apresuraron á imitar tan noble conducta, á hacer que recobrase Sarsfield la libertad, precipitándose á un barranco que habia casualmente cerca. Cayó enseguida toda la division española sobre la poblacion, en la que entrando el comandante Lesenne con su batallon de Tarragona y dos compañías de los de Baza y Palma, desalojó al breve rato á los franceses, persiguiéndolos hasta mas allá de Caldes. Las pérdidas fueron por nuestra parte mas dolorosas por la cualidad, que por el número, pues el teniente coronel Arespacochaga, edecan de Sarsfield, fué muerto á bayonetazos y sablazos, al imitar la bizarría de su general, y el conde de Braunsberg que mandaba el destacamento de walones, quedó malamente herido en S. Felio.

Dos divisiones, formando en junto 8,000 hombres, con cuatro cañones de á 24 y otros de inferior calibre, y gran cantidad de ganado, procedente del convoy escoltado por 5,000 infantes que entró el 21 en Barcelona, habian partido de esta ciudad el siguiente 22, al ausilio de Tarragona, procurando ocultar cuidadosamente su fuerza. Iban á su frente los generales Mathieu y Lamarque.

El mismo dia se puso en movimiento el baron de Eroles, con 4,000 infantes y 250 caballos de su division, dejando el resto en varios puntos para proteger á las autoridades, guardar á los prisioneros y perseguir á los desertores. Aunque ignorante de la fuerza que se acercaba, eligió Eroles su posicion cerca de Altafulla, al amanecer del siguiente dia. El riachuelo de Gayá corria por todo el frente de la línea, cuyo centro estaba sobre la carretera real, junto al puente del citado rio: á la espalda una grande acequia presentaba insuperable parapeto. La derecha estaba protegida por los fuegos del mar, y se apoyaba la izquierda en un castillote antiguo, sobre la altura de Tamarit, que señorea á la par el llano de la Riera y Altafulla. El cuerpo de reserva estaba igualmente apoyado en una posicion ventajosa, de suerte que el todo de la misma no podia, al parecer, presentar mas ventajosa defensa. La artillería fué colocada sobre el puente del Gayá, en donde se formó una batería con su foso de seis varas de latitud y dos de profundidad. Segun acababa de avisar el general en gefe, Sarsfield debia marchar sobre la retaguardia de los contrarios.

Ya amanecido, vióse á éstos coronar las alturas fronterizas, doblar nuestra izquierda con una gruesa columna de infantería y caballería, y en disposicion otra no menos fuerte, de tomar la vuelta de Salomó, con intento de darse la mano con los enemigos de Tarragona y situarse sobre la retaguardia de los españoles. Estos movimientos trató de ocultarlos el francés atacando en columna cerrada nuestra batería, en la que se sostuvieron los artilleros, aun teniendo sobre el foso á los contrarios, de los cuales pereció buen número, y no obstante de verse flanqueados por ambas partes. La mayor parte de nuestras fuerzas corriéronse en vano hácia la izquierda para contrarestar el plan del invasor, pues sobre ser muy numerosas las espresadas columnas habian logrado casi envolvernos.

Observando Eroles que despues de hacer prodigiosos esfuerzos de valor, el batallon de cazadores de Cataluña, se veia obligado á retirar juntamente con los cuerpos que se habian adelantado á protegerle, quedando herido el coronel Villamil que los mandaba, ordenó emprender á todos la retirada, que sostuvo durante

cinco horas el coronel Fleires, con su regimiento de Leales manresanos, hasta Argilaga, en donde volvió toda la division á reunirse.

En este momento, avisado el baron de que una columna enemiga se llevaba un centenar de prisioneros, mandó cargarla por la caballería que regia Casasola, el cual no contento con dispersar á quella, salvando hasta el último de nuestros soldados, llevado de su arrojo y de la bien fundada confianza que en sus coraceros tenia, se obstinó demasiado en perseguir al enemigo, y dió lugar á que sus columnas que venian cubiertas por derecha é izquierda, y los 500 infantes y 50 caballos salidos de Tarragona, acabasen de envolver á la division española.

La pérdida de ésta era inminente. No habia esperanza de socorro, ni posicion á que acogerse. Cinco horas de llano contínuo tenia á su espalda. Tanto si elegia para la retirada una formacion sólida como sencilla, amenazábale una total destruccion, por ser el enemigo doble en número y poderoso en las tres armas. Era preciso sacrificar una parte de las tropas para salvar la mayor restante. Rompió pues Eroles por Valls, dejando dos compañías de cazadores de Cataluña para contener al enemigo en un pequeño bosque, y mandó al resto de la division que se dispersase, designándole para punto de reunion el monasterio de Santas Cruces. Las dos compañías de cazadores fueron víctimas de su deber, pero tambien las debió su salvacion el resto de las fuerzas. La resistencia que opusieron es digna de ser cantada en homérica epopeya. Ni el fuego de cañon, ni las nutridas descargas de fusilería, ni las vigorosas acometidas de infantes y caballos enemigos pudieron hacer retroceder un paso á aquel puñado de héroes. Acuden á los ojos lágrimas de patrio orgullo al considerar tanta abnegacion acompañada de tan inflexible valor. No hay que decir por donde ni como retiraron nuestros esforzados catalanes. Su teson indomable atrajo á ellos todas las fuerzas enemigas, que sin duda creyeron tener allí titanes que combatir. ¡Cuál no hubo de ser su confusion al hacer prisioneros, sobre el mismo terreno, á los pocos que con vida quedaban, reconociéndoles hombres al fin como ellos, solo que combatian por la libertad de su país, así como los vencedores peleaban únicamente

por satisfacer la descompasada ambicion de un orgulloso monarca! Sobre un campo de tanta gloria yacian cubiertos de honrosas heridas los cadáveres de los bizarros tenientes D. Sebastian Olestia y D. Antonio Ginovart, con otros muchos de sus dignos compañeros. Los no menos valerosos capitanes Quer y Estalella, y el teniente Roca, fueron los únicos que pudieron salvarse. Muertos, heridos ó prisioneros quedaron los demás en el campo del honor. Mas de 800 hombres costó al francés su triunfo. Nuestras pérdidas llegaron apenas á 500 hombres, con dos piezas de artillería. La bandera del regimiento de Ausona que habia caido en poder del enemigo al principio de la accion, fué recuperada despues por el valiente sargento 1.º del mismo cuerpo, Ortiz. Entre otros gefes salieron heridos los coroneles Villamil y Decreft. « Es preciso confesar, decia en su parte el baron, que los franceses han procedido en esta accion con una humanidad digna de elogio hácia nuestros prisioneros, y que al general Lamarque que los mandaba le honra todavía mas la generosidad que ha manifestado que la bizarría incontrastable de sus tropas ». Elogio caballeroso que dice mucho en favor del noble caudillo español, á la par que no pudiera hacerse otro mas imparcial de las cualidades que al gefe enemigo adornaban.

Reunida la division en Santas Cruces, pasó á hacer noche en Montagut, de donde salió para Igualada á la primera hora del 25. El batallon de cazadores de Cataluña se dirigió á Piera y luego á Esparraguera, en donde permaneció hasta el 16 del inmediato febrero en que marchó á Villanueva de Sitges para proteger el desembarco de 4,000 quintales de plomo y pólvora, 3,000 fusiles y otros pertrechos, logrando internarlos en la provincia, á despecho del general Mathieu que con 2,000 hombres habia salido de Barcelona á impedirlo, y á quien hizo aun frente en Molins de Rey. Las armas y pertrechos fueron trasportados á la plaza de Cardona.

Durante la accion de Altafulla hizo una salida la guarnicion de Tarragona, entró en Reus, destruyó los almacenes establecidos allí por los ingleses y quemó todos los efectos acopiados para el sitio. A los dos dias entró en Tarragona el general Musnier con un convoy de víveres.

Repuesta á los pocos dias la division de Eroles, marchó por órden de Lacy al norte de Cataluña, hácia el Valle de Arán, para proteger la entrada de Sarsfield en el territorio francés. Dió principio este gefe á su movimiento desde Puigcerdá con la infantería y caballería de su division, encaminándose el 14 de febrero al valle de Carol, encontrando ya las avanzadas enemigas á las cuatro horas de su marcha en las cercanías del pueblo del Hospitalet. Rompió por ellos y por el batallon de que dependian, haciéndole mas de 40 prisioneros y ocasionándole unos 20 muertos, y continuó hasta la villa de Marens, en cuyo desfiladero se le opusieron unos 1,000 enemigos que tambien logró desbaratar, acampando aquella misma noche en la villa de Ax. El 15 entró en esta poblacion, sin que se le opusiera obstáculo alguno. Los habitantes la habian desamparado. En ella encontraron los nuestros 193 fusiles, pólvora y cajas de guerra. Prosiguieron el 16 su marcha á la villa de Tarascon, la que hallaron igualmente evacuada y tan desprovista que no les fué posible proveerse de víveres hasta el dia inmediato. Esta circunstancia unida á otras mayores que se ofrecieron, impidió llevar mas adelante la espedicion. Sin embargo, ocupáronse en este punto 2,000 cabezas de ganado vacuno y lanar, de 400 á 500 fusiles, mas de 600 morriones nuevos y sobre 1,000 cartucheras con su correage.

La division de Sarsfield que escasamente llegaba á 2,200 hombres se vió á esto amenazada por la guarnicion de Montluis, que al mando del general Gareau se habia puesto en movimiento para verificar su reunion con los batallones de Auda y Ariege, del lado de Pamiens, en cuya última villa existia un fuerte destacamento de húsares. Reunidas estas fuerzas iban á ser superiores en mucho á los españoles, quienes sabian además que iban á dejar á su espalda los Pirineos cubiertos de nieve; y totalmente cerrados por ella los puertos, desvanecióse la esperanza de que en toda la estacion pudiesen verificar su regreso á España por el Valle de Arán, segun lo prevenido por Lacy. Viendo pues Sarsfield que de marchar adelante se introducia en un país del que hasta á la primavera próxima no hubiera podido salir, creyó mas conveniente retrogradar, como lo verificó el 17, llegando á Puigcerdá el 19, con la suma de 70,000 duros en dinero y letras,

bajo la firma de personas que trajo á España en rehenes, impuesto á los habitantes de Ax, Tarascon, Foix y otras poblaciones.

Eroles caminaba el 18 con su division hácia el Valle de Arán para apoyar, como se ha dicho, la entrada de Sarsfield, cuando tuvo noticia de que el enemigo con fuerza respetable habia llegado á Benabarre, intentando marchar sobre la Conca de Tremp. Retrocedió precipitadamente el baron sobre el puente de Montañana, tanto para proteger de una invasion el corregimiento de Talarn, como para observar los movimientos de aquella division y contrariar sus intentos. Al llegar á Montañana ya estaba en Tolba un destacamento de 500 franceses, á quienes trató de sorprender el español, con ánimo, si lo lograba, de atacar de firme á los de Benabarre y contramarchar luego apresuradamente camino del Valle de Arán. Destacó al efecto un cuerpo de unos 250 infantes y algunos caballos que á las órdenes del comandante accidental del batallon de Busa, Bianchelli, debia caer sobre el enemigo á las tres de la madrugada, mientras el propio Eroles con el resto de la division se situaba en la parte superior de Viacamp. La torpeza de los guias, lo escabroso de los caminos y la profunda oscuridad de la noche, hicieron llegar á los nuestros, ya amanecido, á la vista del invasor. Esperábales éste dispuesto para el combate. Con todo, despues de un vivo tiroteo se vió obligado á encerrarse en el pueblo, que sobre la buena posicion que ofrece, habia sido fortificado con algunos parapetos. Allí acudieron á reforzarle hasta 2,500 de los suyos, ante cuya superioridad retiraron los nuestros ordenadamente en escalones, sosteniendo particularmente la marcha el batallon de Leales manresanos al mando de su coronel D. Felipe Fleires.

Dejando Eroles en el valle de Benasque una parte de sus tropas regidas por el coronel Basigalupi, prosiguió él con apenas 1,000 hombres hácia Graus, resuelto á introducirse por Aragon. La division de Sarsfield recibió órden de ir á apoyar este movimiento. Tan luego como el general baron de Bourke que custodiaba aquellos sitios con su brigada, perteneciente al llamado cuerpo de reserva de Reille, que despues de la conquista de Valencia habia vuelto atrás tomando la denominacion de cuerpo de

observacion del Ebro, conoció el intento de Eroles, reunió 3,000 infantes y 200 caballos, con los que se dirigió al encuentro de los españoles el dia 3 de marzo. Aquella noche tomaron nuestras tropas posesion en la villa de Roda, partido de Benabarre, situada en la cumbre de un cerro que se eleva en medio de dos altas montañas, divididas á la izquierda por el rio Isabena, y á la derecha por un profundo y escarpado barranco.

Confiado el español en el refuerzo de Sarsfield, que sospechaba cerca, preparóse á hacer frente al enemigo desde el recinto de la poblacion. Destacó sin embargo el batallon de Busa y la caballería, para sostener la montaña de la izquierda, y las compañías de cazadores de Ausona para flanquear al enemigo por la derecha. Principió el francés el dia 5 el ataque, que fué recibido al son de la música de Leales manresanos. Ni la valentía y serenidad con que se le recibió, ni el estrago que hacian nuestros fuegos en sus columnas pudieron contener su avance, al paso que tampoco bastaron sus esfuerzos para hacer vacilar el ánimo de nuestros soldados, ni perder un palmo de terreno. Muy en breve las piedras se confunden con las balas, y mas y mas se embravece la lid. Ambos ejércitos parecen resueltos á vencer ó morir. Los enemigos logran enfilar nuestros cañones al abrigo de un parapeto. Nuestros artilleros van á perecer asestados por los fuegos contrarios. La necesidad del caso pide un urgente remedio. Al punto envia allá el de Eroles al subteniente D. Joaquin Fontanilla con una guerrilla de 20 hombres. Partir el pequeño destacamento, echarse sobre el parapeto y desalojar de él al enemigo, es obra de un instante. Mas los valerosos vencedores quedaron casi todos heridos. Fontanilla lo fué en un muslo.

Al propio tiempo el subteniente de Leales manresanos, D. Jaime Mas, desalojaba tambien de otro parapeto á triplicado número de enemigos, cogiéndoles 11 fusiles, buen número de mochilas y una caja de guerra. Distinguiéronse en esta empresa el sargento Salvia, el soldado Vendrell y particularmente el granadero Pedro Franquet, quien despues de herido lanzóse á la bayoneta con nuevos brios sobre el invasor. Actos de desconocido valor se vieron aquel dia. «Jamás en accion alguna, decia el mismo Eroles, he visto igual empeño en una y otra parte, fiados los unos en la

La division del general baron de Bourke, apoyada por algunos miserables secuaces del francés, ata-
ca á Roda el 5 de Marzo de 1812, pero es rechada, con muerte de su gefe, por el bizarro general ...
ron de Eroles.

superioridad de su número, y los otros en las ventajas de su posicion.» El combate se mantuvo en esta igualdad por espacio de doce horas. El enemigo reforzaba de contínuo sus destrozadas columnas con otras que le iban llegando de refresco. Los españoles cobraban, para acabarles tambien, nuevos ánimos. La noche puso fin al combate. Aprovechóse el francés de su oscuridad para ocultar con la fuga, la vergüenza de su derrota. Rendidos los nuestros por el cansancio y por la falta de alimentos, no pudieron seguirle el alcance. Mas de 200 cadáveres hallados en el campo de batalla, 700 heridos, entre los cuales lo fué gravemente de tres balazos el baron de Bourke, y hasta 40 oficiales, fueron claro testimonio del empeño de los imperiales y de la bizarra resistencia de los españoles. De estos se distinguieron entre los mas esforzados, los coroneles Fleyres y Villamil, y los soldados Ros, Cantero, Ramos, Labarga y Cort.

Corrió Bourke á refugiarse en Barbastro, pasando luego á Lérida, temeroso de Mina. Sarsfield que no habia podido llegar á tiempo en Roda, tampoco alcanzó á cortar la retirada al francés, segun le previno Eroles, quien partió al dia siguiente, ya reparadas y avitualladas sus tropas, sobre las huellas de los fugitivos. Mas reforzados éstos con parte de la division de Severoli, otra de las del cuerpo de Reille, contuvo aquel general el progreso de los nuestros, empujándolos hácia Cataluña, y metiéndose tras ellos en el principado sin ventaja alguna.

Varias y no menos notables acciones tuvieron lugar por estos dias en otros puntos. Hallábase el teniente coronel D. Narciso Gay en Cornudella el 25 de febrero recogiendo dispersos, cuando fué atacado por una columna de 500 hombres, superior á su fuerza consistente en el tercer batallon de Leales manresanos. Aunque se resistió con vigor, no pudo contrarestar el embate de los franceses, los cuales penetraron en la villa. Pero habiéndosele reunido luego las compañías de preferencia del corregimiento de Cervera, cargó con furia á los enemigos y sin darles tiempo de efectuar el saqueo, les desalojó y persiguió hasta el Coll de la Alforja, matándoles 11 hombres, entre ellos el comandante D'Arau y uno de los afrancesados á quienes el pueblo apellidaba *Cara-girats*, con 52 heridos que se llevaron á Tarragona.

El teniente coronel Rimbau y el mismo brigadier Rovira secundado por el teniente coronel Fáfrega, habian antes disputado encarnizadamente el paso de Olot y Bañolas á una division francesa, compuesta de unos 2,000 hombres, con ellos 40 caballos y 150 parrotes, mandada por el general Clement. Mas de 200 hombres entre muertos y heridos hubo de perder el invasor en este tránsito, en el que no avanzó un paso que no lo regase con su sangre. Despechado á la sumo Clement y preocupado, sin atinar á despejar de enemigos el camino, cayó con su caballo, en su atolondramiento por dar disposiciones, recibiendo una terrible contusion en una pierna.

Adelantóse enseguida Rovira, por órden de Lacy, hácia el enemigo, mandó ocupar á Rimbau la villa de Massanet de Cabrenys, previniendo al comandante de la fuerza que habia dejado en Mieres, que alarmase continuamente á los imperiales de Bañolas con objeto de no ser sorprendido y cortado por retaguardia. Atacaron el 25, 600 infantes y 20 caballos enemigos el batallon de Rimbau que habia tomado posicion fuera de la villa. Resistiéronle los nuestros y aun tomaron la ofensiva. Formáronse entonces aquellos en batalla en la altura que se encuentra antes de llegar al puente llamado de la *Costa Margarida*, esperando refuerzo. Al cabo de una hora de combate trató de desfilar otra vez el francés, para emprender ordenadamente la retirada, ó dar tiempo de ser socorrido. Mas conocida la idea por el catalan, mandó hacer una descarga, tras la que lanzó á la bayoneta todo el batallon sobre sus contrarios, los cuales desbaratados, acuchillados y perseguidos se dispersaron en el mas completo desorden siendo deshechos á sablazos, bayonetazos y aun á puñetazos cuantos trataron de rehacerse. Mas de 300 de ellos quedaron tendidos en el campo de batalla, muertos ó heridos, entre los primeros el ayudante comandante de la accion, dos capitanes y tres subalternos, con cinco caballos. Los prisioneros pasaron de 70, con dos caballos. El primer batallon de S. Fernando se habia batido pues, como lo hiciera la mejor tropa de línea, en campo abierto, con igual número de fuerzas, pero con gran superioridad de habilidad y de valor. En número solo de 90 hombres con dos caballos, llegaron á Figueras los restos del destacamento im-

perial. Fueron los héroes de la jornada, además del gefe español Rimbau, el capitan Cufí, los subtenientes Abelló, Fortiana y Planas, el cabo de gastadores Bonet y el granadero Font.

Entre tanto la compañía de granaderos del tercer batallon de S. Fernando que habia quedado en Amér, salió de esta villa la noche del 25, hácia las montañas de Rocacorva, para poder mas cómodamente acercarse en el siguiente dia á los pueblos de Castellá y Canet de Adri, inmediatos á Gerona, y sorprender á una partida de caballería que diariamente pasaba á forrajear en dichos pueblos. Llegados á Canet en el momento de verificarlo igualmente unos 30 caballos enemigos, mandó embestirlos el capitan Sadurní, comandante de los nuestros, logrando ponerlos en precipitada fuga. Pocos fueron los que llegaron salvos á Gerona. Sobre el campo quedaron 9 prisioneros, un caballo muerto y 6 vivos, 6 yeguas, 2 mulas, 11 carabinas, 8 cartucheras, 4 sables, 23 jabegones y otros objetos. Distinguióse entre los nuestros el teniente D. Isidro Pigene.

El dia 2 de marzo, tres compañías del segundo batallon que al mando de Fábrega dejamos en Miéres, pasaron á las inmediaciones de la Beguda para observar al enemigo y aprovechar el primer momento favorable de ofenderle. No tardó éste en presentarse. Una partida de 100 imperiales se adelantó hácia el puente de Madramanga. Dejóles Fábrega acercarse hasta el mismo puente, y ya en él, hizóles una nutrida descarga que les desconcertó, lanzándose en seguida sobre ellos á la bayoneta. Mas de 70 muertos, con mayor número de heridos y 8 prisioneros quedaron sobre el puente. Contados fueron los que pudieron retirarse á Bañolas. En 100 mochilas, 83 fusiles, 4 sables 2 cajas guerra y varios pertrechos consistió el botin que sacaron los nuestros de su victoria. El soldado Juan Garrido mató tres franceses á sablazos.

Noticioso por su parte el general Milans del Bosch, de que el enemigo tenia pequeños destacamentos en S. Celoni, ermita del Remedio, casa Milans del Bosch y S. Vicente de Llevaneras, dejó á S. Felio de Codinas, dirigiéndose con marcha forzada á Villamayor, de donde á la madrugada del 2 de marzo continuó hasta los llanos de Palautordera, dispuesto á desalojar á los enemigos que

ocupaban la ermita de la Vírgen de Puigvert y convento de Capuchinos, en las alturas inmediatas á S. Celoni. Bien pronto los puestos avanzados tuvieron que refugiarse en la ermita y Capuchinos, en donde indudablemente les hubieran asaltado los 800 hombres de Milans á no llegar de Hostalrich considerable refuerzo. Retiraron los españoles á Palautordera, partiendo al caer la tarde para la ermita de la Vírgen del Corredor, á cuyo punto llegaron la misma noche, con intento de seguir el plan que se habian propuesto. Mas al mover Milans su division á la mañana del 5, supo que un convoy enemigo estaba pasando por Collsacreu escoltado por 300 ó 400 infantes, y sostenido por 800 infantes y 100 caballos apostados en Arenys de Munt, y por dos divisiones una en Cardedeu y otra en Granollers. Un segundo convoy se presentó al mismo tiempo en direccion de Arenys. Ambos convoyes retrogradaron al divisar nuestros soldados, para esperar refuerzos que pidieron á Mataró y á S. Celoni. Al observar Milans estas operaciones y la llegada de nuevos enemigos de la parte de Llevaneras se retiró á S. Ciprian, desde donde, yendo á cercarle una columna de 2,000 infantes y algunos caballos imperiales que á la ligera venian camino de Calella, trasladóse á Montnegre. Supo allí que el 6 por la mañana debian los franceses pasar un convoy de Arenys á S. Celoni, y siempre dispuesto el atrevido general á contrariar los planes del enemigo, emboscó algunas compañías en el paso de Vallgorguina que le interceptasen, mientras él con el grueso de la division tomaba posiciones en las alturas de casa Peraire por si le atacaban los de la parte de Calella que venian sobre sus fuerzas. Sorprendidos y desbaratados los del convoy por una descarga cerrada que les hizo el capitan Sala, fueron embestidos á la bayoneta, y ahuyentados con pérdida de 50 muertos y heridos, 7 prisioneros y una porcion de caballos, mulos y bueyes. Sala con los suyos se replegó en seguida á la fuerza principal, temeroso de mayores fuerzas enemigas que acudieron de Collsacreu. El dia 9 se hallaba ya Milans con su division al abrigo de la ciudad de Vich, habiendo atrevesado por en medio de los enemigos que le perseguian.

Llevando los franceses la intencion de hacerse fuertes en todos los puntos de la costa de levante, colocaron baterías en Moncada

y Mongat, que robustecieron con cañones de todos calibres. Trataron tambien de fortificar á Mataró, y al efecto, volvió á esta ciudad el general Lamarque á principios de febrero. Disputáronle la entrada los españoles, y especialmente el comandante de coraceros Jalon, cuya heróica muerte es digna de memoria. Con solos dos soldados tuvo la osadía de acometer á 14 franceses de igual arma, de 5 de los cuales dió bien pronto cuenta su robusto brazo; mas flaqueando sus dos compañeros, estrecháronle los restantes enemigos, abriendo en su cuerpo hasta 10 heridas, por las que desangrándose terriblemente el esforzado caballero, sucumbió como los antiguos paladines, víctima de su ardiente amor por la patria. Diósele digna sepultura en la capilla de Lorita cerca de Mataró.

Empeñóse Milans en distraer de su intento á los imperiales, ofendiéndoles en concurrencia de los ingleses, de suerte que todo el mes de febrero se pasó en una contínua batalla en la que perdió Lamarque hasta 1,700 soldados y multitud de víveres y pertrechos. Vengáronse los franceses con el robo y el incendio. Para burlar los fuegos de los buques aliados abrieron un camino desviado de la costa que pasaba por Llevaneras. Es de notar, sin embargo, que pudiendo los ingleses ofender, mas útil y menos destructoramente para los españoles, á los enemigos en sus obras de Moncada y Mongat, preferian, á vueltas de desbaratar las baterías, que éstos construian tambien en la playa de Mataró y en Capuchinos, asolar el caserío de esta ciudad con sus contínuos y desatentados disparos: ejemplo de destruccion que por desgracia no es poco frecuente en los ingleses cuando obran como aliados, y cuando se proponen vengar nacionales agravios, ó celosas rivalidades.

Diariamente cruzaban convoyes y destacamentos imperiales de Gerona á Bañolas. Para interceptarlos aunaron sus fuerzas, Milans, Rovira y Manso á mediados de abril. Desde entonces víveres y columnas enteras de tropas francesas cayeron en poder de los bizarros catalanes. Temian aquellos nuestras bayonetas hasta el punto de no esperarar á veces el poderoso empuje de sus contrarios, cuando veian en éstos la decision de apoderarse de algun importante punto, como sucedió el 14 en las alturas de

S. Ferreol y del Mor, sobre la villa de Besalú. El 11 fué un convoy de 80 acémilas escoltado por 150 infantes y 100 caballos, el que desbarataron los españoles en Seriñá, causando un centenar de bajas al enemigo; al mismo tiempo que sorprendida por un piquete de caballería imperial una de nuestras compañías destinadas á conservar el punto de Miana, lo destruia completamente pudiéndose salvar solo dos individuos.

Los imperiales habian conseguido apoderarse el 9 de la villa de Olot, á pesar de los esfuerzos de los españoles, cuyas fuerzas eran inferiores de mucho á los 5,000 infantes y 200 caballos que aquellos traian, pues no pasaban de 2,500 hombres con algunos caballos y tres piezas de artillería. Con todo, tuvo aquel dia el invasor cerca de mil muertos y heridos. Comprendiendo Milans cuan en vano era tratar, con tan pocas fuerzas, de desalojar de Olot á los franceses, pensó posesionarse del Grao para impedirles que bajasen al llano de Vich, y partió quedando á Rovira en Vallfogona encargado de cubrir aquellos puntos. Mas aprovechando Lacy, cuyo cuartel general continuaba en aquella ciudad, el movimiento que hizo el enemigo al campo de Tarragona y el retroceso de la division de Lamarque al Ampurdan, llamó á Milans y con su division y las demás tropas que pudo reunir, y asistido tambien de Sarsfield, Decreft, Fleires, Manso y otros gefes, enderezóse á Mataró al amanecer del 3 de mayo, esperando se le presentaria ocasion de tomar la fortaleza en que habian convertido los imperiales el convento de Capuchinos de la misma poblacion.

Tomó Milans la delantera por la Garriga y Granollers, llegando á Mataró á las doce de la misma noche, despues de un rudo combate, y al amanecer del 4, ya el resto de las fuerzas se hallaban á la vista del fuerte de Capuchinos, á donde se retiró el enemigo dispuesto á resistir enérgicamente. Reconoció Lacy la fortificacion, hallando ser mas respetable de lo que creia, por lo bien dispuesto de sus obras. Con efecto, en ella se habian esmerado los ingenieros enemigos, de suerte que era preciso batirla en brecha para esperar del ataque un buen resultado. Aunque no trajo Lacy la artillería necesaria, pidióla y la obtuvo del comandante de las fuerzas navales británicas, Sir Codrington. Sin perder instantes colocóla en batería lo mas cerca posible del espresado convento,

y ya á la mañana siguiente rompió el fuego con una pieza de 32, emplazada junto á la ciudad, efectuándolo tambien desde tres baterías mas, á medida que se iban concluyendo sus esplanadas. Dirigió hábilmente estas obras el capitan de ingenieros D. José Massanés.

En esta disposicion se hallaba el español cuando recibió aviso de que la division de Lamarque que habia llegado hasta Torroella, retrocedia apresuradamente en auxilio del fuerte de capuchinos, y que Decaen con todo su ejército, abandonando á Lérida, forzaba tambien la marcha para llegar cuanto antes. Temiendo en consecuencia ser sitiado en su posicion, apresuróse Lacy á reembarcar la artillería, y figuró una recia acometida contra el fuerte, por si flojeando la guarnicion cedia al amago. Este fué vigoroso y mortífero á la vez. El capitan Par, llegó á golpear con la mano el cerrado rastrillo. Mantuviéronse firmes no obstante los defensores, y no queriendo Lacy porfiar, para no perder tiempo y sobre todo el nervio de su ejército que consistia precisamente en las tropas destinadas al asalto, emprendió la retirada por Cañamás y Llinás, no sin que en las inmediaciones de Granollers tuviese que luchar Sarsfield, para no ser envuelto por los enemigos que en este punto se hallaban. Nuestra pérdida fué de poca consideracion. Los contrarios hubieron de tener mas de 150 hombres fuera de combate. Entre los malos españoles que habia aprehendido Milans á su entrada en Mataró se hallaban dos que ejercian los empleos de verdugo y alguacil (1), cuyo hecho justificado plenamente ante un consejo de guerra, les condujo al suplicio de ser pasados por las armas. Por estos dias llegó á Lacy el decreto de la regencia, del 17 de abril, confiriéndole el mando en propiedad del ejército de Cataluña, con el empleo de teniente general.

Aplaudió gustoso el principado el justiciero nombramiento de la regencia de España; pero tampoco Lacy estaba destinado á eximirse, como mas adelante veremos, de las imputaciones de un pue-

---

(1) Este era el que habia prehendido y llevado á la Ciudadela á su desgraciado condiscípulo y mártir de la patria, el P. Gallifa.

blo sobrado impaciente por recobrar su libertad. Lacy habia no solo reanimado la defensa, sino que con su caballerosa conducta la ennobleció mas y mas. Tratándonos los enemigos como facciosos, indignos de toda consideracion, menudeaban en sus partes oficiales las espresiones y dicterios mas denigrativos contra los generales españoles y todos los oficiales y soldados de su mando. Rebeldes, bandoleros, insurgentes, facinerosos, ladrones, bárbaros, indignos, chusma y cobardes, eran los mas frecuentes de los epitetos con que nos señalaban. En justa correspondencia dispuso Lacy que en adelante al darle parte los gefes de division de las acciones ocurridas, no mencionasen á los comandantes enemigos sino con el solo apellido, sin darles el título que en la milicia imperial alcanzasen, y sí, los dictados de vándalos, salteadores y asesinos. Habiéndose, además, adoptado en el primer ejército español el uso de un casco ó morrion con manga encarnada, para conciliar el gusto de los naturales con la ventaja de distinguirse á larga distancia nuestros cuerpos de las columnas franceses, quiso Decaen denigrar esta idea mandando usar al verdugo de Gerona, particularmente en los actos de su oficio el gorro con manga del ejército catalan. Correspondió tambien Lacy á tan indigna conducta, disponiendo en 12 de mayo de 1812, que usasen todos los verdugos de las ciudades y pueblos libres de Cataluña, en especial al ejercer sus terribles funciones, fijada en el sombrero, la gran cruz de Napoleon ó de la legion de honor, y que asimismo llevasen los pregoneros la corona de hierro. Mostráronse ofendidos con tal disposicion estos funcionarios, y los de Manresa acudieron en 25 del propio mayo al capitan general para que revocase el decreto, colgando «en hora buena, la corona de *yerro* ó la cruz de la legion de *horror*, á los malvados cuando fueran al suplicio (1).»

---

(1) «Excmo. Sr.—José Falset, ejecutor de sentencias, y Vicente Cau, Pedro Neac y Nicolás París, pregoneros (el primero en nombre propio y los otros en nombre de todos los de su clase) penetrados de la mayor amargura por el decreto de V. E..... exponen: Que no creen haber dado lugar á una providencia tan injuriosa y denigrativa como V. E. les fulmina en el citado decreto, confundiéndolos nada menos que con los mas malvados de todos los hombres. Nosotros E. S., cada uno en su clase nos preciamos de buenos

Para la instruccion de los cadetes, sargentos, cabos y tambores habia sido destinada la inaxcesible montaña de Busa, separada de las otras del corregimiento de Cervera. Corona este monte, sobre una ancha planicie ó meseta, una poblacion de solo 28 habitantes. La tierra es en aquel punto feracísima, abundando en arboleda y hortaliza que riegan caudalosas fuentes. Sobre la defensa natural que tan encaramadas cimas presentan, trabajóse todavía en derrumbar considerables peñas á fin de perfeccionar el gigantesco amurallamiento. Construyéronse además y trazaron obras que debian completar su formidable sistema de defensa, tomándose las medidas económicas y políticas mas propias para el objeto á que estaba destinado aquel punto. Nuevo Covadongas fué para los catalanes en la época de que tratamos.

---

españoles y de hombres de bien. Si como hombres de bien ¿háse dicho jamás de nosotros accion ni delito alguno que haya podido poner en duda nuestra opinion? Y si como buenos españoles ¿há tenido V. E. jamás alguna queja de que no se hayan ejecutado puntualmente las sentencias, ó que no se hayan publicado las órdenes del gobierno legítimo en todo el ancho distrito del principado con puntualidad y exactitud? A esto están atenidas nuestras funciones; y nosotros desempeñándolas cumplimos con Dios, con nuestro deber y con la sociedad. No podrán decir de nosotros otro tanto los franceses, cuando han tenido varias veces que valerse de un malhechor por falta de verdugo (como si para ello tuviesen necesidad mas que de echar mano de sí mismos indistintamente), y cuando por falta de pregoneros se han visto en la precision de precisar á los curas á que pregonen sus órdenes de iniquidad al pié de los altares.—Mas aunque sirviésemos simultáneamente á franceses y españoles (lo que es imposible que suceda en nuestro modo de pensar) ¡qué distancia tan enorme no quedaria aun entre el suyo y nuestro proceder! Porque de ellos es el meditar una maldad, el hacerla una ley, y el reducir á los pueblos á que la cumplan con la violencia, cuando nosotros no tendríamos otra parte que el publicarla, dejando el arbitrio de que la obedezcan ó desobedezcan. Con el verdugo reina todavía una diferencia mas palpable, si se pone en parangon con los franceses; porque aquel no hace mas que privar de la existencia á un malvado, convencido de tal despues de un maduro exámen, pero éstos roban, matan, asesinan y aun tienen por un galardon el presentar manchados sus vestidos con la sangre de los inocentes que ha inmolado su barbarie: y en fin si se presume que el verdugo ha de ser malvado porque recibió el último aliento de los malvados ¿con cuánta mayor razon lo han de ser los franceses que reciben continuamente el vapor de sí mismos?.....—Manresa 25 de mayo de 1812.—E. S.—José Falset, ejecutor de sentencias.—Y por los pregoneros, Vicente Cau.—Pedro Neac.—Nicolás Paris. »

Un grande barracon albergaba el florido plantel de nuestros oficiales, y otros bastos pero espaciosos edificios servian para depósito de prisioneros, para almacenes y demás atenciones. Ya el 9 de mayo, visitado el semillero militar de Busa por el sub-inspetor interino de infantería, el coronel Membrilla, alabó el estado de instruccion de los cadetes y á proposicion suya y de los examinadores fueron promovidos á subtenientes 17 de los mas aventajados, á pesar de que durante cerca de un año se les habia empleado con utilidad en diferentes servicios para ausiliar las operaciones del ejército.

Mientras la division de Rovira seguia inquietando por la parte de Olot á los franceses, ocasionándoles considerables pérdidas en hombres y víveres, el coronel D. Narciso Gay trataba de apoderarse por sorpresa de Mora de Ebro desde el pueblo de Ginestar hasta donde se habia adelantado. La falta de barcos para trasladarse á la otra parte del rio le impidió por el pronto llevar á cabo su empresa; mas, seguro el dia 11 de mayo de que los enemigos que ocupaban el convento de franciscanos de la villa no pasaban de 150 infantes y que en tres dias no era posible que se pensase en socorrerles, apoderóse por medio de cinco de los suyos que á nado y con la bayoneta al cuello lo consiguieron, de dos embarcaciones que estaban cargando paja para Tortosa. Noticioso del hecho el enemigo, destacó unos 40 infantes para oponerse al embarco y desembarco de los españoles, los cuales sin mucho esfuerzo consiguieron trasladarse al otro lado del rio ahuyentando al destacamento imperial. Entonces envió Gay al capitan de zapadores Jornet, con las compañías de granaderos y cazadores del tercero de Leales manresanos, á atacar por retaguardia la poblacion, y al teniente coronel Pozo, con otra columna, para que lo verificase por el frente del foso y parapeto que cubrian el paso á la barca. Atacó este cuerpo el reducto con tanta rapidez y valentía, que tardó poco en asaltarlo y hacer prisioneros á los que aun lo defendian protegidos por los fuegos de metralla, bala rasa y fusilería. Entrada la poblacion, corrieron los franceses á refugiarse en el convento de franciscanos, punto ventajoso fuera del recinto, y muy fortificado, al que trasladaron además alguna artillería. Mas de 50 muertos heridos y prisioneros habia ya per-

dido el enemigo, con un cañon de á 4, mas de 70 fusiles y algunas municiones. Intimádole la rendicion, negóse enérgicamente.

Dos columnas invasoras, fuerte la una de 800 hombres, y la otra de 400, á un tiempo avanzaban el 14 con convoy para Tortosa la una, y la otra salida de esta ciudad, al socorro de los sitiados en el convento de franciscanos. Los nuestros que habian formado ya zanjas y parapetos, y avanzado á las órdenes de Jornet una gran guardia al objeto de practicar la descubierta por el lado de donde venia la mayor de aquellas fuerzas, tuvieron que emprender la retirada, quemando las embarcaciones despues de repasado el Ebro. Jornet siguió batiéndose en retroceso por la otra orilla, y pasó el rio en una almadia detenida cerca de Vinebra, llegando el 15 á la Figuera.

Por el lado de la Seo de Urgel atalayaba aquel gobernador, D. Manuel Fernandez Villamil, las vecinas comarcas del territorio francés, prosiguiendo la tarea de incomodar á los habitantes con toda clase de exacciones. Hácia la parte del mar, el nuevo gobernador de las Medas, ya coronel, D. Manuel Llauder, saltó en tierra el 19 de mayo, viendo que el enemigo desocupaba el reducto y las baterías de su frente, cuyas obras destruyeron los nuestros como pudieron y les permitió la escasez de embarcaciones, retirándose despues de haber desbaratado la primera batería del cabo de la Barra. Mas reforzado á la noche con un laud, practicó un nuevo desembarco, consiguiendo destruir el fuerte, la batería de morteros, é incendiar cuantas faginas, cestones y arboleda habian dejado los imperiales. Estos regresaron al dia siguiente; mas hallándose sin el amparo de las obras, pusiéronse de nuevo fuera de tiro. En gran manera, aprovechaba la conservacion de estas islas, para el resguardo de nuestros ligeros barcos corsarios, que desde allí acechaban la presa, eligiendo la mas ventajosa ocasion para apoderarse de ella. No es menos deudora la provincia de Cataluña á los esfuerzos de aquellos osados marinos, de las ventajas que por su activa constancia, en tan heróica guerra, se obtuvieron.

Un nuevo suceso vino á dar todavía mas alas á la viva lucha que en el principado se sustentaba. No dudando Napoleon, segun los partes que de sus generales recibia, que le estaba ente-

ramente sometida esta provincia, habia espedido en 26 de enero, un decreto dividiéndola en cuatro departamentos, á saber: 1.º del Ter, cuya capital debia ser Gerona; 2.º de Montserrat, capital Barcelona; 3.º de las bocas del Ebro, capital Lérida; y 4.º del Segre, capital Puigcerdá. Al efecto de llevar á tal esta suprema disposicion, envió al emperador dos de los cuatro prefectos, Chauvelin y Trailliart, que debian ponerse al frente de los departamentos de Montserrat y de las bocas del Ebro, y de cuyos destinos les dió Decaen posesion el 15 de Abril. Ambos funcionarios hubieran deseado pasar á su distrito al momento de su llegada; pero cuando se les hizo entender que para trasladarseá ellos necesitaban esperar á que pudiese acompañarles una division de 4,000 hombres, comprendieron cuán errado andaba el emperador en creerse dueño de semejante país, y cuánto á ellos debia esponerlos su residencia.

Burlábanse los mismos franceses de las ilusiones que Bonaparte se hacia respecto de la ocupacion de España, diciendo en cartas que se interceptaron: « Aquí deberian enviarse por diez años á lo menos, ejércitos y bayonetas, nó prefectos.

Despechábanles mas á los catalanes tales medidas, cuanto veian no ya la mudanza de dinastía y de gobierno, sino la absoluta pérdida de su antiguo nombre y naturaleza, y esto los lanzaba con mas ardor á la pelea, resueltos á perecer antes que prestar su asentimiento á tan ignominiosa transformacion. El general Decaen, continuaba al frente del gobierno de Cataluña; pero la supremacia del mando fué confiada por Napoleon al mariscal Suchet, duque de la Albufera, como ya la tenia de una parte de la misma provincia y de las de Aragon y Valencia. Avistáronse una tarde en Reus estos dos gefes, ya para ponerse de acuerdo sobre las atribuciones que les competian, ya tambien al objeto de concertar los medios de que habian de valerse para impedir los desembarcos que se temian por aquellos costados. Motivaban semejantes recelos las operaciones de Lacy sobre la costa, acrecentando la inquietud de los dos generales del imperio la incansable actividad de algunos gefes, que al frente de fuerzas mas ó menos considerables, no daban momento de reposo á las guarniciones de puntos no poco importantes, y los rumores

de conspiraciones en Barcelona y Lérida, nó ciertamente infundados.

Además, la noticia de que Eroles se hallaba en Mallorca desde últimos de abril, siendo pomposamente recibido y obsequiado, tanto por aquellos naturales, como por los jefes de la escuadra inglesa del Mediterráneo, que tenia en las Baleares su apostadero, dió tambien que recelar á los enemigos de Cataluña. Con efecto, sobrado motivo para ello tenian. El afortunado baron, que al principiarse la guerra, y cuando todavía no se habia decidido á empuñar las armas que tan hábilmente supo dentro de poco blandir como usar, lo mismo que como general, habia alcanzado que pasasen á la península las tropas del marqués del Palacio, recabó ahora que se decidiesen los ingleses á aumentar sus fuerzas marítimas, con la escuadra que en las Dos Sicilias tenian, y á cuyo gefe se despachó en 15 de mayo, una velera embarcacion, con la instancia de que hiciese rumbo cuanto antes á Mallorca, para que juntas las dos escuadras, pudiesen obrar enérgicamente contra los invasores del principado.

Los habitantes de las ciudades invadidas no habian dejado de imitar el siempre desgraciado ejemplo de Barcelona. Ni un solo instante estuvo en la ciudad condal adormecido el afan libertador. La última víctima habia sido el infeliz notario y comisario de guerra español Alsina. Ya desde 1809 se hallaba construida una mina que se llamó *dels Aucells* ó *dels Pardals*, del nombre con que era vulgarmente conocida la casa pegada á la muralla de tierra y que hacia esquina á la calle de la Cendra. Dábale esta popularidad la circunstancia de tener en todo lo alto de sus paredes, largas hileras de nidos de pájaros á que debia ser muy aficionado el dueño que de muy antiguo la mandó construir. En los bajos de esta casa particular estaba abierta la célebre mina que iba á terminar al pié de la muralla en el foso esterior, faltando solo empujar algunas piedras para quedar del todo espedita la comunicacion. Cuatro hombres podian entrar de frente por ella. La tierra que para formarla hubo de sacarse fué trasportada lentamente y repartida en diferentes huertos. Volvió Decaen de Gerona en febrero último al saber la noticia del descubrimiento, y prendió al propietario de la casa D. Baltasar de Bacardí, al cual

como no la habitaba y en nada se habia inmiscuido, hubo de declarársele absuelto. El inquilino se habia fugado. Hiciéronse otras prisiones de las que no resultó ningun reo de muerte, y por fin, se mandó derribar la casa.

En poco tiempo fueron descubiertos en Perelada los puntos, donde se guardaba cantidad de arsénico, para envenenar á las tropas imperiales, por medio del pan y del vino; acaeció la esplosion del castillo de Lérida, ocasionando grave daño en amigos y enemigos, preparada y llevada á cabo por el guarda almacen Rabasa, fué aprehendido Mestres en Montserrat con dos máquinas infernales de su invencion; envenenóse el pan en la Ciudadela, el aguardiente en Tarragona, las cisternas en Hostalrich, el vino en el castillo de Llinás, y el agua y el vino en Mataró. Por último, otra mina se abrió en la calle de Ostallers que iba á salir al foso; Cascante propuso planes terribles de espantosa destruccion; treinta y seis de los principales funcionarios públicos debian perecer envenenados; la guarnicion habia de ser envuelta en el desastre; el almacen de pólvora de Junqueras debia ser volado en el momento de estallar el golpe, y otra esplosion habia de aportillar el muro por aquel lado del recinto.

En esta época los verdaderos y patrióticos conspiradores eran miserablemente engañados, especulados y vendidos, mucho mas que en las pasadas empresas. El francés lo habia al fin entendido. Lo que al principio debió á la casualidad ó á su buena estrella, como se dice comunmente, supo despues encontrarlo luchando con armas parecidas, por lo sigiloso del combate, pero teniendo de su parte á los traidores, á los Judas españoles ó franceses.

En Tarragona fueron mas tarde descubiertos por el alcalde mayor de Tortosa D. Francisco Vergés, que fingió tomar parte en la conspiracion, D. Pedro Marino y su criado José Ortigue, y condenados á la horca. Otros muchos sufrieron por idéntico motivo la misma suerte. Hombres execrables se mezclaban en todas las tramas aparentando gran intrepidez, idoneidad y relaciones, para vender al fin el secreto á la policía francesa, cuando no era esta la que de antemano les pagaba para desempeñar entre los mismos compatricios tan miserables papeles.

Popular fué por algun tiempo el nombre del presbítero Coret y Sala, hombre educado en la escuela del P. Coris, de quien nos hemos ya ocupado, y compañero de sus estravagantes ruindades. Intentaba nada menos que envenenar el agua, el pan y el vino de que así la guarnicion francesa de Barcelona como muchos de los habitantes de esta ciudad debian sustentarse. Para la empresa que él llamaba grande, habia pedido en calidad de préstamo varias sumas, y aun aspiraba á que le señalara Lacy una pension por sus trabajos. Mas cuando se conoció en toda estension su proyecto, procuraron algunos recoger los papeles que podian comprometer en sus manos á muchas personas que se habian puesto en relacion con él, y sacándole al fin de la ciudad le entregaron en Castellá á disposicion de Lacy, quien le puso en el inespugnable punto de Busa, bien custodiado, mientras se averiguaba su culpabilidad.

De menguada figura y peor condicion, era Coret sumamente activo. «Cualquiera dirá» escribia Decaen á su gobierno «que ese hombre se multiplica para hallarse en todas partes. Él sabe cuanto entra y sale de Barcelona, lo que dice en ella la gente, lo que ha pasado por alto á tal ó cual general; si se están aguardando convoyes; cómo podrian interceptarse; cuál es la fuerza de la guarnicion; cuántos enfermos hay; si se han montado pocos ó muchos cañones en las murallas y baluartes, de qué calibre son y á qué direccion. Escribe dia y noche y á todas horas. Él mismo hace las señas. ¿se prepara la tropa para alguna espedicion? Apenas ha pasado el foso que ya Coret ha tocado al arma á los de lejos.» Mas lo que en boca del francés debia hacer su mejor elogio, no fué bastante á presentarle ante los españoles como hombre de rectas intenciones pero alocado, sino como un verdadero criminal. Mucho pudieron en estas circunstancias, para aplacar la ira de las comisiones francesas, las solícitas instancias del vicario general de Barcelona, Sans, y de otras personas no menos caracterizadas á la par que adictas á los comunes intereses de la patria. No sucedió así en Lérida, donde la esplosion habia abierto una gran brecha en el baluarte del Rey, pues aquel gobernador, Henriot, no desmintiendo su fama de sanguinario y cruel, halló ocasion de saciar su saña en los infelices

habitantes de la ciudad, ya que no pudo aclarar la verdad del suceso.

La guarnicion de Barcelona no se contaba libre de una sorpresa, desde que los españoles maniobraban mas desahogadamente, y con mayores fuerzas y suerte que antes. Creyó pues conveniente, fortificar el puente de Molins de Rey, poniendo en batería algunas piezas que defendian aquel importante y tantas veces disputado paso. Para impedir tales obras, no tardó en aparecerse Sarsfield con toda su division, de la que era Manso el brazo diestro. El bravo comandante no les dejó sosegar un instante en todo el mes de mayo. Mas de 3,500 franceses y 5 piezas de artillería, fueron echados formalmente de sus puntos y perseguidos hasta la otra parte del Llobregat, el 26 del citado mes, perdiendo 700 hombres, de los cuales 173 quedaron prisioneros. El batallon de Manso que habia cooperado por la parte de Pallejá, desalojó de aquel punto 400 enemigos.

La perdicion de D. José Manso importaba tanto á los imperiales, que sabiéndole enfermo de tercianas en la villa de Martorell, resolvieron sorprenderle la noche del 5 de junio. Difícil sino imposible, era sorprender al que tanta destreza tenia para coger desprevenidos á los demás. Empeñóse en ello sin embargo el general Mathieu, y con 3,400 infantes y 100 caballos, llevando cada uno de estos un peon á la grupa, desembocó á las dos de la madrugada por el puente de Molins de Rey hácia el Papiol, en donde ya se le hizo resistencia, mientras 1,000 hombres se dirigian sobre Vallirana, para sorprender el batallon de Tarragona que se hallaba apostado allí, y los caballos con sus dobles ginetes, se enderezaban con diligente paso por la carretera real á Martorell.

Hallábase con efecto molestado Manso por una afeccion tercianaria; mas tan poco le impedia esta dolencia dedicarse al desempeño de su mando, como que la misma noche tenia proyectada otra sorpresa contra dos destacamentos, uno de 60 hombres que diariamente solia pasar de Molins de Rey á S. Felio, y de 90 hombres el otro, que se dirigia al Hospitalet todos los dias. El haber Mathieu empleado todas sus fuerzas esteriores impidió á los nuestros llevar á cabo la empresa. Pero encontrán-

CATALUÑA

F. Campeña Edit.

Uniforme del Batallon de Cazadores de Cataluña vulgarmente dicho
DE MANSO.

dose en la carretera, el destacamento encargado de verificarla, con el general enemigo y hasta 150 de sus infantes y 20 caballos, atacáronlos denodadamente los capitanes Estalella y Campell, obligando al francés á correr desaladamente á ampararse del puente de Molins de Rey, en completa dispersion. Dos ginetes de la escolta del general, perdieron sus caballos: tan cerca le anduvo la muerte á Mathieu. Los infantes, de los cuales solo 25 quedaron prisioneros, pereciendo la mayor parte, abandonaban su armamento y equipo, para huir con mas libertad. El corneta catalan Pablo Rabat, se batió sable en mano con un sargento y cinco granaderos imperiales, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Las demás columnas enemigas, consiguieron entrar en Martorell; pero á las once de la mañana. A la primera hora de la misma, cuando recibió Manso el aviso de que iba á ser atacado en su cuartel general, tenia ya el caballo ensillado para ir á recibir á los prisioneros que debian traerle las compañías 1.ª y 4.ª de su batallon, destinadas á verificar la mencionada sorpresa. Los caballos y sus dobles ginetes, se vieron detenidos cuando menos lo esperaban, por una cortadura practicada en el camino, y defendida por una guardia de 400 hombres. Celebrada esta accion por el país y por el gobierno, encargó éste á Lacy, que diera por ella á Manso las gracias en su nombre, y le propusiera para el premio á que le considerase acreedor. Modesto á la par que aguerrido, agradeció el catalan la distincion, fundando su mayor gloria en continuar como gefe del famoso batallon de cazadores de Cataluña, hasta cuyo último soldado, eran todos sus individuos respetados en el país por dechado de esforzados varones, dignos de la mayor gratitud y aprecio.

La provincia, en tan general y encrudecida guerra, no producia lo suficiente para llenar la falta de los recursos alimenticios que en tiempos bonancibles dá su suelo, á pesar de lo montañoso del mismo, y saben con el comercio procurarse los habitantes. Las escursiones en territorio francés, eran solo pasageros alivios. Bastaba el mero paso de una de una division imperial por nuestras poblaciones, para dejarlas completamente asoladas y exhaustas. De Olot sacaron en 30 de mayo, 100,000 francos, 800 raciones diarias, y otras sumas y víveres, que hallaron

medio de realizar con la fuerza. La mayor parte de las poblaciones, venian sufriendo iguales estorsiones, capaces de aniquilar al país mas rico y fértil del mundo.

Trató pues la junta superior, desde los primeros meses del año, de procurar la venida é introduccion de víveres en el territorio catalan. Al efecto, dispuso hacer un fondo de 50 ó 60,000 duros mensuales, aplicable privativa é irremisiblemente á la compra de granos y harinas; llevar á pronto cumplimiento la reciente real órden sobre la propia entrada de víveres por mar; suprimir todos los derechos de toneladas, puerto de Tarragona, y demás provinciales y municipales en cuanto á los granos, harinas, legumbres, algarrobas, paja ú otros semejantes artículos. Permitió para estimular á los patrones y capitanes de buques, que pudieran embarcar un hombre no matriculado por cada 100 cuarteras de trigo que cargasen; que no pudiese embargarse embarcacion alguna dispuesta á partir á los 8 dias de su llegada; que esmeradamente protegiesen los buques ingleses á los mercantes; que bajo ningun pretesto se vejase á los cargadores y propietarios de los víveres importados. Rogó á los comerciantes, que se dedicasen especialmente á esta clase de importacion, librando del servicio de las compañías de preferencia y de reserva, al que hubiese en todo el mes de marzo introducido 2,000 cuarteras de trigo, ó de otros granos, 5,000 en todo el abril, y 8,000 en el de mayo. Dispensó por fin á los conductores terrestres, las mismas franquicias y privilegios, sin la sujecion á guias y tornaguias, hasta á 3 leguas de la frontera, y en general concedió las mas convenientes libertades.

Todas ellas eran punto menos que necesarias en un país que habia dado cuanto poseia de mas caro, la sangre de sus hijos y su riqueza. Bien es verdad que algunas sumas habian llegado de Valencia antes de la pérdida de esta ciudad, y de los puntos de América, donde existian catalanes opulentos y amantes de su patria. Mas el voraz incendio de la guerra, consumia en pocos momentos esos auxilios, cual seca arista que no llega á hacer vacilar la llama devoradora, ni para contenerla, ni siquiera para acrecentarla.

CAPÍTULO II.

Situacion del principado. — Disputa Manso á los franceses el paso de Montserrat.—Capitula la ermita de S. Dimas. — Vuelven á incendiar los enemigos este famoso monasterio y las ermitas y los pueblos de Collbató y Bruch. — Recházales Manso en Martorell.— Sorprende en Molins de Rey un destacamento de 200 enemigos.—Repite la sorpresa el 23 sobre 400 imperiales.—Llega á la rada de Blanes la escuadra anglo-siciliana. —Se hace de nuevo á la vela.—Bloquea Milans el fuerte de Mataró.—Derrota el 19 de setiembre al general Expert de Latour. — Sorprende Eroles el 27 las embarcaciones francesas en el puerto de Tarragona.—Feroz conducta del gobernador de Lérida Henriot.—Circular de Lacy sobre represalias — Accion de Arbeca.—Tentativa de Lacy sobre Olot.—Invade el general Decaen el llano de Vich.— Fuerte oposicion de los españoles.— Manso en Coll de Vall. — Ataca Villamil el castillo de Coll de Balaguer. — Salida de la guarnicion de Tarragona.—Los franceses evacuan el llano de Vich. —Manso es atacado en Casa Massana. — Sorprenden los españoles á Villafranca.—Nueva sorpresa de Manso en Mataró— Representa la junta superior contra el general Lacy.— Es desatendida por la regencia.—Sarsfield pasa á Aragon.

Todo lo esperaban á mediados de 1812 los catalanes de los recursos que cartas de Mallorca aseguraban hallarse prontos á obrar poderosamente sobre el principado. Nada aparentaban temer sin embargo los invasores. Lejos de prepararse éstos en los puertos marítimos que ocupaban, teníanlos por el contrario bastante desprovistos, confiados á una escasa guarnicion. Decaen con la mayor parte de sus fuerzas movibles, atareábase, acampado desde las inmediaciones de Cervera hasta Lérida, en recoger las contribuciones y los frutos de los campos pertenecientes á los emigrados. A falta de otros brazos, habíanse las tropas francesas convertido en segadores y provistos de todos los instrumentos necesarios, sin separarse de sus armas, ocupábanse en la siega

de los trigos, que agavillados transportaban enseguida á Lérida. Lo propio hacian las que se habian adelantado hasta el llano de Urgel, y las de Tarragona y Barcelona en los campos vecinos á estas plazas. No dejaban con todo los españoles de incomodar en tales operaciones á los enemigos. Comerciaban los naturales con algun sosiego en Villanueva y Arenys de mar, y con menos tranquilidad en Reus y en Mataró, cuya última ciudad quedaba libre de franceses durante la noche, por recogerse á Capuchinos la guarnicion, no bien declinaba el dia, temerosos de alguna sorpresa.

Lacy entretenia solo la guerra, esperando la llegada de la escuadra anglo-siciliana. Rovira y Clarós en el país que tanto han ilustrado sus nombres, el Ampurdan, no se daban un momento de descanso, siempre dispiertos para acechar la ocasion de dañar al invasor. Sarsfield y Manso en el Llobregat, tenian en respeto á la guarnicion de Barcelona, y la division de Eroles, de la que regia una parte el valeroso Gay, operaba desde las inmediaciones de Tarragona al Ebro, estendiéndose algunas veces hasta la provincia de Lérida.

El digno y esforzado Clarós, cuyos sentimientos religiosos rayaban tan alto, que no entraba jamás en combate sin llevar á la grupa una imágen de la Vírgen, conservada con veneracion por sus nobles descendientes, hubo de ser el blanco de las iras de Campoverde, en la representacion que elevó á la regencia, desde Alicante donde permanecia inactivo este general, sobre quien tanta responsabilidad recaia en los asuntos de Cataluña. No enmudeció el adalid catalan; antes bien, con la elocuencia y la elevacion que dan una intachable conducta y unos servicios cual los suyos, dió á conocer á la regencia lo que en ningun otro caso hubiera hecho, lo que le debia la patria, lo que le debia el mismo Campoverde, cuyos partes elogiando el comportamiento de Clarós, pudo leer el gobierno de la nacion, con la ingratitud del marqués y el olvido en que unos servicios tan esclarecidos habian quedado.

Montserrat, ocupado de nuevo por los españoles, se hallaba de nuevo convertido en nueva fortaleza, á pesar del incendio que consumió una parte del edificio. Tanto como por su importancia

estratégica interesaba la ocupacion de este elevado punto, para centro donde pudiesen reunirse las partidas sueltas que discurrian por el país, y confeccionarse descansadamente los numerosos artículos indispensables á todo ejército, que como el español, se hallaba en contínua, dura y porfiada campaña. Guardaba el monasterio una fuerza de jóvenes catalanes de 15 á 17 años la mayor parte, y de ingleses desembarcados de uno de los buques bloqueadores, al mando del coronel de ingenieros Sir Edevin Green. Multitud de operarios se ocupaban en la fabricacion de los espresados artículos. Habia sido tambien fortificada la ermita de S. Dimas.

De vuelta Decaen de su espedicion á Barcelona, donde entró el 19 de julio, no sin haber experimentado el 13 en el Coll de Santa Cristina fuerte oposicion por parte de Manso, quien con solo las escasas tropas de que disponia le contuvo mas de tres horas; volvió á salir el 27 hácia Montserrat, para desalojar de nuevo á los españoles de aquel encaramado puesto. Acompañábanle los generales Clement y Deveaux. Los 16 monjes y 5 ermitaños que se hallaban en Montserrat, huyeron de nuevo con la venerada imágen de la Vírgen, que escondieron hácia la parte de Bacarisas, al saber que el ejército enemigo se dirigia otra vez á aquel santuario.

Avanzaba Decaen dividida su hueste en dos columnas, compuesta la una de 4 á 5,000 hombres, por Esparraguera y Monistrol, á las órdenes de Clement, y la que mandaba Deveaux, fuerte de 1,500, por Collbató. Andando cerca el aguerrido Manso, no habia de dejar de oponerse al paso de los enemigos, aunque tan superiores en número. Apostó pues 50 hombres en el camino real inmediato á Breda, los cuales cargado el fusil con cartuchos de pergamino y cuatro balas, esperaron á la division que debia pasar por aquel punto de noche. Llegado que hubo el cuartel general enemigo á tiro de pistola de los emboscados, hicieron estos una descarga cerrada sobre el general y su gefe de estado mayor, quienes no atinaron sino á volver grupas y á unirse al resto de la division: tal fué la turbacion y el espanto.

Pero otras compañías estaban apostadas por disposicion de Manso, en la subida de Collbató y barranco de las Caparcas, encontrándose el resto del batallon en Casa Massana, cuyos di-

ferentes puntos recorria asiduamente aquel gefe, dispuesto á aprovechar cualquiera oportunidad favorable á sus miras. Tan acertadas habian sido sus presunciones acerca de la marcha de los franceses, que dirigiéndose el enemigo al amanecer por Collbató, cayó de nuevo en la emboscada que le habia tambien el español por esta parte preparado, en los difíciles pasos de ella hasta el Bruch alto. Mayor fué la oposicion que esperimentó al llegar á Casa Masana, donde el resto del batallon de Manso bastó para contenerle cuatro horas mortales.

Adelantaron los franceses hácia la casa de Elías una columna de 600 granaderos. Al efecto de hostilizarlos en el camino que conduce á Montserrat, reconcentraba Manso sus fuerzas, cuando recibió aviso de que la columna imperial que habia tomado la direccion de Collbató, se hallaba ya barbeando el monasterio, y que las tropas que á retaguardia habia ido dejando, se disponian á envolverle. Burlóles Manso, dejando libre el paso de la carretera y dispersando su hueste, designándole á Castellgalí para punto de reunion.

Poca fué la defensa que en el monasterio hicieron los anglo-españoles á las órdenes de Green. Retiráronse luego á la ermita de S. Dimas, en donde opusieron breve resistencia, en número de 224 hombres, entre ellos 16 oficiales.

Bloqueáronlos estrechamente los imperiales, ya que lo inaccesible del punto permitia una buena defensa; pero faltos de víveres y de agua, hubieron de capitular el 29 con todos los honores de guerra. Los enemigos habian entrado á las tres de la mañana en el convento.

Retirado Manso á Manresa, escribió á Sarsfield manifestándole la posibilidad de destruir á los imperiales en la retirada de Montserrat. Contestóle el general que no difiriese el hacerlo, atacando por la derecha del rio, mientras él lo verificaria al propio tiempo por la derecha del mismo. «Desgraciadamente, segun su biógrafo, se perdió el segundo parte de Manso que en contestacion á aquél, y para ponerse enteramente de acuerdo con Sarsfield le dirigia: pues como muchos soldados de este general vestian los despojos de los franceses, hubo de dar el portador con verdaderos soldados de esta nacion y entregar el pliego al

que se lo pidió, en la inteligencia de que era el mismo Sarsfield.» Sea por tan inverosímil motivo ó por otro mas razonable y verdadero, Manso que no podia estar al alcance de este contratiempo, tomó la izquierda del rio el 1.º de agosto, y para dar lugar á que se le reuniese toda la fuerza disponible, consistente en 1,600 hombres, maniobró antes de empezar el fuego, con la que le permitia el terreno, hasta formar sus escuadrones sobre una loma cortada por dos barrancos.

En esta disposicion cercáronle los enemigos, que en número de 4,000 abandonaban por aquel lado el monasterio para restituirse á Barcelona. Sarsfield no concurria con el ofrecido apoyo, y si Manso podia considerarse fuerte por la interposicion de los barrancos, y la difícil subida de la loma, en la cual tenia buenas seguridades de defensa, no así podia contar con la salida, pues era imposible el descenso sin caer prisionero. Cargaron los primeros los franceses á la bayoneta, á lo que, segun tenia el gefe español prevenido, figuró huir á la desbandada la primera compañía, despues de haber disparado las armas, pasando á retaguardia. Contando ya haber vencido, dirigiéronse alborozados los imperiales á la combatida altura; mas inesperadamente se encontraron en ella una segunda compañía formada en batalla, y ante cuyo fuego hubieron de retroceder las cuatro veces que intentaron romperla á la bayoneta. Cansados al fin los invasores de combatir en vano contra aquella firme muralla de carne humana, y aproximándose la noche, continuaron su retirada á Barcelona, dejando á los nuestros coronando la posicion que tan gloriosamente habian sabido defender. Manso acabó de merecer el concepto de hábil y esforzado militar. El general Clement que habia mandado la accion por parte de los franceses, fué objeto de la rechifla de sus propios compañeros, que creian fácil cosa hacer prisionero á un batallon español. Ofendido á lo sumo Clement por la crítica del comisario ordenador Dubois, batióse con él á pistola, al llegar á Barcelona, fuera la puerta de San Cárlos, quedando muerto al primer disparo. Enterróse el cadáver entre dos naranjos en el huerto del párraco de la Ciudadela.

Nuevas jornadas de gloria esperaban á Manso. Lacy fué á darle personalmente las gracias en Martorell. Oigamos lo que dice

sobre esto su citado biógrafo : « Por el camino llegó Lacy á manifestar á Manso que habiendo recibido órden del gobierno para formar cuatro divisiones del ejército , estaba decidido , á conferirle el mando de una de ellas , de que deberia formar parte el batallon que tantos dias de gloria habia dado bajo sus órdenes á la madre patria : Lacy llevó sus ofertas al estremo de que si queria , seria aumentado aquél con otros tres batallones , para que formase regimiento completo. Manso opuso á ello la mayor resistencia ; pero insistiendo el general en la misma idea , mandándole que desde aquel dia usase tres galones , se vió obligado á aceptar, y contestó á Lacy que para darle las gracias le enviaria el dia siguiente, si se lo permitia , 300 prisioneros. Absorto quedó el general al escuchar tan grave promesa , y mucho mas por considerarla autorizada desde luego por un militar tan acreditado como Manso: despidiérónse por entonces , y dirigiéndose Lacy á Villafranca , dióle Manso una escolta de 300 granaderos para que le acompañasen hasta S. Sadurní.»

« El proyecto que Manso habia formado en el instante mismo en que su general le habia designado su promocion á coronel, consistia no menos que en la captura de un destacamento que los franceses debian colocar en Molins de Rey , á la defensa de Monjuich y de S. Pedro. Manso , acostumbrado siempre á que sus obras correspondiesen á sus palabras, salió el 7 de agosto de Esparraguera, aparentando tomar la direccion de la costa , y al amanecer del 8 se encontró entre Barcelona y S. Felio. Habló entonces á sus soldados llenos de la fé que le animaba , y con el lenguaje habitual en donde aquellos no habian hallado jamás doblez, y sí los mas ciertos vaticinios.—« No tardará , les dijo , en pasar el relevo para Molins de Rey , y la guarnicion relevada la tendreis tambien aquí dentro de poco : una de las dos es nuestra; elegid la que querais. » Los soldados obtaron por acometer á la guarnicion saliente , calculando , y no sin acierto , que se retiraria á Barcelona mas confiada que la otra , por el parte *sin novedad* que llevaria de su tránsito. Manso dejó en este caso pasar el relevo que salia de Barcelona , y colocó su tropa y los 300 granaderos que habian regresado de acompañar á Lacy , y que llevaban órden de concurrir á aquel punto , en el paraje que creyó opor-

tuno para obligar á batirse al enemigo. Ya hemos indicado lo arriesgado de la accion por el concurso de los fuertes de Monjuich y S. Pedro Mártir que podian descubrir las tropas de Manso: además de esto en el pueblo del Hospitalet estaba de canton una brigada enemiga, harto próxima al punto elegido por Manso para la captura del destacamento; pero nada bastó á hacerle ceder de su propósito.

«Entre tanto, salieron los franceses de Molins de Rey y se dirigian á Barcelona á las ocho media de la mañana: Manso salió á esperarlos por la carretera, en tanto que los fuertes de Monjuich y S. Pedro Mártir no cesaban de hacer señales al destacamento que no las veia ó no las comprendia; y al descubrir las fuerzas españolas que iban á acometerle, formó en masa y salió del camino á tomar una pequeña altura que se hallaba á su espalda sobre la derecha. Esta operacion en que Manso habia previsto se comprometerian los franceses, pues parecia el mejor partido que podian tomar, fué precisamente lo que ocasionó su ruina; puesto que Manso se habia anticipado á colocar detrás algunas fuerzas que descendiendo en el momento en que los franceses iban á tomar la colina, concurrieron con las demás á envolverles, cargándoles á la bayoneta, y sin darles apenas lugar para hacer un simulacro de defensa. Manso tuvo que dirigirse apresuradamente al punto céntrico del combate para salvar la vida de aquellos á quienes consideraba vencidos, y que queria conservar prisioneros, llegando efectivamente con la mayor oportunidad para apoderarse del destacamento entero. Vadeó en seguida el Llobregat por S. Vicents, se retiró á Martorell á la vista de las guarniciones de los citados fuertes, y desde aquel punto envió un granadero con parte verbal al general Lacy, diciéndole: «que sentia no haberle podido cumplir la palabra empeñada de enviarle 300 prisioneros, por haber perecido algunos». Debemos añadir, como complemento de este notable suceso, que Lacy recibió esta noticia encontrándose en un baile, y que habiendo hecho que le ayudasen, levantó en alto al granadero portador de ella, enseñándolo á la concurrencia: tal fué el entusiasmo que de él se apoderó en aquel momento, y tal el premio conquistado por el mérito militar».

Falta consignar como prueba de la moralidad de las tropas de Manso, que habiendo en esta accion entregado su espada por el puño uno de los capitanes vencidos á otro de los capitanes mas valientes que acababan de vencer, cometió éste la felonía de pasarle con el mismo acero. La víctima fué vengada, pues el indigno capitan despreciado de todos sus compañeros y separado del batallon, fué á morir en un hospital, presa de los mas terribles remordimientos. Manso fué promovido á coronel el 15 de agosto, quedando con el mando del regimiento de cazadores de Cataluña y de la cuarta seccion del ejército del principado.

Aun que abochornados los franceses de Barcelona, por la sorpresa tan felizmente llevada á cabo por los españoles, mencionáronla en el diario de esta capital como de escasa significacion, asegurando que no volveria á repetirse. Dióse por retado con ello Manso, segun el mismo historiador de los hechos á que nos referimos, y no dejando nunca de corresponder á los llamamientos que en cualquier sentido dirigian los imperiales á su honor y al de sus tropas, dispuso repetir la misma operacion de Molins de Rey con el relevo que debia verificarse el 23. Temerario parecia semejante propósito, pero Manso hubo de creerlo asequible, ya que la única precaucion que habian despues del anterior suceso tomado los enemigos, se reducia á escoltar el destacamento con una brigada hasta S. Felio.

Hallábase Manso con su division en Esparraguera el 22, cuando se le presentó un conocido que le enviaba el francés, con las mas halagüeñas proposiciones, si se pasaba á sus armas ó consentia en abandonar las que defendia. Acostumbrado estaba el español á semejantes misivas que siempre supo rechazar con enojo. Mas esta vez sirvióle el mismo comisionado para llevar al enemigo falsas noticias de los movimientos que iban sus tropas á ejecutar aquella noche, hácia la parte de Igualada y Tarrasa, á fin de que pudiese con mayor confianza verificarse el acostumbrado relevo de los franceses de Molins de Rey.

Al mismo tiempo que volvia el comisionado á Barcelona, dirigióse Manso á Martorell, donde habia llegado una compañía que hizo salir otra vez, acompañada de un guia, para el punto de la Riera Bona, en acecho de una partida de 300 á 400 franceses,

que por allí pasarian, y á los cuales debia atacar, en la inteligencia de que el propio Manso presenciaria la accion. Otros destacamentos fueron igualmente apostados en combinacion con el anterior, y con parecidas instrucciones. Manso con dos compañías y un escuadron de coraceros, atravesando la carretera de Valencia y el rio Llobregat, se situó al amanecer del 23, entre Molins de Rey y S. Felio. Oculto en las sinuosidades del terreno, esperó impávido á los imperiales que no se hicieron aguardar mucho tiempo. Presentáronse en número de 700, de los cuales quedaron 300 en S. Felio, continuando los restantes hácia Molins de Rey precedidos de una pequeña vanguardia.

Atacaron éstos á un corto número de españoles que se presentó hácia la derecha; mas en aquel instante las dos compañías, una de granaderos y otra de cazadores, salieron del lugar en que se ocultaban, acometiendo simultáneamente por el flanco izquierdo y retaguardia al enemigo. Otras dos compañías y algunos coraceros cargaban entre tanto á los 300 franceses de San Felio, los cuales lejos de protejer á aquel destacamento como era su deber, huyeron apresuradamente á Barcelona. El abandonado destacamento intentó por su parte seguir su marcha de frente, esforzándose en llegar á su destino; pero interceptada la carretera por otras dos compañías que se presentaron haciendo una tenacísima resistencia, vióse obligado á defenderse; lo que hizo con la mayor bravura. Perdieron los franceses 154 prisioneros. De los restantes, pocos fueron los que quedaron con vida ó salieron ilesos del combate. Retiróse Manso á Martorell con la presa de aquel dia. Lacy y Eroles le enviaron el mas entusiasta parabien, vaticinándole que su nombre no se borraria jamás del libro de la posteridad (1).

Mientras tanto, la escuadra anglo-siciliana que salió de Palermo á principios de junio y constaba de 6,000 infantes á las órdenes del teniente general Sir Thom Maintland, convoyada por buques de la escuadra inglesa del Mediterráneo, bajo el mando

---

(1) Biografía del teniente general D. José Manso (del Estado Mayor del Ejército Español).

del contra almirante Hallowell, habia arribado á mediados del propio mes á Mallorca, en cuya isla habia un depósito de tropas españolas, cuyo orígen es preciso contar aquí.

Persuadido el mariscal de campo D. Santiago Wittingam, á quien en 1810 habia dado la regencia el mando de la caballería del ejército de la isla gaditana, de que no era indispensable esta arma en una plaza sitiada, y conociendo tambien la necesidad de un depósito para llenar las bajas que diariamente esperimentaban todos los ejércitos españoles de la península, propuso el gobierno con este objeto la formacion de 30,000 hombres en la isla de Mallorca, libre por su posicion de las embestidas del enemigo. La falta de recursos paralizó la admision de tan útil proyecto, hasta que manifestando Wittingam que el embajador británico le felicitaria el vestuario y armamentos necesarios, obtuvo por último la aprobacion de la regencia, y á fines de 1811 se embarcó aquel gefe para Mallorca con varios oficiales escogidos por él, para emplearse en la organizacion del nuevo ejército, llevando consigo cinco millones para los primeros gastos, y llegando á Palma, donde desembarcó, con el coronel inglés Campbell, encargado de tres trasportes ingleses que conducian no solo el equipo necesario para el ejército, sino todos los útiles de campaña. El capitan general de Mallorca, D. Gregorio de la Cuesta, protegió cuanto pudo el establecimiento, y Wittingam se dedicó con celo laudable á la instruccion de los reclutas que recibia del continente, estableciendo una academia militar en que se formasen buenos oficiales. Es tambien digno de elogio, el patriotismo del canónigo D. Juan Montaner, gobernador de aquel obispado, quien no contento con ceder gratuitamente para este servicio el colegio denominado de la Sapiencia, ni con costear todas las obras y reparos indispensables, entregó además 20,000 reales al director, para la compra de libros é instrumentos. Los pueblos de aquellas islas y los de las provincias cercanas, se negaban á dar todo el contingente de hombres necesarios para la formacion de este ejército, escaseando tambien los recursos, cuya falta se aumentó con la muerte del general Cuesta. Deseando Wittingam renovar los entorpecimientos que su establecimiento encontraba, se embarcó para Cádiz el 1.º de abril,

en donde manifestando á la regencia el objeto de su viage, le facilitó ésta 800 hombres que en aquella ciudad se habian reunido, de los dispersos recogidos por el general Ballesteros en Andalucía, comunicando órdenes al reino de Murcia, para que proporcionase cuanta gente pudiese. Aprobó tambien el gobierno la formacion de la academia militar de Mallorca, mandando se exigiese un colegio, bajo el plan propuesto por Wittingam, cuyos alumnos se destinasen á oficiales de su cuerpo de ejército. Para las urgencias de éste, le dió el embajador inglés dos millones, con los que regresó á Palma el 16 de mayo, en donde continuó con el mismo empeño la organizacion de su fuerza. Todos los oficiales que á la misma se destinaban eran vestidos y armados inmediatamente; y en vista de los adelantos que notaba en la instruccion, considerando próximo el momento de poder trasladarse á la península con su gente para hacer la guerra, en la que tantos deseos tenia de tomar parte, dispuso para poder llevar tropa de todas armas, la formacion de una compañía de zapadores (1).

En tales circunstancias llegó allí la espedicion anglo-siciliana, cuyos gefes, como hubiesen visto maniobrar perfectamente la division de Wittingam, satisfechos del brillante estado de la misma, acordaron agregar hasta 4,500 hombres de aquella tropa á la fuerza de su mando, con los que partieron para Mahon á donde arribaron el 27 de julio. A los dos dias, volvió á hacerse á la vela todo el convoy, dirigiendo su rumbo hácia la bahía de Blanes en Cataluña, donde dió fondo el 1.º de agosto á la embocadura del rio Tordera. Componíase la escuadra de mas de 200 velas. Disponíase el general inglés Maitlland á verificar el desembarco; mas inopinada y ligeramente mudó Lacy de parecer, despues de las repetidas instancias que tenia hechas, y cuando esperaba el principado su salvacion con la llegada del imponente auxilio; despues que el mismo general habia acabado de infundir tales confianzas con su proclama al ejército y á los catalanes, fechada en Moyá el mismo dia 1.º de agosto. «Un for-

(1) Guerra de la Independencia.—Narracion histórica, por D. Miguel Agustin Príncipe.

midable ejército, decia en ella, está desembarcando en estas costas para confusion y esterminio de los vándalos. Soldados del primer ejército, vais á competir con unas tropas, que son el modelo de la disciplina, del valor, y que tan debidamente se titulan ya invencibles en España.»

A pesar de tales y tan inmediatas seguridades, no vacilan en afirmar historiadores generales de nota, que temiendo los gefes del principado, que la espedicion inglesa llamase la atencion de os franceses y les hiciese traer fuerzas de otras provincias, prefirieron continuar guerreando solos como hasta entonces, á recibir auxilio estraño, por lo cual, aconsejado Maintland por el mismo Eroles, enviado al efecto por Lacy, que se enderezase á Alicante, cuya plaza podia ser amenazada en aquella ocasion, partió el inglés en esta direccion, juzgando fundadas las razones de los nuestros.

¿A qué pues entonces la comision de Eroles á Mallorca, á qué la proclama de Lacy, y la que publicó al mismo tiempo la junta superior del principado? ¿A qué la contribucion extraordinaria impuesta *por última vez,* segun ofreció el general español, y que debia quedar satisfecha por todo el dia 16? ¿A qué la bajada de las tropas españolas del Urgell y de Cardona, y á qué apostarse las de Rovira y Clarós, en los desfiladeros de Arenys desamparando el Ampurdan, y mantenerse Lacy y Eroles en Moyá? Sin embargo, es lo cierto que desembarcaron solo algunos ingleses para conferenciar con Eroles, volviéndose luego á su bordo, y dirigiendo el rumbo á Alicante, á cuyo puerto llegaron á los ocho ó nueve dias. Para tranquilizar al país, mas sin ilustrarle sobre el reciente é incomprensible suceso, publicó Eroles en Villanueva á mediados de agosto, una proclama en que decia que si la espedicion ańglo-siciliana se habia enderezado á Alicante, habia sido para el mejor bien de Cataluña.

Tan repentina mudanza no pudo provenir de volubilidad en los gefes de nuestro ejército, cuando tanto hasta el último momento habian hecho para atraer el socorro y facilitar el desembarco, comprometiéndose además con el ejército y con el país. Ordenes supremas llegadas muy perentoriamente, atraian sin duda á Alicante la espedicion destinada á Cataluña. Una vez

mas vió desvanecerse esta provincia la risueña esperanza de su pronta liberacion.

Decaen, que aunque enfermo, habia salido de Barcelona para oponerse al desembarco, volvió á esta ciudad el dia 8, y hasta saber que los anglo-sicilianos habian tomado tierra en Alicante, mantuvo en el exterior una fuerte division pronta á dirigirse á cualquier punto de la costa, haciendo al mismo tiempo poner en estado de defensa, no solo los fuertes marítimos de Barcelona, esto es, la Ciudadela, S. Cárlos, Linterna, y Punta llamada vulgarmente *del Racó*, sino que cambió y aumentó la artillería de la muralla de tierra, por si los españoles cooperaban como era probable de este lado al ataque de la ciudad.

Este suceso no impidió que el activo gobernador de las Medas continuase incomodando á los franceses, ya desde sus baterías, ya destacando algunos buques á las inmediaciones de Bagur, y que Manso redoblase en el Llobregat sus sorpresas que mandaba casi siempre en persona, no perdonando á un destacamento de 25 franceses, al que rindió embistiéndolo á la bayoneta, despues de hacer sobre él una descarga desde su acecho; mas como al ver el comandante de la fuerza francesa, el corto número de los vencedores quisiese hacer todavía resistencia, opúsosele Manso, lidiando con él hasta acabarle á sablazos.

Para alejar á Milans que tenia bloqueados á los franceses de Mataró desde el 16 de setiembre, envió Decaen una division de 4,000 infantes y 200 caballos que se hallaban en S. Celoni, la cual despues de tratar en vano de envolver á aquel gefe, y ejecutadas por ambas fuerzas opuestas, diferentes maniobras, trabóse formalmente la accion el 19, en las colinas que miran el camino real de Arenys á Llabaneras, inmediato á la ermita del Remedio. El combate fué empeñado y sangriento. Durante tres horas estuvo indecisa la victoria. Por fin, y ya cerca la noche, empezaron á ceder los enemigos replegándose sobre Mataró. Picáronles largo trecho la retirada los nuestros, mas sin bajar al llano, temerosos de la caballería. Escarmentado el general Espert, que mandaba á los imperiales, por un número tan inferior de españoles, apenas acertaba en su ira á dar las convenientes disposiciones para cubrir la vergüenza de su derrota.

En aquellos dias celebróse en los puntos libres de Cataluña, la publicacion de la Constitucion, tan esperada y con tanto entusiasmo recibida por los españoles. La ciudad designada por las Córtes para solemnizar tan fausto acontecimiento, fué la heróica y desgraciada Manresa. En ella fueron estremados el gozo y los festejos. Otras poblaciones se distinguieron tambien, obsequiando á las tropas con opíparos y alegres banquetes. Una de ellas fué Reus.

Ocupados creian únicamente en sus fiestas á los españoles, la noche del 27, los enemigos, considerándose seguros de todo ataque, cuando la alarma se difundió en los que guarnecian á Tarragona. Con auxilio del comodoro Codrington habiase aproximado el baron de Eroles á aquel puerto, embarcada parte de su division en el navío Blake y la fragata Franchese, y sorprendiendo á todas las embarcaciones francesas, pegó fuego á muchas, entre ellas dos cañoneras, llevándose las restantes hasta cinco. Por medio de este oportuno golpe, logró impedir que por algun tiempo pudiese el enemigo incomodar la navegacion costanera. Retiróse luego á Reus con la presa, sin que la guarnician de Tarragona hubiese tenido tiempo de oponerse á su intento.

Nada deseaba tanto el baron como vengar á los habitantes del Campo y de Lérida, de los atropellos con que los crueles gobernadores Bertoletti y Henriot ofendian, no solo á aquellos paisanos sino á la humanidad entera. Ya antes de ahora hemos hecho mencion de semejantes caribes; mas por mucho que insistamos en consignar sus actos, nunca estará bastante castigada su repugnante conducta. La de Henriot particularmente, recuerda los tiempos de los Nerones, Calígulas y Caracallas. «Para formarse una idea de ese hombre feroz,—leemos en una relacion manuscrita—bastará apuntar algunos de sus actos, como son: mandar subir á lo alto de la cárcel, ó de la torre de la catedral en lo mas crudo del invierno, á los presos por contribuciones, á los cuales pone en camisa en dicho lugar descubierto. A otros les manda bailar cuando á él se le antoja y al que se le resiste, le obliga á garrotazos. Ha llegado al bárbaro estremo de cortar una oreja á uno que no pagaba puntualmente la contribu-

cion.—Son tantos los paisanos que ha arcabuceado ó deportado á Francia durante su gobierno tiránico, que se asegura pasan aquellos de 800 y éstos de 4,000. Pocos meses hace, á una señora de carácter que no podia pagar el impuesto, la mandó poner desnuda con solo enaguas en la plaza, y despues de largas horas de tal infamia, la mandó azotar, de cuyas resultas murió al siguiente dia.—Poco tiempo hace trajo presos de Agramunt 7 paisanos, los cuales como se escusasen diciendo, que si no pagaban era porque no podian.—«Bien, dijo; uno, dos, tres, fusilado; uno, dos, tres, fusilado:» y como cabalmente los dos terceros eran ricos, pidieron tiempo para la busca del dinero, el cual fué entregado; mas el inícuo gobernador les mandó poner un grillete y trabajar en las obras públicas, con obligacion de dar cada dia un real al soldado que les custodiaba.» Tampoco le faltaba, sino una jaula como al gobernador de Cervera, al menos una estrecha caja de madera en la que desde el cuello á las rodillas encerraba á los infelices vecinos que caian en sus manos, esponiéndolos de este modo al público, con un letrero infamante en la espalda.

Nada debe admirar despues de tal salvagismo, que ordenara Lacy no dar cuartel á ningun soldado de la guarnicion de Lérida, mientras mandase en esta ciudad el general Henriot, y que para acabar de una vez con tan insoportable dominacion, ideara el paisano Rabasa volar el castillo, pegando fuego á 1,500 quintales de pólvora que habia en él almacenados (1).

---

(1) Hé aquí los pormenores de este suceso, tal como los hallamos en los manuscritos del P. Ferrer. Es indudable que el hijo del guarda-almacen de Lérida—catalanes ambos,—formó el plan de volar el castillo, creyendo así sepultar bajo sus ruinas á toda la guarnicion, y en seguida apoderarse de él los españoles.—Conferenció al intento con los generales Lacy y Sarsfield, quienes con sus respectivas divisiones, se apostaron en las cercanías de aquella plaza, situándose Lacy en Corbins. Pegó fuego á las once de la noche del 15, creyendo que lo tendria por tres horas, y escapóse luego, lo que no causó sensacion por saber todos la libre entrada y salida que tenia el citado jóven y lo mucho que privaba con el gobernador.—Llegó á Corbins, donde encontró al general Lacy, el cual con el reloj en la mano esperaba la esplosion, la que se verificó á la una en punto, una hora antes de lo que pensaba. Cuál fuese el estrendo que aquella causó en los pueblos vecinos, solo

Para vengar en algun modo tales ultrages, sabedor Eroles el dia 1.º de octubre, que una columna de 400 infantes y 80 caballos, habia salido de Lérida y llegado á Espluga Calva, partió á su encuentro la misma mañana, desde Reus, con 4 compañías de granaderos y 4 de cazadores, de los batallones de Tarragona, Fernando VII, Leales manresanos y Cardona, dejando el resto de los mismos en la citada poblacion, á las órdenes del coronel Villamil, no fuese que aprovechando su ausencia la guarnicion de Tarragona saquease los pueblos vecinos.

Dificultaba la marcha de Eroles lo dilatado de la misma y las

---

los habitantes pueden ponderarlo, los cuales cuando ahora lo refieren á sangre fria, mudan de color por renovárseles semejante catástrofe. — Sea que Lacy esperase que Sarsfield atacase con la caballería — que estaba á esta parte de Barcelona, — sea que ambos quedasen aterrados de tan vehementísima esplosion, ó en fin, sea lo que fuere, lo cierto es que no embistieron el castillo, ó si lo verificaron no se atrevieron á entrar en él. — Con esto resultó frustada una tentativa de las mas estraordinarias en el arte de la guerra, pues reanimados los pocos franceses que quedaron con vida — se asegura que solo fueron 67 los ilesos, — supieron aparentar menor pérdida y acudir á los puntos que necesitaban mas pronto socorro, interin llegaban otras tropas á las cuales si bien no se les habia dado aviso, bastante lo fué la sola esplosion. — Esta fué tal, que en Benavent, dos horas distante de Lérida, abriéronse de par en par las puertas y ventanas. En Agramunt, distante diez horas, se oyó tal estruendo que todos creian ser terremoto, y así abandonando ligeramente las camas pedian á grandes voces perdon al cielo. — Si tales fueron los tristes efectos de la esplosion á tantas horas de distancia ¿qué seria en la misma ciudad y castillo de Lérida? ¡Ah! no puede la pluma describir semejante confusion y desgracia. Una gran parte de éste quedó aportillado, volando algunos de los cañones de bronce á bastante distancia. De los demás enseres no hablo, pues todo saltó. Los montes estaban blancos de los muchos millares de barriles de harina que volaron. Las casas que se hundieron por la lluvia de descomunales peñascos que sobre ellas se desplomaron, son muchas sin contar las que cayeron con la sola esplosion.... No debe estrañarse tanto estrago si se atiende á que habia en los almacenes 1,500 quintales de pólvora. — El silencio de los periódicos españoles de la provincia, sobre todo despues que tan ofensivamente acusaron los papeles franceses á Lacy y Sarsfield de feroces autores del atentado de Lérida, dió márgen á creer que en efecto lo habian dirigido. La relacion que acabo de hacer, inclina á lo mismo; con todo, no quiero sentenciar en el asunto á pesar de que sé que el ejecutor está en Mallorca y abiertamente propala ser él el autor de la esplosion, y da la culpa á los dos gefes referidos, de que no esté la plaza de Lérida actualmente en nuestro poder. Ha hecho su representacion á las córtes y goza de sueldo por la accion.»

prevenciones con que habia de verificarse, para que no se enterase de ello la columna enemiga. A este efecto, en lugar de dirigirse el español por el camino recto, siguió el de Prades, atravesando las montañas del Priorato. Anticipadamente habia enviado algunos cuerpos destacados, para que tomasen todas las avenidas, y dado órden al capitan Cervera, de la reserva de Lérida, que con 200 hombres se hallaba en Vinbodí, de pasar sobre el Albi, con el fin de disfrazar y encubrir mejor el movimiento. Al amanecer del dia 2, se hallaba ya sobre este pueblo, y señalando desde allí la direccion de Espluga Calva, á las espresadas compañías de reserva, siguió con su columna hácia Juneda, contramarchando luego vía de Arbeca, un cuarto de hora antes de llegar á aquella villa.

La marcha fué ejecutada con tanto sigilo, que no tan solo consiguió llegar el baron á la misma villa de Arbeca sin conocimiento de sus moradores, mas aun sorprendió dos espías que iban á dar parte de su avance al enemigo. Allí supo que unos 70 caballos franceses acababan de salir para Maldá, y que toda la infantería imperial con algunos ginetes permanecia en los Aumellons. Aprovechóse Eroles de esta coyuntura, para cortar la comunicacion entre los infantes y caballos contrarios, y sin perder un instante se enderezó á Aumellons. Hállase situado este pueblo en un reducido valle cercado á derecha é izquierda de algunos cerros de escasa elevacion. Para apoderarse de los de la izquierda envió Eroles al mayor Quer con los granaderos, media hora antes de llegar al pueblo, mientras él con los cazadores y la caballería marchó por el lado opuesto.

Los primeros tiros de la columna de Quér, hicieron salir de la poblacion al enemigo que se apercibió de tener encima á los españoles, cuando ya ocupaban éstos la posicion que para la defensa del punto convenia, y como corrió Eroles á ampararse del caserío, viósc cortado el francés mas pronto de lo que á su salvacion interesaba. Trató entonces de romper en columna cerrada por la posicion que defendian los granaderos; pero halló la muerte en sus bayonetas y en la de sus cazadores, que cayeron sobre su retaguardia. En pocos minutos dejaron de existir mas de 200, por no darles los nuestros cuartel, segun lo preve-

nido en la órden general del ejército de 14 de setiembre, respecto á la guarnicion de Lérida. Todos hubieran sin duda perecido, si el número de los nuestros hubiese permitido guardar todos los pasos ó correr á ellos con la prontitud necesaria para que no se salvasen, como hicieron los restantes, atravesando una ladera y consiguiendo, bien que dejando el suelo sembrado de cadáveres, posesionarse de una colina.

Cogióles de nuevo la retaguardia española, dando rápidamente la vuelta por Arbeca, y otra vez se vieron envueltos por todos lados. Apelaron entonces á la fuga; mas en vano daba el miedo alas á sus piés; tan veloces como ellos los nuestros, á pesar de haber andado diez y siete horas, persiguiéronles cruelmente. Al fin, faltaba ya á nuestras tropas, para matar, el ánimo que les sobraba para vencer, y olvidados de los agravios recibidos del nuevo Mezencio, Henriot, se acordaron de que eran hombres y de que eran españoles. Poseido el noble baron de los mismos sentimientos que sus valerosas tropas, se adelantó, solo, á ofrecerles cuartel. Apenas le oyeron los desbandados fugitivos, cuando depusieron sus armas en número de 175 soldados, 2 sargentos y un subteniente, escediendo de 250 el número de muertos, entre ellos varios de caballería. El resto de la misma se dirigió hácia Lérida desde Maldá, donde antes que el combate se supo la derrota. Nuestra pérdida consistió en 6 muertos, siendo uno de ellos el valiente capitan de Leales manresanos D. José Vigo, y 8 heridos, entre ellos de un bayonetazo, el comandante de la reserva de Tarragona D. Martin Cabestany. Distinguióse particularmente el teniente coronel D. Pedro Antonio de Molina, al frente de los cazadores. Participado á Lacy el resultado de la accion, aprobó por aquella vez la humanidad de que habia usado Eroles; «pero sea, le dijo, la última prueba de nuestra condescendencia.»

El general en gefe español, que no podia mirar con indiferencia la suerte de Olot, cuya villa habia sufrido en poco tiempo las invasiones tanto mas asoladoras, cuanto mayores eran el valor y la resistencia desesperada de sus beneméritos hijos, trató de adelantarse á sus inmediaciones el 25 de octubre, por si en el reconocimiento que intentaba, se le ofrecia ocasion de recobrar la

villa. Salióle mal el intento, pues atacado por fuerzas superiores, tuvo que abandonar el territorio y replegarse otra vez á Vich, con pérdida de 200 hombres.

Celos hacia á los imperiales que por tanto tiempo se conservase en esta ciudad el cuartel general, atrayendo la seguridad y sosiego de aquel punto á tanto *espatriado* ó fugitivo, y principalmente al comercio nómada, el cual durante todo el período de la guerra, como el agua buscaba siempre el imperioso nivel de sus necesidades, ó como el aire el tranquilo vacío donde precipitarse.

Para ahuyentar tal semillero de gente acaudalada, de tropas, de comerciantes y de riqueza, y proveer de víveres y tesoros, salió Decaen de Barcelona con poderosa hueste el 31 de octubre. Aumentada su gente hasta 12,000 infantes, 600 caballos y algunas piezas de artillería, con las tropas que reunió en el Vallés, siguió adelante su marcha. Tratando Lacy de cerrarle el paso, situó todas las fuerzas disponibles entre S. Feliu de Codina y el Plá de la Calma, formando una línea de tres leguas. Los franceses tomaron tambien su posicion al llegar á la vista de los nuestros, dispuestos á empezar los primeros el combate.

Inteligenciado el bravo Manso, alma del primer ejército y el gefe mas temido por los invasores, acerca de la posicion que estos ocupaban, y sospechando que atacarian la línea española por Puig-graciós, aconsejó á Lacy que mandase establecer telégrafos, para la mas fácil comunicacion de un estremo con otro de nuestra línea de batalla.

No debemos pasar en silencio los medios de que se valia Manso para tener noticia de los movimientos de las tropas enemigas, en muchas ocasiones anticipadamente á sus generales. Segun el historiador de su interesante vida militar, componíase el batallon de Manso, de la juventud mas florida del principado, y el sentimiento del valor llevado por ella, hasta el mas absoluto desprecio de la vida, no era sino una de las muchas virtudes que trazaban, el círculo de su siempre noble conducta. Complacer á su coronel y captarse una palabra de su agrado, era la honra mas querida por todos los que bajo sus órdenes estaban, así como lo era tambien, para la generalidad de los catalanes.

Estos inapreciables elementos, puede decirse que eran la base de la fortuna con que constantemente veia Manso coronadas sus empresas. Algunos de sus mismos soldados, cambiando el uniforme militar por el traje del país, se introducian á veces fácilmente en las plazas y en los campamentos enemigos, para tomar noticia del número y de la disposicion de sus tropas. La diversidad de tales confidentes, sin conocimiento unos de otros á veces en un mismo punto, evitaba todo fraude ó empeño en el dicho de uno solo; pero justo es notar que jamás tuvo Manso motivo para quejarse de la infidelidad de ninguno de los suyos, y que si para adquirir noticias ciertas, apelaba á la prueba del dicho de varios, era mas bien para tener mayor copia de datos que le ilustrasen. Hé aquí porque Manso podia aunque fuese con escasa fuerza, permanecer tranquilo á la inmediacion de un ejército enemigo, pues éste se hallaba imposibilitado de emprender el menor movimiento, sin tener la certeza de que una ú otra señal, mas rápida que un telegráfico aviso, habia de manifestarlo á Manso.

Tratando Lacy de suplir la inferioridad de las fuerzas de que disponia, mandó levantar algunas ligeras fortificaciones en el terreno que juzgó mas á propósito para esperar al enemigo. Milans pasó al Congost de la Garriga, para volar aquel puente, mas no pudo conseguirlo. Manso que desde el 1.º de setiembre habia sido nombrado comandante de la cuarta seccion del primer ejército, se situó con tres regimientos en las alturas de Puig-graciós, que caian en el centro de la línea, sobre una meseta que atrincheró oportunadamente, alentando en el trabajo á sus tropas con estas palabras: — « Animo, ánimo; vale mas sudar agua que sangre; » añadiendo con tono profético: — « Hoy es dia de Todos los Santos, y mañana será aquí tambien el de los difuntos. »

El francés Lamarque, emprendió el siguiente 2 de noviembre, el ataque de la línea española, cargando con predileccion el centro de la misma que se apoyaba como dejamos indicado en las altures y ermita de Puig-graciós. Los imperiales tomaron los primeros parapetos de la meseta en que se defendia Manso, pero les fué imposible avanzar hasta los segundos. Este gefe ha-

bia calculado y aun dicho á algunos, que aquel dia le matarian á él ó al caballo, atendiendo al nutrido fuego del enemigo y á que yendo montado sobresalia á los parapetos como un blanco. Su prevision se realizó, pues cayó mortalmente herido su caballo, único de que durante todo el dia se habia servido.

Despues de un porfiado ataque, y de una defensa no menos briosa y firme, mandó Lacy retirar ya cerrada la noche, variando de posicion para protejer el movimiento de nuestro ejército. Pero el precavido cuanto valeroso coronel, se contentó con encender grandes hogueras en su nuevo campo, dando luego órden para que con el mayor silencio y recatadamente se replegase toda la fuerza hácia Pó de S. Martin. Llegado allí, á donde le habia Lacy precedido, reconvínole el general en gefe por haber abandonado tan pronto su posicion. Contestó Manso que el enemigo, contentándose con hacer oir el toque de sus músicas sin proseguir en su ataque, daba muestras de envolver á los que quedaban. No se engañaba Manso, pues al amanecer pudo verse á los imperiales, cercando de todos lados el punto últimamente desamparado por los nuestros.

Libre ya el paso de Vich, avanzaron á esta ciudad los invasores llevando 400 heridos, y dejando en el campo de batalla 700 muertos. Confesaba esta pérdida el mismo general en gefe enemigo, el cual para noticiar su avance al gobernador de Barcelona, entregó el parte á una mujer del campo; pero ésta lo puso en manos de Lacy. Llegados el 4 á Vich, vióse de nuevo aflgida esta poblacion con tanta soldadesca desenfrenada, habiendo casa donde se alojaban hasta 22 individuos. No se olvidó Decaen de imponer una contribucion de cien mil duros, que en gran parte logró realizar, y formó dos baterías, una en el Remedio y otra en la parte de Malla.

Bien pronto se vió obligado á abandonar su nueva conquista, pues desfilando una parte del ejército español hácia Reus, con intento de llamar la atencion del francés sobre Tarragona, tantas veces amenazada, levantó éste su campo, formando dos divisiones, una de las cuales se dirigió por Manresa, mientras la otra regresaba directamente á Barcelona en donde entró el 19. El primer ejército contaba entonces unos 11,000 hombres dis-

ponibles y 6,000 repartidos en varios puntos de guarnicion. El número de las tropas imperiales ascendia á 20,000 hombres, pero tambien eran mas importantes las plazas que le interesaba guardar, segun exigia el estado de la guerra. A la guarnicion de Barcelona, incomódola ya Eroles que llevaba la vanguardia, al pasar el dia 8 á la vista del puente de Molins de Rey. Manso, despues de haberse adelantado hasta Coll de Vall, cerca de Puigcerdá, en donde sostuvo el mismo dia 8 una reñida accion, se replegó á Manresa y Esparraguera para estar á la mira de los movimientos de los enemigos, que segun se habia previsto, se retiraron de Vich para seguir las huellas de los españoles.

Estos empezaron sus operaciones atacando el coronel Villamil, á la cabeza de 300 hombres, el castillo del Coll de Balaguer, en cuya cresta del glácis, en la misma estacada, llegó á establecerse el dia 11, despues de causar gran daño á la guarnicion, á la cual halló prevenida y firme. Frustado el intento, retiraban los españoles, cuando se encontraron con dos compañías que destacadas de las fuerzas que guarnecian á Tarragona, se hallaban apostadas en Mas Morató. Cargóles desde luego Villamil, y las obligó á ganar la ciudad, por ser tan inferior al nuestro su número.

La columna imperial que habia emprendido desde Vich el camino de Manresa, en cuya ciudad, abandonada de nuevo por sus habitantes á pesar de los anteriores escarmientos, solo se detuvo algunas horas, interesándole dar cuanto antes alcance á los españoles, avistó el 18 á las tropas de Manso que se habian parapetado en Casa Massana. El español solo reunia dos batallones, el de cazadores de Cataluña y el de Barcelona. La division enemiga pasaba de 8,000 hombres. Sin embargo, desde las diez de la mañana en que principió el combate hasta puesto el sol, se sostuvieron firmes los nuestros, sin permitir la menor ventaja á los imperiales. Lacy que estaba cerca con el grueso del ejército, tuvo así ocasion de continuar desfilando por un flanco, llevando muchas horas de ventaja (1)

(1) La consideracion que guardaban á Manso los franceses, hace mas

Por aquellos dias, el coronel Llauder, dejando con parte de la guarnicion las islas Medas, hizo un desembarco en el continente, avanzando hasta la casa fuerte de Bañolas en la que cercó á una fuerza enemiga, teniendo que retirarse el 22 del propio noviembre á causa de haber sido herido; pero habiendo causado gran pérdida á los contrarios que por su parte se defendieron con estraordinaria valentía.

La generosidad con que en la guerra se conducian los españoles con los prisioneros franceses, no era por estos mas apreciada ni mejor correspondida. Al comportamiento de Eroles en Arbeca, tras cuya victoria llegó á enviar libres á Tarragona 17 heridos, contestaron los enemigos con el fusilamiento de varios españoles en Arenys, debido al general Espert; tres mas que fueron ahorcados en Villamajor y cuatro individuos del cuerpo de preferencia del corregimiento de Barcelona, que lo fueron el 21 de noviembre en la esplanada de la Ciudadela, sorprendidos en acto del servicio, en el pueblo de S. Andrés de Palomar el 24 de octubre, sin que las reclamaciones hechas al general Mathieu, para que les tuviese la consideracion debida á su calidad de soldados que se le justificó, ni la amenaza de que se tomarian las mas severas represalias, por el menor atentado que se cometiese en sus personas, fuesen suficientes para precaver tan atroz homicidio.

Execrando Lacy la odiosa conducta del invasor, y vuelto á la ciudad de Vich despues que este la desocupó para correrse al Llobregat, no pudo menos de espedir en 26 del mismo noviembre, un manifiesto en que decia: «Quizá no hay pueblos de

---

notable la decision y constante fortuna con que vemos les combatia: como prueba de aquella, debemos consignar que descubierto por este tiempo en Barcelona un proyecto, en que se suponia que D. Esteban Pagés, trataba de envenenar las aguas, tanto de dicha ciudad como de la de Mataró, este desgraciado, preso en la Ciudadela y próximo á ser sentenciado, salvó la vida solo por el hecho de presentar una carta de Manso, en que le preguntaba por su salud y mostraba interés por su persona: es de saber que Manso escribió esta carta á solicitud del mismo Pagés, por suponerse que su presentacion probaria á los franceses la estimacion que Manso le tenia; hecho que, como decimos, bastó para que aquellos le perdonasen. — *Vida militar y política del teniente general D. José Manso, conde del Llobregat*

cuantos hán tenido la desgracia de hospedar á nuestros crueles enemigos, que no haya esperimentado los mayores desastres, y en que el fuego ó el hierro no se hayan empleado en víctimas inocentes, aumentadas por los suplicios con que bajo cualquier colorido de justicia, se ha ahorcado ó pasado por las armas á uno ú otro ciudadano.—Acábese pues de una vez nuestro sufrimiento, ya que en prueba de él, no hemos reportado mas que nuevos agravios; y puesto que los enemigos nos provocan á la represalia, usémosla rigurosamente y sin escepcion de casos, sacrificando á la venganza nacional dos individuos de los que forman sus hordas, por cada uno de los cuatro soldados de preferencia ahorcados en la esplanada de Barcelona. A este fin serán conducidos al parage mas inmediato á los puestos enemigos, en el mismo corregimiento de Barcelona, y ahorcados en él, ocho prisioneros franceses que se ha mandado sacar á la suerte y sin distincion de clases, de entre los que existen en Cardona. Mas subirán de grado nuestras medidas de represalia, cuantos mas fueren los atentados en que nos sea preciso motivarlas, hasta que el progresivo número de víctimas que cueste á nuestros opresores cada una de las que á nosotros nos sacrifique, les advierta de su barbárie y reprima su conducta.» ¡Lastimoso caso á que la guerra acostumbra á conducir á los hombres! Estremece ciertamente pensar que está lejano el dia en que la estincion de tales abusos, escándalo de la humanidad, estigma odioso de los pueblos que los ocasionan, sea citada como el gran triunfo de la civilizacion sobre la barbárie!

El 23 de noviembre partieron hácia el campo de Tarragona, las tropas imperiales reunidas en el Llobregat. Formaban una division de 5 á 6,000 infantes, 200 caballos y 5 piezas de artillería. Mandábales el gobernador de Barcelona Mathieu, secundado por los generales Expert y Deveaux. El 26 entraron en Reus junto con el gobernador de Tarragona Bertoletti, que se les habia unido con parte de la guarnicion de esta ciudad. El mismo dia se situó Villamil á una hora de aquella villa, con una columna de 1,300 infantes y 100 caballos, para hostilizar en sus correrías al enemigo, mientras Eroles con el resto de sus fuerzas se mantenia al mismo objeto en el Plá, y protegia la reunion

en Valls, de los refuerzos que el 29 y 30 le llegaron enviados por Lacy.

Despues de insignificantes escaramuzas entre las avanzadas de Villamil y las francesas, creyendo Eroles que los imperiales aguardaban en Reus el resultado de una accion formal, y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, dió las órdenes convenientes para asegurar la victoria, segun espresion del mismo general español. Mas lejos de aguardarle el enemigo, abandonó la villa apenas supo la reunion de los nuestros, encubriendo su marcha con la oscuridad de la noche. Hasta las doce de la mañana del 1.º de diciembre, no pudo el baron cerciorarse de la sorprendente retirada del francés hácia Barcelona. Con todo, desatóse con presteza en su regimiento por el Coll de Santa Cristina, avistándole á la una de la noche cerca de Villafranca donde estaba acampado.

Determinó Eroles desafiarle en aquellos llanos á la mañana siguiente, confiando en el valor y entusiasmo de sus tropas, y sin contar con la columna que á la otra parte de Reus habia dejado. Al efecto, destacó desde la Bisbal al coronel Manso, para que con sus tropas, pasando por la derecha de la Granada, fuese aquella misma noche á colocarse al pié de Ordal, y él, mientras descansaban las demás tropas, se acercó con la vanguardia hasta media legua de Villafranca, desde donde envió al coronel Molins, con los granaderos y cazadores de Tarragona, 40 coraceros y 20 húsares, para que dispersando las avanzadas entrase á degüello la villa.

Un cuarto de hora antes de comenzar el ataque, disparóse casualmente un fusil en la avanzada enemiga; incidente que alarmando al reten de la entrada de la poblacion, aumentó la vigilancia de este punto. Oyeron los nuestros como reprendia el comandante francés al descuidado soldado: tanto les favorecia el viento y tan inmediatos se hallaban. Restablecida la tranquilidad en el campo enemigo, nuestras gentes que no habian sido vistos ni sentidos, se arrojaron con ímpetu sobre los primeros puestos, arrollándolos y pasándolos á cuchillo, y penetraron tras los fugitivos en la villa, sin que bastara á contenerles el reten que guardaba la entrada. Pertrecháronse los franceses en las casas

sin que uno solo se defendiera á cuerpo descubierto, como los nuestros se presentaban, los cuales conseguido el objeto de cansar al enemigo, que sobre haber perdido la noche anterior llevaba una marcha de 14 horas, para atacarlo al dia siguiente, se retiraron ordenadamente sin ser perseguidos por los imperiales, y habiendo tenido solo fuera de combate de 6 á 8 hombres. Los enemigos llenaron algunos carros de heridos, ocultando como de costumbre sus muertos que fueron numerosos. Al continuar á la madrugada su marcha, dejaron en el hospital 9 heridos que no pudieron llevarse: tan embarazados se hallaban.

Mientras tanto una parte de la columna de Manso se habia estraviado, impidiéndole este contratiempo llegar en el momento oportuno al punto que le habia sido designado y por el que pasaron con precipitacion los enemigos sin ser incomodados mas que por una partida de cazadores de Cataluña, la única fuerza que consiguió llegar á tiempo á las alturas de Ordal. Eroles que contaba con la cooperacion de Manso por aquel lado, lanzóse tras los imperiales; pero bien presto conoció con cuanta inutilidad se cansaba en irles al alcance, puesto que no eran formalmente detenidos por la fuerza destacada al efecto. Distinguiéronse al frente de los coraceros el capitan Socias, y al de los húsares el teniente Lopez y el cadete Graells, el cual sacó muerto el caballo despues de haberse valerosamente singularizado. Los nuestros se replegaron sobre Tarrasa, desde, donde de allí á pocos dias, se opusieron, aunque inútilmente, junto con las tropas de Milans al paso de un convoy que sacó Decaen de Barcelona para Francia.

Mas afortunado Manso, salió el 20 de diciembre de Caldas de Montbuy con intencion de sorprender la guarnicion de Mataró. Tenian los franceses apostados en el camino varios vigilantes para avisar cualquiera aproximacion de tropas enemigas. Burlóles Manso en su prevision, enviando á algunos de los suyos, de uno en uno, y vestidos en traje de aldeanos, tras de los cuales venian de dos en dos otros soldados con armas. Trabaron los primeros conversacion con las centinelas avanzadas ó vigilantes, y mientras mas entretenidos les tenian, llegaron las gentes armadas á quienes precedian y juntos se apoderaron rápidamente de los descuidados atalayas. De esta suerte pudo avanzar una fuerte columna

hasta la misma puerta de Argentona, de cuya guardia se apoderaron tambien las dos primeras compañías de vanguardia sin disparar un tiro. Destinó luego Manso estas dos compañías para que se situasen entre la ciudad y el fuerte de Capuchinos, al objeto de impedir que en él pudiesen refugiarse los enemigos de la poblacion, en la cual penetrando de pronto sorprendió á cuantos la guarnecian, como se ha dicho, de dia, haciéndoles 3 capitanes, 1 teniente y 27 soldados prisioneros, ocasionándoles mas de 60 heridos, y despojándoles de gran cantidad de algodon, azúcar y otros géneros preparados para su exportacion al imperio vecino.

Ocurrió durante la accion que acabamos de apuntar uno de esos hechos que no se leen sino con asombro y raras veces en la historia: presenciólo la mayor parte del vecindario de Mataró. Perseguido un oficial francés por uno de los soldados de Manso, subió á la azotea de una casa de dos pisos acosado siempre de cerca por el español: viéndose cerrado en tan encaramado punto y no teniendo otra azotea mas inmediata que la de una casa baja pero al otro lado de la calle, sin tomar apenas carrera se puso sobre ella de un salto de cinco varas que era lo que la calle por lo ancho medía. Si admira la resolucion del francés, propia del miedo de que se hallaba poseido, sorprende verdaderamente que empeñado en cojerle su perseguidor se precipitase tras él con la misma fortuna, sin desprenderse del fusil ni de la mochila, y consiguiendo apoderarse del oficial. Entre los prisioneros que se hicieron al enemigo, muchos de los cuales lo fueron en el café, habia oficiales, empleados de la Aduana, dependientes del resguardo y desertores del ejército español. Los del fuerte de Capuchinos dispararon varios tiros sin causar pérdida alguna á los nuestros, quienes solo tuvieron un herido que lo fué por un individuo del resguardo; pero el agresor pereció á manos del mismo Manso. Los efectos ocupados, representando un valor de 40,000 duros, fueron embarcados y conducidos á puerto seguro. La division vencedora volvió á salir de Mataró el mismo dia, realizado el objeto que se habia propuesto (1).

---

(1) Correo patriótico de Manresa, del jueves 31 de diciembre de 1812. Vida del general Manso.

Mientras los últimos acontecimientos tenian lugar, densa atmósfera se habia ido formando en Cataluña contra la conducta del general Lacy. Gran parte tuvieron en ello la falta de los brillantes resultados que exageradamente se prometian los que sin atender á los medios escasos de que podia el capitan general disponer, hacian la guerra desde su apartado refugio, ó desde el interior de las plazas ocupadas por el enemigo. Al considerar la incansable actividad con que trabajaba D. Luis Lacy, en medio de su entera carencia de recursos, segun un moderno historiador, ya hostilizando continuamente al enemigo, ya salvando con sus enérgicas providencias á los patriotas que gemian bajo el yugo del usurpador, no parecia posible hallar un buen catalan que se mostrase poco satisfecho de la conducta de aquel caudillo; mas desgraciadamente los hubo, y el bizarro general encontró ingratitud donde menos debia esperarla. La junta de Cataluña, mal aconsejada, ó guiada de pasiones innobles, dirigió una inmotivada esposicion á la regencia, en la que atropellando la verdad y contra la general conviccion del país, acusaba de inactivo al incansable general Lacy. Por fortuna la regencia, bien persuadida de que ningun otro caudillo hubiera hecho mas en las circunstancias deplorables en que se encontraba el principado de Cataluña, desatendió la infundada é injusta queja, teniendo presente á tan distinguido general para darle un mando correspondiente en la nueva organizacion de los ejércitos nacionales.

Reclamando las ventajas obtenidas por las armas españolas en los meses de julio y agosto, el aumento de los ejércitos aliados para hostigar al invasor por todos lados, habia ya nombrado el gobierno del reino en 2 de setiembre, comandante general de Aragon á D. Pedro Sarsfield. Ayudó á este nombramiento, ó mejor separacion de Sarsfield, la rivalidad que entre este gefe y Eroles existia, perjudicial algunas veces al mismo país por el cual ambos con igual valor se sacrificaban. Pasó Sarsfield á Aragon con algunos cuadros del primer ejército, bien aguerridos y disciplinados, para que sirviesen de base al armamento general del espresado reino, entrando desde luego en Barbastro donde ocupó considerables repuestos acopiados por el enemigo y contribuyendo poderosamente á hacer cambiar de faz la guerra de aquel terri-

torio. Sin embargo, dentro de poco le veremos volver á combatir con igual entusiasmo en el suelo catalan, teatro de sus principales proezas y á cuya libertad parecia haber privilegiadamente consagrado toda su voluntad, todo su cariño y todas sus mas brillantes aspiraciones.

En gefes ni en soldados se habia entibiado aquel ardor primitivo. Los mismos eran todavía aquellos á quienes el corazon habia hablado y sacado de las tareas de la agricultura, de los talleres ó del silencio y recogimiento del estudio y de la paz doméstica, para remover la arena del campo de Marte en duro combate con el invasor, para alentarles diciéndoles con la elocuencia que del suyo traducia el ilustre autor del *Centinela contra franceses*, D. Antonio Capmany:—«Sangre generosa, sangre española ¿para qué la conservo en vuestras venas sino para derramarla en defensa de la patria que os dió el ser y juntamente el valor? Vosotros ciudadanos pacíficos que dormiais en el profundo sueño de la esclavitud en que os tenia adormecidos hace años el terror del tirano, levantasteis el grito de la guerra sin necesidad de cajas ni de clarines, y os armasteis antes de tener armas. El acero estuvo en vuestros pechos primero que en vuestras manos. Ya hemos visto despues que vuestro corazon está casado con nuestra espada, y que es casamiento de amor y no de intereses viles: sea para siempre indisoluble. Desde el memorable dos de mayo jurasteis, y lo habeis cumplido, el eterno voto de vengar las atroces muertes que padecieron á las bocas de los fusiles franceses vuestros indefensos hermanos, á quienes no les concedió la fortuna la dicha de morir peleando: última satisfaccion de aquel postrero y desesperado trance. Perecísteis desventurados habitantes de Madrid; pero los ángeles os veian y pedian á su Señor y al vuestro el desagravio de la inocencia sacrificada. Y el Señor dijo: yo os vengaré; y ha cumplido su palabra».

Tales escritos valian por regimientos enteros de indestructibles soldados, pues mantenian tras los reveses, siempre entusiasta, siempre sufrido y emprendedor, el ánimo de los guerreros españoles. Y puesto que de tal suerte apreciamos tales trabajos, y que es una pluma catalana la que hemos citado, y la que mas

contribuyó á avivar en los pechos de nuestros compatricios la santa llama de la independencia, no vacilamos en hacerles lugar, bien que no tan digno cual se merecen, en esta obra, como lo tuvieron, y bien noble por cierto, en el corazon de aquellos ciudadanos, que obedeciendo á sus palabras y á sus propios sentimientos, nunca entregaron sino por la punta las armas al enemigo. Porque la España se bastaba á sí sola; porque tras los varoniles soldados que la defendian habia ancianos y niños y mujeres que esterminar, y quienes desasiendo de las yertas manos de los primeros el ensangrentado acero, lo hubieran á su vez esgrimido, que no fuera la primera vez que obtuviese la victoria el mas débil, prefiriendo que las futuras generaciones leyesen al sentar sobre nuestro suelo su planta: *Aquí yace España libre* antes que la contemplasen entre cadenas ó con la marca de la esclavitud en la frente.

LIBRO SEXTO.

1813.

CAPÍTULO I.

Consideraciones generales.—Córtes.—Abolicion del Santo Oficio.—Diputados catalanes.—Nueva regencia.—Primer ejército.—Lacy.—Oteiza.—Eroles toma interinamente el mando de la provincia.—Manso en Villanueva.—Milans en el Trull y Collsacreu.—Espedicion de Eroles sobre Rosas.—El capitan Requena.—Proyecto contra Tarragona.—El brigadier Porras en las inmediaciones de Ripoll.—Eroles en el valle de Aran.—D. Francisco Copons y Navia, capitan general de Cataluña.—Arrasa Eroles los fuertes de la costa desde Tarragona á Tortosa.—Reconocimiento de Villamil sobre Mora de Ebro.—Manso en la costa de levante.—Llauder en Prats de Moló.—Fleires sorprende á Mataró.—Copons desbarata los proyectos de Kesnel contra la Seo de Urgel.—Decreft escarmienta al enemigo en Ridaura.—Victoria de Llauder el 7 de mayo en las cercanías de Ripoll.—Socorre Decaen á Tarragona y Coll de Balaguer.—Bátenle en retirada los españoles.—Conspiracion de Barcelona descubierta por los franceses.—Se da al fin oidos á la voz de la humanidad.

Un horizonte ya mas despejado se ofrecia á la vista de los españoles. Napoleon que á la cabeza del mayor ejército de cuantos han visto los siglos modernos habia marchado hácia el polo, para dictar, segun espresion de un historiador, la ley al universo, vió allí rasgarse los cielos y aparecer escrita en lo alto la sentencia de su ruina, aunque sin amenazar su soberbia, facilitando á los contrarios la ocasion de arrojarle de un trono que su ambicion no le permitió conservar. La España necesitaba de ese respiro para repararse de las pérdidas sufridas, y para tomar aliento en una guerra tan contínua y ensangrentada. El órden y disciplina

que era necesario restablecer en los ejércitos españoles exigia que en todo el invierno no se empeñasen acciones campales segun tenia aconsejado el duque de Wellington, escepto en los puntos que como en Cataluña estaban demasiado mezclados los enemigos con nuestras tropas. Harto habia que hacer en éstos con estar de contínuo sorteando los ataques contínuos del francés, y aprovechar sus descuidos, para pensar en disfrutar de alguna calma ó auxiliar en sus movimientos á las fuerzas nacionales de otras provincias. Ni lo permitian, como hemos indicado, las operaciones del enemigo, ni lo consintiera el país, desolado siempre por sacudirse de encima al cruel invasor y pronto á clamar contra los gefes de mayor mérito y prestigio (1).

Los rigores del clima, que junto con una clase de resistencia la mas estraordinaria habian mermado considerablemente el grande ejército de Napoleon en el norte, decidieron en efecto de la suerte de ese ambicioso monarca. Los invasores de España, no pudiendo recibir ya mas refuerzos, antes por al contrario teniendo que continuar desprendiéndose de parte de sus fuerzas, bien pronto se vieron reducidos á 80,000 hombres, de los cuales pertenecian unos 7,000 al arma de caballería. Sin el contínuo rio de sangre francesa que antes con rápido curso, recorriendo los tortuosos y angostos desfiladeros de los Pirineos venia á ingerirse en las venas del cuerpo de ocupacion, tan desangrado por otra parte con la mas mortífera de las guerras ¿qué suerte aguardaba á los enemigos en la península?

El emperador de todas las Rusias se habia aliado con España en 2 de julio de 1812 contra el emperador de los franceses, reconociendo por legítimas las córtes generales y estraordinarias reunidas en Cádiz y la Constitucion decretada y sancionada por ellas. Otro parecido tratado habia concluido la Suecia con nuestra nacion algunos meses despues, y desde el trópico austral la princesa del Brasil D.ª Carlota Joaquina se congratuló con la regencia

---

(1) No tardaron los catalanes á herirles, en su impaciencia, con los siguientes pareados:—Lo baró de Eroles, es un joch de bolas.—En Gay, no hi arriba may.—En Milans ja no ataca com avans.—En Manso ja fa 'l ganso, etc., etc.

de España por la que llamaba «buena y sabia Constitucion que el augusto Congreso de las córtes acababa de jurar y publicar con tanto aplauso de todos y muy especialmente del suyo.»

Dignas de su reunion estas córtes tan celebradas, á pesar de los desaciertos que hubieron de cometer, trataron de luchar contra los restos del fanatismo y con la ceñuda intolerancia de muchos, para abolir como abolieron por votacion del 22 de enero de 1812, el tribunal de la Inquisicion, mas terminantemente de lo que habian hecho en 25 de marzo de 1811; á cuyo fin se aprobaron despues de empeñados debates las siguientes proposiciones: 1.ª La religion católica, apostólica, romana, será protegida por leyes conformes á la Constitucion. 2.ª El tribunal de la Inquisicion es incompatible con la Constitucion.

Los diputados por Cataluña, Creus, Morros, Aytes, Marqués de Tamarit, Serres, Valle, Papiol, Lledos, Sentmanat, Dou y Calvet, fueron de los que mas vivamente se opusieron á la abolicion del Santo Oficio. En su esposicion del 4 de enero manifestaron el compromiso en que se hallaban, tratándose de un tribunal que en todos tiempos habia merecido la mayor solicitud de los catalanes. «Examínense, decian, las últimas córtes celebradas en Barcelona por Cárlos, que era el tercero, en 1706, tiempo en que gozaban los catalanes de la plenitud de su libertad y derechos; tiempo en que la rivalidad y competencia de los dos aspirantes á la corona aumentaban en algun modo el espíritu de que naturalmente por sus usos y costumbres estaban aquellos dotados para pedir cuanto estimasen útil á sus libertades y fueros: examínense y se notará que al paso que reclaman desde el capítulo 66 al 78 contra los abusos que en punto al número de familiares del Santo Oficio, conocimiento de las causas civiles de éstos y estension de jurisdiccion se han introducido por no observarse los capítulos acordados con el inquisidor general en las córtes de 1522 celebradas en Monzon por la reina D.ª Germana, dan siempre un privativo conocimiento al tribunal en las causas de fé, afirmando que produjo su institucion grandísimos efectos para el aumento de la santa fé católica y que importaba al servicio de Dios y aumento de la religion que fuese autorizado y respetado por todas.» De esta y de otras citas aducian que era cierto que

la voluntad general de la provincia, que hasta entonces se pudo manifestar, queria la subsistencia de dicho tribunal en su peculiar atribucion del conocimiento de causas pertenecientes á nuestra creencia. «Pero ¿habrá, señor, añadian, desde entonces variado esta voluntad de la provincia? Esto es lo que en ningun modo pueden asegurar los diputados que abajo firman. Antes bien, pueden inferir que continua ahora la misma. Lo cierto es que se consideró en ella, como presagió del tolerantismo en España el tiránico decreto de Napoleon que la abolió. Que el tribunal suprimido en Barcelona por la violencia francesa encontró sin reparo asilo y proteccion para establecerse en Tarragona con los individuos de él, fugados de la capital sin contradiccion ni reclamacion alguna. Lo cierto es, que los pastores de varias iglesias de la provincia, quienes conocerán sin duda los piadosos sentimientos de sus ovejas, reclaman su establecimiento. Lo cierto es por fin, que no solo varios impresos de aquella provincia, sino tambien infinitas cartas particulares significan el disgusto con que oyen en ella así los sabios como los ignorantes tratarse de su abolicion, y el peligro á que espondria una importuna providencia de esta parte. Podria ser tal vez que variase la provincia de sentimientos. Los diputados que abajo firman han remitido á ella el proyecto de la comision que se repartió para conocer el efecto que producirian en los ánimos de los habitantes las ideas que contiene. Pero el tiempo ha sido muy corto para poder en tanta distancia cerciorarse de ello. No es pues posible que en el dia aseguren sus diputados mudanza alguna de sentimientos en el asunto ni que apoyen las ideas del proyecto sin esponerse á contradecir abiertamente á la voluntad general de los pueblos que representan.»

¿Debemos decir que la espresion del país estuvo acorde con la de sus representantes, cuando ningun dato lo corrobora? Los impresos que hemos tenido ocasion de ver, fuera de los discursos de los diputados Valle y Llaneras, no pueden ser manifestaciones mas vergonzantes. Regularmente se publicaban con esta cabecera: «*Copia* de *una* carta que *un* respetable *obispo* ha escrito á *un* señor diputado, etc.» No se atrevieron los contrarios de la abolicion, á oponerse abiertamente, francamente, con todo el peso de su razon, de su autoridad y de su número.

Prudentemente restablecieron sin embargo las córtes, la ley 2.ª título 26, de la partida 7.ª, para las causas de fé y su tramitacion en el que se hicieron algunas variaciones, prohibiendo los escritos contrarios á la religion. De todos modos, no se publicaron tales reformas hasta el 22 de febrero con el título de: «Decreto de abolicion de la Inquisicion, y establecimiento de los tribunales protectores de la fé,» que junto con el manifiesto que la acompañaba se mandó leer en todas las iglesias antes del ofertorio de la misa. Esta providencia mal interpretada, hizo que el clero se obstinase en contrariar á las córtes, motivando el apeamiento de la regencia cuya conducta parece no fué muy leal en este punto. Resistiéronse los curas á la lectura mandada por la asamblea nacional, pretestando que usurpaba el gobierno los poderes de la iglesia, que se forzaban las conciencias, que se les obligaba á prevaricar, como dijo Valle, el diputado por Cataluña, y por fin que se profanaria la casa del Señor y la cátedra del Espiritu Santo con semejante lectura: —«Ojalá, contestó á ello el diputado Teran, se hubiese tenido siempre presente el decoro y respeto debido á tan santos lugares, y que no se hubiese profanado la casa del Señor y la cátedra del Espíritu Santo, alabando, ¿á quién?... al perverso Godoy... ¡Profanacion del templo por leer el decreto de V. M., cuando hemos visto colocado el..... retrato de aquel privado á la derecha del altar mayor! ¿Cómo no lo rehusaron entónces?... ¡Ah Señor! El celo y la piedad parece estaban reservados para oponerse únicamente á las resoluciones soberanas dictadas con toda madurez, y para frustrar las medidas que con la mas sana intencion proponemos los que nos gloriamos de conocer y amar la verdadera religion y procuramos en todo el mayor bien de la patria.....Señor, yo no puedo mas.....» Y abundantes lágrimas embargaron la voz del orador, produciendo en la asamblea un efecto maravilloso (1).

---

(1) Que se ofrecia incienso á Godoy, dice Capmany, no solo en verso y prosa sino «hasta en los templos de Dios, en donde no habia jamás penetrado entre católicos la idolatría del poder humano. ¡Oh, sagrada oratoria!» continúa, «á qué vil oficio te habia prostituido la venal adulacion! Nos admiraremos de que á Cesar Octaviano le erigiese un ara la gentil Tarragona;

Cambiada la regencia en 8 de marzo, conforme en parte con lo dispuesto por la Constitucion, recayendo el cargo en los tres consejeros de Estado mas antiguos, presentes en Cádiz, que fueron D. Pedro Agar, D. Gabriel Ciscar y el cardenal arzobispo de Toledo D. Luis de Borbon, repitieron las córtes el mandato de la lectura, que entonces, faltando el apoyo de los caidos regentes, fué obedecido sin clase alguna de oposicion. Así se desvaneció aquella liga clerical que habia principiado con la pastoral ó manifiesto fechado en Palma de Mallorca el 12 de diciembre de 1812, aunque impreso y circulado mas tarde y firmado por los obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona refugiados en aquella isla á causa de la invasion. Comprendia la pastoral varios puntos, dividiéndose en capítulos dirigidos á probar que la iglesia se hallaba ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades y combatida en sus doctrinas. Ensangrentábanse sus autores especialmente contra el Diccionario crítico-burlesco de D. Bartolomé Gallardo, impugnando con ahinco las opiniones de algunos diputados, en particular de los que eran eclesiásticos y se tenian por jansenistas y partidarios del sínodo de Pistoya. Ostentaban doctrinas inquisitoriales y ultramontanas, separándose en un todo de los ejemplos que les habian dejado nuestos insignes prelados del siglo XVI, de quienes decia Melchor Cano al emperador Cárlos V: «No fuera mucho que su escuadron y el de hombres doctos de acá hiciera mas espanto en Roma que el ejército de soldados que S. M. allá tenia.» La publicacion de tal escrito coincidió con el del obispo de Santander bajo el nombre de D. Clemente Pastor de la Montaña, compuesto en octavas rimas y encaminado al mismo objeto, cuyo estravagante título era: «El

---

cuando las efigies de este enemigo de la patria y escándalo de la cristiandad se introducian y colocaban en las casas del Señor, huyendo las de los santos de su vecindad. Se colgaban las paredes de adornos cuando debieran cubrirse de luto: las campanas tocaban á fiesta cuando debieran á rebato. Estas sacrílegas demostraciones no serán creidas de la posteridad, y nosotros apenas las creeremos dentro de poco, con haberlas visto. Lloren su pecado los que se desnudaron de todo respeto humano y divino para humillarse á tanta bajeza; y lloremos nuestra cobardía los que lo consentíamos con nuestra paciencia».—*Centinela contra franceses. Parte segunda.*

sin y el con Dios para con los hombres; y recíprocamente de los hombres para con Dios, con su sin y con su con (1).»

El primer ejército, reducido como hemos dicho á sus propias fuerzas despues de haber confiado vanamente en la ayuda de la escuadra anglo-siciliana, alejada de nuestras costas en virtud de una órden superior, segun supusimos, ó por no avenirse su gefe, como pretendieron despues los papeles franceses, á ponerse á las órdenes del capitan general de Cataluña, hizo cuanto las circunstancias le permitieron, cuanto al guerrero instinto de sus gefes pareció mas útil á la defensa de la patria. El resultado de la guerra, mas debia esperarse de lo que en el exterior acontecia que de los esfuerzos de los españoles, grandes en verdad, pero particulares para la cuestion que se ventilaba en Rusia. Al pesar este poderoso imperio sobre los cargados hombros del coloso de Francia, por fuerza habia de conmoverle en un pedestal, que la España estaba socavando cuatro años hacia, y derribarle por fin.

En esa lid donde la constancia de los españoles emparejaba con su heroismo, Cataluña debia llevar la peor parte en sufrimientos, así como una de las mayores en triunfos y en gloria. Uno de los primeros territorios invadidos, fué sin duda el que mas sangre costó á los franceses; pero tambien el que padeció mayores estragos y el que debia por mas tiempo sufrirlos por ser tambien el último que los enemigos debian abandonar antes de repasar las fronteras. Refuerzos del esterior no debian ya éstos esperarlos, y los que el emperador retiraba de la península no iban á disminuir los ejércitos de ocupacion mas inmediatos á los Pirineos, porque se completaban por las tropas que del interior de España acudian, prontas á abandonarla del todo, segun pintase la guerra del Norte, ó á internarse de nuevo si la victoria coronaba los esfuerzos del capitan del siglo, cuya imperial diadema ya no sentia cual antes sobre su orgullosa cabeza, firmemente asentada.

Todo eran por el contrario triunfos y confianzas para los ejér-

---

(1) Guerra de la Independencia. Narracion histórica, por D. M. A. Príncipe.

citos de ocupacion de la península, especialmente para el de Cataluña, donde el redactor del «*Diario de Barcelona*» D. Manuel Igual, secretario nato de las comisiones militares formadas para juzgar á los héroes de la patria, servil adulador de los enemigos, y tan desmañado prosista como astroso poeta, desfiguraba los hechos mas conocidos y continuaba llenando de soeces dicterios á los paisanos y militares adictos á la causa nacional, sin advertir que solo dañaba su desventurada pluma al idioma español, único al que no podian dejar de ofender tan pecaminosos escritos.

El que por su afan, tal vez exagerado, de libertar de un modo ú otro al país de tan aborrecidos huéspedes, hubo de ser el blanco donde con mas saña asestaban estos sus envenenados tiros, fué el general Lacy. Los catalanes le acusaban ya de inactivo, de dilapidador, de cruel con los enemigos, no reparando por destruirlos en causar mayor mal á las vidas y á las propiedades de los españoles. Era vulgar creencia, y sus cartas sorprendidas por los franceses la corroboraron, que Lacy no solo tomaba parte en las mas descabelladas conspiraciones sino que las inspiraba, las alentaba y á su realizacion tenia únicamente puestas sus miras. Así lo informó Decaen á su gobierno, fundado en las cartas ocupadas á los conspiradores, entre las cuales, originales ó por copia habia algunas de Lacy, que asegura haber visto en la policía al P. Ferrer, momentos despues de su descubrimiento.

La junta superior participando de la inquietud del pueblo, ganosa como él de lides y pareciéndole que las esquivaba el general, habia como se ha dicho, solicitado su remocion de la regencia; pero ésta que desatendió por entonces tal demanda, hubo de acceder á ella despues del suceso que vamos á referir. El intendente Oteiza, que gozaba de universal estimacion y que á su reconocida aptitud para el destino que desempeñaba reunia una intachable reputacion de honradez, hubo de indisponerse con Lacy hasta el punto de mandarle éste cesar en su empleo, por juzgarle incapaz de servirlo. No obedeció el intendente el mandato, alegando varias razones á las que contestó el general enviándole 60 granaderos que le separasen á la fuerza de sus papeles y de-

más objetos de su cargo, de los que se emposesionó. Temió Lacy con fundamento que Oteiza pondria en conocimiento de las córtes lo sucedido, y para impedirlo ordenó severamente que sin espresa licencia suya nadie pudiese embarcarse en las costas de Cataluña. Burló el intendente esta providencia despachando á su secretario á Vilasar, donde como punto sujeto á los enemigos no era fácil al gefe español hacer que puntualmente se cumpliesen sus disposiciones, y en el cual de antemano habia mandado disponer aquél una embarcacion con 16 remeros, en la que se embarcó su secretario para Cádiz. Súpolo Lacy, y arrepentido entonces del paso que acababa de dar propuso á Oteiza que olvidase lo sucedido y que se hiciese de nuevo cargo de su destino y de cuanto le habia sido ocupado. Mas ya era tarde. Negóse á ello el intendente hasta saber lo que resolvian sobre este asunto las córtes. Con todo, no dejaba de decir á cuantos le hablaban de Lacy, que «no era tan mal general como algunos creian, y que seria muy otro si no fuese por varios de los que le rodeaban. La resolucion de las córtes fué la de separar de Cataluña á un general á quien veian desprestigiado en el país, para darle otro mando, reponiendo en su empleo al probo é inteligente Oteiza, y nombrando interinamente para gefe al baron de Eroles, mientras escogitaban al general que mas convenia poner al frente de la misma. En consecuencia, Lacy quedó en Vich apeado á últimos de diciembre, en tanto que se le destinaba para utilizar sus servicios al frente del ejército de reserva que habia de formarse en Galicia. Eroles tomó el mando en gefe el dia 3 de marzo de 1813, con tanta satisfaccion del país como de los mismos franceses, quienes sabian que el baron era mas amigo de batallas que de conspiraciones en que se tratase de veneno ó de otros semejantes ardides, por haberse manifestado contrario á algunas de ellas, y aun rehusado su cooperacion por juzgarlas impropias de un militar.

Los franceses de Cataluña se preparaban en las plazas ocupadas, porque preveian no lejos el momento de ser fuertemente atacados en ellas por los españoles, á quienes las desgracias del emperador alentaban. Talaron pues los árboles de los alrededores que hasta entonces se habian librado del hacha de la guerra y

repararon la fortificacion del recinto formando baterías avanzadas en los pueblos de los contornos, para evitar sorpresas y afianzar la defensa.

En Barcelona aseguraron el llano volviendo á colocar algunas piezas de artillería en las principales avenidas, especialmente en el puente de Molins de Rey, en torno del cual talaron hasta larga distancia inmensidad de árboles frutales cuyo valor era estraordinario. Por los mismos dias, esto es, el 6 de enero, noticiosos de que con facilidad podian sorprender en su propio manso de la Atmetlla al coronel D. Estéban Pagés, á quien tan brillantemente hemos visto pelear al frente de los somatenes y reserva del Vallés, destacaron un cuerpo no muy numeroso, para que con el mayor sigilo lo verificase despues de la media noche. No llegó sin embargo cerca de la casa que no se hubiese ya prevenido á Pagés, quien trató al principio de resistirse como si tuviese á sus órdenes gente bastante para ello ó pudiera reunirla prontamente en aquella ocasion, mas viéndose perdido vistióse con su uniforme de coronel, y provisto de los despachos que por fortuna habia reclamado y obtenido poco tiempo ántes de Lacy, entregóse á los enemigos, quienes el mismo dia le entraron en Barcelona. Condenado como los demás complicados en la conspiracion, de que volveremos á ocuparnos luego, á quedar detenidos hasta la total pacificacion, volvió al concluirse la guerra á Granollers, de donde era notario, para tomar el estado eclesiástico.

No descuidaban tampoco los invasores el ramo de contribuciones, exacciones ó mas bien castigos sobre la riqueza, en los cuales no andaban parcos, mucho menos vislumbrando cerca el instante de tener que abandonar su conquista. Así es que aunque nada particular habia sucedido en la poblacion de Villanueva para atraer su saña, como no fuese la tranquilidad que allí se disfrutaba, y el comercio que en gran escala tenia lugar, salió de Barcelona el 15 de enero una fuerte division á las órdenes del general Ordonneau, la cual dividiéndose en dos partes al llegar á Molins de Rey, siguió la una por la carretera real, en tanto que la otra tomaba el áspero camino de las costas de Garraf en la marina. En vano trató Manso de oponerse á tal intento. Sus fuerzas eran poco numerosas y no podia dividirlas para atacar á la vez á ambas

divisiones. Contentóse pues con hostilizarlas con su acostumbrada energía.

A media noche penetraron los enemigos en la desprevenida villa, sorprendiendo en sus casas á los principales vecinos. El célebre D. José Bages, uno de los gefes de las conspiraciones de Barcelona, pudo escaparse arrojándose en camisa por una ventana, y aun que se hirió gravemente, consiguió llegar á la playa é internarse mar adentro, en una barca de pescadores que por dicha suya estaba dispuesta. Los enemigos se retiraron aquel mismo dia á Barcelona atacados y perseguidos hasta Sitges por el valeroso Manso; pero no sin haber saqueado segun costumbre é impuesto una contribucion de 100,000 duros llevándose en rehenes á las personas mas pudientes. Pronto acudieron comisionados para tratar de rebaja; mas no pudieron alcanzarla de los codiciosos invasores, cuyo gefe Decaen, que acababa de regresar con importante convoy de la parte de Gerona, les convidó á un baile al que no dejaron de concurrir aquellos, considerando buena la oportunidad para obtener una concesion: con todo, hubieron de desengañarse al decirles Decaen que lo cortés no impedia lo valiente, que aunque enemigos ó comisionados por ellos, podian tomar parte en la danza y divertirse; pero que seria inflexible en la cuestion de dinero de la que ya no le hablasen mas, antes viesen como lo hacian para reunir prontamente la suma impuesta, con cuyo pago podia darse por bien librada la poblacion de Villanueva cuya riqueza le constaba.

Lo mismo en Villanueva que en Reus pocos dias despues, sorprendió Manso de 3 á 400 individuos, militares algunos, mas amigos de la alegre tranquilidad de la paz que de los trabajos de la guerra, y gente la mayor parte indiferente al resultado de la lucha gigantesca que la nacion sostenia, y bien hallados con el solaz que solo en los puntos donde la riqueza afluia encontraban en el escandaloso juego. Embarcados para Mallorca todos los aprehendidos, fueron allí obligados á entrar en los cuerpos militares que estaban organizándose para pasar á pelear como tales en la península, ó á llenar en la misma las numerosas bajas que sus ejércitos esperimentaban. No era solo la plaga de cobardes y jugadores la que con escándalo de los buenos españoles infestaba los puntos

menos visitados del enemigo: otros hombres habia, y no eran por desgracia pocos, que enemigos de la disciplina ó sobrado aficionados á la propiedad agena, pero de índole depravada todos, se reunian en cuadrillas para asaltar y despojar á los caminantes, y sorteando la doble persecucion de españoles y franceses, sorprendian á deshora de la noche, y aun de dia, las casas solitarias ó los pueblos de poco vecindario, valiéndose de cuantos medios inventó la maldad para sacar el dinero de los que tenian la desventura de caer en sus manos. La muerte les estaba á estos tales reservada, si eran cogidos por los invasores; mas los españoles no siempre eran tan severos como debieran en el castigo de estos malvados.

Quiso Milans oponerse el 19 al paso del convoy que el general Lamarque escoltaba hácia Barcelona, el mismo que indicamos habia entrado el 20 en esta ciudad y que habia salido á recibir Decaen. Para ello se aproximó con su division á las alturas de Lorito, cerca de Mataró, de donde atacado por unos 3,000 franceses que le salieron al encuentro desde el pueblo de S. Vicente, tuvo que replegarse, dirigiéndose ya de noche al Trull. Mientras tanto reforzóse Lamarque hasta presentar un cuerpo de 4,000 infantes y 300 ginetes, continuando su marcha el dia siguiente. No se dió Milans por vencido, sino que le fué picando la retaguardia, á la que consiguió hacer perder mas de 600 hombres, sin que en los diferentes ataques que el enemigo le dirigió se desordenasen sus tropas, formadas en escalones, contra los cuales hubo de estrellarse durante cinco horas el teson de los invasores. Compañía de éstos hubo que llegó á perder mas de la mitad de su gente. Entre sus heridos, que no bastando los carros, carretas y bagajes de Arenys de Munt á llevar, eran trasportados por paisanos, obligados á la fuerza, hasta Canet y Calella, se contaban cuatro capitanes y el segundo comandante de la brivalla.

El activo baron de Eroles supo aprovechar la interinidad de su mando con la ejecucion de varios proyectos que no produjeron sin embargo gran resultado, pero que bastaron para mantener al enemigo en contínua zozobra. Tratando de sorprender la plaza de Rosas, despachó al coronel D. José Fabre con una fuerza

de 500 hombres de los regimientos de Ausona y Barcelona, que embarcándose el 1.º de febrero en Villanueva de Arenys en tres buques y otros tantos botes armados, yendo encargado del Estado mayor el capitan de Borbon D. Blas Requena, se dirigió á las Medas. Reunida en estas islas toda la espedicion, en la noche del 7 al 8, pidieron Fabre y Requena ausilio al comandante del navío inglés Leviatan, quien les dió tres botes armados cada uno con un cañon, y reembarcándose parte de la espedicion, á la madrugada del 8 llegó á la cala de Cañellas, á un tiro de fusil del fuerte de la Trinidad en la plaza de Rosas. La guardia del principal de ésta fué sorprendida y encerrada en la misma casa, en cuya operacion dió Requena prueba de un valor y de una serenidad poco comunes, pues como al marchar á la sorpresa del principal que estaba en la plaza, despues de saltar una tapia de cinco ó seis piés de alto y dos de espesor, el ruido que hizo al salvarla y demolerla turbase algun tanto la serenidad del soldado, conociendo aquel gefe lo crítico del momento, dirigióse al principal con los ocho primeros soldados que saltaron, y encontrándose al desembocar en la calle con el centinela francés que dió el quién vive, contestó imperturbable *¡España!* persuadido á que la inmediacion y los esfuerzos que hacia para que su tropa le siguiese, le habian dado á conocer. Observando entonces que el centinela vacilaba, se acerca solo, se finge oficial francés, y reprende en este idioma al soldado, quien duda de nuevo y prepara el arma sin perder momento. Requena entonces se le echa encima, le quita el fusil, y al llegar los soldados españoles grita el centinela, á quien pasa con la espada al mismo tiempo que uno de los nuestros al tirar al francés un bayonetazo, clava en la pared la mano izquierda de su valiente capitan. Alarmados los imperiales al ruido, tratan de salir en número de 200, mas Requena que ya se ha arrancado la bayoneta, hiere de una estocada al comandante enemigo, obligándole á encerrarse con su tropa en el principal, desde cuyas ventanas y una tapia vecina intenta defenderse. Bien quisiera Requena asaltar la tapia; pero no siguiéndole sus tropas, temerosas del número de los contrarios, tiene á su pesar que retirarse el intrépido capitan por la misma brecha que para entrar habia abierto, y reembarcándose re-

gresó á las islas Medas sin haber esperimentado la menor pérdida. El 11 del propio mes, otro destacamento español tomó tierra en la playa de Estartit con el objeto de hacer leña; mas cargado por fuerzas superiores se vió obligado tambien á reembarcarse sin lograr el intento que traia y perdiendo algunos hombres.

Manso entre tanto volvia á apostarse en Esparraguera, sorprendiendo el 16, en las inmediaciones de Martorell, una partida de 22 enemigos que cayó íntegra en su poder, y Milans, juzgado por un consejo de guerra que no aprobó su conducta, sobre actos del servicio que por falta de pruebas nos abstendremos de calificar, era desterrado á Mallorca, á donde se trasladó acompañado de fuerte escolta, pasándose á los enemigos su secretario, quien el 15 entró en Barcelona con tres ó cuatro soldados que le siguieron, llevándose, segun fama, algunos miles de duros.

Grande era el empeño que tenia Eroles por recobrar la plaza de Tarragona. De concierto con este general, tiempo hacia que interceptaba Manso por algunas horas los partes de los enemigos, ganando á sus espías, á fin de que dos de sus oficiales, el capitan Daura y el ayudante Guardiá, se ejercitaran en imitar la letra y firma de los gefes invasores. Instruido así el español de las noticias que deseaba y ya bastante hábiles los dos oficiales de Manso, determinó enviar á Bartoletti un supuesto billete de Mathieu cuya traduccion es la siguiente: «Barcelona y febrero. Mi querido general; en otra carta os he hablado ya de lo que opina el general en gefe sobre lo que me proponiais con fechas 2 y 5. Acabo de saber felizmente que los españoles tratan de dirigir á la Cerdaña gran parte de sus fuerzas y que se halla ya en Igualada la division que tenian en Reus. Las tropas de Vich están tambien en movimiento. Es preciso pues aprovechar este feliz momento y mientras doy parte de todo al general en gefe he determinado hacer ocupar el 20 á Villanueva por 2,000 hombres, esperando que el mismo dia os hallareis en dicha villa con el mayor número posible de vuestras tropas para asistir á la ocupacion de los almacenes y llevaros lo que está destinado á Tarragona. De este modo será segura la operacion. Manso que está en Esparraguera no podrá en manera alguna incomodarla. Yo iré en la espedicion, y vos procurad traeros todos los carros y

acémilas que podais, pues tal vez será esta la última coyuntura que se nos presente». Llevó á Tarragona este pliego la valerosa Teresa Saball.

Por semejante medio lograba el baron hacer salir de la citada plaza la mayor parte de la guarnicion, con su gobernador al frente, y despues de derrotarla con facilidad atacándole por retaguardia, pues contaba aquél con una fuerza de 4,000 hombres, revolver sobre Tarragona en donde, ayudando los conspiradores de dentro, pensaba entrar con poco esfuerzo, desguarnecida casi la plaza como quedaria. Salió en efecto Bertoletti conforme á los deseos que en la fingida carta se espresaban; mas recelándose de la añagaza, no bien hubo dejado la ciudad, por saber que en las inmediaciones de Reus habia 4,000 españoles, ó fuese que llegara en aquel momento á sus manos un parte verdadero de Mathieu, lo cierto es que asegurando á la mujer que le habia traido el apócrifo, regresó prontamente á Tarragona antes que los españoles tuviesen tiempo de cojerle las vueltas, y ciego de ira mandó dar muerte á la desgraciada Teresa Saball, despues de tomar las mas serias disposiciones para evitar una sorpresa. Los nuestros ocuparon el restaurado fuerte de Loreto, que habia sido abandonado por el francés al dejar, engañado, casi indefensa la plaza, para mejor aprovechar las escasas fuerzas de que podia disponer.

Los movimientos que desde Vich efectuaron algunas tropas españolas hácia Ripoll, dieron á creer al enemigo que no era otro el objeto que llevaban sino el de pasar á la Cerdaña. Para impedirlo salió de Gerona en direccion de Olot la division del general Lamarque. Este se propuso penetrar hasta Ripoll por el puerto de Vallfogona, en cuyas inmediaciones atacó el 23 de febrero á la columna que allí mandaba el brigadier D. Joaquin Ruiz de Porras, que se hallaba en posicion; mas despues de un largo y reñido choque se vió precisado el enemigo á retirar al abrigo de la noche y con pérdida de mas de 70 hombres. Picado el general Lamarque en su orgullo, y ansioso de vengar su humillacion, penetrando hasta Ripoll, hizo en la noche del 23 un movimiento oculto y de flanco contra dicha villa hácia la cual se dirigió por S. Juan de las Abadesas. No habiendo tenido el coman-

dante España oportuno aviso de esta maniobra, fuéle imposible reunir toda su tropa antes de presentarse el enemigo, por lo que despues de alguna defensa abandonó á Ripoll. Posesionado Lamarque de este pueblo y de los intermedios entre él y Olot, no se determinó sin embargo á emprender nuevas operaciones y fué retirándose á su antigua posicion de la capital del Ampurdan.

Disponiendo estaba el baron de Eroles nuevas empresas cuando desembarcó en Villanueva el 26 de febrero el nuevo capitan general de Cataluña D. Francisco Copons y Navia, quien á las ocho de la misma noche participó á Eroles su llegada, y que saliendo al dia siguiente para Vich donde pensaba establecer su cuartel general, mandara al gefe de Estado mayor, que pasase inmediatamente á tomar sus órdenes (1). Todavía llegó á tiempo Copons á Moyá para participar á Eroles la retirada de Porras, por lo cual quedando descubierto el llano de Vich, pidió al baron que le enviase por Manresa algunas fuerzas y que con las restantes continuase vigilando á la guarnicion de Tarragona.

Mas el denodado Eroles, traspuesto apenas el mes de febrero, verificó un rápido movimiento sobre el valle de Aran, donde no se atrevieron á esperarle las tropas que allí tenia el francés reunidas, retirándose desde luego al abrigo de los cañones del puerto fortificado que en el mismo valle ocupaban. De los siete primeros pueblos se posesionaron inmediatamente los españoles, y marchando el 9 con direccion á la capital de Aran, obligaron á los franceses á replegarse á los parapetos de la villa y á los de una altura del flanco derecho de sus fortificaciones. Eroles se posesionó de la poblacion, á la que en castigo de la indiferencia que durante tres años habian manifestado sus habitantes y los de todo el valle, sin ayudar en nada á la defensa de la patria, exigió una fuerte contribucion en metálico y ganados. Hecho esto y sabiendo que se aproximaban superiores fuerzas enemigas en auxilio de las sitiadas, emprendió su retirada en el mejor órden,

---

(1) Como tenemos á la vista toda la correspondencia original de Copons con Eroles, con seguridad podemos corregir á Toreno y demás historiadores que le han seguido, quienes no hacen llegar á aquel general hasta mediados de marzo.

habiéndole valido su espedicion 5,000 duros en metálico, 42 cabezas de ganado vacuno y 12 caballos útiles para el servicio del ejército con lo cual se restituyó sin pérdida de tiempo á su campo de Tarragona.

Tan diseminadas habia encontrado á su llegada las tropas de Cataluña el general Copons, que apenas podia disponer de la mitad de ellas. Distraíales la persecucion de desertores, á que sin descanso debia dedicarse buena parte del ejército movible. Muchos oficiales se hallaban además separados de sus filas por el gran número de comisiones, verdaderas las unas y fingidas otras, que tenian que llenar. A pesar de la aprehension de muchos desertores, vagos, pretendidos comisionados y enfermos imaginarios, que Manso habia verificado en Villanueva, todavía se refugiaban allí bastantes para que dispusiese Copons sorprenderles, como lo mandó Eroles ejecutar, á fin de ser castigados y devueltos los militares á los cuerpos á que pertenecian.

Clamaba el baron por la escasez de fuerzas en que se le dejaba, disminuidas cada dia por Copons, á quien amenazaban en Vich de contínuo las tropas francesas establecidas en el Ampurdan; pero era lo cierto que el primer ejército solo podia, hasta su reorganizacion, mantenerse en la defensiva, y harto alcanzaba con procurar conservar la línea que venia ocupando. Dióle el nuevo general, con órden del 10 de marzo, la distribucion que tenia prescrita desde el 5 del anterior diciembre la regencia del reino, distribuyéndolo en dos divisiones en la forma siguiente: La primera al frente de la cual se hallaba el mariscal de campo baron de Eroles, teniendo á sus órdenes, encargado del Estado mayor á D. Francisco Severo Sterling, al comisario de guerra D. Manuel Mellado y al gefe de la brigada de Cirugía D. Juan Nieto Samaniego, constaba de dos brigadas mandadas, la primera, á que pertenecian los regimientos de Baza, Fernando VII y Leales manresanos, por el comandante interino el coronel Villamil, y la segunda, que regiá tambien de comandante interino el coronel Manso, comprendia los cuerpos de cazadores de Cataluña, Barcelona y Palma. La segunda division tenia por gefe interino al coronel D. Felipe Fleires, encargado del Estado mayor al marqués de Villacampa, tambien interino y en su ausencia el teniente coronel graduado

D. José Massanes, siendo gefe de la brigada de cirugía D. José Pujol. Las dos brigadas de que constaba asimismo esta division estaban mandadas interinamente, la primera formada de los regimientos de Victoria, Mataró y Tarragona por el mismo Fleires, y la segunda compuesta de los de Cardona, S. Fernando y Ausona, por el coronel Llauder. La brigada de caballería, consistente en los cuerpos de coraceros y húsares españoles, estaba al cargo del coronel D. Luis Decreft, y se consideraba dependiente de las antes espresadas.

A fin de distraer é intimidar al enemigo, dispuso Copons que se internase Rovira en territorio francés, y al mismo tiempo que no desaprovechase la ocasion de allegar en él subsistencias y numerario. Partió pues Rovira con la fuerza de su mando, el 19 de marzo desde Ripoll por S. Juan de las Abadesas y Camprodon, y caminando toda la noche con el mayor órden y sigilo, llegó hasta las mismas puertas de Prats de Molló á las cuatro y media de la mañana, sin ser de nadie sentido. Inmediatamente practicó el coronel Llauder el reconocimiento de las murallas de la plaza, y emboscando una compañía de fusileros al lado de la puerta de Francia, logró sorprender á ésta cogiendo al oficial enemigo con las mismas llaves con que la habia abierto. Mas como los 24 hombres que guardaban la puerta intentasen levantar el puente, se lo estorbaron con el mayor arrojo los cazadores españoles, mandados por el bizarro capitan D. Narciso Iglesias, no dándoles tiempo para ello, y siendo todos pasados á cuchillo, escepto dos que se hicieron prisioneros.

Los guardias nacionales que acudieron al socorro de la plaza, esperimentaron el valor de nuestros soldados, de cuyo furor quedaron víctimas: la guarnicion casi toda fué destrozada, salvándose solo la parte de ella que pudo ganar el castillo, desde donde hizo vivo fuego á los españoles. Estos saquearon la poblacion, y llevándose en rehenes á varios de los principales habitantes, se retiraron con 300 cabezas de ganado lanar y 100 de vacuno. La pérdida del enemigo fué considerable, contándose entre los muertos el comandante Sint-Martin, y entre los prisioneros el capitan gobernador del castillo y dos gefes de la guardia nacional. La de los españoles fué muy corta en razon de la sorpresa que realiza-

ron, y los pocos que perecieron fué solo por el fuego que se les hizo de los balcones y ventanas. Los rehenes que debian asegurar el pago de un millon de reales impuesto en contribucion á Prats de Molló, fueron encerrados en el castillo de Cardona, por no haberse podido conseguir de aquellos paisanos el desembolso exigido.

Apenas finido marzo, el comandante Orá de la division del general Mina, participó al baron de Eroles, para lo que en sus espediciones, en las inmediaciones de Lérida y Urgel bajo, pudiese interesarle, que en Monzon habia destruido el 29 toda la caballería disponible de Lérida, ocupando al destacamento que de esta plaza se dirigia á proveer de vituallas á la espresada villa, 12 cargas de municiones y una de piedras de chispa.

Mas en aquella ocasion se hallaba Eroles practicando un movimiento de ventajosos resultados. Tenia éste por objeto acometer y desmantelar los puestos fortificados que los enemigos conservaban entre Tarragona y Tortosa, para mantener sus comunicaciones. Ausiliado el baron por el comandante del navío inglés *Invencible*, Mr. Cárlos Adams, apoderóse en los tres primeros dias de abril, de la batería de la Ampolla y el fuerte del Perelló, rindiendo á discrecion á los franceses que guarnecian estos puestos, así como á los de la torre de la Granadella, y otros puntos vecinos, cogiendo cañones, prisioneros, ganado y algunas embarcaciones menores. Los prisioneros y los cañones fueron trasladados al espresado navío. El coronel Villamil continuó el reconocimiento hasta Mora de Ebro, cuyo fuerte amenazó.

Acababa de unirse Manso á la division de Eroles, habiéndole tenido hasta entonces Copons en la alta Cataluña con la prohibicion de mover un solo hombre ni disparar un tiro, sin órden espresa para ello, cuando fué destinado por el mismo general en gefe para la árdua comision de pasar á recoger las contribuciones que adeudaban los pueblos de la costa de levante, á los cuales habian ya esprimido los invasores. Aunque amenazada con tan odiosa comision la popularidad del héroe catalan, no vaciló éste en el cumplimiento de la órden que se le habia dado, y pasó a situarse en Calella, desde donde consultó á Copons sobre si las contribuciones debian exigirse á los mismos pueblos ó á sus

ayuntamientos. Hasta á una segunda carta de Manso no contestó Copons prescribiéndole que ausiliase al comisario de guerra que enviaba para exigir el pago á los ayuntamientos. Tan bien supo Manso desempeñar su cometido, burlando desde el 2 al 7 de abril cuantos movimientos hizo Lamarque para envolverle, que recorrió toda la costa, y llenado su objeto se retiró por Llabaneras, entrando el 6 en Mataró con banderas desplegadas y tambor batiente, despues de arrojar de la villa á los enemigos, los cuales corrieron á encerrarse en el fuerte de Capuchinos. El 11 se hallaba ya en Esparraguera. Aconsejado por la delicadeza que le ha distinguido siempre en los actos mas comunes de su vida; todo, hasta la entrada de Mataró, espresó en el parte haberlo verificado insiguiendo las instrucciones del general en gefe. Los franceses perdieron mas de 150 hombres.

Eroles habia entre tanto formado el plan de sorprender á Tarragona. Concertado á este efecto con algunos militares enemigos, y paisanos, entre los cuáles se hallaba uno de apellido Piñol, para que le entregasen las llaves de la puerta de Reus, avisó á Manso que procurase hallarse con su brigada la noche del 29 al 30 en las alturas de Loreto y Ermitaños, á la inmediacion de la plaza, para verificar el asalto por aquella parte. Practicó Manso el movimiento que se le prescribia, y á la hora señalada destacó con cautela al capitan Estalella con su compañía de granaderos, á fin de que, provistos de lo necesario escalasen el muro. Mas en el mismo instante sabiendo Eroles que la guarnicion se hallaba prevenida, dió contra órden, pasando á unírsele en Reus la brigada de Manso.

El gobernador Bertoletti se jactaba en sus cartas, que los nuestros interceptaron, de haber conducido él mismo la trama, y aun de tener en sus manos las proposiciones ó condiciones firmadas por Eroles para que se le entregasen las llaves.—*Je viens d'en echaper encore une belle*, escribia con fecha del 3 de mayo al coronel Elique, gobernador de Tortosa.—*D'Eroles*, añadia, *ne cesse de me jouer une bête endormie*. En otra carta dirigida al gefe de Estado mayor de Valencia espresaba «haber escrito el 27 del pasado mes al mariscal, dándole cuenta de tener el hilo de los proyectos de Eroles, que [illegible] entrar absolutamente

por sorpresa en Tarragona la noche del 30, creia haber comprado las llaves de la puerta de Reus, valiéndose de su agente principal en la plaza, Piñol. El resultado de esta conspiracion, decia Bertoletti, conducido por mí mismo, no ha servido sino de mortificacion para Eroles, y para mí ha sido una ocasion de conocer mejor á muchas personas. Podria haberla conducido mas allá si la prudencia no me hubiese aconsejado posponer á la completa seguridad de la plaza toda otra idea. Me ocupo en redactar una detallada relacion de este asunto que tendré el honor de enviaros á la primera ocasion para ser sometida á S. E. El burlado Eroles ha partido de Constanti para trasladarse á Vich, cerca de Copons, quedando Manso en Reus. Veo pues terminada la comedia; pero esto no impide que me mantenga sobre aviso.»

Apenas habia dejado Eroles el campo de Tarragona para acudir al cuartel general en fuerza de las órdenes que recibiera de Copons, cuando volvió á escribirle este general para que forzando la marcha siguiese á Vich por Manresa con la primera brigada, adelantando los cazadores á fin de que le llegase mas pronto ausilio. Distintas veces habian amenazado los imperiales de Puigcerdá la Seo de Urgel, y los del Ampurdan el llano y ciudad de Vich. Trató Copons de contenerlos en ambos puntos y reforzó aquella plaza con algunos batallones, manteniéndose él con la mayor parte de sus fuerzas en la ciudad últimamente nombrada. De ella salió el 11 de abril, dejando á Eroles, que acababa de llegar, encargado del mando, y dirigióse al Urgel, frente de cuya plaza, á la izquierda del Segre, habia citado á varias de sus fuerzas situadas en puntos distantes. Mas el general Kesnel ó Quesnel que amagaba con sus tropas el punto que trataba Copons de socorrer, no bien supo la salida del español, cuando se retiró de nuevo á la Cerdaña sin haber siquiera avistado á sus contrarios. Parece que el general enemigo se hallaba provisto de una porcion de veneno para suministrarlo á los españoles luego que se le ofreciese ocasion. Siguió no obstante Copons hácia la Seo de Urgel y revistadas las fortificaciones de esta plaza, y dadas las órdenes convenientes para el repuesto de los víveres necesarios, regresó á Vich, desde donde volvió á partir para el Llobregat, á fin de molestar á los franceses de Barcelona que intentaban so-

correr con numeroso convoy á Tarragona y Coll de Balaguer, dejando encomendado, toda vez que Lamarque se habia retirado al Ampurdan, que se le atacase por las montañas de la espalda de Olot, con el doble objeto de recoger de aquel país las contribuciones que se negaban á satisfacer los naturales con motivo de la ocupacion enemiga.

En cumplimiento de estas disposiciones fué reforzado con algunas tropas mas el cuerpo que mandaba Rovira cerca de Olot, poblacion fortificada por los franceses y de suma utilidad á los mismos, á causa de la tranquila posesion que les proporcionaba de un distrito abundante en subsistencias y otros recursos. Pasó pues Decreft con buen número de caballos, protejido el movimiento por dos batallones, á unirse á Rovira. Trataron de cortarle el paso los imperiales en las cercanías de Ridaura; mas á pesar de su tenacidad y superior número, logró abrirse pasó la caballería española y llegar á su destino, si bien con alguna pérdida, no empero igual á la de 200 hombres que hubo de esperimentar el enemigo, entre muertos, heridos y prisioneros.

Pocos dias despues, el 7 de mayo, se dispuso el coronel francés Marechal á atacar á la cabeza de 1,500 hombres la brigada del coronel Llauder que se hallaba observando el fuerte de Olot, y al efecto se dirigió hácia el valle de Rivas. Adelantóse Llauder á Ripoll, donde hizo dejar á los suyos las mochilas para que con mas ligereza caminasen, y sabiendo que los franceses habian entrado ya en Rivas, enderezóse rápidamente á su encuentro el mismo dia 7. A la hora y media de marcha tropezó Llauder con los enemigos que venian ya sobre Ripoll. Desplegó Marechal en batalla sus tropas y tomó posicion al frente é izquierda del puente de Corva. Llauder adelantó su caballería para imponerle y dar tiempo á que llegase el grueso de sus fuerzas y reconocer las posiciones contrarias; mas tuvo luego que retirarla á retaguardia de la infantería por no permitirle maniobrar lo escabroso del terreno.

Achacando á temor este movimiento, y utilizando el enemigo lo ventajoso de su posicion, embistió con todas fuerzas á los españoles. Con la mayor firmeza recibieron éstos el ataque, logrando no solo rechazar á los contrarios, sino que tomando enseguída la ofensiva, cargáronles á su vez con brioso denuedo, desalojándo-

los de todas sus posiciones y obligándoles á pronunciarse en retirada, en la que les persiguieron hasta Dorria, distante mas de seis horas del lugar de la accion, al pié de cuyo pueblo cogió Llauder, quien con solos 30 hombres se habia adelantado á los demás que por el cansancio de la jornada no pudieron seguirle, á los últimos prisioneros. Ocho horas duró el combate, y en él perdieron los franceses entre muertos, heridos, prisioneros y estraviados mas de 1,100 hombres, llegando á 400 escasos los que pudieron refugiarse en Dorria. Mas de 800 muertos quedaron cubriendo el campo de batalla, 252 prisioneros entraron en Vich á los pocos dias, con gozo general de sus habitantes, trayéndose las 11 cajas de guerra y mas de 500 fusiles tomados al enemigo.

Esta notable victoria que con fuerzas tan inferiores obtuvieron los españoles, fué ciertamente debida al valor y talento militar del coronel Llauder, no menos que á la bizarría de los batallones de Tarragona y S. Fernando y de una partida de caballería de húsares, únicas tropas que tomaron parte en la accion. Los vencedores fueron recompensados como merecieron. Señaláronse entre los mas valientes los tenientes coroneles Muro, Quer y Puig de Samper, los capitanes Rimbau y Manguió, los tenientes Oliver y Cortiella, el subteniente Velasco con cuatro distinguidos de S. Fernando y el sargento primero de Tarragona Escribá, que fueron ascendidos á oficiales, el sargento Pons, el cabo Galcerán y los soldados Peratxe y Ferrán. Entre los húsares se distinguieron el capitan Aymerich, el sargento Gonzalez, el soldado Riera y el trompeta Bohigas. Todas las vacantes fueron proveidas en los mismos cuerpos, y además toda la tropa recibió 4 reales de plus. Propuesto Llauder á la regencia para el premio á que se le considerase mas digno, fué años adelante nombrado marqués del Valle de Riva.

Si por parte de los españoles aconsejaba la prudencia no comprometer por entonces las fuerzas tan ímprobamente allegadas y mantenidas, esperando el resultado de la guerra del Norte, tambien por la de los franceses debia considerarse conveniente esta política por depender del éxito de aquella guerra su situacion en la península, además de que en el ínterin habian de quedar sin

reemplazo sus vacantes. Así puede comprenderse como teniendo que enviar socorros á la guarnicion de Tarragona tardasen mas de cinco meses en verificarlo: pero ¿qué mucho si para enviar á Francia por la via que á tanta costa, pero ya tan asegurada tenian, esperaron meses y meses, hasta que creyeron segura la ocasion, por llamar á otra parte la atencion de los españoles? Bien es verdad que se trataba de poner en salvo el fruto de sus contínuas estorsiones.

Mas apremiando la necesidad de víveres y gente en que se hallaban las guarniciones de Tarragona y Coll de Balaguer, no pudo ya Decaen diferir el envio de un convoy. A tal efecto hizo este gefe cuanto sus conocimientos militares le sugirieron para evitar el encuentro de los españoles. Trasladó su cuartel general á Barcelona, cuya guarnicion movió en gran parte hácia Llobregat, que llegaron á atravesar por Molins de Rey para mejor alucinar á los nuestros. Mientras tanto la division de Lamarque marchaba desde Gerona via de la capital del principado, y dejando en Mataró 2,000 hombres para la espedicion, retrocedia el resto á Gerona, verificándolo de noche para ocultar su contramarcha. Al punto salió el convoy de Barcelona, mandado por el mismo Mathieu, y por Espert y Deveaux, quedando desde entonces el general Nicolás gobernador de la plaza y fuertes. Componíase la columna imperial de hasta 6,000 hombres, 300 caballos y 5 piezas de artillería.

Por prisa que llevó Copons, saliendo el 13 de mayo de Vich con 3,000 infantes y 30 caballos, no pudo oponerse ya á los franceses, á pesar de que con toda diligencia mandó pasasen á unirse con la brigada de Manso los batallones del general Ultonia y Cardona en las inmediaciones del Coll de Santa Cristina. Entre tanto habian llegado á Reus los enemigos, grandemente molestados por las fuerzas marítimas, siempre que junto á la costa les avistaban, y provistos el castillo de Balaguer y la plaza de Tarragona, mas sin dividirse las fuerzas espedicionarias por temor de los españoles que apostados sobre el rio Gayá les amenazaban, trataron de emprender luego la vuelta de Barcelona, no fuese que disponiendo de muchos dias para reunirse los nuestros, les hicieran á su regreso poderosa resistencia. Salieron pues de Reus

el 15 de mayo, y al dia siguiente dejaron á Tarragona, siguiendo su marcha el 17 por Brafim y puerto de Roca de Eura, huyendo del camino real que pasa por Torredembarra, al objeto de no acercarse demasiado á la costa por la que no les perdian de vista los buques ingleses.

Aunque falto de artillería, determinado el español á no dejar pasar sin grave escarmiento á los enemigos, fingió desde Brafim una retirada hácia el Panadés, mostrándoles la inferioridad de su número para mas comprometerles á la accion que ellos hubieran deseado á todo trance esquivar. Confiado en su mayor fuerza, y viendo que proseguian en retirada los españoles, descuidó el francés adelantar alguna tropa, que flanqueando el peligroso desfiladero de Roca de Eura que debia atravesar, asegurase su marcha. Aprovechóse el español de la falta, al momento que la hubo notado, y destacó á los tiradores de Cataluña y Ultonia, quienes subiendo á las alturas de la Atalaya que dominan el desfiladero por la derecha, atacaron vivamente á los invasores. Mas volviendo en esto Copons, que momentaneamente se habia ausentado, dejando encomendada á Manso la direccion, juzgó comprometidas aquellas tropas y las mandó replegarse sobre la Bisbal donde se hallaba el grueso del ejército. Alentados con esta nueva apariencia de triunfo, treparon seis batallones imperiales á las abandonadas alturas, mientras otros dos seguian el alcance á nuestros cuerpos destacados que se replegaron sin embargo haciendo fuego con la mayor serenidad y conservando el órden mas perfecto.

Ya cerca de la Bisbal, emprendieron el ataque de la poblacion los dos citados batallones, uno por el bosque, camino del Coll, y el otro por una altura inmediata, con enorme gritería y estrepitoso ruido de tambores. Hallábanse colocados los españoles en el caserío y alturas de la espalda, dispuestos á hacer fuego por escalones en caso de retirada, como hubo de verificarlo el coronel Córdova con los 400 hombres de Cardona, despues de haberse defendido bizarramente desde la poblacion, acogiéndose al escalon inmediato, al mismo tiempo que por derecha é izquierda lo verificaban los destacamentos que habian provocado al enemigo, sostenidos por los cazadores de Cataluña, y dos pequeñas parti-

das de la ya escasa caballería que mandaban el capitan Albareda y el teniente Silva.

No bien ocuparon los enemigos la poblacion, cuando cargándoles de nuevo al arma blanca con el mayor arrojo el batallon de Cardona y algunos húsares mandados por el alferez Horta, por haber sido herido el valeroso Silva, fueron arrojados con mucha pérdida y perseguidos por la caballería hasta un barranco que cortó el paso á los nuestros. Continuó entonces Horta por la izquierda á lo largo del mismo, hasta que por fin aparentando retirarse, dejó adelantar buen trecho una compañía enemiga que imprudente se separó de unas casas á donde se habia acogido, y revolviendo luego con rapidez sobre ella la acuchilló á su sabor ayudado de algunos cazadores de Cataluña.

Adelantaba entre tanto el invasor su convoy por el camino de Roca de Eura, lo que visto por el sargento mayor Agreda, destacóse á incomodarle con enérgica resolucion; mas fué contenido y rechazado por triple fuerza de enemigos á los cuales no cedió sino tras viva resistencia, pasando á situarse en una loma á sus espaldas, donde se hizo fuerte, hasta que reforzado volvió á emprender el ataque, no cesando desde entonces de ir ganando terreno.

Mientras tal ocurria en la derecha de nuestra línea, cargaron de nuevo los contrarios vigorosamente la izquierda de la misma, debilitada por los refuerzos que habia destacado en ausilio de la derecha. Tres batallones, 200 caballos, un obús y un cañon verificaron el ataque, que sin embargo hubo de ser repelido con mucha pérdida de franceses. Otra vez se dirigieron éstos entonces sobre el pueblo, protegidos por su artillería, consiguiendo al fin su objeto, tras de lo que embistieron nuestros escalones de la espalda del caserío, sobre tres colinas que habian conservado los españoles. En este momento juzgando Copons perdida la batalla ordenó la retirada, que en tan crítico trance no pudo menos de verificarse harto atropelladamente.

Sostúvose todavía Manso, á quien pesaba abandonar tan prematuramente la victoria á los imperiales, y con firmeza contuvo las acometidas de la caballería, desafiando con serenidad la metralla. Allegaron sobre él los enemigos grandes fuerzas para des-

trozar las últimas que con tanto denuedo les impedian el avance, y tratando de darle severa leccion cargáronle á la bayoneta. En el mismo instante envió á decir Manso al general Copons que volviese con todas las tropas, porque los franceses estaban vencidos. Con efecto, previendo aquel gefe el ataque en la forma que se le dirigia, habia destacado al comandante D. Pedro Baza con 600 hombres sobre la retaguardia enemiga, con órden de que la acometiese al arma blanca tan luego como viera huir en apariencia la primera fila de los nuestros. Verificóse así puntualmente obteniendo el éxito deseado, cual fué el de que acobardados los imperiales viéndose rodeados de bayonetas, y mas con el regreso de Copons, desordenáronse, acabando por retirarse con el mayor pavor y confusion. Desde entonces ya solo procuró el enemigo concentrar sus tropas y mantenerse á la defensiva en su retirada á Barcelona. Siguiéronle los españoles molestando enérgicamente durante el resto del camino. En todo él pasaron de 800 las pérdidas que esperimentó el invasor. Caro pues le costó el socorrer á aquellas dos plazas. El comportamiento de los españoles fué en la batalla de la Bisbal digno del mayor elogio. Copons no se vió satisfecho de abrazar á Manso y victorear á sus valientes soldados; mas en el parte que puso al gobierno se olvidó de distinguirles como merecian y como habia reconocido él mismo sobre el campo de batalla, abrazando por todos sus compañeros de armas, con la mayor efusion, al sargento mayor D. Pedro Nolasco Baza (1). Trasportados nuestros heridos al hospital militar de Villanueva, fueron allí recibidos y obsequiados con grandes muestras de entusiasmo, abriéndose entre aquellos moradores una suscricion para ausiliarles con seis reales diarios á cada uno y proveer á los del convento de Capuchinos, que servia de hospital, de cuanto podia hacer mas llevaderas sus heridas.

Mientras despues de mantenerse en Villafranca el cuartel general español se traslada á Igualada, disponiéndose á atraer hácia el centro de la provincia á los imperiales para distraerles de sus

(1) Al llegar los franceses á Barcelona escapóse decir á un comandante, «que era Manso mas militar que los mismos generales de Napoleon.»
(*Diario*, del P. Ferrer; M. M.)

contínuos amagos sobre Urgel y Vich, y favorecer con esta diversion á las tropas que bloquean el importante punto de Olot, demos fin á este cuadro entrando en Barcelona para presenciar el desenlace del ruidoso asunto de la conspiracion de que tantas veces nos hemos ya ocupado por no poder dejar de adelantar ciertas ideas que hacian á nuestra relacion, y que desgranadas prematuramente tal vez quiten gran parte del interés del conjunto que nos proponemos dar á conocer.

La constancia de los barceloneses en tramar conspiraciones para libertarse de la opresion francesa, corre parejas con el éxito siempre desgraciado que éstas esperimentaron. Si la correspondencia por cifras entre los conjurados de la ciudad y los del esterior no hubiese sido descubierta en una casa de la Barceloneta, junto con la clave para descifrarla, y publicada por los mismos invasores con una fidelidad digna de aplauso, acaso hoy ignoráramos completamente los asiduos trabajos que se emplearon para restituir á su independencia la ciudad de los condes, no por inútiles menos espuestos para los que en ellos tomaron parte. Hoy horrorizan los medios empleados, pero entonces los encontráramos muy naturales, y mañana, aun cuando no fuera tan justa la causa, no dudaremos en emplear para destruir hombres y ciudades en guerra con nosotros, alguno de los destructores adelantos que sin duda se habrán inventado por las naciones mas civilizadas.

La conspiracion del veneno era consecuencia de la de la mina, y ésta de los desengaños sufridos por causa de faltar al pié de las murallas, en la hora convenida, el ejército español de operaciones, ó el ausilio de la escuadra aliada, con motivo del tiempo ó por otras circunstancias difíciles de averiguar. El proyecto de la mina concebido en la reunion patriótica que presidia en Mataró el teniente coronel Franco, iba á ser llevado á cabo, empezando los trabajos en la casa de Francisco Tomás, junto al jardin botánico y á la muralla; pero oido el informe del presbítero Coret, prefirióse la casa de Bacardí, cerca la puerta de S. Antonio. Como estaba esta casa arrimada á la muralla, dentro de cuyo grueso habia en aquel paraje una gruta muy honda y aislada, y separada además de los otros edificios, no temian los trabajadores ser des-

cubiertos. Coret fué el encargado de buscar brazos y dirigir la obra. Cada conjurado contribuyó, segun sus haberes, al coste de la empresa. Los trabajadores es de presumir que fuesen pocos, y entre ellos habia el albañil Jaime Comas.

Concluida la mina, que atravesando todo el grueso de la muralla llegaba hasta el pié de la escarpa, dió aviso Coret á la junta de Mataró, la cual lo trasladó á la superior de la provincia. Entonces fué cuando arrancando el presbítero, al canónigo Creus, una carta de recomendacion, anduvo varias ciudades del principado, y abusando de la credulidad de los catalanes, prometiéndoles que dentro poco tiempo reconquistarian á Barcelona, hizo un lucroso recaudo, socolor de pagar los gastos que por aquella obra habia hecho. Sin embargo, sea que por semejante medio no se hubiese grangeado la confianza de los gefes que entonces mandaban el ejército español, ó bien que hubiesen éstos mirado como demasiado peligrosa la empresa, es lo cierto que no se juzgó á propósito hacer tentativa alguna. Aprovechó Coret la coyuntura que le ofrecian los acontecimientos en apariencia contrarios, y no llevando otra idea que la del interés, envió á Gerona uno de sus confidentes para proponer la venta del secreto al comisario general de policía. Aceptó el francés y dió por el descubrimiento 22 doblones de á ocho. «Las cosas que se han pasado en Barcelona desde el asunto de la mina, informaba el relator Bobillier, los proyectos que se han formado contra los franceses, y las conspiraciones que se han tramado, desbaratado y vuelto á tramar, pero siempre descubierto, en la misma ciudad, se han ido sucediendo con tal rapidez y abundancia que el cuadro, á la verdad estrecho de este informe, no nos da lugar á que hagamos la descripcion de todas ellas, que de otra parte no parecen interesar á nuestro asunto.» Baste añadir que sus ramificaciones se estendian á todo el principado, y que Barcelona fué siempre el punto céntrico de las mismas; y como contra la costumbre de los conspiradores, guardaba Coret no solo las cartas que de sus cólegas recibia, sino los borradores de las que enviaba, todo pudieron los franceses averiguarlo despues del descubrimiento de las mismas.

Por setiembre de 1811, habia Lacy formado un proyecto que

se dirigia á sorprender la Ciudadela de Barcelona y apoderarse de ella por medio de cierto número de carros destinados para vaciar las letrinas, que se introducirian en la fortaleza por la puerta del Socorro, antes del amanecer del dia concertado, llenos de soldados con armas, los cuales habian de arrojarse sobre la guardia. y ausiliados de la tropa que seguiria al convoy, apoderarse de todo. Un soldado francés disfrazado de oficial negociaba con un agente de Coret esta sorpresa, manifestando que con una órden falsificada del general gobernador de Barcelona, entrarian los carros sin dificultad por el punto convenido. Varias veces en el decurso de setiembre y octubre, se acercaron los españoles para tentar la ejecucion del plan; pero ciertos incidentes imprevistos detuvieron siempre su marcha en los instantes decisivos.

Entre tanto, la inquieta imaginacion de Coret no cesaba de espaciarse en nuevos proyectos que comunicaba á Pagés y Llobet, confidentes ambos del general Lacy. Tan pronto intenta sorprender á los generales Mathieu y Devaux, las Atarazanas y la caserna de Nassau; tan pronto quiere apoderarse de Monjuich ó envenenar su cisterna; otras veces se ofrece á envenenar la caballería de la guarnicion con tal que le sumistren veneno que no tinte el agua; dá al mismo tiempo exacta cuenta por medio de cartas y señales telegráficos, de cuanto hace ó intenta la guarnicion, designando á los emisarios que envian sus gefes, acusando á los patrones de los buques que traen víveres á Barcelona, y de todo en una palabra cuanto sabe y conviene al ejército español conocer.

Ya hemos en otro lugar descrito el carácter y las intenciones de Coret, falta ahora añadir sobre su vida, que era D. Pedro Coret y Sala, natural de Llisá de Munt, cerca de Granollers, y estaba empleado en la curia eclesiástica de Barcelona cuando entraron los franceses en 1808, en cuyo tiempo se puso al frente de una partida de somatenes en la marina, siendo como tal gefe reconocido por las juntas corregimentales y por los comandantes de los buques ingleses, con quienes desde luego se puso en relacion para que le prestasen los necesarios ausilios. Vuelto á Barcelona tomó parte en todas las conspiraciones que en esta ciudad se tramaron. Conocíasele por los nombres de *Padrinet,*

D. Francisco, y Francisco Carol. En casa de su amiga Narcisa Roca era donde tenia sus reuniones con toda clase de emisarios, las cajas de arsénico, el vestuario para diferentes disfraces, y los cohetes para las señales que hacia en el propio terrado. En cambio cuidaba Coret del gasto de la casa.

Desaprobado por Lacy el plan para envenenar los 80 caballos de la guarnicion, comprendió Coret que se deseaba mayor número de víctimas, y entonces propuso el envenenamiento del pan en la Ciudadela; mas invitado el 19 de octubre á la mesa de Lacy, quien se hallaba en Arenys, trasladóse allá sin demora, regresando el 26. Desde entonces el proyecto quedó definitivamente limitado á envenenar el pan de la Ciudadela, en tanto que Lacy mandaba construir escalas en Mataró para asaltar las murallas de Barcelona en el momento oportuno, no dejando de instar á Coret que apresurase por su parte la ejecucion. Los mozos Muns y Casanovas estaban encargados de conducir la correspondencia; D. Martin Matas de Tiana, cuñado de Pagés, observaba las señales de noche y las repetia.

Avisado Coret de que el veneno compuesto en el cuartel general de Arenys, se halla en Vilasar en poder de Llobet, sale allá para recogerlo é introducirlo en Barcelona por mar; pero las cajas y botellas llenas de sustancias venenosas, líquidas y en polvo, se derraman por el camino. Este incidente contrariando á los conspiradores hace esclamar á Lacy, escribiendo á Pagés: «Siento mucho que por falta de precaucion se haya perdido un licor tan precioso. Diga V. al confidente que haga cuanto pueda para acelerar mas y mas la aplicacion del *remedio*; que el fabricante pone lo que falta, y aun mas.» Entre tanto que se reparaba la pérdida de gran parte del veneno, no dejaba de encargar Coret que se hiciesen rogativas para el feliz logro del objeto propuesto.

Llegada por fin la cantidad necesaria del *remedio* á la Barceloneta, é introducido en la ciudad, buscó Coret al hombre que necesitaba para suministrarlo. Hallóle en el pintor Rudés, que entonces servia de criado al guarda-almacen de víveres de la Ciudadela. Avistóse con él un anochecer en los Encantes, donde le hizo la proposicion. Manifestó desconfianza Rudés por haber sido, segun

dijo, engañado ya por el cafetero Montenegro y el jorobado *den Mena*, agentes de otra conspiracion para envenenar á toda la tropa de la plaza, y quiso ser presentado á Lacy y á los principales conjurados. Acompañóle pues Coret á Mataró el 20, y le presentó á Lacy y á Pagés la misma noche.

Vuelto Rudés á Barcelona, difirió con nuevas escusas cada dia la ejecucion del proyecto. Entre tanto introducíase la division entre Coret y los demás conspiradores de la ciudad. Impaciente Lacy, escribia á Pagés el 27 de noviembre «La aplicacion del remedio es tanto mas urgente cuanto tengo entendido que se le ha revelado el secreto al general francés en Gerona; y aunque habrán hecho poco caso, porque se ha dicho muchas veces, siempre es de recelar que tomen por el primer punto alguna precaucion. Cuando yo no esté estará el *Baron* para aprovechar el momento. No conviene decir nada de la revelacion á los que lo han de aplicar, porque esto seria acobardarlos.» Pero Pagés, conociendo sin duda la falsedad de Coret, se separó de la conspiracion desde primeros de diciembre, siendo la causa de que se prendiese despues y procesase por los españoles al turbulento presbítero.

Mas antes, sobreviniendo á este algunas dudas sobre la aplicacion del tósigo, pidió al boticario mayor del ejército D. Juan Ortiz, una receta para que no se sintiesen los afectos de aquél hasta dos dias despues de suministrado, á fin de dar tiempo al *preparante*, que con este nombre era designado Rudés, de ponerse en cobro. Segun el cálculo de los conspiradores era tambien preciso mayor cantidad de veneno, pues con las doce libras de polvos que se hallaban en su poder solo envenenarian 4,000 panes, y la guarnicion de Barcelona era entonces mucho mayor, pues pasaba de 6,000 hombres. La prevision de Coret le habia hecho conocer la necesidad de un antídoto para el caso de que alguno se viese precisado á comer del pan envenenado, y proveyóse de azufre calcáreo y de aceite para mezclarlo en partes iguales con cantidad de agua caliente. Al moroso Rudés se le dió por ausiliar el panadero de la Barceloneta Juan Valls, quien se hallaba entonces empleado en el amasijo de la Ciudadela.

Pero el panadero se escusa tambien, ya de no haber comparecido á la cita que le diera Coret para entregarle mas polvos, pre-

testando trabajo de su oficio en la Ciudadela; ya el dia 11, de que no debia trabajar sino de dia en el fuerte, y que seria peligroso intentar la operacion antes de la segunda semana en que se trabajaria por la noche. «Será, dijo, mas favorable la coyuntura y aseguraremos el éxito.» Difirióse pues todavía la ejecucion hasta la noche del 19 al 20.

Supo Lacy que todo estaba preparado para el 14, por carta que le escribió Llobet al campo de Tarragona, el que abandonó para presentarse en casa de éste al medio dia del 13 en Arenys, manifestándole que las divisiones tenian órden de ponerse en marcha para hallarse prontas el dia del asalto de Barcelona. Mas enojóse mucho al saber que ya no solo no podia tener lugar el envenamiento el dia convenido sino que era preciso aun aguardar algunos dias. Vióse obligado á dictar contraórdenes, y resignóse por entonces.

Coret hizo recaer estas últimas dilaciones sobre las circunstancias; aseguró positivamente que el panadero habia empezado á preparar la caldera del 19 al 20, para hacer el pan de la noche siguiente, y que continuaria preparándola durante los dos dias y una noche restantes. Envenenada asi la caldera tres veces consecutivas, conservaria bastante sustancia para una cuarta vez, sin que fuere necesario darle mas preparaciones, y dijo por último que el panadero saldria el 18 con toda su familia.

Todas las precauciones estaban bien tomadas y dadas las órdenes convenientes: el total del veneno de primer grado que era de 20 libras y media, estaba repartido en tres porciones, dos de ellas ya en manos del ejecutor cuya resolucion respondia del éxito, cuando el destino que parecia velar sobre los invasores, desbarató por cuarta vez los proyectos de los españoles. Presentóse inopinadamente en Barcelona el general Lamarque con su division, y tomando víveres para seis dias volvió luego á salir con parte de la guarnicion hácia Altafulla. Esta circunstancia hizo que los conspiradores aplazaran el dia de la ejecucion de su plan, porque la tropa que habia quedado en la ciudad era escasa para que fuese decisivo el golpe. A este retardo se atribuyó la causa de la derrota del baron de Eroles en Altafulla, puesto que en vez de destacar Lacy las divisiones de Milans y Sarsfield sobre la re-

taguardia del ejército francés, las detuvo en las cercanías de la Garriga para dirigirse á Barcelona al punto que se le diese aviso de haberse administrado el veneno.

Con todo, se trabaja de nuevo, allégase mas cantidad de polvos, dispónese en fin cuanto puede perfeccionar la ejecucion tantas veces diferida. Coret desde lo alto de la azotea de casa Roca, en la bajada de los Leones, debia dar la señal con fuegos artificiales si fuese de noche, y con banderas en otro caso. Al punto desde la montaña del Hombre y en otras cumbres debia repetirlas Matas en Tiana, para que segun ellas avanzase Lacy al Vallés y luego á Barcelona. A la primera novedad que hubiese se pondria una luz. Cuando los efectos del veneno alcanzaren á una tercera parte de la guarnicion, se sustituiria con otra la primera luz á los cuatro minutos de estinguida; si se estendiesen á mas de la mitad, se repetiria la seña hasta tres veces con el mismo intérvalo de una á otra; cuando esperimentasen el efecto del tósigo los oficiales y gefes, se pondrian dos luces á la vez, de suerte que pudiesen perfectamente distinguirse, y cuando el efecto fuese total, habian de ser tres las luces.

Pretestando uno de los preparantes, entrado ya el mes de febrero de 1812, que si no habia cumplido su palabra era porque no creia á Lacy bastante valeroso para embestir la ciudad, escribió el general á Llobet: «Diga V. al aplicante que no sea majadero, que aplique el *remedio*, que para apoderarse de la capital en tal caso no nos faltan fuerzas. Reuniré cuantas han quedado, como lo sepa con tres ò cuatro dias de anticipacion y tenga la debida seguridad. Lo que se debe procurar es que los de Mongat entren en la danza. ¡Este es el momento de salvar no solo la provincia sino tambien la nacion!» Mas desconfiando ya Lacy de todos los conspiradores de Barcelona decia al mismo Llobet, en 8 de febrero: «El capellan nos engaña como los demás; con todo es necesario echar el resto.» Coret, de quien se trata, no cesaba de pedir dinero y veneno.

Por quinta vez se hallaba todo dispuesto para el 24, cuando un impensado acontecimiento desbarató de nuevo los proyectos de los españoles. La guarnicion hizo una salida el mismo dia en que Coret anunciaba la ejecucion, llevándose el pan para tres dias y

no dejando en la ciudad sino la guardia mas precisa; lo que decidió al panadero á volver á aplazar la operacion para mejor oportunidad. La guarnicion habia salido á esperar un convoy que en efecto llegó el 23 de febrero. Despues de esta época, Coret fué llamado al cuartel general español y conducido preso desde Caldes al elevado punto de Busa.

Ultimamente, en 22 de julio, los encargados de inspeccionar los trabajos de la manutencion militar de Barcelona, se apercibieron de que algunas hornazas del pan confeccionado en la noche del 21 y en la madrugada del 22 eran defectuosas, por lo que apresuráronse á distribuirlas, á fin de evitar la reprension de sus gefes, empezando por los panaderos que las elaboraron. Cuatrocientas raciones mezcladas con igual número de panes que habian quedado en reserva de anteriores cocimientos, fueron distribuidas el 22. Los zapadores reales, la guardia municipal, el séptimo cuerpo italiano y otros soldados de la guarnicion se presentaron los primeros á esta distribucion. En las que tuvieron lugar los dias siguientes y fueron hechas á los soldados del regimiento de Nassau y á los presidarios de la Ciudadela, se hallaron algunos de estos panes confundidos por error con otros de buena calidad. Varios paisanos comieron del que los soldados habian vendido en la poblacion. La mayor parte de los que probaron del envenenado fueron molestados mas ó menos gravemente y a mismo tiempo por dolores de estómago, vómitos, vértigos y frecuentes exoneraciones del vientre. Con todo, solo murieron tres soldados y uno ó dos paisanos. Del esperimiento que se hizo en porcion de perros encerrados en diferentes patios y terrados de la Ciudadela no resultó muerto alguno, aunque se notaron señales evidentes de alteracion estomacal en uno ó dos. Reconociéronse las dos artesas que habian servido. La pasta de una de ellas era defectuosa: el pan habia salido pesado, compacto, húmedo, viscoso, pastoso y mal cocido; pero nada ofrecia de particular al olfato ni al paladar. Reuniéronse el 23 con los médicos militares franceses en la Ciudadela los químicos farmacéuticos Atmetller, Balcells y Janer, el adjunto de la municipalidad, Campá, y dos panaderos. Examinado detenidamente el pan, la pasta, la harina la artesa, el agua y todos los utensilios que habian servido para

la confeccion del envenenado alimento, y hecha la autopsia de los cuatro cadáveres que resultaron, halláronse las partículas del arsénico, con los señales que suelen acompañar su accion. El envenenador Valls habia huido.

Tardía y laboriosa fué la causa. Hasta 19 procesados fueron reducidos á prision por el mismo motivo, entre ellos estaban el pintor Rudés, los comerciantes de Barcelona Lleonart, el hacendado de Tiana Matas, el agente del consulado D. José Fontanellas, el comerciante de Mataró D. Jaime Bosch, el receptor de la Aduana de Barcelona D. Francisco Barret, dos panaderos, dos hortelanos, y otras personas menos conocidas. Entre los 15 ausentes ó contumaces estaban además de Coret y otros, el notario Llobet, el comerciante Bohigas, el boticario mayor del ejército español Ortiz, el hacendado de Cabrera, Tomás, el de Badalona conocido por *Jorobado den Mena*, el célebre cafetero de Barcelona Montenegro, con dos panaderos y dos patrones de barco. ¿Cómo no estaba tambien Lacy entre los últimos? Lacy, el principal instigador, el gefe de la conspiracion y el alma y centro de ella? ese hombre cruel, de cuyo apellido habian formado los instructores de la causa el verbo *Lacynizar*, para usarlo en desprecio, como sinónimo de emponzoñar? Si la posicion que en el ejército español habia obtenido les intimidaba, ya le tenian antes de proferir la sentencia de 21 de mayo de 1813, apeado del mando, y sin destino en la ciudad de Vich.

De todos modos, el reemplazo de Lacy y las promesas de Copons, quien con carta de 31 de marzo, escrita por su ayudante mayor Cabanes al ayudante Ordonnean, gefe de estado mayor de Mathieu, en que «bajo la palabra del general español se aseguraba del modo mas solemne que en adelante se haria la guerra generosamente, y que nunca se permitiria emplear otros medios que los que generalmente reconocen las naciones civilizadas», y las súplicas, como en otro lugar consignamos, del Vicario general del obispado de Barcelona, Sans, del P. Sopena, afrancesado presidente del clero regular, y del maire y adjuntos del municipio; todo concurrió, junto con el mal estado de la guerra para el invasor, á hacer á Decaen mas humano de lo que pocos meses antes hubiera sido, no imponiendo á persona alguna la últi-

ma pena, y reservándose estatuir respecto de los reos ausentes (1).

Asi terminó aquella larga serie de conspiraciones, que no dieron un punto de reposo á la guarnicion francesa de Barcelona en los cinco años que iban transcurridos desde que con dolosa cautela habia el invasor ocupado esta importante capital. La suerte de las armas, varia durante este tiempo, así en el principado como en el resto de la península, fué siempre indiferente para los verdaderos conspiradores, para los que con la mejor buena fe anhelaban solo recobrar la ciudad y vengar la muerte de las víctimas de julio de 1809, con la espulsion ó la muerte de las huestes imperiales, cuyo latrocinio, cuya impiedad, y cuyos crueIísimos atropellos, sin ninguna sombra de razon ó de justicia, les hacia merecedores de esperimentar hasta sus mas exagerados estremos, la saña de un pueblo digno, de un pueblo valiente y religioso que nunca habia sido impunemente hasta entonces menospreciado.

---

(1) *Historia de las conspiraciones tramadas en Cataluña.*—1813.

CAPÍTULO II.

Sale otra vez Napoleon para el norte.—Ejército anglo-hispano-portugués.—José en Valladolid.—Evacuacion de Madrid.—Batalla de Vitoria y sus resultas favorables para España.—Refuerza Suchet la línea del Júcar.—Los anglo-sicilianos determinan pasar á Cataluña.—Llegan frente á Salou.—Mándalos Sir John Murray.—Copons se traslada de Igualada á Reus —El sargento mayor Calvo rinde un destacamento francés en el Perelló. —Desembarca Murray en Salou.—Toman los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Sitian á Tarragona.—Apréstase el francés á la defensa.—Desacertada conducta de Murray.—Vuelan Suchet y Mathieu al ausilio de la plaza.—Azoramiento del inglés.—Reembarco de la espedicion.—Manso en el Arco de Bará.—Lord Williams Bentinck releva á Murray.—Vuelan los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Abandona Suchet á Valencia y Zaragoza y se retira á Tarragona, Villanueva y Villafranca.—Decreft cerca de Lérida el 20 dejunio.—Eroles en Bañolas.—Otras ventajas.—Manso.—Movimientos de los aliados.—Sarsfield pasa con su division á Cataluña.—Embestimiento de las plazas de Tortosa y Tarragona.—Derrota Manso con gran mortandad un batallon de italianos en S. Sadurní.—Va contra los aliados todo el ejército francés de Cataluña.—Retírase Bentinck.—Vuelan los imperiales en 18 de agosto las murallas de Tarragona y se reconcentran á la otra parte del Llobregat.—Ocupa Sarsfield la plaza.—El tercer ejército español en el Ebro.—Suchet en el Llobregat.—Manso en Pallejá.—Bentinck en Villafranca.—Batalla de Ordal.—Disposiciones de Napoleon en el principado.—Marcha á Francia Decaen con algunas tropas.—Sacrificios de los catalanes.—Nuevos triunfos.

En tanto que Napoleon volvia á salir de París para el norte de Europa el 15 de abril, poníase en movimiento en España el general inglés Wellington á la cabeza de los ejércitos aliados, para emprender la famosa campaña que habia de decidir no solo de la suerte de la península, sino de la Europa entera. Formaban estos ejércitos 48,000 ingleses y 28,000 portugueses, con las divisiones españolas del cuarto ejército, fuertes de hasta 26,000 combatientes. José, al frente de los suyos reunidos en Castilla la Vieja, trató de contrarestar á los aliados desde su cuartel gene-

ral de Valladolid. El general Hugo se le habia juntado despues de evacuar por completo en 27 de mayo la capital de la monarquía. Descalabrado el francés en la batalla de Vitoria, en 21 de junio, con la pérdida de 8,000 hombres y 151 cañones, hubo de retirarse en la mayor confusion á Pamplona, siendo por fin arrojado á Francia. En menos de dos meses quedaron despejados de enemigos el reino de Leon, ambas Castillas, las provincias Vascongadas y Navarra. ¡Ojalá hubiesen sido tan afortunadas nuestras armas en Cataluña Aragon y Valencia!

Prudentemente se habia prevenido Suchet, comprendiendo todo lo crítico de su situacion, reforzando en mayo y junio, para inutilizar los planes de los aliados, la línea del Júcar, acercando á Valencia la division de Severoli que estaba en Aragon, y colocando la brigada de Pannetier entre aquella ciudad y la de Tortosa, con cuyas operaciones no solo amparó su flanco y espaldas, sino que se puso en estado de acudir repentinamente sobre cualquier punto que se viese amenazado.

Semejantes movimientos impedian á los españoles y anglosicilianos, estos ultimos detenidos todavía en Alicante y sus inmediaciones, obrar cual deseaban para llenar las ideas de Wellington, en cuyo plan entraba distraer activamente por allí al enemigo, á fin de obligarle á mantener siempre unidas sus fuerzas de levante, sin que le fuera posible destacar ningunas hácia Navarra. Deseando los gefes aliados de Valencia cumplir con estas órdenes, determinaron, en medio de las dificultades que los contrarios les oponian, amagar y aun acometer á éstos por varios y distintos puntos, enviando una espedicion marítima á las costas de Cataluña, al mismo tiempo que los ejércitos españoles segundo y tercero atacaban por frente y flanco la línea del Júcar, de manera que se pusiese á Suchet en la necesidad de abandonar á la suerte el Ebro y las plazas cercanas, ó de disminuir, queriendo ir en socorro suyo, las fuerzas que defendian y afianzaban la dominacion francesa en el reino de Valencia.

Por grande que fuese el sigilo con que prepararon los nuestros la espedicion, traslucióla el vigilante Suchet, quien se manifestó en seguida muy sobre aviso. Dispuesta aquella, embarcáronse las tropas en número de 14,000 infantes y 700 caballos pertenecien-

tes todos á la division anglo-siciliana y española de Wittingham, á las órdenes unos y otros de Sir John Murray, dándose á la vela desde Alicante el 31 de mayo, y dirigiendo el convoy y la escuadra el contra almirante británico Hallovel. Los buques hicieron rumbo á las aguas de Tarragona, surgiendo en la tarde del 2 de junio frente á Salou, distante poco trecho de aquella plaza.

Esperábales ya Copons, que desde Igualada se habia trasladado á Reus el dia 30 de mayo, algunos despues que el sargento mayor D. Pedro Calvá persiguiendo á un destacamento imperial le habia obligado á encerrarse en el fuerte del Perelló y rendídole poniendo fuego en las puertas. Alarmado Decaen con las nuevas de la parte de Tarragona, dejó de fijar su vista en el llano de Vich. Las fuerzas enemigas de la raya de Aragon estaban tambien en zozobra por las correrías de Sarsfield, Villacampa, el Empecinado y Durán que procuraban favorecer por aquel lado las operaciones del primer ejército.

Verificado el dia 3 el desembarco de los anglo-sicilianos, tomó Murray el mando de todas las fuerzas aliadas, y destacó desde luego una brigada, para que unida á cuatro batallones españoles que aprontó Copons, pasase á las órdenes del coronel Prevost á tomar el castillo de Coll de Balaguer. A los dos dias fué embestido este fuerte, y tomado á los otros dos. Contribuyó á la rendicion de los ochenta hombres que lo guarnecian, la circunstancia de haberse volado un almacen de pólvora. Importaba á los aliados este triunfo, por sojuzgar el castillo este camino, único transitable para la artillería segun se dijo, de los que van por aquella parte á Tarragona.

Sin pérdida de tiempo acercóse Murray á la plaza, con resolucion de acometerla por el lado de poniente, que ya sabemos ser el mas flaco y ventajoso para la embestida. Cooperó al intento Copons, tomando posicion sobre el camino de Altafulla á fin de impedir que llegasen socorros de Barcelona. Por su parte previnose Bertoletti, que continuaba al frente de la guarnicion, reparando las obras que eran suceptibles de ello y construyendo las que imperiosamente exigia la defensa y permitia la premura del tiempo. Muy de otro modo obró el gefe de los aliados, quien en vez de tomar casi de rebato la plaza, entretúvose en

ataques parciales de escaso resultado, y que fácilmente rechazados por una regular defensa, daban lugar á la misma para ser definitivamente ausiliada por las tropas francesas del principado y de Valencia, que debian ya haberse puesto en movimiento.

Con efecto, el activo Suchet, dejando en el Júcar al general Arispe, al frente de una division de 6 á 7,000 hombres marchaba sobre Tarragona. Su vanguardia se presentó el 10 de junio en el puesto del Perelló. Al propio tiempo avanzaba del lado del Llobregat otro cuerpo de 7,000 hombres mandados por el general Mathieu, tras del cual amenazaba venir el mismo Decaen, á la cabeza de buena parte de las fuerzas que aun quedaban en el Ampurdan. Las de Mathieu llegaron á Villafranca el 11.

Hallábase próximo Murray á asaltar el mismo dia el punto mas principal de las obras esteriores que habian quedado á la plaza despues del último sitio, cuando noticioso de que por opuestos lados venia sobre él considerable número de tropas enemigas, azoróse de tal suerte que sin atender á consejo alguno dispuso el reembarco de los suyos, abandonando la artillería y otros pertrechos de sitio que habia puesto en tierra.

Viendo esto Suchet, que habia dejado solo con 1,500 hombres á Valencia, despues de haber enviado á Murviedro casi toda la artillería de la plaza con los equipajes y tesoros, regresó apresuradamente temiendo que aprovechándose de su ausencia el duque del Parque, que se hallaba con su ejército en Cabrillas, atacase la línea del Júcar, á cuyas tropas tenian órden de unirse en tal caso las que guarnecian á Valencia. El dia 15 volvia á entrar Suchet á esta ciudad, no comprendiendo el anómalo movimiento de los aliados de Cataluña.

Mathieu que habia intentado acampar cerca de Igualada, tuvo que retirarse precipitadamente á Molins de Rey, pues tres regimientos de caballería española y algunos batallones se dirigian á cortarle; mas volvió á salir el 15, y unido á los 3,000 hombres que mandaba Espert, avanzó resueltamente hácia Tarragona para incomodar en su embarque á los anglo-sicilianos.

Insiguiendo las órdenes de Copons, dejaba Eroles á Vich para unírsele, cuando hubo de detenerle aquel general, escribiéndole desde Salomó que se restituyese á su posicion, por estar reembar-

cándose los anglo-sicilianos y verse él mismo obligado á atender á su seguridad, pues el grueso de las divisiones enemigas de Gerona y Barcelona se hallaban en Villafranca.

Vacilaba Murray, y aun hacia vacilar á los mismos franceses no comprendiendo estos sus intenciones, que estaban lejos de atribuir á pavor del inglés, valeroso como era, y el cual se habia jactado á su llegada, de haber sido siempre coronadas con el mejor éxito sus acciones desde que se hallaba en la península. Habia empezado el reembarco la tarde del dia 12, dirigiendo parte de la caballería y artillería con algunos infantes al castillo de Coll de Balaguer, para sacar su guarnicion y destruirlo. Aunque notaron los de la plaza de Tarragona el movimiento del inglés, no se movieron, pensando que se trataba de tenderles una celada. Tanto mas hubieron de afirmarse en esta creencia, cuanto que no tardaron en ver echada nuevamente á tierra la infantería espedicionaria y colocada en disposicion favorable de rechazar á los enemigos que intentasen atacarla. Era que temiendo Murray en su tribulacion, que los franceses no habian de darle tiempo de completar el reembarco de toda la caballería, consideró que debia mandarlo protejer por la infantería.

Mas si Suchet se habia retirado, y no atrevídose á salir de sus murallas la guarnicion de Tarragona, no dejó de avanzar Mathieu camino de esta plaza. Salióle al encuentro Manso en el arco de Bará. La fuerza enemiga escendia á 9,000 hombres, con la caballería correspondiente y dos piezas de artillería. Dejóla pasar Manso hasta una mitad, y entonces mandando quedar en posicion una parte de su brigada, destacó la otra sobre la retaguardia enemiga, incomodándole en el centro y distrayéndole del principal ataque por fuertes guerrillas. Contra estas quiso dirigirse el francés, pero al mismo tiempo viéndose acometido vivamente por retaguardia desconcertóse algun tanto. Reunida al fin su fuerza y habiendo tratado inútilmente de desbaratar á los de Manso, prosiguió su marcha, despues de haber sufrido terrible pérdida, y molestado largo trecho por nuestras guerrillas llegó á Tarragona.

Repuesto en esta ocasion de sus temores Murray, reunió un consejo de guerra para determinar si debia ó no desistirse del reembarco de la espedicion. Consideróse en el consejo que era

por demás proseguir el asedio de la plaza, abandonados como quedaban los cañones y pertrechos del sitio en frente de la misma, la cual habia sido tambien socorrida con poderoso refuerzo, y se acordó el reembarco y el regreso de la espedicion á Alicante.

Arribó en aquellos momentos lord Williams Bentinck, venido de Sicilia para suceder á Murray en el mando, del cual se encargó inmediatamente, conformándose, atendidas las circunstancias, con lo resuelto por el consejo. Apoyada así con un nuevo voto la determinacion, continuó el embarco, hasta quedar verificado del todo á la media noche del 19, á cuya hora se puso fuego á las minas del castillo de Coll de Balaguer, siendo completamente destruido.

Esta desgraciada tentativa dió por resultado la pérdida de una ocasion por demás propicia para arrebatar de un golpe de mano á Tarragona, y tal vez para la reconquista de gran parte de Cataluña, si se hubiera oido como debia á los gefes del ejército español, cuya esperiencia y conocimiento del país era una garantía de lo acertado de sus planes. Los franceses se apoderaron de 18 cañones de grueso calibre. Copons tuvo que emplear la mas esquisita diligencia para no ser envuelto por el enemigo, al cual siguió no obstante al abrigo de las sierras en donde tenia escalonadas sus tropas. A Murray formósele en su nacion consejo de guerra por el modo atropellado con que se acababa de conducir, y si bien no se le halló culpable, con todo, salvando su intencion tachóse de errado y poco juicioso su proceder. Harto era para la reputacion de un general que de hábil y de afortunado se vanagloriaba (1).

---

(1) Se ha tratado de escusar á Murray diciendo que en el caso de no ser fácil contener á las tropas de Mathieu, no le quedaba otro partido que reembarcarse delante de Suchet, quien podia atacarle con 22,000 hombres. En cuanto á contener á Mathieu, hé aquí lo que hallamos en la correspondencia de Copons «Propuse lo que me pareció mas conforme para batir á las tropas que se han reunido, que era esperarles en los pasos antes de Ordal coincidiendo Eroles por el flanco ó espalda: con cerca 9,000 hombres me parece debíamos haber obtenido la victoria. No fué aprobado este plan; he hecho cuanto han querido menos batirme en posiciones que no tuvieran por flanco ó espalda la tierra, así como el ejército inglés confiaba en sus buques (Valls 19 de Junio).» Respecto á los 22,000 hombres de Suchet, ya

No fué mas feliz el regreso de la espedicion á Alicante de lo que habia sido en las inmediaciones de Tarragona. Azotados por contrarios vientos, encallaron en los Alfaques y desembocadura del Ebro, 18 de sus buques de trasporte, de los cuales únicamente 13 se salvaron, parando los restantes en poder de los franceses. Otras averías largas de referir le ocurrieron todavía antes de llegar á Alicante, en donde tomó tierra, avanzando á Jijona para contener á Suchet que ya trataba de sacar partido del malogro de la espedicion sobre Tarragona. Mas conteniendo verdaderamente al mariscal la noticia de haber pasado José los Pirineos, volvió aquel á la ciudad de Valencia, que abandonó el 5 de julio, destruyendo todos los puntos fortificados, y se retiró hácia Aragon; pero dejando defendidos los puntos de Denia, Murviedro, Peñíscola, Morella y especialmente la plaza de Tortosa, cuya guarnicion aumentó hasta el número de 4,500 hombres á las órdenes del general de su mayor confianza, Robert.

Desgraciados tambien en Aragon los franceses, tuvieron que abandonar todas sus posesiones y retirarse parte á Francia por Huesca y Jaca, y parte con Suchet á Cataluña, cruzando el Ebro el 15 de julio por Mequinenza, Mora, Tortosa y dejando solo guarnecidos los puntos de Mequinenza y Monzon, para resguardo de la plaza de Lérida, donde ya no mandaba el feroz Henriot que se habia unido con Suchet sustituyéndole el general Lamarque que antes mandaba en el Ampurdan.

Precedido por Musnier que entró el 15 en Tarragona con 5,000 hombres, avanzó Suchet hácia la misma plaza. Siguiendo sus huellas marcharon la espedicion anglo-siciliana, la division de Wittingham, y el tercer ejército dirigido por el duque del Parque, cuyas tropas cruzaron tambien el Ebro por un puente volante que echaron en Amposta, protegiendo sus movimientos la marina inglesa. Mientras parte de estas fuerzas quedaban ciñendo á Tortosa, empezando á embestirla el 20 de julio, las otras entre las que estaba la division mandada por Sarsfield, seguian de cerca á Suchet,

---

hemos dicho que no pasaban de 7,000, y en aquella ocasion le interesaba demasiado al duque la conservacion de su línea del Júcar para pensar en sacar de ella mas tropas.

y ayudadas por algunos cuerpos del primer ejército y por los buques ingleses, obligaron al mariscal á abandonar en el camino unos 150 carros de víveres y bagajes.

No se detuvo éste en Tarragona mas que para disponer, viendo segura su pérdida, que se minasen sus fortificaciones para volarlas como habia hecho poco antes con las de Valencia, y continuó retirando hasta Villanueva y Villafranca en donde sentó sus reales, dejando á sus espaldas 15,000 hombres del ejército aliado, á cuya formal tentativa sobre Tarragona, que no debia hacerse esperar, volarian las murallas de esta plaza, adelantándose Suchet hácia ella para protejer la retirada de su guarnicion.

Mientras tanto, el comandante general de la caballería D. Luis Decreft, cargaba á un destacamento de caballería de cazadores italianos, que habia salido el 20 de Lérida con un convoy de carros, batiéndole completamente, apresándole 30 hombres, 5 caballos, 4 yeguas y 30 mulas. Diez ginetes y 3 caballos de los mismos enemigos quedaron muertos en el campo. Entre nuestros 7 hombres heridos lo fué el distinguido D. José Callizo, que se batió bizarramente con tres contrarios, recibiendo ocho cuchilladas. Al mismo tiempo era atacado en el Ampurdan el baron de Eroles, quien se habia introducido en aquella comarca para cobrar las contribuciones atrasadas, segun repetidamente le tenia encargado Copons. Partió al efecto el 23 para Bañolas con solo la primera brigada de su division y parte del regimiento de húsares de Cataluña, cuando cerca de dicha villa le salió al encuentro el general Lamarque con 3,500 infantes, 150 caballos y 5 piezas de artillería.

Al momento se trabó la accion, durante la cual fué ocupado el caserío de la villa varias veces por unas y otras tropas indistintamente. Los enemigos repitieron con tenacidad y de diferentes modos sus ataques; pero siempre fueron con la mayor gallardía rechazados. En vano el incesante fuego de su artillería protegió sus esfuerzos: la firmeza de nuestras fuerzas que carecian de esta arma, era incontrastable. Todas las tropas de los españoles tomaron gran parte en la accion; mas las peripecias de la misma ofrecieron al regimiento de Ausona mayor cooperacion y tambien mayor gloria, porque se portó heróicamente. Nuestra

caballería y la francesa se batieron largo rato al arma blanca. Por último, la noche y una fuerte lluvia separó á los combatientes, emprendiendo los imperiales su retirada. Poco despues les imitó el baron replegándose á Mieras, llevándose 51 prisioneros, 3 caballos y 20 mulos; bien que dejando muertos en el campo un centenar de los suyos. Los enemigos hubieron de esperimentar mas dolorosa pérdida.

El ejército de Decaen que se habia entretenido en saquear todas las poblaciones de su paso hasta Reus, á cuyos habitantes obligó á trasportar á Tarragona todos los géneros coloniales existentes en la misma villa, dando en cambio un papel de abono para cubrir con algunos visos de legalidad la espoliacion, empezó á retirar el 28 de junio, llegando á Barcelona el primer dia del siguiente mes. En vano trató de penetrar, una columna hácia Manresa; impidióselo Copons, que no le perdia de vista, verificando un rápido movimiento sobre aquel punto, y poniéndole por delante al temible Manso que le contuvo. El cuartel general español se trasladó el dia 3 á Sampedor. A los seis dias partió con un convoy considerable el general en gefe enemigo, á fin de poner sin duda en salvo el fruto de sus estorsiones. Mas ya Manso le esperaba entre S. Celoni y Trentapasas, hasta donde acompañaba siempre los convoyes la guarnicion de Barcelona, y atacándolo por el flanco le ocasionó varias pérdidas de hombres y riquezas entre las que habia objetos de considerable valor. El propio gefe español, cuya portentosa actividad maravilla ciertamente, envió á sorprender el mismo dia por diez ó doce de sus valientes soldados, vestidos de traficantes en tabaco de contrabando, un destacamento francés de 25 soldados que, formadas las armas en pabellones, descansaban en S. Andrés. Con tan feliz arte se verificó la sorpresa, que tras los fusiles conducidos en un carro, siguieron hechos prisioneros todos los individuos del destacamento sorprendido, sin llevar arma alguna los de Manso.

Aunque no temia Copons que intentasen penetrar hasta Vich los enemigos, y sí solo que sus movimientos llevaban únicamente por objeto asegurar el paso de sus convoyes por la carretera de Francia, dispuso no obstante cubrir las avenidas, y que tuviesen sus fuerzas la conveniente comunicacion para operar con rapidez.

A este afecto ordenó que un regimiento de las tropas de Eroles pasara al Esquirol, dos á los pueblos de Viladrau y Espinelvas, quedando los dos restantes en Vich. Esta fuerza así distribuida, podia defender el punto atacado, replegándose á él las tropas cuya posicion no lo fuese, y acudiendo la reserva á donde conviniera. Dos cuerpos quedaron situados en Moyá, y la brigada de Manso fué enviada á correr el Vallés, sirviendo de vanguardia del flanco derecho de esta línea, con órden de replegarse en su caso é irse situando en posiciones ventajosas para oponerse al avance del enemigo.

Al mismo tiempo, contra la presuncion de Copons, que no habia dejado de trasladar su cuartel general á Moyá, amenazó el francés marchar sobre Vich, penetrando por el pueblo del Esquirol en donde le contuvo el coronel Villamil; Mas vióse éste luego obligado á batirse en retirada, por sobrevenir contra él fuerzas escesivamente superiores. Hallábase casualmente enfermo entonces el diligente baron de Eroles, por cuyo motivo habia encomendado el mando de las tropas que estaban bajo sus órdenes al coronel Villamil; pero al saber que este gefe volvia en retirada, monta á caballo, reune las fuerzas de reserva, corre á sostener á Villamil y empuja al invasor hasta la ermita de la Salud. El empeño de los imperiales por avanzar era sin embargo decisivo. Reforzáronse á su vez con 4,000 infantes y 200 caballos, y presentaron formal batalla, tras de la cual ó el paso quedaba libre, ó desistian de la empresa. No contaban con las tropas de Copons, que llegaron el 8, despues que Eroles acudió á socorrer á Villamil. Los enemigos fueron rechazados de todas sus posesiones, con pérdida de 1,200 hombres. Los vencedores se restituyeron á Vich, en cuya ciudad se esmeraron los habitantes en obsequiarles con abundancia de dinero y sabrosos manjares.

Todo el ejército de Copons se hallaba pues reunido hácia la parte de Vich, á donde con repetidos amagos le habia atraido Decaen para proteger la retirada de Suchet, cuyas tropas harto numerosas todavía, ocupaban todos los puntos de la línea desde Villanueva y Villafranca hasta Molins de Rey. Solo la brigada de Manso quedaba en el Llobregat, para observar y ofender cuanto pudiese á estas fuerzas, y no desperdiciaba en verdad el tiempo.

Despues de algunas acciones de mas ó menos importancia, y aumentada su brigada con una compañía de húsares de las de mayor fuerza que tenia el baron de Eroles, segun las órdenes del general Copons, noticioso Manso en 7 de agosto de hallarse apostado cerca de una division francesa de 8,000 hombres el primer batallon ligero italiano, á fin de protejer los trabajos de los molinos del pueblo de S. Sadurní, trató de atacarlo. Hallábase éste en la mas ventajosa posicion, y Manso en la peor, pues las tropas enemigas le dejaban en el centro de un triángulo, de cuyos estremos no distaba una legua y media. Situóse con todo al amanecer en Monistrol, próximo á S. Sadurní.

Está asentado este pueblo entre una cordillèra de montañas, en la vertiente de una de ellas que remata en una meseta: el rio Noya le cerca casi completamente, no dejándole mas que una entrada. En la meseta citada se hallaba el batallon enemigo. Habíase Manso posesionado de otra eminencia, dando vista á los contrarios; mas para atacar á éstos le era preciso bajar y volver á subir al lado opuesto de una cañada sobre que se encontraban. Ahorráronle la mitad del camino los italianos descendiendo impacientes por combatir y embistiéndole á la bayoneta. Manso les recibió en batalla de frente, y destacando por la derecha al mayor Cantero, con dos compañías protejidas por los cazadores de Cataluña á las órdenes de Baza, por Barcelona y por los húsares, colocados dos cañones de montaña sobre una colina, que no tuvieron ocasion de obrar, y destinadas otras dos compañías mandadas por Estalella y Macías, al flanco izquierdo del enemigo, contuvo el denodado avance del mismo, acometiéndole á su vez concentrando las dos alas del frente de batalla para estrecharle mas y mas. La caballería que travesando el pueblo de S. Sadurní debia tomar la espalda al enemigo, llegó cuando este acababa de ser desalojado; pero mandóla Manso cargar con celeridad al propio tiempo que lo hacian por frente é izquierda Cantero y Baza, y el coronel Costa por la derecha.

Esta accion que duró como una hora y media, se vió coronada con la completa derrota del batallon italiano, que dejó cerca de 400 hombres en poder de los nuestros, con un gefe y 7 oficiales. Solo unos 30 se salvaron entre las malezas y barrancos inmedia-

tos á Ordal. Los muertos recogidos en el campo de batalla pasaron de 200, entre ellos un teniente coronel y 9 oficiales, con mas de 80 heridos. La falta de acémilas y el cansancio de la tropa, obligó á Manso á abandonar mucho trigo y harina de los molinos cuyos trabajos estaban encargados de asegurar los imperiales, y á inutilizarlos, como asimismo los fusiles y demás efectos que no habian podido recoger los habitantes de S. Sadurní. A estos les mandó Manso, para que respetaran el pueblo los franceses á su llegada, que no debia estar lejos recoger y ausiliar á los italianos heridos. En semejante ocupacion les halló una columna de 3,000 infantes y 400 caballos que no pudo acudir á tiempo de ausiliar á los suyos, ni de vengar en los españoles la pérdida de uno de los mejores batallones del ejército invasor. Manso llevaba ya andada una buena media legua. Algunos dias despues, para formarse los gefes aliados cabal idea del combate de S. Sadurní, sin perder el menor accidente del mismo, rogaron á Manso que hiciera un simulacro sobre el mismo campo de batalla. Ejecutóse la maniobra con aplauso de los espectadores, quienes se habian propuesto tomar ejemplo de la acertada direccion del jóven coronel español.

No trató Suchet de protejer la retirada de la guarnicion de Tarragona hasta que llegadas del Ampurdan cuantas fuerzas pudo traerse Decaen, reunió un ejército de cerca 30,000 hombres. Los aliados, á los cuales habia pasado á unirse Copons, dejando á Eroles en Vich, contaban unos 47,000 combatientes, de los cuerpos que ya por Amposta, ya desembarcados en Salou pisaron el territorio catalan antes de agosto á las órdenes del duque del Parque, del príncipe de Angulema, de Villacampa, Wittingham, Casares, Serrano, Sarsfield y de los demás gefes que mandaban á los italianos y calabreses. La línea que ocupaba este ejército cuyo mando supremo ejercia Bentinck se estendia desde Reus á Torredembarra é Igualada. Los sitiadores de Tarragona ascendian á 33,000 infantes y 4,000 caballos. Con tanta actividad se llevaban los trabajos del sitio que no bastando tan gran número de tropas, pagábase 12 reales diarios á los paisanos que en ellos quisiesen ocuparse, y en ayudar á fortificar los puestos de Coll de Santa Cristina, Torredembarra y otros puntos.

Reunidos ya los generales enemigos, resolvieron avanzar, yendo Decaen la vuelta de Valls y del Francolí, y el mariscal Suchet por el camino de Vendrell y Altafulla. Aunque inferiores en número los franceses túvoles respeto Bentinck y si bien aparentó hacerles rostro colocando su ejército en órden de batalla frente de Tarragona, no fué con ánimo de pelear sino de disfrazar su retirada que emprendió la noche del 15 de agosto. Siguiéronle en ella los franceses los dias 16 y 17 hasta los desfiladeros del Hospitalet, no pasando mas allá por convenir tan solo á Suchet retirar segun indicamos los 2,000 hombres de la guarnicion de una plaza que no entraba en su plan conservar, limitada como tenia su posesion por entonces al territorio que allende el Llobregat hasta Francia se comprende.

No habia, conforme á las órdenes del duque de la Albufera, desperdiciado el tiempo el gobernador de Tarragona. Muchas minas se hallaban ya abiertas y cargadas en las murallas y baluartes; mas de 2,000 fusiles habian sido arrojados al mar, con gran número de cañones, y las barrenas y otros efectos de la obra del puerto y del parque de artillería é ingenieros. El 18 se hallaba reunido de nuevo el ejército francés en los alrededores de Tarragona para presenciar y protejer la ruina de la antiquísima ciudad. Los habitantes que no se habian apresurado á abandonarla, sabedores del desastre que les amagaba, hubieron de verificarlo segun se les mandó bajo pena de la vida. En aquella época apenas llegaban á 200 los moradores de Tarragona. Pocos ó muchos los que quedaban, se vieron arrojados de sus casas, no tanto por el imperioso mandato del francés, como para no ser envueltos en la ruina de sus propios hogares que tenia aquél preparada. A las seis de la tarde del citado 18, no quedaba ya en la ciudad una alma viviente. Todos los que hasta entonces la habian habitado debian seguir forzosamente la direccion de Torredembarra, para acabar de ser desposeidos de lo que consigo llevaban, por las diferentes partidas que de intento se hallaban apostadas en aquella via. Algunos se apartaron de ella ganando los vecinos montes, desde donde debian presenciar durante la noche el espantoso asolamiento.

Apenas anochecido, empezó el enemigo á poner fuego en los re-

puestos de bombas y granadas cargadas, en las minas de las murallas y baluartes, del molino de la ciudad, de los arcos que sostenian la cañería de la fuente pública, y del castillo de Pilatos; en el repuesto de pólvora, en el del Patriarca y en el almacen de víveres que tenia mezclados con azufre en la iglesia de santo Domingo, conservada intacta hasta entonces. Cada una de las minas estaba cargada con 15 barriles de pólvora. La esplosion no pudo menos de ser horrorosamente grande. Veinte y tres minas volaron á un tiempo, rompiendo por mil partes y levantando á estraordinaria altura baluartes y murallas. Cinco de sus arcos perdió la cañería de la fuente. Del antiguo y solidísimo edificio de Pilatos quedó derribada una mitad é inútil la otra. Multitud de las casas inmediatas al mismo vinieron abajo. Mas terrible daño causó la esplosion en el castillo del Patriarca, palacio antes del arzobispo, situado casi en el centro de la ciudad, junto á la catedral, capaz para alojar 2,000 hombres y de construccion á prueba del tiempo: quedó completamente destruido. Las casas de su inmediacion fueron aplastadas del todo. Solo dejó de prenderse fuego en la mina de la capilla del santo del dia, S. Magin. Un monton de ruinas era tan solo Tarragona cuando la dejaron enteramente los franceses á las cinco de la mañana del 19 de agosto, despues de dos años y cincuenta y un dias de ocupacion.

Sobre aquel rimero de escombros se lanzó el tarraconés ya libre, aun que empobrecido, y ansioso de disfrutar de un bien á tanta costa recobrado, volvió á fijar su residencia en los restos de sus antiguas viviendas, de las que ni una sola habia que dejase de amenazar desplomarse. Nada de valor quedaba en aquella moderna Troya. Acercáronse entonces los aliados, ocupando el desolado punto la division á las órdenes de Sarsfield, acuartelándose donde pudo. Este gefe sacó de entre las ruinas algunos cañones y otros aprestos militares para reponer en algun modo la defensa del punto que se le habia confiado. Los imperiales se replegaron definitivamente en el Llobregat. Wittingham quedó en Reus y Valls, y Bentinck pasó á situarse en Villafranca, apoyando su izquierda Copons desde Manresa, Martorell y S. Sadurní. La quinta division del segundo ejército español que regia el Empecinado pasó á estrechar el cerco de Tortosa, por haber sido

destinado á Navarra el ejército á que pertenecia, con el duque del Parque y el príncipe de Anglona que lo mandaban. Divididos estos dos gefes dirigiéronse por Tivisa y Mora el uno, y el otro por Amposta á la derecha del Ebro. La escasez de recursos con que contaban para verificar el paso, y la consiguiente lentitud con que hubieron de realizarlo, dieron alas al gobernador de Tortosa, Robert, el cual hizo contra el duque una vigorosa salida que fué sin embargo rechazada por este general, cuyas tropas consiguieron ponerse sin quebranto notable á la otra parte del rio.

Suchet fortificaba entre tanto con creciente actividad la cabeza del puente de Molins de Rey, construyendo algunos reductos á la izquierda del Llobregat. Bentinck que seguia ocupando á Villafranca y los pueblos de enfrente, habia colocado en el difícil paso de Ordal, distante tres leguas, al coronel Adams con una columna compuesta de un regimiento británico, otro calabrés y una brigada de la division española de Sarsfield, que mandaba D. José de Torres. Situóse éste á la izquierda con dos compañías inglesas, posesionándose los calabreses de la eminencia conocida por la cruz de Ordal y de un reducto antiguo que artillaron con 4 cañones pequeños. El resto de las fuerzas inglesas se apostó en la derecha.

Adelantóse Bentinck el 9 de setiembre, para reconocer las posiciones que ocupaban en el Llobregat los franceses, y acompañándose de Manso, manifestóle deseos de ver formadas todas las fuerzas enemigas, á lo que contestó Manso que nada habia mas fácil, pues bastaba que él se dirigiese á Pallejá, como lo verificaria á la madrugada y que Bentinck se volviese á Ordal, desde donde podria ver lo que deseaba. No se habia escapado al coronel español la viciosa disposicion del ejército imperial, cuya vanguardia estaba encomendada al general Mesclop, en observacion sobre ambas orillas del rio, por el lado de Martorell, en donde ya habia sido atacado con ventaja un batallon el dia 3, por cuatro compañías de cazadores catalanes.

Otro batallon, el 2.º del 7.º de línea, apoyado tambien como el anterior por un escuadron, el 4.º de húsares, se hallaba apostado en el pueblo de Pallejá, situado al pié de un monte, á tiro de fusil del grueso del ejército enemigo. Colocó Manso su brigada en lo al-

to de la montaña, y partió á las dos de la madrugada con las compañías de preferencia, formando en junto unos 600 hombres con las músicas, que habian de empezar á tocar tan luego como se oyese ruido dentro del pueblo. Segun las disposiciones que habia dado, mientras unas compañías se apoderarian del caserío, las otras atacarian un reten en la carretera de Martorell, flanqueando el pueblo por la izquierda y acercándose tambien al mismo las otras por la parte opuesta del rio, á fin de proteger el movimiento y apostándose en la Torre Roja para flanquear por la derecha la poblacion dominando la carretera de Molins de Rey. Los húsares colocados en S. Andrés de la Barca debian acuchillar al reten esterior, ayudando á los infantes que principiarian la acometida. Manso se puso al frente de la columna, cuyo objeto era nada menos que desalojar á una avanzada enemiga, de un punto parapetado, en el llano y cerca de un gran ejército que contaba con poderosa caballería.

Apenas empezado el ataque, suenan las músicas, acobárdanse los imperiales que son entrados á la bayoneta y acuchillados. Algunos, especialmente los de la casa llamada el Castillo, intentan hacer resistencia desde las ventanas; pero penetra allá el capitan Estalella y los rinde, apoderándose de todos los hombres y caballos que allí se alojaban. Dos horas duró la refriega. La alarma cundió instantáneamente en el ejército francés, que tuvo ocasion de ver Bentinck reunido, por haberse puesto todo él en movimiento creyendo tener encima á los aliados. Mas ya Manso se retiraba en escalones por Corbera á S. Sadurní, llevándose 105 caballos, esto es, todos los que quedaban con vida, y 48 prisioneros, entre ellos un oficial. Su pérdida consistió en 2 muertos, 2 prisioneros y 8 heridos. Por décima tercia vez en dos años, lo fué tambien en aquella jornada el bravo capitan D. Juan Pablo Par. El general en gefe no pudo menos de trasladarse de Piera á S. Sadurní, para dar personalmente las gracias por tan brillante accion á Manso y á su tropa, cuya gloria trataron algunos de oscurecer atribuyendo á temeridad lo que estaba muy lejos de ser tal, sino consecuencia de un plan tan sabio como valerosamente ejecutado.

Incomodando á Suchet la proximidad de los aliados que veia

ocupando las alturas y paso de Ordal, resolvió arrojarles de allí. Difícil era la empresa, por ser el punto que iba á disputar á los nuestros, además de escarpado, rodeado de cerros, teniendo por única avenida el camino real que serpenteando largo trecho atraviesa la cumbre. Parecióle al efecto al francés ventajoso comenzar su ataque de noche y repentinamente, á guisa de sorpresa, y combinado segun juzgó mas prudente, movió su campo, fuerte de 12 á 14,000 mil hombres, antes de la primera hora del 13 del mismo setiembre. Suchet en persona se dirigió con la mayor parte de su fuerza sobre Ordal, mientras la columna de Decaen, á cuya cabeza se hallaba el general Mesclop, se lanzaba contra la izquierda de los aliados, formada por la vanguardia de Copons, regida por Manso, que desde Gelida se estendia hasta el camino real, con intento, dando la vuelta por S. Sadurní hácia Villafranca, de envolver por aquel lado á los nuestros. Habia previsto este coronel la intencion del enemigo; así que no solo dejó de tomar la precaucion que le aconsejaba Copons de replegarse á Piera creyéndole comprometido en la posicion que ocupaba, mas aun se negó á satisfacer los deseos de Bentinck, quien queria que como mas práctico en el terreno pasase á Ordal á colocar á aquellas tropas en la mejor disposicion. Escalonó pues su brigada hasta Martorell, dispuesto á impedir el paso al francés por aquella parte.

El ataque fué tan violento como firme la defensa por el centro é izquierda de nuestra línea. Dos veces los ímpetus del enemigo se habian estrellado contra el valor y la serenidad de las tropas aliadas, cuando á la tercera acometida hubo de quedar herido el coronel D. Federico Adams, recayendo el mando en D. José de Torres. Solo momentáneamente ganaron los imperiales uno de nuestros puntos mas importantes, pues fueron luego desalojados de él por los cazadores de Aragon, dos compañías inglesas y los certeros disparos de la artillería británica apostada en la Cruz de Ordal. Castigado el francés en el centro, probó de romper la derecha que sostenian los ingleses, yendo contra ella la division de Habert, uno de cuyos batallones, el 114, bizarramente dirigido por su comandante Bugeaud, consiguió arrollar á los britanos. No tardaron en ciar tambien las tropas del centro, replegándose

sobre las fuerzas de Manso que las ampararon. El enemigo se apoderó de los cañones; la mayor parte de los calabreses encontrándose con tropas de Decaen, cruzaron hácia el mar la carretera, y no habiendo por acaso dado tampoco con la columna de Suchet, consiguieron embarcarse en Sitges. Bentinck que avanzó desde Villafranca al ruido de la contienda, pudo sostener á los que por la derecha retiraban, recogiéndose con ellos á su cuartel general. No se empeñó Suchet en seguirle, ya por haberle infundido respeto la firmeza del inglés, cuyos ginetes escarmentaron á los de los escuadrones franceses, ya porque todavía no habia podido Decaen penetrar por nuestra izquierda, entretenidos sus 5,000 hombres por las hábiles maniobras del coronel Manso. Este gefe fué el que verdaderamente sostuvo el honor de la jornada, presentando atrevidamente batalla al enemigo, así que vió flaquear nuestro centro y derecha, dando tiempo á los dispersos para unirsele, y aun enviando algunos destacamentos á los bosques vecinos para atraerlos y dirigirles de nuevo al combate, en tanto que otros se ponian en salvo libremente por los difíciles pasos que les separaban de la direccion de Tarragona y que debian haber sido tomados por el general Decaen. Cumplido su objeto, siguió tambien, pero con el mayor órden y serenidad, la retirada general hácia S. Pedro de Riudebitlles é Igualada, logrando entonces, bien que ya sin fruto, penetrar hasta S. Sadurní los invasores. Mas de 2,000 hombres del ejército aliado salvó aquel dia la habilidad y esfuerzo del coronel D. José Manso, á quien tributaron todos los gefes las mas lisongeras muestras de aplauso, de admiracion y de aprecio. El gobierno de la nacion le confirió la cruz de la real y militar órden de S. Fernando, distincion de inestimable valor en aquella época, segun ya antes de ahora espresamos.

Replegóse el ejército aliado á Tarragona, donde al poco tiempo fué á relevar en el mando á Bentinck, que se volvió á Sicilia, el general Sir Guillermo Clinton, de fama tan esclarecida como justa. Los franceses volvieron á sus posiciones de la derecha del Llobregat y puntos avanzados de la otra orilla. Copons se aposentó en Igualada, pero noticioso el 24 de que los enemigos pensaban penetrar hasta Lérida, estableció para estorbárselo, una

línea desde el Bruch á Esparraguera, dando las instrucciones convenientes á fin de cerrar el paso al francés, ya adelantase éste por la carretera nueva ó por la vieja, ya por la de Villafranca, ya por ambas direcciones, ó por las de Monistrol y el Vallés.

Gran número de afrancesados se habia retirado de Valencia con el ejército de Suchet, para no caer en manos de los verdaderos españoles, cuya saña temian. La mayor parte, por no permitirles el mariscal alojarse en el recinto de Barcelona, moraban en el exterior, dentro los carruajes en que vinieron, y á la sombra de las murallas, en tanto que se aprestaba para Francia el convoy al que les era preciso unirse. Algunos sin embargo, probaron de alejarse hasta Arenys ó Calella, mas pagaron caro su confiado atrevimiento. La miseria de tales gentes, á quienes no quedaba de su fugaz opulencia y de su infatuado engreimiento, mas que los bordados de sus uniformes y la vergüenza de su situacion, era en verdad castigo poco severo de su ingratitud para con la patria. Si de algunos tesoros pensaron disfrutar en país estranjero, á espensas de la nacion española que habian ayudado á los invasores á esquilmar, en vano lo esperaron: los mismos enemigos en favor de quienes todo lo supieron sacrificar y bajo cuya proteccion se enriquecieron, desposeyéronles de todo, cuando ya sin esperanza de estrujar mas al país, nada les restaba á los espúreos hijos del mismo.

Era de ver en aquellos dias, como desde el último soldado invasor hasta el primero de sus generales, ostentaban el fruto de sus rapiñas, tratando de reducirle al menor volúmen y peso posible, para llevarlo con facilidad á salvamento. Los joyeros de Barcelona que aun viven, podrán dar razon de los diamantes de gran valor que vendieron á los gefes imperiales. Suchet tenia su tesorería particular en un pabellon de la Ciudadela, donde segun refiere el P. Ferrer, llegaban hasta el techo las talegas de toda clase de dinero. El mismo autor asegura que un platero de la ciudad vendió al opulento duque de la Albufera, un diamante de valor 2,100 duros. Otros gefes de mucha menor graduacion se procuraron tambien piedras preciosas por valor de 1,000 duros y mas. El mariscal tomó tambien letras sobre París, Perpiñan y Lion á los comerciantes Durán y Sargelet, de la plaza de

Barcelona, por la suma de 112,000 duros. Generales, oficiales y soldados, todos cambiaban plata por oro, á 8 reales de premio la onza: uno de los primeros cambió á este precio 6,000.

No parecia sin embargo Suchet muy conformado con su suerte: ni aun trataba siquiera de ocultar al público su pesar y su desasosiego. Lamentábase de haberse visto obligado á abandonar sus pingües propiedades en Valencia, especialmente la de su ducado, por la mala direccion ó por los desaciertos de José. Su juicio parecia resentirse de la fijeza de tan doloroso pensamiento. Así es que se le vió aquellos dias distraido y voluble en todas sus acciones: si daba órdenes era para revocarlas luego; montaba á caballo para salir á paseo, y antes de doblar la primera esquina se volvia á su palacio: ya cabalgando lanzaba de repente á escape al generoso bruto, ya lo recogia de súbito, ya le aguijaba otra vez, ya en fin descendia de él y volvia á montarlo sin mas razon ni motivo que el de la febril inquietud que le atormentaba. Una vez montó apresuradamente á caballo, corrió á galope tendido al alojamiento de Mathieu, púsose á tierra de un brinco, y al ir á subir el primer escalon, tornóse de improviso á su cabalgadura y se restituyó lentamente á su morada. Supo Mathieu lo que acababa de pasar y fuese tras su cuñado el mariscal, quien ni siquiera se acordó de á lo que iba. El paisanaje, que durante mas de cinco años y medio se habia acostumbrado á fundar en someros datos, profundos y acertados juicios, confirmóse en los que poco antes formara, al observar todo cuanto acabamos de añadir á nuestro histórico relato. Ahora ya no podia dejar de verse próximo el dia de la completa libertad de la nacion. La estrella del César francés visiblemente se iba eclipsando. Los ejércitos imperiales se replegaban en torno de su gefe. El sol poco antes esplendente recogia moribundo sus dorados rayos. El Austria acababa de unirse á la confederacion europea para contribuir á derribar al coloso.

El último baluarte de la dominacion francesa de Cataluña iba á ser la plaza de Barcelona. Todo en ella y junto á ella lo disponian los enemigos para resistir á los embates que les preparaban los aliados. A quinientas toesas de los muros condales debian ser destruidos cuantos edificios y árboles existiesen. Comprendiase en

esta distancia el convento de Jesus, el antiguo Lazareto, el caserio de S. Beltran, hasta la Cruz Cubierta en medio de la carretera de Valencia, cuyo hermoso templete, que le daba nombre, quedó igualmente derruido. Quiso representar al invasor, el abogado Riera, para impedir la destruccion de los edificios de la huerta de S. Beltran; pero fué decretada su prision y no hallándole la policía en su casa, llevóse á su hijo. En lo interior del recinto se dió cumplimiento al decreto del año último, por el que se mandaba verificar igual derribo á 40 palmos de los muros.

El mas espantoso saqueo se verificaba al mismo tiempo, principalmente en el llano ó campo de la ciudad, por las tropas italianas, avezadas como ya se ha dicho, á tales tropelias. Suchet les daba el ejemplo gastando 100 duros diarios para solo la mesa, que corria al cargo de los payeses mantener. De todos los pueblos de los alrededores se veia entrar cotidianamente á la ciudad multitud de pavos, pollos, ánades, perdices, gallinas y otros animales semejantes, que eran depositados en el vivero que el nuevo Lúculo habia mandado formar al efecto junto al baluarte de Mediodia, sin que esta carga estraordinaria aliviase en manera alguna á nuestros labradores de la gravosa contribucion, ni menos les librase del pillage de los codiciosos italianos. Acabóse entonces aquel lujo que en los pueblos vecinos se habia hecho tan notable, señal infalible de la ventajosa venta de los frutos en las épocas de verdadera hambre, que durante la ocupacion se atravesaron. Acabáronse las fiestas y bailes de Sarriá, S. Gervasio y Badalona, á donde los oficiales franceses acudian á danzar con las payesas, no sin hacerse protejer durante la diversion por una fuerza de 2 á 3,000 hombres, sobre las inmediatas cumbres situada. Desaparecieron aquellas mantillas de cristal bordadas de doradas lentejuelas, y por las que se pagaban 4 y 5 onzas; aquellos vestidos de finísimo percal; aquellos delantales de bombosí atados con hebilla de oro, y aquella ostentacion en fin, que lo era verdaderamente en la época de que nos estamos ocupando.

Ya era hora de que tocasen á su término, con el logro del premio merecido, los constantes sacrificios de los catalanes. En los cinco años de guerra habian satisfecho estos dignos hijos de la

nacion española, la crecida suma de cerca de 500 millones de reales vellon (1) sin contar las derramas y repartimientos que no es posible incluir en la cuenta. ¡A cuánto no deben hacerla subir las estorsiones de los enemigos, los robos, los saqueos, el destroce causado en los edificios, en el arbolado y en los sembrados; los apresamientos de buques mercantes, la pérdida de caballerías, ganado y bestias de labor, y el aniquilamiento general de toda fuerza productiva! Mas ¡cuán poca cosa es todo esto al lado de tanta sangre derramada, tanta honra pisoteada, tantos santos lugares poluados con las mas viles torpezas!

Napoleon habia á este tiempo elegido para coronel general de su guardia al mariscal Suchet, y agregado al ejército de Aragon y Valencia, que ya no lo eran casi mas que de nombre, el de Cataluña; lo cual en realidad no alteraba sustancialmente el estado de cosas, debiendo por disposicion anterior juntarse todas aquellas fuerzas bajo la misma mano, siempre que se operase de un modo activo. Simplificóse no obstante, con la nueva medida la administracion, evitando asi disputas y competencias que no podian ser sino muy perjudiciales, sobre todo en tan críticas circunstancias. Retiróse á Francia Decaen, cediendo el puesto al duque de la Albufera, cuyo ejército así reunido presentaba un total bastante respetable de soldados. Pero disminuyóse poco despues su número en 9,000 hombres; tuvo luego que pasar á Italia el general Severoli, con su division compuesta de 2,000 combatientes; fueron en seguida desarmados de súbito en Barcelona por decreto del emperador 2,400 alemanes, y por fin retiráronse tambien á Francia los gendarmes y otros cuerpos escogidos, sin que se enviasen otras gentes en cambio. En breve ya no quedó al comandante general de ocupacion de las tres provincias que en otro tiempo formaron un reino considerable, mas ejército que al que á un general de division se confía.

Todavía antes de terminar el año ocurrieron combates y reen-

(1) La suma exacta, tal como resulta del estado formado por el tesorero principal del ejército y principado de Cataluña D. Joaquin Acosta y Montealegre, é impreso en Vich en 26 de febrero de 1814, es la de 488.224,957 reales, 3 maravedises, y nó la que traen Toreno y otros.

cuentros en diversos puntos del principado, aunque no de grande importancia. Fueron los mas notables los de Pallejá, Montallá, S. Privat, Torre del Baró, Santa Eulalia y S. Felio de Codinas. Sarsfield, Manso, Llauder, Valencia, Lesenne y otros no menos dignos gefes, rayaron muy alto en bizarría al frente de las tropas que á esas parciales acciones asistieron, en las cuales, como en la de SantaEulalia, el 27 de noviembre, con 1,200 hombres menos que los contrarios se batió la brigada de Manso, obligándoles á abandonar todo el botin que habian cogido en el saqueo del pueblo, ocasionándoles mas de 300 muertos y heridos; y como en la de S. Felio de Codinas, el 7 de noviembre, en la que rechazó Lesenne y persiguió hasta las inmediaciones de Palau á una division de 4,000 hombres, que habia intentado desalojarle, á la que hizo perder 24 ó 26 hombres, hiriéndole mas de 250, y cogiéndole algunos prisioneros. El 13 del propio mes, 6 cazadores de Cataluña mandados por el sargento Paperes, sorprendieron un destacamento enemigo compuesto de 18 hombres del 114 de línea, matando un cabo y 5 soldados, haciendo 3 prisioneros y cogiendo 6 mochilas, 3 fusiles y otros efectos. Otros 10 ó 12 del mismo cuerpo se libraron de ser cogidos en S. Andrés por una columna que con todo silencio entró en la poblacion, ocurriéndosele al oficial que los mandaba, colocarles á distancia unos de otros, dando á intervalos la voz de *Alerta los de Manso*. El solo nombre del famoso coronel bastó para ahuyentar á los enemigos, que juzgaron inútil la sorpresa: tanto impone el verdadero valor.

No eran menos notables las ventajas que sin apartarse del alto Ampurdan, alcanzaba sobre los convoyes que salian ó entraban por la frontera, y aun sobre las divisiones y destacamentos enemigos que recorrian el país, los valerosos Rovira, Llauder y otros gefes y oficiales conocidos en la presente narracion histórica, por su habilidad y esforzado porte. Inmensas eran las pérdidas que el brigadier Rovira hacia de continuo esperimentar á los cuerpos imperiales en la raya de Francia, en hombres, en víveres, en acémilas, carros y aun en verdaderos tesoros. Llauder que continuaba vigilando á los de Olot, no perdonaba ocasion de inquietarles, y particularmente el 4 de octubre, burló con suma destreza los esfuerzos del general Petit que habia salido á

acometerle, obligándole á volverse á la villa con 300 soldados menos.

Suchet no podia dejar sin socorro á Tortosa, Lérida y demás plazas de su espalda que aun tremolaban bandera francesa y que debian caer irremisiblemente, bloqueadas como se hallaban, bien que provistas de víveres, mas sin esperanza de ausilio esterior. Quiso por lo menos el francés, probar de libertar como habia hecho con Tarragona, á la fuerza que las guarnecia. Reunió al efecto en el Llobregat todas las fuerzas disponibles del ejército de su mando, hasta el número de 18 ó 20,000 infantes y 1,500 caballos, y mandado por los generales Espert, Musnier y otros, avanzó el 1.º de diciembre hácia la línea de los españoles, que intentó romper. Los aliados acampaban como se ha dicho desde Villafranca á Tarragona. En aquella villa trató Suchet de sorprenderlos. Pero hallando á Sarsfield, que con su division fuera del caserio le esperaba formado en batalla, y sabiendo además que el general Copons le habia tomado con tres brigadas de su ejército el flanco derecho, temiendo que se le envolviese, ció apresuradamente, acosado por Sarsfield, á Barcelona en donde entró el mismo dia, resuelto á no pensar mas en la suerte que aguardaba á las plazas cuyas guarniciones intentara incorporar á su fuerza. Manso arrojó al dia siguiente de Sabadell al general Musnier quemándole su campamento.

Por otra parte iba debilitándose de dia en dia el ejército invasor, tanto por la desercion contínua y cada momento mas considerable, como por los repetidos envíos de las mejores tropas al norte, donde unos tras otros descalabros precipitaban la caida del capitan del siglo, que despues de haber invadido todos los estados veia amenazados los suyos con asombroso golpe de contrarios. En cambio venian, trémulos, acongojados, llorosos, algunos batallones de conscriptos de 14 y 15 años, que mal instruidos y débiles por sus pocos años, pero aun mas por su contrariada voluntad, eran mezclados con los escasos veteranos que quedaban en los regimientos. Mas de 200 promociones hizo en Barcelona Suchet en su desmembrado ejército, para llenar las vacantes que dejaban las balas y formar nuevos cuadros para la multitud de fuerzas que pedia Napoleon. Envióle tambien al angus-

tiado emperador mas de 30,000 fusiles procedentes de los 50,000 que habia hallado Duhesme en las Atarazanas y Ciudadela, sobre ochenta cañones de todos calibres, y por fin, desprendiéndose de todos sus generales, hasta del mutilado baron de Nicolás, gobernador de la Ciudadela, el antiguo sargento de granaderos que en el Directorio habia librado la vida á Bonaparte, parando con el brazo el golpe de sable destinado á hacer rodar por el suelo la cabeza del futuro emperador. Solo quedaba en la capital del principado en 11 de diciembre, el general Habert, pues Suchet la habia desamparado á las 10 de la noche anterior.

Al mismo tiempo entraba ocultamente en España el duque de S. Cárlos, bajo el falso nombre de Ducos, portador de las proposiciones que hacia á las córtes Napoleon, para la libertad del prisionero de Valencey. Demos aquí á estas interesantes negociaciones toda la estension necesaria.

Mientras activaba impaciente el guerrero del Sena la ejecucion del decreto del Senado que llamaba á las armas 300,000 franceses, para contener á los ejércitos del septentrion y mediodia que se precipitaban sobre su imperio, pensó en sembrar entre los contrarios el gérmen de la division, y para ello fijóse en el mas débil de todos los que podian formar liga contra él, aunque prisionero, en Fernando VII. Envió pues á este príncipe el consejero de Estado conde de Laforest, quien bajo el supuesto nombre de Dubois entregó al rey en 17 de noviembre esta carta de su amo: «Primo mio: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis estados y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes. Deseo pues quitar á la influencia inglesa cualquier pretesto y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones. —Envio á V. A. R. al conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimacion que le profeso. No tenien-

do mas fin esta carta, ruego á Dios, etc. —Saint Cloud 12 de noviembre de 1813. —Vuestro primo Napoleon.

Tomado conocimiento de esta misiva por el rey y los infantes D. Cárlos y D. Antonio, dijo Laforest entre otras cosas: «El emperador que ha querido que me presente bajo un nombre supuesto, para que esta negociacion sea secreta, me ha enviado para decir á V. A. R. que queriendo componer las desavenencias que habia entre padre é hijo, hizo cuanto pudo en Bayona para efectuarlo; pero los ingleses lo han destruido todo, introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo suelo está talado y asolado, la religion destruida, el clero perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra existencia que el nombre, las colonias de América desmembradas y en insurreccion, y en fin, todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que erigir la monarquía en república, y sin embargo, para engañar al pueblo, en todos los actos públicos ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, que V. A. R. no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este tiempo; pero no obstante se valen para todo del nombre de V. A. R. pues no se oye de su boca mas que Fernando VII. Esto no impide que reine allí una verdadera anarquía, pues al mismo tiempo que tienen las córtes en Cádiz y aparentan querer un rey, sus deseos no son otros que el de establecer una república. Este desórden ha conmovido al emperador, que me ha encargado haga presente á V. A. R. este funesto estado, á fin de que se sirva decirme los medios que le parecen oportunos, ya para conciliar el interés respectivo de ambas naciones, ya para que vuelva la tranquilidad á un reino acreedor á que le posea una persona del carácter y dignidad de V. A. R. Considerando pues S. M. I. mi larga esperiencia en los negocios, (pues hace mas de cuarenta años que sigo la carrera diplomática y he estado en todas las córtes) me ha honrado con esta comision, que espero desempeñar á satisfaccion del emperador y de V. A. R., deseando que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses llegasen por casualidad á saberla, no pararian hasta encontrar medio de impedirla.

. . . . . .»

A lo que respondió Fernando: «que un asunto tan serio como

aquel, y que le habia cogido tan de sorpresa, pedia mucha reflexion y tiempo para contestarle, y que cuando llegase este caso se lo haria avisar.»

Mas urgiendo al emperador la terminacion del asunto, presentóse al dia siguiente al rey, Laforest y le dijo: «que si aceptaba la corona de España que el emperador queria volverle, era menester que se concertase con él para arrojar á los ingleses de ella.» Contestó Fernando y apoyáronle su hermano y su tio: «que de nada podia tratar hallándose en las circunstancias en que estaba en Valencey, y que además no podia dar ningun paso sin el consentimiento de la nacion representada por la regencia.» Tan frecuentes fueron las visitas de Laforest en aquellos dias, como contradictorios los fundamentos de queja contra los ingleses respecto de España: ya, segun el esperimentado diplomático no se trataba de república en esta nacion sino de nombrar por rey de toda la península á un Braganza de Portugal.

Al fin limitóse el francés á pedir al rey que comprometiese su palabra de ser amigo del emperador si este volvia á sentarle en su trono. «Estimo mucho al emperador, contestó Fernando; pero nunca haré cosa que sea en contra de mi nacion y de su felicidad; y por último, declaro á V. que sobre este punto nadie en este mundo me hará mudar de dictámen. Si el emperador quiere que yo vuelva á España, trate con la regencia, y despues de haber tratado y de habérmelo hecho constar, lo firmaré, pero para esto es preciso que vengan aquí diputados de ella y me enteren de todo. Dígaselo V. asi al emperador, y añádale que esto es lo que me dicta mi conciencia.» Si esta contestacion que trae Escoiquiz en su *Idea Sencilla*, es realmente de Fernando VII, lo que sorprende en verdad, conocidos el carácter y hechos de este monarca, debe llenar por sí sola de orgullo á los españoles: mas no puede la historia darla completo asenso. Segun el mismo Escoiquiz, el rey puso mas por estenso su respuesta en una carta que escribió al emperador el 21 de noviembre.

Decidido Napoleon á venir prontamente á un arreglo difinitivo, sacó al duque de S. Cárlos de Lons-le-Saulnier en donde le tenia confinado desde poco despues de principiada la guerra, y uniéndole á las conferencias de Vicennes, logró por fin que se

autorizase al duque y á Laforest para hacer y firmar un tratado que sin embargo no se consideraria concluido hasta que llevado á Madrid por el de S. Cárlos, fuese ratificado por la regencia y por el rey una vez restituido al trono. Así empezaba á ladearse aquella firmeza de que hemos dudado poco há. El tratado no tardó en estipularse bajo los siguientes artículos:

«Primero: Habrá en lo sucesivo y desde la fecha de la ratificacion de este tratado, paz y amistad entre S. M. Fernando VII y sus sucesores y S. M. el emperador y rey, y sus sucesores.»

«Segundo: Cesarán todas las hostilidades por mar y tierra entre las dos naciones, á saber: en sus posesiones continentales de Europa, inmediatamente despues de las ratificaciones de este tratado; quince dias despues, en los mares que bañan las costas de Europa y Africa de esta parte del Ecuador; cuarenta despues, en los mares de Africa y América en la otra parte del Ecuador; y tres meses despues en los paises y mares situados al Este del cabo de Buena Esperanza.»

«Tercero: S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia reconoce á D. Fernando y sus sucesores segun el órden de sucesion establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias.»

«Cuarto: S. M. el emperador y rey, reconoce la integridad del territorio de España, tal cual existia antes de la guerra actual.»

«Quinto: Las provincias y plazas actualmente ocupadas por las tropas francesas serán entregadas en el estado en que se encuentran, á los gobernadores y á las tropas españolas que sean enviadas por el rey.»

«Sexto: S. M. el rey Fernando se obliga por su parte á mantener la integridad del territorio de España, islas, plazas y presidios adyacentes, con especialidad Mahon y Ceuta. Se obliga tambien á evacuar las provincias, plazas y territorios ocupados por los gobernadores y ejército británicos.»

«Séptimo: Se hará un convenio militar entre un comisionado francés y otro español para que simultáneamente se haga la evacuacion de las provincias españolas, ú ocupadas por los franceses ó por los ingleses.»

«Octavo: S. M. C. y S. M. el emperador y rey se obligan recíprocamente á mantener la independencia de sus derechos marítimos, tales como han sido estipulados en el tratado de Utrech, y como las dos naciones los habian mantenido hasta el año 1792.»

«Nono: Todos los españoles adictos al rey José, que le han servido en los empleos civiles ó militares y que le han seguido, volverán á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban; todos los bienes de que hayan sido privados les serán restituidos. Los que quieran permanecer fuera de España tendrán un término de diez años para vender sus bienes y tomar todas las medidas necesarias á su nuevo domicilio. Les serán conservados sus derechos á las sucesiones que puedan pertenecerles y podrán disponer de ellos sin estar sujetos al derecho del fisco ò de retractacion, ó cualquier otro derecho.»

«Décimo: Todas las propiedades muebles ó inmuebles, pertenecientes en España á franceses ó italianos les serán restituidas en el estado en que las gozaban antes de la guerra. Todas las propiedades secuestradas ó confiscadas en Francia ó en Italia á los españoles antes de la guerra, les serán restituidas. Se nombrarán por ambas partes comisarios que arreglarán todas las cuestiones contenciosas que pueden suscitarse ó sobrevenir entre franceses, italianos ó españoles, ya por discusiones de intereses anteriores á la guerra, ya por las que haya habido despues de ella.»

«Undécimo: Los prisioneros hechos de una y otra parte serán devueltos, ya se hallen en los depósitos, ya en cualquier otro paraje, ó ya hayan tomado partido, á menos que inmediatamente despues de la paz no declaren ante un comisario de su nacion que quieren continuar al servicio de la potencia á quien sirvan.»

«Duodécimo: La guarnicion de Pamplona, los prisioneros de Cádiz, de la Coruña, de las islas del Mediterráneo y los de cualquier otro depósito que hayan sido entregados á los ingleses, serán igualmente devueltos, ya estén en España, ó ya hayan sido enviados á América.»

«Décimotercio: S. M. Fernando VII se obliga igualmente á hacer pagar á Cárlos IV y á la reina su esposa, la cantidad de

treinta millones, de reales que será satisfecha puntualmente por cuartas partes de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de francos formarán la viudedad de la reina. Todos los españoles que estén á su servicio tendrán la libertad de residir fuera del territorio español, todo el tiempo que SS. MM. lo juzguen conveniente.»

«Décimo cuarto: Se concluirá un tratado de comercio entre ambas potencias, y hasta tanto, sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pié que antes de la guerra de 1792.»

«Décimo quinto: La ratificacion de este tratado se verificará en Paris en el término de un mes, ó antes si fuere posible.»—Fechado y firmado en Valencey á 11 de diciembre de 1813.—El duque de S. Cárlos. —El conde de Laforest.»

A este convenio acompañaban además de una carta del rey para la regencia, tres advertencias y una instruccion que segun Escoiquiz, quiso el rey hacer en secreto y de palabra al duque de San Cárlos antes de partir para España. Eran las siguientes: «1.ª Que en caso de que la regencia y las córtes fuesen leales al rey y no infieles é inclinadas al jacobinismo, como S. M. sospechaba, se les dijese era su real intencion que se ratificase el tratado; con tal que lo consintiesen las relaciones entre España y las potencias ligadas contra la Francia, y no de otra manera; 2.ª Que si la regencia, libre de compromisos, le ratificase, podia verificarlo temporalmente, entendiéndose con la Inglaterra, resuelto S. M. á declarar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta á España, por los males que traeria á su pueblo semejante confirmacion; y 3.ª Que si dominaba en la regencia y en las córtes el espíritu de jacobinismo, nada dijese el duque y se contentase con insistir buenamente en la ratificacion, reservándose S. M. luego que se viese libre, el continuar ó no la guerra segun lo requiriese el interés ó la buena fé de la nacion.»

Este desenlace habia de darse á una guerra grande por la constancia, por la heroicidad, por los sacrificios de todos los españoles. Tal fin la empequeñeceria, si algo hay que pueda disminuir un ápice el glorioso esplendor que la rodea. Hé aquí un tratado, hé aquí unas instrucciones, formado todo por hombres que solo siguieron la lucha en los diarios censurados del impe-

rio: por esto sin duda ni siquiera nombran al gobierno nacional y ni tratan de los aliados, acordándose únicamente de los ingleses para echarlos del territorio español. Y luego esa sospecha de unas córtes tan fieles á su mision como dignas de ella; esa reserva temporal que se encargaba á la regencia, y esa promesa de no cumplir el rey lo pactado, aunque lo fuese con el enemigo que le trajera engañado al lugar de su cautiverio, disponiendo de la corona de España, forma ciertamente una tristísima conclusion. Bien se conocia que cuantos en el estranjero disponian ahora de la suerte del reino, no habian tomado parte en la sangrienta lid de la independencia nacional.

En torno del monarca español se iban reuniendo otra vez los mismos hombres que le aconsejaron un dia la salida de sus estados, abriendo de par en par las puertas de los mismos al monarca francés. ¿Les habian hecho mas cautos los desengaños? Nada de esto. Los sucesos posteriores lo confirmaron. Vacilantes en todo; temerosos todavía de desagradar al emperador que les sustentara hasta entonces; dispuestos contra los ingleses, como si al poderoso impulso de estos terribles adversarios de Napoleon, no se debiesen gran parte de los resultados que se tocaban, aun formaban planes para rechazar toda otra alianza que la del emperador.

Algunos dias despues de la partida del duque de S. Cárlos, esto es, en 24 del propio diciembre, fué despachado con igual comision para España D. José Palafox, á fin de prevenir cualquier retardo que en su marcha pudiese haber aquél esperimentado. Añadióle el rey en las instrucciones reservadas que le confió, que se evitase todo derramamiento inútil de sangre y que el mariscal Suchet quedaba nombrado por el emperador comisario en los términos del artículo séptimo del tratado.

Aun debia con todo derramarse alguna sangre en la devastada y ya casi exhausta nacion española.

LIBRO SÉPTIMO.

1814.

CAPÍTULO ÚNICO.

Sucesos generales.—Situacion de los franceses en Cataluña.—Regresa Suchet á la capital.—Proyectos de los aliados.—Bloqueo de Barcelona.—Van-Halen.—Sus planes.—Frustrada tentativa contra Tortosa.—Sorpresa de Mequinenza, Lérida y Monzon.—Negociaciones entre Suchet y Copons.—Regreso de tropas imperiales á Francia.—Acércase tambien Suchet á la frontera.—Libertad de Fernando VII.—Llega el rey á Perpiñan bajo el nombre de Conde de Barcelona.—Es recibido por Suchet.—Entra en España.—Recíbelo Copons.—Entra en Gerona.—Carta de la regencia y contestacion del monarca.—Llega tambien el infante D. Cárlos.—Caida de Napoleon.—Prosigue el rey su viaje.—Se acerca á Barcelona.—Llega á Tarragona y Reus.—Sigue hacia Lérida, quedando enfermo en Reus el infante D. Antonio.—Deja el monarca á Cataluña.—Acompáñale Copons.—Ultima accion contra los franceses.—Evacuacion de Barcelona en 28 de marzo.—Asonadas contra los afrancesados.—Definitiva evacuacion del principado.—Tratado de paz y amistad.

El gobierno de la nacion acababa de dejar su residencia de la isla gaditana para trasladarse á la capital de la monarquía, donde entró en medio del júbilo general á los primeros dias de enero. Las córtes siguieron á Madrid, abriendo sus sesiones el 15. Ya á su paso para Aranjuez habia tenido conocimiento la regencia de la misiva del duque de S. Cárlos, á la que no vaciló en contestar en los términos que le prescribia el decreto de córtes de 1.º de enero de 1811, aprobado por unanimidad, á proposicion de los diputados catalanes, sobre no reconocer y tener por nulo

cuanto tratase ó dispusiese el rey, en el estado de opresion en que se hallaba: decreto que por única contestacion le envió la regencia en 8 de enero de 1814. En los mismos términos respondió el 28 á la nueva carta de Fernando, recibida por conducto de Palafox.

Comunicado el asunto á las córtes, quisieron éstas oir al consejo de estado, el cual opinó «que no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitucion en el congreso, y que se nombrase una diputacion que al entrar S. M. libre en España le presentase la nueva ley fundamental y le enterase del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos;» con algunas advertencias algo rigurosas en verdad para los españoles comprometidos en favor de José, pero que hasta cierto punto justificaban los temores fundados que se abrigaban, de cuanto habia de suceder. Consecuentes consigo mismas las córtes, aprobaron por una gran mayoría el decreto de 19 del propio enero, en que además de prevenir que no se prestaria obediencia al rey hasta que en el seno del congreso hubiese jurado la Constitucion, conforme al artículo 173 de la misma, cuya ley le seria presentada por el presidente de la regencia á su arribo, disponíase que los generales de los ejércitos fronterizos pusiesen cuanto antes en conocimiento del gobierno todas las noticias ciertas que tuviesen sobre la venida del monarca, quedando la regencia en enviarles copia de este decreto y una carta de la misma para S. M.; que fuese rechazada cualquier fuerza armada que quisiese entrar con el rey, así como negado el paso al que sin ser español perteneciese á su comitiva, aun viniendo en calidad de doméstico ó criado, debiendo en este caso comprenderse á los empleados, pensionados ó condecorados por José; y por último prescribíanse las formalidades de la entrega del poder real de Fernando en la córte.

Mientras esto se disponia, estrechaba el gobierno de España su alianza con Austria y Prusia, como antes lo hiciera con Rusia y Suecia; naciones todas éstas que no dudaron en reconocer la legitimidad de nuestras córtes generales y estraordinarias. Solo á Fernando estaba reservado menospreciar la obra de la nacion que tanto por su amor habia hecho. El elemento absolutis-

ta que ya le rodeaba en su cautiverio se aprestaba en España para recibirle y estraviarle, sembrando entre los españoles larga serie de males á que correremos nosotros espeso é impenetrable velo.

La situacion de los franceses en Cataluña era cada dia mas apurada. Copons los contenia por la parte de Vich hasta la frontera, y los anglo-sicilianos estendiendo su considerable campamento desde Ordal á Tarragona, vigiladas las costas por la escuadra, eran una amenaza contínua del poder de los imperiales en el principado. Suchet regresó el 11 á la capital, noticioso de que los aliados se disponian á formar el bloqueo de la misma, retardado hasta entonces por no convenir á los planos de Wellington, quien venciendo á los demás ejércitos franceses de la península, juzgaba quedar por este solo hecho precisada la evacuacion de Cataluña. Mas convenia en gran manera á Bonaparte conservar lo que de esta provincia le restaba, segun el interés que demostraba en ello; y aun cuando mandó retirar los mejores soldados y la mayor parte de los generales, era porque limitándose por entonces á la defensiva el ejército imperial del principado, bastábanle menos generales, y harto sacrificio hacia con dejarlo encomendado al inteligente Suchet, pudiendo ser sustituidas las tropas que estraia, por conscriptos, si inútiles para la guerra de campaña, no tanto para la defensa de las plazas.

Mal avenido Manso con la inaccion en que mantenia Wellington al primer ejército, formó y propuso al general Clinton el plan de arrojar á los franceses de su línea del Llobregat, concurriendo á la empresa así las fuerzas de Clinton como las que mandaba Copons. El ataque debia verificarse con tanta rapidez como decision, á fin de lograr el objeto propuesto, antes de que tuviese tiempo Suchet de socorrer al general Mesclop, de cuya division se trataba. Favorecia el intento la circunstancia de tener el francés de tal modo dispuestas sus tropas en el puente de Molins de Rey que con facilidad podian ser arrolladas, no sirviendo su número en la aglomerada colocacion en que se las tenia, sino para imposibilitarles la defensa de aquel punto. Bien acojido el plan por los gefes aliados, moviése el inglés de Villafranca hácia el Llobregat, y lo propio hizo Copons, encomendando la direccion al mismo que habia concebido el proyecto.

Aumentada la brigada de Manso con la primera de la segunda division, con el batallon del General, dos escuadrones de húsares, una brigada de la division mallorquina y 4 piezas de artillería, quiso Copons encargarse del mando, y pasó el 15 de enero á acampar junto á Caldes de Montbuy, dando frente á Sabadell, punto aparente del ataque, Encendidas hogueras por la noche para mas alucinar al enemigo, partió Copons á media noche con toda la division, siguiendo á la vanguardia de Manso hácia Tarrasa, para dejarse caer á la madrugada del 16 sobre Molins de Rey. La lluvia impedió á estas fuerzas y á las de Sarsfield hallarse en la posicion y á la hora de antemano concertadas. Sin embargo, luego de amanecido rompieron el fuego los nuestros, Sarsfield por la derecha y Copons por la izquierda del Llobregat.

El coronel Costa, al frente de su regimiento de Barcelona, echó á la bayoneta á considerable número de enemigos situados en la altura del plá de las Bruxas, entre el Papiol y Molins de Rey, persiguiéndolos hasta mas allá de este pueblo. Al propio tiempo desalojaban los cazadores de Cataluña mandados por Baza, á los que intentaron defenderse en un castillo antiguo, sobre el camino de Santa Creu de Olorde, los cuales despues de dura refriega tuvieron que replegarse á S. Felio con las restantes, desde donde se retiraron á Barcelona, dejando abandonada la guarnicion del puente de Molins de Rey y con pérdida de 700 hombres. Tres regimientos de la division de Sarsfield y la caballería inglesa pasaron en columna el rio, avanzando hasta S. Vicens y Molins de Rey; pero limitáronse á un reconocimiento, replegándose tambien por la tarde. Señalóse en esta empresa el batallon de voluntarios de Aragon, cuyo comandante Terán quedó gravemente herido.

Nueva órden del emperador sacó de Cataluña de 8 á 10,000 infantes, las dos terceras partes de caballería y casi toda la artillería. El célebre cuerpo de foragidos catalanes, alistados al mando de Juan Pujol bajo las banderas invasores, fué desarmado el 22 en Barcelona, junto á la horca frente á la Ciudadela, y enviados á Francia todos sus individuos, que no llegaban á 80, habiendo llegado antes á 200, yendo delante y atado como los demás su depravado gefe. Dábase por el pueblo el nombre de *Briballa* á

esta reunion de gente perdida, apellidándose á su comandante *Boquica*. Ejercia éste el oficio de traginero en Olot al principiarse la guerra, y dejándose seducir por el oro francés, se prestó á servir de espia al enemigo. Descubierto por los españoles, fué preso y conducido á Tarragona, de cuyas cárceles se fugó para presentarse á Lamarque en el Ampurdan, ofreciéndole su brazo y el de otros cien compañeros suyos. Aceptó el general, y desde entonces se hizo notable la compañía de cazadores catalanes capitaneados por Pujol, nó en los campos de batalla, sino en las sorpresas de pueblos indefensos, en cuyos habitantes se cebaban con todo genero de estorsiones y maldades. La compañía de la *Briballa* no era pues en realidad, como dejamos indicado, mas que una partida de salteadores desalmados, puestos al servicio del invasor.

Con el mismo convoy salió Suchet de Barcelona el 1.º de febrero, para reconcentrarse en Gerona y sus cercanías, con dos divisiones y una reserva de caballería, á que se reducia ahora todo su ejército de campaña. Habert quedó con el mando de la baja Cataluña, reconcentrando en el recinto de la capital no solo las guarniciones que aun permanecian en Molins de Rey, S. Pedro Mártir, Moncada y Mongat, sino tambien la del fuerte de Capuchinos de Mataró, parte de la cual se encaminó á Hostalrich: el fuerte fué destruido por los mismos, luego despues de evacuado. Apenas contaba la guarnicion de Barcelona unos 8,000 hombres. La plaza quedaba declarada en estado de sitio; como si realmente no lo hubiese estado durante toda la guerra. Desde entonces empezaron los enemigos á formar con troncos de árboles una estacada al rededor de la ciudad, cerraron y despojaron casi todas las iglesias y conventos, quedándose lo de valor, y depositando toda la balumba en el monasterio de Montesion. Las monjas de casi todos los conventos tuvieron que refugiarse en el de la Enseñanza, único conservado, ó repartidas en casas particulares. Adelantóse el derribo de edificios, haciéndolo estensivo al Matadero público, cuya bella construccion, no terminada todavía, costaba á la ciudad 41,000 libras, y á la isla de casas de Bacardí en la Barceloneta. Mas de 40 párrocos, vicarios y otros presbíteros fueron echados de la ciudad, que abandonó tambien el vicario general Sans. Los pobres y los que podian venir á pobreza du-

rante el sitio que se temia, fueron arrojados tambien por barrios, sin permitirles llevar cosa alguna de valor. Por fin, fueron igualmente abandonados en las puertas de Barcelona los infelices recogidos en las casas de Caridad, de la Misericordia y de Espósitos, que hubieron de amparar piadosos particulares de los pueblos libres. Los pudientes que en la plaza quedaban, se apresuraron á satisfacer la contribucion de todo el año y el anticipo forzoso, en pago del cual recibian cantidad de bronce de los cañones inutilizados, y á salir del recinto condal, donde iban á ser los únicos sobre quienes descargaria Habert antes de su rendicion todo el peso de su ira y de su codicia desenfrenada.

En tanto los españoles habian empezado á estrechar el bloqueo desde primeros de febrero, ocupando Manso desde S. Andrés á Gracia con 3,000 hombres Wittingham, con 4,000 desde Gracia á Sarriá, y pertrechado en este pueblo Sarsfield con 5,000 hombres. Clinton y despues Copons con el grueso del ejército, se estendieronpor S. Felio completando hácia la parte de mar por aquel el bloqueo. Ausiliábanle algunas fragatas inglesas delante del puerto. No muy confiado Habert en la defensa de la ciudad, hizo trasportar á Monjuich todo lo de mas valor, dispuesto como se hallaba á sostenerse en el castillo hasta el último trance, en caso desesperado.

Un hecho que debia ser de gran trascendencia para el francés, ocurrió en esta ocasion: la fuga del ayudante de Suchet y gefe de batallon D. Juan Van-Halen. Aunque hijo de irlandeses este militar, era oriundo de Cádiz y habia seguido como alférez de navío la causa de la nacion hasta que hecho prisionero en el Ferrol en 1809, tomó partido con los enemigos, y reconociendo por rey á José, sirvióle algunos años dentro y fuera de España. Hallábase el D. Juan en una comision en París en 1813, cuando conociendo que el imperio de Napoleon iba á desplomarse, y queriendo hallarse en disposicion de prestar á la patria que habia abandonado, un servicio de tal importancia que le volviera á reconciliar con ella, halló modo de que se le colocara á mediados de octubre en el estado mayor del duque de la Albufera. Ya en Cataluña, procuró ponerse en comunicacion con el emprendedor y aguerrido báron de Eroles, el cual hallándose enfermo en

Manresa á principios de noviembre, recibió por conducto de un sugeto apellidado Paz, con quien habia tenido relaciones antiguas de amistad, una carta, cuyo original tenemos á la vista, fechada en 23 de octubre, en que le decia Van-Halen: «El que escribe á V. es un español que obligado por una continuacion de acontecimientos se ha visto envuelto en nuevos compromisos y ha servido como edecan al hermano del emperador cuando estaba en España bajo el título de rey. He vivido despues de los acontecimientos de Vitoria retirado en Francia, en uno de los pueblos del interior, hasta que la prevision de nuevos compromisos me dispuso á precaverme de ellos bajo el mas fino aspecto del disimulo, y pasé á París para conseguir un destino en algun ejército, con el fin de ponerme en salvo, atendiendo á mis miras y decidida voluntad; asi es que llego á mi patria, al parecer como su mayor enemigo, con el destino de edecan del general Suchet, que es en el que me hallo; por lo cual, al cabo de cuarenta horas de mi llegada á España me apresuro á tomar todas mis medidas para conseguir el reunirme á aquellos de quienes una mal entendida razon me hizo la suerte separarme; así es que fiado en el honor de V. y de su penetracion en el particular, llego á sus puertas, nó con el carácter que mis conocimientos, mis tareas mal empleadas y su consecuencia me han dado, sino con el título de soldado, para el cual, si otro no cabe, espero de su probidad se digne favorecerme, á fin de que desplegando cuanto alcanzan mis ideas, pueda ganar en 15 dias lo perdido en 5 años, y darle á la nacion en resultados ventajosos una prueba de la sanidad de mis sentimientos y del ardor de mis deseos.»

Contestóle el baron que ni debia prometerse la buena acogida que venia buscando, ni menos esperar proteccion, por ser tan graves las ofensas que á su patria habia inferido, sin borrar antes los agravios hechos al nombre español, por medio de útiles servicios; añadiendo que supuesto se hallaba á la inmediacion de Suchet, no le seria difícil comunicarle al propio Eroles cuantas noticias pudiesen ser de utilidad al primer ejército, hasta presentarse ocasion de aprovechar con mejor resultado sus servicios. Comunicada una clave para la sucesiva correspondencia, que durante tres meses se siguió por intermediacion del mismo

sugeto de confianza, dió Van-Halen una noticia exacta de la fuerza y planes de los franceses en el principado; formó en 1.º de enero de 1814, un proyecto de ataque contra el ejército de Suchet, en presencia de un plano topográfico que se le remitió y de un estado de las tropas españolas; adquirió la llave de la cifra del mariscal; avisó que los espías de Lérida y Tortosa llevaban los partes dentro de los cigarros; por fin, obtenidas todas las noticias necesarias para sorprender las plazas que á la derecha del Llobregat conservaba el francés, tratóse de la salida de Van-Halen. Ya era tiempo, porque acababa de recibir éste el 9 de enero, órden del mariscal para pasar á unirsele en Gerona, junto con otro edecan que se hallaba tambien en la plaza. Apresuróse pues á forjarse una órden del gefe de estado mayor D'Eschalard, fechada á las once de la noche del 17 de enero, á la que puso el sello del ejército imperial, espresando deber pasar como parlamentario al cuartel general español, para hacer entrega en él de algunos partes de que estaba encargado por Suchet, á cuyo fin partiria inmediatamente para S. Andrés, en donde tomaria 180 ó 200 caballos del 13.º de coraceros, con los que seguiria con la necesaria precaucion hacia S. Felio de Codinas, acelerando la marcha para llegar á Caldes de Montbuy al amanecer. Seguido de 4 húsares salió por la puerta Nueva cerca de la media noche. Eroles debia esperarle á la vista de S. Felio, con fuerza suficiente para sorprender y hacer prisionera á la de caballería, sacada con engaño de S. Andrés; pero desgraciadamente el sugeto que dos dias antes debia darle el aviso fué detenido por una partida de húsares españoles que sin conocimiento del baron, habia quedado de órden del general en gefe sobre la carretera de Moncada. No vaciló en escoltar con dos escuadrones el comandante acantonado en S. Andrés, mas recelándose el francés por el camino, negóse á poner su fuerza al galope, á lo que precipitando aquél la carrera, se adelantó seguido de dos soldados, con los que llegó á Sabadell, desde donde escribió á Eroles á las cinco de la madrugada: «Dos escuadrones traigo engañados: el hacerlos seguir hasta mas adelante es difícil sin traer aquí alguna tropa. Estoy pronto á todo. Me he adelantado con dos ordenanzas porque ha sido preciso.» Sin embargo, los coraceros habian vuelto grupas há-

cia San Andrés, sin que los nuestros pudiesen perseguirles.

Frustrado este golpe, manifestó el de Eroles al general en gefe la probabilidad de ganar al francés algunas plazas por medio de una estratagema, para la que contaba con la cooperacion de Van-Halen. Aprobó el proyecto Copons, fiando en el valor y la discrecion del que lo habia formado, para llevarlo á feliz término. Mas como la llegada del edecan de Suchet se hizo luego pública en todo el principado, debia llamar igualmente la atencion el verlo partir con Eroles en direccion de una de las plazas invadidas; por lo cual, á fin de evitar sospechas que alarmasen al enemigo, tomó el baron letras de cambio para la corte y otras ciudades de fuera provincia. El 10 del propio enero escribia el gefe del estado mayor general enemigo D'Eschalard, al gefe del estado mayor español Cabanes, suplicándole de parte de Suchet que le devolviese el caballo del general Saint-Cyr Nugues, que se llevara Van-Halen, y los húsares, advirtiéndole además que dicho oficial se hallaba en deuda de varias cantidades con algunos paisanos de Barcelona y de Burdeos, y con oficiales del ejército francés.

No difirió Eroles el avistarse en Villafranca con el general en gefe aliado Clinton, el cual no solo aprobó tambien el plan, sino que le ausilió desprendiéndose de 6,000 hombres de su primera division y de gran parte de la Mallorquina, al mando de Smith. Antes de terminar enero se hallaba ya Eroles en Cherta. Su intento era fingir un tratado suscrito por Suchet, segun el cual deberian evacuar las plazas las guarniciones de Tortosa, Lérida, Mequinenza, Monzon, Sagunto y Peñíscola. Es inútil decir que el estilo y la firma del mariscal, la letra y firma de los gefes y oficiales de su estado mayor, con un caudal de noticias sorprendidas por haberse interceptado algunos partes y correspondencias particulares, y cuanto en fin podia hacer mas verosímil el engaño, fué falsificado; en lo que entendieron Van-Halen y otros. Parte de la division auxiliar, al cargo del marqués de Vibot, se hallaba situada en Valldemós, sobre Praditg, pueblo por donde pasa el camino de herradura del Perelló y poco distante del Coll de Balaguer. En carros cubiertos de paja fueron trasladadas el 5 de febrero al mismo punto, desde la línea del sitio de Tortosa, encomendada al brigadier D. Juan Antonio Sanz, 4 piezas de artillería. La

guarnicion que debia salir engañada de la plaza el dia 6, haria seguramente noche en el Perelló, pudiendo encontrarse á las diez de la mañana siguiente en el Coll de Balaguer, en cuyo punto seria atacada por las fuerzas allí reunidas y hecha prisionera. El general Elío que mandaba en Valencia, sintió no poder trasladarse en posta á Cherta, pero escribió á Sanz que no escasease á Eroles todo género de ausilios, aun cuando le pareció que el proyecto tenia toda la apariencia de falso: «cuidado, cuidado, añadia; muy rara vez prueba bien lo que proviene de gente infame» refiriéndose sin duda al que habia dado la primera idea del plan. Tambien á Clinton asaltaron despues algunas dudas y escrúpulos acerca de la garantía que podia tener la guarnicion de Tortosa por parte del general en gefe de las tropas que formaban el bloqueo de esta plaza, y asi creyó, segun dijo, de su deber, para evitar todo motivo de mala inteligencia sobre el particular, hacer entender á Eroles que las tropas de su mando solo se hallarian autorizadas para contribuir al apresamiento de la guarnicion, en el caso de inducirla á salir de la plaza *á todo riesgo*, *sin exigir ninguna garantía ó seguridad* por parte de los generales españoles; pues no era á su entender justificable el hostilizar por su parte á aquella tropa en *desprecio de un contrato* convenido con las tropas españolas, pretendiendo anularlo considerándolo como mera estratagema. No habian sido tan nimios en esta cuestion de honor los generales españoles que no cedian en caballerosidad al inglés. El mismo Elío que esperaba poco del tal proyecto, añadia en su citada carta estas palalabras: «es menester no despreciar la prueba, pero llena de precaucion.»

Manifestóse ofendido en su dignidad el baron, y contestó al general Clinton en 4 de febrero: «O yo no atiné á esplicarme con bastante claridad, ó en las conferencias que tuve el honor de tener con V. E. y con el general Smith comprendí los casos de salir la guarnicion de Tortosa por una simple órden del mariscal Suchet ó bien afianzada en un supuesto contrato con los generales españoles, en que se estipulaba el concederle un libre paso hasta verificar su reunion con el ejército imperial. Todo, segun dije á V. E., dependia de las noticias que aquí recibiésemos sobre el estado de la plaza y el modo de pensar de la guarnicion.

Los informes recibidos hacian inverosímil el primer partido, y asi no vacilé en adoptar el segundo. Primero, por estar minados todos los fuertes y murallas de la plaza; segundo, para no esponer al vecindario á un atropellamiento consiguiente á su defensa, y los almacenes y tren de sitio del ejército de Suchet depositado en ella; cuarto, porque el persuadir al gobernador de la plaza á que la abandone y se reuna con la guarnicion á la de Lérida ó á las tropas de la otra parte del Llobregat, ni lo conceptuaba probable por la inverosimilitud del suceso, ni de ventaja alguna para nuestra nacion que no encontraria en Tortosa mas que un amago de ruinas. Finalmente, cuando recibí el oficio de V. E. estaban dados los primeros pasos en consecuencia de lo que llevo dicho, y el asunto no admite variacion. Me es muy sensible que la delicadeza de V. E. no permita emplear sus tropas en una operacion que en mi concepto debe considerarse como una estratagema militar; pues aun que en realidad se supone un convenio firmado entre el general Copons y el mariscal Suchet, ni en él se comprometen las firmas de nuestros generales, ni se traslada al gobernador de Tortosa sino por conducto del gefe de estado mayor de su ejército y de órden directa del mariscal. Este convenio se autoriza por nosotros, que solo afectamos creerlo y darle cumplimiento hasta que llegue la ocasion de descubrirles el ardid. No es mi intento persuadir á V. E. que obre contra sus principios; solo sí el sincerarme de que si induje á V. E. á secundar este proyecto no lo hice comprometiendo la buena fé y el nombre británico, por mas que el orígen de esta guerra y el carácter que le han dado los franceses autoriza contra ellos toda clase de procedimientos. Doy á V. E. las gracias por haberme anticipado el aviso, contrario en su sentido á la persuacion en que vivia, para arreglar con tiempo que la guarnicion de Tortosa, en caso de salir, sea desarmada por tropas españolas.»

No tuvo Eroles esta satisfaccion. Remitida el dia 3 á Robert copia del contrato de armisticio y evacuacion espresado, que se suponia concluido en Tarrasa, junto con una órden tambien apócrifa del cuartel general francés, contestó aquel gobernador que no siéndole posible, por hallarse aquejado de gota, pasar á arreglar personalmente en el cuartel general español *infinidad de*

asuntos relativos á la guarnicion, se comprometia á enviar despues de la una del siguiente dia al coronel baron de Plicque; «y para probaros, añadia, mi exactitud en llenar fielmente las condiciones de un tratado, os enviaré tambien mañana á primera hora tres soldados del regimiento de la Rioja, que han tenido la imprudencia de acometer á mis guardias en el acto de llevar el rancho á sus compañeros: ya que me habia sido notificado el armisticio cuando cayeron prisioneros, no deben ser en rigor considerados como tales; no lo son legitimamente.» Salió el 4 de la plaza el baron de Plicque con poderes para el comandante-general del bloqueo, por cuyo conducto se llevaba á cabo la trama; pero no pudo evitarse que se introdujese la misma noche en la plaza un espía, por el cual supo el enemigo lo bastante para entrar en sospechas y dar largas á la conclusion de los tratos. Contestó al siguiente dia Robert que era indispensable, ya que habia Sanz de posesionarse de la plaza, tener una entrevista con las personas que en el artículo 10 del convenio se nombraban, y que si la evacuacion no se verificaba á las 4 horas de firmado el compromiso, seria culpa suya; lamentóse de no haberle sido aceptado el ofrecimiento que hizo de hacerse trasladar, sin embargo de continuar adoleciendo de gota, á la casa extramuros llamada del Camarer, designándole como punto de reunion la torre del Corder, á donde le era imposible llegar, é instó porque se verificase la entrevista en la casa espresada: «finalmente, añadió, si á las cuatro de la tarde no me habeis enviado á persona alguna, tengo el honor de deciros que me veré obligado á no creer en la conclusion de un armisticio, y mandaré renovar las hostilidades.» Tan chocante cambio obligó á Eroles á abandonar un proyecto que por todos lados se manifestaba contrariado, pues Clinton acababa de escribirle que habiendo retirado del Llobregat las tropas enemigas, le convenia disponer de la primera division y de la fuerza de la Mallorquina, que le tenia el baron entretenidas, por convenir acaso mas emplear estas tropas en union de las que iban á formar el bloqueo de Barcelona. Devolvióselas el de Eroles, y apresuróse á marchar sobre Lérida y Mequinenza, no juzgando prudente repetir la tentativa en Peñíscola y Murviedro, para ver si le favorecia allí mas la fortuna.

Estaba la última de dichas plazas observada tan solo por 300 hombres del regimiento de Cariñena, de suerte que la guarnicion, aunque escasa tambien, hacia salidas á muchas leguas de distancia, teniendo en contínuo sobresalto á todos los pueblos circunvecinos. Instruido de estas y otras interesantes particularidades, llegó el 8 el baron á Flix, desde donde envió á Mequinenza á su ayudante de campo el capitan Mazeda, con órden para colocar con mas ventaja el mencionado destacamento; y ausiliado por un vocal de la diputacion provincial de Cataluña D. José Antonio Cid, de muchas relaciones en el territorio, armó al paisanaje y cerró toda comunicacion con la plaza. Van-Halen y el tentente Bart, siguieron á Eroles hácia Lérida, quedando ocultos en el inmediato pueblo de Torres del Segre, yendo solo á visitarle en el campamento, donde se trasladó el general, de noche y recatadamente, para enterarse del estado de los negocios y copiar los papeles que él mismo les entregaria. El capitan Daura permaneció al lado de este gefe, en clase de ayudante, para suplantar las firmas de los generales enemigos, en que era ducho, en los papeles que Bart y Van-Halen habrian copiado, despues de examinados con toda escrupulosidad. Ya en el campo de Lérida, y con el fin de cohonestar su presencia en aquellos sitios, se dió á conocer á las tropas el baron en ostentosa revista, como comandante general de los bloqueos de la plaza y de las de Monzon y Mequinenza, ordenando estrechar el de la primera. Al mismo tiempo introdujo en aquella plaza un espía con la siguiente fingida carta de Suchet al gobernador general Lamarque, escrita mitad en cifra y mitad en letra: «Barcelona 1.º de febrero de 1814.— Recibo mi estimado general muy de tarde en tarde noticias vuestras, y lo atribuyo á que el enemigo emplea todos los medios para detener nuestros espías y burlar nuestros cálculos. En este supuesto me ratifico en mi última, manifestándoos la satisfaccion que me causan las medidas que habeis adoptado, no menos que la bravura y aliento de esa guarnicion, en quien fundo las mejores ventajas, pues solo se guia por el honor y la gloria. Es cierto que circunstancias imprevistas han forzado á S. M. el emperador á variar sus vastos proyectos, en cuya consecuencia me manda hacer todo cuanto pueda, á fin de reunir las guarniciones de las

plazas allende el Llobregat y juntar un ejército capaz de paralizar las operaciones que el enemigo intentare en la campaña próxima contra el imperio. Me ocupo ahora en llenar las miras de S. M. tratando con el enemigo, con objeto de obtener libre paso para las guarniciones de unas plazas que nosotros habiamos ganado con tanta gloria. Me prometo conseguirlo, pues que han sido ya oidas mis proposiciones. En en este caso yo os lo avisaré por uno de mis edecanes, á fin de que os instruya conforme á mis miras. El emperador ha tenido la bondad de nombraros comendador del órden de la Reunion, así como al general Robert, por cuya gracia os doy la mas sincera enhorabuena.»

Acompañaba esta carta otra del gefe de Estado mayor del mariscal, el coronel D'Eschalard, fechada en 2 de febrero, en que se instaba que no tuviese el menor reparo en entregar la contestacion al dador, con un estado de la fuerza disponible que sacaria de la plaza, como tambien el de la caja y almacenes. A fin de poner á salvo al espía y apresurar la contestacion, habíale Eroles entregado otro pliego igual para el gobernador de Mequinenza Bourgeois. Lo propio se hizo con éste. Al cabo de dos dias salieron de ambas plazas los espías, con la contestacion y los estados de fuerza y existencias pedidos. Apenas supo Eroles el buen resultado de su primera tentativa, acercóse á Mequinenza con 300 infantes y 40 caballos, previniendo á Van-Halen que fuese á su encuentro por diferente camino, reuniéndose ambos á la vista de la plaza, despues que hubo aquél enviado á Bourgeois otro pliego supuesto de D'Eschalard, con el sello correspondiente, de cuyas hojas habia salido abundantemente provisto el fugado edecan de Suchet. Decia este parte: «Mi general: me encarga el señor M. duque de la Albufera, preveniros que acaba de concluirse un tratado entre S. E. y el general en gefe del primer ejército español, en virtud del cual se ha concluido un armisticio de 12 dias para dar tiempo á las guarniciones francesas de las plazas situadas á esta parte del Llobregat, para evacuarlas y unirse con sus equipajes y artillería de campaña al ejército imperial de Aragon y Cataluña. El gefe de escuadron Van-Halen y el capitan Castres, ayudantes de campo de S. E. están encargados de partir inmediatamente para Lérida y Tortosa y remitir los tratados y

órdenes consiguientes.» Confirmábale lo propio al gobernador una carta acompañatoria de Eroles, del dia 11, datada en Sudarrell, añadiéndole que el armisticio habia empezado el dia 8, que esperaba su contestacion para hacerlo observar á las tropas del bloqueo, y que acababa de anunciársele el próximo arribo de un oficial enviado por el mariscal portador de las órdenes convenientes, en cuya atencion dejaba á Lamarque la facultad de elegir fuera del alcance de cañon de la plaza, conforme se le prevenia, el sitio donde pudiese verificarse la entrevista personalmente ó por medio de un gefe de confianza.

La respuesta del general Bourgeois correspondió completamente á los deseos del español, quedando por ella acordado que á la primera hora de la tarde del 12, podria apersonarse cualquiera de nuestros gefes con el capitan de artillería de la plaza, Doyer, sobre las alturas fronterizas al castillo, á donde pasaria acompañado de 50 caballos. La presencia y despejo de Van-Halen vestido con el uniforme de edecan de Suchet, y el desembarazo del teniente Bart que hacia el papel de ordenanza del propio mariscal, daba tal viso de realidad á la escena, que era menester mucha malicia para graduarla de ficcion: y como se acercaron á la plaza acompañándoles el baron sin escolta alguna y con cierto aire de confianza que desvanecia toda sospecha, ni remotamente llegaron á pensar los enemigos que fuese todo una mera estratagema militar. Reunido, con Doyer los tres espresados, entregó Van-Halen los pliegos de que se suponia portador, uno de los cuales aparecia escrito de Suchet en Granollers el dia 8, y decia: «El convenio de que os hablé en mi anterior de 1.º del corriente, haberse entablado con el general en gefe del ejército enemigo, se ha terminado felizmente, y el gefe de mi Estado mayor D'Eschalard está encargado de remitiros copia para vuestra inteligencia y cumplimiento. Es muy sensible para mi el dar la órden para evacuar unas plazas en donde á costa de tantos sacrificios habiamos hecho tremolar nuestros gloriosos estandartes pero circunstancias inesperadas y defecciones sin ejemplo han forzado al emperador á tomar este partido, deseoso de conservar á los valientes de esas guarniciones y colocarlos otra vez en la primera fila de mis bayonetas. Mi edecan el gefe de escuadron Mr. Van-Halen

portador de la presente, os instruirá verbalmente de algunas particularidades que debereis tener á la vista para arreglar vuestras operaciones. De todos modos os encargo que apresureis vuestra marcha y me remitais con anticipacion las noticias que os pido, pues desearia teneros á mi inmediacion para la nueva organizacion que premedito dar á mi ejército.» Los dos pliegos restantes eran el convenio y la carta que D'Eschalard le acompañaba, encargando al gobernador su exacta y pronta observancia; que lo diese á conocer á las tropas en la órden del dia; que arreglase su marcha con el comandante de las tropas españolas que formaban el bloqueo, y que enviase desde luego al cuartel general de Suchet, si se lo permitian los españoles, uno de los oficiales de la guarnicion con la noticia del dia de su partida y del en que pensaba reunirse al ejército, así como del número de sus tropas. Espresábase en el convenio entre otras cosas, que las seis plazas mencionadas debian ser entregadas á los ejércitos españoles que formaban su bloqueo, con toda la artillería, municiones de guerra y boca y demás perteneciente á las mismas, sin destruir ni malbaratar cosa alguna desde que fuese presentada la capitulacion; las guarniciones debian salir á las 24 horas con todos los honores de la guerra, llevándose 4 dias de racion y 40 cartuchos por plaza, y la artillería ligera con 60 tiros por pieza, con las mechas encendidas, yendo por el camino mas corto á reunirse con el ejército imperial que se suponia aun frente de Barcelona, todo lo que facilitaria el gobierno español; los prisioneros debian ser devueltos antes de la evacuacion sin cange alguno, así como los caballos y armas aprehendidos; cualquiera duda que ocurriese debia ser interpretada en favor de las guarniciones. Para su cumplimiento ya se ha dicho que se estipulaba en el mismo convenio un armisticio de 12 dias.

Informado Doyer á su parecer, de la voluntad é instrucciones del mariscal que supo Van-Halen adecuar artificiosamente á utilidad de la causa de España, arregló con Eroles la marcha de la guarnicion, conforme al sentido del supuesto convenio, y se restituyó á la plaza. Dejó Eroles sus instrucciones al capitan Mazeda y al ayudante de Estado mayor D. Pedro Baeza, con quien se entendió desde entonces Bourgeois, recibiéndole y agasajándole estremadamente, y tras-

ladóse con diligencia al bloqueo de Lérida, seguido de Van-Halen, á fin de repetir allí el ardid que tan en buen punto tenian. Para mas asegurar su completo resultado, habíase guardado riguroso secreto por los que entendian en él, y tanto con objeto de evitar en la tropa cualquier desórden como con el de hacer creer á los espías que tal vez se introdujesen en la ciudad, lo que importaba creyeran los enemigos, no solo hizo propalar el baron la noticia de la evacuacion de Mequinenza, que realmente ocurrió el dia 13, y de que en breve sucederia lo mismo con las plazas de Lérida y Monzon, sino que hizo pública en el campamento español la existencia de Van-Halen como el edecan de Suchet portador de la órden, y dió además la siguiente órden general á las tropas: «Soldados: las plazas de Lérida, Monzon y Mequinenza serán evacuadas por las tropas francesas con toda su artillería y almacenes, y confiadas en adelante á vuestro valor, para no ser conquistadas jamás. Las tropas que ahora las guarnecen desfilarán á vuestra vista, con sus armas, para reunirse á su ejército, obteniendo libre paso de nuestra parte. Hay un armisticio de 12 dias para dar lugar á esta reunion, durante los cuales, sin que disminuya en un punto vuestra vigilancia, no debeis serviros de vuestras armas sino siendo acometidos. Durante este término no debeis mirar á los franceses como enemigos, y sí tratarles con aquella generosidad peculiar de vuestra nacion y de vuestro valor: mas si hubiese alguien que olvidándose de su deber y de mis amonestaciones insultase á algun francés en su persona, pagará con su cabeza la inobediencia....» Tambien contribuyó Copons al proyecto de Eroles, dirigiéndole, todo de su puño y letra, un oficio en que figuraba enviarle á Van-Halen como edecan de Suchet y portador del convenio, y del cual hizo el baron el oportuno uso.

Iguales á los procedimientos empleados para el engaño de la guarnicion de Mequinenza fueron los que se usaron con la de Lérida, cuyo gobernador no vaciló en conceder el 13 una entrevista que á las tres de la tarde tuvo lugar frente la torre de Sagarra, á tiro de cañon de la ciudad, sobre el camino de Albarrach, entre el comandante gefe de estado mayor Polverel y el capitan Morogo, acompañados de 10 gendarmes y un trompeta de caballería, y por nuestra parte el coronel D. Miguel Lopez de Baños. Desco

con todo Lamarque que fuese á verle el fingido edecan de Suchet, en lo que no hubo dificultad. Poco despues escusándose con las ordenanzas que le prohibian alejarse de la plaza, pidió á Eroles que se acercase, y haciéndolo éste hasta el Batarrach, túvole largo rato entretenido con preguntas dirigidas á sondear su ánimo, y á las que satisfizo el héroe de Talarn con singular precision y serenidad (1), quedando despues de esta última conferencia difinitivamente resuelta la evacuacion de la plaza para las tres de la tarde del dia 14, á cuya hora tomaron posesion de ella nuestras tropas, entre los vivas y aclamaciones de un numeroso pueblo que apenas podia concebir la felicidad que disfrutaba, cuando menos espresar las tiernas emociones que sentia. Los dos oficiales y 38 soldados que de largo tiempo se hallaban allí prisioneros, salieron tambien gozosos á recibir á sus compañeros de armas, echándose en sus brazos y derramando copiosas lágrimas. La guarnicion marchó por la puerta del puente, con 4 cañones de campaña, ostentando ya algunos oficiales y soldados las condecoraciones que por conducto de Van-Halen fingiéronse enviadas por Napoleon. Siguiéronla los de la policía, verdadero azote del país, llevandose las sumas cuantiosas que con bárbaros apremios sacaron de aquellos desgraciados compatricios suyos. En Cervera se reunieron los enemigos de Lérida con los que el dia antes habian evacuado á Mequinenza, y con los de Monzon, seducidos con la misma estratagema, acompañados conforme á lo dispuesto por la capitulacion, por una partida, aunque corta, de españoles. El gobernador de Monzon, Boutan, receloso del lazo que se le tendió, habia enviado á Lérida la noche del 14 al 15, un oficial, para informarse de si era cierta la evacuacion que le noticiaba Eroles; pero fingiendo éste resentirse de que se dudase de su palabra, despachó con enojo al enviado, diciéndole: Id, y decid al gobernador de Monzon, que no solo sabrá el mariscal su proceder, sino que voy

(1) Durante esta conversacion condujo Lamarque á Eroles hasta el puente, al que, tomando de la mano al baron le obligó á entrar, sin que éste manifestase asomo alguno de desconfianza; antes por el contrario, levantó ofendido la voz al manifestar el gobernador algunas dudas sobre la autenticidad de la órden del mariscal.

á detener á las guarniciones que han partido, y marcho á aniquilar con mi artillería, á la vuestra y su fuerte.» A cuya amenaza se verificó inmediatamente la evacuacion. Parece sin embargo que algunos sabian en Lérida el secreto tres ó cuatro horas antes de abandonarla los franceses, quienes ni aun por el camino se enteraron del ardid.

De esta suerte volvieron al poder de los españoles, tres plazas importantes, una de ellas de primer órden, provistas, escepto la de Monzon, de víveres para dos años; artilladas con 147 cañones de varios calibres, y gran cantidad de fusiles, vestuario, dinero y otros objetos de valor: libertóse del mas pesado yugo á una poblacion de 40,000 almas, sin la menor efusion de sangre; devolvióse á la agricultura un país el mas fértil de Cataluña; quedó abierta enteramente la comunicacion con Aragon y las demás provincias de España, cerrada del todo la de Tortosa, Peñíscola y Murviedro, restablecida la navegacion del Ebro, del Cinca y del Segre, y restituidos al ejército de operaciones mas de 6,000 hombres y 400 caballos que en el bloqueo de dichas plazas se ocupaban (1).

Sin embargo, para ser completo el triunfo, faltaba hacer prisioneros á los 2,100 hombres y 100 caballos que en junto componian las engañadas guarniciones. Nada mas fácil. Avisados los generales Copons y Clinton, de la ruta que éstas seguirian, dispusieron sus fuerzas de manera que en momento dado se viesen cercadas aquellas en el paraje mas propio.

---

(1) Van-Halen publicó en 1814 una relacion de toda la trama, atribuyéndose la principal parte; pero de los documentos que hemos visto no se desprende mayor mérito del que le damos en la presente relacion; hallándose además certificado por D. Juan Antonio Daura, capitan del regimiento infantería de Fernando VII, y maestro de dibujo de caballeros cadetes del primer ejército, por D. Alberto Eduardo Bart, teniente del regimiento infantería de Molina y por D. José Antonio Cid, vocal de la diputacion de Cataluña, «que las contestaciones con los gobernadores de las plazas fueron escritas ó dictadas por el general baron de Eroles así como los artículos del supuesto convenio, no haciendo los demás otra cosa que copiar sus ideas, y que todo esto lo saben por haber seguido siempre la espedicion al lado del baron, el 1.° suplantando las firmas, el 2.° vertiendo al francés, lo que el general dictara en español y el 3.° cooperando con los conocimientos que tiene en el país....—15 de Marzo de 1814.»

Eroles con dos batallones, 200 caballos y dos piezas de artillería partió á retaguardia de los enemigos, á cuya vanguardia marchaba ya el coronel D. José Cárles, con igual número de infantes y un centenar de caballos. El coronel debia hacer frente á los imperiales en los desfiladeros de Igualada, en la inteligencia de que el baron se hallaria siempre á tiro de cañon de la retaguardia enemiga, y enviarles antes de romper las hostilidades una carta del propio Eroles, descubriéndoles el engaño en que se habian dejado prender, haciéndoles presente su comprometida posicion en el centro de una provincia enemiga, y rodeados por todo el ejército aliado de Cataluña, é instándoles la rendicion. Mas como hubiese variado Lamarque el órden de la marcha, no fué posible á los nuestros aprisionarle en el lugar indicado, dejándose el hacerlo para cuando atravesase la columna los estrechos desfiladores del Congost. En Igualada llegó á oidos del francés que debian ser asesinadas sus tropas por las aliadas, antes de llegar á Barcelona, y escribió el mismo dia 16 al de Eroles avisándoselo, á fin de que tomase las medidas necesarias para garantir la ejecucion del tratado que creia concluido entre los generales en gefe de uno y otro ejército.

Llegó por fin el momento del desengaño, al acercarse el francés á la villa de Martorll. Volvió rostro Cárles en ademan hostíl; los aliados coronaron las cumbres de ambos flancos, y presentóse Eroles por retaguardia, cerrando completamente al asombrado enemigo, pavorosamente prevenido por los aciagos rumores que empezaban á realizarse. Pasaban de 8,000 hombres los que en las mejores posiciones envolvian á los imperiales, cuyo número conocemos. Intimada por Clinton la rendicion, alegó Lamarque lo pactado con Eroles y el tratado concluido entre Suchet y Copons. Allí acababa de llegar el último de estos generales, salido de Vich á media noche, para hacer mas completo el desengaño de los invasores, quienes se mesaban los cabellos, pateando y aun llorando de ira. Firmaron con todo una capitulacion, en virtud de la cual debian pasar á Francia desarmados: mas suspendióse el envío á causa de ciertas diferencias que hubieron de suscitarse entre los generales inglés y español, hasta saber la deliberacion del gobierno, á quien por estraordinario se consultó el asunto. Entre tanto se destinaron á

Lit. Huron Rª S. Jose 14 F. Campana, Editor

Rindese á los españoles toda una division francesa, junto á Martorell.

Igualada los prisioneros, dirigiéndose despues por disposicion de la regencia, á Zaragoza, viéndose precisados á pasar otra vez por frente las murallas que no habian sabido conservar.

Los de la policía, siendo escarnio del pueblo y de la tropa en todo el camino, y despojados de cuanto poseian, hasta de sus sombreros y distintivos, fueron conducidos á pié y atados como malhechores que eran, á la misma ciudad de Lérida, teatro de sus demasías durante 4 años menos 3 meses y sepultados en los peores calabozos debajo de la muralla, por junto la cual el rio Segre discurre, mientras se les juzgaba por un consejo permanente. A los demás, comprometidos se les trasladó á la ciudad de Balaguer, en donde se ocupó de sus causas otra comision, siendo algunos condenados á la última pena (1). El pueblo en su primer momento de espansion abrió las puertas de las prisiones que encerraban á mas de cien infelices, encadenados como fieras, y rompió y pisoteó cuando podia traerle á la memoria la época funesta de la dominacion imperial, si es posible que lleguen aquellos habitantes á olvidarla algun dia.

Mucho mas debió afligirse Suchet por la manera insidiosa con que habian sido recobradas unas plazas cuya conquista tanta sangre habia costado á su ejército, que por la pérdida de las mismas en situacion tan apurada y abandonadas como quedaban de todo socorro. Por otra parte no tardó el mariscal en recibir del ministro de la guerra francés, una órden en que se le mandaba negociar con D. Francisco Copons la entrega de las plazas del distrito de su mando, á escepcion de la de Figueras. A este objeto avistáronse los respectivos gefes de estado mayor, para celebrar las conferencias preliminares, que no tuvieron por entonces ulterior resultado, á causa de escederse el nuestro en sus demandas, y de mantenerse en las suyas el francés, á pesar de lo embarazoso de su situacion, que hubo de hacerse mas crítica con el envío de otros 10,000 hombres de su ejército que ordenó con urgencia el emperador se hallasen en Leon de Francia á los primeros dias de marzo, para detener por aquella parte á los aliados del norte. Si antes pues se vieron abandonadas á sus propios re-

(1) Viader fué fusilado, y Foixar descuartizado á últimos de marzo.

cursos las pocas plazas que en Cataluña y Valencia tremolaban todavía bandera imperial, mas lo quedaron ahora al tener que ampararse Suchet, con los restos de los tres ejércitos cuyo mando ya solo de nombre reunia, los de Cataluña, Aragon y Valencia, bajo los muros de S. Fernando, despues de renovar en los puestos fortificados de Besalú, Olot, Báscara, Palamós y otros, los últimos desastres de Tarragona. Gerona fué tambien desmantelada; como si los destrozados restos de tan heróicos muros hubiesen de ofender en su desgracia al atribulado enemigo.

A pesar de la negativa respuesta de las córtes españolas, que llevó á Francia el de S. Cárlos, insistió Napoleon en dar libertad á Fernando, atareado como se hallaba en la cuestion de vida ó muerte que las potencias confederadas del norte, vigorosamente con las armas le proponian. La corte de Valencey recibió pues sus pasaportes á las 10 y media de la noche del 7 de marzo, con el júbilo que despues de tan larga prision era consiguiente. Hasta pasados dos dias no se despachó para España al general Zayas, con carta de Fernando á la regencia, en la que si bien no se esquivaba como en las anteriores hablar de córtes é innovaciones, hacíase en estos términos: «En cuanto al restablecimiento de las córtes, de que me habla la regencia, como á todo lo que puede haberse hecho durante mi ausencia *que sea útil al reino*, merecerá mi aprobacion como conforme á mis reales intenciones.» La generalidad de los españoles no acertaban á ver en las intenciones del amado monarca el gérmen de nuevas guerras.

Poco tardó el rey en seguir á España al general Zayas, pues salió el 13 de Valencey, bajo el nombre de conde de Barcelona, acompañado de los infantes D. Cárlos y D. Antonio. Muchas otras personas formaban su séquito. Para evitar, segun órden del emperador, todo encuentro ó relacion con los ingleses, se dirigió por Tolosa, á Perpiñan adonde llegó el 19 del propio marzo, esperándolo ya el mariscal Suchet, á quien recibió Fernando con distincion, y aun le dió las gracias por el modo como se habia portado en las provincias donde habia hecho la guerra, segun espresa Toreno, añadiendo que queria el rey continuar su viaje y pasar á Valencia sin detenerse. Pero oponíanse á ello instrucciones que tenia el mariscal, segun las cuales debia pasar el rey

Entrada de Fernando VII en España por Cataluña.

Fernando á Barcelona y permanecer en aquella plaza en rehenes, hasta que se realizase la vuelta á Francia de las guarniciones bloqueadas en las plazas de Cataluña y Valencia. Precaucion ofensiva, que siendo ignorada de Fernando al salir de su confinacion, representábase como atrevida nueza que afortunadamente no fué en lo principal de ella consumada. Tan inesperado incidente quedó luego cortado por la conciliadora política de que hizo gala Suchet, acaso para empezar á ponerse en buen predicamento con la familia borbónica á cuyo poder habia de prestar dentro de poco obediencia, ó porque á ello le indujese realmente lo odioso é inútil de la citada órden: lo cierto es que suspendió su ejecucion y pidió nuevas instrucciones á París, accediendo entre tanto á que continuase el monarca español su camino, dejando en prenda al infante D. Cárlos.

A la noticia de la próxima llegada del rey, comunicada inmediatamente á Madrid por D. Francisco Copons, adelantóse este general hácia la frontera con la mayor parte de sus tropas. Pisóla Fernando el 22 parándose el 23 en Figueras, por motivo de las lluvias de aquellos dias, que habian sacado de madre el Fluviá. Entonces fué cuando, á las súplicas del mariscal, prometió el rey aliviar la suerte de los prisioneros, y aun puso en el márgen de un compromiso que estendió el mismo duque de S. Cárlos: «apruebo este oficio.—Fernando.» Dícese si tambien ofreció entonces á Suchet conservarle la propiedad de la Albufera de Valencia, de que le habia hecho merced el emperador, en recompensa de la conquista de aquella ciudad. Mas los españoles presos en los insalubles y desnudos calabozos de S. Fernando, entre los cuales se hallaban el coronel D. Estéban Pagés, con otros de los complicados en las conspiraciones de Barcelona, no esperimentaron mejores tratamientos hasta que se obtuvo mas tarde su libertad.

Rayó el alba del 24. El ejército español ocupaba una estensa línea de batalla junto á Báscara, á la derecha del Fluviá, dando frente á la vecina frontera. En la márgen izquierda, formaron igualmente en batalla sus tropas los generales franceses. Vistoso golpe de vista presentaban ambas fuerzas, en frente unas de otras pacíficamente, despues de haberse desangrado ambas con igual encono en mil combates, y en víspera tal vez de renovarlos.

Muy luego se oyeron en uno y otro campo alternativamente músicas, y aclamaciones de ¡viva Fernando! ¡viva la nacion! ¡viva la constitucion! acompañados de un saludo de nueve cañonazos. Acercábase el rey precedido de un parlamento que se presentó anunciando su llegada. A poco dejóse ver Fernando sobre la izquierda márgen del rio, acompañado de su tio el infante D. Antonio y del mariscal Suchet con alguna caballería.

El parlamentario, que no era otro que el general Saint-Cyr Nougues, acercóse á Copons para decirle que iba S. M. á pasar el rio, límite entonces de entrambos ejércitos. Separóse en seguida el monarca de la escolta francesa, y saliendo á esperarle para marchar precediéndole, cuatro batidores del escuadron del General, y detrás de estos los correos de gabinete y el picador, pasó á la contraria ribera. No bien hubo el rey sentado en ella su planta, solo ya con el infante y la comitiva española, cuando apeándose Copons se dirigió á su encuentro, seguido de su estado mayor, é hincando en tierra la rodilla, y con el acatamiento debido, ofrecióle sus respetos y su adhesion, en un breve, gratulatorio y sentido discurso, muy propio de las circunstancias. Puso en seguida en las reales manos un pliego cerrado y sellado que le habia remitido la regencia del reino en conformidad á lo prevenido por el artículo 3.º del decreto de 2 de febrero, bajo cuya cubierta venia una carta para S. M., informándole del estado de la nacion, con varios documentos y comprobantes adjuntos. La alegría fué entonces estremada en la tropa y la muchedumbre que ansiosa para verle acudiera. El rey estaba al parecer profundamente conmovido, y mas de un veterano del ejército español sintió correr por su atezado rostro, lágrimas de amor, de satisfaccion y de noble orgullo. Revistadas por S. M. aquellas tropas que tantos dias de gloria habian dado á la nacion en los seis años transcurridos desde la ausencia del monarca, siguió éste hácia Gerona, escoltado por sus fieles y valerosos soldados, y seguido de un numeroso pueblo que no cesaba de aclamarle y bendecirle.

La inmortal Gerona le recibió á las tres de la propia tarde, mostrándole alegre, como los mejores adornos y colgaduras de que debia ataviarse para recibirle, las ruinas y escombros de sus

muros, de sus hogares y de sus templos. Allí le esperaban en formacion nuevas tropas españolas, cubriendo toda la carrera desde la puerta de Francia al alojamiento que le estaba destinado. Las damas le saludaban con sus pañuelos, y algunas arrojaban á sus piés sus joyas y adornos, gritando con todo el pueblo ¡viva el rey! ¡viva Fernando VII! El rey se esforzaba en contener el tropel de lágrimas que acudia á sus ojos. El infante, su tio, lloraba de puro gozo. ¿Y era aquella ciudad la que tan placenteramente le recibia? ¿Esa ciudad en cuyas calles estaba aun reciente la sangre de sus defensores? «espectáculo sublime, si bien triste, dice Toreno, cuya vista debió conmover al monarca y excitarle á meditacion profunda, destinada á labrar la felicidad de un pueblo que al defender los propios lugares, habia sustentado tambien y confundido con los suyos los intereses de la corona.»

La formal promesa que diera el rey al duque de Albufera, y la ninguna autorizacion que éste tenia, segun lo mucho que por tal motivo hubo de reprenderle el gobierno provisional de París que sucedió á Bonaparte, decidieron al mariscal á poner en libertad, el 26, al infante D. Cárlos, acompañándole hasta el Fluviá, desde donde se apresuró S. A. á reunirse á la corte en Gerona, en cuya ciudad entró juntamente con Fernando que habia salido á recibirle.

Sin embargo, no se resolvia D. Francisco Copons á dar cumplimiento á lo ofrecido, respecto de las plazas de Cataluña, como deseara el francés y tambien el monarca español, sino que guardando á éste los debidos miramientos, consideró que no le era lícito apartarse de los decretos de las córtes, terminantes en la materia, y opuestos á entrar en trato alguno con los enemigos, mientras se escluyese de toda avenencia á los aliados. Resolucion á que de grado ó por fuerza hubieron de adherirse todos; pues era conforme al público interés y á la buena salida de la campaña, impidiendo que las tropas veteranas y aguerridas de las guarniciones imperiales engrosasen con su reunion las fuerzas de operacion que todavía en el pais se conservaban.

Durante su estancia en Gerona escribió á la regencia del reino el mal aconsejado Fernando, la siguiente carta toda de su puño:

«Acabo de llegar á esta perfectamente bueno, gracias á Dios, y el general Copons me ha entregado al instante la carta de la regencia y documentos que la acompañan: me enteraré de todo, asegurando á la regencia que nada ocupa tanto mi corazon como darla pruebas de mi satisfaccion y mi anhelo por hacer cuanto pueda conducir al bien de mis vasallos.—Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio en medio de una nacion y de un ejército que me han acreditado una fidelidad tan constante como generosa.—Gerona 24 de marzo de 1814.—Firmado.—Yo el rey.—A la Regencia de España.»

Mucho desagradó á los contrarios del antiguo régimen lo que de esta carta se deducia. De nuevo volvia en ella el monarca á su antiguo y embozado lenguaje, con el que procuraba huir siempre de soltar prendas que pudiesen en lo venidero chocar mas con la resolucion que meditaba. Abstuviéronse no obstante las córtes de mostrar su descontento, ni lo revelaron tampoco sus partidarios, achacando á preocupacion ó á un esceso de malicia cuanto les parecian los actos del monarca revelar. Lejos pues de prevenirse las córtes con una inmoderada desconfianza, dieron algunos dias despues un decreto para levantar á la orilla derecha del Báscara, un monumento que perpetuase la memoria de la libertad del rey y de su entrada por aquella parte á sus estados, con todo cuanto en la misma tuvo lugar. Hasta el duque de Frias y de Uceda, para dar una prueba de señalado afecto á la persona de S. M., y de su ardiente deseo por verle de vuelta en el reino, habia puesto de antemano á disposicion de las córtes mil doblones que debian darse de sobrepaga al ejército que tuviese la dicha de recibir al rey. Admitieron las córtes tan generosa dádiva, ofrecida por uno de los primeros grandes de España, que siendo aun conde de Haro, título de los primogénitos de su casa, habiase mantenido durante la actual lucha, á la cabeza de un regimiento de caballería de que era coronel, honrándose en tiempos bélicos de servir á la patria con las armas, quien en los pacíficos la ilustraba con sus versos y otras literarias producciones (1).

---

(1) Conde de Toreno.

El mismo dia que entraba el rey en Gerona verificólo tambien Soult de retirada en Tolosa, acosado por los aliados de la península, á los que llevaba solo el francés tres dias de delantera. Tolosa fué evacuada la noche del 11 al 12 de abril, despues de la célebre batalla librada ante sus muros. Los dias que de dicho mes habian trascurrido, eso hacia que los aliados del norte habian entrado tambien en París. El dia 2 el gobierno provisional de Francia, presidido por el mismo príncipe de Talleyrand, destituyó del cetro imperial á Bonaparte, que abdicando primeramente en su hijo y luego sin restriccion alguna á nombre suyo y de toda su estirpe, hubo de retirarse á la isla de Elba en el Mediterráneo. El 6 del propio abril llamó el senado á los Borbones al trono de Francia, proclamando por rey á Luis XVIII, en cuya ausencia en Inglaterra, tomó interinamente el mando su hermano el conde de Artois, bajo el título de lugarteniente del reino.

Vacilante entre tanto Suchet, entre abandonar completamente á sí solas las guarniciones la Cataluña, ó internarse en Francia, habíase establecido en Figueras, guardando consigo y en las inmediaciones de su cuartel general á la division de Lamarque, poniendo la reserva de Mesclop en la Junquera y Coll de Portus, y enviando á Perpiñan algunos infantes y caballos, á donde iba tambien á veces él mismo para tomar, sin alejarse de España, providencias convenientes á la defensa de su nativo territorio. Ascendia el total de los combatientes que á sus órdenes quedaba á 11,327 hombres, incluyendo en este número 1,088 ginetes. Considerando escaso su ejército, trató de reunir en Figueras á los 3,000 que tenia Robert en Tortosa, y los 8,000 de Barcelona. Creyó fácil Suchet al efecto, pasar aquella guarnicion por medio de una marcha rápida á juntarse con la que mandaba Habert en la capital del principado, abriéndose luego paso ambas fuerzas hasta Figueras; pero hubo de desengañarse al saber que diariamente se iba reforzando mas y mas el sitio de Tortosa, y que en vano habia tratado el comandante general de la baja Cataluña, de salir de Barcelona con 4,000 hombres y 2 cañones el propio dia 24 de la entrada del rey en la capital del Ampurdan, con intento de derribar los edificios extramuros de Prats del Bosch

y de Aymar; pues cortándole Manso la retirada atacóle de recio y les causó tal mortandad que escarmentadas sus tropas, apenas tuvieron recurso de volver á la plaza entrando por la puerta del Socorro de la Ciudadela. Los vencedores habian cortado algunos dias antes el agua de la acequia Condal y la de la mina llamada del Rey, con lo cual y la suma escasez de víveres que volvian á esperimentar los bloqueados, se hacia de por dia á éstos sumamente apurada su situacion. Las tropas anglo-sicilianas al mando de Clinton pasaron á reforzar el ejército de Wellington, por disposicion de este general, sin que la suerte de los enemigos de Cataluña se presentase mas favorable á sus armas, como tal vez se habia imaginado Suchet, quien salió por fin de España á principios de abril, con todo el ejército que habia podido reunir, despues de haber volado las fortificaciones de Rosas, encaminándose á Narbona. Quedaban pues todavía sosteniéndose, aunque apretadas casi todas, las guarniciones de Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Murviedro y Peñíscola, en cuyo último punto pereció el gobernador francés con su estado mayor y muchos otros por la esplosion de un almacen de pólvora.

Nada sabia Habert de que el rey de España se hallase en libertad en Gerona—tanto le escaseaba Suchet las noticias—, no acertando á dar fé á las que sobre este asunto la policía le comunicaba, de oidas á los habitantes, cuyos corazones no podian contener la dicha de que rebosaban. Los mas comprometidos en favor del gobierno imperial estaban tambien fuera de sí, pero de desesperacion. Desengañados la mayor parte y sin esperar perdon de sus compatricios, á quienes de mil maneras habian vejado, unos se escondian de dolor y de vergüenza, otros intentaban acabar con su existencia, y otros como Medinabeytia, fallecian en medio de las mas crueles angustias, teniendo que ser su cuerpo sacado á enterrar ocultamente, para que la venganza popular no se cebase en sus últimos despojos. Algunos habia sin embargo, que con el mayor cinismo se manifestaban en público enemigos acérrimos de la causa española, señalándose entre todos el redactor del *Diario de Barcelona*.

Reunidos ya en Gerona con el infante D. Cárlos, el rey y su tio, salieron de esta ciudad el 28, siguiendo la via que les tenian

señalado las córtes hácia Tarragona y Valencia, sin pasar por Barcelona, bien que reclamando permiso de los gobernadores de ésta y de las demás plazas ocupadas para que no le incomodasen en su tránsito por dentro de las mismas ó por sus inmediaciones, y para que le tributasen los honores y obsequios debidos. El miércoles 30, llegó á Mataró en donde, á pesar de la lluvia que caia, fué conducido bajo pálio á las siete de la noche por la comunidad y el cabildo municipal, á la parroquial iglesia, para asistir al *Te-Deum* que en accion de gracias se cantó, volviendo á ser acompañado en seguida de la propia manera á su alojamiento en casa de Guarro. La lluvia que siguió cayendo copiosamente impidió las iluminaciones que se tenian preparadas; pero los gritos de entusiasmo del pueblo, y el incesante repique de campanas, espresaban bastante el gozo que á todos embargaba.

Los habitantes de Barcelona ardian en deseos de salir á saludar al rey á su paso por la Travesera, mas Habert tenia estrechamente cerradas á militares y paisanos las puertas de la ciudad. Pidiéronle permiso unas sobrinas de D. Erasmo Gónima para pasar á reunirse con éste en su torre de S. Felio. Comprendió Habert que se trataba de recibir en ella á Fernando, y como Gónima se habia señalado en toda la época de la invasion, en obsequiar con bailes y otras diversiones á los generales franceses, concedió el gobernador el solicitado permiso que por estrañeza de carácter hizo estensivo á todos los habitantes, diciendo: —« Salgan VV. y salga todo el mundo á ver á su rey. » Al punto se agolpó á las puertas numeroso gentío, entre el que se notaba tambien á algunos de la policía. Gónima proveia de dulces en las monjas de la Enseñanza, de pastas, vajilla, adornos y otros objetos para cuya salida, interceptada primero por el comisiario Dufour, diciendo:—« ¿Son estas pastas para rey? Atrás; que coma galleta: » alcanzó tambien de Habert el correspondiente pase. No tuvo el solícito Gónima la satisfaccion esperada, pues tachándosele de afrancesado, negóse Fernando á posar en su casa y sí en la de Roca, de Molins de Rey, aunque medio destrozada por las balas.

La real comitiva habia salido de Mataró á las primeras horas de la mañana del 31, á escepcion del infante D. Antonio, á

quien una ligera indisposicion retuvo en dicha ciudad. A las seis entró en Barcelona un oficial español enviado por Manso, para obtener del gobernador el libre paso del rey bajo cañon de los muros condales. Concedido el permiso, mandó Habert retirar todas las guardias esteriores, dejando solo una avanzada en la Cruz Cubierta, y cerró á las diez las puertas de la ciudad. Los habitantes de la misma que no habian salido antes de esta hora no pudieron verificarlo despues, coronando las azoteas y puntos mas elevados.

Las tropas del bloqueo vestidas de gala, dando frente á Barcelona, cubrian la carrera que debia seguir S. M. desde el rio Besós, en cuya márgen derecha se apoyaba la cabeza de la línea, formada por la division de Manso, hasta el pueblo de Gracia. Continuaba la de Sarsfield compuesta de 6,000 hombres por la Travesera, hácia Coll-Blanch, desde donde hasta Molins de Rey se hallaban situados 5,000 ingleses y sicilianos. Los gefes del bloqueo se adelantaron á recibir á S. M. en el punto donde el Besós se divide en dos brazos. El rey no habia dejado de informarse en todo el camino del estado de la provincia, de sus sacrificios y los gefes que mas se habian distinguido. Lleno venia de deseos de conocer al heróico Manso. Suchet se lo habia recomendado en Figueras, diciéndole: «que era uno de los españoles que mas guerra le habian hecho, y dado mayores pruebas de amor á su soberano.» Copons que iba acompañando al monarca, habia contestado á uno de los partes que de las últimas acciones el propio Manso le enviara, con estas palabras: «He tenido el honor de leer el parte á nuestro amado rey el señor D. Fernando VII, y S. M. alaba la bizarría de esas tropas.» Fernando habia manifestado además á los de su comitiva que le avisasen luego que viesen á Manso. Una estrepitosa salva seguida de un *viva* general, anunció á las once la llegada de S. M. al Besós.

Paróse el coche en que iba Fernando para recibir S. M. los homenages de los gefes que se habian adelantado á ofrecérselos. A todos distinguió el rey como merecian, pero especialmente á Manso, quien hincó la rodilla para besar la real mano, y quitándose la espada presentóla por la empuñadura á S. M. saludándole cortésmente y dándole en sentidas frases, á nombre

suyo y en el de sus tropas, el parabien por su restitucion al trono de sus mayores. Apeóse Fernando, contestando al primer saludo de Manso con estas palabras:—«Dios te guarde, buen español,» y devolviéndole la espada le abrazó, añadiendo:—«*¡Cuánto te debo! ¡Cómo te lo pagaré! ¡Tu nombre es inmortal!*» Lisongeras esclamaciones con las que el generoso corazon del adalid catalan se consideró suficientemente recompensado.

Montó en seguida el rey á caballo, y mandando á Manso que cabalgara á su izquierda, pasó revista á las tropas, alabando su porte y saludando afectuosamente á todos los gefes. A medida que avanzaba S. M., los batallones disparaban en descarga cerrada sus fusiles, dando un triplicado grito de «¡viva el rey!» Detúvose Fernando delante de los famosos «Cazadores de Cataluña,» designados generalmente con el nombre de «Regimiento de Manso,» los cuales como cuerpo ligero ocupaban la riera de Horta, dando, como la demás tropa, frente á Barcelona.—«¡Cuánto me gustan tus soldados!» dijo el monarca á Manso.—«Señor, contestó éste, es verdad que son muy valientes, y que tengo en mandarles un verdadero orgullo.» Cuando hubo llegado el rey al estremo de la línea de la division de Manso, y al dar principio á la denominada Mallorquina, al mando del marqués de Vibot, pidió licencia Manso para retirarse á dar colocacion á sus tropas. Otorgósela Fernando convidándole á comer á su mesa en Molins de Rey. Lo mismo hizo con los demás generales y gefes que habian salido á recibirle. Aun en la comida distinguió entre todos el monarca al valeroso Manso, sirviéndole por su propia mano tres platos que le fueron entregados por D. Isidoro Montenegro.

Continuó el rey su camino por la carretera de Tarragona, á cuya ciudad llegó á medio dia del 1.º de abril, atravesando el asolado pueblo de Arbós. «El inmenso gentío que acudió de la comarca, dice un testigo ocular, las salvas de artillería, el general repique de campanas, las vivas y jamás interrumpidas aclamaciones que llenaban el aire, la agradable presencia del soberano y de su augusto hermano el señor infante D. Cárlos, arrancaron en este dia las mas tiernas efusiones en los tarraconenses que miraban como felices sus pasados trabajos, habiendo con ellos merecido tanta dignacion. Ciertamente no se hallaba esta

ciudad, con motivo de los infortunios que se han apuntado, en disposicion de recibir al monarca con el magestuoso aparato que á su acendrada lealtad satisfaciese. Sin embargo, se hizo con la ostentacion que permitian las circunstancias, prestándose con generosa emulacion todos los vecinos: sobre todo por los labios y por los ojos saltaban los corazones, ofreciéndose á los piés de S. M. En el corto espacio que aquí se detuvo, lleno de ternura, se enteró por sí mismo de las ruinas tanto de la ciudad como del puente.»

Llegada á Reus la regia comitiva (1) disponíase á continuar por Amposta á Valencia; pero acudiendo á Fernando la diputacion provincial de Aragon, por medio de D. José de Palafox que le acompañaba, con una esposicion gratulatoria, suplicándole se dignase honrar en su tránsito para la capital del reino, visitando al pueblo zaragozano, que nada ansiaba tanto como verle y saludarle de cerca, aprovechó el rey, de acuerdo con sus asíduos consejeros, la ocasion que se le ofrecia de empezar á romper las trabas impuestas en su viaje por la regencia, y que juzgaba depresivas de la majestad de un soberano. Torció pues hácia Lérida el dia 3, pasando por Poblet.

El ayuntamiento de Lérida salió á recibir á S. M., y desde antes de entrar en el puente hasta el palacio del obispo en donde

---

(1) Esmeráronse en obsequiar en Reus á Fernando los espatriados barceloneses, levantando en el arrabal de Jesus, frente de las cuatro esquinas de la calle de este nombre y la del Vent, un templo campestre de arquitectura toscana y adornado con estátuas alegóricas, palmas, olivos y laureles, ostentando las armas de Barcelona, y estos lemas sacados del poeta mantuano: *Nos patriam fugimus. Et dulcia linquimus arva.* El Dr. Abadal llevando la palabra en nombre de la comision de los barceloneses, habló á S. M. en estos términos:—«Señor: los espatriados de Barcelona, representados en esta diputacion, vienen á besar la augusta mano de V. M., á felicitarle su venturoso arribo á las Españas, y á ofrecerle sus corazones leales, donde ha siempre ardido la llama inestinguible del mas puro amor á su rey cautivo, único objeto de todas sus ansias, trabajos y sacrificios: y suplican encarecidamente á V. M. se digne emplear sus paternales desvelos para el rescate de Barcelona; de aquella ciudad tan desgraciada como leal, que.....» No pudo aquí proseguir el orador, embargado por la emocion; á lo que tomándole el rey la mano y estrechándosela contra su pecho contestó:—«Sí, sí, muy leal, muy leal,» enterneciéndose tambien vivamente.

se hospedó, tiraron todos sus individuos de la real carroza, ó aparentaban tirar, pues no llegaron á soltarse los caballos, de unas vistosas cintas que á ella fueron atadas. Con músicas, iluminaciones, gritos y cánticos de alegría festejaron los leridenses el deseado monarca, cuyo entristecido semblante parecia revelar á sus súbditos cuánto su corazon estaba angustiado con la vista de tantos pueblos destrozados, de tantos campos convertidos en eriales, y cuánto desde el Fluviá al Segre le habia conmovido el contraste que con tal devastacion formaba el gozo que embargaba á los catalanes y el amor con que era de ellos en todas partes recibido. A su salida del principado despidiéronle con patrióticos cantares algunas bellezas catalanas, mientras otras esparcian á su paso embalsamadas flores. Desde levante á poniente fué en fin el rey de España, en el principado, objeto de la ovacion mas ferviente y halagüeña.

El entusiasmo de los catalanes habia de tal modo irritado al gobernador de Barcelona, que negó el dia 2 el paso solicitado para el infante D. Antonio, el cual fué recibido por los españoles con los honores debidos; pero tuvo que dar la vuelta por S. Cugat del Vallés para encaminarse á Reus, á donde llegó algunas horas despues de la salida del rey, continuando luego, aun no bien restablecido, via recta de Valencia. S. M. hizo su entrada en Madrid el 13 de mayo despues de pasar por la ciudad del Cid, hasta donde le acompañó el capitan general de Cataluña. Los sucesos que en ella y en el resto del viaje ocurrieron han sido referidos ya detalladamente por bien cortadas plumas, y seria el reproducirlos separarnos de los límites que á la presente obra hemos dado. Mas al dejar al rey en su legítimo trono consignaremos sí, la mudanza, el trastorno, la verdadera revolucion que hubo de causar en todo lo existente su nueva política. Todas las instituciones que con tanta gloria habian contribuido al sostenimiento de la guerra nacional fueron derribadas de un solo golpe, presos los varones eminentes que mas se habian señalado por su saber y su patriotismo, y conculcado cuanto revelaba popular orígen.

Aun con la disminucion de las fuerzas bloqueadoras que hemos mentado, temia Habert verse obligado á capitular con los

españoles, y siguió forcejando para tantear el punto por donde podria abrirse paso hasta la frontera, mas hubo de quedar escarmentado en la última accion que tuvo lugar el 16 de abril en el mismo llano de Barcelona. Salió el enemigo de la plaza por la puerta de S. Antonio á las dos de la tarde de este dia, con toda la tropa de su guarnicion, disponible, que ascenderia á unos 5 ó 6,000 infantes, 100 caballos y 4 piezas de artillería. La vanguardia, compuesta de todas las compañías de cazadores y granaderos, atacó vivamente el centro de la línea bloqueadora, que lo formaba la division Mallorquina, generalizándose luego la accion desde la falda de Monjuich hasta el Clot. El ejército atacado retrocedió ante tan briosa acometida, y ampáraronse de las alturas los cuerpos apostados en Sarriá y Gracia, en donde peleó el regimiento de Palma con singular bizarría. Para entretener á Manso en su posicion de S. Andrés enviaron allá los franceses un pequeño destacamento. El comandante general interino del bloqueo D. Pedro Sarsfield, que se hallaba entonces en este punto, dispuso que los regimientos de cazadores catalanes y de Barcelona, mandados por Baza y Costa, reforzasen á Palma, y que con una pieza de artillería siguiesen á los mismos los escuadrones de húsares al cargo de Foixá y los regimientos de Badajoz y Mataró, regidos por Mallen y García, mientras las restantes fuerzas quedaban guardando la posicion en la salida de S. Andrés é izquierda de la casa de Milans.

Obstináronse los imperiales en ganar la ermita de S. Gervasio, que les cedió al fin con figurada, pero viva resistencia el marqués de Vibot. Avanzaron sin precaucion los vencedores en aquella parte, sin advertir ni preveer que pudiera cortárseles la retirada, como efectivamente logró casi por completo el coronel Manso al frente de su vanguardia, que cubierta por caminos ocultos se situó en dos grandes torres del camino travesero de Gracia, para salir al paso á los enemigos cuando retirasen de la altura de S. Gervasio, rechazados por los de Palma y tropas que habia enviado en su ausilio. Los franceses que ocupaban á Gracia se entregaban entretanto al pillaje y al acostumbrado desenfreno.

Reforzado por fin á las tres y media el marqués de Vibot,

Ultima batalla contra los franceses, en el llano de Barcelona

en 16 de Abril de 1814

se rehizo con tanta presteza que en menos de una hora de combate desalojó de todos los puntos á sus contrarios, quienes se cebaron al retirar en cuantos españoles hallaron heridos entre los matorrales; lo cual sabido por los de Palma y ausiliares, embistiéronlos á la bayoneta, obligándoles á pronunciarse en derrota. En este momento se les opuso Manso, desplegando rápidamente en batalla algunas compañías de infantería y caballería, y hechas algunas descargas, embistióles con vigor á la bayoneta, haciendo en ellos espantosa carnicería. Cansados de matar nuestros soldados y embarazados con los prisioneros, á quienes tendrian luego que dar libertad, firmada como estaba la paz, tomaron tan solo las armas á los que quisieron rendirse. El campo quedó en un instante atestado de cadáveres. Replegóse bajo los muros, perseguida por los nuestros, la fuerza enemiga que habia ido retirando de todos los puntos, habiendo esperimentado la pérdida de mas de 1,200 muertos y heridos, con algunos prisioneros é infinidad de fusiles. Nosotros tuvimos sin embargo, de 2 á 300 hombres fuera de combate.

Desde aquel dia ya no pensó Habert mas que en la defensa de las murallas que le habian sido confiadas, despreciando las voces de haberse ratificado la paz por Luis XVIII de Francia. Como cuando supo la sorpresa de Mequinenza, Lérida y Monzon, y á pesar de habérsele presentado el 24 un edecan de Suchet con seis cazadores de á caballo, llevando todos escarapela blanca en el morrion, mostróse desconfiado con amigos y adversarios, y mas aun, considerando artimaña de éstos la noticia del restablecimiento de los Borbones al trono de S. Luis, y la relegacion de Bonaparte á la isla de Elba. Para prevenir contra todo engaño á sus tropas, amonestólas en la órden del dia 24, á que no diesen crédito á las noticias que por la ciudad se esparcian. Revistóles despues en la Rambla, donde les arengó, recordándoles la estratagema de Eroles, y les hizo jurar que no darian oido á las falsas voces de paz que corrian, y que se conservarian fieles al emperador.—«Gritad, gritad, añadió quitándose el sombrero, ¡viva el emperador!» Obedecieron las tropas y se replegaron á sus puntos, acompañadas por estrepitosas músicas. Entre tanto se acababa en la casa de la ciudad una bandera tricolor, de 64 palmos

de largo por 44 de ancho, su coste 1,500 francos, que debia el 26 ser enarbolada en Monjuich de órden del gobernador.

Media hora despues de la revista entró en la plaza un edecan francés, para convencer á Habert por medio de algunos números del *Moniteur*, de los verdaderos sucesos ocurridos últimamente en la nacion vecina, acompañándole una carta de Copons, pidiendo suspension de hostilidades, haciendo responsable al propio Habert de la sangre que por su causa se derramase, y citándole para una conferencia en Sarriá. Avergonzóse esta vez el gobernador de su escesiva incredulidad, prohibió bajo pena de la vida el que se hablase una palabra de lo sucedido en la revista, y salió á conferenciar con Copons. Al dia siguiente apareció fijado en las esquinas de la ciudad condal la siguiente órden:

«S. E. el mariscal Suchet, duque de la Albufera, comandante en gefe del ejército francés de Aragon y de Cataluña; y S. E. el mariscal marqués de Wellington, comandante en gefe del ejército aliado, deseando concluir un armisticio para que cesen todas hostilidades entre sus ejércitos, convenir en una línea de demarcacion, y hacer un tratado tocante á la entrega de las plazas que el ejército de Aragon y Cataluña ocupa aun en España, han nombrado, al mariscal Suchet, duque de la Albufera, al ayudante comandante Ricard, y al mariscal marqués de Wellington, al mayor general Murray y D. Luis Wimpfen, mariscal de campo, quienes despues de haber cangeado sus plenos poderes han convenido en los artículos siguientes:

Art. I. Las bases establecidas en el tratado hecho ayer 18 de abril y firmado por el general Conde *Gazan,* y el mayor general *Murray,* y *D. Luis Wimpfen* mariscal de campo, quedan adoptadas; solo que el Sr. mariscal *Suchet*, duque de la Albufera, deseando no tratar colectivamente y estipular solo los intereses que mira al ejército que manda, los artículos del tratado arriba citado que tienen relacion con el ejército de Aragon y de Cataluña, serán mirados como no hechos, y se les reemplazará por los siguientes:

Art. II. La línea de demarcacion entre el ejército francés de Aragon y de Cataluña, y los ejércitos aliados, queda fijada por las fronteras de Francia y España en los Pirineos orientales.

Art. III. Todas las plazas que el ejército francés de Aragon y Cataluña ocupa aun en España, se entregarán inmediatamente á las tropas españolas. La plaza de Tortosa será la primera que se devuelva, su guarnicion se pondrá inmediatamente en marcha para Perpiñan, con etapa, y por el camino Real.

El dia que esta guarnicion llegue á Gerona, la fortaleza de Figueras se entregará al ejército español, y su guarnicion se pondrá inmediatamente en marcha para Perpiñan. Las plazas de *Sagunto, Peñiscola y Hostalrich* se entregarán á las tropas españolas lo mas pronto que sea posible y sus guarniciones se dirigirán á Perpiñan, luego se hayan reunido. Inmediatamente que la guarnicion de Tortosa haya llegado á la frontera de Francia, la plaza de Barcelona se entregará á las tropas españolas y su guarnicion se pondrá en marcha para Perpiñan.

Las autoridades españolas tendrán que suministrar los víveres y transportes que necesiten las guarniciones de estas diferentes plazas hasta la frontera de Francia; los enfermos que no pudiesen seguir permanecerán en los hospitales donde se hallaren y volverán á Francia á medida que se vayan curando.

Art. IV. Las guarniciones francesas de estas diferentes plazas saldrán con armas, bagajes, y los cañones de campaña, cajones y forgones que pertenezcan al ejército francés.

Art. V. Todas las armas, cañones y cajones de fundicion, de fábrica española quedarán en las plazas.

Art. VI. Las armas, fortificaciones y almacenes serán devueltas en el estado en que se hallaren á la notificacion del presente convenio, sin que puedan deteriorarse en modo alguno.

Art. VII. Habiendo devuelto ya algunos prisioneros de guerra, el mariscal *Suchet* duque de Albufera, sin cange, con obligacion de devolver todos los que pudieran hallarse en la extension de su mando, los militares franceses detenidos en España y que procedan de las guarniciones de *Lérida*, *Mequinenza y Monzon* les serán devueltos con igual proporcion de número y grado.

Art. VIII. Para la mas pronta ejecucion del presente tratado, se enviarán inmediatamente á Cataluña oficiales ingleses y españoles con copia de dicho tratado y las instrucciones necesarias. Tomarán su ruta por el cuartel general del mariscal *Suchet*, du-

que de Albufera, quien enviará igualmente uno de sus oficiales para obrar de acuerdo é impedir todas las dificultades que pudieran suscitarse.

Art. IX. El presente tratado se ratificará dentro cuarenta y ocho horas, ó mas pronto si es posible.

Hecho por triple copia en Tolosa, el 19 abril de 1814. — *Firmado* Henry Murray, mayor general; Luis Vimpfen, Ricard, Ratificado, — *Firmado* Wellington. — Aprobado y ratificado. — *Firmado* El Mariscal Suchet, *duque de Albufera*, — Por copia concordada, — *Firmado* el Mariscal duque de *Albufera* — Por copia concordada, — *El general de division Gobern dor de Barcelona* — *Firmado* Baron Habert, Por copia concordada, — *El coronel gefe de Estado-Mayor* — Debains. — Plaza de Barcelona. — *Orden del dia 26 de abril de* 1814. — A consecuencia del armisticio arriba expresado, todas las hostilidades cesarán desde hoy 26 de abril, entre las tropas que componen la guarnicion de Barcelona y de sus fuertes, y las tropas españolas ó inglesas que forman su bloqueo.

Los Señores Comandantes de armas y Gefes de puestos se conformarán con la presente órden; sin embargo no se mudará cosa alguna en el servicio y si hubiese excepciones ó nuevas instrucciones, éstas se participarán diariamente. — *Firmado* El baron Habert. — Por copia conforme, — *El coronel gefe del Estado Mayor* — *Firmado* El Coronel Debains. »

A la noticia de tan interesante nueva suspendiéronse los trabajos, abrazáronse unos á otros los habitantes de Barcelona, dando gritos de «¡ viva España ! ¡ viva la paz !» y colmóse de vítores y obsequios á algunos militares españoles que se introdujeron en la ciudad. Tan súbito contacto entre individuos de uno y otro ejército, enemigos encarnizados pocos dias antes, debia producir lamentables consecuencias. Así fué que á las pocas horas, un lance desagradable ocurrido entre oficiales franceses y españoles en un café, obligó á Habert á providenciar severamente que volviesen á su campamente acto contínuo, y aun á alguno, para facilitar el mas cumplimiento de la órden, se le puso el caballo y el equipaje fuera del recinto. Los operarios que por cuenta del invasor trabajan en las fortificaciones, fueron despedidos aquel

dia. Retiráronse acuadrillados por el Born, cantando, bailando, y vociferando contra los afrancesados, á uno de los cuales, el comisario de policía Pi, persiguieron á golpes.

El gobernador de Tortosa, así como los de Peñíscola y Murviedro, no quisieron darse por entendidos á pesar de cuantos oficiales les envió Habert para instarles la evacuacion, escarmentados con el peligro en que pusieron al primero de ellos las añagazas de Eroles, hasta que enviaron á Barcelona oficiales de sus guarniciones. En esta ciudad entraron el dia 8 de mayo los gefes de artillería é ingenieros, á fin de tomar inventario de los materiales de guerra existentes en la plaza y sus fuertes. El ejército aliado se reunió todo en el Llobregat á mediados de mayo, tanto para oponerse al paso, por dentro de la capital, de las tropas francesas que habian salido ya de aquellas plazas, como para solemnizar la ocupacion de la ciudad de los condes. Pasó esta fuerza por la Travesera el 25, con direccion á Francia, viéndose los desafectos españoles que habian tomado partido por los invasores y que les seguian á su país, para no esperimentar peor suerte en el que tanto ofendieron, obligados á esconderse en el fondo de sus carruages, á fin de guarecerse de los insultos y otros malos tratos del paisanage, sin que se esforzasen mucho en impedirlo los mismos franceses que aparentaban escoltarlos, antes sirviéndoles de bulla y diversion.

El 27 verificóse el relevo de todas las guardias de la ciudad y fuertes, en medio de un viento cual no habia memoria de otro tan espantoso, acompañado de espesa lluvia. El dia antes llegó á Habert una órden de Luis XVIII, para que á las 48 horas se hallase ya camino de la frontera. A las cinco y media de la madrugada del 28 acabó de desfilar por la puerta de D. Cárlos el ejército francés, no entregando su gefe hasta última hora los badajos de las campanas: tanto les tenia acobardados el tañido de las mismas. Un cañonazo disparado del fuerte de D. Cárlos anunció que acababa de salir el último soldado de la tropa invasora, y al punto se hizo salva real en las demás fortalezas.

A las diez entró al frente de su brigada por la puerta Nueva el invicto Manso, yendo por el centro del paseo de S. Juan á guarnecer la Ciudadela, de la que era nombrado gobernador, y cuyo

punto ocupaban ya desde las tres de la madrugada, en que entraron por la puerta del Socorro, algunas compañías de su mando. El pueblo le acompañó en triunfo, gritando con el mayor entusiasmo: «¡Viva D. José Manso!» Inútilmente se esforzaba el héroe catalan en suplicar que no se diesen mas vivas que á España y á Fernando: su nombre era tan grato como éstos al arrebatado y numeroso gentío que le rodeaba. A la misma hora entraron por la puerta de Santa Madrona las divisiones de Sarsfield y Llauder. Este último nombrado gobernador de Monjuich, subió al castillo despues de revistada la columna en la muralla del Mar y Rambla, en donde arengó Sarsfield á la tropa concediendo perdon á los desertores que se presentasen.

Numerosas patrullas pasaron en seguida á prender á los que habian sido empleados de los enemigos. Adelantóse á ello el populacho, apedreando las casas de los afrancesados y á cuantos encontraba por las calles ó mal escondidos. Quiso guarecerse uno de ellos en una casa frente de la Aduana, donde protegiéndole un oficial español, fué conducido arrestado á la guardia de la puerta de Mar, en medio de afrentosos insultos. Sufriólos tambien en la Rambla D. Antonio Vago, tachado de amigo ó pariente de Godoy y ex-contador del ejército francés, el cual fué arrestado en el convento de la Trinidad. Capturóse tambien á un lego agustino, al verdugo y á dos paisanos mas. Muchos de los que habian pertenecido á la guardia cívica, vulgarmente apellidada de los *Jusepets*, se presentaron de rejas á dentro, temerosos de mayor mal. Otros mas comprometidos habian intentado fugarse por mar, pero volviéndoles el huracan al puerto, acudió allá la multitud, y apelando á las piedras, descalabró á un ex-polizonte. Todavía fueron por la noche reducidos á prision los ex-adjuntos de la mereria D. José Pujol y D. N. Mercader, junto con los PP. Llosada y Malet. Posteriormente y en distintos puntos del principado, fuéronlo igualmente los intrusos canónigos Postius y Sopena, con otros varios.

Llega por fin el dia 30, dia de S. Fernando, en que las tropas españolas deben solemnizar su entrada en la ciudad, á los 75 meses y medio de su cautiverio; cumpleaños de aquella desigual batalla que inmortalizó para siempre el oscuro pueblo del

Bruch. A las primeras horas de la mañana despertó la voz del cañon á los libres barceloneses, convidándoles á la fiesta que se preparaba. Desde la puerta de S. Antonio hasta el palacio real cubrieron los victoriosos soldados las calles, que debia recorrer á las diez de aquella hermosa mañana una soberbia carroza, precedida y escoltada por infantería y caballería, tirada por ricamente enjaezados caballos, y en la cual se ostentaba el retrato de Fernando VII. A sus piés y en el testero del coche, se veia arrodillada una noble matrona, figurando á Barcelona en actitud de presentar su corazon al mas amado de los reyes. Tendido á sus plantas un perro significaba la lealtad catalana. A la derecha del carro triunfal cabalgaba el general en gefe D. Francisco Copons y Navia, y D. Francisco Javier Cabanes, su gefe de estado mayor, á la izquierda. Poco antes de entrar en Barcelona la comitiva, presentóse á Copons el nuevo gobernador de la plaza D. Pedro Sarsfield, y le entregó las llaves de la ciudad.

—«Las tomo en mis manos, contestó el capitan general, para manifestar ante el real retrato, que así como he defendido la real corona de S. M. interin su cautiverio, presentándome al enemigo en diferentes acciones campales, y defendido la plaza de Tarifa, juro que mientras yo mande en este principado, le serán sus plazas conservadas; y devuelvo á V. S. las llaves, por la confianza que me merece.» Tomólas Sarsfield y colocóse á la izquierda de la carroza.

Entonces la plaza y los buques de guerra surtos en el puerto que estaban empavesados desde la salida del sol, saludaron con estrepitosa salva la entrada del retrato de S. M., cuya comitiva siguió en medio de los vivas de la tropa y numeroso gentío por las calles del Hospital, Rambla, Dormitorio de S. Francisco, Ancha, Fustería, Encantes y plaza de Palacio. En la puerta de este real edificio esperaban el Ayuntamiento de Barcelona y una diputacion del cabildo eclesiástico, que cumplimentaron al capitan general, quien les habló en estos términos:

—«Al pueblo heróico de Barcelona no puedo darle mejor testimonio del aprecio que me merece, que haber señalado para el dia de mi entrada, el de nuestro amado soberano, entrando en triunfo su real retrato para consolar con su real presencia á los

leales habitantes de esta fidelísima ciudad, que á pesar de la dominacion francesa siempre amaron y defendieron á nuestro legítimo soberano.»

«Las virtudes que adornan al cabildo de la Santa Iglesia de Barcelona, son dignas de la mayor consideracion. El cabildo siempre tendrá en mi el mas fuerte apoyo, y le ruego pida al Sér supremo conserve largos años la importante vida de nuestro amado soberano para la felicidad de la monarquía.»

En seguida S. E. y el general gobernador sacaron del coche el retrato de S. M. para colocarlo en la decoracion que se habia dispuesto en uno de los frentes del real palacio; lo que habiéndose verificado, desfilaron delante de la augusta imágen, las tropas que la acompañaban, los dos escuadrones de húsares, la tercera division del segundo ejército y los cuerpos que estaban tendidos en la carrera, dando todos á S. M. y con el mayor entusiasmo, sinceros y repetidos vivas.

Poco despues, y en el salon donde fue colocado el retrato, recibió en corte S. E. á todos los generales, gefes y oficiales á quienes arengó de esta suerte:

—«Señores oficiales del primero y segundo ejército y division Mallorquina: Despues de haber dado tantos dias de gloria á la nacion, y de haber sufrido privaciones, es necesario descansar con la comodidad que permite esta guarnicion. La oficialidad de estos ejércitos siempre ha espuesto su vida por el rey, como lo tiene jurado, y no dudo que todos tendrán la mayor satisfaccion en renovar el juramento ante este retrato.»

Todos á una voz lo aseguraron. Despues de lo cual pasó S. E. acompañado del general gobernador, y toda la oficialidad, y presidiendo el Ayuntamiento, á la iglesia Catedral en donde se cantó un solemne *Te Deum*, asistiendo tambien el Obispo D. Pablo Sitjar, en accion de gracias por tan felices acontecimientos. Durante la noche hubo músicas é iluminaciones.

Entre tanto, evacuadas definitivamente las plazas de Tortosa, Murviedro, Peñíscola y Santoña, los dias 18, 22 y 25, de mayo, y las de Hostalrich y Figueras los 3 y 4 de junio, quedó del todo libre de franceses la provincia, y con ella todo el territorio español. Dia fué aquel de gloria para la nacion, aun en medio de

los sinsabores que, el hasta entonces tan amado monarca, empezaba á hacerle esperimentar (1). Los prisioneros de guerra re-

---

(1) Véase por el siguiente documento de que manera agradeció á la nacion el mal aconsejado monarca, tanta abnegacion y tanta constancia, tanto amor y tantos sacrificios:—Decreto de 4 de mayo de 1814.—Desde que la Divina Providencia por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi augusto padre me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenia ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en córtes, segun fuero y costumbre de la nacion española usados desde largo tiempo, y desde aquel fausto dia que entré en la capital en medio de las mas sinceras demostraciones de amor y lealtad con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestacion de su amor á mi real persona, á las huestes francesas que con achaque de amistad se habian adelantado apresuradamente hasta ella siendo un presagio de lo que un dia ejecutaria este heróico pueblo por su rey y por su honra, y dando el ejemplo que noblemente siguieron todos los demás del reino; desde aquel dia pues, puse en mi real ánimo para responder á tan leales sentimientos y satisfacer á las obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones y á reparar los males á que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un valido durante el anterior reinado. Mis primeras manifestaciones se dirigieron á la restitucion de varios magistrados y de otras personas á quienes arbitrariamente se habia separado de sus destinos, pero la dura situacion de las cosas y la perfidia de Bonaparte, de cuyos crueles efectos quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblos, apenas dieron lugar á mas. Reunida allí la real familia se cometió en toda ella y señaladamente en mi persona un tan atroz atentado que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual así por las circunstancias como por la serie de sucesos que allí pasaron y violado en lo mas alto y sagrado del derecho de gentes, fuí privado de mi libertad y de hecho del gobierno de mis reinos y trasladado á un palacio con mis muy caros hermano y tio sirviéndonos de decorosa prision así por espacio de seis años aquella estancia. En medio de esta afliccion siempre estuvo en mi memoria el amor y lealtad de los pueblos, y en gran parte de ella la consideracion de los infinitos males á que quedaban espuestos, rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo para poder resistirles, sin rey y sin gobierno de antemano establecido que pudiese poner en movimiento y reunir á su voz las fuerzas de la nacion y dirigir su impulso y aprovechar los recursos del estado para combatir las considerables fuerzas que simultáneamente invadieron la península y estaban pérfidamente apoderadas de sus principales plazas. En tan lastimoso estado espedí en la forma que rodeado de la fuerza lo pude hacer, como el único remedio que quedaba, el decreto de 5 de mayo de 1808, dirigido al Consejo de Castilla, y en su defecto á cualquiera chancillería ó audiencia que se hallare en libertad, para que se convocasen las córtes, las cuales únicamente se habian de ocupar por el pronto en proporcionar los arbitrios necesarios para atender á la defensa del reino, quedando permanentes para lo demás que pudiese ocurrir; pero este mi real decreto por desgracia no fué conocido entonces, y aunque lo fué despues, las pro-

gresaron á su patria respectiva, y tambien los españoles que bajo el nombre de reos de estado habia Napoleon encerrado en diferentes fortalezas. Hasta entonces no alcanzaron libertad los pre-

---

vincias proveyeron, luego que llegó á ellas la noticia de la cruel escena de Madrid por el gefe de las tropas francesas en el memorable dia 2 de mayo, á su gobierno por medio de las juntas que crearon. Acaeció en esto la gloriosa batalla de Bailen; los franceses huyeron hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital me aclamaron rey de Castilla y Leon en la forma en que lo han sido los reyes mis augustos predecesores. Hecho reciente de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusion de sus vivas que conmovieron la sensibilidad de mi corazon donde se gravaron para no borrarse jamás. De los diputados que nombraron las juntas se formó la Central, quien ejerció en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde setiembre de 1808 hasta enero de 1810, en cuyo mes se estableció el primer consejo de Regencia, donde se continuó el ejercicio de aquel poder hasta el 24 de setiembre del mismo año en el cual fueron instaladas en la isla de Leon las córtes llamadas generales y estraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que prometieron conservarme todos mis dominios como á su soberano, 104 diputados, á saber: 57 propietarios y 47 suplentes, como consta del acta que certificó el secretario del despacho de Gracia y Justicia D. Nicolás María de Sierra. Pero estas córtes convocadas de un modo jamás usado en España aun en los casos mas árduos, y en los tiempos turbulentos de minoridades de reyes, en que ha solido ser mas numeroso el concurso de procuradores que en las córtes comunes y ordinarias, no fueron llamados los estados de la nobleza y clero, aunque la Junta Central lo habia mandado, habiéndose ocultado con arte al consejo de Regencia este decreto, y tambien que la junta le habia asignado la presidencia de las córtes, prerogativa de la soberanía, que no habria dejado la Regencia al arbitrio del congreso, si de él hubiese tenido noticia. Con esto quedó todo á la disposicion de las córtes, las cuales, en el mismo dia de su instalacion y por principio de sus actas me despojaron de la soberanía, poco antes reconocida por los mismos diputados, atribuyéndola nominalmente á la nacion, para apropiársela á sí ellos mismos, y dar á esta despues, sobre tal usurpacion, las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva constitucion, que sin poder de provincia, pueblo, ni junta, y sin noticia de las que se decian representadas por los suplentes de España é Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812. Este primer atentado contra las prerogativas del trono, abusando el nombre de la nacion, fué como la base de los muchos que á éste siguieron, y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron adoptados y elevados á leyes que llamaron fundamentales por medio de la gritería, amenazas y violencias de los que asistian á las galerias de las córtes, con que se imponia y aterraba, y á lo que era verdaderamente obra de una faccion, se le revestia del especioso colorido de voluntad general, y por tal se hizo pasar

sos de Figueras, despues de haber sufrido los mas inconsiderados tratamientos.

Por último, en 20 de julio accedió el gobierno español al tratado

---

la de unos pocos sediciosos que en Cádiz y despues en Madrid ocasionaron á los buenos cuidados ó pesadumbres. Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos diarios de las córtes dan harto testimonio de todos ellos. Un modo de hacer leyes tan ageno de la nacion española, dió lugar á la alteracion de las buenas leyes con que en otro tiempo fué respetada y feliz. A la verdad casi toda la forma de la antigua constitucion de la monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la constitucion francesa de 1791, y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron, no leyes fundamentales de una monarquía moderada, sino las de un gobierno popular con un gefe ó magistrado, mero ejecutor delegado, que no rey, aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir á las incautos y á la nacion. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva constitucion; y es conocido de todos, no solo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero tambien la pena con que á los que no lo firmasen y jurasen se amenazó. Para preparar los ánimos á recibir tamañas novedades, especialmente las respectivas á mi real persona y prerogativas del trono, se procuró por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban diputados de córtes, y abusando de la libertad de imprenta establecida por estas, hacer odioso el poderío real, dando á todos los derechos de la magestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de rey y déspota, y llamando tiranos á los reyes; al mismo tiempo que se perseguia á cualquiera que tuviese firmeza para contradecir, ó siquiera disentir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todo se aceptó el democratismo, quitando del ejército y armada y de todos los establecimientos, que de largo tiempo habian llevado el título de reales, este nombre, y sustituyendo el de nacionales, con que se lisonjeaba al pueblo, quien á pesar de tan perversas artes conservó con su natural lealtad los buenos sentimientos que formaban su carácter. De todo esto, luego que entré dichosamente en el reino, fuí adquiriendo fiel noticia y conocimiento parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos dias con imprudencia se derramaron especies tan groseras é infames acerca de mi venida y de mi carácter, que aun respecto de cualquier otro serian muy graves ofensas, dignas de severa demostracion y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazon, y solo fueron parte para templarla las demostraciones de amor de todos los que esperaban mi venida, para que con mi presencia pusiese fin á estos males y á la opresion en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo os juro y prometo á vosotros, verdaderos y leales españoles, al mismo tiempo que me compadezco de los males que habeis sufrido, no quedareis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro soberano quiere serlo para vosotros, y en esto coloca su gloria, en serlo de una nacion heróica que con hechos in-

de paz que habian los aliados concluido con Francia el 30 de mayo, debiendo en el término de dos meses enviar á Viena las respectivas potencias, ministros ó embajadores, para ventilar en

---

mortales se ha grangeado la admiracion de todos y conservado su libertad y su honra. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos de poder, que ninguna constitucion posible podrá precaver del todo, ni fueron vicios de la que tenia la nacion, sino de personas, y efectos de tristes, pero muy rara vez vistas circunstancias, que dieron lugar y ocasion á ellos. Todavía para precaverlos cuanto sea dado á la prevision humana, á saber, conservando el decoro de la dignidad real y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos, que son igualmente inviolables, yo trataré con sus procuradores de España y de las Indias, y en córtes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo mas pronto que restablecido el órden, y los buenos usos en que ha vivido la nacion y con su acuerdo han establecido los reyes mis augustos predecesores, las pudiere juntar, se establecerá sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mis reinos, para que mis vasallos vivan prósperos y felices en una religion y un imperio estrechamente unidos en disoluble lazo: en lo cual y en solo esto consiste la felicidad temporal de un rey y un reino que tienen por escelencia el título de católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunion de estas córtes, donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de las leyes que, afianzando la pública tranquilidad y el órden, dejen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable, que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despótico, deben vivir los ciudadanos que estén sujetos á él. De esta justa libertad gozarán tambien todos, para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, dentro, á saber, de aquellos límites que la sana razon soberana é independientemente prescribe á todos, para que no degenere en licencia, pues el respeto que se debe á la religion y al gobierno, y el que los hombres mútuamente deben guardar entre sí, en ningun gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará tambien toda sospecha de disipacion de las rentas del Estado, separando la tesorería de lo que se asignáre para los gastos que exijan el decoro de mi real persona y familia, y el de la nacion á quien tengo la gloria de mandar, de la de las rentas que con acuerdo del reino se impongan y asignen para la conservacion del Estado de todos los ramos de su administracion; y las leyes que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos, serán establecidas con acuerdo de las córtes. Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el gobierno de que me voy á encargar, y hará conocer á todos, no un déspota

un congreso los asuntos pendientes y generales de Europa. Tal fué el complemento de aquella lucha colosal en que la España

---

ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos. Por tanto, habiendo oido lo que únicamente me han informado personas respetables por su celo y conocimientos, y lo que acerca de cuanto aquí se contiene se me ha espuesto en representaciones que de varias partes del reino se me han dirigido, en las cuales se espresa la repugnancia y disgusto con que así la Constitucion formada en las córtes generales y estraordinarias, como los demás establecimientos políticos de nuevo introducidos, son mirados en las provincias, y los perjuicios y males que han venido de ellos, y se aumentarian si yo autorizase con mi consentimiento y jurase aquella Constitucion; conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas, declaro, que mi real ánimo es no solamente no jurar, ni acceder á dicha Constitucion, ni á decreto alguno de las córtes generales y estraordinarias, y de las ordinarias actualmente abiertas, á saber: los que sean depresivos de los hechos y prerogativas de mi soberanía establecidas por la Constitucion y las leyes, en que de largo tiempo la nacion ha vivido, sino el de declarar aquella Constitucion y decretos nulos y de ningun valor y efecto, ahora ni en tiempo alguno como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligacion en mis pueblos y súbditos, de cualquiera clase y condicion, á cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiese sostenerlos y contradijese esta real declaracion, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atentaria contra las prerogativas de mi soberanía y la felicidad de la nacion, y causaria turbacion y desasosiego en estos mis reinos, declaro reo de lesa majestad á quien tal osáre é intentare, que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito, ora de palabra moviendo ó incitando, ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha Constitucion y decretos. Y para que entre tanto se restablece el órden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino, acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administracion de justicia, es mi voluntad que entre tanto continúen las justicias ordinarias de los pueblos que se hallan establecidas, los jueces de letras á donde los hubiere, y las audiencias, intendencias y demás tribunales de justicia en la administracion de ella, y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, segun de presente están, y entre tanto se establece lo que convenga guardarse, hasta que oidas las córtes que llamaré, se asiente el órden estable de esta parte del gobierno del reino. Y desde el dia que este mi decreto se publique, y fuere comunicado al presidente que á la sazon lo sea de las córtes, que actualmente se hallan abiertas, cesarán éstas en sus sesiones; y sus actas y las anteriores, y cuantos espedientes hubiere en su archivo y secretaría, ó en poder de cualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la ejecucion de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen: los libros de su biblioteca se pasarán á la real, y á cualquiera que tratare de impedir la ejecucion de esta parte de mi real decreto, de cualquier modo que lo haga,

mantuvo sola por largo tiempo todo el peso de la balanza contra el mas incontrastable de los conquistadores modernos.

---

igualmente le declaro reo de lesa majestad, y que como á tal se le imponga pena de la vida. Y desde aquel dia cesará en todos los juzgados del reino el procedimiento en cualquiera causa que se hallare pendiente por infraccion de Constitucion, y los que por tales causas se hallaren presos ó de cualquier modo arrestados, no habiendo otro motivo justo segun las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que así es mi voluntad, por exigirlo todo así el bien y la felicidad de la nacion. Dado en Valencia á 4 de mayo de 1814.—*Yo el Rey*.—Como secretario del rey con ejercicio de decretos, y habilitado especialmente para éste.—*Pedro de Macanaz.* » .

CONCLUSION.

No es una nacion mas digna cuanto mas estensos son sus dominios, cuanto mayor es el número de sus soldados, cuantos mas fueren sus elementos de poder y de riqueza; así como entre las individualidades de la especie humana no es señal la opulencia de ánimo levantado, ni de degradacion la miseria. Respeto merecen todas las nacionalidades como los individuos, por precario que su estado parezca: unas y otras en mas ó menos dilatado círculo tienen garantida su libertad, asegurado su derecho en una ley suprema, límite que sin gravísima responsabilidad no es permitido á nadie infringir.

Mas levántase un dia uno de esos genios colosales, que embriagados con su misma superioridad, creen estrechos é indignos de su naturaleza casi divina los lazos con que el Sér de los seres ha querido unir para mayor bien de todos á los grandes y á los pequeños habitadores de la tierra, y—la impiedad comienza donde el humano respeto acaba—revelándose contra la mano que tan pródigamente le ha dotado, todo lo atropella y abate, todo lo vuelca y transforma, porque no basta á su aliento de estirpe gigantesca, la gloria de ser el primer hombre de su nacion; sino que siente sobrado firmes sus sienes para ceñir la corona de la universal monarquía.

Pueblos enteros se le someten tras brevísima lucha, porque

desde luego conocen que en vano forcejean entre los brazos del fornido coloso; sus leyes van en pos de sus armas y sus ejércitos en los que junta habitantes de todos los paises, son grandes masas humanas que obedientes á su voz siguen la marcha que le place señalarles, invadiéndolo y avasallándolo todo, pero tambien dejando tras sí profunda huella de horror y esterminio. Los amenazados monarcas unos huyen atravesando los mares, otros son lanzados de su trono, de su palacio y de su nacion arrebatadamente, y otros vencidos y aprisionados en los campos de batalla. Solo uno de ellos es con cautela y falaces promesas seducido, fascinado, arrastrado á los piés del héroe que sin mas política le desposee, le interna, le aprisiona, y gracias si aun se digna socorrerle con una miserable pension por limosna. Las armas del conquistador han invadido entre tanto con amistoso pretesto el territorio, ocupado con aviesas artes las principales plazas y fortalezas, y sin haber disparado un tiro, empiezan ya á ceñirse el laurel de la victoria.

No puede hacerse de una nacion mas indigno desprecio. Verdad es que ésta se hallaba desde algun tiempo en una aparente degradacion, porque fuerte y noble como habia demostrado ser en otras épocas, dejábase poco ha gobernar por el mas inepto de los favoritos; celosa como era por la religion, permitia que se ofendiese la santidad de los templos, juntando en impío consorcio el mundano retrato del ministro-rey con la efigie del que está por cima de todos los monarcas de la tierra; y amamantada en la honestidad y el recato del hogar doméstico, sufria que hasta las puertas del mismo llegase el álito pestilente de la impureza y de la liviandad que en la mas corrompida de las cortes se respiraba.

Pero esa nacion no lo era de esclavos abyectos. Esos vicios y esa malandanza pública eran íntimamente reprobados, aun acaso por los que seguian la corriente desmoralizadora que de la corte dimanaba. Ese pueblo se habia levantado ya para acabar con el favoritismo y promover un nuevo órden de cosas que felizmente comenzára á inaugurarse. Ese pueblo estaba en via de mejorar sus viciosas instituciones, de purificar sus costumbres, de abrirse por último á la luz de la civilizacion que ya con sus beneficios la requeria; bien como rompe la flor exuberante de vida la dura

cárcel que aprisionaba sus hojas, para bañarse en los abundosos rayos del sol que le ofrece sus mas bellos y variados matices.

La suerte estaba echada sin embargo entre el hombre y el estado, entre el césar francés y los libres hijos de la nacion española, entre el vencedor de las Pirámides, de Austerlitz y de Jena, y los descendientes de los Pelayos, de los Alfonsos y de los Jaimes.

Depuestas apenas las armas contra la caida república, asestada aun la artillería de nuestras ciudades y fuertes marítimos contra las escuadras inglesas que hostilmente recorrian nuestros mares, entusiasmada la nacion con el encumbramiento de Fernando, objeto de todos los votos y de las esperanzas de todos, mucho hubiera tal vez podido Bonaparte afianzar la amistad y alianza de los españoles; pero preso el jóven monarca en las redes de Bayona, herido en lo mas caro el honor nacional, ya no hubo en lo humano valla que los contuviese, ni consideracion que á amilanarles bastase. La sangre de las víctimas del dos de mayo clamaba venganza desde el centro de la monarquía, y no en vano la clamó. La España entera, levantándose como un solo hombre, corrió al encuentro del ya desembozado invasor, para pedirle satisfaccion de los mal sufridos agravios.

Sonriéronse los invencibles al ver tomar amenazante actitud á tanto oscuro pueblo como emprendiendo por su cuenta la lucha, osaba retar al gran capitan del siglo, y sobrado confiados en el poder de su número y de su prestigio, trataron de estenderse por todo el ámbito de la península ibérica.

Inútilmente lo intentaron por largo tiempo en Cataluña.

La insurreccion ardia de un estremo al otro del principado, abrigada de los recodos y alturas que ofrece su montañoso suelo. Lérida, Manresa, Cervera y otras ciudades de mas ó menos importancia se aprestaban para una defensa formal. El gobierno intruso habia sido en todas ellas insultado, escarnecido, vilipendiado.

Pocas las armas para proveer el gran número de brazos que solicitaban esgrimirlas, ocupados como se hallaban por el invasor los arsenales, cerráronse apresuradamente las paces con el inglés y activóse la construccion de materiales de guerra en la

antiquísima fábrica de Ripoll, mientras huian de las poblaciones cautivas las pocas tropas españolas que consideraba ya el enemigo como prisioneras de guerra, y se concertaban terribles conspiraciones para sacudir el ominoso yugo.

Si fáciles habia creido siempre sus triunfos el ejército francés, para quien la resistencia no era mas que un motivo de alcanzar nuevos laureles, ¡cuánto mas accesibles no debia considerarlos en un país, donde fuese cual fuese la oposicion de los habitantes, teníalos ya medio dominados con la ocupacion de sus principales fortalezas! Asi es que ni siquiera pensó Duhesme en ocupar militarmente los puntos intermedios dé Hostalrich y Gerona, para asegurar la comunicacion de su cuartel general de Barcelona con la frontera de Francia: yerro capital que hubo de costarle al emperador lo mas florido de su ejército de ocupacion, y su prestigio á algunos de sus generales.

Dos de ellos tardaron poco en estrellarlo contra los peñascos del Bruch, defendidos por un puñado de mal armados campesinos, donde el ejército imperial hubo de perder en las jornadas de 6 y 14 de junio, el renombre de invencibles que hasta entonces habia merecido. Cataluña y el resto de España, justamente se enorgullecieron con tales triunfos, y cobrando nuevo aliento, rota ya la mágia del nombre famoso de los invasores, dispusiéronse á hacerles rostro en mas formales batallas. Los campos de Bailen fueron por otra vez testigos de que no eran invulnerables para nuestras huestes las aguerridas legiones imperiales.

La voz corrió de que las del principado meditaban terrible venganza, al mismo tiempo que los clamores de los que sobrevivieron á los desastres del Vendrell y del Arbós venian á avivar el sacro fuego que en los corazones de los catalanes ardia. El enemigo combatia mas que para vencer, mas que para imponer y avasallar, combatia para enriquecerse, combatia para sembrar do quiera el llanto, la desolacion y el esterminio. ¿Cómo pudo jamás lisongearse de conseguir dominar á los españoles, el que pretestando pelear por la felicidad de la nacion, llevaba por delante la tea del incendiario, á cuyos pavorosos resplandores toda suerte de nefandos crímenes se permitia? Aterrara en buen hora con el incendio, con ejemplar derramiento de sangre patricia, con

el saqueo y la devastacion, si tanto las guerreras prácticas consienten; pero ¿dónde se abona al general que no castiga severamente á sus tropas por las ofensas gravísimas que contra el sagrado honor, contra la sacrosanta religion han cometido? ¡Baldon y oprobio para los estupradores y los que los consintieron! ¡Baldon y oprobio para los que hollaron y dispersaron las sacratísimas formas é hicieron escandaloso escarnio de cuanto la religion cristiana adora y venera!

Y ¡cuáles fueron las brillantes operaciones del ejército invasor! Castigado por dos veces en su orgullo, al querer penetrar á Zaragoza y Valencia, comprende que ha de caminar paso á paso y conquistar palmo á palmo el terreno donde tras cada mata asoma un fusil ó un puñal insurgente. Mil denodados partidarios acaudillando el que mas trescientos hombres, ofenden en su tránsito á los convoyes, sorprenden los puestos franceses, y como en todas direcciones con la mayor viveza se mueven, parecen multiplicarse, cayendo ora sobre la izquierda, ora sobre la derecha y ora sobre la retaguardia de las divisiones contrarias, por fuertes que sean, por avisadas y cautelosas que marchen. Duramente aleccionado el francés, conoce cuanto debia haber á su llegada afianzado los puntos intermedios de su comunicacion con Francia, y trata de reparar el fatal yerro; pero ya es tarde. Sus fuerzas se agotan delante de la leal ciudad de Gerona, que unida desde luego al general movimiento, no le abre como antes sus puertas ni á la voz de perdon, ni por temor de la amenaza que contra ella el enemigo fulmina.

No desiste de su empeño el invasor mas que para volver á la capital del principado y presentarse de nuevo con poderosa hueste á formalizar el sitio de la incontrastable ciudad, ante la cual abochornado segunda vez, se retira, escogiendo la oscuridad de la noche para esconder el vergonzoso rubor que tiñe el rostro del vencedor de cien batallas. El escarmiento ha sido terrible. Inmenso es el número de materiales de guerra que deja abandonados en las posiciones que desampara. Embarázanle aun en su fuga los cañones y los heridos, y va soltando por el camino los unos mientras ¡oh ejemplo ináudito de iniquidad! entrega á las llamas dentro de los carros que los conducen, á aquellos desgraciados

ante los que se quitaba Napoleon el sombrero saludándolos por los mejores soldados de su ejército.

Mas si ha comprometido Duhesme en su impericia la suerte de las armas imperiales en Cataluña, allá avanza Saint-Cyr con veinte y cinco mil hombres que viene á reemplazarle. Algunos miles le cuesta al mariscal el sitio y rendicion de la desmantelada plaza de Rosas. A Gerona no se atreve por entonces, y contentándose con poner en alarma á los que esta plaza defienden, corre á batir á los que entre Llinás y Cardedeu intentan disputarle el camino de Barcelona. Allí fué del francés la victoria. ¡Cómo nó, si el número de las tropas invasoras sobrepujaba tanto al de las nuestras! Engreido en su triunfo Saint-Cyr, vuela al Llobregat, completa la derrota de los españoles y no se cansa de perseguirlos hasta que logra encerrar en Tarragona á las destrozadas reliquias del ejército catalan. ¡Inmoderada precipitacion! ¿Por qué no embiste el general la plaza? ¿por qué no la bloquea mientras le llegan de Barcelona los materiales de sitio? ¿por qué limitándose al cange de prisioneros se replega al Panadés que sus tropas se ocupan en devastar? ¿Por qué despues de la victoria de Valls no arrebata de un golpe de mano el cuartel general entonces de los catalanes? Es que le ha impuesto el teson de los vencidos: es que aun en la desgracia les teme, porque despues de la derrota de Llinás, y de la dispersion de Molins de Rey, se ha visto obligado á vencerlos en Valls, en donde le han acometido, mientras que Wimpfen, Milans y Clarós recobraban á Igualada expulsando á los imperiales y cerrándoles el paso del Llobregat que tanta sangre franquear les habia costado, y en tanto que Saint-Cyr escrupuliza el poner sitio á Tarragona, los catalanes sin curarse de tenerle á su espalda, vuelven á su línea de bloqueo de Barcelona, cuya plaza se prometen harto confiadamente recuperar.

Si Saint-Cyr regresa precipitadamente á la ciudad de los condes, es para no verse cortado, es para libertar á Barcelona, es porque los españoles con sus movimientos y su esfuerzo le impiden operar ventajosamente en otro sentido. Entonces se acuerda de Gerona, ó vuelve á señalarle su emperador con imperioso dedo esta conquista, que antes rehuyó el que ya se titula «con-

quistador de Cataluña,» (1) por temor de comprometer á los primeros pasos su glorioso nombre. No es posible ya dilatar mas el sitio de esa ciudad. La confianza del francés indica que la lucha ha de ser breve, pero sangrienta. Sus primeros triunfos le hacen esclamar «dentro contados dias es mia Gerona.» Mas discurren los meses; el ejército invasor se debilita contra tan esforzada resistencia; la plaza es socorrida. Saint-Cyr es relevado por el mariscal Augereau.

Pero Gerona no se muestra menos dispuesta á sostenerse hasta el último recurso. Sus muros parecen formados de diamante. Los valientes que los defienden son aun mas fuertes que sus muros; y el que los alienta y dirije se llama Alvarez de Castro. ¡Honor eterno al ilustre gobernador de Gerona! Su gran corazon lo llena todo. Contra él se estrellan los esfuerzos del ejército mas poderoso del mundo, cual si de peñascos mas duros que los del Bruch se tratara. Las fiebres consumen al fin al valeroso leon; Alvarez enferma, y Gerona se rinde. Y ¿cómo? ¿en qué estado? Despues de abiertas por cien partes sus murallas; despues de haber agotado todos los recursos; cuando ya no quedan otros defensores que unos pocos soldados escuálidos, hambrientos y rendidos por el sueño á que la suma vigilancia que han de guardar les impide entregarse: no habia quien relevarles pudiese. Los demás compañeros de gloria cubren con sus cadáveres la tierra, ó agonizan en los hospitales no respetados por el enemigo. A la palabra capitulacion, pronunciada en aquel heróico recinto donde poco antes se hubiera castigado con la muerte al que osara proferirla, se echan á la calle los habitantes que no habian tomado parte directa en la lucha. —«¿Cómo, dicen, Gerona rendirse y aun hay quien empuña un fusil? ¿Qué se hizo aquel esfuerzo? ¿qué fué de aquella resolucion inquebrantable? y ¿qué en fin, del juramento sellado con la sangre de nuestros hermanos? ¿La planta del francés ha de hollar de hoy mas nuestra libertad y nuestro orgullo, y hasta la tumba de nuestros mártires? Ah! defenda-

(1) Este dictado hizo poner Saint-Cyr al pié de un retrato suyo pintado al óleo por uno de los principales artistas de Barcelona.

mos, defendamos todavía estos escombros. ¡Reposen al menos por algun tiempo aun, en tierra libre, los héroes que han perecido! ¡Guerra, guerra á muerte al francés!»

Mas los que venian de recorrer el espacio donde ruinas solo quedaban de las fortificaciones de Gerona, pero que el francés respetaba cual pudiera los mas inespugnables muros.—«¿Qué decis? les contestaban, ¿sabeis lo que resta de la invencible Gerona? ¿Sabeis que no existe ya Gerona para la libertad de la patria? Venid, venid, á donde antes existieron las murallas, y ahora solo unos pocos y postrados defensores se sostienen. La entrada está por todos lados espedita al enemigo, que no se atreve á avanzar porque le impone el aspecto de estos escombros que tan fatales han sido á sus huestes. Nuestros soldados ocupan todos, hace tres dias, los puestos mas combatidos, sin tomar alimento ni descanso alguno. Ahora apenas pueden mantenerse en pié: mañana habrán perecido todos, y no por cobardía ni por las balas de nuestros contrarios, sino de hambre y de fatiga. Id allá, y os asombrareis de no veros ya en poder del enemigo.»

Y así era la verdad: los que no lo habian visto se horrorizaron, de la carnicería, del estrago general de los proyectiles y bayonetas de los imperiales. Gerona parecia agonizar como su bizarro gobernador. Era un cuerpo á quien iba abandonando el alma. Sus defensores llegaban apenas á 1,500. Si no hubieran capitulado el 10 de diciembre de 1809, el francés se habria apoderado al dia siguiente de la ciudad sin disparar un tiro: tan á los estremos se hallaban todos. Ellos sufrieron la suerte de prisioneros, el pesar de la deportacion; pero á Alvarez, al grande Alvarez, deportado á Francia, aun no restablecido, ya que supo resistir la dureza con que se le trató, la insalubridad de los calabozos donde estuvo encerrado, devolviósele á Cataluña; mas para hallar ignominiosa muerte en el castillo de S. Fernando de Figueras. Allí hubo de ser envenenado ó estrangulado, por disposicion del emperador, para quien nada significaba ni merecia la grandeza de ánimo en los que contra él peleaban.

Padron eterno de ignominia para el francés será el calabozo del castillo de Figueras, donde terminó el invicto gobernador de Gerona la gloriosa epopeya del sitio de esta ciudad. Ira dá cierta-

mente ver al desmandado invasor hacer responsable á Alvarez de las muertes ocasionadas en siete meses de riguroso asedio. Pues ¿quién era él? Desembozado infractor del derecho de gentes, usurpador de la corona de España, un ambicioso estranjero que se creia rey de esta nacion, mas que por las forzadas renuncias de Bayona, á las que nunca prestó la nacion su asentimiento, por el derecho de su voluntad y de su fuerza. Un conquistador desatentado, que habia comenzado por un engaño, continuado por una serie de ardides de la mas vergonzosa especie, y terminado por la conculcacion de toda ley, costumbre y creencia, entregando el pais, cuyo bien aun aparentaba desear, al desenfreno de sus desmoralizadas tropas y á la codicia mas desenfrenada aun de sus crueles generales.

Regíase el ejército francés del principado menos por las órdenes, casi siempre interceptadas, del intruso gobierno de Madrid, que por las que directamente recibia de la corte de las Tullerias: así es que al poco tiempo y por la especialidad de la resistencia de los catalanes agregó Napoleon á su inmediato gobierno, de que solo era una efímera sombra José, toda la provincia, dándole un gobierno enteramente francés. ¡Errado cálculo fué éste! Si alguna provincia habia en España que superase en indignacion á las demás contra el desaforado invasor, esta era sin duda Cataluña; y la indignacion de los catalanes debia subir de punto al verse tratados con separacion de los demás para su mejor avasallamiento; considerados como franceses, no para hacérseles partícipes del interés con que el gobierno imperial atendia ó debia atender á sus naturales súbditos, sino para mejor esquilmarles en beneficio del imperio.

¡Cataluña francesa! Si tal han pensado jamás nuestros vecinos de allende el Pirineo, menguado pensamiento el suyo. Si al repasar la historia hallan que algun dia nos ayudaron á lanzar de este país á los sarracenos, y la necesidad nos condujo á preferir en mas inmediata época su alianza y hasta su dominio, al dominio y á la alianza de otro estado, recuerden que se trataba entonces de conjurar un mal mayor, durante el que suelen unirse los mas contrarios vecinos, y no olviden que si fueron algunos los motivos de union ó de comunidad de intereses que entre Francia y

Cataluña ó el antiguo reino de Aragon han existido, mayores fueron los motivos de enemistad, que dieron pié á interminables luchas, dentro y fuera del territorio catalan ó aragonés.

Bastante hubo de desengañarse en este punto el mariscal Macdonald que vino á relevar á Augereau, apellidado por sus mismas tropas *le marechal de papier* por su aficion á publicar bandos y otras órdenes con el mas frívolo pretesto. No lograron mas las promesas benévolas del nuevo géfe, que las amenazas y feroces escesos de sus predecesores. La guerra seguia con creciente encono, y los incendios que convirtieron en verdaderos campos de soledad á las mas fieles poblaciones, no hacian mas que avivar la sacra llama de independencia, recrudeciendo la lid sin tregua que venian sosteniendo los catalanes.

Lérida habia sido entre tanto conquistada, pero Tarragona permanecia en pié todavía, sin que á ella se atreviesen los ejércitos imperiales que pasaban y repasaban á la vista de sus antiquísimos muros. Suchet hubo de ser el que acercándose á Cataluña por órden del emperador, sitiase aquella ciudad y la tomase, teniendo que sostener para lograrlo una lucha tan breve como encarnizada. El cautiverio de Lérida fué de los mas terribles que nos ha legado la historia. Emula la vil policía del bárbaro gobernador Henriot, ambos de consuno trabajaron durante cerca de tres años en renovar los tiempos siempre penosamente recordados de los Nerones, Calígulas y Caracallas. No les anduvieron en zaga la policía y los diversos gobernadores de Barcelona, Cervera y últimamente de Tortosa y Tarragona.

Inverosímil en tan reciente época parece, y en una gente en pensar tan humanitario, á fuer de liberal y despreocupado, que hasta tal punto se apoderara la maldad de sus perversos corazones. La rapacidad era el móvil de esos actos de feroz crueldad que dejamos consignados. Desde el primer general hasta el último soldado invasor, todos tienen que avergonzarse de los escesos cometidos. No bastaba para dominar al pais entrar á saco las poblaciones y destruirlas con la artillería ó con el incendio; no bastaba empobrecerle con la imposicion de exageradas contribuciones, ni asolar los campos, ni destruir los altares, ni poluar con las mayores torpezas los mas sagrados asilos; era preciso para

satisfacer la desenfrenada codicia de nuestros regeneradores, encerrar en inmundos calabozos, cargados de hierro como viles asesinos, á los infelices contribuyentes, condenarlos á la horca ó fusilarles, si á tanto su terquedad daba pié, ó lo que es peor que la muerte, sacarlos á la plaza enjaulados como bestias feroces, esponer desnudas á púdicas doncellas y á respetables matronas, azotándolas cruelmente, y hacerles sufrir en fin otros suplicios largos de enumerar, y tan variados y atroces cual nunca seres humanos los inventaron, y todavía recuerdan con horror los ancianos de Bellpuig y de Cervera, de Lérida y de Barcelona, de Manresa, Gerona, Olot y cien otras poblaciones.

¿Cómo habia con tales tratamientos de desarmarse el airado país? La guerra á muerte estaba jurada, y todos sabemos como cumplen los catalanes su palabra, cuanto mas un juramento. Por eso vemos que hay que reunirse dos poderosos ejércitos—no bastaba con el de Cataluña—para tomar á Tortosa, que tras largos y penosos dias de sitio, faltos de ausilio esterior sus defensores, hubo al fin de rendirse, no tanto al esfuerzo del enemigo como por las sugestiones de los influyentes emisarios que dentro la plaza el mismo tenia.

Tampoco amilana á los tarraconenses la aproximacion de los vencedores de Lérida y de Tortosa; antes gozosos ven llegado al fin el momento de corresponder á los sacrificios de sus hermanos, sepultándose á la par de los gerundenses bajo las ruinas de la ciudad combatida. Todos los ejércitos que tenia esparcidos la Francia por el dilatado territorio europeo hubiéranse en vano congregado para imponer con su número al mas insignificante pueblo de Cataluña, ¿y Tarragona, la ciudad por tantos títulos famosa en la historia del mundo, habia de escatimar la sangre de sus hijos, y sus mas preciados tesoros, cuando se trataba de la nacional independencia? Tarragona se defendió por espacio de dos meses, á pesar de las grandes fuerzas que la espugnaban, á pesar de la traicion que dentro de sus muros en su inmundo cieno se removia, á pesar de haber debilitado Campoverde la guarnicion, y quebrantado la decision y buena armonia de algunos gefes de la plaza, á pesar en fin de la debilidad ó inepcia del mismo general, que no se atrevió á em-

prender operacion alguna para protejer en el esterior los esfuerzos de los sitiados. Tarragona fué la única plaza de Cataluña que no se dió á capitulacion, y esto solo forma el mas brillante de sus gloriosos títulos. Digan cuanto quieran en pro de su arte los sabios legisladores de la ciencia militar, haciendo responsable al ilustre gobernador Contreras de los desastres con que señalaron su entrada los enemigos; en vano con sus frias reglas intentarán medir ni minorar el verdadero heroismo, que no reconoce ninguna, que no las acepta mas que de su inspiracion sublimada, porque él se basta á sí propio, porque él es asaz grande y asaz superior á todo lo vulgar para regirse por leyes allá en elevada esfera, para su talla y para su alcurnia tan solo establecidas.

La guarnicion de Tarragona se defendió en sus fuertes esteriores, en su primero y segundo recintos, en las calles de la ciudad y hasta en los alrededores del sagrado templo. Todo tuvo que conquistarlo á palmos el invasor y con gran mortandad en sus gentes. En cambio las tropas de Suchet, alentadas por el futuro mariscal, saciaron su venganza en el paisanaje y en la tropa española, entregándose al mas bárbaro desenfreno. ¡Y esto es lo que pretende ponerse bajo la egida del derecho de la guerra! ¡Ah! si no son una irrision escandalosa aquellas conocidas palabras, inspiradas por el mismo Bonaparte al profundo estratégico Carnot, ¡cuán gravemente no acusan al vencedor de Tarragona, que segun ellas deshonró su triunfo! Nó, no pueden ser un derecho, ni una costumbre aprobada ni consentida el pillaje y la liviandad, el sacrilegio y la infamia, entre pueblos que se ruborizarian de ser considerados como bárbaros. Y si alguna escusa mereciera el soldado á quien se embriagó con pólvora y aguardiente, para llevarlo ciego á la pelea, ya que á mover su entusiasmo y despertar sangrientos instintos otro móvil mas digno no bastaba, ¿sobre quién recaeria en todo su peso la culpa? ¡Qué un general no puede siempre contener á sus tropas despues de una victoria obtenida á gran precio de sangre! Sea en buen hora y tómese esto si se quiere por un mal necesario; pero provocarlo embriagando á la tropa, alentarla con la promesa del pillaje y la licencia, escitarla por los medios y hasta el punto que sabia hacerlo Suchet, á quien daban sus legiones italianas el nombre de padre, porque segun ellas

mismas no se avergonzaban de repetir: *noi lascia fare tutte le male cose*, ¿es esto justo, es natural, es aceptable? Lo será para los Omares, Atilas y Muzas, mas no puede serlo para los modernos generales. El mismo Carnot les recuerda, á este propósito, escitándoles á seguirla como ejemplo, la conducta observada por el mariscal de Sajonia en la toma de Praga. Las buenas disposiciones tomadas por este gefe impidieron que cometiesen sus tropas esceso alguno en la ciudad.

Ilé aquí los rasgos mas característicos de la guerra de invasion por parte del ejército francés: confianza escesiva en un principio, causa de grandes y trascendentales yerros, indecision luego y vaguedad en todas las operaciones; falta unas veces de energía y bárbaro lujo, otras de crueldad y ensañamiento que escitaba aun mas y mas la constancia heróica de los catalanes. Pero asegurada ya, gracias al esforzado é inteligente Suchet, toda la línea del Ebro, y ocupada Tarragona; sustituido el mariscal Magdonald por el general de division Decaen; estendido el mando de Suchet hasta el territorio que el Llobregat por su derecha márgen limita, y mas tarde elevado el vencedor de Valencia al mando en gefe de los ejércitos de Aragon, Valencia y Cataluña; deshecho y completamente desordenado el ejército que tan mal habia regido el marqués de Campoverde, y cuando tan aterrado debia hallarse el país con las grandísimas pérdidas que acababa de esperimentar, preciso era llevar adelante esa marcha triunfadora que tan afortunadamente sabia dirigir y animar el nuevo duque de la Albufera.

El territorio catalan sin embargo, aun sin tropas que lo defendiesen, aun intimidado por los progresos del invasor, continuaba siendo para éste un objeto imponente, un enemigo temible, del que era cuerda prevencion desconfiar. Los convoyes continuaban siendo incomodados en su tránsito por guerrillas de infatigables y denodadas gentes; divisiones enteras se veian obligadas á detenerse algunas horas para abrirse paso á través de un puñado de somatenes que en todos los puntos defendibles se hallaba siempre pronto á disputárselo. La única via que quedaba, bien que no absolutamente espedita al francés, era la de Gerona á Francia. Faltábale pues abrir y asegurar la línea que debia fa-

cilitar el paso de los convoyes y refuerzos entre Barcelona y la capital del antiguo reino aragonés. A este efecto abalanzóse Suchet á la conquista de Montserrat, arrebatando á los españoles con estraordinario empuje este importantísimo punto, y estendiéndose luego hácia Cardona, Solsona, Cervera y Lérida.

Mas á este tiempo, y cuando acababa el emperador de fraccionar el principado en cuatro departamentos para mejor asimilar en esta parte su gobierno al del estado enemigo, rehaciánse los catalanes animados por el genio emprendedor y activo de su nuevo general D. Luis Lacy. Como de sus propias cenizas renació entonces el primer ejército de Cataluña, sirviendo la inaccesible montaña de Busa, de semillero de oficiales. En poco tiempo fueron recobradas las Medas, reconquistado Montserrat, y arrojado el francés de todos los puntos de la línea recien establecida, por el bizarro baron de Eroles.

Suchet habia vuelto á Aragon sus miras, descuidando los intereses de la guerra del principado. Pero de todas maneras la hora de la victoria habia sonado por las naciones europeas contrariadas por el césar francés. El trono imperial comenzaba á vacilar en sus cimientos, conmovidos por tan colosales luchas. Cuatro años habia por su parte mantenido casi sola la España el honor del combate. En ellos fué siempre Cataluña presentada como ejemplo glorioso á las demás provincias. Y ¡cómo nó, si en ella jamás hallaron los invasores favor ni sosiego! Recorria en algunas partes gran trecho una pequeña partida francesa sin ser inquietada, cuando en el principado ni aun las fuertes divisiones enemigas podian sin tropiezo salir de las poblaciones ó puntos fortificados.

Las conspiraciones que tramaron los catalanes para libertar con la astucia el país que no podian reconquistar con las armas tan prontamente como su anhelo les exigia, son claro testimonio de que ni un solo momento se conformaron con la suerte que les habia deparado el destino. Horrorizan ahora en verdad los medios escogitados por los patricios para sorprender y acabar con los odiados imperiales; pero justifícalos el derecho de la natural defensa, con la gravedad del acometimiento. El enemigo mismo habia autorizado con su felonía y su ferocidad esa guerra de es-

terminio que se seguia en Cataluña. Los barceloneses admiran por su constancia en la serie de conspiraciones, que enlazadas unas con otras, forman, aunque siempre desgraciadas, larga y tremenda historia de infortunios mal sufridos. Las desgraciadas víctimas de junio de 1809, no eran los únicos héroes que esas legiones de conspiradores contaban. Muchos Gallifas habia entre ellos, muchos Aulets y Massanas, muchos Pous y Navarros. La modificacion sucesiva de sus misteriosos trabajos dimanó de la falta de buena armonía con el ejército español, de los contratiempos del mismo, ó tal vez de la escasez de sus fuerzas y pretensiosa impericia de alguno de nuestros generales en gefe. Reducidos pues al último estremo de desesperacion, no es estraño que veamos á los conjurados apelar al estrago de la pólvora ó del veneno para esterminar á aquellos que todo lo insultaban y abatian, á aquellos para quienes no parecia existir otra ley razonable que la de la mas brutal de las fuerzas, á aquellos en fin, que estaban acostumbrados á tratar como viles esclavos á los ciudadanos de las naciones mas grandes del mundo. Tambien solian en otro tiempo decorar los romanos con el nombre de bárbaros á los pueblos estrangeros, sin que por esto fuese menos escenta de vicios y crueldades su dominacion, ni mas glorioso y dilatado su imperio.

Una mano invisible y providencial parecia protejer á los ávidos dominadores contra la venganza de sus indomeñables enemigos. A escepcion de la atrevida sorpresa del Castillo de S. Fernando, ejecutada por Casas y Llobera, y dirigida por el Dr. Rovira, y del engaño de Eroles, quien al finalizarse la guerra se apoderó de las tres plazas de Mequinenza, Lérida y Monzon, todos los planes de conspiracion hubieron de fracasar infortunadamente, llevando al suplicio, al estrañanamiento ó al encierro á los mas denodados españoles. Barcelona ni su castillo pudieron redimirse jamás en toda la guerra. El horroroso estrago de Lérida que tantas víctimas costó al vecindario de esta poblacion infortunada, fué de escasísimo daño para la guarnicion enemiga. Tarragona vió tambien supliciar á los buenos que habian intentado libertarla del pesado estrangero yugo. El destino tenia decretado á los hijos de España que habian de verter abundante sangre en los campos de

batalla y en los cadalsos, sin duda para purgar pasados y funestos estravios. Pero en el castigo estaba involucrado el timbre glorioso que debian merecer, el premio en la pena, el honor y la dignidad que habian olvidado, en la desgracia que del letargo rudamente les despertó.

Esa guerra habia sido de amargas y contínuas decepciones para los catalanes. Envalentonados con los triunfos del Bruch y algunas ventajas en el Ampurdan, creyéronse bastante fuertes para lanzar al invasor tras un par de batallas en que éste debia ser necesariamente aniquilado. Los invencibles que huian ante unos pocos somatenes iban á ser arrojados á la otra parte de los Pirineos por las tropas que quedaban en la provincia, engrosadas por las que con el marqués del Palacio y con Vives debian venir de las Baleares, y apoyadas de la parte de mar por los buques de la escuadra británica del Mediterráneo. Esto creian, esto anhelaban todos, antes de librarse la primera campal accion contra los imperiales. Mas no eran éstos pigmeos ni poco hábiles y aguerridos. Hubiéralos sí cansado y rendido con mas prontitud una bien organizada pugna de guerrillas, en un suelo que tanto á esta clase de combate se presta. Las fabulosas hazañas de algunos partidarios, tales como el Dr. Rovira, Gay, Llobera, Gotti, Planas, Barris y tantos otros eran una prueba de ello.

Pero juzgóse lenta por este medio la guerra, tardia la victoria, y la presuncion y el afan organizador de los generales españoles, á quienes la opinion ó mejor la voluntad del país dominaba, hizo que las partidas de somatenes que libres campeaban sin otra direccion que la de los gefes que ellas mismas se daban ó las juntas corregimentales les imponian, fuesen unidas al ejército regular, sujetas á su organizacion, enojosa para los catalanes, y regidas por gefes estraños al territorio y sin influencia ninguna en él, ni sobre los que bajo sus órdenes se veian obligados á pelear. Tocóse este defecto al poco tiempo. Mas de una vez huyeron nuestros migueletes ante la fusileria francesa, pero no de verdadero pavor, sino de falta de confianza en los gefes, de recelo de que se les esponia demasiado para cubrir y hacer y brillar á la tropa.

Quince acciones campales perdidas en poco tiempo, no fueron

suficiente aviso para hacer variar de plan á los que mandaban el ejército español de Cataluña. Era necesario que fuese el mismo completamente destruido, que fuese mayor el desengaño, mas sensible, para acordarse de que en la guerra la mejor táctica es la que mas puede trastornar la del enemigo. ¿Qué habia de importar á los generales españoles la opinion del país en asuntos en que ellos eran los únicos competentes y responsables? El pueblo que tras la derrota les tachó de cobardes y desafectos ¿hubiera dejado de coronarles de laurel por las victorias que contra la comun preocupacion alcanzasen sobre los invasores? «O tú, esclamaba un militar ilustre, cualquiera que seas, español valiente é ilustrado que te juzgas capaz por tu autoridad y conocimientos de ocupar entre nosotros el lugar que ocupó entre los romanos Fabio Máximo, muéstrate á la nacion y háblale con energía, oponte á las preocupaciones de tus compatriotas; cierra tus oidos á sus ignorantes quejas, y piensa solo en la salvacion de la patria.»

Cataluña no tenia al frente de su ejército á ese hombre insigne que debia, sobreponiéndose á todo, hacer como el ilustre romano. Obligáronle á éste las repetidas derrotas á buscar apoyo en las ventajas locales, para detener los progresos de Anibal, y á evitar las llanuras en que no podia empeñarse sin riesgo de ser batido, siendo tan inferior en táctica á su adversario. Tan sabia conducta, dirigida á trastornar con hábiles y rápidas combinaciones cuantos proyectos el contrario formaba, fué censurada por los contemporáneos que no conocian los principios de esta nueva especie de guerra, y la atribuyeron á cobardía en tanto que no pasaba de una prudente circunspeccion; pero cuando los sucesos vinieron en apoyo del general romano, su gloria fué mas grande cuanto mayor habia sido su fortaleza de ánimo y su iluminada confianza en sí propio.

«Como no se habia dispuesto al pueblo á desgracias y pérdidas, dice Cabanes, sino que por el contrario, no se le hablaba mas que de victorias y futuras conquistas, tanto por medio de proclamas como por el de los periódicos, se sorprendió de tal modo en las primeras derrotas, que en vista de los progresos del enemigo no sabia á que achacar una mutacion tan repentina, y

así en sus vulgares discursos no encontraba otra causa que la traicion de los generales ó la cobardía de las tropas, sin hacerse cargo de que á escepcion de algunos errores perdonables á generales inespertos y á tropas de nueva leva, lo demás se debia á su morosidad en dar cumplimiento á las órdenes del gobierno, y á los pocos sacrificios que habian hecho á favor de la justa causa. De esta circunstancia dimanaron en las primeras derrotas, la anarquía y sublevacion en muchos pueblos, la desconfianza total de los generales, de las tropas, del gobierno; y por este motivo los gefes de los ejércitos se decidieron á emprender operaciones desesperadas y capaces de ser perdidas sin recurso, antes que otras que al paso que contemporizasen con las desgracias, proporcionasen medios para resistir al enemigo en lo sucesivo. »

Imposible parece que haya quien, testigo de la lucha gigantesca que acabamos de relatar, haga responsable al país de las primeras pérdidas por causa de su morosidad y de sus pocos sacrificios. ¡Morosidad, cuando al primer grito de guerra, todos los pueblos, todas las ciudades, quedaron privadas de sus mas robustos brazos; cuando nobles y plebeyos, todos los jóvenes pasaron á alistarse en las banderas de la patria, sin esperar órden ninguna, y siguiendo solo su propia, espontánea y general inspiracion! ¡Morosidad, cuando sin necesidad de reparto se apresuraron los que de algun bienestar disfrutaban, á ofrecer sus tesoros, su sangre y la sangre de sus hijos! ¡Morosidad y pocos sacrificios cuando todo se dió por la salvacion de la patria! La sublevacion y la anarquía en que escasas poblaciones ardieron en un principio, reconocen causas muy distintas. Emisarios franceses ó afrancesados se confundian entre la multitud para sofocar, estraviándolo, el temible levantamiento. Y en el hervor inusitado, en el entusiasmo general, nada era mas fácil que conducir á la ciega muchedumbre á cualquier estremo, descarriada por ideas de traicion á la causa de la nacion. Acháquese en buen hora á la debilidad ó inepcia de los generales que por seguir la corriente de la pública opinion, que no reconocia otro fundamento que el de la impaciencia y la demasiada confianza en la victoria, olvidaron lo que el arte que profesaban y la mayor utilidad del país exigian: mas culpar á los catalanes de morosidad y escasez de sacrificios, es inferirles in-

justísimo agravio; es desconocer totalmente el carácter de la guerra de nuestra independencia; es negar lo que tan alto publican monumentos imperecederos de nuestra abnegacion y de nuestro acendrado patriotismo.

El ejército de Cataluña, tantas veces deshecho, volvió siempre á organizarse con nuevos hombres y con crecientes brios, y en los tiempos de Lacy ya casi solo se componia de naturales de nuestra devastada provincia. Surgieron del propio país los medios por lo general, y jamás apeló en vano el gobierno del mismo á sus inagotables recursos. Cuanto mas en favor de la causa comun se destinguia una poblacion, mas era luego empobrecida por el enemigo; pero á ninguna pudo esta consideracion ó este temor retraer de lo que á los intereses comunes debia: la marca de la venganza francesa era el sello de su honrosa fidelidad; los señales de su destruccion formaban su mejor corona de gloria.

«Estas gentes, decia el invasor, son por naturaleza indomeñables. Nada les amedrenta; ni la superioridad de sus contrarios, ni sus repetidas pérdidas, ni la devastacion de sus campos y pueblos, ni lo precario de su situacion. Atacados se defienden hasta el último estremo, y vencidos no huyen acobardados, sino que se retiran por la fuerza. En la acometida son arrojados hasta la temeridad; pero no abusan jamás de su triunfo, á menos que á ello les obliguen justísimas represalias. Adalides no les faltan. Cada soldado sirve para mandar en gefe una accion contra las tropas mas aguerridas. Todo el pueblo se sacrifica gustoso por la independencia de su patria con la mas grande abnegacion. ¡Digna patria la que tan dignos hijos defienden!»

Dignos en efecto. Pero su denuedo se estrelló por mucho tiempo contra las adversidades, como el proceloso mar se rompe inútilmente contra las rocas que á lo largo de sus playas le encadenan. ¡Ah! ¡si solo hubiese tenido que luchar con los invasores! Un Rovira, un Manso, un Milans ó un Clarós hubieran bastado para conducirles á la victoria. Mas el arte rutinario de la guerra exigia otra cosa.

Catorce generales interinos ó propietarios ejercieron el mando de Cataluña durante aquellos seis años de prueba, y casi ninguno se libró al fin de atraerse por un concepto ú otro

la animadversion popular. Palacio, el primero que se presentó capitaneando las tropas de Mahon, hubo de ser calificado de traidor y cobarde. Vives, aun que catalan, no mereció menos tan injustos dictados, por haber perdido en las primeras batallas un ejército con tan ímprobo trabajo reunido. Al batallador Reding le libró del desconcepto general su prematura y gloriosa muerte á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Valls. Coupigni no fué menos afortunado que los que le habian precedido. A Blake le fué atribuida la pérdida de Gerona, y mas desgraciado que imperito este general, confirmó despues con la bochornosa rendicion de Valencia, hasta donde suele á veces conducir á los hombres la enemiga suerte. Portago é Hinestrosa apenas empuñaron el baston de un mando tan difícil en un país, el mejor dispuesto en favor de sus gefes, pero tambien el mas apasionado acusador de los que no se hacian dignos dentro un término muy breve, del aura honrosa de que á su venida se les rodeaba.

Ni aun el valeroso O'Donell pudo librarse de las iras injustas de los catalanes, á pesar de haber en diferentes acciones regado con noble sangre, el antiguo mayor de Ultonia, sus bien ganados laureles. Lérida se perdió durante su mando, y Tortosa agonizaba cuando el conde del Abisbal, hubo de retirarse á las Baleares para restablecerse de sus heridas. Mas en su época tembló el francés con razon. El gobernador de Barcelona le apellidaba el Robespierre de Cataluña, por el destrozo que en leal combate causaba en las huestes imperiales. La gloriosa sorpresa de la Bisbal y de otros puntos fortificados de la costa, en que el general Schwartz quedó prisionero con toda su division, forma una de las mejores páginas de la vida militar de O'Donell y de la historia de nuestro famoso levantamiento.

Villena habia sustituido por algun tiempo á este general. Iranzo le sucedió á su retirada á Mallorca. Pero no podia consentir el pretencioso marqués de Campoverde que otro alguno, aun que mas antiguo, se le antepusiese, y alzóse con el mando en gefe, á que aparentó elevarle por aclamacion el pueblo catalan y en realidad un puñado de gente de la ínfima plebe, amotinada y pagada al intento. Desde entonces todos

los males recientes, todas las perfidias mas bajas fueron atribuidas á O'Donell. Las mejores esperanzas se pusieron en el mal aconsejado marqués. Reconquistóse en su tiempo el castillo de S. Fernando; mas empresa fué ésta cuya gloria pertenece solo á Rovira, á Llobera, á Casas y á cuantos con entera independencia del cuartel general hubieron de llevarla á cabo. Es de Campoverde la desgraciada tentativa de Monjuich, en que por acaso perdió la España no mas que un centenar y medio de sus mejores soldados, y la ciudad de Barcelona á uno de sus mejores hijos, el escribano y comisario de guerra Alsina, fusilado en el glácis de la Ciudadela; y sino puede atribuirse al mismo general la pérdida de Tarragona, pesa al menos sobre él la gravísima responsabilidad de haber completamente abandonado y debilitado esta plaza, contribuyendo de mil maneras á su perdicion y á la dispersion del ejército del principado.

Lacy, el reorganizador de las huestes catalanas, fué el que volvió á levantar la guerra á la altura de sus mejores dias. Dióse en verdad á conspiraciones de desastrosas consecuencias, lo mismo para los enemigos que para los ciudadanos, y esto le enagenó el prestigio que habia alcanzado con su militar denuedo y felices disposiciones. Los habitantes de las ciudades ocupadas por los enemigos temieron verse inesperadamente sepultados bajo las ruinas de sus hogares, como con la esplosion espantosa de Lérida habia sucedido, ó envenenados cual entre varios individuos de la guarnicion de Barcelona lo fueron algunos paisanos con el pan, y en el agua y en el vino, otros se habian visto próximos á tragar el tósigo de los conspiradores.

Por breves dias sucedió á Lacy el belicoso y afortunado baron de Eroles, de inquebrantable reputacion; pero á quien lo mismo que á D. Francisco Copons y Navia, el defensor de Tarifa, que vino despues á encargarse del mando del primer ejército, no habria librado su fama y su habilidad, si no se hubiesen ambos adelantado al febril deseo de libertad que á los catalanes inmensamente abrasaba, ó mas bien, si las desgracias del emperador no hubieran cambiado la faz de los acontecimientos.

Cataluña recobró la independencia de que se habia hecho digna,

despues que el resto de la nacion se hallaba ya libre de invasores. Primera etapa del enemigo, debia ser la última de su retirada. La primera que abatió el orgullo de las águilas imperiales en la famosa jornada de los desfiladeros del Bruch, debia ser la que cerrase tan heróica lucha con la victoria del llano de Barcelona, castigando sangrientamente á los que ni la acordada paz supieron respetar, y cuando ya el deseado monarca español en el centro de sus leales estados se hallaba.

Cayó el poder orgulloso que todo habia querido abarcarlo. El débil abatió al fuerte. El pigmeo se alzó un dia gigante y tiró la piedra al poderoso Gedeon de los modernos siglos. Cayó éste sobre una isla que de cárcel y sepultura debia servirle. Mas en el fondo del horizonte sin límites que le rodeaba, vislumbró el batallador un resto de esperanza, y fué á romper el luminoso cercado de su tumba, para tantear el postrero y desesperado esfuerzo.

A la noticia de que el coloso de Europa habia vuelto á dar señales de vida, conmoviéronse las naciones, y temblaron de pavor en sus tronos los azorados monarcas. Bastó el nombre de Napoleon para sentar de nuevo al que lo llevaba en el solio de los Clodoveos. Cien dias duró este efímero reinado. El imperio llevaba en sus venas inoculado el vírus de muerte que debia acabar con su gastada existencia. Su breve restauracion no fué otra cosa que el último estremecimiento del titánico campeador. Levantóse de una isla para ir á caer sobre otra isla, el que en una isla habia nacido; como si temiendo el mismo Dios las demasias de su orgullosa criatura, hubiese tratado de aislarle del resto de sus hermanos, cercándole de incomensurables horizontes que la monótona igualdad de las salobres aguas encierran, para corregir su soberbia, enseñándole que aun lo mas grandioso de la creacion se halla enfrenado por severos y eternales límites.

Jóven príncipe, á quien esta breve pero brillante página de los patrios anales está dedicada, si un dia llegas á ocupar el trono ennoblecido por tu augusta madre, que no en vano lleva el nombre de aquella ilustre Isabel, que ensanchó con un mundo tan grande como ignorado la estension de sus dominios, pero que otro mundo mas preciado de amor supo encontrar en el agradecimiento de sus súbditos, aprende en ese ejemplo prove-

choso, si un desalado afan de conquista te aqueja. Quiere antes que todo la felicidad de tu nacion. Acuérdate de los derechos que tienen todas las provincias españolas al cariño paternal del que empuña el cetro de los Fernandos y Alfonsos, y que entre ellas la de Cataluña ha sido en todos tiempos una de las que mas se hayan sacrificado por la patria y por el rey.

Príncipe de Asturias y de Gerona, si al recordar la historia del antiguo y glorioso condado de la ciudad de los Berengueres, con cuya corona se honra, honrando á los catalanes, de ceñir en sus nobles sienes la segunda Isabela; si al recorrer las crónicas ilustres que legaron á tu posteridad las plumas de los Jaimes y de los Pedros de Aragon, famosos en todo el orbe, te paras—que sí lo harás—, en los grandes timbres que en honor tuyo conquistaron con la mente y con la espada esos respetados monarcas, imítalos en el profundo amor que sus pueblos les merecieron, y sea éste el mas firme lazo que siempre á tus hijos con su soberano les una. En ellos tienes un pueblo digno, un pueblo leal y fuerte, que tus fronteras y una parte de tus costas te guarda. Ámalos con verdadero amor si quieres conservarles esa dignidad de que mas que todo se enorgullecen, y ¡ dichoso tú si entre tu pueblo y tu majestad sabes establecer esa sublime comunicacion que hace de la monarquía una familia, del poder real un elevado trasunto de aquél que rige los humanos destinos y así sobre los pueblos como sobre los príncipes mas poderosos impera.

FIN.

INDICE DEL TOMO II.

Páginas.

LIBRO TERCERO.—1810.—Capítulo I.—Estado general de la guerra al principiarse el año.—Napoleon.—El Austria.—Manifiesto de la Central.—Muévese hácia Madrid el ejército español.—Dispersion en Ocaña.—Y en Alba de Tormes.—José en Madrid.—Juicio de los mismos franceses sobre este personaje.—Las provincias españolas de América y Asia.—Ausilios que envian.—Comision ejecutiva.—Fíjase la apertura de las córtes para el 1.º de marzo.—Amenaza el francés las Andalucías.—Palabras del emperador.—Cataluña.—El valle de Aran.—Souham y Pino marchan sobre Vich con 10,000 hombres.—Chocan con la division de Porte.—Revuelve ésta ausiliada por la de O'Donell.—Victoria de los nuestros.—Nuevos choques.—Repléganse los imperiales para marchar directamente á Barcelona.—Augereau bloquea el castillo de Hostalrich.—Y va al socorro de la capital del principado.—Acciones en la línea del Llobregat.—Sale Duhesme al encuentro de Augereau.—Es derrotado en Santa Perpétua y en Mollet.—Llega Augereau á Barcelona.—Destituye á Duhesme.—Marcha éste á Francia con un convoy de prisioneros.—Parte tambien Augereau á Hostalrich.—Queda Rey en lugar de Duhesme.—Batería *dels Molins de Vent* desbaratada por los migueletes.—Juramento del clero.—Lacombe Saint-Michel, gobernador de la plaza.—Llegada de víveres.—O'Donell, capitan general interino de Cataluña.—Reforma el ejército.—Se acerca á Vich.—D. Francisco Palou.—D. Estéban Pagés.—Batalla de Vich.—Reencuentros.—Reconocimiento de Villamil y Pagés en las inmediaciones de Hostalrich.—Sitio de este castillo.—Vuelve Augereau á socorrer á Barcelona.—Retirada de los españoles á Tarragona. . 5

Capítulo II.—La Central se retira á la isla de Leon y se disuelve.—Nombramiento de la Regencia.—D. José de Espiga.—Anexion de Cataluña al imperio francés.—Su nuevo gobierno.—Avanzan los imperiales hácia Tarragona.—Llegan á Reus.—Feliz resultado de las primeras operaciones ejecutadas segun el plan de O'Donell.—Triunfo de Caro en Villafranca.—Y en Esparraguera.—Huye Schwartz de Manresa.—Es perseguido y derrotado por Rovira.—La junta superior se traslada de Reus á Solsona.—Comision de Arxer á Cádiz.—Retíranse de Reus los franceses.—Y del Panadés.—Barcelona.—Marcha Augereau á Gerona.—Somaten del Tordera.—D. Francisco Alsina.—Continúa el sitio de Hostalrich.—Abandonan los nuestros el castillo la noche del 12 de mayo.—Islas Medas.—Ocupacion de las ciudades de Balaguer y Cervera.—Sitio de Lérida.—Batalla de Margalef.—Asalto horroroso y ren-

dicion de aquella plaza.—Rigor injusto de O'Donell y de la junta superior.—Macdonald sucede á Augereau. 32

Capítulo III.—Ejército de Suchet en Cataluña.—Movimientos sobre Balaguer, Cervera y Tortosa.—Ejército español.—Sus posiciones.—Plan de O'Donell.—Congreso catalan.—Tropas del Llobregat.—Avanza Macdonald hácia Barcelona.—Intentan cortarle los españoles.—No lo logran.—Entra el mariscal en Barcelona.—Vuelve á salir hácia la frontera.—Su alocucion en Gerona.—Regresa á la capital con un nuevo convoy.—Fuerte oposicion de los españoles.—Mathieu releva á Lacombe.—Desercion considerable.—Amagos de sublevacion militar.—Parte Macdonald hácia Tarragona el 14 de octubre.—Llega á Reus.—Intenta hacer un reconocimiento sobre Tarragona.—Es rechazado.—Retrocede á Reus.—Pasa á Valls.—Avanza hácia Lérida.—El Baron de la Barre en Falcet.—Georget en Montblanch.—Ochando en Palma.—Proclamas apócrifas de O'Donell.—Entrevista de Suchet y Macdonald.—Accion junto á Cervera.—Movimiento atrevido de O'Donell.—Sorpresa gloriosa de La Bisbal.—Recobran los españoles á S. Felio de Guixols, Palamós y otros puntos.—Pasa Campoverde la frontera y exije contribuciones en territorio francés.—Los Almogávares y Espatriados en elAmpurdan.—Manso en el Llobregat.—El baron de Eroles en Viladecans.—El teniente Saurí.—Mas acciones y reencuentros. , ... 69

Capítulo IV.—Penosa situacion del principado.—Vuela Campoverde al encuentro de Macdonald.—Batalla de Cardona.—Retírase el francés abochornado á Solsona.—Quema la catedral de esta ciudad.—Avanza á Manresa.—La incendia.—Muerte de Ubach y Nadal.—Sigue por Moyá y Tona á Hostalrich y Gerona.—Proteje la entrada y conduccion de un convoy.—Entra con él á Barcelona el 25 de noviembre.—Sale el 28 con 14,000 hombres hácia Villafranca.—Sarsfield se le opone cerca de la torre dels Monjos.—Avanza Macdonald hácia el Ebro.—Reúnese el 13 de diciembre en Mora con Suchet.—Victorias de Eroles y Clarós en el Ampurdan.—Nueva invasion de Mataró.—Sitio de Tortosa hasta su rendicion en 2 de enero de 1811.—Consecuencias. 100

LIBRO CUARTO.—1811.—Capítulo I.—Situacion de España.—La regencia.—Convocacion de Córtes.—Diputados catalanes.—Cataluña.—Toman los franceses el castillo de S. Felipe en el Coll de Balaguer.—Conmocion popular en Reus.—El P. Coris.—Campoverde aclamado por capitan general del principado, toma el mando interinamente.—Desconcepto de O Donell.—Batalla del Plá.—D. Cárlos O'Donell.—Nuevos disturbios en Tarragona.—Campoverde toma el mando en propiedad.—Remueve á la junta superior.—Ataca Manso á los franceses.—Conspiracion.—Desgraciada tentativa contra Monjuich.—El comisario de guerra Alsina.—Ejércitos españoles de Aragon y Valencia. Suchet en Cataluña.—Avístase de nuevo con Macdonald en Lérida.—Incendia otra vez á Manresa el duque de Tarento.—Represalias de Sarsfield y Eroles.—Las que adopta Campoverde.—Inteligencia sobre el castillo de Figueras.—Sorpresa y rendicion de esta plaza.—Nuevas victorias del baron de Eroles.—Socorre tarde y escasamente Campoverde á Figueras.—Ardid de los franceses —Prepárase Suchet para sitiar á Tarragona. 141

Capítulo II.—Tarragona.—Situacion topográfica y militar de esta plaza.—Es su gobernador D. Juan Caro.—La sitia el ejército invasor.—Entra en ella Campoverde.—Pérdida de los parapetos del fuerte del Olivo.—Arrojo de al-

gunos oficiales españoles.—Los somatenes.—La calesera de la Rambla.—Sarsfield.—Muerte de un general enemigo.—Heroismo del gobernador Gomez.—Toma del Olivo por los sitiadores.—Valor de la guarnicion.—Llegan tropas de Valencia.—Parte Campoverde.—D. Juan Senen de Contreras sustituye á Caro en el gobierno de la plaza.—Déjanla la junta superior y los principales pudientes.—Sale tambien la division valenciana.—Animosa disposicion del vecindario.—Discordancia en los gefes.—Pérdida del arrabal.—Aporta una division inglesa.—No llega á desembarcar.—Asalto de la plaza.—Heroismo de sus defensores.—Atrocidades de los franceses.—Notable conducta de Contreras.—Resuelve el de Campoverde abandonar á Cataluña.—No lo realiza.—Vuélvese la division valenciana.—Lacy capitan general del principado. 176

Capítulo III.—Las córtes.—Decreto de 1.º de enero de 1811.—Disposiciones sobre guerra y hacienda.—Se trasladan aquellas á Cádiz.—Presupuestos.—Estado mayor del ejército.—Fundacion de la órden militar de S. Fernando.—Reglamento para las juntas de provincia.—Ramo judicial.—Señoríos.—Primeros trabajos de la comision de Constitucion.—Comision de Zea Bermudez á Rusia.—Viaje de José á París.—Se aviene Napoleon á concederle un millon de francos mensual.—Intenta el intruso rey componerse con los españoles.—Cataluña.—Disposiciones de Lacy.—Trabajosa marcha del brigadier Gasca.—Resuélvese atacar Suchet á Montserrat.—Destruye las forticaciones de Tarragona.—Eroles en Montserrat.—Descripcion de este monasterio.—Lo atacan y toman los imperiales.—Acciones de los somatenes.—Sitio y rendicion de Figueras.—Actividad de Lacy.—Division de los catalanes.—Recobran los españoles las islas Medas.—Ataque de Igualada.—Abandonan los franceses á Montserrat y otros puntos.—Toma de Cervera.—Crueldades de Perez Camino.—Ríndese la guarnicion enemiga de Bellpuig.—Entran en Francia los españoles.—Regresa allá Macdonald.—El general Decaen le sucede en el mando.—Convoy para Barcelona. 239

LIBRO QUINTO.—1812.—Capítulo I.—Sucesos generales.—Ejércitos franceses de la península.—Tentativa del primer ejército español sobre Tarragona.—Glorioso ataque de Vilaseca.—Combate en S. Felio de Codinas.—Accion de Altafulla.—Heroismo de dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña.—Vuelven los españoles mandados por Sarsfield á penetrar en Francia.—Milans y Rovira.—Eroles en Tolba.—Accion de Roda.—Manso, Gay, Fábregas y otros.—Llauder en las Medas.—Napoleon divide la provincia de Cataluña en cuatro departamentos.—Confiere el mando supremo de ella al mariscal Suchet.—Encono de los catalanes por estas medidas.—Movimientos en Barcelona y Lérida.—Otros sucesos. 277

Capítulo II.—Situacion del principado.—Disputa Manso á los franceses el paso de Montserrat.—Capitula la ermita de S. Dimas.—Vuelven á incendiar los enemigos este famoso monasterio y las ermitas y los pueblos de Collbató y Bruch.—Recházales Manso en Martorell.—Sorpende en Molins de rey un destacamento de 200 enemigos.—Ripite la sorpresa el 23 sobre 400 imperiales.—Llega á la rada de Blanes la escuadra anglo-siciliana.—Se hace de nuevo á la vela.—Bloquea Milans el fuerte de Mataró.—Derrota el 19 de setiembre al general Expert de Latour.—Sorprende Eroles el 27 las embarcaciones francesas en el puerto de Tarragona.—Feroz conducta del goberna-

dor de Lérida Henriot.—Circular de Lacy sobre represalias.—Accion de Arbeca.—Tentativa de Lacy sobre Olot.—Invade el general Decaen el llano de Vich.—Fuerte oposicion de los españoles.—Manso en Coll de Vall.—Ataca Villamil el castillo de Coll de Balaguer.—Salida de la guarnicion de Tarragona.—Los franceses evacuan el llano de Vich.—Manso es atacado en casa Massana.—Sorprenden los españoles á Villafranca.—Nueva sorpresa de Manso en Mataró.—Representa la junta superior contra el general Lacy.—Es desatendida por la regencia.—Sarsfield pasa á Aragon. 309

LIBRO SEXTO.—1813.—Capítulo I.—Consideraciones generales.—Córtes.—Abolicion del Santo oficio.—Diputados catalanes.—Nueva regencia.—Primer ejército.—Lacy.—Oteiza.—Eroles toma interinamente el mando de la provincia.—Manso en Villanueva.—M lans en el Trull y Collsacreu.—Espedicion de Eroles sobre Rosas.—El capitan Requena.—Proyecto contra Tarragona.—El brigadier Porras en las inmed'aciones de Ripoll.—Eroles en el valle de Aran.—D. Francisco Copons y Navia, capitan general de Cataluña.—Arrasa Eroles los fuertes de la costa desde Tarragona á Tortosa.—Reconocimiento de Villamil sobre Mora de Ebro.—Manso en la costa de levante.—Llauder en Prats de Moló.—Fleires sorprende á Mataró.—Copons desbarata los proyectos de Kesnel contra la Seo de Urgel.—Decreft escarmienta al enemigo en Ridaura.—Victoria de Llauder el 7 de mayo en las cercanías de Ripoll.—Socorre Decaen á Tarragona y Coll de Balaguer.—Bátenle en retirada los españoles.—Conspiracion de Barcelona descubierta por los franceses.—Se da al fin oidos á la voz de la humanidad. 339

Capítulo II.—Sale otra vez Napoleon para el norte.—Ejército anglo-hispano-portugués.—José en Valladolid.—Evacuacion de Madrid.—Batalla de Vitoria y sus resultas favorables para España.—Refuerza Suchet la línea del Júcar.—Los anglo-sicilianos determinan pasar á Cataluña.—Llegan frente á Salou.—Mándalos sir John Murray.—Copons se traslada de Igualada á Reus.—El sargento mayor Calvo rinde un destacamento francés en el Perelló.—Desembarca Murray en Salou.—Toman los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Sitian á Tarragona.—Apréstase el francés á la defensa.—Desacertada conducta de Murray.—Vuelan Suchet y Mathieu al ausilio de la plaza.—Azoramiento del inglés.—Reembarco de la espedicion.—Manso en el Arco de Bará.—Lord Williams Bentinck releva á Murray.—Vuelan los aliados al castillo de Coll de Balaguer.—Abandona Suchet á Valencia y Zaragoza y se retira á Tarragona, Villanueva y Villafranca.—Decreft cerca de Lérida el 20 de junio.—Eroles en Bañolas.—Otras ventajas.—Manso.—Movimientos de los aliados.—Sarsfield pasa con su divion á Catalnña.—Embestimiento de las plazas de Tortosa y Tarragona.—Derrota Manso con gran mortandad un batallon de italianos en S. Sadurní.—Va contra los aliados todo el ejército francés de Cataluña.—Retírase Bentinck.—Vuelan los imperiales en 18 de agosto las murallas de Tarragona y se reconcentran á la otra parte del Llobregat.—Ocupa Sarsfield la plaza.—El tercer ejército español en el Ebro.—Suchet en el Llobregat.—Manso en Pallejá.—Bentinck en Villafranca.—Batalla de Ordal.—Disposiciones de Napoleon en el principado.—Marcha á Francia Decaen con algunas tropas.—Sacrificios de los catalanes.—Nuevos triunfos. 376

LIBRO SEPTIMO.—1814.—Capítulo Único.—Sucesos generales.—Situacion de

Páginas.

los franceses en Cataluña.—Regresa Suchet á la capital.—Proyectos de los aliados.—Bloqueo de Barcelona.—Van-Halen.—Sus planes.—Frustrada tentativa contra Tortosa.—Sorpresa de Mequinenza, Lérida y Monzon.—Negociaciones entre Suchet y Copons.—Regreso de tropas imperiales á Francia.—Acércase tambien Suchet á la frontera.—Libertad de Fernando VII.—Llega el rey á Perpiñan bajo el nombre de Conde de Barcelona.—Es recibido por Suchet.—Entra en España.—Recíbelo Copons.—Entra en Gerona.—Carta de la regencia y contestacion del monarca.—Llega tambien el infante D. Cárlos.—Caida de Napoleon.—Prosigue el rey su viaje.—Se acerca á Barcelona, quedando enfermo en Mataró el infante D. Antonio.—Llega á Tarragona y Reus.—Tuerce hácia Lérida, continuando D. Antonio via recta de Valencia.—Deja el monarca á Cataluña.—Acompáñale Copons.—Ultima accion contra los franceses.—Evacuacion de Barcelona en 28 de marzo.—Asonadas contra los afrancesados.—Definitiva evacuacion del principado.—Tratado de paz y amistad. 407

CONCLUSION. 455

FIN DEL INDICE.

ERRATAS.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
9	24	destinadas á	propias para
16	25	aquella parte	aquel punto
22	28	aumentar	acrecer
34	9	por primera	por primera vez
38	29	fórmulas	formas.
39	16	correr	á correr
54	19	mas	unas
55	5	los pocos	las pocas
71	25	feroces	feraces
79	5	forcejeaban	forcejaban
83	8	la Lérida	la de Lérida
93	35	escogida	
»	»	infantería escogida	escogida infantería
114	12	contruido	construido.
163	25	á	
174	15	forticar	fortificar
229	11	principal	capital
241	4	las	les
299	2	inaxcesible	inaccesible
302	5	á tal	á cabo
»	6	al emperador	el emperador
313	7	exigiese	erigiese
320	9	os	los
327	31	que trazaban,	que trazaban
328	27	oportunadamente	oportunamente
334	24	desde, donde	desde donde
340	6	continuos	repetidos
347	18	rodeaban.	rodeaban.»
370	22	afectos	efectos
426	22	Martorll	Martorell
450	39	el nombre	del nombre
452	21	disoluble	indisoluble
456	12	le interna, le aprisiona,	le aprisiona, le interna,
457	15	bubo	hubo
458	18	imperial	francés
»	19	invencibles	invencible
»	24	por	
459	30	escogiendo	eligiendo
460	2	su ejército	sus esforzadas legiones.
»	27	, y en tanto que Saint-Cyr	. En tanto que el francés
»	30	Barcelona	la capital
»	26	su emperador	Bonaparte
461	17	, y	;
»	27	echan	lanzan

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
461	29	aquel esfuerzo?	aquel denodado aliento?
»	(Nota)	Saint-Cir	Saint-Cyr
462	11	enemigo	sitiador
»	19	horrorizaron,	horrorizaron
»	23	eran apenas	no pasaban de
»	25	ignomia	ignominia
463	15	gobierno	gabinete
»	20	gobierno	régimen
464	7	lograran	lograron
»	28	humanitario	humanitaria
»	28	liberal	libre
»	29	maldad	cupidez
466	29	sangrientos	guerreros.
467	12	lujo	lujo,
»	24	afortunadamente	enérgicamente
468	1	A este	A tal
»	22	Y ¡cómo no,	Y ¡por qué no,
470	25	hacer y brillar	hacer brillar
471	18	ilustre	insigne
472	27	francesados	afrancesados
»	32	nacional.	de la nacion.
475	9	soldados	soldados,
»	16	Lacy	Lacy,
»	18	consecuencias	consecuencias,
»	25	mas, bien	mas bien,
476	37	ese	este.

OBRAS Y DOCUMENTOS

QUE SE HAN TENIDO Á LA VISTA.

Historia general de España, por D. M. Lafuente.

Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, por el conde de Toreno.

Mémoires historiques sur la revolution d'Espagne par Mr. de Pradt. (Troisième édition.)

Mémoires pour servir á l'histoire de la revolution d'Espagne, par Mr. Nellerto.

Exposicion de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpacion de la Corona de España, etc., por D Pedro Cevallos.

Manifiesto imparcial y exacto de lo mas importante ocurrido en Aranjuez, Madrid y Bayona, desde 17 de marzo hasta 15 de mayo de 1808, por J. de A.

Centinela contra los franceses, 1.ª y 2.ª parte, por D. A. de Capmany.

Barcelona cautiva, por el P. Ferrer.

Idea de la fidelidad de Barcelona, por id.

Víctimas de Barcelona, por id.

Historia de las operaciones del ejército de Cataluña en la guerra de usurpacion, por D. Francisco X. Cabanes.

Diario de Santa Elena, por el conde de las Casas.

Vida de Napoleon Bonaparte, por Sir Walter Scoth.

Respuesta á la pregunta de un criticon, ¿qué ha hecho el Corregimiento de Figueras?

Histoire de la Guerra d'Espagne et de Portugal, par M. Sarrazin.

Histoire de la guerra d'Espagne et de Portugal, par M. Alph. de Beauchamp.

Resúmen histórico de la revolucion de España, por el P. Maestro Salmon.

Historia militar de Gerona, por D. G. Minali.

Barcelona engañada y desengañada, por A.

Manifiesto de la Junta Superior de Cataluña sobre la pérdida de Tarragona, y sus resultas en el primer ejército.

Dos palabritas al marqués de Campoverde, por E. Claro.

Adicion segunda al manifiesto de D. P. J. Avellá y Navarro.

Tarragona sacrificada, por T. B. C. T. C.

Política peculiar de Bonaparte, por D. P. Cevallos.

Las víctimas sacrificadas en 8 de abril y 23 de octubre de 1811, por el R. P. Fr. M. Casamada.

Sorpresa del castillo de S. Fernando, por A.

Papeles de Cataluña de 1808 á 1813,—M. M. B.

Vida del teniente general D. José Manso, conde del Llobregat.

Noticia de tot lo que ha succeit en Martorell durant los sis anys de la invasió francesa,—M. M.

Resúmen histórico de la insurreccion de Cataluña; ó prospecto de la obra calcográfica sobre la misma guerra, por F. E. J.

Diarios y Gacetas de Manresa.

Id. de Vich, de Palma y otros puntos.

Gaceta militar y política del principado.

Sitio de Tarragona, por el general Contreras.

Relation des Siéges de Saragosse et de Tortose par les français, etc., par M. le baron de Rogniat, lieutenant-général du Génie.

Historia de las conspiraciones tramadas en Cataluña. (Bilingüe.)

Ejecutoria de nobleza de la casa de Clarós.

Memorial histórico, etc., del último sitio de Gerona, por D. Juan Andrés Nieto Samaniego.

Memorias inéditas del general Manso.

Memorias inéditas y otros documentos, de D. Narciso Gay.

Correspondencias y memorias de Eroles, Lacy, Copons, Gay y otros gefes del primer ejército.

Guerra de la Independencia, por D. M. A. Príncipe.

Sucesos verdaderos del sitio y plaza de Tarragona, por el coronel Eguaguirre.

Documentos del general Llobera.

SEÑORES que han facilitado obras, documentos y noticias.

El Sr. Bibliotecario de la Universidad.
El Marqués de Monistrol.
El Marqués de Capmany.
El Vizconde de Montserrat.
El Baron de Prado-Hermoso.
D. Narciso Gay.
D. Narciso Fonolleras.
D. Manuel Manso.
D. Luis Pons y de Fuster.
D. Ramon Herp.
D. José Sayol.
D. Manuel Torras y Torrent.
D. Juan de Dios Nadal.
D. Estéban Llobera.
D. Juan Bautista Aulestia.
D. Santiago Angel Saura.
D. Pablo Roca.
D. José Argullol.
D. Jaime Fustagueras.
D. Francisco Santacana.
D. Antonio Buxeras.

ORDEN

de colocacion de las láminas.

1.ª Portada.
2.ª D. Fernando VII.
3.ª Huyendo del vandalismo..... etc.
4.ª El general Blake.
5.ª Batalla de Vich (20 de febrero de 1810).
6.ª D. Enrique O'Donell.
7.ª El general Iranzo.
8.ª Toma de Lérida (14 de mayo de 1810).
9.ª El coronel Dr. D. Francisco Rovira.
10. Batalla de Cardona (21 de octubre de 1810).
11. El ejército de Macdonald atraviesa..... etc.
12. D. Juan Clarós.
13. } Plano del sitio de Tortosa en 1810.
14. }
15. D. Narciso Gay.
16. Bandera del batallon de Almogávares.
17. Infantería y caballería de id.
18. Plano del sitio de Tarragona.
19. Entrada de los franceses..... etc.
20. Entrada de los franceses en Tarragona.
21. Toma de Montserrat (25 de julio de 1811).
22. El baron de Eroles.
23. El baron de Eroles entra en Cervera..... etc.
24. El general Lacy.
25. Comparecen ante sus vencedores..... etc.

26. D. Francisco Milans del Bosch.
27. La division del general..... etc.
28. D. José Manso.
29. Uniforme del batallon..... etc.
30. Ríndese á los españoles..... etc.
31. Entrada de Fernando VII..... etc.
32. Ultima batalla contra los franceses..... etc.

= Libros Antiguos =
F. Puvill
Bolers, 10 - Barcelona-2 - Tel. 2217053

DP
302
C67B5
t.2

Blanch, Adolfo
Cataluña

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 12 08 06 015 2